

Julio Septi3n del Castillo

The background of the cover is a dark, atmospheric scene. In the center, a large, white, domed building with arched windows is visible, partially obscured by a line of tall, thin trees. In the foreground, a person wearing a dark, hooded cloak stands with their back to the viewer, looking towards the building. The sky is dark with a bright, glowing comet streaking across it. The overall mood is mysterious and dramatic.

**CUANDO
VUELVA
LA LUZ**

D.J.57

Cuando vuelva la Luz

**Cuando vuelva
la Luz**

Julio Septién del Castillo

Copyright © 2019 Julio Septi3n del Castillo
Todos los derechos reservados
ISBN-13:

*A mis padres, y a mis hijos,
y a todas las personas
que me han alentado y sostenido
mientras hacía realidad este sueño.*

Y a Penélope.

*“Ego sum lumen mundi:
qui me sequitur, non ambulabit in tenebris”
(Jn 8, 12)*

“Los poetas dicen que la ciencia quita la belleza a las estrellas, meros globos de átomos gaseosos. Nada es ‘mero’. Yo también puedo ver las estrellas en una noche desierta, y sentirlas. Pero ¿veo más o menos? La inmensidad de los cielos agranda mi imaginación: hundido en este carrusel, mi pequeño ojo puede captar luz de un millón de años de antigüedad... O ver a las estrellas con el gran ojo de Palomar, alejándose con rapidez de un punto inicial en donde quizá todas estuvieron reunidas. ¿Cuál es el modelo, o el significado, o el porqué? No hace daño al misterio el conocer un poquito sobre él. ¡Cuánto más maravillosa es la verdad que lo que imaginó cualquier artista del pasado! ¿Por qué no hablan de esto los poetas del presente?”

Richard Feynman

“Sea anatema: [...] Quien diga que la ciencia humana debe proseguirse con tal espíritu de libertad, que puedan considerarse sus afirmaciones como verdaderas, aún cuando se opongan a la verdad revelada.”

Constitución Dogmática de la Fe Católica, Concilio Vaticano I

“El Progreso es esencialmente una Fuerza, la más peligrosa de todas las fuerzas. Es la Conciencia de todo cuanto es y de todo lo que puede ser. Aun cuando se levante un clamor indignado, aunque se hieran todos los prejuicios, hay que decirlo, porque es la verdad: Ser más es, antes que nada, saber más.”

Pierre Teilhard de Chardin

“¿Y puede alguien dudar del resultado del conflicto próximo? Todo lo que descansa en la ficción y el fraude será derribado; instituciones que organizan imposturas y extienden falsedades, deben mostrar qué razones tienen para existir. La fe tiene que dar cuenta de sí a la razón; los misterios deben dejar lugar a los hechos. La religión tiene que abandonar la posición imperiosa y dominadora que por tanto tiempo ha

mantenido contra la ciencia.

Debe haber absoluta libertad para el pensamiento.

Los eclesiásticos aprenderán a conservarse dentro del dominio que han escogido, y dejarán de tiranizar al filósofo, que, convencido de su propia fuerza y de la pureza de sus intenciones, no soportará por más tiempo esta injerencia. [...] La verdad es eterna y no perece jamás; vive y vence siempre.”

John William Draper

“Que donde haya tinieblas, ponga yo luz.”

San Francisco de Asís

Contenido

- [1. Reflexiones a modo de prólogo](#)
- [2. El comienzo de mi vida en el Santuario](#)
- [3. Los dominios del Padre Ovidio](#)
- [4. El pequeño Galerio](#)
- [5. Los Jardines del Santuario](#)
- [6. Un adiós y varios encuentros sorprendentes](#)
- [7. Tiempo de cambios](#)
- [8. Tiberio y Beldo](#)
- [9. El almacén de sabiduría](#)
- [10. Penélope](#)
- [11. El huerto del Hermano Ulpiano](#)
- [12. Los experimentos del Padre Felicísimo](#)
- [13. De la Nueva Doctrina](#)
- [14. Sobre miedos y anhelos](#)
- [15. Hallazgo en la Pinacoteca](#)
- [16. Reencuentro con un viejo conocido](#)
- [17. La muerte del Maestro de Canto](#)
- [18. Una lección de astronomía clásica](#)
- [19. Más allá de los muros](#)
- [20. De los secretos de la Óptica y del Gran Telescopio](#)
- [21. La Iniciación de Tiberio y Beldo](#)
- [22. El poder de la Cruciflor](#)
- [23. Un espíritu indomable](#)
- [24. La máquina de música](#)
- [25. En el Observatorio](#)
- [26. El descubrimiento de Tiberio](#)
- [27. La confesión del Padre Jacinto](#)

- [28. La encrucijada de Polibio](#)
- [29. La proposición de Penélope](#)
- [30. La marcha de Tiberio y el regreso del Maestro de Oblatos](#)
- [31. El hundimiento de Beldo](#)
- [32. Una excursión nocturna desgraciada](#)
- [33. El regreso del Gran Cometa](#)
- [34. La amenaza del Inquisidor](#)
- [35. El Ojo de Satanás](#)
- [36. La despedida de Penélope](#)
- [37. La ira de Dios](#)
- [38. El espía de los Severinos](#)
- [39. Esperando a que vuelva la Luz](#)

1. Reflexiones a modo de prólogo

El arrullo del océano me llega desde allá abajo, desde las rocas sobre las que rompen las olas de este mar Cántabro hasta la balaustrada en que me he apoyado tantas veces, al mismo borde del acantilado, frente al antiguo palacio. Es un fragor constante, una mezcla de melodías entre las cuales creo a veces discernir las de mi amigo Tiberio, cuyos ecos surgen desde lo profundo del abismo de mi memoria y se engarzan con los graznidos de las gaviotas y los cantos de las sirenas en un todo armonioso.

Dos han sido mis vocaciones a lo largo de los años. Una de ellas me ha llevado a tratar de emular a los grandes cronistas de épocas remotas, mis amados Livio o Herodoto y, sobre todo, mi homónimo Polibio, y a poner por escrito la relación de los hechos más relevantes de mi tiempo. Este interés por la lectura y el análisis de los acontecimientos del pasado surgió, probablemente, por lo peculiar de mi propio nombre: jamás he encontrado a nadie vivo que se llamase como yo, y tal vez ello me indujo a tomar como uno de mis modelos al único referente posible, al lúcido historiador de Megalópolis.

Sin embargo, sé con exactitud el día y la hora en que nació mi otra vocación, la que en definitiva ha marcado mi vida decisivamente, como un hierro al rojo. Y en este caso el modelo ha sido de carne y hueso, un gran hombre, un amigo, el mayor científico de nuestro tiempo por más que en estas tierras del Norte yo mismo haya obtenido una fama y un prestigio que sin duda alguna no merezco.

En realidad, debo reconocer que el Destino ha sido generoso conmigo, incluso puede que en exceso. He podido explorar algunos de los mayores misterios del Universo de la mano del último gran sabio de Occidente; he tenido ante mis ojos las palabras de los grandes genios del pasado, tan presentes ante mí en espíritu que casi he podido ver sus rostros venerables a la oscilante luz de las bujías; he tratado con jefes de pueblos, tanto civilizados como bárbaros, que me han dispensado más honores de los que realmente me

he ganado; mis amigos han permanecido fieles a mi lado cuando verdaderamente he necesitado de ellos, hasta más allá, incluso, de lo que yo hubiera creído posible; mis hijos y nietos han crecido fuertes, inteligentes y libres, en un país en donde no se quema a la gente por aventurar una idea nueva o por intentar averiguar la verdad acerca de nuestro pasado; y he amado profundamente, hasta el fondo de mi ser, a pesar de no haber sabido siempre acompañar ese amor de la dosis adecuada de comprensión, aunque por fortuna no puedo quejarme de que, al final, dicho afecto no haya obtenido recompensa. Todo esto es más (mucho más) de lo que en estos tiempos sombríos puede esperar la gran mayoría de seres humanos, que deambulan, inquietos como conejillos asustados, por un mundo a la deriva.

Durante estos años han sucedido muchas más cosas. Una era se ha cerrado para dejar paso a otra nueva. Como historiador, debiera sentirme afortunado de haber tenido la oportunidad de convertirme en el principal cronista de esta metamorfosis. Como científico, sin embargo, no puedo por menos que acongojarme porque, aunque se vislumbran atisbos de esperanza, es seguro que resta un largo periodo de oscuridad todavía. Y en esos siglos de duro combate que se avecinan, aún puede la razón acabar cediendo frente a la superstición un terreno que con inmenso esfuerzo parece que comienza apenas a recuperar. Pero estoy convencido de que lo recobraré por completo algún día, de que se hará de nuevo la luz, al igual que el frío glacial que nos asola dejará paso sin duda, con el tiempo, a una primavera y un verano recobrados. Estoy tan seguro de que retornará la luz de la razón, brillante y victoriosa, como de que lo hará el Cometa que desde hace meses todos aguardamos expectantes. En eso me enseñó a confiar mi maestro y mentor, en eso creo profundamente y por eso he luchado durante toda mi vida. Y constato de nuevo mi profunda fe en la inteligencia y la naturaleza humanas al contemplar la cúpula que se alza orgullosa, como un símbolo, sobre la techumbre del que ahora se conoce como Palacio de las Estrellas, antiguamente llamado de la Magdalena, el remate de esta hermosa península a la entrada de la bahía. Yo soy el responsable del tesoro que alberga y de haber garantizado el que sea posible que perdure, para beneficio de las generaciones que han de venir.

Y sin embargo, ahora, una vez que mi tarea parece completa y que mi vida parece estar aproximándose a su fin; después de haber acometido la narración precisa e imparcial de los hechos principales acaecidos, no sólo en el Reino, sino en todo el mundo conocido a lo largo de estos años; tras haber

consignado asimismo por escrito todos los conocimientos sobre matemáticas, física y astronomía que he podido reunir o recordar, con el fin de que puedan perdurar en el tiempo para instrucción de las mentes más inquietas; y después de haber consagrado todos mis esfuerzos e incluso mi propia progenie al sueño que me ha sostenido durante tantos años... Ahora, finalmente, voy a apartarme por vez primera del camino de mis queridos maestros. No plasmaré esta vez hechos objetivos, datos desprovistos de emoción, razonamientos lógicos o análisis rigurosamente ecuanimes.

Son los recuerdos más íntimos, los de mi primera infancia y juventud, los que van a manar ahora de mi memoria, fluyendo a través de mis palabras. Entre ellos, quizás de un modo deslavazado y a medida que vayan volviendo a surgir ante mí de entre las tinieblas que a menudo envuelven en mi mente aquellos días remotos, hablaré de los hechos que me sucedieron y de las personas que me rodearon. Hablaré de las que amé con auténtica devoción y también de las que odié con todas mis fuerzas, de aquellas a las que temí y de las que tuve la fortuna de poder aprender. Y contaré casi todos mis secretos, incluyendo el más extraño de todos, el que nadie hasta ahora ha oído jamás de mis labios y que muchas veces me ha hecho dudar de mi propia cordura.

Todas estas cosas son las que mi nieto menor, un joven todavía imberbe que apenas anteayer correteaba aún entre mis piernas, sentado hoy en mi viejo escritorio al pie de este lecho en el que paso casi todas mis horas, junto al ventanal sobre el acantilado, va a ir registrando en el papel. Es un papel pardo y áspero en el que la tinta se corre fácilmente, aunque es el mejor que alcanzan a fabricar en este país frío y semibárbaro denominado otrora Marca de Cantabria, en el que abundan los hombres libres pero se echan en falta los técnicos y los artesanos. Mas sin duda servirá para mi propósito, tal como lo ha hecho ya muchas otras veces, de modo que no seguiré quejándome por ello. Esta fue mi elección, y ha sido sin duda una elección afortunada.

Puede que esta vez lo que tengo que contar no consiga despertar un interés como el que mi audiencia me ha prestado en tantas otras ocasiones. Pero no me importa, porque en el fondo no hago memoria sino para mí mismo.

Empezaré, pues, por el principio.

2. El comienzo de mi vida en el Santuario

La primera memoria que guardo, el umbral del que arranca mi existencia, el primer instante verdadero, podría decirse, de mi vida, corresponde a un día bochornoso y por tanto sólo por eso ya en cierto modo singular, de principios de un mes de agosto, hace ya más de ocho décadas. Es también mi primer recuerdo del Santuario y no corresponde a la imponente muralla que rodeaba el recinto, ni tampoco al impresionante edificio enclavado en su centro, ni a ninguna de sus extraordinarias dependencias. Se refiere a uno de los patiecillos traseros, encajonado entre bastiones de piedra centenaria que se alzaban inmensos, casi asfixiantes, por tres de sus cuatro lados. Puedo reconstruir ante mí todavía, casi en sus mínimos detalles, el empedrado irregular y policromo de aquel minúsculo patio, desgastado por las carreras apresuradas de miles de críos a lo largo de tantos siglos. La precisa geometría del dibujo original había sido enmendada por un millar de parches de formas y colores arbitrarios, incorporando los materiales más diversos, hasta convertirla en una involuntaria y desconcertante obra de arte cuya contemplación producía un efecto hipnótico. Y recuerdo vívidamente al saltamontes azulado que recorría una y otra vez, en toda su extensión y sin decidirse a abandonarla, una loseta de intenso color negro que había acabado por quedar aislada del conjunto de la filigrana. Aquel día los rayos del astro rey caían de plano y sin piedad sobre el enlosado y, junto a la ausencia total de brisa, hacían del patio algo parecido a un horno de panadero en el que, tras una interminable espera de pie y a pleno sol, me sentía como una torta puesta a dorar.

Recuerdo asimismo que no me encontraba solo en aquel patio. Había otros niños allí conmigo, la mayoría de una edad parecida a la mía, dispuestos en varias filas y en absoluto silencio. Algunos vestían ropas decentes y cargaban voluminosos sacos, aunque la mayoría nos vestíamos con poco más que unos

harapos y nuestras escasas posesiones cabían de sobra en los minúsculos hatillos que portábamos. Pero la imagen más nítida es la del saltamontes y la de su salto sobresaltado, un súbito revoloteo azul que le llevó hasta un nuevo e igualmente aislado fragmento de filigrana, ante el bramido poderoso de bienvenida del fornido Hermano Orosio, el encargado de la disciplina. Aquel fue el día en que ingresé oficialmente en el Santuario, apenas unas horas después de haber sido adquirido por los Agustinos en el mercado de esclavos de Las Ventas: un caluroso día de verano en el decimotercer año de nuestro Patriarca Hortensio, el mismo, según supe mucho tiempo después, en que las hordas galaicas invadieron y arrasaron por vez primera la Marca de Cantabria. Debía tener por entonces ya al menos siete años y, aunque mi memoria en general es excelente, nunca he podido recordar ningún suceso de mi vida con anterioridad a este momento.

No guardo por tanto memoria alguna de mis padres. Por lo que a mis recuerdos respecta pude haber nacido en aquel mismo patio, o en cualquier otro rincón del lugar en que pasé la mayor parte de mi infancia y juventud. Sin embargo, me gusta pensar que no fue así. Prefiero creer que mis progenitores, de seguro gente de clase humilde, lograron mantenerme de algún modo con vida durante al menos seis o siete años, incluso en medio de las grandes hambrunas que asolaron repetidamente la Ciudad en aquellos años y que causaron tantas muertes. Y que fue sólo cuando ya se vieron incapaces de seguir alimentándome cuando, finalmente y con profundo dolor, optaron por venderme a la Orden de San Agustín, uno de los pilares de la Santa Madre Iglesia desde tiempos inmemoriales. Aún así, rara vez me atormento con preguntas de esta clase, para las que resulta imposible hallar respuesta. Baste con afirmar, pues, que a partir de entonces el Santuario, el Centro emblemático de la Orden a lo largo de siglos, se convirtió en mi hogar, el único que conocí durante largos años y en el que me convertí en el Polibio que todavía soy.

El Santuario era muy grande, enorme en realidad ya que abarcaba un complejo de varios edificios de los cuales el principal podría calificarse sin vacilación de inmenso por sí solo, levantados casi en el mismo centro de un vastísimo recinto amurallado. Aún ahora, después de haber viajado tanto y de haber conocido tal cantidad de lugares diferentes, me resulta imposible recordar algo que haya reproducido en mí esa sensación de grandiosidad, de

constituir el equivalente completo de todo un mundo, de un universo autocontenido. Todavía puedo hallar hoy en mi interior, aparcada junto a algún que otro vestigio de nostalgia, la íntima convicción de no haber llegado jamás a conocerlo en todos sus detalles: las numerosas salas de majestuosidad grandiosa, aún en medio del abandono y de los escombros amontonados por doquier, los lóbregos y solitarios pasillos inmersos en tinieblas que me hicieron estremecer tantas veces mientras los atravesaba a la carrera, los patios y claustros dispersos por entre las naves, con columnas adornadas de trabajados capiteles, algunos decorados con hojas y animales inofensivos, otros habitados por monstruos de pesadilla; en fin, los innumerables rincones misteriosos, ya escondidos entre restos de antiguos muros en ruinas o en medio de tupidas frondas, que demandaban a gritos ser explorados por espíritus más intrépidos que el mío.

Las asombrosas dimensiones del Santuario sólo se me revelaron como insuficientes mucho más adelante y casi de repente, cuando me vi enfrentado de forma súbita e inesperada a un abanico de sacudidas que dieron al traste con mi confiada visión del mundo y de los seres humanos. Pero en cualquier caso y con independencia de la limitadísima perspectiva a que me constreñían lo reducido tanto de mi edad como de mis experiencias, puedo afirmar que se trataba en verdad de una construcción desproporcionada, a todas luces excesiva. Una obra descomunal en la que podía palpase, de forma más patente que en la mayoría de vestigios que han perdurado a lo largo y ancho de la Ciudad e incluso del Reino entero, el espíritu de otros tiempos y de otra realidad. Sin embargo, aquel monumental complejo se encontraba, cuando yo ingresé en la Orden, abandonado en su mayor parte, en manifiesto estado de deterioro, asolado por innumerables y muy posiblemente ya entonces irreversibles signos de decrepitud.

Dicen las crónicas que en los tiempos de mayor prestigio de la Orden llegó a estar habitado por más de un centenar de monjes entre Hermanos y Padres, y que albergaba no sólo a casi un millar de novicios y oblatos, sino también a otros tantos estudiantes externos procedentes de las familias más notables de la Ciudad. En aquellos días, que no están tan lejanos como pudiera parecer, el Santuario era incuestionablemente reconocido como el más importante centro de saber en todo el Reino. Además el Hermano Aurelio, el Bibliotecario, me explicó que, conforme a los archivos, no era la única sede que la Orden que había tenido en la Ciudad, aunque siempre fue la de mayor prestigio e influencia. Tampoco se la conoció siempre con el

nombre de Santuario; durante varios siglos se la denominó Centro de Nuestra Señora del Buen Consejo, en memoria de la Madre.

Debo recalcar, antes de formular objeción alguna contra estas aseveraciones, que nunca he puesto el mismo interés por el pasado más inmediato de la Iglesia que por los hechos y leyendas de la Antigüedad remota. Siempre me atrajeron más los tiempos anteriores al Desastre o, como lo llaman los defensores de la Nueva Doctrina, al Castigo, ese trascendental punto de inflexión de nuestra Historia, rodeado de tanto misterio como polémica. Y aún así, ese atractivo no supuso nunca ni tan siquiera una pequeña parte del entusiasmo que en mí despertó siempre la apasionante Historia de la Ciencia, tan llena de lagunas hoy imposibles de rellenar, de vacíos que quién sabe si seremos capaces de colmar algún día. Pero aunque no tengo ningún motivo para dudar de la veracidad de lo que afirmaba el Hermano Aurelio, lo cierto es que mientras fue mi hogar nunca hubo en el Santuario más de una docena de monjes adultos y apenas medio centenar de muchachos de edades diversas, de los cuales yo me encontré durante años entre los más jóvenes. Tengo que reconocer, sin embargo, que no fue ésta exactamente la impresión que tuve en un principio, aunque los motivos de dicho error quedarán patentes a lo largo de estas páginas.

Casi todos los niños éramos propiedad legal de la Orden que, como algunas otras ramas de la Iglesia caídas en desgracia en aquellos tiempos de crisis, trataba de suplir mediante la adquisición de novicios en los mercados de esclavos la ausencia de interés y de vocaciones en el pueblo. Aunque, por supuesto, no era éste el caso de otras congregaciones más favorecidas por el poder en los últimos tiempos, como los incombustibles frailes Dominianos y, sobre todo, la Congregación de la Tercera Venida de Nuestro Señor o, como se la conocía más comúnmente, de los Severinos. Especialmente en ésta última, fundada por el propio San Severino de Alcalá tan sólo unas cuantas décadas atrás, innumerables aspirantes procedentes de todo el Reino ingresaban cada año, más que con auténtica vocación religiosa con la esperanza de medrar en la Corte o, simplemente, garantizarse un porvenir seguro en sus lugares de origen.

En medio de este conjunto de circunstancias adversas la Orden de San Agustín se había esforzado para mantener en condiciones de uso al menos una parte de la que siempre había considerado como su sede insignia. En el tiempo en que yo viví en el Santuario eso incluía, aparte de algunas dependencias excepcionales como la Capilla, la Pinacoteca o la gran

Biblioteca, dos o tres plantas en el extremo del ala este del edificio principal, que proporcionaban espacio más que suficiente para la mayoría de miembros de la exigua Comunidad. En el primer piso se ubicaban las celdas de los novicios, junto con las aulas utilizadas por éstos para las clases, el estudio y el trabajo. En la planta baja, por su parte, tenían su sitio los dormitorios comunales para los niños oblatos, además del Refectorio y de algunas otras salas de variado propósito. Desperdigadas por el resto de pisos y en algún caso prácticamente ilocalizables entre los cúmulos de escombros y desechos amontonados a lo largo de décadas por los corredores, claustros y escalinatas, se hallaban las celdas particulares de los escasos Hermanos y Padres del cenobio, además de algunos laboratorios y estancias de uso variopinto y de muchas otras dependencias cuyas puertas jamás tuve ocasión de atravesar. Y, por supuesto, también se encontraba, aunque ahora quizás resulte prematuro hablar de ello, el Observatorio.

El que la vida cotidiana del Santuario se concentrase en esta mínima parte del vasto espacio disponible no significaba sin embargo que fuera imposible acceder al resto del edificio: los pasillos y las escaleras que permitían hacerlo estaban allí, todo a nuestro alrededor, a nuestro alcance aunque a veces su estado de conservación fuese más que precario. Y era innegable el atractivo que ejercían las innumerables salas, celdas, claustros y galerías deshabitados, en especial sobre los más bisoños. Pero ni siquiera para los oblatos más audaces se trataba de una aventura fácil. Ya he mencionado cómo esa gran construcción me pareció siempre un inmenso laberinto en el que resultaba extremadamente sencillo perderse: yo mismo me extravié en su interior en más de una ocasión y cada una de esas veces, por cierto, me prometí a mí mismo que jamás repetiría la experiencia. De manera que no debe extrañar que fueran muy pocos los miembros de la Comunidad que se aventuraban a adentrarse siquiera en él, y que la mayoría tendiera a ignorar su misma existencia.

Este edificio principal limitaba hacia el norte con el huerto del Hermano Ulpiano, un extenso vergel en el que crecían toda clase de verduras, hortalizas y árboles frutales y que albergaba casi en su mismo centro una construcción achaparrada de piedra y vidrio, el misterioso Invernadero. Más allá del huerto y de la acequia alcanzaba a verse un espeso bosque de robles y encinas que cubría una sucesión de montículos de relieve sinuoso. Estas colinas boscosas, en el extremo de la vasta propiedad, se perfilaban abruptas contra el cielo, ocultando totalmente de la vista la Ciudad hacia el norte y el

oeste a pesar de hallarse el Santuario enclavado en su mismo centro.

La última frontera de mi mundo era la larga y sólida muralla que cercaba el enorme complejo en todo su perímetro. Se trataba de una elevadísima pared de piedra y ladrillo, rematada por un enrejado metálico de complejo diseño cuyo perfil podía intuirse siguiendo el relieve de las colinas y que a mí me hacía pensar siempre en una hilera de afiladas picas, como si el Santuario se hallase sitiado por un inmenso e infatigable ejército, apostado justo al otro lado del muro.

Pero no fue aquel ejército precisamente el que me mantuvo recluido dentro de las fronteras de la que fue mi casa durante tantos años. Porque, para ser sincero, he de reconocer que siempre sentí que se trataba del más extraordinario lugar sobre la Tierra, el único en que imaginé que se desarrollaría mi vida y en el que siempre quise permanecer, por los motivos que se irán exponiendo en adelante. Y lo consideré así hasta el mismo día en que no tuve más alternativa que abandonarlo, para entonces ya convertido (así lo creía entonces y hubiera desafiado furioso a quien se hubiese atrevido a cuestionarlo) en adulto.

3. Los dominios del Padre Ovidio

Cuando hago memoria de mi primer día en el Santuario, una de las cosas que más me sorprenden aún es el contraste entre el recuerdo de aquel asfixiante calor y la realidad de casi todos y cada uno de mis días posteriores, en especial desde que di a mi vida el giro que me ha conducido hasta lo que hoy es mi presente. Los días como aquél no son hoy sólo infrecuentes, sino extraordinarios. Las crónicas más antiguas dejan entrever que en los tiempos de antes del Castigo el clima era mucho más benigno con los hombres. El verano, e incluso también buena parte del otoño y de la primavera, consistía en una sucesión de jornadas cálidas y cielos despejados, por más extraño que eso suene a nuestros oídos. En esos días la nieve y las heladas no se adueñaban de los campos y ciudades del Reino ya desde mediados de octubre hasta bien avanzado el mes de marzo, tal como lo hacen hoy. Nuestros antepasados no se veían obligados por tanto a interrumpir, como hacemos nosotros, cualquier clase de viaje o transporte durante la mayor parte del invierno, ni se veían sometidos al aislamiento casi absoluto que sufren durante varios meses la mayor parte de pueblos y ciudades bajo el gobierno del Patriarca.

Fue un hito verdaderamente notable, por tanto, aquel tórrido día de verano que supuso no sólo el comienzo de mi vida en el que sería mi hogar durante largos años, sino, siendo mucho más preciso, el ingreso en los dominios absolutos del Padre Ovidio, el omnipotente Maestro de Oblatos. El Padre Crisógono, Superior del Santuario y General de la Orden de San Agustín, le daba carta blanca en todos los aspectos relacionados con los más pequeños, de modo que el Padre Ovidio gestionaba al grupo de niños oblatos, los benjamines de la Comunidad, como su particular emporio.

El Hermano Orosio nos lo presentó en el mismo acto de bienvenida: un monje corpulento de calva y redonda cabeza, cejas pobladas y nariz ganchuda

que, enfundado en un enorme hábito negro, nos observaba en silencio desde el único rincón del patiecillo en que daba la sombra. Lo flanqueaban, igualmente silenciosos, varios muchachos con idéntica vestimenta y rostro pálido e inescrutable, pero el Padre Ovidio parecía centrar todo su interés en nosotros, frotándose repetidamente las manos ensortijadas en un signo que en mi ignorancia de entonces interpreté como de impaciencia. Incluso antes de saber quién era aquel personaje y la relación que íbamos a tener con él en adelante, su abultada figura se me asemejó desde lejos a la de un inmenso y siniestro cuervo. Y aunque es improbable que desde aquella distancia fuese capaz de distinguirlos, en mis recuerdos de aquel día, al igual que en muchas de mis pesadillas, el Padre Ovidio nos escudriña con esos ojillos penetrantes que enseguida aprendí a esquivar tanto como me era posible. Unos ojos que siempre sugerían mucho más de lo que nunca llegaban a articular sus labios, y que subsanaban enseguida el posible equívoco producido por una voz aguda y melindrosa, en sorprendente contraste con su fornido físico. A partir de aquel exacto instante, y por espacio de al menos dos años, todos los recién llegados íbamos a permanecer bajo su tutela exclusiva.

Desde el principio pudimos percibir los nuevos que el Padre Ovidio era la única e incontestable autoridad del Santuario, al menos en lo que a nosotros se refería. Cualquier cuestionamiento de esa autoridad, la desobediencia más nimia, se traducía de inmediato en un severo castigo, que era compartido por cualquier otro oblato que siendo testigo del suceso no lo denunciase de forma inmediata. Muy pronto aprendimos no ya a respetarle sino a temerle, a sentir un soplo de angustia cuando notábamos que su mirada, escudriñadora como la del ave carroñera que sugería su acechadora figura, se fijaba en uno de nosotros.

El Padre Ovidio no solía ejercer su autoridad de manera directa. Algunos niños, por los que parecía mostrar especial predilección, se encargaban de supervisar los juegos, las horas de estudio o la actividad en el dormitorio comunal, y le daban cuenta inmediata de cualquier suceso que precisase su intervención o le trasladaban las delaciones que se les hacían en secreto. El Maestro de Oblatos no sólo les recompensaba dispensándoles de casi la totalidad de las faenas que nos tocaba realizar a los demás, sino también con ostentosas muestras de afecto, caricias cómplices y palabras tiernas, que muchas veces acompañaba de exhortaciones dirigidas al resto de nosotros:

—¡Sois para mí como mis propios hijos! ¡Respetadme y amadme como a vuestro propio padre y obedeced sin titubeos a mis hijos predilectos, que no

son pues sino vuestros hermanos mayores! —exclamaba ampuloso mientras acariciaba la mejilla de alguno de aquellos muchachos, apretándolo al tiempo contra su corpachón.

Los hijos del Padre Ovidio, los niños oblatos aspirantes al noviciado, formábamos un grupo de unos treinta o cuarenta, de los cuales poco más de una decena había compartido conmigo la bienvenida junto al saltamontes. Entre los veteranos, la mayoría con sólo uno o dos años más que yo mismo, pronto pude constatar la existencia de varios grupos bien definidos, de los que desde los primeros días nos mantuvieron rigurosamente al margen a los nuevos. Aquellos crueles muchachos se esforzaban en esquivarnos, dirigiéndonos miradas recelosas y haciéndonos, en fin, un vacío que nos acabó empujando a guardar las distancias también entre nosotros. Estas cuadrillas se organizaban de forma patente alrededor de alguno de los favoritos del Padre Ovidio, cada uno de los cuales se afanaba en extender la impunidad que éste les brindaba a su propio corro de incondicionales. De hecho al cabo de varias semanas pude comprobar, y no sólo en la carne de mis compañeros, cómo los castigos y golpes tendían a caer sistemáticamente sobre el grupo de desamparados novatos, mientras que los que formaban parte de aquellos corrillos parecían encontrarse a resguardo.

La rigurosa disciplina a que el Maestro de Oblatos nos tenía sometidos de continuo, junto a la desconfianza que de forma deliberada fomentaba entre nosotros, obstaculizaba enormemente el desarrollo de cualquier clase de relaciones personales entre los niños. A pesar de que nuestra edad nos habría impulsado precisamente a lo contrario, el miedo nos mantenía en una actitud de permanente reserva, y el temor a que cualquier muestra de confianza a un compañero fuera puesta de inmediato en conocimiento del Padre Ovidio paralizaba todo posible intento por trabar amistad.

Fue en aquellos primeros días, antes de que el ambiente opresivo se cerrase sobre nosotros definitivamente como una tenaza, cuando tuvo lugar el más destacado de los escasos destellos de osadía y de complicidad a que nos atrevimos los nuevos en todo el tiempo que estuvimos bajo la tutela del Maestro de Oblatos. Tan sólo se trató de una minucia, de un detalle trivial que sin embargo acabó adquiriendo entre nosotros carácter de símbolo, ya que nadie reveló nunca a ninguno de los ayudantes de nuestro mentor que habíamos empezado a llamarle por el mote de “el Ofidio”. El apodo, cuya autoría exacta nunca logré conocer, no sólo se asemejaba lo suficiente a su verdadero nombre como para que si alguno de ellos lo escuchase pudiera

pasar por una equivocación. También cuadraba perfectamente con la imagen que ofrecía en uno de sus gestos más característicos, pasándose la lengua repetidamente de lado a lado entre los labios con complacida fruición, como lo hacían las culebras que abundaban entre los cañaverales.

Desde el principio compartimos todos los recién llegados un mismo dormitorio comunal, una amplia sala en la planta baja en la que se sucedían las filas de literas hasta una capacidad mucho mayor de la que nunca llegamos a ocupar nosotros. Entre cada dos columnas de catres, consistentes en jergones de paja seca dispuestos sobre incómodos bastidores de madera, unas estrechas estanterías eran el único lugar de que disponíamos para situar nuestras casi inexistentes pertenencias.

Ni el Padre Ovidio ni ninguno de sus ayudantes nos dieron a los nuevos indicación alguna sobre dónde ubicarnos, tras ser conducidos al dormitorio después de la recepción del primer día. De modo que, en medio de un desconcierto generalizado y totalmente ignorados por los escasos oblatos veteranos que descansaban en sus camastros, nos fuimos situando donde nos pareció mejor a cada uno. Yo elegí un catre a ras del suelo, en una de las filas más alejadas de la puerta. De algún modo que no hubiera sabido explicar entonces intuí en aquella distancia un extraño poder protector. Aunque todavía no tenía noción concreta de cuál podía ser el peligro, fue sólo en el rincón más profundo y apartado de aquel aposento que iba a convertirse, me gustase o no, en mi hogar, donde logré sentirme relativamente a salvo.

La toma de posesión de mi refugio se redujo a colocar el exiguo contenido de mi hatillo en el estante que se correspondía con la litera elegida. En mi caso, mis más preciados tesoros eran una bolsita de tela pardusca en la que guardaba varias canicas de vidrio de brillantes colores y una tosca peonza de madera, con un cordón deshilachado y sucio enrollado a su alrededor. No acababa de decidirme sobre si dejarlos o no allí mismo, tan al alcance de los demás niños, cuando sentí que me tocaban el hombro, aunque con tanta suavidad que me volví sin estar seguro del todo de que hubiera realmente alguien detrás de mí.

—¿Te importa si me pongo en la litera de encima? —casi susurró una tímida vocecilla.

Era un niño aún más pequeño que yo, al menos en estatura, de rostro redondeado, piel clara y facciones suaves. El pelo era rubio, ensortijado y largo casi hasta los hombros. No me había fijado en él antes en el patio, de seguro porque había estado tras de mí, en mi propia fila, y me impresionó su

aspecto hasta el punto de que por un momento pensé que me encontraba frente a un ángel. Sin duda alguna la palabra que mejor podría describirle sería la de hermoso. Resultaba llamativo frente al resto de los nuevos, que compartíamos pieles y cabellos bastante más oscuros y físicos mucho peor nutridos. De hecho creo que aquel niño podría haber sido entonces la antítesis de mi propia imagen, pues el Polibio que ingresó en el Santuario, el primero cuyo rostro reflejado en algún mugriento espejo figura entre mis recuerdos, era un crío delgaducho y desgarbado, con una melena lacia y morena de la que sobresalían dos llamativas orejas. Alguien, en fin, tan desprovisto de gracia como puedo serlo aún hoy, aunque ahora mis muchos años puedan servirme como excusa.

Todavía conservo en mi mente la imagen de aquel niño implorante de apariencia angelical, y el eco de su voz insegura solicitando mi permiso me parece que resuena aún en mis oídos. Me sorprendió que eligiera la litera situada sobre la mía estando libres todas las demás de aquella fila, pero cuando me disponía a señalárselo de modo que advirtiera mi fastidio me lo impidió la intensidad de la súplica que se hizo patente en su mirada. También me fijé en el tamaño y el peso del saco que acarrea el niño: a juzgar por el esfuerzo con que el pequeño lo arrastraba debía contener muchas más cosas que las que había albergado mi minúsculo hatillo. Dejé de percibirle entonces como una potencial amenaza: mis pequeños tesoros probablemente no serían de mucho atractivo para alguien con posesiones suficientes como para llenar aquel voluminoso saco. Finalmente me encogí en un gesto de indiferencia y el pequeño trepó ágilmente sin decir ninguna otra cosa.

En las semanas que siguieron los nuevos fuimos haciéndonos poco a poco con la rutina diaria de los oblatos en el Santuario. La jornada comenzaba con unas estridentes voces por parte del Padre Ovidio, que recorría las filas de catres gritando y dando fuertes palmadas, a veces sobre las nalgas de alguno de los más tozudos durmientes. Casi con los ojos cerrados todavía nos enfundábamos el tosco y negruzco hábito de lana que nos habían repartido sus asistentes el primer día y que sería nuestra única vestimenta en adelante, una vestimenta cuya tradición milenaria desconocía aún yo por entonces. Luego nos calzábamos las sandalias y tras unas breves abluciones acudíamos al Refectorio a tomar un rápido desayuno a base de pan, leche y manteca.

De inmediato comenzaban las clases, para las cuales nos reuníamos en un

aula anexa al propio dormitorio, con varias hileras de pupitres dispuestos en semicírculo, a modo de anfiteatro, en torno a una larga mesa. En cuanto a las lecciones, consistían básicamente en el aprendizaje de los rudimentos de la lectura y la escritura, que ninguno de los nuevos, con la excepción que comentaré más adelante, conocíamos. Esta ignorancia no era algo de lo que debiéramos avergonzarnos, ya que el analfabetismo era frecuente entre las clases humildes del Reino y casi absoluto entre los esclavos. También dedicábamos largas horas a memorizar las principales plegarias y los preceptos básicos de la Doctrina. Todas estas materias eran impartidas, una tras otra y sin interrupción, a lo largo de la primera mitad de la mañana, siempre por el propio Padre Ovidio. Recuerdo que durante varios días lo más duro de soportar no fueron sus torvas miradas, ni tampoco sus broncas o sus collejas, sino el simple hecho de tener que permanecer durante esas largas horas sentado y en silencio.

El tiempo que restaba hasta el almuerzo lo dedicábamos a realizar alguna de las tareas que teníamos encomendadas. Entre las faenas que nos correspondían a los oblatos se encontraban la limpieza de nuestro dormitorio común y de las letrinas contiguas, así como del aula y de los pasillos próximos. También teníamos a nuestro cargo el molino, alimentado por una pequeña represa; el gallinero, que albergaba a medio centenar de fieles ponedoras, y las conejeras. La tarea más desagradable de todas era la limpieza de los establos y las pocilgas que, situados cerca del huerto, alojaban a media docena de vacas de apacible carácter y cuatro o cinco cerdas de las que al menos dos o tres solían estar rodeadas de un enjambre de pequeños lechones rosados. Dejando las sandalias a la entrada nos sumergíamos descalzos en el estiércol que, una vez amontonado, transportábamos en carretillas de madera hasta el borde del huerto para que pudiera ser utilizado por el Hermano Ulpiano como abono. Sin embargo, el hecho de tener que acarrear toda aquella porquería no nos producía ni una ínfima parte de las reservas que sentíamos ante la misión de echar de comer a Macario, el inmenso cerdo semental que nos superaba a todos los oblatos en altura y que hacía temblar la propia estructura de la pocilga cuando embestía con su enorme mole contra la valla, al sentir que nos acercábamos.

Era habitual que estos quehaceres, al igual que el resto de tareas de mayor dureza, recayeran sobre los nuevos oblatos, siempre bajo la complacida y holgazana supervisión de alguno de los ayudantes del Ofidio. El mayor y más cruel de todos ellos, Eutimio, aprovechaba para hacer tropezar a los niños

menos prevenidos, increpar luego con saña a los avergonzados pequeños embadurnados de estiércol y celebrar por último el incidente con risotadas mientras alardeaba de su ingenio junto a sus compinches.

Almorzábamos en el Refectorio, como los miembros mayores de la Comunidad, pero a diferente hora. En realidad, aunque nosotros lo ignorábamos todo nuestro horario estaba diseñado de modo que sólo muy contadas veces tuviéramos que cruzarnos con ellos. En esas ocasiones los observábamos con gran respeto y admiración aunque ellos, ya se tratase de novicios o de monjes adultos, rara vez nos dirigían algo más que una mirada de curiosidad.

Se comía en riguroso silencio y bajo la atenta mirada del Ofidio, que invariablemente aprovechaba para leernos en voz alta textos extraídos de las Sagradas Escrituras, reflexiones de carácter piadoso, fragmentos de la Regla o vidas de Santos. Yo prefería sin duda estos últimos, en especial los que terminaban de forma truculenta con el desmembramiento o la quema en la hoguera de sus heroicos protagonistas. Era una sensación extraña, casi morbosa, porque lo cierto es que durante bastante tiempo estuve convencido de que era la forma natural en que habíamos de morir todos los miembros de la Orden, incluido yo mismo. En lo que a mí se refería, yo ya lo había asumido e incluso había elegido un tipo concreto de martirio: prefería ser descuartizado y a ser posible por los malvados musulimes a cualquier otro tormento, en especial si estaba relacionado con el fuego. Mientras escuchábamos hacíamos lo posible por tragar las exiguas y poco apetitosas raciones que los encargados del reparto habían depositado previamente en nuestras escudillas, misteriosos potajes procedentes de inmensos peroles que ninguno de nosotros sabía de dónde salían ni quién rellenaba de un día para otro.

Una vez que abandonábamos el Refectorio disponíamos de un largo periodo de recreo. Algunos aprovechaban este rato para descansar en sus literas o para jugar en los patios anexos al edificio, el único lugar en que lo teníamos permitido. Los más osados, sin embargo, se atrevían a explorar algunos de los rincones abandonados del Santuario más fácilmente accesibles, aunque sólo cuando conseguían dar esquinazo a la mirada vigilante de los favoritos del Ofidio.

He de reseñar aquí una de las cosas que más llamaron mi atención a lo largo de mis primeras semanas en el Santuario. Fue el percatarme de la existencia de varios oblatos veteranos que parecían encontrarse al margen de

la autoridad de estos favoritos, fuera de los grupos organizados e incluso, por detalles que fui registrando poco a poco, de las propias y, para todos los demás, rigurosas normas del Padre Ovidio. Pude reconocer a alguno de ellos como integrante del conjunto de taciturnos acompañantes del Maestro de Oblatos, en nuestro primer día en el patio. Desde el principio me pareció que los lugartenientes del Padre Ovidio, quizás por no ver menguada su autoridad en público, optaban por ignorar su presencia siempre silenciosa y vigilante, y yo decidí imitarles. Con el tiempo llegué a acostumbrarme a su deambular sosegado por las estancias de los oblatos, los pasillos y los claustros, y supuse que tendrían algún estatus de privilegio o alguna misión cuyos motivos desconocía y que nuestro mentor no juzgaba oportuno explicarnos. Sólo bastante tiempo después alcancé a comprender cuál era ese estatus en realidad.

La tarde, una vez finalizado el descanso, la empleábamos en ensayar hasta la extenuación un amplio repertorio de cantos litúrgicos, algunos de los cuales se cantaban en lenguas extrañas que el Padre Ovidio nos aseguraba se hablaron en tiempos y países muy lejanos. El Maestro de Oblatos carecía, afortunadamente para nosotros, de oído musical, con lo que sólo en muy raras ocasiones era capaz de detectar si alguien desafinaba, aunque en esos casos excepcionales los castigos solían ser muy severos.

Por último, antes de la frugal cena y tras un breve descanso se nos convocaba por medio de una estridente campanilla al acontecimiento más solemne del día, y que a mí en particular me llenaba de especial emoción: la participación junto con el resto de la Comunidad en el oficio de Vísperas, en la Capilla. Eran los únicos Oficios a los que asistíamos los oblatos y el único contacto cotidiano, si bien un tanto remoto, que manteníamos con los demás habitantes del Santuario: el nutrido grupo de novicios, Hermanos y Padres que veíamos acomodarse a diario en los suntuosos asientos del Coro alrededor del Altar, todos ellos vestidos con hábito negro idéntico al nuestro y cuyos rostros apenas lográbamos distinguir desde nuestro marginal emplazamiento en los destartados bancos del Coro alto. Desde allá arriba, rigurosamente separados de los demás integrantes de la Comunidad, nos limitábamos a seguir como podíamos los rezos, salmos, antífonas y cánticos que entonaban con energía los monjes más jóvenes y que los miembros del grupo ya entrados en años acompañaban con voces desganas.

La Capilla era sin duda un lugar hermoso. A pesar de lo que sugería su nombre no hubiera desmerecido de muchas de las grandes catedrales y

basílicas que he conocido con los años. Estilizados ventanales cubiertos de vidrieras policromadas se abrían a cada pocos metros, todo a lo largo del ábside, alzándose como flechas de luz hasta el mismo asiento de la bóveda. A sus pies discurría el triple banco de Coro en donde se ubicaban los monjes, dispuesto en un hemiciclo alargado en forma de letra “U” con más de un centenar de asientos de madera, cada uno labrado con un motivo distinto. En el centro del Coro y sobre una amplia plataforma se elevaba el Altar Mayor, un gran cubo de piedra cubierto por un lienzo de lino blanco. Justo por encima de éste, a casi diez metros de altura, flotaba una grandiosa imagen del Cristo Crucificado, suspendida mediante un conjunto de hilos de acero sujetos por poleas que en la penumbra resultaban casi invisibles. De este lado del crucero, la nave central sólo albergaba ya una abigarrada sucesión de viejos bancos de madera que se extendían en dos largas hileras bajo el Coro alto y hasta casi las mismas puertas de acceso.

Aún guardo en mi memoria la emoción sobrecogedora que me embargó la primera vez que asistí a los Oficios, apenas un par de días después de ingresar en el Santuario. Quién sabe si por azar o por el capricho de una voluntad poderosa que deseaba sobrecogernos a los recién llegados, la hora de las Vísperas coincidió aquella tarde con el exacto instante en que la luz dorada del último sol poniente se filtraba a través de las vidrieras del ábside, creando en la amplia nave una atmósfera cargada de misticismo. La majestuosa figura del Cristo, sumergida en un baño de rayos multicolores, parecía levitar justo frente a nosotros, en el foco mismo de la Capilla, con los brazos extendidos como si estuviese a punto de remontar el vuelo. Mientras, se escuchaba de fondo una hermosísima melodía que aún hoy soy capaz de recordar (aunque, todo hay que decirlo, no sólo por haberla escuchado aquella primera vez) y que iba cargando de emoción, nota a nota, todo el recinto. En esos instantes, con la piel erizada y los ojos casi anegados en lágrimas, me sentí inmensamente afortunado por estar disfrutando de aquel privilegio y completamente seguro de que, pese a la proximidad del Padre Ovidio y de sus ínucos asistentes tan sólo una o dos filas más allá de mi propio banco, aquel lugar era también el más cercano a la presencia de algo glorioso y sobrenatural de todos los que yo había tenido la oportunidad de conocer. Tiempo después tan sólo la inmensidad del firmamento, la grandiosidad del Universo que se esconde tras el cielo estrellado y que me gusta contemplar en las noches frías y despejadas del Norte, ha logrado transmitirme, siempre desde la consciencia de mi propia insignificancia, una sensación semejante.

4. El pequeño Galerio

Mal que a veces me pese, los años han hecho de mí un erudito. Se me conoce y respeta en estas tierras del Norte, sobre todo, por la multitud de temas variopintos, principalmente históricos y científicos, sobre los que he tenido la osadía de escribir. Los más ingenuos incluso me aclaman como sabio. La mayoría de ellos prefiere ignorar, a pesar de mis esfuerzos constantes en dejarlo rotundamente claro, que apenas una mínima parte de ese saber constituye una aportación personal mía. Que sólo he intentado ser un transmisor de lo poco que realmente conozco, de las migajas de conocimiento que he podido traer conmigo a este rincón del Mundo. Sin embargo, he acabado aceptando ese reconocimiento con gratitud y humildad, en el nombre de aquellos que realmente lo merecerían: decenas de grandes hombres cuyo recuerdo se ha perdido de la memoria de la mayoría. Es en esto último, en esa evanescencia implacable y definitiva, en lo único en que, estoy convencido, sí que lograré parecerme a ellos algún día.

Y hago un nuevo ejercicio de humildad reconociendo públicamente que, si bien con los años la lectura y la escritura llegaron a convertirse en algo tan íntimamente ligado a mi propia forma de ser que sin ellas mi vida ni siquiera hubiera tenido sentido, no siempre fue así. Tengo que admitir que, pese al papel que han jugado después y a lo largo de casi la totalidad de mi existencia, me costó sin embargo un inmenso trabajo hacerme con las primeras letras.

Solíamos recitarlas todos los oblatos a coro, siguiendo los signos que el Padre Ovidio había garabateado previamente con tiza sobre el vetusto encerado que cubría la pared del aula de un extremo al otro, y que luego íbamos copiando cada uno en las pequeñas pizarras individuales con las que practicábamos. El Maestro de Oblatos se paseaba mientras tanto entre los pupitres, criticando con incesantes y casi siempre sarcásticas observaciones

los arduos esfuerzos de unos y otros por reproducir su texto. Debo reconocer que yo era uno de los objetivos predilectos de sus puyas: los trazos más básicos se me resistían con mayor encono que a la mayoría de mis compañeros. No sólo se trataba de que mi mano pareciese privada de toda destreza para la escritura. En realidad, al principio incluso la mera idea de que aquellas ristras de borrones sobre la pizarra pudieran tener algún sentido se me hacía inimaginable.

—¿Crees que esto se parece en algo a lo que he escrito yo, hijito? —solía exclamar el Padre Ovidio con un gesto de horror cada vez que estiraba con saña una de mis ya de por sí bastante prominentes orejas.

Un día en que mis repetidos errores me habían granjeado una notable inflamación de oídos corrí a refugiarme, nada más terminar la clase, en una de las letrinas de la planta baja. A duras penas podía contener las lágrimas de dolor y de rabia, seguro como estaba de que mis orejas debían parecer tomates maduros colgados a ambos lados de mi cabeza. Al cabo de un rato oí unos pasos que se adentraban en las letrinas.

—¿Estás ahí dentro? —susurró una vocecilla que reconocí aún antes de asomarme al borde del reservado, que carecía de puerta. Era mi vecino de litera. No había tardado en darme cuenta de que, por algún extraño motivo, el Ofidio no parecía ensañarse nunca con él. Más bien al contrario, desde mi pupitre situado inmediatamente detrás del suyo podía comprobar con frecuencia cómo le trataba con melosa dulzura, acariciándole los cabellos rubios mientras le observaba arrobado, aparentando interesarse por su trabajo.

—¡Déjame solo! —exclamé descargando parte de mi furia en mi compañero, sin importarme si me oía o no alguno de los favoritos del Padre Ovidio.

El niño me miró con simpatía y sin amilanarse.

—Escucha: si quieres, yo puedo ayudarte.

—¿Cómo vas a ayudarme? ¡Te será fácil decirlo, tú sí que le has caído bien al Ofidio desde el principio!

El pequeño desvió la mirada por un instante y tuve la impresión de que mi comentario le había herido de algún modo, pero luego pareció decidirse de nuevo.

—Yo ya sé leer y escribir. Me enseñó mi madre. Si quieres puedo ayudarte a aprender...

Me sentí tentado de gritarle otra vez, rechazando su oferta. Pero la intensa quemazón en mis orejas me hizo pensarlo mejor y asentí mientras las

lágrimas me resbalaban abiertamente por las mejillas.

El niño alzó una mano hacia mi rostro como si fuera a acariciarme, pero nuevamente cambió de opinión y tan sólo me la ofreció para que se la estrechara.

—Me llamo Galerio.

Desde entonces, y por espacio de varias semanas, Galerio me ayudó cada tarde después de la comida. A pesar de su corta edad y de su aspecto tímido, en aquel terreno se desenvolvía con gran seguridad y aplomo. Me guiaba en los trazos que torpemente esbozaba sobre la pizarra, y con enorme paciencia corregía mis errores e insistía para que lo intentase de nuevo.

Eutimio se acercaba con frecuencia a nosotros y, sorprendiéndome por detrás, me daba un fuerte tirón de orejas a imitación de los del Padre Ovidio, mientras se burlaba de mis desmañados intentos.

—¿A qué se parece eso, Polibio? ¿A un caracol, o a una rana? ¿Es eso una “e”, o te estás haciendo un retrato de perfil?

Las continuas burlas de Eutimio y sus adláteres hacían una mella considerable en mi resolución, y en numerosas ocasiones me parecía que estaba embarcado en una aventura imposible. Alguna vez incluso pretendí desistir, pero Galerio no me lo permitió.

—¡No puedes dejarlo ahora! —aseguraba—. ¡Sólo es cuestión de tiempo, Polibio!

Por supuesto que yo no le creía entonces, y me limitaba a dejarme convencer a regañadientes. Sin embargo, y para mi sorpresa, con el paso de las semanas y de los meses mi mano se fue afirmando, mi mente empezó a abrirse y las ristas de garabatos comenzaron a cobrar sentido. Y pronto supe que, tal como Galerio había predicho que ocurriría, algo prodigioso estaba sucediéndome.

El primer día en que conseguí llenar la pizarra con una larga frase al dictado de Galerio, con gran dificultad pero sin cometer error alguno, me inundó una alegría tan inmensa que corrí a buscar mi amada peonza y, muy solemnemente, se la ofrecí en agradecimiento. El niño me miró muy serio y finalmente aceptó el obsequio. Luego me sorprendió pidiéndome que le acompañara hasta nuestro pasillo. Rebuscó por un momento en la bolsa que guardaba en su estante y se volvió a mí, tendiéndome un pequeño libro. Aunque para entonces yo ya sabía lo que era un libro, nunca había tenido uno entre mis manos porque, a pesar de que el Santuario contaba con una de las más renombradas bibliotecas de todo el Reino, a los oblatos no se nos

permitía siquiera el acceso a ella. Pero no podía imaginar siquiera que Galerio guardase un libro de su propiedad personal, oculto en su enorme saco. En realidad, lo ignoraba casi todo sobre mi compañero, ya que, a pesar de los ratos que compartíamos a diario desde hacía tantas semanas, Galerio nunca había dado muestras de querer intimar más conmigo, ni tampoco con ninguno de los otros oblatos.

Pensé que un libro debía ser algo extraordinariamente valioso y le expliqué que me negaba a aceptarlo, que yo no había hecho nada para merecerlo.

—No te lo estoy regalando, Polibio —me aclaró Galerio algo azorado—. Lo siento, pero no puedo regalártelo. Es el libro que le gustaba a mi madre leerme cuando era muy pequeño y pienso conservarlo siempre... Pero te lo puedo dejar si quieres intentar leerlo. Yo ya me lo sé de memoria. Eso sí, tendrás que darte prisa y terminarlo antes de que venga mi hermano a por mí... —Porque Galerio tenía un hermano mayor al que adoraba, del que recibía noticias de cuando en cuando y que, según me había confesado en un súbito arranque de franqueza, había prometido que le sacaría del Santuario en cuanto volviera de las guerras del Norte.

Tomé el libro sin saber muy bien qué decir, embargado por una extraña emoción. No era de grandes dimensiones, apenas un centenar de páginas (que se me antojaron entonces muchísimas: no imaginaba cómo nadie podía tener tantas cosas que contar), llenas de letras que, en comparación con las que me había acostumbrado a leer y escribir en la pizarra, me parecieron diminutas. Estaba encuadernado en una piel oscura muy desgastada por el uso que exhalaba un agradable aroma, y cuando lo abrí me llamaron la atención algunos dibujos que, en las primeras páginas, mostraban a una serpiente devorando a otro animal, y lo que parecía un raro sombrero. En otras ilustraciones, más adelante, aparecía la figura de un niño pequeño de pelo rubio y rizado, de enorme parecido con el propio Galerio. Le prometí a mi compañero que intentaría leerlo todo, aunque me parecía una tarea casi imposible, aún con la ayuda de los graciosos dibujos.

Después de aquel episodio, con el que mi vecino de litera dio por finalizadas nuestras lecciones privadas, pensé por un tiempo que Galerio y yo podríamos ser amigos. Sin embargo, Galerio nunca me dio esta oportunidad. De hecho, a lo largo de las semanas que siguieron fui percibiendo cómo gradualmente se volvía aún más taciturno y reservado de lo que ya era, y constaté cómo en sus ojos arraigaba una tristeza que rara vez volvió a huir de

ellos.

Galerio no se relacionaba con ningún otro oblato aparte de mí. No participaba en los juegos colectivos y tan sólo accedía ocasionalmente a compartir algún paseo conmigo por los claustros o por la linde del huerto. En esos raros momentos de intimidad hablaba más bien poco, aunque a veces le sorprendía mirándome con una intensidad que llegaba a darme miedo. En ocasiones, cuando me sentía más próximo a él, me parecía intuir que eran muchas las cosas que tenía que decirme y que, sin embargo, no se atrevía o se decidía a confiar en mí. Pero en otros momentos tenía la sensación de que sucedía precisamente lo contrario, a saber, que el motivo por el que no me hablaba del secreto que parecía esconder era porque había resuelto, precisamente, no hacerlo.

En cualquier caso cada vez se me fue haciendo más difícil entender el motivo de su aislamiento, más aún cuando yo estaba dispuesto a ser su amigo de forma incondicional. Consideraba que era lo menos que podía ofrecerle después de lo que él había hecho por mí. Incluso llegué a decírselo expresamente, pero su respuesta no me dejó ninguna opción.

—Un amigo no me serviría de mucho. Déjalo ya, Polibio, no insistas — me atajó mientras meneaba su rubia cabeza tristemente -, no puedes hacer nada. Sólo mi hermano puede, él me sacará pronto de aquí.

Una noche en que me había despertado de madrugada y no conseguía volver a conciliar el sueño, algo casi insólito en mí, escuché el ruido de unos pasos sigilosos. No me atreví siquiera a incorporarme. Los lugartenientes del Ofidio solían vigilar por turnos para que nadie se levantara, e informaban de cualquier intento de hacerlo al Maestro de Oblatos a la mañana siguiente, aunque esta norma, sin embargo, no parecía afectar a los misteriosos oblatos encapuchados. Pero para mi sorpresa, no fue a ninguno de ellos a quien logré distinguir en la penumbra, desde mi fingida inmovilidad. Fue Galerio quien se aproximó cautelosamente y subió hasta su litera con sólo un leve crujir de los peldaños de la escala. Se desnudó y acostó sin hacer ningún otro ruido, pero cuando estaba a punto de conseguir dormirme de nuevo me sobresalté al escuchar sollozos entrecortados que provenían de la cama de mi compañero. No me atreví tampoco entonces a levantarme pero, sin saber exactamente por qué, me asusté y empecé a temblar y a sentir unas enormes ganas de llorar y también aunque me contuve para no advertir a Galerio. El desolado y casi inaudible llanto de mi vecino de litera me acompañó en mi silencioso desvelo hasta bien entrada la madrugada.

Cuando al día siguiente le pregunté por su excursión nocturna, sin mencionar nada de lo que había oído más tarde, Galerio negó rotundamente haberse levantado esa noche y, evitando mirarme a los ojos, sugirió que probablemente todo había sido un sueño mío.

—No nos permiten levantarnos de noche, ¿no lo recuerdas? —y dándose media vuelta se alejó cabizbajo.

Aquello me enfureció y no pude evitar gritarle muy enojado, mientras se alejaba sin volverse, que le dejaría en paz si era eso lo que quería pero que no me considerase su amigo ni volviera a contar conmigo para nada. Aún no entiendo del todo el motivo de mi súbito arranque de ira de aquella mañana, el desplante del que me he arrepentido después tantas veces. Quizás le hacía responsable en mi fuero interno, a falta de un mejor culpable, del miedo que yo mismo había sentido. Esa misma tarde, todavía irritado con él, le devolví con un gesto de despecho su libro, del que apenas había conseguido leer media docena de páginas.

En adelante Galerio comenzó a esquivarme de forma sistemática, eludiendo todas las tentativas que, lleno de remordimientos, hice por entablar conversación en las semanas que siguieron. Sin embargo, la escena de aquella noche se repitió otras muchas a lo largo de los meses posteriores y día a día fui siendo testigo, desde una distancia que nunca más volvió a permitirme salvar, de cómo una inmensa pena le iba anegando el alma. En ocasiones no sólo lloraba, sino que también dejaba escapar entre los sollozos gemidos de dolor que me hacían estremecer, pero siempre atajó con rotundidad cualquier intento mío por confortarle. Finalmente, con el paso del tiempo la sensación de culpa que me invadió en un principio se fue mitigando y poco a poco logré aislarme emocionalmente de mi compañero. Dejé de preocuparme por sus aparentes congojas e incluso acabé por suponerlas, en caso de ser reales, absolutamente merecidas. No podía tener idea, sin embargo, de cuán lejos estaba de la verdad.

5. Los Jardines del Santuario

Para cuando las prácticas de escritura con Galerio hubieron finalizado, mi situación con respecto al Maestro de Oblatos había cambiado apreciablemente. Pronto pude leer de corrido y escribir con soltura y letra clara, incluso sobre el tosco papel que el Padre Ovidio nos facilitaba ocasionalmente para practicar. Y aunque nunca logré un comentario de aprobación por su parte, dejé de ser uno de los blancos predilectos de sus iras y conseguí empezar a pasar desapercibido entre mis compañeros durante las clases, con lo que mi vida cotidiana se volvió algo más fácil. No sucedió lo mismo sin embargo con Eutimio, que siguió considerándome uno de sus objetivos preferidos. Incluso me atrevería a decir que mis repentinos progresos le irritaron de forma ostensible, por lo que rehuirle se convirtió en uno de mis habituales quehaceres a lo largo del día.

Una vez que llegué a la conclusión de que no tenía sentido proseguir con mis intentos por trabar amistad con Galerio, resolví emplear los descansos de después del almuerzo para explorar por mi cuenta algunos de los innumerables rincones del Santuario que quedaban fuera del área limitada en que se desenvolvía nuestra rutina diaria. Me animaba a hacerlo, principalmente, la posibilidad de poder escapar así de la vigilancia opresiva a la que los ayudantes del Padre Ovidio sometían los patios más concurridos y, sobre todo, de eludir las burlas y empellones de Eutimio y de Floro, un muchacho larguirucho e irritable que se había convertido en uno de sus más aventajados secuaces. Sin embargo, mi valor no corría parejo con lo decidido de mi propósito y, al rato de internarme por alguno de los corredores abandonados, por los claustros con columnatas de desfigurados capiteles o por entre la maleza que cubría las ruinas de los edificios contiguos al principal, mi resolución flaqueaba. Comenzaban a temblarme las piernas y, después de un instante de indecisión en el que me sentía tan atemorizado

como avergonzado por mi cobardía, solía dar media vuelta a la carrera. Fue en una de estas expediciones como, de forma casual o, podríamos decir, por capricho de un destino indulgente, ya que mi vida sería hoy otra totalmente distinta sin su oportuna intervención, descubrí los antiguos Jardines.

Sucedió un día en que, tratando de escapar de la persecución a que me sometían varios de los ayudantes del Ofidio por algún pretexto banal que ya he olvidado, me oculté más allá de los límites del patio grande, entre los matorrales y el arbolado próximos al huerto. Tras una pared de arbustos y cañaverales discurría semioculta la acequia principal, atravesando de nordeste a oeste el recinto. Esta conducción, además de proporcionar el riego necesario para las verduras del Hermano Ulpiano alimentaba también a la presilla del molino, la que abastecía de agua potable al propio Santuario. Al escuchar las voces que se aproximaban salté casi sin pensar al interior de la acequia. Se me ocurrió que aquel canalón, casi tan profundo como era yo de alto entonces y con apenas un palmo de agua en su interior, me permitiría ocultarme por completo mientras permaneciese agachado. Me estremeció el frescor helado de la perezosa corriente que lamía mis tobillos, e intentando no tiritar me fui deslizando con sigilo, alejándome de mis perseguidores. Nunca antes había explorado aquel canal y me sorprendió el gran número de incorporaciones y desvíos que comunicaban con él, algunos casi tan anchos y profundos como la propia acequia principal, otros meros desagües de sólo un par de palmos de diámetro. Parecía tratarse de una intrincada red de distribución, que de una forma u otra comunicaba con casi todos los edificios y lugares del complejo. Tratando de alejarme lo más posible de las voces, que aún podía oír, tomé uno de los desvíos más anchos y profundos, el que me pareció que mejor podía esconderme. Sin embargo aquella conducción no me llevó hasta muy lejos. Apenas unas decenas de metros más adelante, después de un brusco giro a la izquierda, la acequia acababa por introducirse bajo lo que pensé que podría ser el extremo del ala oeste, una de las zonas abandonadas del edificio principal y la más apartada de la que nosotros ocupábamos, a través de un arco sustentado por una vetusta cimbra de ladrillo. El arco estaba atravesado por una reja metálica completamente podrida por la herrumbre. Al asomarme al interior pude distinguir claramente un largo y lóbrego túnel y al fondo, al otro lado del edificio, la salida como un diminuto óvalo de luz enmarcado por las sombras.

Empezaba a convencerme de que había llegado el momento de dar media vuelta y buscar refugio en un rincón menos siniestro cuando nuevamente

escuché los gritos de Eutimio, esta vez más próximos. Parecía que aquel día la persecución iba en serio, y todavía recordaba el baño de lodo que me había llevado la última vez que el cruel asistente del Ofidio la había tomado conmigo. Aunque empezaban a temblarme las piernas, el miedo a ser alcanzado por Eutimio y los suyos pudo más que el respeto que me producía la tenebrosa oscuridad del túnel. De manera que, arremangándome el sayal, introduje sin dificultad mi cuerpo menudo por un hueco en el enrejado y me adentré en el lóbrego corredor.

Avancé chapoteando en la oscuridad, a tientas, mientras mis ojos trataban de adaptarse a la penumbra reinante en el pasadizo. Aunque apenas distinguía detalles de lo que me rodeaba sí que podía palpar al apoyarme el verdín húmedo que cubría las paredes y el techo, olfatear alguna que otra vaharada maloliente y escuchar el correteo huidizo de las ratas que se apartaban para dejarme paso, aún más sobresaltadas que yo mismo. Fui acercándome a la salida entre temblores, tropiezos y salpicaduras y por fin, boquiabierto, me asomé al otro lado por primera vez. Sentí como si hubiera aparecido en el paraíso: me encontré repentinamente rodeado de un verdor intenso y homogéneo, una densa fronda que se desplegaba como una bóveda vegetal sobre la acequia, cubriéndola por completo. El canal proseguía su camino en línea recta perdiéndose en la espesura pocos metros más adelante, aparentemente ajeno al asombro que me embargaba.

Así fue como descubrí, en definitiva gracias a Eutimio y sus secuaces, los antiguos Jardines del Santuario. Un enorme e insólito parque que, según pude averiguar por mí mismo en los meses y años que siguieron, se extendía cubriendo todo el terreno entre la propia fachada del edificio principal y los elevados muros que rodeaban por completo el inmenso recinto y los terrenos adyacentes. En su mayor parte los Jardines se hallaban asilvestrados, convertidos en una tupida selva surcada por una densa red de senderos empedrados y salpicada de hermosos e insólitos rincones que había crecido a su antojo por falta de brazos que le pusieran coto. Quizás por ese mismo estado de abandono, sólo muy rara vez eran visitados por alguno de los Hermanos o Padres de la Comunidad. Frente a la fachada y desde lo que en otros tiempos había sido la Puerta Principal del Santuario, un amplio paseo, todavía despejado en su mayor parte y flanqueado de solemnes estatuas a cada pocos metros, atravesaba los Jardines hacia el sur. El paseo, que dividía en dos partes diferenciadas aquella espesa jungla, desembocaba unos cientos de metros más adelante en un gran portón herrumbroso. Esta vieja puerta

tenía como misión cerrar por completo un enorme hueco en forma de arco abierto en el propio muro, entre dos recias torres semiocultas por la hiedra. Pero no fue sino hasta mucho tiempo después cuando, tras haber explorado durante años aquella misteriosa selva, logré hacerme una idea precisa de su configuración y de sus verdaderos límites. En aquel momento los Jardines me parecieron salvajes, oscuros y, sobre todo, inmensos, tan vastos que durante cierto tiempo creí que constituían la totalidad del mundo que rodeaba el Santuario.

No hablé con nadie de este descubrimiento ya que intuí, en este caso con acierto, que el acceso a este lugar misterioso, de cuya existencia los oblatos ni siquiera teníamos noticia, debía estarnos rigurosamente vedado. Nuestra vida cotidiana transcurría invariablemente del otro lado del gigantesco edificio, que no sólo constituía nuestro hogar sino al mismo tiempo una inmensa barrera que nos impedía tener ninguna referencia de cómo era el mundo hacia el sur, de igual modo que las colinas constituían nuestro horizonte hacia el norte. Pero aquello no fue obstáculo para que, procurando siempre el máximo sigilo, comenzase a visitar los Jardines, primero de forma esporádica y luego con mayor frecuencia, a las pocas semanas ya casi a diario, siempre durante los largos recreos de la tarde y a través de mi acceso secreto. Pronto se convirtieron en una parte crucial de mi mundo, en mi refugio predilecto, el único lugar en que me sentía completamente a salvo y, a la postre, en el que se produjeron algunos de los encuentros de mayor trascendencia a lo largo de mi vida. El primero de ellos tuvo lugar muy pronto y fue con la persona que menos podía imaginarme, la que se convirtió en la mayor fuente de calidez y de afecto que he conocido nunca. El otro condicionó quizás mi futuro de modo más determinante, convirtiéndome en el Polibio que soy ahora. Y me resulta hoy curioso constatar cómo, a pesar de que las conocí a ambas en los Jardines, jamás tuvieron ocasión estas personas de encontrarse entre sí, y una de ellas no llegó siquiera a tener noticia de la existencia de la otra.

Al igual que sucedió con nuestras primeras letras, también fue de boca del Padre Ovidio como obtuvimos, al menos la mayoría de nosotros, las primeras nociones sobre el mundo que nos rodeaba y sobre las reglas que imperaban en él. Aunque ya he mencionado varias veces que no guardo ningún recuerdo previo a mi ingreso en el Santuario, siempre di por sentado que mi vida anterior, como la de casi todos mis compañeros, se había desarrollado dentro

de los límites de la Ciudad. Sin embargo, las explicaciones del Maestro de Oblatos sobre el mundo que había al otro lado de los muros del Santuario, sobre sus edificios, sus calles y plazas, sus gentes, sus fiestas y sus templos, nunca despertaron eco alguno en mi memoria. En realidad sólo conseguí hacerme una idea más o menos exacta de lo que se levantaba en torno a nuestro reducido universo mucho tiempo después, cuando pude verlo por primera vez con mis propios ojos. De todos modos, aún habiendo recordado algo me hubiera resultado difícil relacionar mis memorias con las descripciones del Padre Ovidio, carentes de detalles concretos y con un mínimo poder de evocación. El Maestro de Oblatos prefería explayarse en ampulosas y vagas explicaciones sobre el glorioso destino del Reino y de la Ciudad Santa, por los cuales velaba, observándolo todo desde la imposible cúspide del Junco, la figura venerable del propio Patriarca.

—El Patriarca, hijos míos —exclamaba alzando una mano hacia el sur en la dirección aproximada que se le suponía al misterioso edificio sede del principal poder del Reino -, es la salvaguardia de nuestra civilización, la lúcida Cabeza de nuestra Santa Iglesia, guiado de la mano por Su Santidad el Megaobispo y, me atrevería a decir, por Dios Nuestro Señor mismo. Es quien monta guardia perenne frente a los enemigos de Dios y del Reino, que nos rodean dispuestos a engullirnos en cuanto nos descuidemos, no sólo desde fuera sino también desde dentro...

Los enemigos eran, sin duda, uno de los temas favoritos del Padre Ovidio. Tal como conseguí entenderlo algo más adelante, los feroces enemigos del exterior contra los que nos defendía el Patriarca eran fundamentalmente dos: los musulimes infieles de Alandalus, que en el siglo pasado habían cruzado el mar y tras haber invadido las provincias del sur de Iberia hostigaban al Reino desde sus fortalezas de la Sierra Nevada, y los bárbaros galaicos, herejes que después de haber desenterrado antiguos cultos impíos se habían vuelto contra la Iglesia y el Patriarca y acosaban sin piedad las comarcas del Norte.

Sin embargo, el Padre Ovidio también insistía con frecuencia en la presencia de los enemigos del interior, los que pretendían minar desde dentro, con su falta de fe, las bases mismas de nuestra civilización. Eran los herejes que interpretaban a su modo las Sagradas Escrituras, que rechazaban los principios de la sagrada Nueva Doctrina que con tanto esfuerzo y a costa de tanta sangre, la mayor parte ajena, se esforzaban en defender los soldados de la Iglesia. Contra esos enemigos era el Santo Oficio y en especial la Orden de los Severinos, la responsable en nuestros días de aquella santa y milenaria

institución, quien velaba con celo y denuedo inquebrantables.

—Aún hay mucho que no sabéis sobre el Cristo, su Segunda Venida, la soberbia de los hombres en su intento de conquistar el mismo Cielo y el merecido Castigo que les infligió el Señor. ¡Pero os basta con saber que Dios, en su infinita misericordia, nos ha dado una segunda oportunidad a través de su apóstol Severino, que no estamos dispuestos a perder por culpa de los malditos herejes cientistas! ¡Así ardan todos ellos en la hoguera, que es lo único que se merecen! —terminó a gritos, el rostro enrojecido por un ataque de santa ira.

Esa fue la primera vez que escuché la palabra “cientista”, aunque entonces no capté todo el significado que el Padre Ovidio quería darle, ni podía ser consciente tampoco del que acabaría teniendo con los años para mí.

Además de ofrecernos de cuando en cuando jugosas explicaciones doctrinales, el Padre Ovidio nos fue introduciendo a lo largo de aquellos meses en los secretos de la Aritmética. Aprendimos a contar primero y a sumar y restar después. Un día el Padre Ovidio trajo a clase un extraño artefacto consistente en una estructura de madera atravesada por múltiples varillas, cada una de las cuales alojaba varias cuentas blancas y negras. El Padre Ovidio tuvo que palmear más fuerte de lo acostumbrado para disolver el tumulto que se formó de inmediato alrededor del extraño juguete.

—Hijos míos —explicó sonriendo comprensivo -, esto que veis aquí es un ábaco, una de las más grandes creaciones del ingenio humano, que permite realizar rápidamente los cálculos más difíciles. Os explicaré cómo puede emplearse y, si prestáis atención, puede que algún día seáis los encargados de llevar las cuentas del Santuario o incluso del propio Megaobispo... —y comenzó a mostrarnos los secretos del complejo artefacto moviendo de un lado a otro las cuentas con vertiginosa rapidez.

Con gran sorpresa por mi parte, yo parecí tener facilidad para los números y una relativa habilidad natural en el manejo del ábaco, todo lo contrario que Galerio, a quien un continuo temblor en las manos, que había ido desarrollando a lo largo de los últimos meses, le impedía desplazar las cuentas con el mínimo de agilidad requerido. A decir verdad, éste no era el único cambio que Galerio había sufrido en aquel tiempo. Su rostro se veía ahora más pálido y demacrado, aunque ni siquiera unas pronunciadas ojeras podían camuflar su delicada belleza. También el resto de su cuerpo había ido adquiriendo un aspecto cada día más débil y enfermizo, al revés de lo que nos sucedía a los demás oblatos, que por regla general habíamos engordado desde

nuestro ingreso. Aunque el Padre Ovidio no le recriminó por su impericia, pude darme cuenta ese día de que, por primera vez, lanzaba a mi compañero una mirada de franco desagrado.

Fue algunas semanas después, sin embargo, cuando ocurrió el hecho que con más claridad recuerdo de todo lo que sucedió en el transcurso de aquellas lecciones. Fue uno de los primeros días hermosos de aquella primavera (la primera que pasaba yo en el Santuario, y la primera de la que guardo recuerdo), y la luz del sol entraba a raudales por la ventana del aula. El Padre Ovidio nos hablaba sobre las bárbaras costumbres de los enemigos célticos, que recorrían las costas en sus naves asaltando los pueblos y aldeas e incluso se atrevían a remontar los grandes ríos, llevando sus razzias al desprevenido interior. En ese instante el Maestro de Oblatos se detuvo súbitamente, fijando su penetrante mirada en mi compañero de litera. Sin dejar de mirarle, se le aproximó con lentitud creando una tensa expectación entre todos nosotros.

—¿Cuál era tu nombre, hijo? —le preguntó fingiendo ignorarlo. Luego se palmeó la frente como haciendo memoria—. Galerio, ¿no es eso? Acércate un momento, hijito mío...

Galerio se levantó de su pupitre con dificultad y se acercó al Ofidio sin mirarle directamente. Pude notar cómo empezaba a temblar en cuanto éste le tomaba de los hombros y le hacía volverse hacia nosotros. Luego, alzando sin esfuerzo el escuálido cuerpecillo con sus largos y velludos brazos para que pudieran verle desde las filas de atrás, preguntó con rimbombante solemnidad:

—¿Veis a este dulce muchachito? ¿Podéis imaginar que tras esta inocencia, en la génesis de esta belleza virginal, no se encuentren sino el pecado, la lujuria y la lascivia sin límites de esos bárbaros herejes del Norte?

El Padre Ovidio hizo una pausa teatral antes de continuar. Pude distinguir sus dedos ensortijados clavados como garras en los costados de Galerio, que con gesto desmayado escuchaba la perorata del Maestro de Oblatos sin moverse. Expuesto a plena luz, su hermoso y pálido rostro parecía a punto de prenderse, rodeado de una alborotada aureola de fuego. Por un instante el cuerpo de mi amigo, suspendido en el aire por los fuertes brazos del Maestro de Oblatos, me recordó a la figura del Cristo de la Capilla, aunque aún no podía comprender hasta qué punto era auténtico ese parecido: Galerio era también un ser inocente, y colgaba asimismo de los brazos de su propia cruz.

—¡Porque este niño, hijos míos, vuestro compañero Galerio, no es sino el fruto de la simiente de esos degenerados, de esos enemigos de la Iglesia y del

Reino! ¡No es sino la personificación de la desgracia de una familia hasta entonces sin mácula! —exclamó por fin el Padre Ovidio y, dándose al fin por satisfecho, colocó en el suelo de nuevo al niño, que seguía sin levantar la vista—. Aunque el pobre no tiene en el fondo toda la culpa de los pecados de sus mayores, ¿verdad, mi pequeño? —terminó el Maestro de Oblatos, acariciándole el cabello en un último gesto que Galerio no tuvo fuerzas para intentar evitar.

La mayoría no entendimos entonces a qué se referían las crueles palabras del Padre Ovidio ni tampoco los oscuros propósitos, quién sabe si de daño gratuito o de ruin venganza, con las que las pronunciaba en ese momento. Sólo mucho después pude imaginar la clase de despecho que pudo haber sufrido el Maestro de Oblatos por parte de mi compañero y que pudo moverle a actuar de ese modo aquel día. Y tampoco fue hasta mucho más adelante y por boca de alguien a quien entonces ni siquiera conocía aún, como supe de los hechos reales del pasado de Galerio en los que se basaron aquellas crueles insinuaciones. Porque el pequeño Galerio había sido el hijo ilegítimo de una noble mujer casada de provincias, fruto de un instante de pasión (o quizás de dolor, ¿a quién podría ya importarle?) con un osado jefe galaico, en una de las muchas incursiones a que éstos se atrevían cada verano en sus ágiles naves. Un bastardo repudiado y vendido sin compasión a la Orden pese a la oposición de su hermanastro, inmediatamente después de la muerte de su madre (la misma a quien yo debía indirectamente mi habilidad lectora) por un marido que no estaba dispuesto a seguir criando en su casa a quien sabía que no era de su sangre. Tal como he dicho, no averigüé todo esto hasta pasado algún tiempo, pero aunque no entendiera entonces el porqué sí que fui completamente consciente de que, por decisión del Padre Ovidio, mi compañero quedaba desde ese momento marcado por un estigma que los más crueles de entre nuestros camaradas se encargarían con seguridad de volver indeleble.

Por lo que a mí respecta, lo que me quedó grabado a fuego en la memoria fue el contraste entre las dos miradas de las que fui testigo en tan sólo un instante. Entre la mirada cargada a un tiempo de lascivia y crueldad del Padre Ovidio, que persiguió a mi compañero a lo largo de su tortuoso camino de regreso al pupitre, y el terror desesperado que pude leer en los ojos de Galerio, en los que no fui capaz de reconocer el asomo de la muerte, que ganaba en esos instantes su batalla por imponerse a la voluntad de mi amigo.

6. Un adiós y varios encuentros sorprendentes

He hablado de cómo no pude reconocer la mirada de la muerte en los tristes ojos de Galerio aunque ahora, al entornar los párpados y rememorar aquel gesto derrotado, no albergo ya ninguna duda sobre su presencia. Se me puede acusar de lo fácil que resulta hacer, mirando hacia atrás desde el momento presente, una aseveración así. Pero no me importa: a lo largo de los años he tenido la oportunidad de reconocer esa misma mirada en muchas otras ocasiones y ahora, desde la distancia que me proporcionan tantas décadas y tantos desengaños, puedo afirmar que la expresión del pequeño Galerio aquel día era verdaderamente la de un muerto, la de un condenado que ha abandonado ya toda esperanza. Aunque, por supuesto, eso no deja de ser un juicio del Polibio adulto, del hombre anciano que soy ahora, con respecto a una imagen que mi memoria ha conservado intacta a lo largo de más de ocho décadas. Mal que me pese, en aquel instante yo no era más que un niño y carecía de la lucidez y, por supuesto, de la sabiduría necesarias para sospechar siquiera que al día siguiente Galerio iba a quitarse la vida, arrojándose desde una ventana del tercer piso al mismo patio en que nos había dado la bienvenida a ambos el Hermano Orosio, tan sólo unos meses atrás.

Este episodio supuso mi primer contacto con ese aspecto oscuro de la existencia (pues si algo he aprendido, es que la muerte no deja de ser al fin sino una de las etapas del ser), con quien había de tener en lo sucesivo un trato tan frecuente como peculiar. Sin embargo, y aunque sin duda me impresionó hondamente, a veces he pensado que el suceso no dejó en mí, tal vez la persona más próxima a Galerio en el Santuario, toda la huella que hubiera podido imaginarse. Es posible que, tal como recuerdo haber leído hace ya mucho en alguna parte, la actitud de un niño ante la muerte se asemeje a la de un animal: no deja rastro en él porque en el fondo no cree que

sea real, no tiene sitio aún en su visión de un mundo al que apenas empieza a asomarse. Pero puede también que la explicación sea mucho más simple, y que la impresión que debió haberme causado se viera sencillamente arrastrada, como tantas otras cosas, por la avalancha de sucesos insólitos que parecieron acumularse en apenas unos días.

Durante algún tiempo no estuve muy seguro, de hecho, de lo que significaba el que Galerio hubiese muerto, ni siquiera de si su muerte había acaecido realmente o no, y esa confusión entre varios aspectos de la vida y la muerte me acompañó aún durante muchos años. Tampoco fui capaz de evocar hasta bastante más adelante muchos detalles de lo sucedido en las horas más inmediatas a la muerte de mi amigo. Sin embargo sí que recordé en todo momento, desde un principio, con qué nitidez había percibido en las semanas anteriores la intensidad del sufrimiento de aquel niño, la desesperación plasmada de manera inequívoca en esa mirada que aún me traspasa en ocasiones, en mitad de la noche, y me hace sentirme, todavía y a pesar de todo lo que ha pasado desde entonces, culpable por no haber sido capaz de salvarle.

Fue el propio Padre Ovidio el que nos dio la noticia, al mediodía siguiente. Le escuché con el pasmo pugnando por asomarse a mi rostro. Aunque en medio del bullicio del Refectorio no había llegado a echar en falta a Galerio, me había resultado imposible, en cambio, no percatarme de cómo su pupitre, justo delante del mío, permanecía vacío mientras el aula se llenaba para las clases de canto. Sin embargo, no estaba preparado para la forma en que el Maestro de Oblatos anunció nada más hacer acto de presencia, sin clase alguna de preámbulos y con rostro compungido, que Galerio había caído al patio mientras jugaba junto a un ventanal de la tercera planta, y que se había abierto la cabeza contra el suelo. A continuación pasó a reconvenirnos contra los juegos peligrosos de cualquier tipo, que debíamos evitar si no queríamos acabar como nuestro desgraciado compañero. Aunque conmocionado por lo que estaba oyendo, no pude evitar tener la sensación de que sus incisivos ojillos se detenían sobre mí más de la cuenta, como sopesando mi reacción ante la súbita noticia. Por último el Padre Ovidio entonó una breve oración que apenas logré entender, e inició la clase como si nada hubiera sucedido.

Aquel día me equivoqué reiteradamente con los salmos. Las notas parecían bailar sobre el pentagrama y en ocasiones llegaban a esfumarse. Pero, para mi sorpresa, el Maestro de Oblatos no tomó ninguna de sus

habituales represalias, aunque a veces podía notar cómo me examinaba de soslayo. Por fin, cuando finalizó el último himno, y ante la incómoda sensación de que el Ofidio pretendía algo de mí aunque no sabía muy bien de qué podría tratarse, me dirigí a la carrera al dormitorio.

Dominado por el aturdimiento, tardé unos segundos en darme cuenta de que las cosas de Galerio habían desaparecido de sus estanterías, incluida su bolsa con todas sus pertenencias. Me quedé desconcertado ante la imagen del jergón vacío, en nada diferente de los que, a izquierda y derecha, habían permanecido desocupados en los últimos meses. Era como si la tierra se hubiese tragado a mi compañero, como si Galerio jamás hubiera vivido como oblato en el Santuario, en realidad como si ni tan siquiera hubiese existido.

Durante el breve recreo antes de Vísperas recorrí presa de una incontrolable angustia la zona del patio bajo las ventanas, intentando encontrar sobre la filigrana del enlosado alguna huella de la sangre de mi compañero, siempre bajo las miradas socarronas de Eutimio y su grupo de fieles. Pero me fue imposible lograrlo: cualquiera que hubiese sido el rastro dejado por Galerio en su caída, había sido borrado hasta en el menor vestigio.

Me estremeció profundamente aquella idea, la de que Galerio hubiera desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno de su paso por ella, y me pregunté si me pasaría eso a mí también algún día, si solamente acabaría perdurando durante un tiempo en los tristes recuerdos de algún amigo tan insignificante y aturdido como yo mismo. Luego recordé que no era eso lo que nos enseñaba el Padre Ovidio en las clases de Doctrina. Sin duda, si lo que el Maestro declamaba con su voz chillona y nos obligaba a repetir hasta aprender de memoria en sus menores detalles, incluida la entonación, era cierto, el alma de mi amigo se encontraría ahora en el Limbo en espera, como muchos otros millones de almas más, de que Nuestro Señor viniera al mundo por tercera vez para salvarnos a todos. Eso, claro está si, al contrario que nuestros fatuos antepasados, resultábamos dignos de Él en ese día crucial. Pero, a pesar de todo, me costaba creer que el Dios de la Capilla tratase de aquel modo cruel al generoso Galerio.

El oficio de Vísperas fue diferente aquella tarde. El Padre Crisógono dirigió unas palabras a la Comunidad informando de lo sucedido y rezó un breve responso ante una pequeña caja de madera depositada frente al altar, que sólo después de un largo rato asocié con mi desgraciado compañero. Desde allá arriba su aspecto era tan diminuto que me parecía imposible que pudiera contener un cuerpo humano, incluso tratándose del escaso bulto de

mi amigo. Luego los novicios entonaron varios cánticos de tono grave y solemne, acompañados del órgano y del mismo instrumento cuyo sonido me había cautivado ya en mis primeros Oficios. Sin embargo, aunque la tristeza que irradiaba la melodía me atravesó el alma, no conseguí llorar. Me sentía angustiado y confuso pero, sobre todo, culpable aunque me resultaba imposible reconocer los motivos de algunas de esas sensaciones. De algún modo intuía la existencia de una relación entre el secreto de Galerio y el desgraciado accidente que según la información del Padre Ovidio había sufrido, pero desconociéndolo todo sobre el primero, sentía por completo fuera de mi alcance el poder averiguar la naturaleza de esa relación.

Poco a poco mi atención se fue centrando en la inmensa figura suspendida frente a mí. Sus ojos parecían mirarme desde una sabiduría y comprensión infinitas. Si Galerio estaba ahora más cerca de Él sin duda no podía ser desgraciado, al menos no más de lo que ya lo había sido, a juzgar por las evidencias, en vida. Llegué a absorberme en la contemplación de aquel sublime rostro barbado, al que en el transcurso de mi plegaria pedí que me concediera muchos favores diferentes e incluso contradictorios: una cálida acogida para el alma de mi compañero muerto, un milagro para que al volver al dormitorio le encontrase allí, aunque fuese esquivo y distante como siempre, una oportunidad para demostrarle que podíamos haber sido amigos pese a las barreras que él se había empeñado en levantar, y para ayudarle aún en contra de sus deseos.

Me sacó del trance el contacto en mi hombro de una mano caliente que sólo conseguí reconocer tras hacer un gran esfuerzo para volver al mundo real. Era el Padre Ovidio, que me sonrió con una mueca que pretendía ser un gesto de afectuosa comprensión. No me atreví a moverme, pero un escalofrío me recorrió de arriba abajo el espinazo cuando la mano velluda se deslizó como una garra hasta mi nuca y permaneció allí durante unos segundos que se me hicieron eternos. Pude compartir en aquel instante una mínima parte del terror que había percibido en los ojos de Galerio sólo unas horas antes, con el que empezaba a sospechar que el Maestro de Oblatos tenía mucho que ver. Tratando de concentrarme en el amable rostro de la imagen frente a mí, le rogué con todas mis fuerzas que apartase aquellos dedos calientes de mi lado para siempre jamás. Por fin, ignoro si por efecto de mi plegaria, la mano se retiró y, a una indicación suya, abandonamos la Capilla.

El entierro, que tuvo lugar de inmediato en un nicho bajo el piso de uno de los claustros mayores, fue breve y apresurado. El acto fue bruscamente

interrumpido por una terrible tormenta que se descolgó de súbito desde las colinas adyacentes, arrojando toda su furia sobre el cortejo. La comitiva, formada exclusivamente por los pocos novicios que portaban el ataúd y por el grupo de oblatos y liderada por nuestro mentor, se desbarató en un instante al salir todos en desbandada a la búsqueda de refugio bajo los soportales, aún antes de que hubiera habido tiempo de colocar la pesada losa de nuevo en su sitio. Sin embargo yo no fui capaz de moverme, tan sólo me limité a echarme la capucha sobre la cabeza y a observar, mientras la tormenta descargaba sobre mí, la grotesca figura del Padre Ovidio, que seguido de sus acólitos corría a cobijarse bajo las antiguas arcadas de piedra. Sólo entonces pude fijarme en varios otros oblatos que, con la capucha echada como yo mismo, soportaban también inmóviles el aguacero. Eran los vigilantes silenciosos a los que ya había acabado por acostumbrarme, y me pregunté qué extraño mensaje pretendían transmitirme con aquel gesto solidario. En cualquier caso me sentí agradecido por su negativa a abandonar a Galerio en su agujero en mitad del claustro, un nicho que cada vez se iba llenando más y más de agua, y en su compañía silenciosa, aunque ninguno se aproximó hasta mí ni posó su mano sobre mi hombro, me sentí algo menos desamparado, miserable e insignificante.

Esa noche me acosté vencido por el abatimiento, presa de una tristeza y desolación infinitas. Me venían a la memoria imágenes de mi compañero sujeto en vilo por los largos brazos del Padre Ovidio, del extraño homenaje de aquellos misteriosos oblatos, de las gotas de agua chorreando por el extremo de mi capucha. Pero el peor recuerdo de todos era sin duda el de la mano caliente sobre mi nuca. Luego estuve a punto de dormirme en un par de ocasiones. Pero cada vez que empezaba a abandonarme me asaltaban terribles pesadillas con Galerio bajando la escala y saludándome con la cabeza chorreando sangre, o con unas largas y velludas manos de dimensiones gigantescas cerniéndose sobre mí, y cada una de esas veces me incorporé jadeante y con el corazón batiéndome salvajemente el pecho. Finalmente, espantado ya el sueño, me revolví durante largo rato, una y otra vez, sin lograr encontrar una postura cómoda sobre el jergón. Y aunque al principio atribuí toda mi incomodidad al nerviosismo que me atenazaba, poco a poco, sin embargo, me convencí de que, por absurdo que me pareciese, tenía que haber bajo el lecho de hierba seca algo que estorbaba mis repetidos intentos

por conciliar el sueño. Cuando por fin me decidí a comprobarlo reconocí de inmediato, aunque sólo podía valerme del tacto para ello, el libro de Galerio.

Me asaltó súbitamente un gran temor y a la vez fui presa de una inmensa excitación. Llegué a pensar que tal vez el Cristo había atendido a mis plegarias y Galerio no estaba realmente muerto. Me aferré a la posibilidad de que todo fuese una inmensa mentira, de la que el único responsable tenía que ser el Padre Ovidio: yo no había visto realmente el cadáver de Galerio, ni había logrado encontrar rastro alguno que me confirmase su muerte. Pasé toda la noche en vela esperando la repentina aparición de mi compañero en el instante más insospechado, como en una más de tantas noches a lo largo de aquellos últimos meses. El menor crujido disparaba el ritmo de los latidos de mi corazón, y en muchos momentos pensé que no sería capaz de seguir soportando aquel estado de angustia permanente. Pero nadie acudió, tan sólo el Padre Ovidio palmeando como de costumbre, poco después de amanecer.

A lo largo del nuevo día, de modo gradual, fui aceptando por fin que mis expectativas de la noche anterior eran tan sólo fantasías y que Galerio no volvería nunca. Sin embargo, y pese a que pueda parecer contradictorio, creí comprender al mismo tiempo que, a través del libro, Galerio me enviaba un mensaje desde dondequiera que estuviese. Por algún motivo, antes de desaparecer (todavía no me atrevía a pronunciar, ni siquiera en mi mente, la palabra “morir”) había querido que yo leyese su libro. No había otra posible razón para que me lo hubiese dejado bajo la esterilla precisamente entonces, de modo que resolví leerlo cuanto antes, cumpliendo así con el último deseo de mi compañero.

Lo llevé conmigo al Refectorio, oculto bajo el hábito para no perder ni un instante. Después de comer me disponía a salir para dirigirme a mi refugio preferido en los Jardines cuando Eutimio me abordó por sorpresa, sujetándome con fuerza del brazo antes de que tuviera tiempo de escabullirme.

—¿Adónde vas tan deprisa, Polibio? —me espetó con una sonrisa burlona. Antes de que se me ocurriera un pretexto con que responderle continuó con tono tajante—. El Padre Ovidio quiere hablar a solas contigo, en su celda.

—¿A-ahora mismo? —pregunté con voz trémula, aterrorizado ante la posibilidad de que el Ofidio supiera algo sobre el libro de Galerio y me

sorprendiera con él encima.

—¡Pues claro, imbécil! —exclamó, utilizando uno de sus calificativos predilectos. Sin embargo, su tono de voz y sus mismos gestos me parecieron esta vez distintos a los habituales. En lugar de conducirme a empujones se limitó a hacer un ademán con la mano, como imbuido de un extraño y novedoso respeto—. ¡Sígueme!

Seguí a Eutimio por el corredor principal mientras me afanaba en sujetar el libro de Galerio contra mi vientre con firmeza. Luego nos desviamos por varios pasillos cada vez más angostos, atravesamos un pequeño claustro en cuyo centro cantaba una fuente minúscula y volvimos a adentrarnos en una nueva sucesión de corredores en los que se amontonaban muebles desvencijados cubiertos de polvo. Finalmente alcanzamos una empinada y larga escalera que ascendimos mientras mi corazón amenazaba con desbocarse. Jamás había estado antes en aquella parte del Santuario pero Eutimio parecía conocer bien su camino. Se detuvo por fin frente a una puerta de aspecto macizo, la única visible en el pequeño vestíbulo en que desembocaba la escalera. La sala se encontraba inmersa en una incómoda penumbra, tan sólo iluminada débilmente por un estrecho ventanuco, más parecido casi a una tronera, justo en la esquina opuesta. Me sobresalté al ver a otro oblato esperando de pie junto al tragaluz, con la capucha echada sobre la cabeza. Era de escasa estatura y resultaba imposible distinguir sus rasgos aunque miraba en nuestra dirección. Eutimio no pareció extrañarse de la presencia del otro niño, de manera que supuse que también él había sido llamado a presencia del Maestro de Oblatos.

El ayudante del Ofidio golpeó la puerta con los nudillos y ante un confuso murmullo del otro lado se volvió a mí y me dirigió una desagradable sonrisa.

—Bueno, Polibio, disfruta de este privilegio. Muy pocos oblatos llegan a pasar ahí adentro. Y relájate. No te pasará nada si te relajas y haces todo lo que él te diga... —dijo en voz baja y con un guiño cómplice que me hizo estremecer aún más que las muestras de hostilidad con que solía obsequiarme. Luego abrió la puerta ante mí con un largo y sonoro chirrido.

La celda del Padre Ovidio era completamente distinta a todo lo que yo había podido ver antes de aquel día en el Santuario y, debo añadir, a casi todo lo que conocí después, incluso fuera de él. De hecho, me resisto a volver a llamarla celda, pues más bien hubiera podido tomarse por una suntuosa sala de alguno de los palacios de la Corte. La estancia en la que me hallé de repente, y cuya puerta cerró Eutimio a mis espaldas en cuanto hube dado un

par de pasos vacilantes, era muy amplia, casi como el aula en que los oblatos dábamos clase. Los muros no se veían desnudos como en la mayor parte de las salas que conocía, sino que estaban cubiertos por tapices parcialmente descoloridos y cortinajes con curiosos y variados dibujos geométricos. Casi en el centro de la habitación había una enorme cama que me costó trabajo reconocer como tal, y no sólo porque no guardase siquiera el más remoto parecido con nuestras miserables esterillas de paja. La cama estaba coronada por un gigantesco dosel, sustentado por gruesas columnas en espiral que se erguían desde las cuatro esquinas del lecho, un suntuoso baldaquín del que colgaban largas cortinas de seda dorada. Las cortinas permanecían echadas, ocultando totalmente de la vista lo que en definitiva no era sino un lujoso e inmenso tálamo, que hubiera parecido aún más enorme de no hallarse en mitad de una estancia tan amplia.

El Padre Ovidio estaba sentado en un ancho sillón tapizado en terciopelo púrpura, ante un escritorio de madera oscura y ricamente labrado dispuesto frente a la ventana, al otro extremo de la estancia. Durante unos instantes continuó escribiendo o haciendo como si escribiera. Por fin se volvió y me examinó brevemente con sus penetrantes ojillos. Luego irguió con dificultad su grueso corpachón pero, en vez de dirigirse a mí, se acercó al principesco lecho con andar lento y parsimonioso.

-¿Qué te parece mi humilde morada, Polibio? —pasó la mano con delicadeza por la cortina y continuó hablando sin mirarme, deleitándose con las suaves ondulaciones del exquisito tejido—. ¿Habías visto alguna vez una tela tan hermosa? ¡Ah, ya sé que hice un voto, hace ya muchos años, de distanciarme de estos lujos terrenales! Pero ¿qué es esta minucia, esta pequeña licencia a la que apenas me atrevería a calificar de vicio, al lado de todos los esfuerzos y desvelos que os dedico cada día a vosotros, mis hijos? Te sorprendería saber cómo he conseguido cada uno de estos objetos que ves aquí... Por ejemplo, estas sedas vienen de Oriente, de un país de infieles a los que sin embargo Dios ha otorgado la habilidad necesaria para fabricar esta maravilla. Y en este sillón en que me has encontrado trabajando llegó a sentarse un día el propio Patriarca... ¡parece que esté revestido con piel de melocotón! En cuanto a la cama... ¡Ah! —si la expresión del Maestro de Oblatos era ya beatífica, al hablar del suntuoso lecho casi se le transfiguró el semblante—. ¡Qué delicia, hijo mío, qué placer tan extraordinario! Esta cama perteneció a un príncipe, Polibio... Y el colchón es del mejor plumón que puede hallarse, te acoge con tanta suavidad y calidez como el regazo de un

ama de cría. Dormir sobre ella es casi como flotar suspendido en el aire...

Yo escuchaba en silencio su cada vez más vehemente perorata mientras seguía cubriéndome el bajo vientre con una mano, intentado sujetar el libro bajo el sayal. El Padre Ovidio pareció por fin fijarse en ello y pensé con horror que me había descubierto. Pero debió interpretar erróneamente mi gesto porque sonrió y pareció relajarse.

—No debes preocuparte tanto por protegerte, hijito, no voy a hacerte nada desagradable... Ven, siéntate un momento a mi lado... —susurró mientras corría las cortinas doradas y dejaba al descubierto un enorme lecho cubierto con una colcha de raso granate, con varios cojines de tamaños y colores diversos esparcidos por encima.

El Maestro de Oblatos se sentó en el borde de la cama y me hizo seña de que me acomodara junto a él. Intenté hacerlo a cierta distancia y sin apartar la mano que protegía mi tesoro oculto, pero no pude evitar deslizarme como por un tobogán hasta la depresión en que se hundía su enorme trasero. El Padre Ovidio me pasó un brazo por encima de los hombros apretándome contra sí y me acarició la mejilla con la otra mano.

—Tienes mucho mejor aspecto que cuando llegaste aquí, ¿sabes? Bien, ahora debes confiar en mí, Polibio —me susurró cerca del oído. El chorro de aliento cálido y maloliente casi me mareó—. Ya eres partícipe de mis secretos, y me gustaría que me correspondieras contándome los tuyos. Que me demostrases la misma confianza que te he mostrado yo, hijito...

Aguardó durante unos segundos, y como yo no supiese qué responderle optó por continuar, mientras dejaba caer su mano libre descuidadamente sobre mi rodilla.

—Podemos ser muy buenos amigos, mi pequeño Polibio. Todavía te queda mucho para llegar a novicio, y mientras tanto puedes beneficiarte de mi amistad, aprovecharte del gran afecto que te tengo, hijo mío, y que es por lo que me gustaría contarte entre mis hijos predilectos. Pero antes de que pueda mostrarte hasta qué punto te aprecio me gustaría que me dijeras al menos una cosa. Galerio era amigo tuyo, ¿verdad?

Aquella repentina alusión me pilló por sorpresa. En medio de un gran nerviosismo me costó un gran trabajo decidir si debía asentir o no. Finalmente lo hice, ya que aunque no estaba seguro de nuestra relación pudiese calificarse de ese modo, no albergaba dudas con respecto al hecho de que nadie en el Santuario había llegado a estar más próximo a él que yo, y no estaba dispuesto a negar nunca más a Galerio, no del mismo modo en que el

propio Maestro de Oblatos nos había contado que San Pedro había negado al mismísimo Cristo. El Padre Ovidio respondió asintiendo también, obviamente complacido.

—Y, dime, ¿habló contigo Galerio, antes de su desgraciada muerte? —mientras preguntaba, el Maestro de Oblatos comenzó a mover muy despacio la mano que, como una enorme garra, había posado poco antes sobre mi pierna izquierda.

—¿Hablar? ¿De... de qué? —murmuré con mi atención puesta en la inmensa y pilosa mano.

—Verás, Polibio. Siendo su amigo, quizás te diste cuenta de que el pequeño Galerio estaba muy nervioso últimamente... Es posible que tu rubio amigo no cayera por la ventana de forma accidental... —casi con el rabillo del ojo vi cómo el Padre Ovidio se pasaba la lengua por los labios antes de proseguir—. Algunos de mis hijos me han dicho... que le vieron escribir algo poco antes de caer, una especie de carta... ¿Te dijo Galerio algo sobre esa carta?

Casi no podía escucharle a causa del estruendo que la sangre, impelida por un corazón que parecía haberse vuelto definitivamente loco, producía en mis oídos. En aquel momento no entendía nada de lo que me decía el Maestro de Oblatos, aunque estaba convencido de que en cualquier momento su mano, que sentía deslizarse por mi muslo, caliente como una quemadura incluso a través del basto tejido y con los dedos velludos salpicados de llamativas sortijas cubiertas de piedras multicolores, notaría irremediablemente el bulto del libro bajo el hábito.

En ese instante de pánico miré desesperado en dirección a la puerta, pensando en cuán inalcanzable me parecía a pesar de su proximidad, y no pude evitar dar un respingo y ahogar un grito al ver allí a una figura encapuchada, la misma figura en hábito negro que esperaba minutos antes en el vestíbulo. Sólo que esta vez la luz que entraba por la ventana alcanzaba a iluminar su rostro, con luz tenue pero suficiente como para reconocerlo de modo inconfundible. Se trataba de Galerio, que me miraba con ojos tristes y gesto taciturno bajo la amplia capucha.

Me puse en pie de un brinco. El Padre Ovidio no acertó a impedírmelo, sorprendido por lo súbito de mi reacción.

—¿Qué haces, Polibio?

—¡Galerio! ¡No estás muerto! —exclamé sin pensar.

—Claro que lo está, Polibio. Pero, ¿qué te dijo Galerio? ¡Debes

decírmelo! —insistió el Padre Ovidio con gesto suspicaz aunque sin darse por aludido de la insólita presencia que tanto me había sobresaltado. Yo, sin embargo, no le respondí. En realidad apenas me había dado cuenta de que me hablaba: todos mis sentidos se centraban en mi compañero de litera, que me miraba con los mismos ojos vacíos que recordaba de nuestro último encuentro, ignorando totalmente al Maestro de Oblatos a mi lado. La tétrica figura de Galerio en pie frente a mí me parecía tan absurda como las de los unicornios que campeaban sobre el tapiz rojizo contra el que se recortaba su silueta.

—El libro, Polibio. Guárdalo bien. Todo depende de lo que hay en el libro... —susurró Galerio en una voz que era la suya de siempre y que al mismo tiempo parecía muy distinta, como si me llegase tan sólo en forma de eco después de haber atravesado una enorme distancia, a pesar de lo cual pude entender lo que decía con toda claridad.

El Padre Ovidio, sin embargo, no dio señales de haber visto ni escuchado nada. Se puso en pie irritado y cogiéndome con sus zarpas me volvió bruscamente hacia él. Durante largo rato me mantuvo inmóvil, fuertemente sujeto por los hombros mientras me escrutaba intensamente, con respiración jadeante y convencido, pienso hoy, de que sabía algo sobre Galerio que me resistía a revelar. Yo sostuve su mirada iracunda y soporté el hedor de su hálito como pude, más consciente en aquel momento de la extraña presencia a mis espaldas, que aún no sabía si clasificar como real o como fruto de mi imaginación, que de la del propio Maestro de Oblatos frente a mí, en este caso incuestionablemente auténtica. Por fin pareció hacer un esfuerzo por controlar su enojo, pero antes de que pudiera decir nada más sonaron unos golpes en la puerta y el hechizo que parecía atenazarnos a ambos se quebró.

—¿Quién es? —preguntó al tiempo que relajaba la intensidad de la presa.

—Soy Eutimio, Maestro —respondió la voz insegura de su asistente al otro lado de la puerta—. El Padre Crisógono quiere que vayáis a hablar un momento con él. Dice que es muy urgente.

—¡Está bien, enseguida voy! —respondió con una voz que parecía haber recobrado casi por completo la neutralidad, aunque sin soltarme del todo ni dejar de observarme. Por fin pareció decidirse a posponer mi caso, cualquiera que fuese, para más tarde, y me señaló la puerta con un gesto contrariado—. ¡Márchate ahora! Continuaremos esta conversación en otro momento, hijito. Pero no olvides lo que hemos hablado...

Me giré en dirección a la puerta con el corazón latiéndome veloz.

Esperaba encontrarme otra vez frente a la solemne figura de mi compañero, pero Galerio ya no estaba allí. Sin saber cómo explicarlo, pues no había sentido ruido alguno, y sin mover la mano que durante todo el tiempo que había durado la extraña entrevista había permanecido apretando el libro contra mi vientre, salí atropellado de la habitación.

El vestíbulo estaba vacío. Deambulé por las escaleras y pasillos sin ser muy consciente del camino que seguía. Tan sólo me preocupaba en mirar hacia atrás cada pocos metros para asegurarme de que no me alcanzaba el Padre Ovidio. No conseguí dar con el claustro por el que habíamos venido, pero justo cuando mi desorientación era absoluta y empezaba a sentirme invadido por el pánico, convencido de que iba a vagar eternamente por los pasillos olvidados del Santuario, me encontré de pronto en una zona que me resultó familiar. Sin perder un instante corrí como un poseso a través de los patios, de la acequia y del túnel. Corrí casi sin respirar, siempre con el libro escondido bajo el sayal, hasta llegar a mi refugio preferido en los Jardines, un plácido rincón próximo a la acequia rodeado de árboles y de altos y espesos setos, en cuyo centro borbotaba una fuente cantarina. Me dejé caer al suelo y durante largo rato permanecí allí, sentado sobre la hojarasca, con los ojos cerrados y la espalda apoyada contra el tronco de un grueso castaño de indias, recuperando tanto el ánimo como el resuello. Poco a poco la sangre dejó de martillearme los oídos y mi respiración se hizo más pausada, aunque al abrir de nuevo los ojos y fijar la vista en mis rodillas me pareció ver por un instante unas sombras oscuras posadas sobre ellas a modo de garras, que se desvanecieron de inmediato al agitar el viento las ramas del árbol bajo el que me cobijaba.

Cuando por fin me sentí más tranquilo y seguro saqué el libro de su escondite. Las tapas estaban húmedas del sudor de mi cuerpo y por un momento temí que hubieran podido estropearse. Lo abrí entonces con solemnidad, dispuesto a cumplir con la orden que había recibido de Galerio o de su espectro, si eso es lo que en realidad era. A decir verdad, no intenté en aquel instante hallar una explicación inmediata a la asombrosa presencia que me había hablado en la celda del Maestro de Oblatos. Me había trastornado de tal modo todo lo sucedido que me sentía incapaz de enfrentarme a ello de modo racional. Sin saber muy bien por qué, me sentí impelido más bien en ese instante a recuperar la lectura por el punto en que la había interrumpido meses atrás, una página en la que recordaba aparecía el dibujo de un cordero. Sin embargo, cuando finalmente así el libro abierto con ambas manos y me

dispuse a hacerlo, un papel doblado por la mitad cayó de su interior.

No recordaba que aquel papel hubiese estado allí antes. Al desdoblarlo comprobé que tenía un texto escrito, con letra muy apretada y tinta emborronada por el movimiento apresurado de la mano sobre el papel. No supe que se trataba de un mensaje de Galerio hasta que pude leer su firma en letras de mayor tamaño que las demás, al final del texto. Sólo entonces relacioné aquella nota con la carta a la que se había referido el Padre Ovidio e incluso con las propias palabras de mi compañero. Agobiado por la responsabilidad que empezaba a sentir y en la convicción de que aquel mensaje era de crucial importancia, intenté descifrar la escritura compacta que contenía, pero para mi sorpresa me resultó imposible. Al principio pensé que quizás se debía a las prisas con que parecía haber sido escrito, pero pronto comprobé que no era así: podía distinguir, aunque con dificultad debido a los numerosos borrones, cada una de las letras. Sin embargo, cuando intentaba unir las para formar palabras y frases el resultado carecía de un sentido coherente.

Ante aquel nuevo fracaso me sentí abrumado por lo que consideraba que era consecuencia evidente de mi incapacidad. Seguro de que no podría cumplir con las expectativas que Galerio o su fantasma habían depositado en mí, es decir, de que iba a fallarle una vez más, apreté la nota junto con el libro contra mi regazo y hundí la cabeza entre las rodillas.

Permanecí así largo rato, con los ojos cerrados pero incapaz de romper a llorar aunque la angustia me roía por dentro, y por ese motivo no me di cuenta siquiera de que había alguien a mi lado hasta que me tocó la cabeza. Me incorporé entonces sobresaltado para descubrir una negra figura encapuchada que se inclinaba sobre mí. Antes de que pudiera dejarme llevar por el terror que me invadió de nuevo, convencido de haber sido seguido por el Padre Ovidio, la figura se echó la capucha hacia atrás dejando al descubierto un rostro enjuto y barbado, con un par de ojos vivos y claros que en nada se parecían a los del Maestro de Oblatos.

—¿Qué te sucede? —me preguntó con voz grave el misterioso monje, que enseguida continuó hablando sin esperar a mi respuesta—. Hacía años que no venía por aquí, de hecho creía que nadie lo hacía aparte de mí. Antes solía hacerlo con frecuencia, especialmente cuando quería pensar... —me sonrió entonces y aproveché para restregarme los ojos con fuerza, sin saber del todo si estaba frente a algo real o no pero decidido a no dejarme engañar. Aunque no lo conocía, mi interlocutor era sin duda algún otro miembro de la

Comunidad, amigo quizás del propio Padre Ovidio. Pensé en que debía huir, pero las piernas no me respondieron.

—Sin embargo, es la primera vez que me encuentro aquí a uno de los pequeños en... bueno, digamos, mucho tiempo... —prosiguió sin darse cuenta aparentemente de la agitación y el temor que me embargaban—. ¿Qué haces tú aquí, muchacho?

Incapaz de responderle por la sorpresa y el miedo intenté retroceder, y al hacerlo sucedió lo que a pesar de los nervios no había llegado a pasarme antes en presencia del Padre Ovidio: se me cayeron al suelo tanto el libro como la hoja manuscrita. El miedo dio paso al pánico cuando, ante la parálisis que parecía atenazarme, mi interlocutor se agachó y recogió ambas cosas.

—¿Te gusta leer, pequeño? ¡Ah, “*El Principito*”...! - exclamó tras ojear un par de páginas. Me miró con un gesto de sorpresa que intentó convertir en mueca de simpatía mientras me tendía el libro de vuelta—. Es un precioso libro. Al menos, a mí me gustó mucho cuando tenía tu edad. No es de la Biblioteca, ¿verdad? Pero deberías tener cuidado y no enseñarlo por ahí. Puede que no le guste al Padre Ovidio... ¿Y esto? —echó un vistazo a la nota de Galerio, y entonces su mirada se transformó—. ¿Es tuyo este papel? ¿Eres tú Galerio? —preguntó de nuevo, repentinamente sombrío—. ¿Acaso Galerio no era el nombre de...? —En ese mismo instante sentí cómo, a pesar del miedo, recuperaba el habla.

—¡Claro que no! ¡Galerio era mi amigo! ¡Dejó esa nota para mí, pero ahora está muerto, o eso creo, y no soy capaz de leerla aunque creía que ya sabía leer...! —exclamé angustiado. Noté entonces que las lágrimas que no había podido derramar aún desde la muerte de mi compañero empezaban a resbalar por mis mejillas, y toda la tensión de las últimas horas se liberó de pronto, en forma de un temblor incontrolable que me sacudió de la cabeza a los pies—. ¡Galerio me ha enseñado a leer, de veras! ¡Me dejó la nota dentro del libro porque es muy importante! ¡Me lo ha dicho aunque está muerto, y confiaba en que podría leerla, pero yo no soy capaz de hacerlo! —farfullé entre sollozos.

—Tranquilízate... —murmuró él mientras se inclinaba intentando acariciarme el cabello. Por un momento creí vislumbrar una mano velluda y ensortijada que traté de rehuir con un movimiento violento. Aquello pareció desconcertarle un instante, aunque luego sus ojos se iluminaron con un centelleo de comprensión—. No tienes que preocuparte. No voy a hacerte

nada, ¿entiendes? ¿No la has leído, entonces?

Moví la cabeza de un lado a otro mientras me secaba las lágrimas con la manga de mi sayal, sujetándola con mano temblorosa.

—No... Creía que ya sabía leer, pero no he logrado entender nada...

—No te preocupes por eso —volvió a concentrarse en la nota por unos segundos—. Es latino. Está escrita en otro idioma, no en el nuestro, muchacho, aunque se le parece un poco. Un idioma muy antiguo, el mismo idioma en que están escritos muchos de los viejos cánticos de los Oficios, por eso no has podido entenderlo...

Apenas era consciente de lo que me decía, desbordado ya por aquella sucesión de insólitos acontecimientos que parecían derramarse sobre mí uno tras otro en una cascada incontenible. De repente no pude soportar por más tiempo estar allí de pie, inmóvil frente a aquel hombre que, aunque aseguraba que no me haría daño y pese a abultar casi la mitad que el obeso Maestro de Oblatos, me recordaba continuamente a mi siniestro mentor. Aprovechando un instante en que mi interlocutor centró de nuevo su atención en el papel salí disparado en dirección al túnel de la acequia.

—¡Espera! —acerté a oír a lo lejos, pero no me hubiera detenido por nada del mundo, y no lo hice hasta que me encontré, casi sin respiración, al otro lado del pasadizo, junto al huerto.

Aquel día no me atreví a acudir a las Vísperas. Simulé un fuerte dolor de vientre y permanecí acostado toda la tarde, hasta por la noche. Y, de hecho, permanecí en vela hasta bien entrada la madrugada, convencido como estaba de que en cualquier momento, a lo largo de la noche, vendrían el Padre Ovidio o el extraño hombre barbado del jardín a llevarme, para hacerme desaparecer o arrojarme por la ventana igual que pensaba le había sucedido al pobre Galerio.

Al día siguiente, sin embargo, no sólo no vino nadie a buscarme sino que, por primera vez en muchos meses, tampoco acudió el Padre Ovidio a despertarnos.

Poco a poco todos nos fuimos levantando, desconcertados. Los lugartenientes del Ofidio no parecían saber mucho más sobre lo que sucedía, y no fue hasta pasada la hora del desayuno cuando apareció el Hermano Orosio, cuya inmensa mole aún recordaba de mi primer día, para comunicarnos que el Padre Ovidio había tenido que ausentarse del Santuario

y que no volvería por el momento. Sólo nos atrevimos a celebrarlo con saltos y gritos de júbilo, ante el estupor de Eutimio, Floro y el resto de sus camaradas, cuando el Hermano se hubo marchado. Recuerdo muy bien cómo aquello me pareció un auténtico milagro, y en poco tiempo estuve convencido de que el extraño del jardín había sido una aparición del mismísimo Cristo, que había decidido concederme lo que tan intensamente le había pedido en la Capilla. Fuese o no así, lo cierto es que el Padre Ovidio salió de este modo de mi vida, aunque no le resultó tan fácil hacerlo de mis recuerdos ni de mis pesadillas.

Bastante tiempo después, cuando por fin llegué a ser completamente consciente del extraño don con que parece había sido obsequiado o maldecido, pues aún hoy no sabría decidirme, Galerio me explicó con detalle, de forma clara y precisa (mucho más precisa, en algún caso, de lo que yo hubiera preferido) sus más íntimos miedos y secretos de entonces. Los mismos miedos que había reflejado en la nota que escondió dentro de su libro antes de morir y que escribió de manera que yo no pudiera leer. Sólo en aquel momento supe lo lejos que había estado de entenderle. En primer lugar, de comprender la verdadera causa de su sufrimiento, que yo, aún relacionándolo con su causante, estaba muy lejos de imaginar ni siquiera en el más inocente de sus detalles aunque a punto estuve de llegar a compartírselos. Y en segundo, de apreciar la intensidad con que se aferró durante todo el tiempo que duró su pesadilla a una última expectativa: la de que su hermano le sacase del Santuario algún día y pusiera fin a su suplicio. Los anhelos de Galerio se frustraron justamente el día antes de que decidiera poner fin a su vida, el mismo día en que el Padre Ovidio le había alzado sin esfuerzo ante todos nosotros. Pero la causa no fue precisamente la malicia del Maestro de Oblatos, al menos no únicamente. Aquel día Galerio había recibido una nota comunicándole la muerte de su hermanastro a causa de las heridas sufridas en campaña en la frontera del Norte. Para él se había acabado definitivamente la esperanza.

7. Tiempo de cambios

Siempre que traigo a mi mente imágenes de la celda que fue mi hogar durante casi una década, permanece como música de fondo de cada escena y de cada recuerdo una suave melodía, la canción favorita que mi amigo Tiberio gustaba interpretar desde su retiro melancólico en la litera de arriba, y que ni Beldo ni yo nos atrevíamos a interrumpir siquiera con un susurro.

Fue apenas unos días después de la muerte de Galerio, varias semanas antes de que se cumpliera mi primer año como oblat, cuando me trasladaron a aquella celda que durante todo el resto de mi estancia en el Santuario compartí con quienes se convertirían con el tiempo en los mejores amigos que he tenido nunca y, a falta de otra familia, en mis hermanos mayores. La precipitada marcha del Maestro de Oblatos desencadenó algunos cambios importantes en la organización de la Comunidad. El Padre Crisógono se esforzó en borrar todo rastro de la presencia del infame Maestro de Oblatos. De hecho, algunos años después me resultó imposible encontrar traza alguna de su celda, o para ser más exactos, de la lujosa estancia que yo conocí. Pero es posible que se debiese a que para entonces ya no lograrse recordar su ubicación exacta entre el laberinto de pasillos, escaleras y claustros entrecruzados que de pequeño me parecía el inmenso edificio. Incluso el propio cargo que ostentaba el Padre Ovidio desapareció por algún tiempo, y durante ese periodo no ingresaron nuevos oblatos en el Santuario.

Todo aquello tuvo consecuencias inmediatas y de notable importancia en mi vida diaria. Por lo que pude constatar más adelante, la antigua Regla que regía el funcionamiento del cenobio prescribía que los niños recién llegados al Santuario debían pasar al menos dos años como oblatos, compartiendo el dormitorio comunal y recibiendo la formación más básica, tanto intelectual como religiosa, directamente del Maestro de Oblatos. Sin embargo, tras la marcha del Padre Ovidio los chiquillos que no fuimos trasladados a otros

centros de la Orden fuimos realojados en celdas de la planta superior, la mayoría junto a novicios jóvenes. Eso, claro está, después de haber sido debidamente tonsurados por el Hermano Orosio y de profesar oficialmente como novicios también, a pesar de la corta edad de muchos de nosotros.

Y, tal como me ha sucedido siempre con la escena del saltamontes, recuerdo con perfecta nitidez, como corresponde al nuevo punto de inflexión que supuso aquel instante en mi vida en el Santuario, el momento en que el Hermano Orosio me abrió con solemnidad la puerta de la celda que me había sido asignada. La puerta era estrecha, de modo que el Hermano tuvo que apartar su fornido corpachón para dejarme paso y sólo entonces pude echar un primer vistazo al que sería mi refugio en adelante.

Se trataba de una habitación alargada, con una estrecha ventana al fondo asomada sobre uno de los patios, justo frente a la Capilla. A un lado, semiencajonadas en la pared, se disponían tres estrechas literas de aspecto similar a las del dormitorio comunal pero separadas entre sí por una altura de apenas cuatro de mis palmos de entonces, de forma que no era posible permanecer sentado cómodamente en ninguna de ellas salvo en la superior.

Un larguísimo tablero sujeto a intervalos por varios pares de patas en caballete, todo a lo largo de la pared opuesta, servía de mesa de estudio para los ocupantes de la celda. Sobre esta tabla, un ancho hueco en el muro con varios estantes de madera daba cobijo a buen número de libros y objetos, divididos en dos secciones que pude diferenciar claramente, pulcra y ordenada una de ellas, caótica y cubierta de polvo la otra.

Aquella misma tarde, poco antes de Vísperas, conocí a mis nuevos compañeros y de inmediato supe qué parte de la mesa correspondía a cada cual.

—Así que tú eres Polibio... —murmuró el más alto y delgado como todo saludo nada más entrar en la celda. Lucía una corona de pelo oscuro y ensortijado sobre un rostro moreno y de aire resuelto, y su larga figura se vestía con un hábito deshilachado y de un negro desvaído. Después de examinarme con mirada crítica se volvió contrariado a su compañero junto a la puerta, un muchacho rechoncho, de piel clara y aspecto amable—. ¡Ya te dije que nos colarían a uno de los más canijos...! —le espetó.

—¿Y qué? —respondió el otro sin alterarse mientras se ajustaba correctamente los pliegues de una impoluta cogulla—. Nos sobra sitio, ¿no? Además, no somos los únicos. A todos les han metido alguno de los pequeños. Al menos a éste le conozco de vista y parece espabilado... —Se

acercó a mí, me cogió por los hombros con suavidad, en un gesto muy distinto al que recordaba de mi antiguo mentor, y me habló dulcemente—. Sé bienvenido, Polibio, yo soy Beldo. Y no hagas caso de Tiberio, no es siempre tan desagradable. Sólo quiere demostrarte quién es el jefe.

Asentí vacilante, un tanto amedrentado al comprobar que ambos eran bastante mayores que yo, y a causa de la pésima experiencia que había tenido con los oblatos de más edad, la mayoría pertenecientes a la cuadrilla de Eutimio. Sin embargo, Beldo y Tiberio me acogieron, si ignoramos el primer comentario de éste último, con un afecto cálido y genuino, tal como lo habrían hecho con un hermano pequeño. Parecían ser conscientes, al menos en parte, de lo que había supuesto entre los pequeños la tiranía del Maestro de Oblatos, y alegrarse sinceramente de su definitiva caída. De todos modos, nunca llegaron a hablar conmigo de ello abiertamente, ni tampoco yo me atreví a preguntarles si habían llegado a conocer ellos también el lujoso interior de la habitación del Padre Ovidio, aunque tengo mis propias sospechas al respecto. Cada uno, supongo, tuvo sus propias experiencias y acarreó sus propios traumas y miedos. Y aunque no comprendí entonces exactamente el porqué, también pude darme cuenta de que los dos me recibieron con una cierta dosis de alivio, como si hubieran estado deseando la presencia de alguien más en el ámbito de su reducida intimidad.

Como último en llegar tuve que conformarme con la litera que quedaba libre, la de en medio, y con un pequeño hueco de estantería en la parte más alejada de la ventana. Allí coloqué (con gran esfuerzo, ya que recuerdo que tuve que subirme a la mesa para poder hacerlo) mis escasas pertenencias, reservando un lugar de privilegio para el libro de Galerio, que nuevamente me había hecho propósito de terminar.

Durante las semanas que siguieron fui conociendo mejor a mis nuevos compañeros y haciéndome gradualmente con la rutina de los novicios, muy diferente a la que hasta entonces había regido mi vida como oblato. Para empezar, los novicios dedicaban bastante más tiempo a la oración. Sin embargo, la Orden de San Agustín no era en sí una congregación contemplativa. Sus objetivos fundamentales eran el estudio y la enseñanza como medios para alcanzar una mejor comprensión de lo divino. Así que, al contrario que otras órdenes religiosas que regían férreamente su jornada mediante la Liturgia de las Horas, con su minuciosa sucesión de Oficios

desde Vigilias en la madrugada hasta Completas al caer la noche, nuestra Orden sólo celebraba con toda su pompa las denominadas “horas mayores” del día: Laudes y Vísperas. El oficio de Laudes al romper el alba marcaba el comienzo de la jornada, que se iniciaba con el recuerdo de la Resurrección de Cristo. Al caer la tarde, las solemnes Vísperas, a las que ya había asistido desde mis primeros días en el Santuario, conmemoraban la Pasión del Señor y expresaban la gratitud de la Comunidad por su vocación redentora. Las Completas apenas consistían en un breve y casi informal rezo comunitario, inmediatamente antes de la recogida nocturna. Esta simplificación de las obligaciones litúrgicas permitía centrar los esfuerzos de la Comunidad en el terreno intelectual, aunque es verdad que los novicios debíamos realizar además otras faenas manuales ineludibles, varias más de las que ya habíamos tenido que asumir anteriormente como oblatos. Como flamantes novicios, pudimos también participar en adelante en los Oficios con pleno derecho, aunque sólo desde los bancos del crucero: el Coro seguía reservado para los miembros adultos de la Comunidad y para los novicios que habían pasado por la ceremonia de la Iniciación.

La campanilla que llamaba a Laudes apenas despuntada el alba señalaba por tanto el inicio de la jornada, que luego transcurría en una exigente sucesión de clases sobre los temas más variados. Aún sin el esplendor de otros tiempos, que a menudo evocaban con nostalgia los profesores de más edad y que era perceptible en las propias dimensiones y en los restos de decoración de muchas de las partes del edificio, y pese a todas las adversidades, el Santuario intentaba cumplir aún con la tradición milenaria de la Orden en la medida de sus posibilidades. De manera que la formación de los novicios seguía obedeciendo a un riguroso plan de estudios que recogía las principales ramas del saber, pese a que algunas de ellas se hallaban en el límite de la ortodoxia recomendada por la Nueva Doctrina.

Entre las materias que se nos impartían a los novicios, en un currículo que en teoría se había mantenido casi inalterable a lo largo de varios siglos, se contaban la Gramática, la Música, la Historia, la Botánica, la Zoología, la Aritmética o la Química. El claustro de profesores incluía a la mayoría de Hermanos y Padres de la Comunidad, y cada uno podía considerarse lo más parecido a un especialista en su materia para los tiempos que corrían. También recibíamos, por supuesto, la obligada formación en la Nueva Doctrina de los Severinos, de manos del propio Superior.

Sin embargo, a pesar de este vasto conjunto de disciplinas y del hecho

incuestionable de que el Santuario albergaba a los últimos sabios dignos de tal nombre en el Reino, en muchas de las materias la enseñanza se había resentido de manera notable a lo largo de las últimas décadas. Esto podía apreciarse de manera especial, aunque entonces yo estaba muy lejos de ser capaz de percibirlo, en el campo de las ciencias puras, en el que, ante la amenaza de la herejía cientista, la formación se había reducido a unos simples rudimentos de matemáticas, física y química por órdenes directas del Santo Oficio, el órgano fiscalizador de la Iglesia que había acabado convertido en el largo brazo de los Severinos. El propio Padre Crisógono vigilaba muy de cerca el cumplimiento de estas severas normas. No se veían sujetas a esta restricción, sin embargo, algunas técnicas que los ministros del Patriarca juzgaban de utilidad para el Reino, como las nociones de química imprescindibles para la fabricación de la pólvora que utilizaban los ejércitos del Patriarca, o el dominio del cálculo mediante el ábaco, habilidad muy apreciada en la Corte para la gestión de las finanzas de los poderosos y con la que ya desde oblatos habíamos tomado contacto.

En principio, todos los novicios asistíamos a las mismas clases magistrales, aunque los profesores nos encargaban luego diferentes temas de estudio o de trabajo en función del nivel de cada cual. Sin embargo, a los novicios de más edad o especialmente dotados se les asignaba además un tutor, que se encargaba de ampliar su formación en la materia en la que el Superior decidía que debían especializarse. Para ello podían disponer de su horario con mayor libertad que el resto, e incluso llegar a ausentarse de muchas de las clases comunes.

Mis dos compañeros, Tiberio y Beldo, tenían ya cada uno asignado su tutor cuando les conocí. Beldo dedicaba parte de su tiempo a ayudar al Hermano Ulpiano en la organización de la Botica del Santuario, ordenando, desecando y clasificando las plantas medicinales obtenidas del huerto en una tarea metódica que obviamente le complacía. Por su parte, Tiberio asistía a lecciones con el anciano Hermano Anselmo, que, aunque escasamente dotado para la interpretación, ejercía de Maestro de Canto de los novicios y era lo más parecido a un profesor de Música que había en el Santuario. Y aunque yo me encontraba feliz con mi nueva rutina de novicio y no esperaba ningún otro cambio en mi vida inmediata, no tardé sin embargo demasiado tiempo en ser escogido por un miembro adulto de la Comunidad para una actividad concreta, más por puro azar, si es que podemos llamar azar a las misteriosas influencias que actúan sobre aquellos que eligen nuestro nombre por

nosotros, que por mis propios méritos, aunque sobre eso ya me explayaré más adelante.

Todas estas novedades absorbieron mi atención de forma casi completa durante varias semanas y yo me dejé arrastrar, aliviado en el fondo de que el trabajo continuo y el enorme cansancio nocturno me impidiesen pararme siquiera un momento a reflexionar sobre todo lo sucedido. Hablé muy poco en ese tiempo con mis compañeros de celda y ellos respetaron mi silencio, quizás malinterpretando mi extrema reserva como el fruto de una timidez innata. Pero después de que me hube adaptado a los cambios y ritmos más exigentes de la vida de novicio, y a medida que fui relajando mis defensas, ya no pude apartar mi mente por más tiempo de los hechos acaecidos semanas atrás, y comencé a darle más y más vueltas a la insólita aparición de Galerio, en aquel preciso lugar y en aquel instante crítico.

Durante algún tiempo anduve convencido de que mi imaginación, en ese momento de tensión frente al amenazante Padre Ovidio, me había jugado una mala pasada. Era la posibilidad más razonable, habida cuenta de que las alternativas sólo podían ser otras dos, incomparablemente más disparatadas: o bien mi compañero no había muerto realmente, o bien me había hablado un verdadero fantasma. Aún así, incluso a pesar de mi corta edad me resultaba evidente que el extraño mensaje de Galerio, que parecía referirse a la importancia de la nota escondida en el libro, había tenido lugar antes de que yo supiera de la existencia de la misma. Y cuando no conseguía relegar aquel pequeño detalle al olvido, todo mi razonamiento se tambaleaba.

Aunque solía tener a Galerio presente con frecuencia en mis pensamientos e incluso en mis oraciones, no dediqué mucha más atención sin embargo al extraño de los Jardines. Desde un primer momento decidí atribuir su aparición, tal como ya he dicho y aunque pueda parecer increíblemente ingenuo, a una intervención del mismísimo Cristo en respuesta a mis fervorosas plegarias. De algún modo aquella justificación milagrosa me parecía mucho más plausible que la de una mera invención mía, aunque al día de hoy aún me resulta difícil comprender el porqué. Sólo cuando de forma completamente inesperada me di casi de bruces con la verdadera explicación, accedí a revisar mi interpretación de aquel extraño encuentro.

Por contra, mis dudas con respecto a la aparición de Galerio se resolvieron muy pronto, en una tarde en que regresé solo a la celda después de Vísperas.

La pequeña e inquieta lámpara de aceite proyectaba todo un baile de sombras contra las paredes rugosas, un espectáculo que hubiera asustado hoy a cualquiera de mis biznietos pero del que yo ni siquiera era consciente entonces. Venía dándole vueltas mentalmente a un problema de cálculo que nos había planteado el Hermano Zoilo casi al final de la lección de Aritmética, a saber, cuántos granos de trigo habría que poner en el último cuadro de un tablero de ajedrez, si empezamos poniendo un grano en el primer cuadro y vamos duplicando el número de granos en cada cuadro consecutivo. El Hermano había asegurado que el resultado nos sorprendería y yo iba ya por el cuadro número diez.

Casi sin mirar abrí la puerta de la celda y dejé la lámpara y los libros que llevaba conmigo sobre la mesa. Fue al volverme para cerrar la puerta cuando casi me tropecé con una pequeña figura encapuchada que, de la nada, parecía haberse materializado a mis espaldas. No tuve siquiera un momento para preguntarme quién o qué era aquello, porque allí mismo, a pocos centímetros de mi propio rostro, me topé de lleno con los ojos tristes de mi antiguo compañero. Algunos rizos pálidos sobresalían de debajo de la capucha, alrededor de unos rasgos demacrados no muy diferentes de los que recordaba de los últimos meses.

—¡Galerio! —pude exclamar—. ¿Eres realmente tú?

La figura hizo un gesto de asentimiento y ante un indicio casi involuntario de aproximación por mi parte dio un paso hacia atrás. Luego me habló con la misma voz sepulcral que ya había escuchado antes, una voz que, aunque reconocible, ya por sí sola dejaba bastante clara la procedencia inusual de su propietario.

—Soy yo, Polibio —me llegó como un eco—. Sólo quería darte las gracias.

—¡Pensé que lo había imaginado todo! ¿Estás vivo todavía? —pregunté con voz temblorosa aún conociendo de antemano la respuesta. Galerio movió tristemente la cabeza en un gesto de negación.

—No como tú lo entiendes —continuó muy lentamente, como si cada palabra le supusiera un gran esfuerzo—. En realidad estoy muerto, pero la muerte no es lo que pensáis los vivos... De un modo que no entenderías, existo...

Por un momento sentí un inmenso deseo de tocarle, de acariciar su mejilla exánime, y extendí la mano pero él se apartó de nuevo.

—No —dijo con voz tajante y me detuve, aunque en su mirada creí

distinguir un inmenso deseo de que aquello fuese posible, de que pudiera posar por un momento mi mano sobre su rostro, el mismo gesto que él no se había atrevido a completar tantos meses atrás. Pero el momento pasó, fugaz como el destello de un meteorito en la noche. Luego, con los años, he llegado a pensar que algo o alguien, por algún motivo, debió condenarnos a ambos a no materializar jamás esa muestra de afecto.

—¿Por qué has vuelto? ¿Y por qué a mí?

—Tú quisiste ser mi amigo en vida, a pesar de que yo te rechazaba... No he olvidado eso, Polibio... Y además, eres el único que puede vernos—. Creí distinguir un atisbo de mueca burlona ante mi gesto de incompreensión—. ¿Acaso no te has dado cuenta ya de eso?

—¿Qué quieres decir?

—Descúbrelo tú mismo. Nos volveremos a ver, cuando sea necesario...

Galerio me hizo un leve gesto de despedida con la mano y desapareció. No fue como las otras tres veces, en las que yo simplemente había vuelto la vista y Galerio ya estaba allí o ya había desaparecido. En esta ocasión la figura de mi amigo se esfumó ante mis propios ojos, como lo hace la luz de una vela que se apaga de repente o como se difumina en el aire la fumarada de un incensario.

De este modo fue como me vi empujado a aceptar la verdadera naturaleza del extraño don que había recibido y que me acompañó durante tanto tiempo sin que jamás alcanzase a saber nada sobre los motivos de un obsequio tal, ni sobre la identidad del donante. Debo decir que, una vez superada la sorpresa inicial, tardé mucho tiempo en plantearme pregunta alguna sobre cualquiera de estas cuestiones. Años después, cuando mi mente de científico empezó a tomar forma y comencé a cuestionar todo lo que me rodeaba, intenté construir alguna clase de explicación racional para el extraño fenómeno, e incluso traté de interrogar a Galerio al respecto aunque él eludió siempre todos mis comentarios sobre este asunto. Y todavía hoy, a pesar del tiempo transcurrido desde aquellos días, sigo tratando de formular una teoría al respecto que quizás llegue a desvelar, si me sobran el tiempo y los ánimos cuando llegue el momento. Pero el pequeño y desconcertado Polibio de aquellos días se limitó, sencillamente, a aceptar la realidad tal como la iba descubriendo, paso a paso.

La aceptación de todo esto no fue inmediata, pero tampoco me llevó demasiado tiempo el comenzar a comprender algunas cosas. Una de las primeras sorpresas que me deparó aquella nueva forma de entender el mundo

que me rodeaba fue el que logré por fin identificar aquellas visiones esporádicas de personajes misteriosos en hábito negro. Recordaba haber sido testigo de su presencia de forma relativamente frecuente ya desde el mismísimo primer día en el Santuario, y había tratado de explicarla siempre antes, en la medida de mis posibilidades, utilizando argumentos racionales. Enseguida llegué a la conclusión de que en todos aquellos casos se trataba, en realidad, de muertos, de fantasmas cuya presencia, al igual que la de Galerio, sólo yo de entre todos los miembros de la Comunidad era capaz de percibir. Entre ellos se contaban también, sin duda, los silenciosos encapuchados que habían velado junto a mí el propio cuerpo de mi amigo aquel día bajo el aguacero.

Aprendí a distinguir aquellos fantasmas de los vivos que habitaban el Santuario por la gravedad y palidez de su semblante y porque siempre se las arreglaban para no tocar nada de lo que hubiera a su alrededor, ya se tratase de objetos o de otros seres. Comprendí entonces que no consistía sólo en una negativa al contacto por parte de Galerio, sino que se trataba de algo más importante, de algo ineludible, e intenté corresponderles desde el principio ayudando a evitar sistemáticamente cualquier proximidad física que pudiera parecerles excesiva. Luego, en cualquier caso, aprendí que si mi objetivo hubiese sido el opuesto, tampoco hubiese logrado nada, ya que se esfumaban en el aire cuando el contacto parecía inevitable. Tampoco solían mostrar reacción alguna ante mi presencia incluso aunque les interpelase de forma directa, ni logré que ninguno de ellos me hablase nunca a excepción del propio Galerio, e incluso éste sólo lo hizo en muy contadas ocasiones después de aquel día.

Otra de las consecuencias notables que tuvo el descubrimiento de la naturaleza de aquellos personajes, al menos para mí, fue que me obligó a revisar mis estimaciones sobre las auténticas dimensiones de la Comunidad que habitaba el Santuario. Una vez que fui identificando, uno tras otro, a los muertos que de forma habitual recorrían los pasillos o deambulaban por las áreas de uso común, incluidas la Biblioteca o la Capilla, la población del Santuario quedó considerablemente menguada con respecto a las ya de por sí pobres impresiones que había sacado en mis primeros tiempos como oblato. Para mi sorpresa, llegué a calcular que los habitantes vivos del Santuario eran menos de la mitad de los que yo había supuesto en un principio. Y todavía recuerdo lo solo y vulnerable que me hizo sentir el constatar que únicamente yo, entre todos ellos, era consciente de la verdadera y en cierto modo

extravagante naturaleza del escenario en que se desarrollaba la vida cotidiana de la Comunidad. Pero nunca mencioné nada de esto a nadie hasta ahora, pues siempre estuve seguro de que incluso mis mejores amigos me tomarían por loco aun a pesar del afecto que me profesaban.

8. Tiberio y Beldo

Ya he hecho anteriormente alguna referencia al extraordinario talento que atesoraba mi jefe de celda. Aunque Tiberio no mostraba un gran interés por ninguna de las demás materias y solía realizar sus obligaciones con una notable desgana, motivada por el aburrimiento que casi todo le producía, la música tenía el efecto de sacarle de ese letargo indolente. Siempre que tenía un momento libre, y en especial cuando le asaltaba alguna inquietud, Tiberio subía a su litera, ensamblaba las piezas del extraño y vetusto instrumento que guardaba desmontado en un destartalado estuche de fieltro, y tocaba dulces cadencias que inundaban la celda de una atmósfera casi mística. A menudo resuenan las notas de su melodía favorita en mi memoria, esas notas que por un capricho del destino puedo aún recrear no sólo en mi mente, sino también en mis oídos.

—¿Cómo se llama esa canción? —le pregunté cuando salí de mi asombro, la primera vez que le oí interpretarla. Se trataba sin duda de la música que me había extasiado en mi primera visita a la Capilla.

—No lo sé, Polibio. Quien me la enseñó no me lo dijo nunca...

Aunque la música que interpretaba mi compañero me resultaba fascinante, debo reconocer que todavía me fascinaba más el extraño instrumento que usaba para recrearla. Nunca he vuelto a ver un instrumento como aquél, aunque le he encontrado cierto parecido con las toscas dulzainas que llevan consigo algunos de los juglares que recorren estas tierras del Norte. Precisamente el recuerdo de mi amigo me ha llevado en ocasiones a interrogar a estos músicos ambulantes, pero ninguno reconoció haber visto jamás algo como lo que yo les describía. Me mostraban orgullosos sus dulzainas, gaitas y chirimías, alguna de ellas incuestionablemente bellas, pero ninguna me parecía comparable ni de lejos al elegante instrumento de mi amigo, ni tenía un sonido tan penetrante y quejumbroso, probablemente fruto

de su mayor longitud y de la sofisticada combinación de palancas y llaves que Tiberio cuidaba con inmensos mimo y esmero. Sólo he escuchado un sonido similar procedente de otra fuente completamente distinta, pero ésa es una cuestión a la que me referiré en su momento.

Tiberio nunca me dijo cuál era el nombre de su instrumento, incluso es muy posible que lo desconociera, aunque él lo solía llamar “mi amiga”, tal como lo he escrito, en femenino. Por extraño que parezca tampoco encontré ninguna referencia al mismo en la Biblioteca del Santuario, que a pesar de su vastedad apenas contenía, al menos entre los libros catalogados, tratados sobre temas musicales. Sin embargo, con el paso del tiempo y gracias a un cúmulo de extrañas circunstancias, creo que conseguí averiguar cuál había sido ese nombre siglos atrás, antes del Castigo (porque pienso que de entonces es de donde procedía el venerable instrumento de mi amigo), aunque no haya podido confirmarlo con toda seguridad. Aún así, y dado que no son estas memorias ningún tratado erudito sino tan sólo el registro de mis recuerdos, seguiré mi instinto y aún a riesgo de equivocarme lo llamaré en adelante “oboe”, tal como he hecho en mi mente durante tantos años. No será el mayor de los errores que pueda cometer.

Con el tiempo logré averiguar muchas cosas sobre el viejo oboe de Tiberio, algunas de su misma boca y otras a través de Beldo, y la mayoría de ellas me iluminaron a su vez sobre el propio pasado de mi amigo. Según Beldo, ya en su primer día en el Santuario había conseguido hacer enmudecer al Hermano Orosio con la música de su oboe, en el mismo patio en el que el saltamontes me había dado a mí la bienvenida.

Tiberio recibió el instrumento como único legado de alguien muy querido para él, alguien cuya muerte lamentó profundamente. Y fue su deseo de no desprenderse de ese legado lo que le movió a gestionar su propia venta a la Orden, con apenas diez años, como la única alternativa que le permitiría disponer de fondos con los que sufragar los funerales de esa persona tan especial. Beldo no pudo confirmarme si se trataba de su padre, pero en cualquier caso sí estaba seguro de que era un gran músico y de que fue quien le enseñó todo lo que sabía. Sin embargo, yo me inclino a pensar que era realmente su progenitor, debido sobre todo a un extraño suceso que acaeció algún tiempo después de haber profesado como novicio.

En aquella ocasión, mientras mi amigo tocaba para sí subido en su litera y yo, en ausencia de Beldo, aprovechaba para ojear alguno de sus libros, me sorprendió de pronto la aparición de una silenciosa presencia de pie junto a la

ventana. Para entonces ya me había empezado a acostumbrar a mi peculiar don, y comenzaba a aceptar con cierta naturalidad las súbitas apariciones de que era testigo en los lugares más insospechados y con total ignorancia de mis acompañantes vivos, que en los primeros meses me habían acosado con preguntas sobre los motivos de mis repentinos sobresaltos. Incluso empecé a reconocer la tendencia de aquellos espectros a deambular más o menos por las mismas zonas del Santuario, por lo que aprendí a esperar a cuál podía encontrarme en cada lugar.

Aquel día, sin embargo, lo que me sobresaltó no fue la presencia del fantasma en la celda, a pesar de que se salía de lo común ya que por regla general los muertos solían respetar nuestra privacidad y preferían los pasillos, patios y demás espacios comunes. El motivo de mi sorpresa fue que era la primera vez que veía a uno de ellos que no vistiese el hábito negro de la Orden. La figura que apareció en la celda llevaba la clase de ropa vistosa y multicolor que he aprendido luego a asociar con los artistas ambulantes, aunque las tonalidades se apreciaban pálidas y desvaídas, como en ropas que han sido lavadas demasiadas veces, y los flecos, plumas y adornos se veían ajados y desprovistos de toda gracia.

El espectro tenía el rostro, además de serio, alargado y moreno, y el mismo cabello ensortijado de mi jefe de celda aunque sin tonsurar. Al contrario de la mayoría de los muertos, que tendían a ignorar mi presencia, éste me miró a los ojos y me hizo un gesto de silencio, aproximando el índice a los labios macilentos. Luego fijó toda su atención en la litera superior, de donde procedía la música. No hace falta mencionar que obedecí su orden sin dudar. Nunca volví a verle después de aquel día, pero siempre he recordado el enorme parecido que tenía con mi amigo aunque nunca le mencioné a él nada al respecto.

En cualquier caso, de todo lo que acabo de contar puede inferirse fácilmente que el bello instrumento había marcado de forma indeleble el pasado de Tiberio. Curiosamente, del mismo modo iba a servirle, aunque entonces ni él ni yo podíamos saberlo (y me pregunto si lo sabría ya la figura silenciosa de su padre muerto, aquel día junto a la ventana), de guía en su futuro.

Sin embargo no averigüé la mayoría de estas cosas sobre mi amigo sino hasta después de mucho tiempo. Al principio simplemente me encontré fascinado por el conjunto de relucientes mecanismos y palancas del oboe, por el modo en que se generaban sonidos diferentes en función de las posiciones

de los dedos sobre los orificios y las llaves, y la curiosa forma del extremo que mi amigo se llevaba a los labios. A Tiberio le divertía mi interés y se tomó la molestia de explicarme lo que sabía. Pronto se atrevió a permitirme montarlo y desmontarlo, e incluso llegaba a dejarme limpiárselo cuando se encontraba de humor.

—¿Por qué no suena si le quitas eso? —le pregunté en cierta ocasión intrigado, señalando a la pieza que había que insertar en el extremo por el que se soplabá

—¿La caña? Porque es necesario soplar por ella, Polibio, si no, no funciona. Además, tengo que cambiarla de vez en cuando. Hacerle una nueva, quiero decir. Mi amiga es muy presumida... —explicó sonriendo mientras acariciaba el instrumento suavemente con la mano.

—¿Una caña nueva? ¿Cómo la haces?

—Exactamente tal como me enseñó... como me enseñaron, quiero decir. Con una tira de caña seca, de las que crecen cerca del huerto. Primero le doy una forma así —dijo formando una concavidad con la mano -, luego la mojo bien, la parto por el medio y finalmente ato las dos mitades muy fuerte alrededor de este tubito metálico, en el lugar de la caña vieja, y les doy una forma especial con el cuchillo. La próxima vez que le haga una te lo enseñaré.

Pronto me di cuenta de que, aunque Tiberio sabía cómo extraer los más bellos sonidos del oboe y conocía lo que debía hacer para su limpieza y mantenimiento, ignoraba en realidad los motivos por los que el instrumento funcionaba tal como lo hacía, que era lo que me intrigaba a mí realmente.

—Pero tiene que haber una explicación —me empeñaba una y otra vez—. Alguien debió fabricarlo así por algún motivo, ¿no? Seguro que sabría por qué tenía que hacerlo de esta forma...

—¡Polibio! ¡Deja ya de marearme! —acababa siempre Tiberio, harto de mis preguntas y arrepentido de haber respondido a la primera de todas—. ¿Qué más da eso? ¡Es así y punto! ¿Acaso no te gusta cómo suena?

Fue después de una de aquellas contundentes respuestas cuando me decidí a investigar por mi cuenta. En los días que siguieron busqué con enorme ilusión un trozo de caña de la longitud apropiada y lo horadé en toda su longitud. Luego le hice varios agujeros a intervalos regulares, aunque más próximos que los del oboe para poder llegar con mis dedos, todavía muy pequeños. No conseguí darle la forma acampanada del extremo más ancho, pero no pensé que eso fuera tan importante. Finalmente probé con varias

formas de boquilla hasta conseguir una de mi gusto y, muy emocionado, invité a mis compañeros de celda a escucharme. Pero, para mi frustración, los sonidos que salieron de mi instrumento no se asemejaron ni de lejos a los del oboe de mi amigo. Tiberio y Beldo rompieron a reír a carcajadas al escuchar el lamentable resultado a pesar de que yo me esforzaba, con el rostro congestionado y los carrillos a pleno rendimiento, por extraer de mi trozo de caña algo que tuviera un ápice de belleza.

Aquel inmenso desengaño, la visión de mis compañeros retorciéndose de risa por el suelo de la celda y la rotunda negativa de Tiberio a dejarme hacer prácticas con su preciado oboe, pusieron punto final a mi incipiente carrera como músico. Pero me prometí a mí mismo que algún día sería capaz de entender el porqué de su hermoso sonido y debo decir que creo que lo he conseguido con los años, al menos, en la medida en que puede ser posible para un científico llegar a comprenderlo. Ahora puedo explicar, e incluso formular mediante ecuaciones, la forma en que el aire produce la vibración al pasar por el medio de la doble caña, y su propagación y transformación en el interior del tubo. Aunque, por supuesto, no es ahí donde radican la magia ni la emoción con que mi amigo ha logrado conmoverme tantas veces, y mi destreza con los instrumentos de viento no ha ido más allá de la que demostré aquel día ante mis compañeros.

Además de sus actuaciones privadas en la intimidad de la celda Tiberio solía interpretar en público, acompañado por un Hermano Anselmo que aporreaba sin piedad el viejo y desafinado órgano de fuelle, alguna que otra melodía en el transcurso de los Oficios o de las demás celebraciones religiosas. Como ya he explicado, y aunque yo lo ignorase entonces, había sido su música la que me había extasiado en mis primeras Vísperas en la Capilla, y también la que había sonado como fondo del responso del Padre Crisógono por el alma de Galerio. Este papel tan especial le permitía gozar de un cierto respeto ante el resto de la Comunidad, un estatus de privilegio del que rara vez disfrutaban los novicios de su edad.

Era obvio para todos que la capacidad de Tiberio excedía con mucho a la de su tutor. Sin embargo, el Hermano Anselmo solía ufanarse frecuentemente de las habilidades de su mejor discípulo, como si el talento de Tiberio fuese fruto de sus enseñanzas en lugar de un don innato. Aún así, Tiberio soportaba con paciencia el pavoneo de su anciano mentor y le mostraba siempre, tanto en público como en privado, una deferencia que brotaba no tanto de la admiración como del cariño. Aunque era consciente de lo poco que el

anciano había podido enseñarle, también sabía que el Maestro de Canto era un viejo de corazón bondadoso. No sólo había asumido la tutoría de mi amigo al poco de su ingreso en el Santuario, manteniéndolo desde entonces a salvo de los desmanes del Padre Ovidio, sino que a partir de aquel momento había cuidado de Tiberio como de un hijo (aunque quizás debería decir más bien como de un nieto), y éste se lo reconocía profesándole un afecto y un agradecimiento sinceros. Siempre le defendía cuando nos burlábamos de sus interpretaciones, asegurando que eran la artritis y la pérdida del oído lo que le impedía ser más preciso al teclado, e incluso afirmaba de su mentor que había llegado a actuar ante el propio Patriarca en sus años de juventud, aún a sabiendas de que aquella historia tenía visos de no ser más que un invento del propio anciano. Aquella lealtad siempre ennoblecía ante mis ojos a mi amigo, el principal afectado por la incompetencia del anciano músico, pues era él, oboe en mano, quien tenía que batirse casi a diario en enconado duelo con las continuas salidas de tono del Maestro de Canto.

Así como la vida de Tiberio giraba manifiestamente en torno a la música y a su oboe, la de Beldo orbitaba alrededor de múltiples focos, que sólo con el tiempo fui conociendo en todos sus a veces complejos aspectos.

El más obvio de sus intereses lo constituían sus quehaceres en la Botica del Santuario, que le ocupaban buena parte del día. El Hermano Ulpiano, que prefería dedicarse por entero a cuidar de sus plantas, le daba carta blanca en la organización de los estantes cubiertos de tarros, los cajones repletos de remedios y la estantería que albergaba los libros médicos de consulta más frecuente.

Se trataba de un trabajo que le cuadraba a la perfección y que pese a su juventud realizaba con diligencia y eficacia. No sólo su innato sentido del orden le ayudaba a mantener escrupulosamente clasificado el variado surtido de sustancias y productos medicinales de la Botica. Además, los regordetes dedos de Beldo, aunque de aspecto fofo, eran pese a todo hábiles y seguros, e infundía una notable confianza verle manejar con precisión metódica los útiles propios de su trabajo: los morteros y espátulas, las balanzas y sus medidas, los infiernillos y alambiques o los hermosos tarros de porcelana que contenían los diversos productos.

Aunque de manera diferente al sublime arte de Tiberio, la habilidad e inteligencia de Beldo despertaban también en mí una notable admiración.

Solía pasar con frecuencia a verle trabajar en la Botica, e incluso, cuando finalmente logré acostumbrarme a la silenciosa presencia de los dos encapuchados que habían elegido la Botica como residencia habitual y solían acechar con gesto crítico a mi amigo en sus preparativos, empecé a llevarme allí mis libros de estudio y a hacerle compañía durante horas. Me parecía fascinante la variedad de procedimientos que empleaba Beldo para preparar los más diversos remedios, además del propio hecho en sí de que aquellas plantas de aspecto inofensivo pudieran tener propiedades casi milagrosas.

—¿Ves, Polibio? —me explicaba infatigable mi amigo, con mucha más paciencia de la que mostraba nuestro jefe de celda—. Como te decía, el primer paso con la mayoría de las plantas es el secado. Si no extraemos el agua —continuaba mientras disponía las hojas recién recogidas en finas capas sobre una bandeja de rejilla -, la planta puede pudrirse y perder las sustancias activas que contiene...

—¿Qué son esas hojas?

—Son hojas de digital. Con ellas preparo el tónico cardíaco para el Padre Felicísimo. Pero no las toques, hay que tener sumo cuidado con ellas, se deterioran muy fácilmente al manipularlas.

—¿Y aquella otra?

—Es agrimonia. En infusión es un magnífico vulnerario.

—¿Vulne... qué?

—Vulnerario, Polibio —Beldo siempre estaba dispuesto a proporcionarme una explicación más, con tal de que no se refiriese a su propio pasado y muy en especial a su periodo como oblato, sobre el que nunca logré sacarle detalle alguno. De hecho, disfrutaba como un niño con cada nueva aclaración y cuando me rezagaba en preguntar era él mismo quien, por propia iniciativa, respondía a la pregunta que aún no habían formulado mis labios—. El vulnerario, por si no lo sabes, cura las inflamaciones y las úlceras de la piel. Y también los males de garganta, con sólo hacer unas gárgaras... —el espectro que solía situarse más próximo hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza que interpreté como de aprobación a las palabras de Beldo.

Aunque los conocimientos que el Hermano Ulpiano había ido proporcionando a mi amigo sobre hierbas y plantas medicinales eran sin duda importantes, mucho más extensos que los rudimentos que nos explicaba al resto de novicios en las clases de Botánica, con el paso del tiempo Beldo, sintiéndose insatisfecho, había empezado a estudiar por su cuenta. Pasaba largas horas investigando entre los volúmenes de la Biblioteca que

recopilaban la totalidad de remedios conocidos por los antiguos, y a menudo se quejaba de que faltaban varias clases importantes de medicamentos en la farmacopea del Santuario.

—Los remedios galénicos no tienen soluciones para todo, Polibio —me comentó un día mi amigo con frustración.

—¿Por qué no? ¿Y qué significa galénicos? —preguntaba yo intrigado, todavía entonces ignorante de la propia existencia de uno de los más célebres médicos de la Antigüedad.

—Son los remedios a base de plantas, Polibio, los que me ves preparar a diario: los que emplean toda clase de hojas, flores, cortezas, rizomas, resinas... en fin, cualquiera de las partes de una planta. Pero el cuerpo es química. ¿Ves? —Y me enseñaba alguno de los volúmenes a cuyo estudio estaba dedicando gran parte de sus energías en los últimos meses, cuando no estaba presente su tutor—. Aquí lo explica claramente. Un delicado equilibrio de humores y sustancias químicas, sobre el cual no sólo actúan los preparados vegetales. El Hermano Ulpiano se empeña en utilizar solamente preparados galénicos. Aparte de destilar sus plantas con el alambique, de desecarlas en el horno, macerarlas o cocerlas, no quiere oír hablar de ninguna otra clase de tratamiento ni preparación. Pero algunos de estos libros explican claramente que hay muchas otras clases de medicamentos: sales, ácidos, minerales... muchos de los productos que utiliza el Padre Felicísimo para sus experimentos podrían emplearse también para curar... ¿Sabes que hasta el nitro que almacena con tanta cautela tiene propiedades medicinales? Todo es la misma química, Polibio, estoy seguro, y creo que si los preparados galénicos funcionan es solamente porque llevan en sí las sustancias químicas adecuadas. Si pudiera convencer de eso al Hermano Ulpiano...

Para entonces no sólo me había acostumbrado a la presencia de los dos fantasmas de la Botica, sino que me había dado cuenta de la afición de uno de ellos a aprobar o rechazar las opiniones que expresaba mi amigo mediante levísimos movimientos de su cabeza encapuchada. Supuse que habría sido un antiguo boticario del Santuario él mismo, y creí corroborada mi hipótesis cuando comprobé que uno de los movimientos negativos más enérgicos tuvo lugar mientras Beldo cometía un importante error en la preparación de un jarabe, que le valió una severa reprimenda por parte del Hermano Ulpiano. La vez siguiente que el espectro se manifestó de este modo en mi presencia le hice a Beldo una ligera insinuación, que le hizo darse cuenta inmediatamente del error que estaba a punto de cometer sin ser consciente de que era yo quien

se lo había advertido. Afortunadamente aquello no sucedía muy a menudo y mi amigo nunca tuvo motivos para sospechar que ocurría nada extraño.

En esta ocasión el espectro meneó la cabeza afirmativamente ante las reflexiones de Beldo y eso me decidió a animarle.

—Estoy seguro de que tienes toda la razón —le dije intentado transmitirle la aprobación de la silenciosa figura a sus espaldas, y él me agradeció lo que consideró el apoyo incondicional de un amigo con una ligera sonrisa.

El libro favorito de Beldo, que con frecuencia se subía a la celda para poder estudiar con más dedicación, era un grueso volumen de venerable aspecto cuya portada rezaba: “*Farmacopea Universalis, o colección de las fórmulas químico-galénicas más acreditadas*”, sobre un hermoso grabado que mostraba lo que parecía un hombre ofreciendo una copa a otro.

Dado que no encontraba en el Hermano Ulpiano respuesta a muchas de sus preguntas, y en especial después del agrio rapapolvo con que atajó sus primeros intentos de discusión, Beldo se decidió al fin a consultar al Padre Felicísimo, el profesor de Química, sobre la utilización de alguno de los productos de los que hablaba la *Farmacopea*. Debía hacerlo a espaldas de su tutor, que sentía por el anciano químico una profunda antipatía que incluso gustaba de exhibir en público, y cuyos motivos desconocíamos por completo. A decir verdad mi compañero sentía más admiración por el Padre Felicísimo, a quien consideraba un verdadero sabio, que por su tutor oficial y la enardecida defensa que solía hacer del primero le había granjeado más de un problema con el segundo. Pero así era Beldo, mucho más valiente y resuelto, cuando creía en aquello por lo que estaba luchando, de lo que nunca hubiera podido sugerir su indolente aspecto físico.

La liturgia era la segunda de las obsesiones de mi amigo. A Beldo le fascinaba, en especial, todo lo referente al Sacrificio, la celebración dominical que congregaba a los integrantes más veteranos de la Comunidad y que a nosotros nos estaba rigurosamente vedada. Beldo soñaba con la llegada del momento de su Iniciación, la ceremonia en la que, según me aseguró, los novicios en la edad apropiada pasaban a ser verdaderos miembros de la Iglesia según la Nueva Doctrina, con pleno derecho en adelante a participar del Sacrificio. A menudo intentaba convencernos a Tiberio y a mí, la mayor parte de las veces sin éxito, de que accediéramos a representar con él su propia versión de la liturgia, cuyas pautas fundamentales, que decía haber extraído de un libro de la Biblioteca, parecían centrarse en torno a la ingestión del fruto de una planta de carácter sagrado, la denominada

Cruciflor. En las escasas ocasiones en que lo conseguía, sin embargo, acabábamos arrepintiéndonos ya que, aun empezando como un juego, el ensayo pasaba a convertirse para nuestro compañero en un asunto de mística trascendencia.

Sin embargo, tengo que admitir que la más exaltada de las pasiones que obsesionaban a mi compañero Beldo era, sin lugar a dudas, la adoración reverente que sentía por nuestro jefe de celda. Este fervor, de un grado tal que en ocasiones rozaba lo enfermizo, se manifestaba de múltiples maneras y en muchas circunstancias distintas. La más patente de todas era cuando Tiberio se sumergía en su música. En esas ocasiones Beldo solía mirarle presa de un arrobamiento entregado que a veces se prolongaba durante horas en una solicitud casi servil. En un principio me sorprendió que Tiberio reaccionase ante estas muestras de devoción, que a mí me parecían entonces muy dignas de agradecer, de forma agresiva e incluso zahiriente. Pero con el tiempo pude darme cuenta de que se trataba de una estrategia deliberada por su parte, y de que la utilizaba no por crueldad, sino a sabiendas de que era el modo más eficaz de que nuestro compañero volviera a la normalidad cuanto antes. Aunque eso le sucedía a Beldo sólo después de recluirse en sí mismo durante largo rato, como avergonzado por algo que yo no sabía entonces concretar y que ellos nunca juzgaban oportuno explicarme.

Los años de convivencia fueron clarificando ante mis ojos, muy poco a poco, la enredada maraña emocional que existía alrededor de mis dos compañeros, un entramado del que siempre me mantuvieron apartado a pesar de tratarme ambos con un cariñoso afecto. Sin embargo, con el tiempo esta relación obsesiva tuvo consecuencias tanto para mis amigos como para mí mismo, y determinó muchas de las cosas que nos sucedieron a todos.

9. El almacén de sabiduría

Si algo he echado de menos a lo largo de todos estos años de vida en el Norte, de lo que me rodeaba en mi vida cotidiana en el Santuario cuando aún sólo era un joven novicio (claro está, aparte de a las personas a las que quise y que siguieron otros caminos o que se fueron para siempre), sin duda ese algo ha sido la Biblioteca. Los libros han tenido siempre un misterioso poder sobre mí, la potestad de conectarme con el pasado más remoto de una forma peculiar, casi podría decirse que hasta mística. Hojear las páginas de tantos y tan diversos textos no sólo me ha servido para aprender nuevas ideas, conceptos o teorías. A menudo he tenido la sensación de que se establecía un puente a través de los siglos entre mi espíritu y el del propio autor de las palabras que iba repitiendo mentalmente, en especial de aquellos por cuyas vidas u obras he experimentado una especial admiración.

Una de las convicciones que cada nuevo descubrimiento al que accedía a través de las páginas de aquellos volúmenes no hacía sino confirmar era la seguridad de que mi ignorancia era infinita. Me consolaba entonces pensado en los numerosos años de que dispondría, a lo largo de toda una vida de estudio en el Santuario, para aprehender siquiera una mínima fracción de la sabiduría contenida en la Gran Biblioteca que me permitiera llegar a comprender lo más esencial del Universo. Lo suficiente, al menos, como para dejar de hallarme perdido en él. Era una expectativa ingenua, lo reconozco, que sin embargo no tuve nunca la posibilidad de contrastar ya que las cosas transcurrieron de modo muy diferente a como yo podía prever entonces. No me arrepiento en absoluto de la decisión que tomé en su día, que me apartó para siempre de ese fabuloso tesoro. Sin embargo, ¡cuán feliz me hubiera hecho poder disponer, en todo el tiempo que ha transcurrido después, de siquiera una ínfima parte de las joyas que albergaba la Biblioteca! ¡Cuán a menudo deseaba poder consultar alguno de los textos cuyos títulos recordaba

haber visto en los catálogos pero que nunca tuve tiempo de hojear, y despejar así mis abundantes dudas bebiendo de fuentes mucho más sabias que yo! Todavía me pregunto en ocasiones qué habrá sido de todo aquello, si se habrá salvado al menos una parte de lo que contenía o si, por el contrario, la ignorancia y el fanatismo habrán conseguido acabar por completo con una de las mayores riquezas que atesoraba el Reino y quizás de las que se conservaban en todo Occidente. Sea lo que sea lo que le haya deparado la rueda del tiempo, intentaré plasmar en las páginas que siguen mi visión de la grandiosa Biblioteca del Santuario tal como permanece aún incólume en mi memoria, resguardada entre los recuerdos de mis días de novicio.

La posibilidad de acceder a la mítica Biblioteca fue uno de los muchos cambios afortunados, y no el menor de todos por lo que a mí respecta, que produjo en el Santuario el repentino paso de los niños oblatos a novicios. Efectivamente, a partir de aquel momento se nos abrió el acceso a sus misteriosos tesoros a todos los recién tonsurados, algo que nos habría sido negado todavía durante al menos un año más como oblatos.

La Biblioteca era posiblemente la más conocida de las maravillas que albergaba el Santuario, y la que más había contribuido a mantener el prestigio de la Orden a lo largo de los últimos siglos. Afamada incluso más allá de las fronteras del Reino, contenía un número extraordinario de ejemplares únicos, incluyendo la más extensa colección existente de libros anteriores al Castigo. El Hermano Aurelio, el joven monje responsable de la Biblioteca, aseguraba que en otros tiempos era consultada por sabios de todas las partes del mundo, que recorrían miles de kilómetros para venir a rebuscar entre sus anaqueles. Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho y en los días de mi juventud la Biblioteca, con todo su contenido, era mirada con enorme desconfianza por las autoridades eclesiásticas. El Santo Oficio desaconsejaba, cuando no prohibía expresamente, la lectura de una parte nada desdeñable de las obras que albergaba. De modo que el miedo a levantar las suspicacias de los Severinos, aunque no el único, era probablemente el principal responsable de la drástica reducción del número de visitantes.

La Biblioteca ocupaba casi la mitad del cuerpo central del inmenso edificio, que se extendía de este a oeste a lo largo de casi dos centenares de metros y proporcionaba al Santuario la imponente fachada que había sobrecogido a los recién llegados durante siglos. Da una idea de lo que la Biblioteca significaba para la Orden el que su único acceso estuviese en el propio gran distribuidor al que se accedía directamente desde la antigua

Puerta Principal del Santuario. Desde aquella amplia sala, en la que también se encontraba la entrada a la Capilla, ascendía hacia los pisos superiores la doble escalinata de piedra, la vía central de comunicación entre las diferentes plantas del edificio. Justamente en su medio, sobre una gran peana de mármol y mirando hacia la gran puerta de entrada, y en realidad la primera visión que acogía al visitante en cuanto traspasaba esas solemnes puertas, se alzaba una imponente estatua de Agustín, el Santo Fundador de nuestra Orden, con el corazón traspasado y la llama sobre el pecho, sosteniendo una lámpara de aceite en su mano derecha. Esta lamparilla, que simbolizaba la luz que para el Occidente cristiano representó en tiempos remotos el Obispo de Hipona, se mantenía siempre encendida como muestra del inquebrantable compromiso de la Orden con el Saber, encarnado en los tesoros que se guardaban tras las gruesas puertas de roble de la Biblioteca. Un compromiso que, al contrario que muchos otros de los que he asumido a lo largo de mi vida, aún me honro en cumplir al máximo de lo que me permiten mis posibilidades.

La primera vez que quise acceder a la Biblioteca me amedrentó enormemente la severa mirada del Santo. Desde sus tres metros largos de altura, coronados por un pomposo bonete que nunca fui capaz de creer que él hubiera llevado verdaderamente, parecía dudar que yo, el pequeño e insignificante Polibio, fuese digno de entrar en sus dominios. Pero recuerdo perfectamente la emoción que me embargó cuando finalmente me decidí a atravesar las vetustas puertas de lo que me parecía un inmenso almacén con todos los conocimientos y la sabiduría imaginables, a la búsqueda de un texto cuya consulta nos había encargado el Padre Crisógono para las clases de Doctrina.

Nada más entrar, el visitante accedía a la zona de lectura, un área despejada con varias hileras de pupitres y un gran escritorio junto a la pared en el que solía sentarse a trabajar el Hermano Aurelio, el encargado de la Biblioteca. Pero en cuanto levantaba la mirada su atención quedaba subyugada por la inmensidad de la sala, que se extendía en un vasto espacio diáfano hasta casi perderse de vista. Los larguísimos muros estaban totalmente cubiertos por estanterías hasta una altura de casi cinco metros, divididas en dos niveles. El acceso a los anaqueles del nivel superior se realizaba desde sendas repisas que recorrían cada pared en toda su longitud, muy estrechas y protegidas por barandillas de madera oscura hermosamente torneadas, a las que podía subirse mediante esbeltas escaleras de caracol situadas a intervalos regulares. Por encima de los estantes más altos, las

amplias ventanas ojivales con cristales color miel que iluminaban el recinto se iban alternando con gruesas vigas de madera primorosamente labradas con motivos vegetales, que servían de sostén a la elevada bóveda de la nave. La parte central de la sala sólo resultaba ligeramente menos llamativa. Una interminable sucesión de sólidas y elegantes estanterías de nogal, no tan altas como las adosadas a los muros y dispuestas transversalmente por parejas, ocupaba la zona central de aquella grandiosa estancia en toda su longitud. El único acceso que quedaba libre para los usuarios era el que permitían los tres largos y estrechos pasillos, uno en el medio y los otros dos a los lados, que atravesaban la sala de un extremo al otro.

En esa primera visita acabé convencido de que sin duda debían encontrarse allí dentro todos los libros que jamás se hubiesen impreso. Terminé perdiéndome entre las estanterías durante lo que me parecieron varias horas, absorto en la reverente contemplación de aquel espectáculo, sumergido por entero en el silencio y el olor a papel y a cuero que lo impregnaban todo. Porque una de mis sorpresas de aquel día fue comprobar que la Biblioteca entera exudaba idéntico aroma al que destilaba el libro de Galerio, que aún seguía siendo uno de mis más preciados tesoros.

El Hermano Aurelio era un monje joven y alegre, de carácter risueño. Se movía con soltura por aquel laberinto de mobiliario, en un continuo ir y venir que en algunas ocasiones, cuando era consciente de que no había otros Padres o Hermanos estudiando en la sala, acompañaba de un suave tarareo. Procedía de una de las casas menores de la Orden y había sustituido al anterior Bibliotecario, el Padre Ofelio, tras su muerte apenas un año antes. Además de ser responsable de la gestión de la Biblioteca se encargaba de impartir las clases de Historia y de Gramática a los novicios. El Bibliotecario fue la primera persona que he conocido a quien mi nombre no le resultó extraño, y ese reconocimiento marcó en parte mi propio destino.

—¡Polibio! ¡Fascinante! —exclamó con una sonrisa infantil el día en que me presenté por primera vez ante él —¿Quién te puso ese nombre, muchacho? ¿Sabes que llevas el nombre de uno de los más grandes historiadores que han existido jamás? ¡Espera un momento...! —saltó de su escritorio y con ágiles zancadas se acercó a un grupo de estanterías señaladas con el rótulo de “*Clásicos Griegos*”. Pronto encontró lo que buscaba y con un gesto de triunfo regresó a mi lado y puso en mis manos un voluminoso libro,

de casi diez veces el grosor del que me había prestado Galerio. Me asusté ante lo contundente de su peso, pero no me atreví a discutirle al Hermano—. ¡Aquí lo tienes! Las “*Historias*”, de Polibio de Megalópolis, tu ilustre tocayo... Narra cosas que sucedieron hace muchísimos años, de mucho antes del Castigo, en la época del llamado Imperio Romano. ¡Seguro que lo encontrarás apasionante!

Así fue como comenzó mi trasiego por los mares de la Historia Antigua, la fascinante época del devenir humano anterior al Desastre, o, empleando la única palabra con que yo lo conocía entonces, al Castigo. Un devenir que siempre vi como un largo camino ascendente, truncado de manera repentina y dramática unos trescientos años antes de mi propia época por acontecimientos todavía rodeados de un aura de profundo misterio. Sucesos distorsionados por el interés de los fanáticos Severinos y sobre los que desgraciadamente no queda hoy registro alguno fiable, pero que aún marcan las vidas de los que vivimos en estos tiempos revueltos, como lo harán con las de nuestros hijos y nietos. Las *Historias* de Polibio de Megalópolis, sin embargo, se referían tan sólo a los primeros pasos a lo largo de este camino. En concreto, Polibio refería el comienzo de la fascinante gestación del Imperio Romano, entonces todavía denominado República. Se trataba del primer gran estado en la Historia de Occidente que consiguió reunir bajo un mismo poder político todo el mundo mediterráneo y, tal como puede verse en alguno de los viejos mapas, también parte de Centroeuropa e incluso la propia (y, a decir de los exploradores, cubierta hoy por completo de hielo) isla de Albión. Lo más llamativo de aquel logro fue la cohesión que llegó a alcanzarse y que se mantuvo durante siglos pese a innumerables adversidades. Una unidad que, echada a perder durante varios siglos de profunda crisis y de violenta oscuridad, no volvió a lograrse hasta casi dos milenios más tarde, poco tiempo antes del Castigo, y aún así no de forma completa. Claro que yo, entonces, estaba aún muy lejos de saber nada de todo esto. Las *Historias* de mi homónimo, que narraban las victorias de los romanos sobre los últimos de sus grandes enemigos mediterráneos, los cartagineses y los últimos reyes griegos, no fueron sino el primer eslabón en una interminable sucesión de trabajosas lecturas que absorbieron buena parte de mis horas de estudio, e incluso de mi tiempo libre, durante larguísima meses.

Al principio me costó un gran esfuerzo avanzar entre las páginas de aquel inmenso volumen: leía aún despacio, no entendía mucho de lo que allí se

decía y a veces tenía incluso que volver atrás pues había acabado por olvidarme de detalles importantes. Sin embargo, poco a poco me fue capturando la historia y para cuando conseguí terminarlo, después de varios meses de arduos esfuerzos, mi habilidad lectora era ya sobresaliente, no muy distinta de la del Polibio adolescente o adulto. Recuerdo muy bien que cuando pasé la última página del libro, el segundo que leía completo en toda mi vida, mi primer pensamiento fue para Galerio, convencido de que estaría orgulloso de mí. A aquel libro siguieron después muchos otros. Pero, a pesar de todo lo que leí y aprendí después, pocas escenas del pasado volvieron a impactarme tanto ni de forma tan especial como lo hizo la visión de mi homónimo junto al gran Escipión Emiliano, el general romano de quien fue tutor y maestro, contemplando el saqueo y la posterior destrucción a su orden de la otrora gloriosa Cartago, la enemiga ancestral de Roma. A pesar del gesto de fastidio de mi nieto, que ha escuchado muchas veces ya de mis labios esta historia, me permitiré la digresión que supone el referir los detalles de la escena. Es en ese instante de máxima gloria de su pupilo, con el enemigo ya definitivamente aplastado, cuando el historiador recoge la sobria reflexión del lúcido general romano sobre la caída de los imperios más poderosos: “Un momento glorioso, Polibio”, le dijo Escipión a su tutor “, pero temo que pueda llegar la ocasión en que otro pueda dar la misma orden contra nuestra patria”. Esta reflexión realizada hacía más de dos mil quinientos años ya me pareció, cuando mis lecturas alcanzaron ese punto, profética de la propia ruina del gran imperio que habrían de erigir sus sucesores. También podría considerarse que lo fue, al cabo de una larga era de crisis profunda, de la caída de la poderosísima civilización posterior, la que desapareció con el Castigo y de la que nos quedan aún tantos vestigios, en su mayoría inasequibles a nuestra comprensión.

La indudable fascinación que todas estas historias ejercían sobre mi imaginativa mente infantil hubiera podido hacer arraigar mi vocación de manera definitiva en este campo, a no ser por determinados acontecimientos que mencionaré más adelante. Estos sucesos dieron en su momento un vuelco inesperado a mis intereses, y aunque el gusto por la crónica del pasado jamás llegó a abandonarme del todo y le he dedicado de hecho una parte significativa de mi tiempo y mi esfuerzo, y en ella descansa una parte, quizás la más merecida, de mi prestigio, sí que pasó a ocupar un lugar secundario en mi vida frente a la que sería, y seguirá siendo hasta el día en que me fallen las fuerzas definitivamente, mi verdadera pasión.

Aun así, la afición que todavía entonces demostraba por la Historia y, en general, a pasar largas horas leyendo en la Biblioteca a pesar de mis pocos años (no podía tener más de nueve o diez inviernos todavía), no pasó inadvertida al Hermano Aurelio, a quien creo que le caí en gracia en un principio, más que nada, por el egregio personaje con quien compartía mi insólito nombre. Tan sólo unos meses después de comenzar con mis lecturas me propuso tomarme como asistente a pesar de que ya contaba con la ayuda de otros dos novicios de más edad, seleccionados por su predecesor. La oferta me llenó de entusiasmo, y no fue el menor de los motivos el que el trabajo en la Biblioteca me eximía de otras faenas manuales mucho menos agradables. De modo que así fue como se me abrieron de par en par las puertas del templo de la sabiduría.

Como sucedía con muchas otras de las dependencias del Santuario, la Biblioteca no sólo tenía lectores asiduos entre los vivos. También tenía una importante clientela, la más numerosa de la que nunca fui testigo, entre los que habían habitado el Santuario en tiempos pasados. Pronto aprendí a distinguir los unos de los otros de un vistazo, ya que los muertos, al no poder sostener entre sus manos libro ni objeto alguno, se limitaban a pasear por los pasillos entre las estanterías, mirando con lo que yo suponía que era una expresión de nostalgia sus libros preferidos entre aquellos antiguos volúmenes. Algunos, sin embargo, preferían arremolinarse detrás de los novicios mientras consultaban algún texto de su interés, en los pupitres de lectura junto a la entrada. En esas ocasiones me preguntaba, mirándolos de soslayo, qué sentiría cualquiera de aquellos muchachos si supiera que tenía a varios antiguos miembros de la Orden, muertos posiblemente desde hacía siglos, a su espalda, mirando por encima de su hombro.

En lo que a mí respecta, pronto me acostumbré a la silenciosa presencia de los muertos de la Biblioteca, e incluso llegué a conocerlos a casi todos, cosa que nunca podría asegurar que conseguí con los vivos. Tras averiguar sus nombres y sus aficiones gracias a los cuadros de la Pinacoteca y a los archivos de la Orden, a veces me complacía en seleccionar lecturas que podían ser de su agrado, que dejaba abiertas sobre los pupitres para su solaz cuando el Hermano Aurelio estaba ausente. Aunque debo reconocer que casi siempre acababa arrepintiéndome, después del trasiego que me suponía el tener que pasar a cada poco las hojas de los distintos volúmenes cada vez que

alguna de las silenciosas figuras se volvía hacia mí con expresión plañidera.

Aunque muchos de los volúmenes de la Biblioteca eran de épocas relativamente recientes, la inmensa mayoría de los libros mostraban fechas de impresión que parecían remontarse a los tiempos anteriores al Castigo. Los del siglo veinte, en particular, eran los más abundantes, y me sorprendió notar que, aunque el papel solía ser más fino y frágil, la calidad del acabado, la precisión de los tipos y, sobre todo, el realismo de las ilustraciones y grabados, no tenían comparación con las de volúmenes más modernos. Los retratos y paisajes de brillantes colores que aparecían en sus páginas parecían tan reales, tan vívidos, que en algunos casos casi hubiera jurado que podía tocarlos con mis manos. Ni siquiera las mejores pinturas que había visto nunca, colgadas de los muros de la Pinacoteca del Santuario, transmitían una sensación semejante.

—¿Por qué los libros antiguos tienen esos increíbles grabados, Hermano? ¡Parecen tan reales! —le pregunté intrigado al Bibliotecario.

—A decir verdad, desconocemos muchos de los secretos que encierran los libros antiguos, Polibio. Y uno de los que se han perdido ha sido precisamente ése, cómo conseguir grabados de esa calidad... —musitó encogiéndose de hombros. Sin embargo, al ver mi gesto de decepción pareció pensarlo mejor, y después de guiñarme un ojo sacó de uno de los cajones de su escritorio un objeto redondo de cristal y me lo mostró sonriente.

—Verás, Polibio, te enseñaré algo... Esto es una lupa. Aumenta ligeramente el tamaño de los objetos que miras a través suyo, como unos anteojos. Ahora observa este dibujo de cerca, por ejemplo... —dijo mientras colocaba la lupa a unos centímetros sobre uno de los grabados, que mostraba la imagen de un individuo calvo de cierto parecido con el Hermano Anselmo y vestido de forma extraña, y me sujetaba la cabeza para que pudiera fijarme mejor. Me di cuenta entonces de que la imagen, que a través de la lupa podía ver aumentada de tamaño, parecía estar formada por un gran número de puntitos minúsculos, de colores diversos.

—He estudiado este tipo de grabados detenidamente, y he hecho un curioso descubrimiento: la mayoría parecen compuestos por innumerables puntos de tres colores básicos, rojo, azul y amarillo. Además los puntos parecen tener diferentes tamaños en las distintas áreas del grabado... —la satisfacción que había exhibido el rostro del Hermano Aurelio se tornó

súbitamente en impotencia—. ¡Pero para mí es un misterio la forma en que esos puntos diminutos han sido dispuestos de ese modo, y lo cierto es que no acierto a entender cómo se combinan para formar la imagen que vemos...! Nuestra vieja imprenta no es capaz de imprimir grabados de calidad siquiera remotamente parecida, a pesar de que es una de las mejores de la Ciudad...

Recuerdo que aquella revelación me causó un profundo desasosiego, aunque la sensación de frustración que, probablemente de modo involuntario, me transmitió entonces el joven Bibliotecario la he experimentado luego yo mismo en innumerables ocasiones, y debo decir que enormemente ampliada. Pero desde aquel día observé el contenido de la gran Biblioteca con un nuevo respeto, y creí comprender algo mejor lo que aquellos millones de volúmenes tenían de único e irreplicable, aún siendo entonces ignorante por completo del inimaginable tesoro que encerraba el contenido de muchos de ellos.

Mi trabajo en la Biblioteca consistía, principalmente, en localizar los libros que demandaban los miembros de la Comunidad y en volver a ubicarlos en su sitio una vez terminada la consulta. Para facilitar esta tarea el Hermano Aurelio disponía de una colección de archivadores, situados junto a su escritorio. Estos archivadores contenían una ingente cantidad de fichas ordenadas por temas y alfabéticamente, una por cada libro almacenado en la Biblioteca. La ficha correspondiente a cada libro indicaba de manera exacta el número de pasillo y estantería en que podía localizarse.

Al principio aquel sistema me pareció casi mágico: me resultaba imposible de creer que pudiera encontrarse, en cuestión de minutos o incluso segundos, un libro cualquiera en aquel inmenso almacén de páginas impresas, a partir simplemente de su nombre o del de su autor. Del mismo modo, mediante un fichero análogo resultaba una empresa trivial el localizar la práctica totalidad de libros que trataban de un tema concreto.

Pronto, sin embargo, aprendí que no todos los libros de la Biblioteca estaban catalogados en los archivadores. La tarea de catalogación y ordenación, que sin duda requería de un esfuerzo extraordinario, se había ido realizando con parsimonia durante decenios, incluso a lo largo de siglos, y apenas había conseguido alcanzar más que a la mitad de los fondos existentes en la Biblioteca. Por este motivo, una buena parte de las estanterías carecía de cualquier clase de rótulo o indicación, y los libros apilados sin orden en sus anaqueles, de las apropiadas signaturas sobre el lomo.

El Hermano Aurelio no parecía mostrar especial interés en acelerar aquel trabajo, al que sólo dedicábamos unas pocas horas cada semana. Aquella falta de decisión por avanzar realmente en el proceso de catalogación me irritó de modo considerable cuando la descubrí, pero mis reiterados ofrecimientos para dedicarle más energías fueron siempre rechazados amablemente por mi tutor. Sólo mucho después comprendí que se trataba de una estrategia deliberada de la Orden, iniciada ya por los predecesores del propio Padre Crisógono mucho tiempo atrás, para ganar tiempo ante el Santo Oficio. Y que aquel mare mágnum de volúmenes de temáticas entremezcladas y aspectos variopintos ocultaba en realidad muchas de las más preciadas joyas de la Biblioteca, perfectamente localizadas (aunque camufladas así de las iras de los Severinos, que ni siquiera sospechaban de su existencia) entre aquel aparente desorden mediante claves que sólo unos pocos miembros de la Comunidad conocían.

Además de los libros aún pendientes de catalogar, la Biblioteca tenía una sección especial que contenía los textos prohibidos, todos los incluidos en el temible Índice. Aquellos libros estaban guardados bajo llave en una larga serie de estanterías acristaladas, al principio del pasillo izquierdo, y sus fichas se mantenían en unos archivadores separados del resto a los que sólo podía acceder el propio Bibliotecario, y únicamente para atender las peticiones que contaban con autorización expresa del Padre Crisógono.

Casi cada mes, el Santo Oficio enviaba al Santuario a uno de los suyos con la lista de nuevos textos añadidos al Índice de Libros Prohibidos. Aquella lista solía ir precedida de un texto conteniendo severas admoniciones contra la “malicia de los herejes”, la “ponzoña de los cientistas enemigos de la fe”, o las “falacias de los autores sectarios”, que el severino enviado invariablemente nos leía en voz alta en presencia del propio Padre Crisógono. Nosotros debíamos apresurarnos entonces a localizar todos los ejemplares conocidos de cada uno de los títulos y a trasladarlos en su presencia hasta su nueva ubicación, después de haber pegado una llamativa etiqueta de color rojo sobre su lomo. Ciertamente, durante todo el tiempo que serví de asistente al Hermano Aurelio vi crecer de forma regular el contenido de aquellas estanterías, en ocasiones incluso a un ritmo vertiginoso. Más de una vez, rebasada la capacidad del mobiliario disponible, hubo que trasladar libros de sitio y adosar puertas acristaladas y con cerrojo a las estanterías contiguas para aumentar la capacidad de la Sección Prohibida. Aún recuerdo una súbita visión que me sobresaltó enormemente, en la que aquella sección se iba

extendiendo poco a poco como un cáncer de cristal y acababa por consumir a la Biblioteca entera.

Aunque no me estaba permitido abrir las puertas de aquellas vitrinas era inevitable que, cuando me encontraba solo, me sintiera tentado de echar un vistazo a los rótulos que mostraban los libros en el lomo. Se trataba de una travesura infantil que disfrutaba intensamente incluso a pesar de que un escalofrío de culpa, que intentaba mitigar repitiéndome que no quebrantaba en realidad norma alguna de ese modo, me recorría invariablemente la espina dorsal. Me gustaba fantasear sobre el contenido de aquellos misteriosos volúmenes a partir de sus casi siempre pomposos títulos, a veces tan penosamente entrevistados a través de los bastos cristales que ellos mismos constituían un verdadero reto para mi imaginación. Había allí libros que versaban sobre temas que se me antojaban de lo más peregrino, algunos con títulos tan explícitos y contundentes como *“Tratado definitivo e irrefutable sobre las verdades y falsedades contenidas en la interpretación dual del principio divino”*, del que nunca me atreví a dudar que fuera ni definitivo ni irrefutable, mientras que otros más escuetos, como *“Historia del Mal”*, me sugerían un contenido mucho más inquietante. La mayoría empleaban palabras que me resultaban familiares de las clases de Doctrina del Padre Crisógono, tratados que de ser tan eruditos como voluminosos debían encerrar un inmenso cúmulo de sabiduría, y que estaban allí porque probablemente divergían de la ortodoxia rigurosa que nos enseñaba el Superior. Algunos otros, sin embargo, parecían tratar de temas de carácter más estrictamente científico, como *“Historia de la Ciencia”*, *“El Origen de las Especies”* o *“Historia del Tiempo”*. En cualquier caso, los frecuentes sobresaltos que me producían las apariciones repentinas de figuras encapuchadas, casi siempre muertos que doblaban de improviso las esquinas de los pasillos, hicieron que renunciase muy pronto a aquellas inocentes travesuras. Sólo mucho tiempo después, cuando me vi enfrentado por fin a mi decisión más importante, me atreví a ir más allá y a intentar rescatar en secreto algunas de las obras que la intransigencia de los Severinos había condenado a la Sección Prohibida, y que sin duda merecían otra suerte más benévola y de mayor justicia para con los grandes hombres que las dieron a la luz.

10. Penélope

Y llegando a este punto me resulta sorprendente constatar, al revisar en una tediosa y, a mis años, extenuante relectura, el ya voluminoso fajo de pliegos cubiertos de trazos esbeltos y firmes, tan parecidos a mi propia escritura de juventud... me resulta sorprendente comprobar, repito, que, aparte de una referencia tan vaga que casi la hace incomprensible, apenas he dicho nada hasta ahora de Penélope. Sólo puedo explicarme este desliz como una vieja reminiscencia del hábito que desarrollé de ocultar sistemáticamente nuestra relación y hasta su misma existencia ante el resto del mundo, incluidos los que fueron siempre mis mejores amigos, durante tantos años. De modo que debo poner remedio a este lamentable lapso remontándome hacia atrás en el tiempo. Porque si mi primer recuerdo en el Santuario se refiere al saltamontes sobre el suelo enlosado del patio, el primero que puedo calificar de realmente agradable me remite sin duda a Penélope.

Nos conocimos una tarde todavía apacible de mediados de otoño. Llevaba yo sólo unos meses en el Santuario, y el Padre Ovidio era aún el eje absoluto en torno al que giraba mi mundo, el puño que nos mantenía atenazados y que hacía que transcurrieran los días de los oblatos en medio de una angustiada opresión. Era la necesidad imperiosa de escapar a esa sensación opresiva la que me empujaba a menudo a refugiarme en lo que consideraba ya como mi escondite particular, los Jardines del Santuario. Se trataba, como ya he mencionado, de un lugar de gran belleza, un exuberante laberinto vegetal sumido en el abandono, repleto de decenas de misteriosos y solitarios recovecos, fuera del alcance e incluso de la propia imaginación de los oblatos. Un universo de espeso arbolado y tupidas malezas que, a los primeros indicios de una primavera de ordinario tardía, se cuajaban de flores de todos los colores y formas imaginables. Una densa fronda surcada por una red serpenteante de estrechos senderos solados con irregulares losas

grisáceas, a las que el poderoso empuje de las gruesas raíces había desplazado de su ubicación primitiva e incluso a veces llegado a fracturar. Los senderos, que iban atravesando la espesa red de setos y matorrales por medio de túneles angostos, a veces casi infranqueables, enlazaban entre sí un gran número de diminutas plazuelas: rincones repletos de misterio y de encanto, frecuentemente decorados con estatuas, bancos de piedra, fuentes y estanques de loza multicolor que parecían brotar de la misma gruesa amalgama de hojas descompuestas que los alfombraba.

A menudo cierro los ojos y regreso mentalmente a uno de estos lugares, que se convirtió muy pronto en mi refugio preferido en los momentos más difíciles. La imagen intacta de este plácido rincón aún actúa dentro de mí como solía hacerlo entonces: como un bálsamo reparador que alivia mis tensiones y sosiega mi espíritu. A la sombra de cuatro inmensos castaños de indias, el agua de un surtidor caía en una hermosa parábola hasta un pilón de piedra de forma hexagonal situado a ras del suelo. Por su interior, un grupo de carpas rojas y plateadas jugaba a sortear el laberinto de nenúfares y de juncos que compartía con ellas el pequeño estanque. Con frecuencia acudía en aquellos primeros meses a contemplar a las carpas durante largo rato, en las horas de descanso en las que los otros oblatos jugaban y corrían atropellados por los patios interiores. Sentía una viva empatía por aquellas criaturas de hermosos colores, confinadas en su mínimo universo acuático del mismo modo en que yo me sentía atrapado en el mundo cerrado y asfixiante que era el Santuario del Padre Ovidio.

Aunque la mayoría de las carpas se limitaba a explorar los contados recovecos de su hábitat con una parsimonia que se me antojaba deliberada, había una en concreto, pequeña pero de un vívido y llamativo color naranja, que parecía exasperarse al constatar repetidamente las limitaciones de su diminuto hogar, lo reducido de sus horizontes. El día en que conocí a Penélope me distraía contemplando al bello animal en su habitual trasiego. Se agitaba con desesperación de un extremo al otro de la pila, chocando a menudo con sus compañeras en su ir y venir vertiginoso.

—¡Pobre pez! ¡No puede aguantarlo ya más! —exclamó alguien a mis espaldas. Me volví sobresaltado y vi con enorme sorpresa, casi encima de mí, a una muchacha morena vestida con ropas viejas, medio andrajosas. Tenía el largo cabello rizado revuelto y unos ojos grandes y oscuros que no me miraban a mí sino que seguían, sin perder detalle, las locas evoluciones de la carpa anaranjada—. No está hecho para vivir aquí adentro, en esta mierda de

charca...

No dije nada, paralizado como estaba por el estupor. Y no sólo porque la chica hubiera aparecido junto a mí por arte de magia, sin que yo hubiese escuchado el menor ruido, ni tampoco porque fuese la primera persona que encontraba en mi deambular de meses por los solitarios Jardines. Mi mayor sorpresa se debía a que ella era la primera mujer que yo veía en el Santuario en todo el tiempo que llevaba allí. Efectivamente, todos los miembros de la Comunidad, tanto niños como adultos, éramos varones. La muchacha, sin embargo, parecía sentirse por completo en su casa.

—¡Espérate un momento! Vamos a hacer una cosa... —dijo posando por vez primera y durante apenas un instante sus profundos ojos oscuros en mí, y desapareció a la carrera por uno de los senderos.

Empezaba a creer que la chica había sido un producto de mi imaginación cuando al poco reapareció entre la espesura, con un tarro de cristal de forma redondeada entre las manos.

—Lo tenía por ahí escondido para meter bichos, pero nos va a venir muy bien para esto... —e introdujo la vasija en el agua con la boca hacia un lado—. Ahora empújala hacia adentro.

—¿Qué... qué quieres hacer? —balbuceé.

—Ya lo verás. ¡Venga, échala hacia acá! —exclamó en un tono que no admitía réplica.

Desde el otro lado del pequeño estanque comencé a agitar las manos dentro del agua, intentando ahuyentar a la carpa hacia la trampa que sostenía la niña. No tuve que insistir mucho. Como impelida por una curiosidad irreprimible, deseosa de explorar la novedad que había surgido en aquel mundo que conocía de memoria, el pez se precipitó al interior de la vasija casi de inmediato. La muchacha alzó entonces los brazos y con un gesto de triunfo exhibió su captura, que se agitaba en un centelleo de rojo y plata entre sus dos manos.

—¿Qué harás ahora? —me atreví a preguntar de nuevo.

—Te he dicho que ya lo verás. ¡Sígueme!

Eché a correr nuevamente, tan aprisa a pesar de sus pies descalzos que apenas podía seguirla, y pensé una y otra vez que era inevitable que tropezase y que el pez acabaría muriendo por su culpa. Casi imaginé los estertores del animal sobre el suelo mientras se arrepentía, inútilmente ya, de su absurdo sueño de escapar de su refugio, tan seguro en su pequeñez.

Cuando alcancé a la niña ella se había detenido ya junto a la acequia,

precisamente en el lugar en el que ésta alcanzaba el muro exterior del recinto y precipitaba su contenido hacia el exterior con un refrescante murmullo, a través de una pequeña abertura redonda. La muchacha, sin esperar a que yo recuperase el aliento, alzó la esfera de cristal a los cielos como en una ofrenda. Fue entonces cuando me di cuenta de que era mucho más alta que yo, más que Eutimio incluso. El pez se mantenía inmóvil en el preciso centro de la vasija, anticipando la gravedad del instante. Luego ella volcó el tarro en el caudal a sus pies. La carpa cayó en un destello, una lengua de fuego que se perdió rápidamente por el desagüe arrastrada por la corriente.

—¿Sabes qué va a encontrar ahí fuera? —pregunté después de unos instantes en los que ambos mantuvimos un solemne silencio.

—No, no tengo ni idea. Todavía no he conseguido ver lo que hay detrás del muro... —me miró intensamente con sus ojos oscuros y comprendí la importancia que para ella tenía la palabra “todavía” en aquella frase—. Pero eso da igual... Seguro que el pobre pez se siente ahora mismo mucho más feliz de lo que ha estado nunca antes en toda su vida, nadando ahí siempre como un loco, entre esas cuatro piedras.

Suspiró y miró nuevamente al orificio en el muro con lo que me pareció un gesto de envidia. Luego se dio la vuelta sin decir nada y rompió a correr una vez más.

—¡Eh! ¿Cómo te llamas? —alcancé a preguntarle antes de perderla de vista entre los altos setos.

Pero ella no se detuvo y desapareció en cuestión de segundos, como los tragos o las anjanas de las historias que cuentan a los niños en estas tierras del Norte. Aunque sólo me dijo su nombre mucho más tarde, aquel día Penélope se convirtió en mi heroína, y su imagen alzando la esfera de cristal en un instante de euforia en el símbolo de mis sueños y de mis esperanzas.

A pesar de que al día siguiente volví al rincón de nuestro primer encuentro con la esperanza de hallarla allí, tuvo que pasar más de una semana antes de que volviera a ver a Penélope. A veces llegaba a pensar que se había tratado de una aparición, o que sencillamente la había imaginado (aunque entonces todavía no era del todo consciente de hasta qué punto era plausible aquella posibilidad). Sin embargo, la ausencia del pez anaranjado me demostraba a diario que no era así.

Por fin, un día la hallé esperando en el mismo lugar en donde la había

conocido, junto a la fuente. Apenas nos vimos, y sin necesidad de ninguna introducción previa, como si nos hubiésemos tratado desde siempre y aquello fuese habitual para nosotros, nos pusimos a jugar juntos. Nos enseñamos el uno al otro nuestros escondrijos favoritos entre los setos y matorrales, arrancamos algunas flores tardías de aspecto exótico y colores sorprendentes, recorrimos el curso completo de la acequia, desde el túnel hasta el desagüe pasando bajo varios puentes de piedra cubiertos casi por completo por la hiedra y el musgo, nos preguntamos por el destino de nuestro pez y fantaseamos sobre sus aventuras en el exterior. Llegamos incluso a asomarnos al paseo principal aunque yo, pese a la insistencia de Penélope en que nos adentrásemos en la espesura del otro lado, de donde me dijo que procedía, no me atreví a atravesarlo ni siquiera de su mano.

Cuando por fin, aun sin saber con certeza la hora, fui consciente de que hacía ya rato que debía haberme marchado, una punzada me atravesó el pecho.

—¿Quieres que seamos amigos para siempre? —me preguntó Penélope a modo de respuesta cuando se lo dije. Cuando entendí lo que pretendía asentí enérgicamente. Nada me parecía más deseable en ese momento que convertirme en amigo de aquella extraordinaria niña, ni tan siquiera la posible amistad de Galerio, que aún anhelaba, o la de cualquiera de mis otros compañeros oblatos.

—Pues para que seamos amigos para siempre, tenemos que hacer un juramento —continuó la muchacha.

Aquello no me gustó demasiado, porque el Padre Ovidio nos advertía con frecuencia del terrible castigo que podría acarrear nos tomar en vano el nombre del Padre. Sin embargo, no quería poner en riesgo la oferta de amistad eterna de Penélope, de modo que acepté sin discutir y sin ser consciente de hasta qué punto, con el tiempo, iba a traicionar aquel pacto.

—¡Qué bien! —exclamó la niña dando un brinco —¡Tengo un amigo cura! ¡Lástima que no pueda contárselo a nadie!

—¿Qué es un amigo cura? —pregunté con la boca abierta, pues era la primera vez que oía aquella palabra con la que parecía haberse referido a mí.

—¡Pues tú eres un cura, tonto! Los que os vestís así de negro sois todos curas, ¿no? —espetó por toda respuesta, y señaló mi hábito con un gesto que mostraba a las claras lo absurdo de mi pregunta.

En los meses que siguieron Penélope y yo nos encontramos muchas otras veces, y acabamos convirtiéndonos en fieles compañeros de juegos. Nos esperábamos junto a la fuente de las carpas y desde allí explorábamos cada rincón de los Jardines. Nuestro encuentro casi diario adoptó el carácter de un sólido compromiso, que sólo llegamos a quebrantar en los días más duros del invierno, cuando las fuertes nevadas obstruían los accesos al túnel, o cuando las intensas lluvias anegaban la acequia hasta el punto de hacerla impracticable. Pero incluso en época de heladas mi compromiso era tan fuerte que me impulsaba a atravesar el túnel tiritando, arrastrándome a gatas sobre el hielo y la nieve para pasar un rato junto a mi amiga, un breve paréntesis en mi vida cotidiana durante el cual las maquinaciones del Padre Ovidio o las desventuras de Galerio me parecían increíblemente lejanos. Aunque eso no impedía que a mi regreso los inevitables moratones y magulladuras me valiesen más de una reprimenda por mi torpeza, e incluso algún que otro tirón de orejas como en mis primeros días en el Santuario.

Durante todo aquel tiempo, Penélope ejerció siempre un decidido liderazgo que yo rara vez le discutía: era ella quien decidía a qué árboles subíamos, dónde construíamos los refugios y qué pociones secretas fabricábamos. Aunque yo no era entonces consciente de ello, mi amiga abusaba en ocasiones de esa autoridad, que empleaba para darme órdenes indiscriminadas y exigir la satisfacción de sus súbitos caprichos. Yo la obedecía sin rechistar, feliz de poder dar gusto, aún en sus deseos más nimios, a aquella criatura extraordinaria que a veces me parecía surgida del propio espíritu de los Jardines con el único propósito de hacerme compañía.

Puede servir como ejemplo de hasta dónde llegaba mi sumisión a los caprichos de mi amiga la ocasión en que me pidió que probase una pócima a base de ortigas y agua que había preparado en secreto. Lo hice sin vacilar, y como resultado tuve la boca inflamada y llena de llagas durante varios días. Tuve que decirle al Padre Ovidio que había masticado unas ortigas creyendo que eran hierbabuena y durante un buen rato no paró de repetirme lo estúpido que era. Penélope se mostró genuinamente arrepentida de aquella cruel broma y prometió no volver a hacer nada parecido, y en cierto modo no lo lamenté, ya que aquel episodio me valió, a modo de consolación, el primer beso por su parte. Sin embargo, también me ayudó a aprender algo nuevo sobre mí mismo y nunca más volví a aceptar tan a ciegas lo que mi amiga me proponía.

En los días más fríos solíamos refugiarnos al abrigo de los espesísimos

setos, en una oquedad entre las raíces y el tupido ramaje, tan protegida como una cueva y a la que no llegaban ni la lluvia ni la nieve, que decoramos con algunas piedras y ramas y en la que guardábamos nuestros más preciados tesoros. Allí, abrazados el uno contra el otro para darnos algo de calor, permanecíamos hasta que yo juzgaba que era el momento de marcharme ya que mi amiga nunca parecía dispuesta a mostrar el menor interés por despedirse. La mayor parte del tiempo nos manteníamos en silencio y, cuando hablábamos, lo hacíamos casi siempre de nuestros escondites, de nuestros planes y de nuestras propias aventuras de días o semanas atrás. En realidad, pese a la intimidad que nos unía ya entonces era mucho lo que desconocíamos el uno del otro, ya que, pienso que deliberadamente por parte de ambos, rara vez hablábamos de las actividades cotidianas que hacíamos por separado: los Jardines se habían convertido en un mundo en sí mismo, con sus propios ritmos, sus temas y sus prioridades.

Al comienzo de nuestra extraña relación con frecuencia pensaba en Penélope como en alguien casi mágico, alguien que no existía más allá de los Jardines y que incluso allí tenía como única misión acompañarme en mis juegos. Sin embargo, con el tiempo, a partir de comentarios aislados en medio de las travesuras y las risas y, sobre todo, durante los ratos de intimidad en esas tardes efímeras de invierno, llegué a hacerme una idea aproximada del verdadero papel de Penélope en el Santuario. Aunque al principio me resultó casi imposible de creer, lo cierto es que mi nueva amiga era una propiedad de la Orden, como yo mismo. Pero así como el objetivo de los Agustinos al adquirirme a mí y a mis compañeros oblatos había sido el de reforzar sus diezmadas filas, la muchacha era tan sólo una esclava más, comprada para trabajar de por vida como parte de la servidumbre del Santuario.

Esta servidumbre, que hasta entonces había pasado completamente desapercibida ante mis ojos, estaba formada según Penélope por unas quince o veinte mujeres de edades muy diversas que no residían en el propio Santuario sino en un grupo de destartalados barracones en el límite del recinto, separados del resto de edificios por una elevada valla de madera que no tenían permitido atravesar. Más tarde averigüé que para realizar las tareas que tenían encomendadas en el Santuario, principalmente en las cocinas y la lavandería, las mujeres podían acceder directamente al edificio principal a través de un conjunto de angostos pasadizos subterráneos. Sin embargo, tenían rigurosamente prohibido el acceso a ninguna otra parte del edificio o

mantener contacto alguno con los monjes, más allá del estrictamente necesario. Y aunque Penélope era muy consciente de esta prohibición, su carácter rebelde la había empujado a quebrantar reiteradamente las estrictas normas y escapar con frecuencia de los barracones del servicio para explorar el resto del recinto, aun a pesar de las amenazas y de los golpes que sabía la esperaban a su regreso.

De todos modos, el conocer la razón de la presencia de mi amiga en el Santuario no cambió nada entre nosotros. Seguimos viéndonos a pesar de que ahora yo sabía que se trataba de algo vedado, y el ámbito de nuestros encuentros siguió limitado, como siempre, a los solitarios Jardines. Ningún otro lugar quedaba tan accesible a Penélope desde los barracones ni podía proporcionar un refugio tan seguro a nuestra amistad. Por otra parte, en los Jardines encontrábamos todo lo que necesitábamos para pasar nuestros momentos felices. Eso sí, en las raras ocasiones en que escuchábamos voces ambos corríamos a escondernos, conscientes del peligro que corría nuestra relación, y quizás nuestra propia estancia en el Santuario, en caso de ser descubiertos. Pero nunca se nos ocurrió cuestionarnos nuestra amistad, aunque uno de los precios que tuve que pagar fue el de mantener en un continuo engaño sobre el motivo de mis ausencias al resto de oblatos y más tarde incluso a mis propios compañeros de celda, Tiberio y Beldo, que, al menos por lo que a mí respecta, jamás supieron siquiera de la existencia de Penélope.

Fue sin duda el continuado calor que me brindó esta peculiar relación, a pesar incluso de percances tan poco agradables como el de las ortigas, lo que sostuvo mi ánimo durante los largos meses del que fue mi primer año en el Santuario. Y no fueron meses fáciles, en medio de la opresiva dictadura del Padre Ovidio, del permanente acoso de sus ayudantes y del a mis ojos incomprensible aislamiento de Galerio.

Sin embargo, con el paso de oblato a novicio esta rutina se vio alterada sustancialmente. El largo recreo que me había permitido ver a mi amiga con tanta frecuencia dejó de formar parte de mi horario, mucho más exigente y apretado a partir de entonces. Y me llevó casi dos semanas encontrar un momento propicio para escapar de nuevo a los Jardines, entre el cúmulo de acontecimientos y de cambios que tuvieron lugar en aquellos días revueltos.

El día en que lo conseguí, fuera de la hora habitual y con un escaso

margen de tiempo, acudí con el corazón encogido, sin verdaderas esperanzas de encontrar a Penélope en nuestro refugio, temeroso de que se hubiera hartado de esperarme e incluso de que la hubiera perdido para siempre. Ni siquiera la posibilidad de volver a tropezarme con el misterioso extraño, a quien empezaba ya entonces a tomar por una aparición milagrosa, me aterraba tanto como lo hacía aquella terrible sospecha. Mientras atravesaba el túnel me preguntaba cómo podría dejarle algún tipo de mensaje explicándoselo todo, habida cuenta de que mi amiga no sabía leer. Pero, para mi sorpresa, cuando llegué a nuestro rincón Penélope estaba arrodillada junto al borde del estanque.

Tuve que llamarla por su nombre para que se volviera, absorta como estaba en la contemplación de las evoluciones de las carpas. Sólo al verme pareció reaccionar y se lanzó sobre mí envolviéndome en un abrazo tan apretado que me hizo perder el aliento. Casi de inmediato un borbotón de lágrimas, las primeras que veía derramar a aquella indómita muchacha, se fundió con las que empezaban a caer de mis propios ojos y supe entonces con certeza que había permanecido allí durante horas esperándome, y probablemente no sólo aquel día sino también todos los anteriores. Aquel instante de encuentro y de caricias, tan inocentes como reiteradas (tan pronto me cogía Penélope de las muñecas como pasaba yo mi mano por su melena rizada, o retiraba ella una lágrima de mi mejilla), fue sin duda alguna uno de los más felices momentos de toda mi vida.

La angustia de Penélope tenía un motivo más serio que la simple añoranza de un amigo. A pesar de la precaución con que trataba de evitarse cualquier filtración a la servidumbre de lo que acaecía en el interior de la Comunidad, Penélope había oído hablar a las cocineras sobre los cambios que habían tenido lugar entre los oblatos, e incluso sobre la muerte de uno de ellos. Lamenté amargamente no haberme acordado de ella, no haber dejado algún tipo de señal para que supiera que me encontraba bien, cuando había huido a los Jardines con el libro de Galerio bajo el brazo. No pensé, allí junto a mi amiga, en que no había estado en mi mano hacerlo en el estado en que me encontraba en aquel momento, ni en que hubiese sido imposible para mí prever los cambios que siguieron después. El sentimiento que se mezcló enseguida con el alivio y la alegría iniciales fue el de una inmensa culpa, y a la vez que me fundía con Penélope en el más largo abrazo con que nadie me había obsequiado nunca decidí no mencionarle siquiera el misterioso encuentro con el extraño de los Jardines de unas semanas atrás. Mientras

enjugaba mis propias lágrimas en sus rizos morenos resolví que no le hablaría tampoco de la insólita aparición de Galerio, que aún yo mismo no terminaba de admitir. También decidí por último que jamás le contaría nada sobre la visita a la celda del Padre Ovidio, ni de la horrenda visión de su mano sobre mi pierna. Lo hice mientras mi amiga jugueteaba aquella mañana con mis dedos al tiempo que me sujetaba firmemente del brazo, como si temiera perderme. Fue sin duda el tacto de aquella mano próxima, morena y fresca el que borró, no de mi mente pero sí de cada uno de los nervios de mi piel, el recuerdo de la velluda y pegajosa garra del Padre Ovidio, que aún me impedía conciliar el sueño por las noches.

—¿Qué voy a hacer hasta que podamos vernos otra vez, Polibio? ¡Yo no quiero dejar de verte a diario! —se lamentó ella con amargura cuando le expliqué las dificultades que íbamos a tener para encontrarnos en adelante. Y aunque yo me sentía igual de frustrado, he de reconocer que la constatación de que mi amiga me había echado tanto de menos como yo a ella me proporcionó una pobre pero incuestionable sensación de complacencia.

Afortunadamente, después de varias semanas de reiterados desencuentros y de unas pocas citas fugaces, logré hallar por fin un modo de continuar viéndonos con regularidad. La única opción posible consistió en aprovechar la reunión de la Comunidad que tenía lugar cada mañana de domingo, en la que se celebraba el denominado Sacrificio. Aunque como oblato jamás había tenido noticia anteriormente de este evento, pronto pude enterarme de que todos los novicios Iniciados, es decir, los que habían pasado ya por la solemne ceremonia de Iniciación, debían asistir junto a la totalidad de Hermanos y Padres a esta celebración dominical. Se trataba, en realidad, de la más importante de las que tenían lugar a lo largo de la semana en el Santuario y, como supe después, en todos y cada uno de los templos del Reino. Afortunadamente para Penélope y para mí, también era la más larga, pues solía durar casi toda la mañana. El resto de novicios teníamos libertad para disponer de este rato a nuestro antojo y ni Tiberio ni Beldo, que por entonces tampoco habían celebrado aún su Iniciación, parecieron extrañarse demasiado cuando comencé a perderme de vista justo a la hora en que se iniciaban las celebraciones, ni me interrogaron nunca sobre la forma en que empleaba mi tiempo.

De este modo, aunque de manera más espaciada que antes, Penélope y yo pudimos seguir disponiendo cada semana de varias horas de juego en común, aunque debo precisar que a partir de aquel día, quizás más conscientes ambos

del valor de nuestra relación, algo cambió en la forma en que aprovechábamos aquel tiempo. Empezamos a dedicar una parte importante del mismo a hablar de nuestras cosas, de los detalles de todo lo que nos había ocurrido durante la semana. Comenzamos a contarnos las pequeñas penas y alegrías de lo cotidiano, a confiarnos mutuamente nuestras inquietudes y nuestros anhelos, a conocer quienes éramos de verdad, en definitiva.

11. El huerto del Hermano Ulpiano

Tal como ya he contado, las lecciones de Botánica corrían a cargo del Hermano Ulpiano, responsable de la Botica y tutor de mi compañero Beldo. Era un monje alto y flaco, de edad indefinida. Lucía una calva puntiaguda y reluciente que venía a coronar un rostro alargado y con un permanente rictus de amargura, compañero inseparable de un genio desabrido que en el Santuario era casi proverbial.

Sus clases solían ser interminables descripciones de las características de las plantas más variopintas, realizadas con gestos bruscos y voz invariablemente enojada frente a grandes láminas desplegables sobre las que señalaba los detalles a los que iba haciendo referencia con un largo puntero. Muchas de aquellas plantas las cultivaba el Hermano Ulpiano en su propio huerto, uno de los lugares del Santuario al que nos aproximábamos con mayor reticencia, ya que sólo se nos permitía adentrarnos en él para llevar a cabo las tareas de mantenimiento más imprescindibles, y siempre bajo su estricta y furibunda supervisión.

En el extenso huerto crecían verduras, legumbres y hortalizas de todo tipo: tomates de varias especies, zanahorias, pimientos, cebollas, vainas, guisantes, lechugas, coles y puerros. Pero la parte más extensa del huerto era la ocupada por las patatas. De este tubérculo dependía en buena medida la dieta de la Comunidad y la lucha contra el escarabajo era por tanto una de las principales batallas que libraba el Hermano cada año. Mantenía para este fin un permanente arsenal de los productos más aptos para combatir a su rayado enemigo, como el pelitre machacado o incluso el valioso polvo de hojas de tabaco, que sólo utilizaba en los casos más extremos.

Todas las diferentes secciones del huerto eran convenientemente regadas mediante un complejo sistema de canalillos y compuertas que distribuía con precisión el agua desde la acequia principal. Gracias a este ingenioso diseño y

a los desvelos del Hermano (y, habría que añadirlo, al reducido número de sus habitantes que necesitaban de sustento material), el Santuario era por completo autónomo, al menos en lo que se refería a lo más básico de la dieta diaria.

Por último, el huerto albergaba en su zona más apartada una surtida plantación de frutales: numerosos manzanos acompañados de ciruelos, perales, membrillos y madroños, a los que sucedía un bosquecillo de nogales, castaños y avellanos, ya en las lindes de los escarpados robledales. Todos estos árboles hacían también su aporte a nuestra dieta cotidiana.

El Hermano Ulpiano cultivaba asimismo gran número de plantas de carácter medicinal, como la achicoria, el árnica, la menta, la artemisa, la salvia, el digital, la valeriana, la pulmonaria o el toronjil, y muchas otras que proporcionaban un amplio suministro a la Botica de la que era responsable. Era con estas plantas, junto con algunas más exóticas que el Hermano se hacía traer de tierras remotas, con las que mi amigo Beldo preparaba bajo la supervisión de su tutor los ungüentos y remedios con que el Boticario solía tratar nuestros males. Y aunque el grado de éxito de sus tratamientos era desigual y a menudo impredecible, eran nuestra única opción en caso de enfermedad ya que la escasez de recursos de la Orden sólo permitía acudir a un médico del exterior en circunstancias de gravedad extrema.

Sin embargo, las predilectas del Hermano Ulpiano eran, sin lugar a dudas, las plantas venenosas, a las que dedicaba, con una afición rayana en el apasionamiento, sus máximos cuidados y atenciones. Tan sólo mientras enumeraba las téticas propiedades de alguna de sus plantas favoritas, como el acónito o la cicuta, parecía abstraerse de las causas de su permanente enojo. Los ojos le refulgían y su voz se tornaba más suave y trémula, casi podría decirse que hasta dulce.

—¡Veamos, Polibio!- exclamó en una ocasión, girándose repentinamente hacia mí cuando tan sólo un instante antes parecía que iba a embarcarse en una nueva perorata —¿Cuál es la baya más mortífera que se conoce?

—¿La belladona? —reaccioné con rapidez aunque estaba medio adormilado.

—¡Ahh! ¡No es mala candidata! ¡*Atropa belladonna*, la hermosa dama de los bosques! ¿Y me puedes decir qué aspecto tiene el fruto de esta extraordinaria planta? —insistió.

—Pues... negro y redondo, Hermano... —por fortuna, aún recordaba la repulsa que me habían producido aquella especie de negras cerezas que el

propio Hermano Ulpiano me había enviado a recolectar el pasado otoño junto a Beldo en una de las zonas más reservadas del huerto, una mañana en que me encontró de charla con mi amigo en la Botica.

—¡Veo que todavía te funciona bien al menos una parte de esa mollera tan dura que tienes! —exclamó con satisfacción. Respiré aliviado, porque la referencia a la dureza de mi cráneo era una aseveración de carácter plenamente científico, demostrada tras una amplia sucesión de experimentos por su parte. El Hermano Ulpiano solía propinar sonoros capones a todo el que a su juicio no prestaba suficiente atención a sus explicaciones y con frecuencia encontraba culpables sobre los que ejercer este castigo. En ocasiones, incluso, cuando juzgaba que toda la clase se había hecho acreedora de tal merecimiento, nos colocaba en fila e iba pasando de cabeza en cabeza mientras descargaba los nudillos sin perder un ápice de potencia, puedo asegurarlo, desde la primera hasta la última testa de la hilera.

—Sin embargo —continuó -, he de deciros que mi favorita no es la hermosa dama negra sino más bien esta otra, de la que aún no os he hablado... —y extrajo de su sayal un puñado de bolitas de un rojo brillante, cada una del tamaño de un guisante. La satisfacción con que las mostraba sugería que se trataba de un trofeo recién conseguido—. ¿Las veis bien? ¿Verdad que son hermosas? ¿Dónde podéis hallar un escarlata así de puro e intenso? Pero no os fiéis, pequeños: la más sutil belleza puede esconder la mayor de las malignidades. ¡Aquí donde las veis, estas pocas y diminutas drupas de *daphne mezereum* podrían acabar con todos y cada uno de vosotros! ¡Ah! ¡Hasta el nombre es hermoso!

La beatífica sonrisa que le iluminó el rostro tardó aún unos minutos en disipársele, incluso a pesar de que la lección continuó por otros derroteros de cariz menos fúnebre.

El Huerto del Hermano Ulpiano acogía también, justamente en su centro, la peculiar edificación conocida como el Invernadero. Si el acceso sin permiso al huerto podía ser fuente de graves problemas, aproximarse siquiera al Invernadero era garantía absoluta del más severo de los escarmientos. Se trataba de una construcción relativamente reciente, al menos en comparación con el resto de edificios del Santuario, cuya antigüedad rayaba en lo venerable. Pero sin duda tenía un atractivo y una belleza propios, a los que no era ajeno el misterio que lo envolvía. Desde el exterior podía verse como una

extraña construcción achaparrada, una mezcla de arcadas ojivales de piedra por un lado, y de vidrios translúcidos que taponaban todos los vanos, permitiendo el acceso de la luz al interior pero ocultando éste de la vista por completo, por el otro. Todo ello parcialmente cubierto por entramados de hiedras y enredaderas, que en ocasiones parecían no ya trepar por las paredes y las columnas, sino brotar del propio interior del recinto, de las grietas en las juntas entre el granito y el vidrio coloreado. Por encima del achatado conjunto, de unos pocos metros de altura, sólo sobresalía un pequeño anexo en el extremo norte, el más alejado de la entrada. Este añadido tenía el aspecto de una minúscula capilla, con un tejado de pizarra a dos aguas y una pomposa espadaña coronada por una cruz de hierro de dimensiones desproporcionadas y cubierta de óxido.

Aunque en la única ocasión en que pude visitar el interior del Invernadero no me hallaba precisamente en condiciones de apreciar su innegable belleza, sí recuerdo que me sorprendió la repentina sensación de hallarme en el corazón de un insólito bosque. Las columnas interiores se extendían en todas direcciones como esbeltos árboles de piedra, unidas unas a otras por arcadas labradas en formas irregulares que se entrecruzaban unas con otras formando extrañas y desconcertantes geometrías y entre las cuales los fragmentos de vidrio que cubrían el techo dejaban pasar la luz necesaria para la variada flora que crecía en este vergel artificial. En cierto modo me recordó a los rincones más sombríos de los Jardines que compartía con Penélope, aunque la atmósfera era mucho más húmeda y opresiva y, si me hubiera fijado bien, la mayoría de especies de plantas y flores que hubiera podido admirar en aquella fugaz visita me habrían resultado, probablemente, por completo desconocidas. De todos estos detalles, sin embargo, no fui plenamente consciente sino hasta mucho tiempo después de mi visita, cuando pude reordenar mis recuerdos y para entonces, además, era ya demasiado tarde. Porque en aquel momento, por más que ahora lo lamente, sólo había en mi cabeza lugar para el odio y la ira más intensos, y fue precisamente el Invernadero, con todo su contenido, el lugar sobre el que descargué esos oscuros sentimientos.

Ya he mencionado antes que el Invernadero era uno de los lugares más misteriosos de todo el Santuario. Sólo el Hermano Ulpiano, por delegación del Padre Crisógono, guardaba la llave que daba acceso a su interior y nadie, ni siquiera su asistente, mi compañero Beldo, le acompañaba jamás cuando se adentraba en él.

Este empeño en proteger el misterio del Invernadero no se debía al hecho de que el Hermano Ulpiano cultivase allí las plantas curativas más delicadas o valiosas, las que no podían soportar los habituales rigores del clima del exterior. La razón de aquel celo, en realidad un secreto a voces entre los novicios, era que en el Invernadero cobijaba el Hermano la mismísima Cruciflor, la misteriosa planta alrededor de la cual ya sabíamos que giraba la celebración del Sacrificio, la más importante de toda la liturgia de la Iglesia y pieza clave de la Nueva Doctrina. La Sagrada Planta cuyo fruto, tal como se limitaba a explicar ortodoxa y escuetamente el Padre Crisógono en sus clases, constituía el verdadero Cuerpo del Cristo, la materialización de su entrega a los Hombres, su Regalo. Por tanto, podría decirse que el Invernadero era también el lugar más sagrado del Santuario, aún más sacrosanto que la propia y casi milenaria Capilla.

Se rumoreaba entre los novicios que sólo unos pocos miembros de la Iglesia, especialmente seleccionados por los Severinos después de un exhaustivo examen, llegaban a convertirse en depositarios de los secretos del sagrado cultivo. Esos secretos habían sido revelados por Dios al propio San Severino casi un siglo antes y eran conservados por su orden bajo la más rigurosa de las reservas, a decir de las murmuraciones, incluso con un celo excesivo. Un implacable control que era lo que le había permitido a una congregación tan joven, al menos si la comparábamos, por ejemplo, con nosotros los Agustinos, alcanzar la preponderancia absoluta que ostentaba dentro de la Iglesia, desde la proclamación de la Nueva Doctrina por el histórico Concilio de Toledo.

El Hermano Ulpiano, al contrario de lo que sucedía con su otra pasión, no hablaba jamás de nada relacionado con el Invernadero ni con la Cruciflor en sus clases, a pesar de que todos los novicios jóvenes hubiéramos deseado saber más detalles sobre los misterios relacionados con la Sagrada Planta mucho antes de que llegase el momento de nuestra Iniciación. Beldo se lamentaba de que ni siquiera él, a pesar de su especial interés por este asunto y de su privilegiada posición como asistente del propio Hermano, había conseguido obtener ninguna información suya al respecto, aunque yo no estaba seguro de si eso no se debía, en el fondo, a que nunca se había atrevido a preguntarle sobre el tema. Y tampoco los novicios mayores nos servían a los demás de mucha ayuda, ya que el secreto absoluto sobre lo sucedido durante el Sacrificio era uno de los preceptos básicos a los que el Iniciado se comprometía a someterse. Puede parecer sorprendente pero la realidad era

que todos los novicios respetaban este precepto de forma escrupulosa, y puedo afirmar que en todo el tiempo en que viví en el Santuario tan sólo conocí una excepción a esta regla.

Beldo, pese a mi voluntarioso apoyo, tampoco había logrado hallar referencias más claras sobre el tema en los textos disponibles en la Botica, lo cual no era demasiado sorprendente ya que la mayoría de estos libros eran de los siglos inmediatamente anteriores al Castigo, cuando aún no se sabía siquiera de la existencia de la Sagrada Planta. Aunque me prestaba gustoso a ayudarle en su búsqueda debo aclarar que a mí nunca me apasionó el misterio de la Transubstanciación hasta el punto en que llegó a hacerlo con mi amigo, ni siquiera entonces, cuando era un muchacho todavía inocente y crédulo: sólo me interesé por él más tarde y lo hice más por necesidad que por ningún otro motivo. Pero para Beldo la cosa era muy diferente.

—¿Por qué no dejas de romperte la cabeza? —le preguntó Tiberio un día desde lo alto de su litera, harto de escuchar las divagaciones de nuestro compañero sobre un tema al que volvía incansable, una y otra vez—. ¡Vas a poder comprobarlo todo por ti mismo el año que viene!

Mis compañeros de celda alcanzarían al año siguiente la edad necesaria para la Iniciación, algo para lo que yo debería esperar todavía varios años más.

—Ya lo sé... —murmuró Beldo, poniendo una expresión miserable que no consiguió camuflar el rictus de impaciencia que había exhibido durante todo el día—. ¡Pero todavía falta un año entero, y yo quiero saberlo ahora...!

Tiberio miró a su amigo como si fuese un crío pequeño, algo que solía hacer con frecuencia conmigo pero que sólo en contadas ocasiones se permitía con Beldo, y pude ver que una chispa de malicia le asomaba por un instante a los ojos.

—Pues si tanto te preocupa, acércate tú mismo al Invernadero y echa un vistazo —sugirió con una sonrisa mientras extraía las piezas de su oboe del viejo estuche y empezaba a montarlas—. Seguro que hay alguna grieta por la que puedas asomarte. O, mejor aún, podrías quitarle la llave al Cabezahuevo sin que se entere. Y luego nos lo cuentas, claro...

—Sabes que no puedo hacer eso... —exclamó Beldo con desesperación—. ¡El Hermano Ulpiano sería capaz de matarme! —Al contrario que Tiberio, Beldo jamás se permitía llamar a su tutor por el apodo con que era conocido entre los novicios.

—¡No, hombre! ¡No seas dramático! ¿Cómo va a matarte? Eso sí, es casi

seguro que te quedarías sin tu puesto de Boticario. Y a lo mejor entonces podías ayudar a Polibio a poner un poco más de orden en la Biblioteca, con el permiso del Hermano Aurelio... —continuó mi compañero, cada vez más divertido por el sesgo que había tomado la conversación. Luego guiñó un ojo en mi dirección—. Incluso puedes llevártelo a él también, así se va enterando de algo. Al fin y al cabo, todavía le quedan dos o tres años para que le toque su turno... Y te aseguro que no podría soportar que se pasase todo ese tiempo lamentándose como tú lo llevas haciendo todo este último año... —y zanjó la discusión llevándose el oboe a los labios e iniciando una de sus tonadas preferidas.

Sin embargo, al contrario de lo que solía suceder cuando Tiberio comenzaba a tocar, Beldo no se tranquilizó esta vez, y me alarmó constatar en los días siguientes que no se había tomado a broma la sugerencia de su amigo, y que sólo el miedo al genio desmandado de su tutor le impedía decidirse a ponerla en práctica.

Por fin, en una tarde fría en la que la nieve se arremolinaba en violentos torbellinos por los claustros y patios y casi cubría ya por completo con una tenue capa blanca tanto el huerto como las colinas, Beldo se armó de valor. Con un grueso saco como único abrigo se aventuró en la ventisca mientras yo le recriminaba enfurecido a Tiberio, un Tiberio que me miraba entre divertido e incrédulo ante mi súbito arranque, que le hubiera empujado a semejante disparate. Beldo regresó casi una hora después, empapado y con piernas y brazos medio congelados. Entre temblores y mientras intentábamos que volviese el calor a sus miembros entumecidos nos confesó, amargado por la frustración, que había conseguido encontrar una o dos zonas en las que el vidrio era casi transparente y que había podido ver al otro lado una gran cantidad de plantas extrañas, aunque ninguna que pareciera tener nada que ver con la Cruciflor de los Sacrificios. De modo que, finalmente y pese a todo, mi amigo tuvo que resignarse a esperar como los demás hasta el día de su Iniciación para poder conocer algo más sobre el misterio de la Sagrada Planta y de su Santo Fruto.

Posiblemente si Beldo hubiera podido satisfacer parte de su curiosidad entonces, no hubieran acaecido después los penosos sucesos que conmocionaron profundamente la vida cotidiana del Santuario y también la mía propia. Sucesos que, en cierto modo, fueron los que pusieron en marcha la imparable serie de acontecimientos que vinieron después y a los que se debe la forma en que ha discurrido toda mi existencia hasta el mismo día en

que me he decidido a narrarla en estas páginas.

12. Los experimentos del Padre Felicísimo

La antítesis del Hermano Ulpiano en cuanto a carácter la aportaba el Padre Felicísimo, el anciano profesor de Química, un viejo dulce y achacoso que aliviaba sus visibles dificultades para mantener el equilibrio mediante un bastón negro de hermosa empuñadura de nácar. Solía impartir sus lecciones en el destartalado Laboratorio, una bodega de grandes dimensiones perdida en los sótanos a la que se accedía por una ruinoso y serpenteante escalera secundaria. Un puñado de tragaluces en el muro, adosados a la parte más elevada de la bóveda y de los que nunca supe exactamente a qué lugar del exterior se abrían, constituía la única fuente de luz natural disponible. Como esta iluminación apenas pasaba de tenue incluso en los días más radiantes, resultaba imprescindible la presencia de numerosas lámparas, colgadas de los muros y de varias de las inmensas y achaparradas columnas. Había hasta cuatro de aquellos grandes pilares, situados en medio de la sala a intervalos de ocho o diez metros. Eran casi tan gruesos como altos y estriados desde la base, con múltiples nervios unidos en la bóveda en una compleja telaraña. La primera vez que bajé al Laboratorio no pude quitarme de la cabeza la idea de que parecían abrumados, casi vencidos por el agotamiento después de haber cargado durante siglos sobre sus hombros el peso de todo el Santuario. También frustraban las gruesas columnas toda posibilidad de averiguar, desde un extremo del Laboratorio, lo que se hacía en el otro. En conjunto se trataba de una estancia sombría y de atmósfera un tanto ominosa.

Pero el ambiente característico del Laboratorio se lo proporcionaba, más que su arquitectura, su caótico y abigarrado contenido. En los espacios entre las columnas se alineaban varias filas de bancos de trabajo repletos de retortas y alambiques, tubos de ensayo, redomas y probetas, todo revuelto en una incomprensible anarquía. Los estantes de las paredes albergaban además una inmensa colección de frascos de vidrio, en un enjambre prodigiosamente

variopinto con todos los tamaños, formas, colores y contenidos imaginables. En conjunto, el Laboratorio de Química parecía el contrapunto perfecto de la ordenada Botica de mi amigo Beldo. Sin embargo, todos los recipientes lucían etiquetas de idéntico aspecto, rotuladas con primorosa caligrafía por el propio Padre Felicísimo a lo largo de toda una vida, y jamás vi al viejo sabio albergar la menor duda sobre el lugar en el que almacenaba un determinado compuesto.

Beldo, que todavía asistía a las lecciones del anciano cuando tenía tiempo, había suspirado con resignación en alguna de las clases imaginando el deslumbrante aspecto que tendría el Laboratorio de Química después de una cuidadosa reorganización. De hecho incluso había llegado a ofrecerse voluntario al Padre Felicísimo para esta labor. Pero éste rechazó la oferta con su dulzura habitual, explicándole que a ninguno de los novicios a su cargo les había permitido alterar en lo más mínimo, a lo largo de más de medio siglo, el desorden imperante en su Laboratorio. Desorden que, por supuesto, no era tal en su opinión.

Sin embargo, y antes de que esta descripción pueda sugerir lo contrario, debo aclarar que el Padre Felicísimo había sido, y lo seguía siendo entonces pese a sus muchos años, un hombre de gran lucidez, incluso brillante, además de uno de los más prestigiosos miembros no sólo de la Comunidad sino de toda la Orden. Algunos de sus experimentos habían contribuido a mejorar sensiblemente la calidad de la pólvora que empleaban las tropas del Reino. Este hallazgo le había granjeado el reconocimiento expreso del propio Patriarca y un cierto margen de tolerancia para con la ortodoxia de sus explicaciones, que siempre pensé era la causa del odio que sentía por él el Hermano Ulpiano. Aunque, como el anciano decía a menudo, su propósito al realizar aquellas mejoras había sido más bien evitar que los pobres esclavos que acarreaban las cargas del inestable explosivo saltaran por los aires al menor descuido de los pirotécnicos.

El Padre Felicísimo se esforzaba en hacernos comprender los más básicos principios de la ciencia que había convertido en el objeto de toda su vida. El tipo de razonamiento que empleaba para intentar persuadirnos no era el que nos resultaba más habitual a los novicios en aquellos días. De hecho, algunos de mis compañeros trataban a menudo de boicotear las clases del anciano profesor, burlándose del minucioso método científico que aún contra la tendencia imperante intentaba aplicar en todo momento, así como del ritmo cansino, salpicado de interrupciones, con el que avanzaba a través de sus

largos razonamientos.

Sin embargo, a mí sus explicaciones me resultaron siempre fascinantes. Era la primera vez que tenía contacto de ninguna clase con la Ciencia (escrito así, con mayúsculas) y gracias al Padre Felicísimo comprendí que era verdaderamente posible llegar a comprender el funcionamiento de la naturaleza, ponerlo por escrito mediante leyes y ecuaciones, y utilizar éstas para predecirlo con precisión. Esta fascinación me llevaba a poner en las clases de Química una atención especial, que tuvo como consecuencia no sólo granjearme el afecto genuino del Padre Felicísimo, sentimiento que muy pronto se convirtió en recíproco, sino también acentuar la animadversión con que Eutimio y sus secuaces nunca habían dejado de obsequiarme.

Aún recuerdo un episodio que tuvo lugar en los primeros tiempos de mi noviciado, cuando el anciano profesor empezaba apenas a guiarnos en nuestros primeros pasos por los recónditos senderos de la Química. El Padre Felicísimo había alzado con la mano, para que todos pudiéramos verlo, un extraño objeto formado por varias bolas de colores rojo y azul, unidas mediante una estructura de alambres de curiosa geometría.

—La materia, hijos míos —comenzó a explicar con su voz pausada -, está formada por la combinación de elementos simples que ya los antiguos griegos llamaron átomos. Estos átomos —continuó señalando con un tembloroso y artrítico índice a la figura que sostenía en la otra mano -, que aquí podéis ver representados mediante bolitas de distintos colores, se mantienen sujetos unos a otros a cierta distancia, unidos por fuerzas que... ejem... —tosió un momento antes de seguir -... Fuerzas que iremos intentando comprender poco a poco, y que corresponden en el modelo a estas delgadas varillas, aunque no tienen consistencia material realmente... En concreto, aquí podéis ver la composición química de un cristal de sal común, que contiene átomos de dos clases, cloro y sodio para ser precisos... ¿Sí? —no había podido evitar levantar la mano para expresar algo que se me había hecho obvio en ese instante, y el Padre Felicísimo se interrumpió de inmediato—. ¿Qué sucede, Polibio?

—Entonces, Padre, ¿eso significa que la materia está hueca en su mayor parte?

El Padre Felicísimo esbozó una sonrisa que puso al descubierto la escasa dentadura que aún conservaba.

—Pues, muchacho, eso es...

—¡Eso es absurdo!- le interrumpió la voz ronca de Eutimio desde la

última fila del aula. Seguía liderando sin oposición su antigua camarilla de los tiempos del Padre Ovidio, y, aunque ahora carecía del amparo que entonces le brindaba el Maestro de Oblatos, él y su grupo aún solían divertirse amedrentándonos a los más jóvenes. En especial, los antiguos lugartenientes del Ofidio estaban convencidos de que yo, como el oblato más próximo a Galerio, debía haber tenido algo que ver con la caída de su odioso mentor. Y a pesar de que Tiberio pronto les dejó claro que me encontraba bajo su protección, en una contundente intervención en la que pude comprobar hasta qué punto las manos con que mi amigo acariciaba su oboe podían transformarse en rotundos puños, Eutimio no solía perder ninguna ocasión para mostrarme su hostilidad o dejarme en evidencia ante el resto de novicios.

En este preciso momento creyó haber reconocido una espléndida oportunidad para hacerlo. Prosiguió de inmediato dirigiéndose a los demás compañeros con actitud de abierta sorna, en un talante que no se hubiera atrevido a exhibir en presencia de ningún otro profesor.

—Si toda la materia estuviera hueca podría atravesar con mi dedo esta mesa, ¿lo véis? —, y demostró su afirmación oprimiendo con fuerza el índice contra la superficie de madera. Luego me miró socarronamente—. Claro, que a lo mejor Polibio habla de un tipo de materia en concreto... ¡su cerebro!

Algunos de sus secuaces celebraron a carcajadas la ocurrencia y no pude evitar sonrojarme, convencido al momento de lo ridículo de mi comentario.

—¡Nada de eso! —exclamó enojado el Padre Felicísimo, esta vez sin rastro alguno de temblor en la voz—. ¡Pues claro que la materia sólida está hueca! ¿No habéis entendido nada de lo que he dicho? Polibio tenía razón, por supuesto... —y recuperando su tono habitual, prosiguió explicando someramente los motivos por los que no era posible que los sólidos se interpenetrasen unos a otros.

Y aunque me reconfortaron las sonrisas y gestos de apoyo de algunos de los novicios a mi alrededor, la mayoría de los cuales detestaban a Eutimio desde los días en que habían tenido que sufrirlo como vigilante del Padre Ovidio, no pude evitar sentir en el vello de mi nuca el intenso odio contenido en la mirada con que pretendió atravesarme.

En cualquier caso aquella explicación no fue sino la primera de otras muchas por medio de las cuales el Padre Felicísimo, como un prestidigitador, fue desplegando ante nuestros ojos (aunque me pregunto si alguien, aparte de mí, le prestaba verdadera atención) a lo largo de los meses y años que

siguieron, los secretos de la estructura de la materia. Para empezar, la variedad de átomos diferentes que componían el mundo que nos rodeaba y que se agrupaba en la denominada Tabla Periódica de los Elementos. Luego, la estructura interna de cada uno de estos tipos de átomos: los compactos núcleos atómicos alrededor de los cuales giraban como posesos los diminutos electrones, en capas concéntricas como las de una cebolla. Y por último, la naturaleza de los misteriosos enlaces que mantenían unidos a unos átomos con otros formando complejas agrupaciones denominadas moléculas, así como las leyes que permitían predecir cómo los compuestos se transformaban unos en otros al romperse o crearse estos enlaces.

—¡Esa es la clave, Polibio! ¡Ahí radica el gran secreto! En que la materia jamás se crea ni se destruye... ¡Simplemente se transforma, consumiendo o liberando la cantidad precisa de energía! —exclamaba gozoso cuando el resultado de un experimento confirmaba los cálculos obtenidos mediante la fórmula previamente explicada, a veces de forma más violenta de lo que hubiéramos deseado.

El Padre Felicísimo guiaba desde lo alto de un púlpito enrejado, situado en uno de los escasos puntos con buena visibilidad de toda la sala, la realización de los diferentes experimentos que llevábamos a cabo en grupos de dos o tres novicios cada uno. A pesar de su edad y de la escasa luz disponible en la vieja bodega, el anciano químico no perdía detalle de cómo avanzaba el trabajo de cada grupo y señalaba continuamente de un lado a otro con su bastón, agitándolo con una energía insospechada en apoyo de sus instrucciones.

Sin embargo, después de un tiempo empecé a darme cuenta de que algunas de las explicaciones del Padre Felicísimo se basaban en experimentos imposibles de reproducir en nuestro destartalado Laboratorio. De hecho, muchos de los conocimientos que el anciano profesor trataba de inculcarnos se apoyaban exclusivamente en las teorías expuestas en algunos libros de la Biblioteca, libros de los tiempos anteriores al Castigo. Cuando le pregunté, mucho más adelante, si sería posible repetir algún día los misteriosos y aparentemente complejísimos experimentos a los que se referían aquellos libros y que se suponía deberían confirmar dichas teorías, el Padre Felicísimo me sonrió tristemente y se encogió de hombros.

—No en mi tiempo, Polibio, y creo que tampoco va a ser posible en el tuyo... —Pero luego una chispa de luz, como un rayo de esperanza, pareció brillar por un instante al fondo de sus ojos acuosos y continuó con voz más

trémula de lo habitual—. Aunque, ¿quién sabe? Puede que algún día... Por eso hemos de esforzarnos en conservar lo que podemos, hijo mío. Porque, por duro que resulte, es lo único que podemos hacer hoy: conservar como tesoros los conocimientos que descubrieron otros en tiempos más felices. Y revelarnos ser dignos de nuestra misión, por pobre que ésta sea...

Y en estas palabras del anciano profesor, que resuenan como un eco en mi memoria, me he reconocido tantas veces que creo haberlas hecho ya casi del todo mías, la esencia misma del impulso que me ha animado como hombre de Ciencia a lo largo de la mayor parte de mi vida.

En cierta ocasión, mientras el resto de los novicios repetía un experimento sencillo que no precisaba de su supervisión, el Padre Felicísimo nos condujo a varios de los que mostrábamos más interés por sus lecciones en una lenta y parsimoniosa excursión por los recónditos recovecos del subsuelo del Santuario. Siguiendo a aquel anciano de andar vacilante atravesamos una sucesión de pasillos, escaleras y sótanos tenebrosos, hasta una galería oscura, sin ninguna clase de ventilación y saturada de humedad. A pesar de llevar para entonces casi dos años ya como novicio, jamás había estado antes en aquellas galerías, ni yo ni ninguno de los que acompañamos al renqueante químico en el recorrido.

—En estos pasadizos se concentran numerosas filtraciones procedentes del exterior —las paredes enmohecidas de la sala, iluminadas por las teas que portábamos varios de nosotros, le devolvieron un eco apagado—. Ahora voy a enseñaros uno de los secretos que el Patriarca guarda más celosamente...

Y acercándose renqueante hasta la pared más próxima, rascó un poco con la punta metálica de su bastón y nos mostró, en el hueco que hacía con su palma arrugada, un puñado de polvo grisáceo.

—Esto que veis aquí es salitre, también llamado nitro o, más correctamente, nitrato potásico —murmuró con un hilo de voz—. Con esto, y con un par de ingredientes más, es con lo que se fabrica la pólvora que utilizan los artilleros de nuestro ejército... Claro que los soldados del Patriarca no lo cogen de aquí: lo obtienen, y en gran abundancia, de la antigua red de túneles bajo la Ciudad... —aquella fue la primera vez que oí hablar de los túneles del subsuelo, aunque el comentario quedó de inmediato ahogado por una sucesión de toses que siguieron a la revelación del anciano y que se esparcieron por la cámara con un eco bronco.

—¿A qué túneles os referís, Padre? —uno de mis compañeros formuló la pregunta que a todos se nos había venido a la mente.

—Hace muchos años, antes del Castigo, los habitantes de la Ciudad viajaban de un lugar a otro a través de túneles subterráneos. Nunca he logrado entender por qué lo preferían a la superficie, pero parece que así era... De hecho, he oído que muchos de esos túneles se conservan aún aunque en muy mal estado, y que el propio Patriarca los ha usado alguna vez para desplazarse en secreto...

No presté mucha atención a la explicación sobre los túneles, ignorante entonces de que quizás me hubieran sido de utilidad años más tarde, cuando me vi obligado a atravesar una Ciudad presa de violentos tumultos y algaradas. Mucho más que aquellas historias sobre ruinas y cavernas me excitaba la emoción de sentirme partícipe de lo que me parecía un extraordinario secreto: la esencia de la magia de la pólvora, algo que seguramente muy pocos en el Reino conocían. Siguiendo las indicaciones de nuestro maestro, todos nos afanamos aquel día en recoger una buena cantidad de salitre.

Unas semanas después el Padre Felicísimo organizó un nuevo experimento. En esta ocasión, y debido a los riesgos que entrañaba, el químico no nos permitió realizarlo a los novicios y en su lugar decidió efectuarlo él mismo a modo de demostración. Para que todos pudiéramos observarlo detenidamente instaló el material necesario sobre una tarima elevada, en el centro mismo del Laboratorio. Algo debió distraerme, porque tardé en darme cuenta de que en uno de los tarros sobre la mesa se encontraba el salitre que habíamos recogido. Para entonces, el anciano químico ya había agregado el azufre y hacía lo propio con el polvo de carbón tras pesarlo todo en la balanza. No imagino qué error pudo cometer en un proceso que había repetido sin duda innumerables veces, pero la ensordecedora deflagración, tan potente y cegadora como el rayo más estruendoso que jamás hubiese podido ver y oír hasta esa fecha, nos arrojó a la mayoría por los suelos, momentáneamente privados de nuestros sentidos. Cuando nos fuimos levantando, aún aturcidos por el impacto, comprobamos con sorpresa, en primer lugar, que el Santuario no parecía haberse derrumbado sobre nosotros: sólo la columna más próxima a la peana exhibía algunas mellas en sus otrora perfectamente redondeadas estrías. Transcurrieron unos segundos antes de que nos diésemos cuenta de que el Padre Felicísimo se había derrumbado en un negro y diminuto amasijo negruzco. Beldo fue el primero en llegar hasta

él y pude ver su cara de alivio al comprobar que el anciano respiraba y abría los ojos. También noté su gesto de sorpresa al constatar, justo después, que el raído hábito del anciano estaba empapado. Sólo tras unos instantes de estupefacción, cuando intenté ayudar a mi amigo a levantar al viejo químico, me percaté de que las manchas oscuras no eran sino de sangre y de que, de las manos arrugadas que con tanta soltura habían manejado ante nuestros ojos frascos y probetas, tan sólo quedaban dos informes y ensangrentados muñones.

El Padre Felicísimo no murió a raíz de aquella explosión, la primera vez en que la pólvora, a la que siempre había considerado su amiga, le había traicionado, según me confesó más adelante. Pero tardó muchos meses en recuperarse de sus heridas, y cuando lo hizo no volvió a ser el mismo, no del todo. El Hermano Orosio le fabricó un par de manos de madera con anclajes de cuero que el Hermano Lucas, el artista del Santuario, recubrió con una hermosa policromía. Sin embargo, las manos no sólo tenían una función estética. Disponían de pulgares unidos a las propias manos con bisagras que, controlados mediante un ingenioso sistema de varillas sujetas a los bíceps, le permitían sostener muy diversos objetos simplemente accionando estos músculos. Al anciano profesor nunca llegaron a convencerle y con frecuencia renegaba de ellas, pero lo cierto es que fueron aquellas manos las que impidieron que se convirtiera en un completo inválido, y con el tiempo desarrolló una notable habilidad en su manejo, hasta el punto de que cuando sujetaba el bastón o pasaba las páginas de un libro casi parecía que fuesen las suyas propias. Durante un tiempo me pregunté cómo el Hermano Orosio, que no se distinguía precisamente por sus luces, podía haber diseñado tan ingenioso mecanismo. Pero no fue sino hasta pasado algún tiempo cuando conocí a su verdadero inventor.

A pesar de todo lo dicho, el Padre Felicísimo jamás retomó sus lecciones de Química. Optó por recluirse en su celda de la primera planta y rara vez volví a verle fuera de ella, ni tuve noticia alguna de que saliese excepto para asistir a los Sacrificios. Pero esto no quiere decir que se mantuviese ocioso en adelante. Pronto recuperó una parte de su antigua energía y convirtió su espaciosa celda en un fiel reflejo del Laboratorio. Tras hacerse instalar en ella algunos de los aparatos más complejos y extraños, continuó trabajando en sus propias investigaciones. El Padre Crisógono no se atrevió a privarle de la ayuda regular de uno o dos novicios y yo, al menos, tuve ocasión de asistirle a lo largo de los años en diversos experimentos, ninguno, afortunadamente,

de resultados tan desastrosos como el que he descrito antes.

Tampoco volvimos nunca al Laboratorio. La explosión había alarmado de tal modo al Superior que, en lugar de buscar un sustituto para el anciano químico, decidió suspender las clases indefinidamente, convencido de que constituían un peligro para la Comunidad. Entonces pensé que lo que temía el Superior era la posibilidad de que una nueva explosión derrumbara los mismos cimientos del Santuario. Pero tiempo después comprendí que lo que le preocupaba realmente era no atraer aún más la atención de los siempre acechantes Severinos sobre el anciano y sobre la propia Orden. Mucho después supe, de alguien que merecía toda mi confianza, que sólo la protección expresa (e interesada, pues todo hay que decirlo) del mismísimo Patriarca había conseguido acallar las acusaciones que los más fanáticos Severinos habían ido arrojando, a lo largo de los años de forma reiterada y con virulencia creciente, contra el prestigioso químico. Los denunciante aseguran con insistencia que el sabio agustino se entregaba a la práctica de las artes más oscuras y diabólicas y llegaban a sugerir incluso que su hermoso bastón era en realidad un báculo de malignos poderes.

De este modo abrupto fue como se interrumpió mi primer contacto con esta interesante rama de la ciencia en la que, a lo largo de los años, intenté ahondar de nuevo con discreto éxito. Afortunadamente, para entonces la semilla de curiosidad que el anciano científico había plantado en mi interior ya se había convertido, estimulada por mi propio carácter inquisitivo, en un plantón de raíces ávidas, listo para recibir nuevo alimento y empezar a desarrollarse. En realidad, acabaría haciéndolo hasta mucho más allá de lo que entonces hubiera sido capaz de imaginar. Pero para esto hubo aún que aguardar a que llegase el momento oportuno.

13. De la Nueva Doctrina

El Superior del Santuario y la principal autoridad de la Orden de San Agustín en todo el Reino como General de la misma era el Padre Crisógono, un hombre grueso y de rostro rubicundo. Su innato buen carácter le hubiera garantizado sin duda una pacífica existencia, de no haber recaído sobre sus hombros la responsabilidad de guiar el destino de nuestra congregación en unos tiempos tan difíciles. El Superior vivía en un permanente sobresalto, angustiosamente pendiente de los más leves movimientos de los Severinos, cuyos manejos habían causado tanto daño a los Agustinos sólo unas décadas atrás, y obsesionado por mantener el favor del Megaobispo y ampliar sus contactos con la Corte, de los que pensaba dependía el futuro de la propia Orden.

Sin duda mi juicio del Padre Crisógono, desde la objetividad que me brindan la distancia y los años, no puede ser sino benévolo, aunque entonces seguramente no hubiera suscrito sin más una aseveración como ésta. Dedicaba a la Orden ingentes cantidades de energía y trabajo, siempre con un objetivo claro en mente: protegerla de cualquier amenaza, tanto a ella como a sus miembros, y preservar en lo posible la misión de transmisora del conocimiento y el saber humanos que ésta había asumido con los siglos y que en cierto modo se había convertido en su papel ante la Historia. Para ello el Superior estaba dispuesto a rogar, implorar e incluso a arrastrarse ante el Megaobispo o el propio Patriarca si era necesario. También se veía obligado a humillarse ante los Severinos y a mostrarse dócil y sumiso ante sus emisarios e inquisidores, convencido de que una patente cooperación era el mejor modo de que no buscaran inmiscuirse de nuevo en los asuntos internos del Santuario, como ya habían hecho en el pasado.

Era esta autonomía de puertas hacia adentro lo que buscaba con ahínco mantener, a toda costa, el Padre Crisógono. Sin esa autonomía no hubiera

sido posible conservar la gestión de los tesoros que albergaba el Santuario: la Biblioteca, los Laboratorios con sus vetustos aparatos, el Observatorio y la propia libertad e incluso la vida de algunos de los profesores. Los Severinos hubieran arrasado con todo ello de haber tenido noticia de mucho de lo que se decía y hacía dentro del antiguo edificio. Y era de este temor de donde nacía la mayor de las obsesiones que atenazaban al Superior: la convicción de que, tarde o temprano, aquellos peligrosos fanáticos intentarían introducir en el Santuario a sus espías para asegurar la ruina definitiva de la Orden.

Una de las muchas medidas de precaución que adoptaba el Padre Crisógono era la de ocuparse él mismo de las lecciones de Nueva Doctrina, a fin de asegurarse de que se siguiese la ortodoxia más escrupulosa y de que el Santo Oficio no encontrase motivos para una amonestación. La prueba de fuego en este sentido era la visita anual de alguno de los predicadores de San Severino, a la que nunca faltaron mientras yo permanecí en el Santuario, ni siquiera cuando mejores eran las relaciones del Superior con el Megaobispo. El único objetivo al que parecían estar orientados los esfuerzos del Padre Crisógono en sus lecciones era el de prepararnos lo más concienzudamente posible para estas visitas de inspección.

Aunque rara vez repetía el mismo inquisidor de un año para otro, la memoria de aquellos exámenes se confunde en mi mente pues solían coincidir casi hasta en los más nimios de sus detalles, como respondiendo a un guión preestablecido que todas las partes seguíamos a rajatabla. El mismo aspecto físico de los Severinos contribuía a ello: el hábito blanco inmaculado, con la Cruciflor roja atravesada por el rayo bordada sobre el pectoral, el rostro invariablemente demacrado y ascético a consecuencia del riguroso ayuno, y la cabeza completamente rapada. El inquisidor, después de exhortarnos en los principios de la Nueva Doctrina revelados a su Santo Fundador, procedía a examinar la ortodoxia de nuestra formación cristiana mediante una serie de preguntas a las que debíamos responder con presteza y sin titubeos, siempre en presencia del propio Padre Crisógono. Este, con semblante demudado y frente sudorosa, sólo se permitía un suspiro de alivio cada vez que el inquisidor mostraba su satisfacción ante una respuesta mediante un movimiento afirmativo de su pelada cabeza.

—Hijos míos —comenzaba invariablemente el predicador, ignorante de la presencia a sus espaldas de los dos o tres espectros que gustaban de asistir cada año a estas exhortaciones -, hace muchos años, más de tres siglos ya, Dios Nuestro Señor envió nuevamente a su Hijo a la Tierra haciendo honor a

su palabra recogida en las Sagradas Escrituras y, más concretamente, en el Apocalipsis, el libro de la Revelación... Venía dispuesto a concedernos la Salvación, la Vida Eterna tal como nos había prometido en su Primera Venida. ¡Todo está registrado en las Sagradas Escrituras desde hace milenios, para aquel que haya querido abrir los ojos y ver...!—. Aquí el predicador hacía una pausa, para continuar luego con una exclamación dramática—. ¡Pero lo que encontró a su regreso fue que el Hombre, dominado por la soberbia y el orgullo, se había llegado a creer equiparable al mismo Dios! Incluso había pretendido en su locura imponer su propia voluntad a la Divina no sólo en la Tierra, sino en el mismo Cielo, y en la Luna y los Planetas que por él discurren. Y Cristo lloró amargamente, porque el Hombre no era digno de Él —algún predicador había llorado, también amargamente, al llegar a este punto.

—Por ello —continuaba después de enjugadas las lágrimas en la manga de su hábito impoluto -, Dios decidió abatir el orgullo humano, tal como milenios atrás tuvo que hacer con la pérfida Babel, y destruyó todas las obras impías de los hombres y les privó de los medios para seguir cometiendo sus locuras y fechorías. Y su Hijo partió de este mundo, una vez más. El llanto y el dolor por la oportunidad perdida inundaron entonces la Tierra y Dios, en su infinita misericordia, se apiadó del Hombre. ¡Así fue cómo le reveló a su apóstol Severino la Nueva Doctrina —aquí la pose usual era un mohín beatífico con las manos alzadas hacia lo alto -, y le hizo entrega de su maravilloso Regalo, la Sagrada Cruciflor, para que fuese el Verdadero Cuerpo de Cristo, el auténtico *Corpus Christi*, el que nos sirviese de luz y de guía en adelante! Y de este modo, cuando el Señor regrese por tercera vez nos encuentre definitivamente purificados, preparados para recibirle...

Después de esta introducción el inquisidor solía entrar en la materia que mejor dominaba, es decir, comenzaba a ilustrarnos sobre los mismos peligros contra los que había gustado de advertirnos el Maestro de Oblatos.

—Para mantenernos a salvo de la herejía es necesario que sepamos cuáles son las traicioneras propuestas que ésta nos hace, para saber cuándo hemos de cerrar nuestros oídos y blindar nuestra fe... ¡Porque estos son tiempos difíciles, en los que los enemigos del Señor pueden acechar debajo de cada piedra, a la vuelta de cada esquina! ¡Los herejes científicos —casi siempre que un severino pronunciaba esta palabra despedía una lluvia de gotas de saliva que, impulsadas por una rabia aún mayor de la que había mostrado en su día el Padre Ovidio, solían salpicar inevitablemente a los novicios de las primeras

filas —pretenden que recorramos la misma senda que ya nos llevó una vez al Castigo! Algunos de ellos, llevados por una mal entendida buena voluntad, tratan de convencernos para que apreciemos los supuestos beneficios que nos ofrecen esas invenciones malignas y no quieren ver el peligro que supone iniciar el mismo camino de suficiencia y soberbia que ya nos hizo caer un día... ¡Pobres necios e ilusos! ¡No se dan cuenta de que el hecho de tan sólo poner el pie en él, de dar el primer paso por esa senda, supone ya deslizarse de modo irremediable por la pendiente funesta que lleva a la ruina! Otros incluso, hijos míos, los más perversos, faltos de toda clase de fe, llegan a negar los mismos fundamentos de la Doctrina... ¡Debo decíroslo, aunque os crucen los oídos y la ira os sacuda el alma! ¡Esos desgraciados llegan a asegurar que Cristo nunca llegó a venir por segunda vez a los Hombres, que todo es un error y que San Severino nunca recibió la Revelación de boca de Nuestro Señor! ¡Qué malintencionada demencia! ¡Qué malévola aberración! ¡Qué herejía! ¡Algunos de ellos, en el colmo del desvarío, se han atrevido incluso a aventurar absurdas historias, cuyos detalles no mencionaré aquí, en las que atribuyen el propio Castigo a una voluntad ajena a la Divina! ¡Cuánto esfuerzo impío por eludir la parte de culpa y responsabilidad que merecidamente les corresponde, como hombres y pecadores que son, al igual que a todos nosotros!

A partir de este momento, la mirada del predicador se dirigía a los cielos en un arrobado éxtasis y su perorata se convertía en una sucesión de enardecidas exhortaciones, a cada una de las cuales debíamos responder con un igualmente entusiasta “¡Amén!”.

—¡Sin embargo, ahí esta la misma prueba que El nos dejó, la Sagrada Cruciflor que nos llena del Espíritu del Señor con cada bocado de su Santo Cuerpo! ¡El Misterio de la Transubstanciación, hecho realidad en el Sagrado Fruto! ¡Muy pronto, aquellos de vosotros que no habéis participado aún de este Milagro realizaréis vuestra Primera Ingesta, en la sagrada ceremonia de Iniciación, y entonces terminaréis de comprender! ¡Mientras tanto, fortaleced vuestra fe! ¡Que nunca se vea cuestionada, hijos míos! ¡Desterrad toda tentación, todo pensamiento perverso en cuanto haga acto de presencia, antes de que llegue a socavar los cimientos de vuestras convicciones!

A esta sucesión de admoniciones seguía el turno de preguntas, durante el cual el inquisidor dejaba a un lado su juvenil entusiasmo y se revestía de un aura de displicencia que sólo era quebrada por los leves movimientos de cabeza con que valoraba cada respuesta. Y aunque el Padre Crisógono solía

terminar aquellas sesiones cubierto de sudor y con todo rastro de color ausente de su generalmente rubicunda faz (hasta el punto de que en más de una ocasión pensé que estaba contemplando en realidad a su espectro), lo cierto es que nunca le dimos ningún motivo de disgusto serio. El severino solía marcharse satisfecho y nuestro Superior nos felicitaba efusivamente por el celo con que habíamos trabajado y por responder de pleno a las elevadas expectativas que la Orden había puesto en nosotros, la semilla de su propio futuro.

A pesar de lo que pudiera sugerir el tono que he usado en mi relato, la primera visita de un predicador severino de la que fui testigo me causó una honda impresión, aunque creo recordar que se debió más a su chocante aspecto físico, tan distinto al de los miembros de mi propia Orden agustina, que a sus gritos amenazantes y a sus encrespadas exhortaciones. También suscitó en mí una gran curiosidad por averiguar más detalles sobre el célebre Castigo, ese momento decisivo del que lo único que en realidad sabía era que Dios lo había elegido para intervenir de forma drástica en la Historia del Hombre a causa de su terrible maldad.

Intenté saciar aquella curiosidad rebuscando entre los libros de Historia de épocas más próximas al gran suceso. Pero la mayoría de volúmenes eran de, al menos, varias décadas anteriores a lo que se suponía era el momento aproximado en el que había acaecido la intervención divina. Los más recientes, alguno de los cuales sólo pude localizar después de arduos meses e incluso años de búsqueda secreta, hablaban de un mundo extraño, repleto de sucesos dramáticos, de guerras escalofriantes en las que se habían utilizado artefactos de un poder de destrucción desconocido, miles de veces superior al de las bombardas del Patriarca o al de la pólvora del Padre Felicísimo. Y por un momento, al leer con asombro mucho tiempo después cómo alguna de aquellas armas había llegado a destruir una ciudad entera en un instante, pensé en si no tendrían razón los Severinos después de todo. Sin embargo, en aquellos extraños textos parecía intuirse que las cosas (la vida cotidiana de las gentes, en cientos de países repartidos por todo el globo) habían seguido adelante de algún modo en una extraña mezcla de grandes avances y de continuos desastres, de prodigios increíbles y de absurdas calamidades.

Pero no tuve noticia de todo aquello, en realidad, sino hasta mucho después, de modo que intentaré centrarme en mi historia. Las páginas de los

pocos textos que alcancé a encontrar en aquellos primeros meses no llegaban a dar noticia alguna que permitiera anticipar el extraordinario acontecimiento objeto de mi búsqueda. Tampoco se encontraban muchas más referencias al gran suceso ni a la Segunda Venida en los anales impresos en siglos más recientes, los que se suponía eran posteriores al propio Castigo. Estos documentos describían un mundo completamente distinto, mucho menos ajeno, más familiar y próximo al nuestro propio. Un mundo reconstruido, sí, sobre ruinas, pero en el que las gentes se afanaban denodadamente por sobrevivir y en el que una renacida Iglesia había asumido de nuevo su antiguo papel de guía y de principal portadora de esperanza.

Entre los textos de esta época, con frecuencia toscamente impresos y editados, abundaban los escritos religiosos pero escaseaban los de contenido histórico serio. La mayoría de las crónicas se limitaban a cantar las victorias que el Reino había logrado sobre sus enemigos más próximos a lo largo de su continuado y glorioso proceso de expansión de los últimos doscientos años. Y el resto eran simples biografías de marcado carácter hagiográfico, que exageraban hasta lo inverosímil las supuestas hazañas de los heroicos predecesores del Patriarca y de sus generales más distinguidos.

Resuelto pese a todo a averiguar algo más sobre los pormenores de lo sucedido, me decidí a preguntarle al amable Hermano Aurelio, animado por la buena relación que mantenía con él debido a mi trabajo en la Biblioteca. El Hermano era, además, quien nos explicaba las nociones básicas de Historia consideradas imprescindibles para la formación de los novicios, por lo que supuse que era también el más adecuado en el Santuario para responder a mis preguntas.

—¿Para qué quieres saber eso, Polibio? —me preguntó a su vez, intrigado—. ¿Acaso no os lo ha contado ya el Padre Crisógono todo sobre el Castigo?

—Sí, Hermano... Es decir, ya sé lo que dice la Doctrina... Pero a mí me gustaría saber qué pasó exactamente...

—¿A qué te refieres, muchacho?

—Pues... a que he leído libros sobre otras épocas, incluso muy remotas, en los que se explica con mucho detalle los grandes acontecimientos históricos que sucedieron... —el Hermano Aurelio me animó a seguir con un gesto, al ver que dudaba por un momento—. No sé... de los tiempos de Roma, o de Carlomagno, o de los Reyes Católicos, cuando lucharon hasta expulsar por completo a los musulimes de la tierra de Iberia, hay muchos libros... Incluso sobre la conquista de las Indias o las guerras entre las principales naciones de

Europa en los siglos siguientes... Pero sobre la época del Castigo todo es... no sé, muy confuso... ¿Cómo podría averiguar qué reyes reinaban entonces, o quiénes tuvieron la culpa de que todo sucediera de ese modo...?

—¡Ah! Es un asunto espinoso ése del que me hablas... —me dirigió una mirada extraña, que finalmente dejó paso a una sonrisa afectuosa—. Pero pienso que dice mucho en tu favor que muestres ese interés por las cosas, Polibio... Bueno, debo aclararte, ante todo, que no soy un experto... Pero por lo que sé, y debo añadir que lamentablemente, no hay muchos detalles verdaderamente históricos sobre los tiempos del Castigo, sólo fragmentos de algunas crónicas dispersas que no te aclararían nada. De manera que tenemos que basarnos, sobre todo, en las revelaciones de San Severino... Si lo piensas bien, es difícil que pudiera ser de otro modo: el Castigo fue eso precisamente, una intervención divina motivada por la gran impiedad que Dios encontró en los Hombres a su regreso. Una impiedad que debió extenderse a toda la sociedad, aunque es posible que hubiese excepciones, como lo fue Lot en la propia Sodoma... Y sabemos que esa intervención supuso un gran cataclismo, en el que quedaron peor parados los pueblos cuanto más impíos habían sido... Es natural que apenas hayan quedado vestigios escritos de esos tiempos difíciles, ¿no crees? —asentí, aunque no demasiado satisfecho por la explicación del Bibliotecario, sobre todo porque me fastidiaba tener que renunciar a satisfacer mi innata curiosidad—. Por fortuna, las cosas son ahora muy diferentes... ¿no es cierto?

—De todos modos, ¿me parece imposible que en toda la Biblioteca no quede ni un solo libro ni documento que explique con detalle lo que sucedió! —exclamé sin poder ocultar mi fastidio.

—¿Quién sabe, Polibio? ¿Queda aún mucha Biblioteca por catalogar, y sin duda podrían existir documentos como los que te interesan! Quizás, si los buscas lo suficiente, acabes por encontrarlos... —me respondió sacudiéndome el pelo con un gesto risueño—. Pero si das con algo así, dímelo enseguida, ¿eh? ¿Sin duda sería un hallazgo digno de un premio! —y se alejó sonriendo para sí, divertido por algo que se me escapaba.

Si el Padre Crisógono no podía impartir él mismo las lecciones de Doctrina, lo cual sucedía a menudo cuando se traía entre manos alguna gestión ante la Corte, solía enviar a sustituirlo al Hermano Lázaro, el Portero del Santuario, uno de los pocos miembros de la Comunidad en quienes

mostraba una confianza ciega. Como Portero, el Hermano era el depositario de un enorme llavero, un gran aro metálico tan grande como una diadema del que pendía una infinidad de llaves de todas las formas y tamaños imaginables que, a modo de símbolo de regia potestad, colgaba perennemente de su mano derecha. Entre aquellas llaves destacaba una tan grande como un cuchillo que todos los novicios suponíamos era la que abría las grandes puertas enrejadas de la muralla. También se encargaba el Portero de todos los asuntos de intendencia del Santuario: el abastecimiento del exterior cuando era necesario, el trato cotidiano con la servidumbre y cualquier otro encargo del Superior o de los demás Padres y Hermanos.

El Hermano Lázaro no era, desde luego, una de las luminarias del Santuario como podía serlo, por ejemplo, el Padre Felicísimo. Tampoco parecía tener una formación sólida en ninguna de las materias que estudiábamos los novicios, ni siquiera en asuntos de Doctrina. Sin embargo, la mayoría de los monjes le trataban con un medroso respeto, incómodamente conscientes de su poder como hombre de confianza del Superior.

A los más jóvenes, la impresión que nos causaba el Hermano Lázaro no venía determinada por su competencia, sino por el siniestro y casi feroz aspecto que proporcionaba a su rostro la centelleante prótesis plateada que exhibía en el lugar en donde debieran haber estado los incisivos y caninos superiores, y cuya razón de ser nadie parecía poder explicar con claridad. El Hermano Lázaro gustaba de mostrar reiteradamente aquella inquietante estructura metálica en una amplia y refulgente sonrisa, que intercalaba una y otra vez entre sus palabras con independencia de cuál fuera el tema de conversación. Con este gesto ambiguo el Portero lograba resultar mucho más amenazante incluso que el propio Hermano Ulpiano en uno de sus acreditados accesos de ira. Este distintivo rasgo facial del Hermano Lázaro, que como puede suponerse era el origen del poco original apodo de el Dientes con que solíamos referirnos a él entre los novicios, estaba enmarcado además por varias feas cicatrices que se apiñaban en torno a sus labios. Cicatrices que, según algunos rumores extremadamente maliciosos, se había hecho él mismo al morderse accidentalmente. Para terminar, debo añadir que el Hermano arrastraba una cojera casi tan pronunciada como la del Padre Felicísimo, aunque no se trataba en este caso de un achaque de la edad sino del resultado, según se decía, del atropello por un carruaje sin control en una de las calles de la Ciudad que con tanta frecuencia se veía obligado a visitar.

En las clases a las que acudía en sustitución del Padre Crisógono solía

recurrir a unas pocas frases hechas, que combinaba en breves pero siempre contundentes disertaciones para pasar luego a formularnos preguntas a cada uno de nosotros, de uno en uno, mientras los demás seguían estudiando en silencio. Sin embargo, las preguntas del Hermano Lázaro raramente versaban sobre el contenido de los textos o guardaban relación alguna con los conceptos de la Nueva Doctrina. Más bien solía interesarse por cuestiones personales de los novicios, como los temas de conversación preferidos con los compañeros, las lecturas que frecuentábamos en la Biblioteca e incluso los comentarios que los otros profesores hacían en sus clases sobre asuntos no estrictamente académicos, siempre buscando, según aseguraba Tiberio, a posibles espías de los Severinos por encargo del Superior.

Por su parte, Beldo aseguraba que el Hermano Lázaro no era malo en el fondo, que su gesto era en realidad una pose y que aquellas precauciones eran lógicas, después de lo sucedido con el Padre Ovidio y de la permanente vigilancia a la que era sometida la Orden por los Severinos. Sin embargo, el que sus interrogatorios fueran por el bien de la Orden no los hacía menos incómodos, y todavía guardo el recuerdo del desasosiego que me producía su hablar siseante, continuamente salpicado de amables palabras y sonrisas relucientes que, sin embargo, no lograban transmitir sensación de calidez alguna.

La primera vez que el Hermano Lázaro me sondeó fue sólo unos meses después de haber profesado como novicio. Se dirigió a mí con una cordialidad que me amedrentó por excesiva, a pesar de que en un primer momento mantuvo discretamente oculto su formidable armamento bucal.

—¡Vaya, vaya! ¡Ja, ja! ¡Pero si es el pequeño Polibio, el Bibliotecario! — exclamó entre siseos—. ¿Estás cómodo entre nosotros? ¡Seguro que sí! ¡Ja, ja! Por cierto, pequeño, creo que el Padre Felicísimo está muy satisfecho contigo...

Asentí sin decir nada, intentando no mirarle directamente al rostro.

—Es lamentable todo lo que le sucedió a aquel niño, a tu amigo Galerio, ¿verdad? —preguntó de pronto, exhibiendo por primera vez la más amplia de sus sonrisas—. Eutimio me ha contado que érais amigos... ¿Quieres que hablemos un poco de ello?

Me dio la impresión de que por una vez se estaba esforzando en que su sonrisa de acero resultara más reconfortante que amenazadora, pero estuvo muy lejos de causar en mí esa impresión. Por un momento no supe qué responderle y la mención del antiguo lugarteniente del Ofidio, a quien el

propio Hermano había sido asignado como tutor oficial, no tuvo un efecto precisamente tranquilizador. Ya me disponía a asentir sin mucho entusiasmo cuando de repente, como en respuesta a una invocación, el fantasma de Galerio se materializó junto al Portero aunque éste no dio muestra alguna de notarlo. Galerio me miró fijamente y me hizo un gesto negativo. Antes de pensarlo siquiera ya había optado por seguir la sugerencia del espectro y repetí su gesto para el Hermano Lázaro mientras Galerio se desvanecía lentamente.

—No sé qué decir, Hermano. Sólo que Galerio era mi amigo y que me puse muy triste —respondí movido por una repentina inspiración mientras mantenía la vista fija en el suelo.

El Hermano Lázaro acercó la mano a mi barbilla y alzándome el rostro en un movimiento brusco me obligó a devolverle durante unos segundos la mirada. Su gesto me recordó a uno muy similar del Padre Ovidio, aquel día en su habitación, aunque los ojos del Portero eran muy diferentes. Menos ávidos y maliciosos, mucho más ardientes y determinados que los del Maestro de Oblatos. Mucho más peligrosos. Sentí cómo mis esfínteres empezaban a aflojarse y comprendí que no podría contenerme por mucho tiempo. Y como el propio Padre Ovidio en su día, el Hermano Lázaro tampoco pareció darse cuenta de nada.

—Ah, Polibio, lo comprendo... —susurró al fin, soltándome—. Fue terrible... Pero recuerda que todos en el Santuario somos tus amigos, tu familia en realidad... ¿Qué será de nosotros, de toda la Comunidad, de toda nuestra Orden, si no confiamos los unos en los otros?

Por último, y afortunadamente antes de que pudiera llegar a consumarse lo inevitable, me ordenó que volviera a mi pupitre, lo que hice con inmenso alivio. Quizás fue aquella sensación la que me hizo relajarme el resto de la clase y no estar suficientemente atento a lo que sucedía a mi alrededor. Y quizás por ello no fue sino hasta muchos meses más tarde cuando me di cuenta, por vez primera, de que el Hermano Lázaro no interrogaba nunca a Eutimio ni a ninguno de sus amigos, tal como hacía con el resto de nosotros, aunque fui incapaz entonces de extraer conclusión alguna de aquel hecho.

Con el transcurso de los años el Hermano y yo tuvimos muchos otros encuentros, algunos aparentemente inocuos como éste, otros con importantes e incluso dramáticas consecuencias. Sin embargo, ya desde aquel día los dientes metálicos del Hermano Lázaro se incorporaron, al lado de las manos velludas del Padre Ovidio, de las burlas de Eutimio y Floro o de los sollozos

contenidos de Galerio, a la materia prima de la que se nutrían mis pesadillas.

14. Sobre miedos y anhelos

Una mañana de domingo en la que acudí a nuestra cita en los Jardines con algo de retraso, Penélope me recibió con grandes aspavientos.

—¿Dónde estabas? —preguntó rebosando impaciencia—. ¡Vamos! ¡Quiero enseñarte algo que he descubierto! —y me arrastró por los senderos empedrados y los matorrales hasta conducirme a una zona bastante alejada de la acequia que no solíamos frecuentar, un pequeño claro flanqueado al sur por una pared de setos densamente tupidos que en más de una ocasión habíamos intentado atravesar aunque sin éxito—. ¡Sígueme!

Mi amiga se introdujo con decisión por una pequeña abertura casi a ras del suelo en el follaje y comenzó a reptar con energía, desapareciendo de mi vista rápidamente. No pude hacer sino seguirla, y después de arrastrarme durante varios metros y tener que desenganchar mi hábito varias veces de entre el lío de ramas secas y de raíces en que se había enredado, me encontré de pronto a su lado en una especie de pasillo verde oscuro, un corredor despejado entre dos inmensos muros vegetales, que se extendía a lo largo de varias decenas de metros a cada lado.

Enseguida me di cuenta, por las abundantes ramas más jóvenes que sobresalían de lo que parecía el cuidadoso trazado original, de que el gigantesco seto llevaba mucho tiempo sin ser podado. Sin embargo, eso no suponía un obstáculo para nuestra escasa estatura. Sólo por encima de nuestras cabezas las ramas llegaban a tocarse unas a otras hasta casi cerrar por completo el corredor, y probablemente en pocos años más el pasillo acabaría convertido en un túnel tan sombrío como el propio pasadizo de la acequia.

—¿Qué es esto? —pregunté a mi amiga convencido de que, fuera lo que fuese, ella ya lo habría explorado por su cuenta. Aunque no con la frecuencia con que lo hacía antes, Penélope continuaba visitando los Jardines entre

semana, tal como lo había hecho ya antes de conocerme.

—¡Es un laberinto gigante! —exclamó alborozada—. ¿A que no eres capaz de encontrarme? —y salió disparada hacia la derecha sin darme tiempo para reaccionar. La seguí con la mirada mientras me sacudía el hábito antes de disponerme a ir tras ella pero a los pocos metros realizó un súbito giro a la izquierda y desapareció por completo de mi vista.

—¡Vamos! ¿A qué estás esperando? —oí su voz amortiguada por varios metros de espesura verde y me lancé tras sus pasos antes de arriesgarme a perderla.

Durante largo rato intenté llegar hasta Penélope sin éxito. Al girar en el mismo recodo en que lo había hecho ella me encontré en otro pasillo flanqueado por nuevas hileras de setos en el que hallé tres posibles salidas. No tenía ni idea de cuál había escogido Penélope. Sin duda mi amiga tenía razón: aquello era en verdad un laberinto, un complejo y diabólico entramado en el que me fui adentrando poco a poco, sin estar muy seguro de cómo iba a conseguir salir.

De cuando en cuando podía oír sus risas en respuesta a mis llamadas, a veces más lejanas, en ocasiones muy próxima, justamente al otro lado de la gruesa pared vegetal. Por fin, al doblar un recodo me hallé frente a un amplio círculo, de al menos una treintena de metros de diámetro. En su centro exacto se erguía un árbol de aspecto colosal, tan estirado que al principio lo tomé por un gigantesco ciprés, aunque su tronco era muchísimo más grueso. Tiempo después, sin embargo, averigüé que se trataba en realidad de un ejemplar antiquísimo perteneciente a una especie exótica procedente de las Indias, extremadamente grande y longeva, denominada secuoya. Penélope estaba subida en una de las ramas más bajas e intentaba alcanzar, sin éxito, la rama más próxima, a varios metros sobre su cabeza.

—¿Ves? ¡Este tiene que ser el centro mismo del Laberinto! —exclamó con deleite cuando vio la expresión de asombro en mi rostro. Sin embargo, lo que había causado esa expresión no era sólo el enorme tamaño del árbol en que mi amiga se hallaba encaramada. Alrededor de Penélope, mirándola fijamente, se erguía un nutrido grupo de figuras inmóviles, varias decenas de muertos en hábito negro desplegados en círculo en torno al árbol y a mi amiga, con los brazos ajados extendidos hacia lo alto y tan próximos unos a otros que casi se tocaban entre sí.

—¡Ven y ayúdame! ¡Desde ahí arriba tiene que verse qué hay más allá del muro! —exclamó Penélope haciéndome un gesto. Sin embargo no podía

acercarme, sabiendo fehacientemente que no debía tocar a ninguna de aquellas figuras. Me preguntaba a la vez qué tenía de especial aquel lugar para congregarse a tantos de mis espectros, y el significado de su extraño gesto. Y también cómo demonios mi amiga había llegado hasta el árbol.

Entretanto Penélope se impacientaba y no se me ocurría qué hacer o decir para calmarla. No me parecía procedente explicarle que no podía acercarme a ella porque me lo impedía un grupo de espectros a quienes no debía tocar bajo ningún motivo. De pronto mi amiga lanzó un agudo chillido. Al instante, del interior de la secuoya una inmensa bandada de pájaros alzó el vuelo y tras unos segundos de revoloteo agitado sobre los setos se volvieron al unísono hacia el anciano árbol. Los fantasmas desaparecieron todos a un tiempo, sólo un suspiro antes de ser atravesados por una nube de flechas aladas que retornaban a su refugio entre el follaje.

—¡Me he clavado una rama en el culo! —protestó Penélope mientras la ayudaba a bajar, sin saber que era ella misma quien había encontrado la solución para mi dilema.

La siguiente vez que vi a Galerio, paseando bajo las arcadas del mismo claustro bajo cuyas losas estaba enterrado su cuerpo, le pregunté por el significado de aquella extraña escena. Había descubierto que su espectro prefería deambular por aquel rincón del Santuario en particular, y aunque nunca podía estar seguro de ir a encontrarle a veces me acercaba hasta allí con esa esperanza. Omití, eso sí, toda mención a Penélope y referí la historia como si yo mismo hubiese sido el que había subido a la secuoya y se había visto rodeado de espectros. Le insistí para que me revelase si había corrido algún peligro, pero el fantasma de mi amigo ignoró mis comentarios y se limitó a acompañarme durante unos minutos en silencio. Después de un rato, sin embargo, se volvió hacia mí y me miró, no desde sus acostumbrados ojos tristes, sino desde mucho más allá.

—Los muertos tenemos extraños propósitos y no sabemos mucho los unos de los otros —musitó con voz ronca—. Pero te diré que existen otros muchos lugares sagrados en el Santuario, además de los que ya conoces...

Aquella reflexión tan vaga no me satisfizo en absoluto. Volví a insistirle machaconamente acerca de si podía resultar peligroso regresar a la secuoya hasta que al fin, quizás viendo que no le dejaría tranquilo hasta obtener una contestación, el fantasma de mi amigo pareció ceder y esbozó un gesto que

quise interpretar como de afecto.

—Si quieres una respuesta, te la daré: es preferible que no vuelvas allí.

Animado por una respuesta tan concisa, intenté sacar partido de lo que me parecía una actitud más amistosa del fantasma de Galerio que la habitual, y le planteé otra de mis dudas.

—Pero ¿por qué únicamente tú me diriges la palabra? Puedo ver a muchos como tú, no sólo a tí. ¿Por qué ellos me ignoran? —me quejé aun a sabiendas de que había sido testigo de algunas excepciones a esta regla.

Galerio me respondió esta vez sin titubeos:

—Sólo voy a decirte esto, Polibio: tú quisiste ser mi amigo en vida, aunque era imposible que supieras cómo podías protegerme de mis enemigos, pues eras sólo un niño. Por eso te ayudaré a guardarte de tus enemigos vivos mientras me sea posible. Pero entre los muertos no tienes enemigos de quienes deba o pueda protegerte, al menos no todavía. Debes ignorarles, como ellos te ignoran a tí. Sus propósitos no tienen que ver con los míos ni contigo. Cuando sea así, te aseguro que lo sabrás... —Galerio siguió hablando mientras comenzaba a desvanecerse poco a poco, y cuando lo hizo del todo sus palabras quedaron flotando como suspendidas en el aire vacío delante de mí—. Aún así, te revelaré algo: no soy el único de nosotros a quien le importas...

Aquella declaración del fantasma de mi amigo me infundió en un principio una agradable sensación de confianza, aunque no contribuyó demasiado a aclarar el extraño enigma del Laberinto. No estaba seguro de si Galerio había insinuado que la secuoya podría tener para los espectros una significación especial. Tuvo que transcurrir cierto tiempo hasta que caí en la cuenta de que aquél árbol era probablemente el ser más viejo que había en todo el Santuario, más que los propios edificios centenarios e incluso que las venerables reliquias de la Capilla. Quizás aquella secuoya milenaria fuese para los espectros el lugar más sagrado del recinto, un poderoso símbolo telúrico, el equivalente de la Capilla para nosotros los vivos. Y lo que Penélope perturbó aquel extraño día, una especie de ceremonia con algún propósito imposible de imaginar. En cualquier caso, nunca quise volver al Laberinto con mi amiga y me opuse radicalmente, a pesar de sus burlas, cada vez que ella sugirió que lo hiciésemos. Y aunque en algunas ocasiones pude ver algún espectro deambulando silencioso por los alrededores del claro como en busca, él también, de alguna abertura por la que adentrarse entre los elevados setos, nunca volví a ser testigo de la extraña escena de nuestra

primera visita.

La entrevista con Galerio, y más en concreto las últimas palabras de su espectro, tuvo además un efecto que yo no había previsto en absoluto. Aquel último comentario sembró en mi mente la semilla de una duda escalofriante, una incertidumbre que en pocos días fue creciendo hasta llegar a convertirse en una obsesión y amenazar con corroerme el alma.

La pregunta que me formulaba de continuo, por absurda que pueda parecer, era ésta: ¿podía estar seguro de que Penélope no era también una visión, un fantasma más de los que rondaban por el Santuario? ¿No podría ser ella ese espectro de quien Galerio había dicho que se interesaba por mí?

En varios días no conseguí quitarme de la cabeza la idea de que nadie vivo que conociera podía corroborar su existencia, ya que jamás había estado con mi amiga delante de terceros. ¿Y acaso no era su misma presencia desde el primer momento, en aquel entorno onírico de los Jardines, casi tan absurda como la aparición del mismo Galerio en la celda del Padre Ovidio? Sólo tenía para justificarla la propia historia que ella me había contado, y que yo no había podido nunca confirmar por ninguna otra fuente. Y ¿quién podía asegurarme que los muertos no mentían?

Comencé a pensar en la eventualidad de que, aunque fuese incapaz de recordarlo, hubiese conocido a Penélope en mi vida anterior al ingreso en el Santuario y que ese pudiese ser el motivo de que hubiese regresado a mí después de su muerte, tal como lo había hecho Galerio. Aquella hipótesis me llevaba inevitablemente a la posibilidad de que todas mis horas, mis meses y mis años de juegos en los Jardines con la que suponía mi más íntima amiga no hubiesen sido, vistos desde fuera, sino los delirios de un muchacho medio loco.

Anduve perdido en estas digresiones toda aquella semana, distraído de mis obligaciones hasta el punto de que el Hermano Aurelio tuvo que amonestarme varias veces por mi falta de atención. El domingo siguiente acudí a la cita antes de tiempo y con el corazón alborotado, sin saber cómo podría asegurarme definitivamente de la verdadera naturaleza de mi amiga. Pese a los argumentos, que continuamente me repetía, en favor de la existencia de una Penélope real, viva, cálida y tangible, el miedo a que a pesar de todo mi compañera de juegos no fuese más que una ilusión, a que de algún modo hubiera podido engañarme a mí mismo percibiendo a un ser de carne y hueso donde sólo había un fantasma, me mantuvo durante toda la espera con el alma como atrapada por un puño implacable.

Sin embargo, cuando la vi llegar a la carrera y lanzarse sobre mí en un abrazo lleno de alegría y de vitalidad, y pude volver a sentir el tacto cálido de sus dedos morenos, todas mis dudas se desvanecieron sin dejar rastro, tan súbitamente como lo había hecho el espectro de Galerio en su primera visita.

Semanas después me di cuenta de que en realidad siempre había dispuesto de una prueba evidente de la existencia real de Penélope, que entonces no fui capaz de discernir: al contrario de lo que había sucedido con Galerio, a cuyo fantasma siempre vi con el aspecto del niño que era cuando murió, Penélope había ido creciendo conmigo a lo largo de los años. Pero cuando caí en la cuenta de este detalle el asunto carecía ya de importancia.

En cualquier caso, nunca más volví a abrigar el temor de que mi amiga no fuese real, aunque sí que pensé en alguna ocasión en que existía efectivamente una posibilidad de que, algún día que esperaba fuese muy, muy lejano, pudiera llegar a encontrarme ante su espectro. Pero me juré entonces que encontraría la manera de que aquello no llegara a suceder jamás. En realidad, lo que llegué a prometerme fue que me quitaría yo mismo la vida si a ella le sucedía algo: no quería pasar por el trance de tener que verla convertida en una pálida sombra del extraordinario ser al que tanto admiraba. Y aunque las absurdas dudas de aquella semana quedaron definitivamente enterradas, el intenso miedo que sentí a perderla (debiera decir, más bien, a no haberla tenido nunca en realidad), el temor a que la Penélope que conocía y a quien ya entonces quería, a mi modo, intensamente, no fuese real, todavía perdura en mi memoria en forma de la más pura sensación de pánico.

Y antes de terminar con este episodio, y pese a que tal vez parezca que no guarda excesiva relación con todo lo anterior, quiero añadir una reflexión más. Se me ocurre que bien pudiera ser que aquel incidente, que transmite hasta qué punto una parte al menos de mi vida discurría en permanente contacto con lo irreal o, cuando menos, en el límite de lo ilusorio, fuera determinante en mi futura vocación como científico. En cierto modo, comprender a fondo las leyes y ecuaciones de la Física pudo ser mi respuesta inconsciente a todo ello, mi propia manera de aferrarme a un mundo tangible, del que no sólo tenía la completa seguridad de que existía más allá de mí mismo, sino que además era susceptible de ser medido, analizado y predicho con exactitud.

A lo largo de los casi dos años transcurridos desde que nos encontramos

junto al estanque de la carpa anaranjada, Penélope y yo llegamos a conocer los Jardines del Santuario como probablemente nadie los había conocido jamás antes. Por iniciativa de mi amiga habíamos explorado minuciosamente el muro exterior que rodeaba los Jardines, y constatado la presencia de varias grandes torres incrustadas en él, dos de ellas junto a la entrada principal y algunas más repartidas a lo largo de su perímetro. Todas ellas tenían grandes puertas de madera semiocultas por la maleza, que jamás pudimos traspasar pese a los intentos de Penélope por forzar el portón de aspecto menos sólido con una gruesa barra de hierro.

También descubrimos una tapia interior, no tan alta como la muralla externa y en mucho peor estado, que unía la parte este de dicho muro con los edificios más próximos del Santuario. Esta tapia dividía de manera efectiva la inmensa finca en dos partes separadas, la sur, que incluía nuestros Jardines, y la norte, que además de los edificios, los patios, el huerto, las granjas y las colinas contenía numerosos restos de edificaciones secundarias en estado ruinoso, algunas casi totalmente ocultas bajo la maleza. En adelante, en alguna ocasión en que la nieve y el hielo habían hecho impracticable el acceso a través de la acequia, pude llegar hasta los Jardines franqueando esta tapia por alguno de los puntos en los que estaba parcialmente derruida. Trepando sobre los escombros podía conseguirlo sin dificultad aún a pesar de mi corta estatura. Pero aquella ruta nunca fue mi preferida, pues me obligaba a atravesar los edificios abandonados, la sucesión de sombrías y húmedas ruinas cubiertas de marañas de zarzas y de hiedra, que tanto me habían amedrentado desde pequeño y entre las que a veces creía ver moverse, siempre por el rabillo del ojo, sombras fugaces que no sabía si correspondían a espectros o a animales vivos.

Sólo cuando empezamos a tener la sensación de que los Jardines no tenían ya secretos para nosotros, Penélope y yo nos atrevimos a ir un poco más allá y a acercarnos hasta los límites de nuestros mundos respectivos. Penélope fue la primera en ofrecerse a mostrarme los barracones de la servidumbre. Oculto tras los matorrales pude observar desde una distancia prudencial a aquellas mujeres de las que sólo en raras ocasiones me hablaba, tendiendo la ropa recién lavada, en su mayoría largas hileras de hábitos negros, mientras canturreaban, voceaban, discutían o maldecían. Por mi parte yo la llevé, sin mucha convicción y tras considerable insistencia por su parte, hasta la reja al otro lado del túnel, en una excursión en la que, con el corazón encogido, esperaba ver aparecer a Eutimio o al mismísimo Hermano Lázaro tras cada

recodo.

Sin embargo, aunque nuestros ratos compartidos casi siempre resultaban gratificantes para ambos, con el paso del tiempo fui tomando conciencia, de forma gradual, de que en cada nuevo encuentro Penélope se volvía más y más impaciente. Sus intentos por saber lo que había al otro lado del muro del Santuario no cesaron en ningún momento. De cuando en cuando resurgía esa inquietud, y cada vez lo hacía con fuerza renovada. En una ocasión me convenció para intentar subir a lo alto del que parecía uno de los árboles más grandes del jardín, un inmenso plátano cuyas ramas, cuajadas de grandes hojas estrelladas de un intenso verde claro, se extendían poderosas hacia lo alto, muy próximas al muro sur y dispuestas de modo que casi invitaban a trepar como por una escala, muy diferentes a las de la inaccesible secuoya del Laberinto.

—¡Vamos, Polibio! —exclamó—. ¿No ves que es muy fácil? —insistió al verme dudar. Lo cierto es que yo aún era un niño entonces y todavía de los de más escasa estatura entre los novicios. Me sentía ya lo bastante diminuto entre las inmensas raíces del plátano, erguidas en un nudo enmarañado casi hasta la altura de mi cabeza, como para pensar en trepar por aquella sucesión interminable de ramas que se perdía en lo alto, entre las propias nubes—. ¡Seguro que esta vez podemos ver lo que hay al otro lado! ¡A lo mejor, incluso alcanzamos a distinguir el palacio del Patriarca!

Inició la subida con su agilidad y energía habituales y yo la seguí con más prudencia, como siempre. Poco a poco nos fuimos elevando sobre el nivel de los setos y arbustos, y luego sobre el de los árboles jóvenes más próximos. Intentaba no quedarme atrás, pese a que cuando miraba hacia abajo me invadía un extraño sudor y sentía que algo comenzaba a agitarse en la base de mi estómago. Pero Penélope avanzaba sin titubeos, impelida por una fuerza irresistible, ya a bastantes metros por encima de mí. Me esforcé en mantenerme tras ella mientras se iba abriendo paso hacia arriba, poco a poco pero inexorablemente. Sin embargo, casi de repente, el ascenso se volvió mucho más difícil. Las ramas eran ahora más jóvenes y flexibles y cada vez resultaba más complicado encontrar un apoyo seguro. Alrededor nuestro tan sólo podía distinguir más y más verde, un mosaico con todos los tonos posibles, apenas salpicado hacia lo alto de unos pocos centelleos de azul intenso. Casi sin darme cuenta me encontré a la altura de Penélope. Se había detenido por completo, incapaz de encontrar el modo de seguir avanzando, y me miraba con un gesto de frustración.

—¡Tiene que haber una manera! —exclamaba irritada mientras tanteaba con impaciencia a un lado y a otro. Finalmente intentó uno de los apoyos, pero la rama se partió (el corazón dejó de latirme por un instante) y a punto estuvo de perder el equilibrio y caer al suelo, lo cual hubiera significado con seguridad su muerte.

Por fin, después de varios intentos fallidos más no nos quedó otro remedio que comenzar un lento, cauto y, en el caso de Penélope, también amargado descenso. Pensé entonces, aliviado, que aquel episodio pondría punto final a la obsesión de mi amiga por el mundo exterior al Santuario, pero no sabía hasta qué punto me equivocaba. Como ya he dicho, aún era muy niño todavía, por completo incapaz de penetrar los verdaderos motivos de sus anhelos, ni de hacerme una idea realista de cuáles eran las perspectivas de Penélope en el Santuario. No podía imaginarme siquiera el futuro inexorable que la aguardaba acechante en los barracones, dispuesto a saltar sobre ella en cuanto alcanzase la mayoría de edad, un futuro del que Penélope, aunque debía de ser muy consciente ya entonces, jamás me hablaba. En realidad yo había olvidado muy pronto, tal como he podido comprobar después que hacen siempre los niños con los malos recuerdos, los odiosos tiempos del Padre Ovidio y el modo en que mis visitas a los Jardines me habían servido para escapar de la angustia de lo cotidiano. Y había acabado por asumir que la rutina diaria sería para mi amiga, una vez incorporada oficialmente a la servidumbre, algo parecido a lo que mi propia vida de novicio había empezado a suponer para mí tras la marcha del Maestro de Oblatos. No me imaginaba siquiera que lo que para mí no era sino mi hogar para Penélope era, en realidad, una prisión.

Debo aclarar, y con esto quiero concluir este asunto, que tampoco era yo entonces consciente del alto precio que Penélope debía ya pagar muchas veces por el simple hecho de escapar junto a mi lado, y que se traducían en la presencia habitual de magulladuras repartidas por todo su cuerpo. Sólo puedo justificar esa inconsciencia nuevamente desde el candor de mis aún escasos años, tal vez diez, once a lo sumo. Ella, por su parte, atribuía siempre la profusión de cardenales a la dureza de las tareas que debía realizar en los barracones y yo, para mi vergüenza, no hice ningún esfuerzo durante años por encontrar la auténtica explicación, mucho más lógica y dolorosa.

15. Hallazgo en la Pinacoteca

En la segunda planta del ala oeste, justamente sobre la Biblioteca que ocupaba las dos primeras alturas, se encontraba la Pinacoteca. Con este pomposo nombre denominábamos en el Santuario a un larguísimo corredor que albergaba una ingente colección de pinturas. Los cuadros, la mayoría retratos de cuerpo entero cubiertos de polvo y en muchos casos también de telarañas, se sucedían en una serie interminable a lo largo de sus paredes, intercalados entre los ventanales que se abrían en su lado norte, frente al huerto y las colinas, y la misteriosa sucesión de puertas siempre cerradas que jalonaba el otro.

Casi todas las pinturas representaban a miembros de la Orden, retratados a lo largo de muchos siglos y por muchas manos diferentes. Algunos cuadros mostraban figuras de majestuoso porte, revestidas de púrpura y con tiosos bonetes coronados de borlas del mismo color; la mayoría eran sin embargo hombres de aire más sencillo, vestidos con simple hábito negro y con gran variedad de rasgos y gestos. Unos con rostro severo, casi enojado, otros de aspecto dulce y apacible; unos gruesos y de perfil orondo, otros flacos como espárragos; algunos sentados, la mayoría de pie; muchos con las manos cruzadas en el regazo, el resto sosteniendo libros sagrados (entre los que parecían predominar las “*Confesiones*” de nuestro Santo fundador) u otro tipo de objetos, siempre de manifiesto cariz religioso.

Pese al denominador común a todos ellos, resultaba sin embargo sorprendente constatar la variedad de técnicas de los distintos artistas, las sutiles pero apreciables diferencias en el tratamiento del omnipresente hábito negro que podían advertirse de un estilo a otro, e incluso los matices en los pequeños detalles como el calzado, los lentes o las joyas. Aquellas diferencias permitían deducir a un observador avezado que eran siglos lo que separaban entre sí a muchos de aquellos personajes, aún sin consultar el

pequeño rótulo que, en la esquina inferior izquierda de cada uno de ellos, recogía el nombre del personaje, el año de ingreso en la Orden y el de su óbito.

Fue precisamente aquella extraordinaria colección de retratos la que me permitió identificar a muchos de los muertos que veía deambular de ordinario por el Santuario, una vez que hube averiguado la verdadera naturaleza de buena parte de sus moradores. Aunque no sólo fue ésta su utilidad en lo que a mí respecta ya que, tal como se verá enseguida, también me sirvió precisamente para lo contrario, es decir, para identificar a alguno de los vivos. En cualquier caso, la Pinacoteca no parecía ser un lugar frecuentado por los espectros, quizás porque no les resultaba agradable reconocerse en los lienzos tal como fueron un día en vida.

En el extremo de la Pinacoteca, en un ensanche que allí formaba la galería, estaba ubicado el taller del Hermano Lucas. El Hermano Lucas no impartía clases. Aparte del Hermano Lactancio, el responsable del Zoológico, era el único miembro de la Comunidad que nunca lo hacía. El Hermano Lucas era un prestigioso artista y su trabajo significaba una de las pocas fuentes seguras de ingresos de que disponía la Orden, por lo que estaba dispensado del ejercicio de la docencia. En la tradición de su larga lista de predecesores, los pintores que habían contribuido a aquella exhaustiva galería de enigmáticos personajes, el Hermano Lucas se había especializado en el retrato y siempre tenía varios a medio pintar, uno sobre el enorme caballete y el resto apoyados en el muro en espera de su turno. Estos retratos no representaban únicamente a miembros de la Orden. El Hermano Lucas era en realidad uno de los retratistas de mayor prestigio en toda la Corte. Trabajaba de forma rápida y discreta: le bastaban unas pocas visitas a la mansión del poderoso de turno, unas breves sesiones en las que tomaba rápidos apuntes del rostro y las manos de su modelo. Luego el Hermano agregaba a estos bocetos fondos, indumentarias y accesorios que se hacía colgar de perchas y maniquíes para componer, en la intimidad de su estudio al fondo de la Pinacoteca, los cuadros definitivos. Durante mucho tiempo, los retratos a medio terminar de aquellos nobles de arrogante aspecto tocados con gorros emplumados, de orgullosas damas engalanadas con vestidos de formas pintorescas y escotes sorprendentes, y de altos y mayoritariamente orondos jefes de la Iglesia fueron mi única ventana al mundo que sabía que existía más allá de los límites del Santuario. Un mundo que durante años, y aunque parezca ingenuo en demasía, imaginé habitado exclusivamente por aquellas

gentes de porte altivo y pomposo ropaje.

La primera vez que visité la Pinacoteca fue para llevarle al Hermano Lucas, de parte de mi amigo Beldo, una enorme garrafa de esencia de trementina que había acabado en la Botica por un error del Hermano Lázaro.

Recuerdo cómo avancé con mi pesada carga ante la colección de personajes en hábito negro, presa de un creciente desasosiego motivado por la certeza, sin duda irracional pero no por ello menos vívida, de que en cualquier momento encontraría al Padre Ovidio mirándome con sus ojillos desde uno de aquellos retratos. No fue así, aunque algunas de las figuras me resultaron vagamente familiares, e incluso pude reconocer ya en esa primera ocasión a uno de mis encapuchados de la Biblioteca en el retrato de un fraile alto y serio, gracias sobre todo a que parecía haber llevado en vida la misma expresión adusta que adoptó su fantasma.

Sin embargo, sí que me llevé un gran sobresalto cuando, en uno de los últimos retratos de la galería, vi de repente a una figura menuda, de rostro flaco y barba corta y cuidada, que me miraba con ojos intensos. En ese momento fue como si una visión, aún más real que las apariciones espectrales a las que ya había acabado por acostumbrarme, me hubiese atravesado. Porque el retratado era, sin duda alguna, el extraño monje de los Jardines.

Cuando logré sobreponerme a la impresión que me produjo la posibilidad de que mi desconocido interlocutor (y aunque yo aún no lo había deducido entonces, también benefactor) no fuese un producto de mi imaginación ni una aparición milagrosa tal como había optado por creer hasta ese momento, sino un miembro real de la Comunidad, un habitante vivo del Santuario, dejé mi carga en el suelo y me aproximé para poder verlo más de cerca.

Con seguridad se trataba de él, a pesar de que el rostro parecía más risueño y el cabello era más abundante y oscuro de lo que recordaba. Le había reconocido de inmediato, aunque debo admitir que hasta ese mismo instante sus rasgos habían permanecido entremezclados en mi memoria con los del Cristo de la Capilla. Porque había sido a Él a quien la imaginación fantasiosa de mis pocos años había elegido atribuir el milagro de la desaparición del Padre Ovidio, una vez descartada la otra posibilidad que durante un tiempo consideré, a saber, que el extraño fuese uno más de mis muertos. Pero aquel retrato representaba sin duda alguna a un hombre de carne y hueso, o al menos a alguien que lo había sido, el mismo hombre que

se había quedado con la carta de Galerio entre sus manos y de quien yo había escapado a la carrera, presa de un terror incontrolable.

Me fijé entonces en el pequeño rótulo de la esquina inferior derecha del cuadro, que siguiendo el mismo patrón que en todos los demás retratos de la serie rezaba sencillamente: “*Pater Hyacinthus. OSA. A.D. 2313*”. La ausencia de fecha de defunción parecía indicar claramente que el retratado seguía en este caso con vida, aunque, en realidad, sólo el nombre ya me había proporcionado esa información.

También me fijé en la poco habitual disposición de la figura, que se apoyaba con su mano izquierda sobre una mesa atestada de un gran número de objetos. Éstos parecían de cariz muy diferente a los que predominaban en el resto de retratos: pluma y papel, compases, un reloj de arena, un largo tubo de cobre y muchos otros pequeños artefactos, a cual más extraño. A su lado se alzaba un voluminoso lote de libros entre cuyos títulos acerté a distinguir, apenas esbozadas por el pincel, palabras tan dispares como “*principiae*”, “teoría”, “universo”, “relatividad” o “mecánica”. Tras la mesa y la figura del hombre acertaba a vislumbrarse, casi perdido en las sombras, un enorme aparato de apariencia metálica sustentado por una gran peana, cuya finalidad no supe adivinar. Algunos de los títulos y el aspecto de los volúmenes a los que correspondían despertaron en mí una extraña sensación de familiaridad. Casi de inmediato me di cuenta de que se trataba de varios textos de la Sección Prohibida de la Biblioteca, entre cuyos lomos me había acostumbrado a curiosear cuando estaba ausente el Hermano Anselmo.

—¡Novicio! ¿Traes lo que me falta?

Di un respingo al oír la voz del Hermano Lucas, que aunque me había oído acercarme no había levantado la vista de su trabajo. Me aproximé y le dejé la garrafa junto a la mesa llena de tubos, frascos y pinceles, aunque seguía teniendo la mente en otra parte. El Hermano Lucas daba en ese instante los últimos retoques a la perilla de un individuo de rostro enérgico y altanero, que desde un trono dorado y vestido con los lujosos ropajes propios de la más alta jerarquía eclesiástica parecía mirar al pintor como si se tratase más bien de su barbero.

Creo que he olvidado mencionar antes que el Hermano Lucas padecía una deformidad causada por un mal congénito e incurable denominado, según decía él, acondroplasia. Eso significaba, ni más ni menos, que era un enano, aunque él no admitía que se usase ese término en su presencia. La deformidad del Hermano nos llevaba a muchos de nosotros a confundirle a

menudo con alguno de los novicios más pequeños, en especial cuando se encontraba de espaldas y no caminaba ya que su andar característico lo delataba entonces. El Hermano Lucas no demostraba sin embargo hallarse demasiado acomplejado por su aspecto. Los privilegios de que disfrutaba desde su posición de miembro más productivo de la Comunidad le permitían, al menos dentro del mundo cerrado que era el Santuario, considerarlo como una simple peculiaridad, un detalle trivial que le diferenciaba menos de los demás de lo que ya lo hacía su incuestionable talento. En ocasiones, el Hermano alardeaba incluso de que algunos de los ayudantes del mismísimo Velázquez, al parecer el más grande de los pintores de los tiempos anteriores al Castigo, habían sido como él. Contaba que el propio gran maestro les había hecho el honor de retratarlos en pinturas que aún se conservaban en alguno de los palacios de la Corte y que él había podido ver personalmente. Ninguno de los novicios le discutimos nunca esta pretensión, aunque tampoco teníamos forma alguna de comprobarla.

El Hermano Lucas solía pintar subido a un elevado taburete en el que se aposentaba como un estilista de la Antigüedad. De este modo podía alcanzar los rincones más inaccesibles de los grandes lienzos que utilizaba mediante larguísimos pinceles, algunos más altos que yo mismo, que sujetaba con una firmeza sorprendente en sus manecillas de niño pequeño. También empleaba unas gruesas gafas que sólo llegaban a aliviar una parte de la considerable miopía que padecía, y que renovaba cada poco tiempo por otras de mayor grosor aún.

—Qué, ¿no te parece perfecto? —exclamó radiante de satisfacción. Luego, cuando no respondí afirmativamente, pareció fijarse mejor en mí y me miró con unos ojos que a través de los lentes me sorprendieron por desmesurados—. ¡Ah, claro! ¡Es imposible que tú le conozcas! Bueno, pues aquí tienes a Su Santidad el Megaobispo en persona. Casi te diría que parece más real que el auténtico, más expresivo... ¡Es mi obra maestra! No es para la galería, por supuesto. Admíralo ahora, muchacho, porque en cuanto se seque lucirá en los salones del Megapalacio —se limpió los dedos en un hábito lleno de manchas multicolores que constituía una obra de arte en sí mismo, aunque de un estilo que seguramente jamás podría ser tan valorado en la corte como lo eran sus minuciosos lienzos. Luego, volviendo su atención al cuadro, se irguió sobre el taburete y entrecerró los ojos, olvidándose en un instante de mi presencia—. Quizás al verlo sea el propio Patriarca quien me encargue que le pinte un retrato... ¡Ah! ¡Eso sería la cima de mi carrera...!

Dejé al diminuto Hermano Lucas perchado en su taburete, murmurando acerca de futuros proyectos, absorto en su obra y en sus sueños de gloria, y regresé pasando de nuevo ante la colección de agustinos ilustres, no sin echar un último vistazo al retrato y comprobar que no me había confundido al leer el texto del rótulo: “*Pater Hyacinthus*”.

El Padre Jacinto. Había oído hablar de él, aunque nunca había tenido la oportunidad de verlo cara a cara desde que era novicio, ya que se decía que sólo con ocasión del Sacrificio dominical, al que yo aún no tenía acceso, bajaba a reunirse con los demás miembros de la Comunidad. El resto de la semana, según los rumores, lo pasaba a solas en su particular dominio: el Observatorio.

Al igual que algunos otros lugares misteriosos distribuidos por los pisos superiores del Santuario (alguno de los cuales jamás llegué a conocer, e incluso dudo de si realmente existieron alguna vez, más allá de en la imaginación calenturienta de los jóvenes novicios), el Observatorio era un sitio absolutamente prohibido para la mayoría de nosotros. La misma palabra se pronunciaba siempre con reserva, pues la Astronomía era un arte rodeado de un aura de peligro, en el mismo límite, en la interpretación más optimista, de lo que la Iglesia consideraba dentro de la ortodoxia y, por supuesto, fuera del plan de estudios impartido en el Santuario en aquellos tiempos. Sólo alguno de los novicios de más edad subía regularmente a los dominios de aquel monje misterioso, con el permiso expreso del Padre Crisógono, para llevarle a diario las comidas y los libros que necesitaba. Lo que nunca quedaba claro en los rumores era si aquella reclusión era voluntaria, o si por contra era impuesta y se debía al oscuro pasado que, según las habladurías, arrastraba el Padre Jacinto a sus espaldas.

En cualquier caso, me hice propósito aquel día de, a la primera oportunidad que se me presentara, intentar conocer personalmente a mi recién identificado bienhechor. En realidad, debiera decir más bien al benefactor de todos los oblatos víctimas del Padre Ovidio, aunque ninguno de mis compañeros lo imaginase siquiera, pues se me hizo claro como el agua en ese instante que era el Padre Jacinto quien, en posesión de la carta reveladora de Galerio, había dado los pasos que acabaron con el fulminante destierro del Santuario de aquel monje despreciable. Sin embargo, no fue sino hasta cierto tiempo después cuando se me presentó esa ocasión, el encuentro que determinó definitivamente mi futuro, cambiando mi vida para siempre y, entre muchas otras cosas, impidiendo que jamás tuviese la oportunidad de ver

un retrato mío colgado en las paredes de la imponente Pinacoteca.

Tal como ha ido quedando patente a lo largo de mi narración, el inmenso recinto del Santuario estaba repleto de rincones que podían calificarse, cuanto menos, de exóticos. La Pinacoteca, el Observatorio o los Jardines no eran, sin embargo, los únicos. Ya he mencionado cómo en las conversaciones entre novicios solían aparecer muchos más, algunos posiblemente reales como los anteriores, pero otros con toda probabilidad fantásticos. Sin embargo, el Zoológico era incuestionablemente real y, desde luego, no le iba a la zaga en cuanto a extravagante a ninguno de los que ya he mencionado. Era una construcción independiente, anexa a uno de los edificios secundarios del Santuario y accesible sólo a través de un pasillo atestado de cajas de madera, sacos de pienso y materiales de deshecho. En realidad se trataba de un antiguo pabellón de grandes dimensiones, lindante con los Jardines, que, según oí comentar al Hermano Aurelio, se había utilizado siglos atrás para la celebración de espectáculos en presencia de gran cantidad de público. Las paredes, formadas por hileras de grandes bloques de piedra grisácea, se erguían hasta cuatro o cinco metros de altura. Sobre ellas se levantaba un techo abovedado sustentado por una gran estructura metálica, que alcanzaba varias veces esa altitud a lo largo de su eje central. La techumbre, de un extraño y antiguo material de textura ondulada, con un aspecto parecido a la piedra pero incomparablemente más ligero y frágil (un material que he encontrado después en buen número de tejados antiguos, de la época anterior al Desastre), estaba agujereada por varios sitios, y los boquetes más grandes habían sido cubiertos torpemente con planchas de madera y malla de alambre. La propia estructura no tenía mucho mejor aspecto, y el conjunto parecía dispuesto a venirse abajo de un momento a otro.

En este destartado edificio la Orden albergaba una insólita colección de animales vivos. Una gran parte del volumen del recinto estaba ocupada por el aviario, con numerosas criaturas volátiles de muchas especies distintas. Las aves se mantenían separadas unas de otras mediante consistentes tendidos de malla que alcanzaban hasta el mismo techo. Había gran cantidad de loros y cotorras de variado colorido, solemnes palomas grises y rapaces de diversas especies, incluyendo búhos, milanos y varios grandes buitres leonados.

A ras del suelo y distribuida por lo que en otros tiempos fueron gradas para el público, una sucesión de jaulas y recintos vallados daba cobijo a un

cierto número de animales terrestres. Entre ellos se contaban un pequeño grupo de avestruces, destilando elegancia desde sus cuellos estirados y sus largas pestañas, una piara completa de pestilentes jabalís, varios antílopes de cuernos aguzados como estoques y algunas cebras asustadizas. Como muestras más exóticas podrían resaltarse la altiva pareja de jirafas, un grupo de viejos camellos de pelo deslustrado, tres o cuatro gorilas de aspecto aburrido y una manada de muy poco regios leones. La mayoría de aquellos animales, incluso los más grandes, habían nacido en el propio Zoológico, y la genealogía de alguno de ellos se remontaba hasta a una docena de generaciones.

En un pequeño barracón auxiliar también se criaban, amontonados en jaulas más pequeñas, una gran variedad de ratas, ratones, cobayas y otros tipos de roedores de distintos tamaños y colores que ocasionalmente usaban el Padre Felicísimo o el Hermano Ulpiano en sus experimentos y que servían además ellos mismos de alimento a algunos de sus compañeros carnívoros.

El Zoológico había sido un proyecto concebido en otros tiempos, a imitación de los grandes recintos con fieras enjauladas que según los libros de antes del Castigo existían entonces en muchas ciudades. Al parecer su propósito no había sido únicamente el de instruir a los estudiantes del Santuario. Numerosos visitantes de todas las procedencias acudían en aquellos días a ver aquel curioso espectáculo, que se mostraba en instalaciones mucho más amplias a todo el que estuviera dispuesto a pagar unas monedas. Sin embargo, el lento declinar del Santuario había afectado también al flujo de visitas y los animales malvivían ahora, la mayoría penosamente escuálidos, en su reducido confinamiento: la Orden apenas si disponía de recursos suficientes para su propia subsistencia y el alimento de los huéspedes del Zoológico era la última de las prioridades del Padre Crisógono.

Aunque el Padre Oberto, el altivo y estirado religioso de pudiente familia aristocrática que nos impartía, cuando no se encontraba de visita en la Corte, las lecciones de Biología, consideraba el Zoológico casi como de su propiedad, lo cierto es que el que velaba por toda aquella decrepita fauna era el Hermano Lactancio, un monje de espalda deforme y muy escasas luces que cuidaba de sus pupilos con verdadera pasión. Dedicaba a los animales no sólo las atenciones que demandaban sus numerosas necesidades, sino también su afecto y su mimo más solícitos. Su preocupación era máxima en los duros meses de invierno en los que, haciendo caso omiso de las protestas del

Superior, llegaba a introducir a las bestias más delicadas en dependencias vacías del propio edificio principal, mucho menos frío que el gélido pabellón del Zoológico. Los demás habitantes del Santuario debíamos soportar, a lo largo de aquellas semanas, un intenso hedor animal que inundaba los pasillos y salas llegando a penetrar casi cada rincón del ala este, y que no desaparecía del todo hasta bien entrada la primavera.

El Padre Oberto alternaba las explicaciones en el aula con las visitas al Zoológico, lo que él llamaba el “trabajo de campo”. Dichas visitas solían prolongarse a lo largo de varias interminables horas, debido sobre todo a lo mucho que gustaba el arrogante zoólogo de escuchar sus propios discursos.

—Tal como podéis ver —explicaba pomposamente mientras señalaba con un índice enjoyado a la gigantesca e imperturbable jirafa a sus espaldas -, el largo cuello de este animal le permite alcanzar las hojas más altas de los árboles de su hábitat natural, en las lejanas tierras del Africa Central, más allá del país de procedencia de los infieles musulimes. De hecho sus antepasados, a base de intentar alcanzar esas hojas durante milenios, fueron estirando su cuello poco a poco, centímetro a centímetro, y aquí tenemos el resultado de ese encomiable esfuerzo colectivo de cientos de generaciones... —y todos permanecíamos mudos ante la simplicidad y belleza de tan obvia explicación que, ahora lo sé, no era la correcta.

Aunque siempre era un modelo de urbanidad con los novicios, el Padre Oberto trataba al Hermano Lactancio con un desprecio manifiesto en el transcurso de aquellas visitas. El Hermano, por su parte, sólo se atrevía a corresponderle con andanadas de torvas y vengativas miradas, torpemente encubiertas bajo un barniz de sumisión servil que sólo conseguía engañar al propio zoólogo. Sin duda podría decirse que el Hermano Lactancio odiaba al Padre Oberto tanto como éste le despreciaba a él, y Tiberio aseguraba incluso que algún día acabaría por asesinarle.

El Hermano Lactancio no tenía asignados novicios a su cargo ya que en realidad era un simple lego que nunca había llegado a profesar como religioso. El Superior le toleraba porque no había nadie más dispuesto a cargar con sus exigentes y en algún caso hasta peligrosos quehaceres. En ocasiones nos enviaba a alguno de los más jóvenes a ayudarle, pero el Hermano nos trataba con la misma aspereza que al resto de la Comunidad, y aunque fueron varias las veces en que me correspondió asistirle en sus tareas antes de serme asignado definitivamente como tutor el Hermano Aurelio, jamás se molestó en llamarme por mi nombre ni dio signo alguno de que me

reconociera en adelante. En realidad, y a pesar de sus limitaciones (o quizás precisamente a causa de ellas), el Hermano Lactancio parecía entenderse mejor con aquellas criaturas que con sus semejantes humanos. Ya se tratase de cualquiera de los novicios o de alguno de los otros Hermanos o Padres del Santuario, a todos se dirigía de modo invariablemente huraño y grosero, y tan sólo se esforzaba por ocultar esta actitud en presencia de su altanero jefe.

En realidad, debo precisar que a mí jamás me gustó el Zoológico. Y no sólo porque nunca me atrajo en demasía el estudio pormenorizado de la organización y costumbres de los seres vivos, no, al menos, si lo comparo con la fascinación que sobre mí ejercieron otros campos de la Ciencia. Aunque algunos de los animales hubieran resultado sin duda impresionantes en libertad en sus territorios de origen, o incluso quizás sólo de haber estado alimentados debidamente, la mayoría de ellos vegetaban amodorrados durante todo el día intentando desperdiciar la menor cantidad de energía posible de su exigua reserva. De modo que el sentimiento que me inspiraba la mayoría de aquellas pobres criaturas era de una inmensa lástima, y cada vez que entraba al destartalado pabellón y contemplaba su aspecto desaliñado y la resignación que asomaba en cada uno de sus gestos, me invadía una sensación de ahogo que me impelía a escapar de allí cuanto antes. En esto contaba con la absoluta comprensión, sobre todo, de Penélope. De hecho, mi amiga solía evitar acercarse siquiera al pabellón, muy consciente de que no podía hacer lo mismo con aquellos grandes animales que con el pez anaranjado de nuestra infancia.

Y, por último, no puedo dejar de reseñar lo que, sin duda, constituía una de las peculiaridades del Zoológico y de su responsable. Aunque el Hermano Lactancio amaba a todos sus protegidos sin excepción, sin duda su criatura favorita era uno de los gorilas, una hembra menuda de tristes ojos negros y pelo tupido y lustroso. El Hermano la había criado desde que nació y la mantenía casi siempre separada de los demás miembros del grupo, argumentando que quería evitar las peleas entre los machos. Sin embargo, para nadie era un secreto que el auténtico motivo de aquella medida eran los celos. Efectivamente, el pobre retrasado sentía una enfermiza debilidad por la pequeña Sara, que era como llamaba a la joven mona, a la que ésta correspondía mirándole indefectiblemente con una adoración que a veces me recordaba el gesto de Beldo para con Tiberio. Los novicios éramos conscientes de esta flaqueza y la explotábamos sin recato. Cuando el Hermano nos pillaba a alguno en una flagrante travesura que afectase a su

Zoológico y amenazaba con descargar su ira sobre el culpable, bastaba mencionarle a su gorila favorito para que se le dulcificara la expresión y estuviera dispuesto a olvidar el asunto.

Sara dormía con el propio Hermano, en la destartalada celda que éste habitaba junto a la entrada del Zoológico. Durante el día el infeliz gustaba de recorrer con ella de la mano el pintoresco recinto, hablándole dulcemente y contándole los secretos de cada uno de sus protegidos. La joven hembra de gorila parecía entenderle la mayoría de las veces, y hubiera jurado que había entre los dos una comprensión que iba más allá de las simples palabras, que existía algo que, de no haber sabido que se trataba de hombre y de mona, hubiera calificado sin dudarlo de sublime.

Los machos del grupo, en especial el más viejo y fornido, tan grande como un hombre cuando se ponía en pie, con ojos perspicaces y el lomo de un gris plateado, eran conscientes de todo esto y dirigían al Hermano Lactancio frecuentes miradas de resentimiento que éste prefería ignorar. En ocasiones llegaban incluso a arrojarle con todo su peso contra las rejas del antiguo y recio carromato que les servía de jaula al paso del Hermano, con más ímpetu y ferocidad de la que jamás llegaban a mostrar, por ejemplo, los propios leones a pesar de su supuesto título de reyes de la selva. Pero a él nunca parecía preocuparle aquella hostilidad mientras tuviera cerca a su querida Sara. Sin embargo, entre los novicios mayores se cruzaban apuestas sobre cuál de los dos crímenes que se presagiaban ocurriría primero. Es decir, sobre cuál de los dos posibles papeles, el de víctima de los furiosos machos o el de asesino vengativo del fatuo Padre Oberto, acabaría representando al fin el Hermano Lactancio. Lo sorprendente fue que, en cierto modo, el Hermano acabó por asumir ambos a un tiempo, el de víctima y el de verdugo, como explicaré en su momento.

16. Reencuentro con un viejo conocido

La ocasión que esperaba desde hacía semanas se presentó por fin una tarde de finales de otoño, mientras trataba de ordenar el montón de libros que se apilaba sobre el escritorio del Hermano Aurelio con los volúmenes que los novicios habían ido consultando a lo largo del día. El Hermano Orosio abrió de sopetón la puerta de la Biblioteca y, al no encontrar a nadie más, se dirigió a mí antes de que pudiese siquiera volverme.

—¡Novicio! El Padre Jacinto ha pedido estos libros... —me dijo con su voz bronca mientras me entregaba una lista con varias anotaciones—. Díselo al Hermano Aurelio y que se los suban al Observatorio cuanto antes —y como viera que me costaba reaccionar lanzó un bramido enojado—. ¡He dicho cuanto antes! —y salió de la Biblioteca tan súbitamente como había entrado.

El Hermano Orosio me había intimidado desde mi primer día en el Santuario, tanto por su voz como por su aspecto hercúleo. A menudo se paseaba con las mangas del hábito arremangadas para que pudiéramos contemplar sus fornidos brazos, cuyos músculos se encargaba de fortalecer levantando a diario una variedad de inmensas piedras que amontonaba junto al huerto, en un ejercicio cuya finalidad fui incapaz de comprender durante muchos años.

Aunque durante mi periodo como oblato apenas había mantenido contacto con él, a lo largo del tiempo que llevaba de novicio había podido comprobar en más de una ocasión la seriedad con que se tomaba su cargo de responsable de disciplina. Por este motivo no me atreví a interrumpirle para explicarle que el Hermano Aurelio había salido del Santuario con los otros dos asistentes, y que no volvería hasta después de Vísperas. Por un momento pensé en correr tras el Hermano Orosio y hacerle ver la imposibilidad de cumplir su encargo de forma inmediata. Sin embargo, de pronto comprendí que aquella era la

oportunidad que había estado esperando. Podía encargarme yo mismo de llevar los libros a su destinatario y si alguien me veía siempre podía justificarme alegando que había creído que el Hermano Orosio me había dado esa orden. Tenía además una vaga idea de por dónde podía llegarse hasta el Observatorio, pues eran muchos los rumores que circulaban al respecto entre mis compañeros. Y, por otra parte, llevaba el tiempo suficiente en la Biblioteca como para confiar en mi habilidad para localizar los libros de la lista. De modo que resolví que había llegado el tan ansiado momento.

Es curioso lo ignorantes que somos, cuando tomamos la mayoría de decisiones a lo largo de nuestra vida, de las consecuencias que éstas van a terminar acarreándonos. Ignoro qué habría sucedido si no me hubiera visto impelido aquel día (por fuerzas que aún no he conseguido comprender del todo, pero de las que de algún modo he aprendido a ser consciente con los años: están ahí, hace mucho que no dudo de eso) a aquel manifiesto acto de desobediencia de las normas, tan contrario a mi habitual modo de comportarme. Pero lo cierto es que, cada vez que vuelvo la vista atrás y observo al joven Polibio en su Biblioteca, todavía mirando temeroso a la puerta por la que acaba de salir el Hermano Orosio, aquella decisión me parece absolutamente inevitable, casi como predeterminada por esas mismas fuerzas misteriosas. Y debo llegar a la conclusión de que, de un modo u otro, mi vida no hubiera sido esencialmente distinta. Tarde o temprano, en cualquier otra ocasión, se habrían confabulado las circunstancias para reconducirme por la vía que se me tenía reservada de antemano: estaba escrito en algún sitio que debía subir al Observatorio y conocer en persona al Padre Jacinto.

Acelerado por un nerviosismo creciente, apenas me llevó unos minutos localizar los primeros libros de la lista, varios gruesos tratados matemáticos que encontré en su lugar correcto en la sección de álgebra. Sin embargo, el último de todos ellos me resultó mucho más difícil de localizar. Según los ficheros debía encontrarse en la sección de Cosmología, término cuyo significado se me escapaba por completo. Sin embargo, el libro no estaba en la ubicación anotada en su ficha. Después de varios recorridos por los pasillos, siempre con resultado infructuoso, se me ocurrió pensar que era posible que el libro se encontrase en la Sección Prohibida, aunque el título no coincidía con ninguno de los que me resultaban familiares.

Por fin, después de una búsqueda minuciosa en las estanterías acristaladas de la Sección, logré encontrar el libro que buscaba, o eso me pareció a través

del tosco vidrio que impedía leer los rótulos claramente. Sólo tuve un instante de duda antes de empezar a registrar el escritorio del Hermano Aurelio en busca de la llave de la vitrina. Y cuando la hallé, me apresuré a sacar el volumen y a volver a guardarla de inmediato, consciente de que esta vez sí que estaba quebrantando una de las normas sagradas de la Biblioteca, e inventando al tiempo una docena de excusas diferentes, todas ellas igual de disparatadas, para justificarme cuando regresara el Bibliotecario.

Cuando lo tuve entre mis manos, no pude evitar fijar mi atención en el libro prohibido pese a tener muy presentes las advertencias del Padre Crisógono. Se trataba de un volumen de aspecto poco amenazante, encuadernado en tela azulada, con gruesos nervios dispuestos a intervalos regulares en el lomo de cuero, como tantos otros. Aunque con aspecto de haber sido restaurado, el libro parecía incuestionablemente antiguo y tenía la apariencia de los de la época inmediatamente anterior al Castigo. Me sorprendió más la extraña portada, con un grabado representando lo que en principio me pareció un raro símbolo y que luego constaté con sorpresa era un óvalo luminoso con un gran ojo dibujado en su centro. En el lomo rezaba: "*Vida Inteligente en el Universo*".

Aquel absurdo título me dejó tan pasmado como la portada de aspecto jeroglífico y estimuló aún más si cabe mi curiosidad, tentándome a echar un vistazo a su interior. Tan sólo hallé un texto repleto de símbolos incomprensibles, feos rótulos y expresiones ilegibles, salpicado aquí y allá de los precisos grabados característicos de esa época, que mostraban imágenes de lo que parecían extraños cielos estrellados. Me estremecí involuntariamente, pues nunca había tenido entre mis manos un libro procedente de la Sección Prohibida de la Biblioteca. Pero al mismo tiempo también me sentí extrañamente excitado, presa de esa singular mezcla de atracción y rechazo que proporciona el contacto con algo que se sabe peligroso. De hecho, aquel libro ininteligible multiplicó las dimensiones de la aureola de sombras que rodeaban en mi imaginación al mítico Observatorio y a su propio señor. Por fin decidí que me convenía librarme de aquello cuanto antes. Ya tenía el pretexto que había estado buscando y era el momento de ir al encuentro del misterioso Padre Jacinto.

Recogí los libros con cuidado y salí del estudio enfilando la escalinata principal, que sólo solíamos usar para subir al Coro alto de la Capilla o para

acceder a la Pinacoteca. La escalinata ascendía en una amplia espiral hasta mucho más arriba, al menos otras cuatro plantas. Pero yo sabía, porque desde los Jardines podía verse bastante bien, que el cuerpo principal del edificio tenía en total hasta siete pisos, el último de los cuales, con el aspecto irregular de un añadido posterior, estaba coronado por una reluciente cúpula semiesférica que según el Hermano Aurelio pertenecía al mítico Observatorio. Aquello suponía dos pisos adicionales que debían ser accesibles, suponía, a través de escaleras secundarias.

En la segunda planta el acceso al tramo de escalera que ascendía más arriba estaba bloqueado por una reja de hierro. Siempre había asumido que se encontraba cerrada pero al empujarla chirrió muy levemente y se abrió con facilidad.

Subí lentamente, uno tras otro, los tramos de escalera. Me sentía sorprendido de mi propia decisión, atemorizado como tantas otras veces cuando me había visto obligado a atravesar zonas del Santuario desiertas o desconocidas para mí, pero incapaz de evitar que mis piernas ascendieran un peldaño más a cada paso.

Las vidrieras que en cada entreplanta iluminaban las escalinatas se encontraban parcialmente cubiertas por gruesas cortinas a partir del segundo piso, por lo que proseguí la ascensión con cautela, aferrando, recuerdo, con avidez el manojó de libros mientras atravesaba los sucesivos rellanos, igualmente amplios y polvorientos, indistinguibles en la penumbra unos de otros.

La escalinata se terminó en el quinto piso. Tres grandes puertas, dos de las cuales tenían una de sus hojas parcialmente abierta, daban al último descansillo. Las versiones que sobre la ruta al Observatorio circulaban entre los novicios más jóvenes se dividían al cincuenta por ciento entre la puerta de la derecha y la de la izquierda. Me había detenido en el penúltimo escalón e iba a decidirme ya a escoger la de la derecha, cuando apareció una negra figura encapuchada que salía de adentro. Sin verme se volvió y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, con una cautela que se me antojó excesiva como para carecer de algún motivo. Luego permaneció unos instantes con la cabeza reclinada sobre la plancha de madera, como escuchando.

Por un momento me sentí aterrado, asaltado por recuerdos que creía que sólo formaban ya parte de mis pesadillas. Capturado, como si de un hechizo se tratase, por la respiración entrecortada y jadeante de la figura, que parecía

que acabase de hacer algún esfuerzo físico de importancia y que obviamente no era un fantasma. Las manos empezaron a transpirarme abundantemente y sentí que el libro de tapas azuladas se me escurría sin remedio. Antes de que cayera al suelo intenté rehacer mi presa sobre el lote, pero sólo sirvió para que todos los libros acabaran por escapárseme entre los dedos cayendo con estrépito, algunos hasta varios escalones más abajo de donde me hallaba. La figura encapuchada se volvió de repente y cuando me vio permaneció inmóvil, mirándome fijamente, intentando discernir entre las sombras que me rodeaban. Por un momento no fui capaz de articular ningún sonido. Luego, cuando me pareció que la figura avanzaba hacia mí con aspecto amenazante, el maleficio que parecía atenazarme siempre en esta clase de situaciones pareció quebrarse y prorrumplí en un torrente de palabras:

—¡Traigo unos libros para el Padre Jacinto de parte del Hermano Orosio! —grité más que exclamé—. ¡Tengo que llevárselos al Observatorio, pero no recuerdo cómo se sube!

La figura, después de un momento, retiró la capucha que cubría su rostro y, a pesar de la escasa luz procedente en su mayor parte de la puerta que permanecía abierta, pude ver con alivio que se trataba del Hermano Lázaro.

—¡Ven aquí, adonde pueda verte! —ordenó, pero antes de que pudiera acercarme volvió a exclamar, esta vez con evidente sorpresa—. ¡Vaya! ¡Pero si es el joven Polibio! ¿Qué haces tú aquí arriba? —me preguntó, como si no hubiese prestado atención a mis precipitadas explicaciones. Volví a justificarme con más calma y esta vez me dirigió una sonrisa excesiva, mostrando sin rebozo sus dientes de metal en un ademán intimidatorio tal como le gustaba hacer delante de los novicios—. ¿A Jacinto? ¿Jacinto el astrónomo? ¿Jacinto el gran sabio? ¡Ja, ja! ¡Más arriba, más arriba! ¡Y por la otra puerta! Esta sólo da al palomar, muchacho... —siseó señalando al lado opuesto del rellano, a la otra puerta entreabierta—. ¡El afamado Padre Jacinto vive permanentemente en las nubes, y no sólo en sentido figurado! ¡Ja! ¿Y esos libros? ¡Déjame que te ayude!

Sin abandonar en ningún momento la horrible mueca me ayudó a recoger los libros, uno por uno, y pude notar que se fijaba cuidadosamente en el título de cada uno de ellos. Sin saber por qué me apresuré a coger el libro azul, que había caído más cerca de mí, antes de que él pudiera hacerlo y coloqué sobre él el montón que me ofrecía. Sin embargo, al instante tuve la sensación de haber cometido un error. Los ojos del Hermano centellearon con una mezcla de sorpresa y deleite y en un instante estuve seguro de que había visto la

etiqueta roja que lo identificaba como perteneciente a la Sección Prohibida, e incluso de que con un vistazo había reconocido el libro de que se trataba. Empecé a temblar, convencido de que el Portero debía saber, con seguridad, que a los novicios no se nos permitía de ningún modo el acceso a libros prohibidos como aquél. Pero el Hermano Lázaro no hizo ningún comentario, aunque por un momento me pareció que iba a echarse a reír a carcajadas, tal fue su expresión de júbilo. Pero luego pareció cambiar de idea y volvió a dirigirme una suave sonrisa, que creo pretendía aparentar complicidad pero que su prótesis convirtió en amenazante, mientras me alcanzaba el último de los libros.

—¡Apresúrate! ¡Y dale recuerdos míos al Padre Jacinto! Hace casi un mes que no le veo... Debe estar muy ocupado últimamente y por eso habrá olvidado que debe asistir al Sacrificio... —El Hermano no pudo evitar que la sonrisa se fuera transformando en una mueca mientras proseguía—. Dile que debe tener cuidado con estas cosas, que nunca se sabe dónde puede haber alguien vigilando... ¿Eh, de acuerdo? Sí, sí, dile que tenga cuidado y no se confíe... ¡Ja, ja! ¡No lo olvides! —Parecía rezumar satisfacción e incluso me obsequió con unas palmaditas en el hombro. Me hizo repetir ambas frases varias veces, divertido por algo que se me escapaba, y se despidió cojeando escaleras abajo, mascullando varias exclamaciones que no conseguí entender bien. Aún pude escuchar una risa seca y breve, proveniente de varias plantas por debajo, mientras aguardaba a reunir el valor suficiente como para continuar la ascensión.

Todavía hoy me pregunto qué fue lo que me impulsó a recoger apresuradamente el libro y a tratar de ocultarlo a los ojos del Hermano Lázaro, pues eso fue lo que intenté hacer aunque estoy seguro de que no lo conseguí realmente. Imagino que el miedo a que mi iniciativa fuese descubierta tuvo algo que ver sin duda, aunque recuerdo que tuve una sensación extraña, una especie de premonición que me indujo a desconfiar del Portero. No sabría decir si el motivo fue simplemente el rechazo que su dentadura metálica me producía, o la aversión que había sentido hacia aquel hombre desde nuestro primer encuentro, o incluso la desconfianza que había suscitado en mí el gesto de advertencia de Galerio. Pero resulta curioso reconocer, desde la distancia, que incluso la propia prótesis del Hermano Lázaro estaba de algún modo relacionada, aunque entonces yo no tenía forma de saberlo, con todo lo que habría de suceder después. Porque posiblemente fue aquel preciso día, allí junto a la escalera, cuando decidí sin pretenderlo el

destino del Padre Jacinto y también el mío propio, aunque en realidad es toda una secuencia de decisiones la que nos va orientando en una dirección determinada y no es justo achacar el destino de un hombre a elecciones puntuales. Tal vez las cosas hubieran sucedido de otro modo si yo hubiese sido más diestro, o quizás no. En cualquier caso, es tarde para reconsiderarlo y empiezo a desviarme de mi historia.

Una vez que conseguí sosegarme me dirigí en la dirección que me había indicado el Hermano Lázaro. La puerta de la izquierda conducía, a través de un minúsculo pasillo, a una escalera de menor importancia. De las paredes pendían deslucidas ilustraciones que mostraban diferentes agrupaciones de estrellas y antiguos grabados de varios planetas aunque ni unas ni otros fui capaz de reconocer entonces. La escalera terminaba frente a una puerta sobre la que un destartalado letrero rezaba: "Observatorio Astronómico".

Golpeé la puerta con suavidad y en ausencia de respuesta pasé al interior. La puerta daba acceso a una sala muy estrecha y alargada. Al menos ésta fue mi primera sensación, aunque más adelante razoné que esa percepción se debió principalmente a la gran cantidad de objetos acumulados en su interior, junto a una y otra pared, que apenas dejaban un angosto y sinuoso paso en el centro de la pieza.

Por muchos años que viviera, me resultaría del todo imposible olvidar la impresión que me produjo la entrada por primera vez en los dominios del Padre Jacinto. Aunque se me antoje una tarea difícil, intentaré describir lo que vi con la mirada del muchacho que era yo entonces y no con la del adolescente o el joven en que luego me convertí entre sus cuatro paredes, cuando aquella atestada sala se convirtió para mí en algo tan familiar como mi propia celda.

A la luz menguante del atardecer recuerdo haber entrevisto una multitud de artefactos, la mayor parte de los cuales me parecieron entonces de propósito inescrutable: antiguos aparatos repletos de indicadores y mandos, con hilos de colores saliendo de su interior en complejos embrollos; cuerpos geométricos tallados en madera y apilados en cajas destartaladas; esferas metálicas representando a la bola del Mundo, con múltiples tamaños y soportes, que pude reconocer porque ya el Padre Ovidio nos había mostrado un objeto parecido en cierta ocasión; numerosos globos de colores y aspectos mucho más variados, uno de ellos incluso con lo que me parecieron al principio sendas asas a cada uno de sus lados y que luego identifiqué como un aro que lo rodeaba por completo, como un enorme anillo; miniaturas de

algunos extraños edificios que pensé se encontrarían en alguna parte de la Ciudad; y, por último, numerosas y complejas estructuras móviles, algunas de ellas colgadas del techo de la sala, otras sustentadas por esbeltas peanas de metal.

Después de sortear el cúmulo de extraños obstáculos alcancé el fondo de la estancia en donde se abría una amplia zona mucho más despejada. A la derecha, apoyados contra la pared, se veía un pequeño catre con unas mantas esparcidas descuidadamente por encima y varias estanterías tan repletas de libros que no dejaban ni un solo resquicio, desde el suelo hasta el mismo techo. Al otro lado destacaba un escritorio de enorme tamaño, mucho mayor que el del Hermano Aurelio, sobre el cual se apilaban en varios montones numerosos volúmenes más, carpetas, notas manuscritas y papeles de toda clase, además de tres o cuatro tinteros con varias plumas cada uno. El escritorio estaba arrimado a un ventanal alto y estrecho por donde aún penetraba un último rayo de sol. Junto a la mesa había un brasero y tras él una nueva puerta, ésta entreabierta, a través de la cual se vislumbraba un pequeño cuarto en el que sólo pude atisbar una escalera de caracol metálica que ascendía hasta el techo. De allí, del lugar al que conducía la escalera de caracol, era de donde parecía provenir un ruido ajetreado, salpicado de eventuales chirridos metálicos, que escuché pacientemente durante unos minutos sin atreverme a hacer notar mi presencia. Finalmente me decidí a toser una o dos veces y después de esperar unos segundos volví a hacerlo, esta vez con más energía. El ruido cesó al instante.

—¿Quién anda por ahí? ¿Eres tú, Ambrosio?

—No, Padre —respondí expectante, imaginando que el Padre Jacinto se refería a alguno de los novicios mayores—. Me manda el Hermano Orosio con libros para vos.

Oí cómo crujían los peldaños de la escalerilla y enseguida apareció la figura de un hombrecillo vestido con un hábito desaliñado, la capucha echada sobre la cabeza, una larga bufanda enrollada alrededor del cuello y las manos enfundadas en unas gruesas manoplas de piel que se apresuró a quitarse en cuanto terminó de descender. Inmediatamente cerró tras de sí la puerta de acceso a la escalera y descubriéndose la cabeza se volvió hacia mí.

A pesar de que acudía preparado para el encuentro, ello no impidió que me quedase de nuevo, tal como me había sucedido hacía ya casi dos años, sin habla ante el Padre Jacinto. A duras penas conseguí no dejar caer la pila de libros por segunda vez.

Físicamente el astrónomo me pareció mucho más pequeño de lo que recordaba, con el rostro más chupado y poblado de arrugas que en el cuadro de la Pinacoteca. Apenas rebasaba mi estatura y, a juzgar por lo magro de las manos y la cara, aún debía tener menos carne en su cuerpo de la que proclamaba el escaso bulto bajo la túnica. Sin embargo ese físico menudo se adivinaba lleno de vitalidad, tanto por el elegante brío de sus movimientos como por el brillo inusitado con que resplandecían sus ojos hundidos. Un incombustible fulgor que, tal como pude comprobar más adelante con frecuencia, atraía inmediatamente la atención de cualquier interlocutor hacia su persona antes incluso de que hubiese comenzado a hablar.

El Padre Jacinto tardó sólo un instante en pasar de la sorpresa al reconocimiento. Esbozó enseguida una amplia sonrisa que, ayudada de una cálida mirada de complicidad, me infundió una confianza inmediata. Como si nada hubiese sucedido, procedió a encender pausadamente una extraña lámpara de aceite, con lo que me parecieron varias mechas muy próximas unas a otras. Luego la cubrió con una curiosa pieza de vidrio y metal que tuvo la sorprendente virtud de multiplicar su brillo.

—Estos aparatos antiguos cada vez funcionan peor, ¿sabes?... Llegará un día en que dejarán de hacerlo, y entonces no tendré más que un montón de chatarra, en lugar de un telescopio. ¡Ya ni con la mejor grasa consigo hacer desaparecer los chirridos! —La luz de la lámpara fue cobrando fuerza poco a poco y pronto inundó la estancia de una luminosidad intensa y agradablemente cálida. El astrónomo sacó de entre los pliegues de su hábito unos anteojos que se puso con cuidado sobre la nariz aguileña—. Veamos si me traes todo lo que he pedido...

Le tendí los libros sin dejar de mirarle y los examinó uno a uno, emitiendo un murmullo de aprobación cada vez que confirmaba un título. Por último llegó al libro azul, que apartó y guardó en un cajón sin hacer comentario alguno. En ese momento recordé el percance de la escalinata y el misterioso recado del Hermano Lázaro, y le referí lo sucedido, repitiéndole ambos mensajes palabra por palabra, el referido al Sacrificio y también el aviso. Su rostro se puso repentinamente serio y por un momento se quedó inmóvil, con la mirada perdida. Luego sacó con lentitud una pipa de uno de los cajones del escritorio y la encendió con un palito que prendió en el brasero, siempre con aire pensativo. Después de aspirar un par de bocanadas me miró de nuevo y volvió a sonreír.

—Bueno, es cierto, el pasado domingo se me fue el santo al cielo... Y

quizás también el anterior... ¡Tendré que disculparme ante el Padre Crisógono...! Así que tú eres Polibio, ¿no es eso?

Me sorprendió oírle pronunciar mi nombre porque no recordaba habérselo dicho en nuestro anterior encuentro, pero enseguida recordé que no éramos tantos novicios después de todo, y que sin duda se había informado sobre mí después de lo sucedido en los Jardines. Pareció divertirse al ver la expresión de mi rostro y soltó una alegre carcajada, extrañamente juvenil en un hombre de su edad.

—No te preocupes, muchacho. Nadie supo nunca cómo llegó aquella carta a mi poder... Lo único que lamento es no haber tenido noticias antes de los desmanes de ese loco infame, y haber actuado cuando era ya demasiado tarde para tu amigo... —Luego intentó quitarle dramatismo a la conversación, guiñándome un ojo en un gesto cómplice - Por cierto, supongo que te escapaste por el túnel de la vieja acequia, ¿no es cierto? Sólo caí en la cuenta más tarde, cuando recordé mis días de novicio. ¿Aún lo utilizas para esquivar al Hermano Lázaro? No temas, te comprendo perfectamente —se apresuró a aclarar cuando notó mi gesto de sorpresa e inquietud al verme descubierto—. También a mí me han servido los Jardines de refugio en más de una ocasión, Polibio. En realidad espero que no te decepcione saber que en cada grupo de niños oblatos, a lo largo de los años, casi siempre ha habido alguno que ha encontrado el acceso a los Jardines. Yo lo hice al poco de ingresar en el Santuario, aunque entonces no estaban tan descuidados y la Comunidad todavía solía salir a pasear por ellos... Desde entonces ha sido para mí un lugar especial, aunque ahora rara vez paso por allí: de hecho, no he vuelto a visitarlos desde el día en que nos encontramos... ¡Me paso los días aquí arriba! En fin, espero que tú no seas el último oblato o novicio en disfrutarlos, aunque las cosas hayan cambiado mucho en el Santuario desde los días de mi infancia...

Asumí aquella revelación como una muestra más de la sabiduría de aquel hombre singular, a quien ya empezaba a profesar una admiración rendida además de un agradecimiento sin límites. El Padre Jacinto prosiguió, entornando levemente los ojos en actitud evocadora mientras dejaba escapar el humo lentamente.

—Sí, a menudo os veía jugar, a ti y a tus compañeros allá abajo, en el patio... Créeme, no hace tantos años los pequeños oblatos apenas si cabíais en ese patiecillo cuando salíais a retozar después de las clases. Pero ahora corren otros tiempos... Dime, ¿sabes lo que es un telescopio?

Aquel brusco cambio de tema volvió a pillarme desprevenido y aunque tenía la vaga idea de que se trataba de algún tipo de aparato antiguo no supe qué responder, porque tampoco estaba seguro del todo.

—Bueno, no importa... ¿Y una estrella? ¿Sabes decirme lo que es una estrella?

Esta vez asentí rápidamente, y el Padre Jacinto esperó con paciencia hasta que pude encontrar las palabras y explicarme.

—Las estrellas son... puntos brillantes que vemos en el cielo durante la noche, Padre —respondí confiado en haber dado la respuesta correcta. El Padre Jacinto resopló con impaciencia, visiblemente insatisfecho.

—No me refiero a cómo las vemos, Polibio. ¡Cualquier idiota podría haber respondido eso! —Notando mi azoramiento continuó casi con dulzura —Te pregunto si sabes lo que realmente es... —hizo una pausa efectista, recalcando el peso de ésta última palabra —una estrella...

Mi confianza inicial se había debilitado considerablemente ante el exabrupto del astrónomo y durante varios segundos no supe qué contestar. El Padre Jacinto me observaba en silencio con los ojos entrecerrados mientras aspiraba una larga bocanada. Me asaltó de pronto la convicción de que, de algún modo, aquel hombre me estaba evaluando, y sentí cómo empezaba a paralizarme mientras el sudor me resbalaba por el cuello. Pero entonces recordé súbitamente algo que había leído al respecto en alguna de mis incursiones en la Biblioteca, a pesar de que en su momento me había parecido una idea descabellada.

—Hay quienes dicen que las estrellas son grandes bolas de fuego, como el Sol, pero que están mucho más lejanas y es por eso que se las ve tan pequeñas...

El gesto del Padre Jacinto cambió de forma apreciable al oír esta respuesta.

—No está del todo mal... —rezongó satisfecho esta vez—. Así es, Polibio, por increíble que te parezca. Y no creas que hay mucha gente hoy día, fuera del Santuario, que podría igualar esa respuesta. Desgraciadamente, así están las cosas... —se dirigió a la ventana pensativo y continuó hablando sin mirarme. Aunque nunca antes había contemplado la vista desde las plantas superiores del Santuario, la fascinación que ejercía el Padre Jacinto sobre mí me impidió fijarme con detalle en el perfil de los edificios dibujado sobre el horizonte violeta, el primer atisbo que tenía del mundo al que Penélope había tratado, repetidamente y sin éxito, de asomarse. La visión de la menuda

silueta recortada contra la ventana parecía conferir a sus palabras un aire irreal e hipnótico, casi como si procediesen del propio exterior del edificio.

—Sí, Polibio, grandes bolas de fuego... Rodeadas por planetas de tamaños y características diferentes, alguno de ellos posiblemente similar a nuestro propio Mundo y quizás con ciudades como la nuestra, habitadas por seres parecidos a nosotros que tal vez se formulen las mismas preguntas...

Se volvió a mí con cierta cautela, como arrepintiéndose de haber llegado más lejos de lo que pretendía.

—Aunque es preferible que no repitas esto último a nadie. Algunos tachan a esta clase de ideas de... poco ortodoxas... Y no quiero que tengas problemas por mi culpa... —Un recuerdo sombrío pareció atravesar su mente, y meneó la cabeza como si pretendiera ahuyentarlo—. ¡En fin! No hagas mucho caso de un viejo que se pasa el día solo aquí arriba sin más compañía que sus trastos... Ya habrá mejor ocasión para hablar de todo esto, si ésa es la voluntad de Dios.

A pesar de mi bisonñez, no me había pasado por alto el hecho de que aquel comentario, que el Padre Jacinto parecía haber dejado escapar en un momento de debilidad, contradecía algunas de las enseñanzas del Padre Crisógono y de los Severinos. Pero no me importó lo más mínimo. No creo que él fuese consciente de ello entonces, pero puedo afirmar sin duda que en aquel instante hubiera creído cualquier cosa que el Padre Jacinto hubiera afirmado, aunque hubiese sido que las estrellas no son sino luciérnagas posadas a miles sobre la bóveda celeste, a sólo unos cientos de metros por encima de nuestras cabezas.

Por un momento me pareció que el astrónomo daba por terminada nuestra conversación con aquel pretexto. Pero yo, de algún modo que no sabría explicar, me vi impelido por una acuciante sensación de urgencia, de que debía hacer algo para que nuestro encuentro no acabara así, no todavía. Casi sin pensarlo le arrojé las dos primeras preguntas que en ese mismo momento, y casi de forma simultánea, me vinieron a la mente.

—¿Por qué no caen esas bolas de fuego sobre nosotros, Padre? ¿Y por qué se alegró tanto el Hermano Lázaro cuando se me cayeron los libros?

Me dirigió una mirada escrutadora antes de responder. Por un momento me sentí atravesado, casi transparente ante el poder de penetración de aquellos ojos intensos hasta el punto de desear ardientemente haberme mordido la lengua. Pero cuando me contestó me resultó evidente que a él también le agradaba continuar con la charla.

—Son dos buenas preguntas, muchacho. Y ninguna de ellas tiene una respuesta sencilla. Veamos... Comenzaré por la segunda. Creo que no debes hacer mucho caso al Hermano Lázaro. El Portero es... un poco particular. Creo que al Hermano le gusta, tal vez en exceso, saber cosas sobre la gente, y quizás acababa de averiguar algo que desconocía, sobre ti o sobre mí, quién sabe, de ahí su júbilo. Pero no dejes que eso te asuste... En el fondo, aunque he tenido con él mis diferencias y creo que no me aprecia mucho por motivos que no vienen al caso, no pienso que sea mala persona. De hecho, el Padre Crisógono no podría pasarse sin su ayuda... Y en cuanto a la primera pregunta... —Dejó la pipa sobre la mesa. Luego se quitó los anteojos y comenzó a limpiarlos metódica y parsimoniosamente con un trapo—. Verás, a ésa sí que me llevaría mucho tiempo responderte. Hace años, cuando todavía se enseñaba Astronomía en el Santuario, hubieras podido averiguar por ti mismo la respuesta, pero hoy... —pareció dudar unos instantes pero de repente se levantó y se dirigió hacia la puerta con un súbito arranque de energía, con los anteojos todavía en la mano—. ¡Ven, sígueme!

Sin aguardar mi respuesta comenzó a subir ágilmente las escaleras y yo subí tras él, ignorante de qué era lo que pretendía de mí. La escalerilla daba a una portezuela baja y estrecha. El Padre Jacinto la abrió y penetramos ambos en una sala redonda de siete u ocho metros de diámetro, iluminada por una tenue luz rojiza proveniente de varias lámparas diminutas cubiertas con vidrios coloreados. El techo era abovedado, una cúpula que me pareció entonces gigantesca y que tardé en relacionar con la pequeña semiesfera que había podido ver a lo lejos desde los Jardines, coronando el edificio. La cúpula parecía hendida por una gran abertura vertical que iba desde el cenit hasta casi el mismo suelo y a través de la cual asomaban ya, tímidamente, las primeras estrellas. En el centro de la sala, un alto y sólido soporte en forma de letra “A” mayúscula sustentaba, muy por encima de mi cabeza, un cilindro metálico de varios metros de longitud. El cilindro era tan grueso que apenas hubiera podido abarcarlo con mis brazos. Estaba ligeramente inclinado, orientado en dirección a la abertura, y atravesaba la sala casi de parte a parte. Adosados a él se disponían varios otros cilindros, más cortos y de menor diámetro. Reconocí en aquel inmenso objeto al mismo que apenas se insinuaba al fondo del retrato del astrónomo, en la Pinacoteca. Hacía mucho frío.

—¡Aquí tienes! —exclamó el Padre Jacinto mientras el vaho se condensaba a su alrededor—. ¡El Gran Telescopio del Santuario! ¡El último

telescopio que queda en pie, al menos en el Reino, e incluso si me apuras te diría que en toda la Península! —Meneó la cabeza tristemente antes de continuar—. Hace sólo veinte años había en la Ciudad al menos otros dos, también de antes del Castigo y más pequeños que éste, por supuesto, pero son tiempos de una notable ignorancia, hijo mío. ¡Pensar que hay quien dice, incluso en nuestra propia Iglesia, que se trata de un instrumento maligno! —Suspiró y con ello pareció alejar los sombríos pensamientos que le habían asaltado y volvió a dirigirme una sonrisa. Luego arrastró una pequeña plataforma provista de ruedas que sustentaba una extraña escalera hasta situarla bajo el extremo del cilindro más próximo al suelo y me animó a subir junto con él. En el penúltimo peldaño aquel extremo quedaba casi a la altura de mis ojos. El astrónomo acercó el rostro a un tubo más fino acoplado al cilindro mayor. Durante unos instantes manipuló con precaución un grupo de ruedas metálicas, en el extremo de unos largos ejes que se extendían paralelos al tubo principal, hasta el soporte. El Telescopio se desplazó ligeramente, con un chirrido similar al que había oído ya nada más llegar. El Padre Jacinto se apartó entonces y me hizo una seña para que ocupase su lugar.

Cuando miré por el Telescopio, intentando controlar la tiritera que comenzaba a estremecerme, apenas pude ver unas manchas de luz borrosas. Luego la imagen se hizo más clara y apareció un grupo de estrellas anaranjadas, cinco de las cuales, dispuestas en forma de cruz, brillaban con mucha más intensidad que el resto.

—Ahí tienes a varias de tus bolas de fuego, muchacho—. Oí la voz del Padre Jacinto tras de mí mientras sentía cómo me envolvía el calor de su aliento.

En el centro de la formación había una estrella más rojiza que las demás y también la más luminosa de todas. Por un momento tuve la impresión de que se desdoblaba en dos estrellas separadas pero al intentar fijarme más detalladamente la imagen perdió claridad y nuevamente vi un único punto de luz. Luego la imagen se torno más confusa y, finalmente, desapareció. Casi a la vez sonó a lo lejos, apenas perceptible, la campana de la Capilla llamando a Vísperas. El Padre Jacinto suspiró a mis espaldas.

—El cielo se ha cubierto totalmente y no tardará en llover. Me parece que por hoy se ha terminado la observación, muchacho. Márchate a Vísperas o acabarán por echarte de menos. Y vuelve cuando quieras, ¿de acuerdo? Estoy dispuesto a contestar a tu primera pregunta más despacio, con más tiempo, si sigues interesado en conocer la respuesta.

Esa noche la pasé mirando por el Telescopio del Padre Jacinto. En sueños, por supuesto. De cuando en cuando, algunos de mis fantasmas se asomaban al campo de la imagen, primero uno, luego otro y finalmente muchos más. Luego los espectros me sonreían, dejando entrever dentaduras centelleantes y afiladas, por entre las cuales salían nubes de vapor que susurraban extrañas melodías de acero.

17. La muerte del Maestro de Canto

Fue por aquellos días, precisamente cuando yo empezaba a dar los primeros pasos de mi andadura por la senda de la Astronomía de la mano del Padre Jacinto, cuando murió el viejo Hermano Anselmo. Si la muerte de Galerio debió tener lugar en medio de la más absoluta de las desesperaciones, la del anciano músico fue, por el contrario, posiblemente de la mejor de las formas imaginables, si admitimos que pueda distinguirse entre formas buenas y malas de morir.

Sin embargo, antes de referir los curiosos detalles de aquel suceso, y como al revisar mis papeles he comprobado que apenas he mencionado nada referente al papel del viejo músico en el Santuario, intentaré rebuscar en mi memoria. Ciertamente es que nunca tuve demasiado trato con él ni llegué a profesarle el mismo afecto que me inspiró el Padre Felicísimo o la admiración que en muy poco tiempo empecé a sentir por el Padre Jacinto. Pero era un buen hombre y Tiberio le quiso siempre como a un padre de modo que, sobre todo en nombre de mi amigo, me remontaré hacia atrás en el tiempo e intentaré evocar los recuerdos que guardo del anciano tutor de mi jefe de celda y Maestro de Canto de los novicios.

El Hermano Anselmo se empeñó en ampliar en sus clases, casi desde el mismo día en que dio comienzo nuestro noviciado, la exigua formación que sobre teoría musical habíamos recibido del Padre Ovidio. El Maestro de Oblatos apenas nos había explicado la ubicación de las siete notas sobre el pentagrama, con lo que sólo habíamos sido capaces de leer algunas partituras sencillas. El Hermano, partiendo en un arranque solemne de las antiquísimas ideas pitagóricas sobre la música, se sumergió en aquellas primeras semanas en la explicación de una colección de extrañas teorías sobre las vibraciones y el origen de los sonidos, de manera tan confusa que me inundó de perplejidad y de las que sólo mucho tiempo después logré desentrañar lo poco que tenían

de verídico.

Más concretas y, afortunadamente, también mucho más comprensibles, fueron sus minuciosas explicaciones sobre los interminables secretos de la notación musical: las variedades de notas y de silencios, las distintas clases de claves y compases, los acordes y escalas, tresillos y ligaduras, calderones y puntillos. Aquella colección de normas precisas (en realidad, tan exactas como la más rigurosa notación matemática) pareció satisfacer a la parte más racional de mi mente y pronto fui capaz de leer las partituras más complejas con relativa soltura, incluso mejor que mi propio jefe de celda. Enseguida comprobé, sin embargo, que aquello nada tenía que ver con la calidad de mis aptitudes musicales. Porque, aunque era capaz de leer cualquier melodía, jamás fui capaz de interpretarla con instrumento alguno de modo que tuviese un mínimo de atractivo para mi audiencia.

El Maestro de Canto traía en ocasiones a sus clases algún extraño objeto cubierto de polvo y en algún caso hasta de telarañas y de moho, que extraía de un remoto almacén cuya ubicación exacta nunca llegué a conocer. Solía asegurar que se trataba de antiguos instrumentos musicales y se empeñaba en explicarnos su hipotético funcionamiento y en intentar extraer de ellos algún sonido armonioso. Aquellos intentos, todo hay que decirlo, se veían enormemente obstaculizados por la llamativa ausencia de textos sobre el tema en la Biblioteca. El Hermano trataba de suplir por tanto la falta de datos concretos con su propia intuición, que no era mucha. Algunos instrumentos parecían resultarle más familiares, como los diversos tipos de flautas o dulzainas parecidos a los que aún emplean los músicos populares. A otros, con cierta semejanza con el oboe de Tiberio pero mucho más extraños y deteriorados, fue mi jefe de celda el que logró hacerlos sonar aunque debido a su lamentable estado rara vez ese sonido podía calificarse de música. Se trataba de complejos amasijos de tubos metálicos ya rectos y largos, ya enroscados sobre sí mismos, siempre cubiertos de roña y rematados por grandes formas acampanadas también de metal, con clavijas y llaves parecidas a las del oboe. Pero en muchos de los casos, sin embargo, la ignorancia y la ineptitud del viejo músico acababan dejando todo el trabajo a nuestra imaginación y ni ésta era en ocasiones suficiente. Por ejemplo, cuando nos mostró una extraña colección de cajas de madera con formas esbeltas como talles femeninos. Aquellos objetos cuidadosamente delineados,

de variado tamaño y provistos de largos y elegantes mangos, en su mayoría agrietados y pasto de la carcoma, pasaron de mano en mano sin que lográsemos adivinar cómo podían producir algún tipo de sonido agradable. Eso si no contamos, claro está, con el obtenido al golpear la caja con la mano, técnica mediante la cual uno de los novicios más desmañados redujo a polvo una de aquella vetustas reliquias ante los ojos desorbitados del Hermano. Sólo muchos años después, cuando pude ver los sencillos rabeles de los juglares del Norte y entendí su funcionamiento, pude comprender que habían faltado allí varios elementos indispensables: las cuerdas de tripa que al vibrar debían generar el sonido original, amplificado luego por las misteriosas cajas de madera, y los arcos con los que era preciso frotarlas. Ahora estoy seguro de que el Maestro de Canto no llegó a ver jamás un instrumento de cuerda en buen estado, y posiblemente estas piezas ausentes se encontrasen yaciendo allí mismo, en aquel ignoto almacén junto a los propios instrumentos, quizás consumidas por la podredumbre pero en cualquier caso ignoradas por la impericia del Hermano Anselmo.

El único instrumento con el que el anciano músico parecía encontrarse a gusto, aunque el resto de la Comunidad no compartía del todo aquella perspectiva, era el viejísimo órgano de fuelle de la Capilla. Se trataba de un vetusto artefacto situado en una pequeña grada elevada, en uno de los laterales de la nave principal.

El Maestro de Canto mimaba aquel instrumento con más esmero aún del que usaba el mismo Tiberio con su oboe. Engrasaba minuciosamente los mecanismos y los mandos de los registros, remendaba el ajado fuelle cosiendo con sus propias manos los parches de piel de cabra y mantenía las desgastadas teclas de ébano y marfil siempre relucientes. Solía incluso acariciarlo afectuosamente después de cada interpretación, del mismo modo en que se hace con una vieja cabalgadura con la que se han compartido innumerables viajes, después de un trayecto fatigoso.

Tiberio aseguraba que en su juventud, antes de que el Hermano perdiese tanto el oído como la voz y de que la artrosis deformara las articulaciones de sus manos y dedos, su mentor había sido un gran músico. Afirmaba que muchas autoridades, incluido el propio Megaobispo, habían acudido a las celebraciones del Santuario sólo para oírle tocar. Pero resultaba difícil de creer, una vez se había presenciado la forma en que el anciano monje castigaba a su desamparada audiencia.

Además del cuidado del órgano la otra gran pasión del Hermano, y uno de

sus temas de disertación favoritos, era la antiquísima técnica de canto conocida como Gregoriano. Buena parte de los cánticos que entonaban durante las celebraciones los miembros mayores de la Comunidad pertenecían a esta peculiar forma de interpretación en la que el Hermano Anselmo sí que parecía ser verdaderamente un experto y de la que hablaba siempre con especial arrobo.

—La historia de esta forma de canto milenaria se remonta a la época de los mismísimos Romanos, mucho antes del propio Castigo. ¡Es tan antiguo como la misma Iglesia! —exclamaba haciendo hincapié en la última frase, que solía repetir casi a diario y refiriéndose a los asuntos más diversos.

La falta de precisión histórica del Hermano, que tendía a mezclar en un pasado nebuloso conceptos y épocas tan distintas como Roma, la Edad Media o el propio Papado, no influyó nunca en mi apreciación de esta hermosa clase de música. Aunque de modo distinto al que lo hacían las melodías de mi amigo Tiberio, aquel canto repleto de armonía y dulzura, pura oración cantada, conseguía sin duda impregnar cada rincón de la Capilla de un misticismo arrebatador. Y a pesar de mi juventud no me resultaba difícil entender por qué había sobrevivido a través de los siglos aquel arte, singular y atractivo como pocos. El Hermano sólo instruía en esta antigua técnica a los novicios de más edad, los de voces ya formadas. Los tonos, neumas y cadencias de los cantos iban siendo desgranados por el coro con una monotonía bella y pausada, salmodia tras salmodia, para finalmente difuminarse en la nada, absorbido hasta el último de los ecos por los gruesos muros de piedra.

—El secreto de esa tristeza que se dilata, que parece quedar como suspendida en el vacío... —poetizaba el Hermano -, el secreto está en el acento, niños. Es el acento de la hermosa lengua en que están escritos, el latino, la lengua propia ancestral de la Iglesia, tan vieja como ella misma... ¡Qué belleza la de ese acento de inspiración divina, siempre sobre la penúltima sílaba!

Para entonces yo ya sabía que aquella lengua no era, exactamente, propiedad ancestral de la Iglesia. Y no sólo porque fuera conocida y usada con soltura por la mayoría de miembros de la aristocracia del Reino en aquellos días, como el propio Galerio demostró al ser capaz de describir en ella, aún a pesar de su corta edad, los atropellos a que le sometía el Padre Ovidio. El latino había sido en realidad la lengua de mi admirado Imperio Romano de la Antigüedad, mucho antes de que la Iglesia pensara en

apropiársela. Pues si sucedió esto último fue tan sólo por la primacía que alcanzó durante siglos la Iglesia de la ciudad de Roma sobre todas las demás de la Cristiandad. Esa primacía, finalmente, se mantuvo incluso después del derrumbe del propio Imperio encarnada en la autoridad suprema de su Obispo, el ya por entonces denominado Papa, y perduró durante siglos aunque hoy pertenezca sólo ya a la Historia. Pero, como he mencionado antes, al anciano músico no parecía importarle mucho la exactitud histórica y ni por un instante se me ocurrió jamás enmendarle.

El Hermano Anselmo murió un día de principios de abril, durante el oficio de Vísperas. Los días gélidos del invierno más duro empezaban a quedar atrás y los grandes braseros de la Capilla comenzaban a tener cierto éxito en su enconada lucha por dejar alguna constancia de su presencia, en medio del intenso frío que inundaba el recinto durante aquellos largos meses.

Después de unos cánticos por parte de los novicios y tras una breve antífona que leyó el Hermano Aurelio, el Maestro de Canto le hizo una seña a Tiberio desde el órgano y ambos comenzaron a interpretar una melodía a dúo, una larga composición con la que ya nos habían castigado en otras ocasiones. Al principio la música discurrió por los derroteros acostumbrados. Los acordes del órgano se sucedían inseguros y mi amigo se esforzaba por adaptarse a los impredecibles cambios de ritmo y de tono de su tutor, fruto más a menudo de sus numerosas equivocaciones que de las indicaciones de la partitura. Y debo decir que, gracias a su pericia, casi siempre lograba mantener el resultado por debajo del umbral de lo insoportable.

Sin embargo, a partir de cierto momento las notas temblorosas del órgano parecieron empezar a afirmarse. Los acordes mejoraron su afinación y poco a poco, de modo muy gradual pero perceptible, órgano y oboe fueron convergiendo hasta coincidir en una armonía común. En un instante determinado, y para mi sorpresa, me encontré disfrutando de la incuestionable belleza del sonido que llegaba hasta mis oídos. Eché un rápido vistazo a mi alrededor, comprobando que eran muchos otros los que compartían aquella sensación de desconcierto, incluido el propio Padre Crisógono. Tiberio, en cambio, continuó interpretando como lo hacía siempre, aparentemente abstraído y sin apartar la mirada de su anciano tutor, aunque por un instante tuve la impresión de que le brillaban los ojos con un resplandor inusual.

La música duró todavía algunos minutos más. El órgano vibró en un crescendo emocionado, distinto a todo lo que yo había oído interpretar antes al Hermano Anselmo. Las ágiles notas, como una cascada que se desparrama tumultuosa, resonaron por toda la Capilla y acompañadas del sutil sonido del oboe pusieron punto final, en una hermosa combinación de acordes, a aquella extraordinaria interpretación.

Durante unos segundos nadie se atrevió a respirar, sobrecogidos como estábamos por la belleza de la música y por aquella sorprendente exhibición de talento. Luego todos nos sobresaltamos cuando el Hermano Anselmo se derrumbó sobre el teclado y un acorde muy distinto, esta vez estentóreo y disonante, golpeó los oídos de los presentes como un mazazo.

Nada pudo hacer por él el Hermano Ulpiano, pues el corazón del anciano organista había dejado de latir ya antes de ese último acorde. Aunque, ¿quién sabe? A veces pienso que quizás el Maestro de Canto había muerto realmente varios minutos atrás, al principio de la que fue su última pieza. Y no me parece una idea descabellada la de que fuese su espíritu o quizás su fantasma, liberado de las trabazones de un cuerpo deteriorado, el que tomó el control de sus dedos y articulaciones, de sus manos y pies y hasta de su cerebro y de su mismo corazón, en aquella última interpretación memorable. Alguna vez estuve tentado de preguntarle a su espectro, que al poco tiempo comenzó a frecuentar los bancos de la parte de atrás de la Capilla quizás para escuchar desde allí a su alumno preferido, sobre este particular, pero como con tantas otras cosas nunca me atreví a hacerlo.

Lo único que puedo atestiguar como cierto es que el gesto del Hermano en su última hora, que logré atisbar por un instante mientras mi amigo intentaba incorporarle, era de una gran serenidad, casi feliz, como satisfecho de haber podido estar, finalmente y por una vez, a la altura de su amado pupilo. Un desconsolado Tiberio que mientras le pasaba la mano con ternura por los desaliñados mechones canosos, los ojos anegados en lágrimas, me miró intensamente como queriendo decirme: “¿Lo ves? ¿Ves de lo que era capaz?”. Y debo confesar que en aquel momento creí todas las afirmaciones de mi amigo sobre el pasado de su mentor, y me lamenté de corazón por la forma cruel en que me había burlado tantas veces del viejo músico.

18. Una lección de astronomía clásica

La misma noche en que subí por primera vez al Observatorio, ya en la celda y después de contar a mis amigos los detalles de lo que aún me parecía una fascinante aventura, Tiberio me recriminó severamente.

—¡Debes hacerme caso, Polibio! —exclamó con rotundidad mi jefe de celda—. ¡Tienes que mantenerte alejado del Padre Jacinto! Se cuentan muchas cosas sobre él. El Hermano Anselmo me ha asegurado que hace años estuvo procesado por herejía, y aunque se retractó a tiempo, un poco más y podía haber acabado en la hoguera. Así que no te acerques a él. ¡Dedícate a tu Biblioteca!

No pude evitar entonces que me asaltara un escalofrío. No era la primera noticia que tenía de los rumores sobre el pasado del misterioso astrónomo. De sobra sabía, por las detalladas explicaciones del Padre Crisógono, a dónde podía conducir la herejía y el mismo Padre Jacinto había sugerido ya en nuestro primer encuentro cosas que, incluso de acuerdo a mis escasos conocimientos de Doctrina, resultaban más que cuestionables.

Sin embargo, tengo que reconocer que finalmente desoí el consejo de Tiberio y que, aprovechando algunos de mis ratos libres y aceptando la invitación del Padre Jacinto, en las semanas siguientes no pude evitar volver varias veces al Observatorio. Sentía que aquella tarde se había despertado en mí algo importante, una nueva inquietud que encaminaba mis pasos una y otra vez, de modo casi inexorable, hacia los destartalados dominios del viejo sabio. En realidad, y aunque yo entonces lo ignoraba, estaba experimentando el surgimiento de la segunda, y sin duda la más intensa, de mis dos vocaciones.

El astrónomo me acogía siempre con afecto y, dejando de lado lo que estuviese haciendo en ese instante, me dedicaba toda su atención, logrando fascinarme en cada una de mis visitas. En esos primeros encuentros el Padre

Jacinto no sólo me hablaba de las estrellas y los planetas sino también de su propia infancia en el Santuario, de las curiosidades más notables de la Ciudad o de otros temas muy diversos. Pero cada día, una vez que empezaba a oscurecer, me acompañaba a la cúpula del Telescopio y me dejaba observar durante un rato, ya se tratase de los cráteres de la Luna, de las bandas de nubes de Júpiter y de sus pequeños satélites o de los anillos de Saturno.

En una de estas ocasiones en las que, lleno de impaciencia, había acudido antes de lo habitual, el Padre Jacinto me condujo directamente a la cúpula.

—¡Pero si todavía es de día! —exclamé.

El astrónomo esbozó una sonrisa.

—El Telescopio sirve para ver las estrellas, ¿no? Pues el Sol es la más cercana que tenemos... ¡Merece la pena echarle un vistazo! —y preparó un pequeño montaje mediante el cual, en vez de mirar directamente por el ocular del Telescopio como las otras veces, la imagen se proyectaba sobre una pequeña pantalla blanca adosada al mismo.

—Si mirases directamente al Sol con el Telescopio, tus ojos se abrasarían en un instante —explicó.

Me sentí profundamente impresionado cuando el Padre Jacinto me mostró, en la imagen formada sobre la pantalla, que la superficie del sol no resplandecía de modo uniforme. Para mi sorpresa, el astro que era la fuente de toda la luz que nos rodeaba estaba salpicado de un sinfín de manchas oscuras, que se agrupaban en algo semejante a racimos sobre toda su superficie. De pronto me vino una idea a la cabeza.

—Padre, ¿es posible que el Sol tenga más de esas manchas en invierno que en verano? —le interrogué sin pensarlo dos veces.

—¿Qué te hace pensar eso, muchacho? —preguntó el astrónomo sorprendido.

Me sonrojé por mi atrevimiento, pero ante un claro gesto por su parte no me quedó más remedio que continuar.

—Se me ocurrió que, si tiene más manchas, estaría más oscuro y entonces tal vez calentaría menos, y a lo mejor por eso hace más frío en invierno.

El Padre Jacinto me miró detenidamente unos instantes, como evaluándome. Recuerdo la forma en que le brillaban los ojos, con ese fulgor que he visto luego tantas otras veces, y probablemente fue entonces cuando tomó su decisión.

—No, Polibio, no es ésa la razón. Pero, con suerte, ya tendremos tiempo de que la entiendas...

Y aunque yo me sentí avergonzado por un momento y enrojecí todavía más si cabe, enseguida me di cuenta de que el Padre Jacinto estaba en realidad muy complacido por mi respuesta. Sin embargo, sólo tiempo después supe que nada tenía que ver mi teoría con la verdadera explicación, y comprendí que la satisfacción del viejo astrónomo tenía otro motivo.

Fue al final de mi visita de aquel día cuando el enigmático sabio me propuso iniciarme en la ciencia de la Astronomía de manera formal, tomándome como aprendiz. Cuando acepté entusiasmado su sonrisa se ensanchó, pero de inmediato una sombra le nubló los ojos y, tomándome de los hombros, me habló nuevamente, esta vez en tono mucho más serio.

—No estoy seguro de si hago bien al advertirte de esto, Polibio, pero tengo que ser justo contigo: debes saber que la Astronomía es una ciencia apasionante pero también peligrosa. He de confesarte que los hombres más grandes de esta ciencia, los que la han hecho avanzar de manera más notable en los tiempos de mayor oscuridad, fueron invariablemente condenados por la Jerarquía eclesiástica de su época, aun cuando muchos fueron religiosos ellos mismos —su mirada se ensombreció aún más mientras continuaba—. Y aún en nuestro propio tiempo la Astronomía no es muy del agrado de los Severinos. El Santo Oficio ni siquiera permite que se enseñe oficialmente en el Santuario, como se hacía hasta hace unos años. ¿Estás seguro de que quieres que te hable más de esta ciencia?

Asentí de nuevo, sin atreverme a decirle lo que Tiberio me había revelado ya antes sobre sus propios problemas con la Inquisición.

—Bien, en ese caso —continuó el astrónomo visiblemente satisfecho — hablaré con el Superior. Estas cosas no deben hacerse a sus espaldas. No creo que ponga inconvenientes si no descuidas ninguna de tus otras obligaciones... —y me despidió con un gesto.

De este modo quedó definitivamente sellado entre ambos el pacto, y el Padre Jacinto se convirtió en mi maestro y mentor en la ardua senda de la Astronomía. Aunque quizás debiera decir, más bien, de la Ciencia, en el sentido más amplio y noble del término. Pues aunque fue el Padre Felicísimo quien me proporcionó el primer contacto con esta forma de entender el mundo a través de sus interesantes y en ocasiones arriesgadas lecciones de Química, de la mano del Padre Jacinto me adentré, mucho más allá de lo que entonces creía que sería posible, por caminos tan diversos como los de la Geometría, el Cálculo, el Algebra, la Mecánica, la Óptica y muchas otras ramas de las Matemáticas y la Física, hasta llegar a tantear incluso el más

oscuro y absolutamente prohibido sendero de la Tecnología, el más denostado por los Severinos como culpable de todos los males de la Humanidad.

El Padre Crisógono no permitió que el astrónomo sustituyese al Hermano Aurelio como mi tutor oficial, debido a lo que después supe era una prohibición expresa del Santo Oficio. Se trataba de algo relacionado con el oscuro pasado al que había hecho referencia Tiberio, cuyos detalles sólo conocí años más tarde, cuando el Padre Jacinto llegó a confiar en mí lo suficiente como para confesármelos. La sentencia no sólo había impedido al astrónomo dar clases a lo largo de las últimas décadas, sino también asumir la tutoría de ningún novicio. En realidad, tampoco me hubiera gustado desairar de ese modo al amable Bibliotecario, a quien estaba convencido de deberle mucho; y él, por su parte, jamás puso obstáculo alguno para que pudiese compatibilizar ambas dedicaciones.

Sin embargo, aunque el Padre Jacinto no se convirtió oficialmente en mi tutor yo sí que empecé a considerarlo de ese modo a partir de aquel momento, y comencé a acudir al Observatorio en todos los ratos que podía escamotear a mis otras obligaciones. Y determiné esforzarme hasta el máximo de mis posibilidades para aprender cuanto tuviera que enseñarme aquel hombre, al que pronto comencé a considerar el más extraordinario sobre la superficie de la Tierra.

Pese a todo, las primeras lecciones del Padre Jacinto no versaron directamente sobre Astronomía. Durante varios meses se dedicó a revisar y consolidar mis conocimientos de matemáticas, más allá del mero aprendizaje de fórmulas al que se reducían las torpes clases de Aritmética del Hermano Zoilo. Ocasionalmente, eso sí, mi nuevo mentor debía recurrir a breves sesiones de observación para calmar mi impaciencia antes de proseguir con más ejercicios y problemas. Para facilitarme el trabajo el astrónomo colocó un pupitre próximo a su propia mesa, en el que me hizo sentar desde que el primer día aparecí jadeante por la puerta, después de haber subido las escaleras a la carrera y de dos en dos. También había apoyado contra la pared una vieja pizarra sobre la que escribía los enunciados y que yo emborrataba una y otra vez intentando hallar las pertinentes soluciones. Sin embargo, la lección que recuerdo con mayor cariño fue la del día en que decidió finalmente que era el momento de comenzar a entrar en materia.

—La Astronomía, Polibio, es posiblemente la más noble y extraordinaria de las Ciencias. Su objeto de estudio es nada menos que el Universo, es decir, la totalidad de la Creación... —comenzó solemnemente el Padre Jacinto aquel día, sin darse por enterado de mi expresión de alborozo ya que nada me había dicho de sus intenciones. Me pareció que él también se encontraba nervioso. Al fin y al cabo, lo que había hecho hasta ese momento no había contravenido ninguna prohibición expresa del Santo Oficio o del Padre Crisógono, ya que sin duda se nos permitía a los novicios estudiar Matemáticas. Pero ahora era una cuestión diferente: se trataba de enseñar Astronomía, el conocimiento prohibido que había constituido y seguía constituyendo la gran pasión de su vida. Antes de continuar, y a lo largo de los primeros minutos de su lección, carraspeó numerosas veces. Luego he pensado muchas veces en si mi maestro sentiría la misma emoción que yo experimentaba en esos instantes, similar a la que se siente al inicio de un largo viaje del que no se conoce la ruta que seguirá ni tampoco el destino final. Para él era sin duda un momento también importante, el regreso a las clases de la materia que más le apasionaba después de tres décadas. Y ahora soy más capaz de comprender, porque yo mismo he pasado por esa experiencia, lo que se siente al comprometerse con un alumno dispuesto a seguir tus pasos y a quien vas a intentar hacer partícipe de todo lo que sabes, de todo lo que eres. En su caso, el Padre Jacinto probablemente afrontaba además su última oportunidad de hacerlo, el resurgir de la esperanza, largo tiempo después de haberla perdido, de poder llegar a traspasar a alguien la inmensa responsabilidad de la que se sentía depositario.

—Se trata de un objetivo gigantesco, inconmensurable y, de hecho, por completo inalcanzable para el ser humano —continuó mi maestro—. En mi opinión, el más ambicioso que se pueda imaginar. Y es precisamente esa magnitud, muchacho, la que hace al hombre, al astrónomo, más sabio, más consciente que otros de su infinita pequeñez y le proporciona una perspectiva distinta de todo cuanto lo rodea... Y para conseguir avanzar siquiera unos pocos pasos hacia ese objetivo, es preciso dominar varias de las más importantes disciplinas científicas, en especial la Aritmética y la Geometría y, sobre todo, las Ciencias Físicas en sus distintas ramas... Ya hemos empezado reforzando tus conocimientos básicos acerca de las dos primeras y pronto nos adentraremos en la tercera. Pero hoy quiero comenzar a hablarte no de la Astronomía, sino acerca de los astrónomos. De algunos de los hombres que, siglos atrás en el pasado, fueron, en definitiva, nuestros precursores, y cuyas

huellas intentamos seguir con mejor o peor fortuna...

El astrónomo esbozó un gesto de autocomplacencia, aparentemente satisfecho con la forma en que había introducido el tema de la lección.

—La historia de la época más gloriosa de la Astronomía, muchacho, puede dividirse en tres periodos... —el Padre Jacinto prosiguió su explicación con la ayuda de varias láminas descoloridas que había colgado junto a la pizarra y sobre las que iba señalando ocasionalmente con un largo puntero de madera—. El primer periodo de que te hablo correspondió a la observación detallada de los movimientos aparentes de los cuerpos celestes. De entre todos los observadores destaca con luz propia Tycho Brahe, que aun sin comprender todavía las leyes a las que obedecían esos movimientos, registró tal magnitud de datos y con tanta fiabilidad que permitieron a otros, más adelante, deducirlas. Es importante que comprendas, Polibio, que la ciencia, toda la Ciencia y no sólo la Astronomía, se basa en la experimentación. Las teorías científicas sólo son válidas cuando son capaces de predecir los resultados de los experimentos. ¡Si no es así, son sólo filosofía! Por ello, los minuciosos datos experimentales de Brahe sirvieron como piedra de toque para que las diferentes teorías se pusieran a prueba, y la correcta emergiera finalmente victoriosa, al menos para los que no quisieron cerrar los ojos a la evidencia. A menudo pienso en Brahe cada vez que registro mis propias anotaciones, y confío en que, algún día, sirvan igualmente para algo...

Mi mentor apenas se permitió un breve sorbo de agua y un ligero carraspeo antes de continuar.

—El segundo periodo, iluminado por los genios de Copérnico y Kepler, corresponde al descubrimiento de los verdaderos movimientos de los astros, es decir, de las leyes que los rigen. Probablemente sea ésta una de las etapas más apasionantes de la Historia de la Ciencia. Nicolás Copérnico fue el primero en cuestionar el antiguo sistema ptolemaico, o geocéntrico, según el cual la Tierra, o Gea en la lengua de los antiguos griegos, era el centro no ya del sistema solar sino de todo el universo conocido. Has de recordar que no mucho antes aún se ponía en duda la misma redondez de la Tierra. Para hacer congeniar este sistema con los datos experimentales cada vez más precisos se había intentado recurrir a ingeniosos artificios según los cuales los planetas giraban en torno a la Tierra en complicadas trayectorias helicoidales que, finalmente, nadie lograba comprender del todo. ¿Sabes lo que quiere decir “helicoidal”? —ante mi gesto de negativa, el Padre Jacinto se entretuvo unos minutos en explicarlo con unos dibujos sobre la pizarra y luego continuó, no

sin antes puntualizar:

—Y ya que estamos, si ves que no entiendes algún término de los que utilice, haz el favor de preguntarme, ¿de acuerdo? —asentí enérgicamente, enrojeciendo un poco—. Como te decía, Copérnico se dio cuenta de lo absurdo de este sistema y escribió un libro titulado “*Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes*”, o “*De Revolutionibus*”, ya que en aquella época casi todos los escritos se realizaban en idioma latino, lengua en cuyo estudio, por cierto, deberás aplicarte —insistió señalándome con el puntero. Para entonces el Padre Jacinto había retomado a la perfección su papel de profesor y parecía que nunca hubiese dejado de dar clases—. En su libro, Copérnico defendía un sistema opuesto, de carácter denominado heliocéntrico, es decir, en el cual era el Sol, o Helios, el que ocupaba el lugar central alrededor del cual giraban la Tierra y los demás planetas en órbitas circulares. No se trataba de una teoría nueva en rigor. Un gran astrónomo de la Antigüedad, Aristarco de Samos, fue el primero que la propuso muchos siglos antes, pero en tiempos de Copérnico nadie se acordaba ya de él. ¿Quieres acercarme eso, por favor?

Casi me sobresalté con aquella ruptura del hilo de la explicación. Siguiendo sus indicaciones me acerqué a una compleja estructura que ya me había llamado la atención en mi primera visita al Observatorio. Sobre una sólida peana, dentro de la cual parecía haber algún tipo de mecanismo y de la que sobresalía una pequeña manivela, se asentaba un conjunto de ejes. Cada uno de estos ejes sujetaba un alambre de distinta longitud dispuesto radialmente, en cuyo extremo se situaban pequeñas bolas de tamaños y colores diversos. Dos de ellas, las de mayor tamaño, parecían sendas naranjas, una con un anillo a su alrededor. De inmediato reconocí a Saturno y supuse que la otra representaba a Júpiter, los dos planetas que había podido observar ya a través del Telescopio. El resto parecía una variada colección de frutos de menor tamaño, varias uvas, unas verdes y otras moradas, un arándano azulado y una pequeña grosella rojiza. En el centro del artefacto, una gran bola amarilla como un enorme pomelo representaba, inconfundiblemente, al Sol.

Depositó el extraño artilugio sobre el escritorio, y el Padre Jacinto comenzó a dar vueltas a la manivela. Casi de inmediato y para mi sorpresa, el mecanismo se puso en marcha. Los ejes chirriaron al moverse y las bolas de colores empezaron a describir círculos alrededor de la bola central, que tan sólo rotaba sobre sí misma. Cada planeta giraba a su propio ritmo: los más próximos al centro lo hacían más deprisa, mientras que los exteriores se

movían con mayor lentitud.

—Este es un modelo bastante aceptable del sistema de Copérnico, aunque, como es lógico, los tamaños de los planetas, el del Sol y las distancias que los separan no estén a la misma escala. Si hubiésemos tenido que separar estas mismas bolas hasta la distancia proporcionalmente correcta, hubiéramos tenido que llevar la última de ellas, que representa al planeta Plutón, mucho más allá de los límites del Santuario...

Me estremecí pensando en la posible magnitud de aquel aparato, y la imagen me hizo recordar las explicaciones del profesor de Química. No pude evitar intervenir.

—Entonces el Sistema Solar está casi completamente vacío, ¿no?, como los átomos que forman la materia de la que nos habla el Padre Felicísimo...

El Padre Jacinto sonrió complacido.

—Efectivamente, Polibio. Es muy interesante que hagas esa observación, porque la similitud entre la estructura de los sistemas planetarios y la de los minúsculos átomos ha fascinado a los sabios de muchas épocas: el paralelismo entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño... Ya tendremos ocasión de hablar de eso. Pero regresando al tema que nos ocupa, quiero que entiendas, Polibio, que con esta descripción del mundo Copérnico estaba formulando una doctrina totalmente opuesta a lo que la Iglesia de entonces consideraba la verdad revelada. Algo que en aquellos días podía conducirle a la prisión o incluso a la hoguera, ya que también entonces la Inquisición velaba celosamente por el mantenimiento de lo que consideraba la ortodoxia. Para intentar evitar el castigo, Copérnico se expresó con una prudencia escrupulosa, exponiendo sus ideas como meras consecuencias de una hipótesis fingida, un simple ejercicio intelectual al que restaba todo carácter de verosimilitud en un prólogo dirigido al propio Papa, cabeza de la Iglesia en aquellos días. Aún así, se abstuvo durante más de treinta años de publicar su libro, y sólo llegó a ver un ejemplar impreso en su lecho de muerte. ¿No te parece extraordinario? Al menos, no tuvo que ser testigo de lo que ya había previsto que sucedería: a pesar de todas sus precauciones fue condenado como herético, y su libro puesto en el Índice, que ya existía también entonces, y calificado como “falsa doctrina contraria a las Sagradas Escrituras”...

Se interrumpió un momento, y cuando continuó lo hizo dejándose llevar de otro hilo de pensamientos.

—Seguramente te preguntarás, ya desde hace rato, qué es lo que movía a

aqueellos presuntos hombres de Dios contra lo que la Ciencia revelaba como la verdad evidente —continuó con prudencia después de observar mi gesto de asentimiento. No era una cuestión que me hubiese venido por primera vez a la mente en ese preciso instante: ya era consciente desde hacía tiempo de que la Ciencia en general, y la Astronomía en particular, no eran del agrado de la Inquisición, aunque no podía comprender los motivos: ¿no era la Ciencia acaso un camino más para descubrir la verdad sobre las cosas? ¿Cómo podría llevar a otro fin distinto de aquél al que nos conducía la Revelación? El astrónomo formuló la misma pregunta en voz alta, aunque en otros términos—. ¿Qué es lo que temían, qué parte del mensaje de Cristo pensaban que estaba amenazado por las ideas de Copérnico? Es una pregunta que yo también me he formulado a menudo, y para la que no debes pensar que es fácil hallar explicación. Sólo a veces alcanzo a vislumbrar, como única justificación posible, la endeblez de sus propias convicciones, de las raíces de su fe. Quizás a aquellos hombres les movía, simplemente, el miedo a ser apeados de su posición de privilegio, siendo hasta ese momento los únicos capaces de explicar la verdad sobre el mundo que les rodeaba... O tal vez algunos de ellos, los que se creían verdaderamente inspirados por Dios, pensasen que destronar a la Tierra de su posición hasta entonces dominante en el firmamento, incluso en el propio Universo, suponía rebajarla en sus pretensiones de ser la única depositaria de la revelación divina. No es una cuestión baladí, Polibio. Fíjate bien: si cada una de las innumerables estrellas del firmamento es un Sol, rodeado a su vez de planetas habitados por seres inteligentes como nosotros, ¿cómo afectaría a esos seres el mensaje de Cristo? ¿Tendrían cada uno de esos mundos su propio Mesías? ¿Acaso no dejaría Jesús entonces de ser el Hijo único de Dios? ¿O, por el contrario, no merecerían la Salvación esos otros seres? —Cayó en la cuenta de que quizás se había exaltado en exceso y enmudeció por un instante, antes de decidirse a zanjar la cuestión—. En fin, será mejor que no hagas mucho caso y lo olvides, son sólo preguntas retóricas...

La clase continuó avanzando a medida que lo hacía aquella larga tarde de junio, pero el Padre Jacinto no parecía cansarse de hablar ni yo de escucharle. Aunque alguno de los términos y de los conceptos a los que se había referido el astrónomo se me escapaban, el paisaje que iba exponiendo ante mis ojos, la lucha de aquellos hombres extraordinarios por descubrir la verdad sobre el

Universo pese a todas las dificultades, me tenía maravillado. No me atrevía casi a respirar, por miedo a distraerle.

—Aunque Copérnico fue el primero que planteó formalmente el sistema heliocéntrico, fue Juan Kepler quien, casi cincuenta años después, obtuvo las leyes que regulan el movimiento de los astros. Kepler analizó las observaciones de Brahe, formuló diversas hipótesis, desechando las que proporcionaban resultados que no concordaban con los datos observados, y finalmente dedujo tres leyes que le permitieron explicar la verdadera naturaleza de las órbitas, que eran elípticas y no circulares como afirmaba Copérnico, y la forma en que variaban las velocidades de los planetas en función del punto de su trayectoria en que se encontraban y de su distancia al Sol. Más adelante las estudiaremos con mayor detenimiento, por supuesto. Como era previsible, las leyes de Kepler sufrieron también de la reprobación inmediata de las autoridades de la Iglesia, y no sólo porque sustentaban las ideas de Copérnico, sino también porque la mera promulgación de la idea de que el universo obedeciera a leyes cualesquiera, con independencia de la acción de la voluntad divina, se tenía entonces por condenable...

Recuerdo que me pregunté cómo era posible aquella ceguera, pues a mí me resultaba evidente que la voluntad divina estaba allí presente de forma incuestionable. Dios se manifestaba sin duda a través de los descubrimientos de Kepler, como el Legislador supremo del Universo.

—El último de los periodos de que te he hablado, Polibio, fue el del descubrimiento de las causas de estas leyes. Y ese fue el momento de gloria del gran Isaac Newton, casi un siglo más tarde. En comparación con sus predecesores, Newton sin duda fue muy afortunado. Vivió en un periodo y en un lugar en el que el largo y duro brazo de la Inquisición no podía alcanzarle, y obtuvo reconocimiento y fama entre sus contemporáneos. Newton descubrió el motivo de que los astros giren unos alrededor de otros: la atracción entre ellos debida a la fuerza de la gravedad, que enunció en una fórmula que explica cómo todos los cuerpos se atraen, en razón directa a sus masas e inversa al cuadrado de la distancia que los separa. Más adelante estudiaremos en detalle esa ley y otras igualmente importantes. En realidad, lo que Newton hizo fue aplicar las leyes del movimiento de los cuerpos que había desarrollado otro gran sabio, Galileo, de quien ya tendremos tiempo de hablar otro día. Comprobó cómo, al considerar la fuerza de la gravedad de acuerdo a estas leyes, era capaz de explicar las trayectorias de los planetas, los cometas, los satélites... En fin, a veces pienso cuál pudo ser la sensación

que experimentó al imaginar por primera vez el Cosmos como algo ordenado, algo predecible en el que miles de millones de astros sobre su cabeza se movían al ritmo de una música perfecta, de las ecuaciones que él había descubierto con su mente privilegiada...

—Pero ¿de dónde viene ese Cosmos, Padre? —no pude evitar preguntar—. ¿De dónde han salido esos miles de millones de estrellas y de planetas que se mueven según esas leyes? ¿Los creó Dios así?

—¡Ah, Polibio! —se sonrió el astrónomo—. ¡Siempre quieres ir más allá! ¡Definitivamente, tú y yo vamos a entendernos muy bien! —exclamó.

Para entonces yo era ya plenamente consciente de que al Padre Jacinto mis repentinas interrupciones no sólo no le molestaban, sino que le agradaban abiertamente. Por eso empecé poco a poco a dejarme llevar y a exponer mis propias ideas tal como se me ocurrían, por disparatadas que me parecieran a veces. Algo así nunca me lo hubiera planteado siquiera en las clases del Hermano Ulpiano o del Padre Oberto, por ejemplo, aunque otros profesores de carácter más amable, como el Padre Felicísimo o el Hermano Aurelio, habían tolerado benévolamente algunas de mis ocurrencias.

—Esa actitud me gusta, muchacho —prosiguió el astrónomo—, pero si sigues preguntado acabarás por hallar los límites de mi sabiduría, y harás de paso un flaco servicio a mi vanidad... —y me hizo un guiño para demostrar que bromeaba, al menos en lo segundo.

—En fin, ¿cómo podemos saber algo así? Sin duda las Escrituras sugieren algo parecido a lo que dices, es decir, que Dios creó el Universo tal y como es. Pero la Creación es un tema de gran dificultad para alguien que es a la vez un religioso y un científico. No sólo la de los astros. También la de la propia Tierra, y la de las plantas, los animales, y el mismo hombre. Somos tan ignorantes... Por ejemplo, ¿os ha hablado el Padre Oberto alguna vez de la Teoría de la Evolución del gran Darwin o de su obra maestra, “*El Origen de las Especies*”?

Negué con la cabeza. No había oído nunca aquella expresión. Luego recordé que había entrevisto antes aquel nombre, Darwin, a través de los defectuosos vidrios de la Sección Prohibida, aunque no podía recordar el título de la obra condenada. Se lo mencioné al Padre Jacinto y éste no se sorprendió.

—Imaginaba que esta gran obra, que leí en mi juventud, estaría incluida en el Índice, Polibio. Pero lo que no suponía es que aún quedase en la Biblioteca algún ejemplar... —se rascó la cabeza, pensativo—. Quizás habría

que hacer algo al respecto, antes de que desaparezca... En fin, lo que quería decirte es que ese libro, uno de los más extraordinarios que ha producido la Ciencia aunque en un área diferente a la que nos ocupa a nosotros, desarrolla una hipótesis sobre la aparición de las diferentes especies de seres vivos en la Tierra que parece, y fíjate bien en que sólo digo “parece”, contradecir a las Escrituras. Hubo que esperar casi otro siglo hasta que Teilhard de Chardin, un notable científico que además era sacerdote, encontrara una forma de conjugar la teoría de Darwin con el mensaje del Cristo. Claro que la Iglesia ya había condenado para entonces ferozmente la obra de Darwin, como podrás imaginar, y aunque tengo pruebas de que luego no tuvo más remedio que aceptar muchas de sus conclusiones, con la llegada de los Severinos acabó dando marcha atrás, como en tantas otras cosas. Pocos, sin duda, se acuerdan hoy del valeroso intento de Teilhard... Sin embargo, nuestro objetivo debería ser el mismo que el suyo. Debo insistir en lo que te dije ya antes: la verdad que la Ciencia pone ante nuestros ojos no debe ser jamás enemiga de los cristianos, sino una aliada que nos permita interpretar el mensaje de Jesús de la forma correcta, revisando, cuando fuere necesario, las interpretaciones de las Escrituras sostenidas previamente...

Pareció darse cuenta de que la conversación había ido tomando una deriva distinta de la que pretendía, y dio una larga chupada de su pipa antes de continuar.

—En fin, volveré al punto en el que estábamos. Me preguntabas por la creación de los astros. Olvídate de los seis días de los que hablan las Escrituras, es decir, hazlos por un momento a un lado —matizó prudentemente, alarmado al ver mi reacción inicial de reparo—. Si quieres actuar como un científico no debes interpretar la explicación de la Creación que contiene el Génesis en forma rigurosamente literal, sino como una especie de alegoría revelada a gentes de bien, pero que no podían comprender realmente de lo que se les estaba hablando, y debían limitarse a creerlo sin más, ¿me entiendes?

Asentí y el Padre Jacinto continuó más tranquilo.

—Lo que los científicos han entrevisto, porque nada hay seguro en todo esto, Polibio, es que parece que toda la materia del sistema solar pudo estar alguna vez en estado gaseoso, una especie de nebulosa que se hallaba en rotación, y a partir de la cual dicha materia se ha ido transformando y condensando, al concentrarse por la fuerza de la gravedad en agrupaciones cada vez más densas: los planetas en la periferia y el propio Sol en su centro.

Esto viene apoyado, por ejemplo, en una prueba clara: el hecho de que prácticamente todos los cuerpos del Sistema Solar giran aproximadamente en el mismo plano y en el mismo sentido.

Aunque no entendí del todo este argumento, mi mente inquieta ya estaba saltando aún más allá:

—Sí, Padre, pero ¿y el resto del Universo? ¿Y las demás estrellas? Me habéis dicho que cada una de ellas es como el propio Sol...

—¡Muchacho, contente un poco! ¡Siempre quieres ir un paso más adelante! Veamos... ¿Cómo podemos saber con certeza algo así? Hay hipótesis, libros, y a estas alturas no te extrañará que la mayoría de ellos hayan sido condenados por el Santo Oficio como los de Copérnico, Kepler o Darwin, que postulan que el Universo no es estático, sino que se halla en continua expansión, y aseguran que determinados datos experimentales lo confirman. Lamentablemente, muchacho, no tenemos forma hoy de reproducir esos experimentos. Y esos mismos libros, que algún día podrás leer por ti mismo, hablan de una Gran Explosión sucedida hace miles de millones de años, en la que toda la materia que existe en el Cosmos, que se concentraba entonces en una bola gigantesca que algunos llamaban, y no te rías, el Huevo Cósmico, salió despedida y a partir de la cual todo comenzó, de modo parecido a lo que antes te he comentado.

Aunque creí entender la idea del Padre Jacinto, volví a sentirme inquieto por la forma radical en que aquella afirmación parecía contradecir a lo expuesto en las Escrituras, que indicaba claramente que la Creación del Universo había tenido lugar en tan sólo seis días. El astrónomo debió notar mi confusión porque se apresuró de nuevo a matizar.

—Sé que esto te puede parecer contradictorio con lo que os ha contado el Padre Crisógono, pero no tiene por qué ser así, necesariamente. Ya te expliqué antes que las Escrituras no siempre pueden, ni deben, interpretarse al pie de la letra...

Mis dudas acabaron por desvanecerse ante aquella última frase, que en ese instante recordé que ya había oído antes, de forma literal, en boca del propio Superior y referida a otro pasaje de las Escrituras. En concreto, había aludido a las palabras de Jesús sobre las dificultades de los ricos para salvarse y a la comparación con el intento imposible de hacer pasar un camello a través del ojo de una pequeña aguja (por más que nunca había entendido qué pintaba el camello en toda aquella historia). La frase en cuestión había sido la respuesta del Padre Crisógono a una pregunta que un inocente novicio había hecho

sobre la legitimidad de las extraordinarias riquezas de Su Santidad el Megaobispo. De modo que en adelante no se me ocurrió poner en cuestión la teoría del Padre Jacinto. Confié plenamente en su sabiduría y sólo pensé en que quería saber más acerca de todo ello.

—¿Y sería ese el instante de la Creación? La Gran Explosión, quiero decir. ¿Fue así como Dios lo creó todo, con una explosión como la del Laboratorio de Química?

—¡Desde luego! Claro está, suponiendo que la hipótesis fuera cierta... Pero sí, eso fue lo que pudo poner en marcha todo el proceso, la gran decisión del Creador a partir de la cual vino todo lo demás, a partir de la cual inició nuestro Universo la grandiosa e imparable evolución en la que todavía se halla inmerso. Y eso es lo que no son capaces de ver los Severinos... que en realidad estamos hablando de lo mismo —pareció reflexionar por un momento e incluso me dio la impresión de que se arrepentía de haber llegado tan lejos en sus críticas—. De todas formas, Polibio, sólo te hablo de ideas que aventuran viejos libros olvidados... De ideas que no le harían mucha gracia al Santo Oficio y que es mejor que no repitas a nadie. De hecho, preferiría que no repitieras nada de lo que hablamos aquí. Como ya te he dicho, muchos de los experimentos que podrían aclarar estas cosas no podrán reproducirse jamás, o al menos no en muchas generaciones, y en cualquier caso no creo que a los Severinos les resulten de gran interés.

—Pero ¿usted qué piensa, Padre? —insistí—. ¿Cree que la Creación sucedió realmente de esa forma?

El Padre Jacinto se echó a reír con un gesto incómodo, pero sabiendo que no podría escapar fácilmente a mi implacable interrogatorio.

—Sin duda podría haber sido así. La hipótesis es elegante, aunque no haya manera hoy de confirmarla. Pero insisto, no le menciones esto a nadie, Polibio. Puede resultar peligroso —se le oscureció el gesto y el tono de voz le cambió a uno mucho más sombrío—. Algún día te hablaré de cosas que me sucedieron hace mucho tiempo, cuando era aún joven y creía que todos debían estar de acuerdo conmigo en que la Ciencia era uno de los caminos que podían conducirnos a la Verdad...

Permaneció silencioso, sumido en oscuras reflexiones durante unos minutos que se me hicieron muy largos, como si hubiera olvidado mi presencia perdido en un mar de recuerdos de aspecto borrascoso. El cielo pareció contagiarse de ese humor y se ensombreció rápidamente, o quizás es que sólo fue entonces cuando me percaté de que el día tocaba a su fin,

capturado hasta ese instante por el poder de las palabras de mi maestro. Finalmente el astrónomo pareció forzarse a reaccionar.

—¡Pero ya está bien! Por el momento tienes trabajo de sobra... ¡Has de trabajar primero esas matemáticas elementales, si quieres acabar entendiendo las ecuaciones que gobiernan el funcionamiento del Universo!

Y así lo hice durante meses, o quizás debería decir más bien durante años, porque las matemáticas resultaron ser un mundo en sí mismas, un mundo en el que cada vez que me adentraba un poco más, tenía la sensación de que eran mayores las posibilidades que se abrían en su inmensa vastedad. En cierto modo, ese mundo se me hacía tan grandioso como el propio cielo que podía ver con tan sólo alzar la vista. Mucho más remoto, ya que no era accesible a mis sentidos como lo eran las maravillas celestes y, sin embargo, a la vez más próximo ya que podía introducirme y desenvolverme en él sobre la pizarra, e ir conociéndolo y dominándolo paso a paso. O, al menos, esa sensación creí tener por algún tiempo, aunque hace ya mucho que soy consciente de que, como en tantas otras cosas, frente a ese enorme océano que son los números no he hecho sino apartarme unos metros tan sólo de la orilla, los pies apenas hundidos en la arena mojada y las olas que me acercan el conocimiento lamiendo a intervalos perezosos mis tobillos.

Entretanto, con el transcurrir de los meses avanzaban mis lecciones y mis estudios, que compaginaba como podía con el resto de mis obligaciones en el Santuario. Afortunadamente, la mayor parte del trabajo en el Observatorio tenía lugar a última hora de la tarde o incluso de noche, después de Completas, con lo que no interfería con mis otras lecciones, la liturgia diaria ni mi trabajo en la Biblioteca.

Una de las cosas que me sorprendieron del Observatorio, aunque no fui del todo consciente de ello en las primeras semanas, fue comprobar que los muertos nunca subían hasta los dominios del Padre Jacinto. Ignoro si se debía a que no podían alejarse tanto del suelo, sujetos por alguna clase de vínculo telúrico, o si era el espíritu racional y científico que imperaba en aquella estancia el que les vedaba el acceso. En cualquier caso, para mí constituía un verdadero descanso el poder olvidarme por unas horas de aquel lúgubre desfile que, como ya he mencionado, gustaba de concentrarse sobre todo en los pasillos de la Biblioteca, y dejar de lado el control bajo el que debía mantenerme en todo momento para evitar que los miembros vivos de la

Comunidad percibiesen reacciones extrañas por mi parte. Y, sin duda, también facilitó que pudiera sentirme cómodo con mi maestro a lo largo de los años, aún sin llegar a revelarle jamás nada en absoluto a este respecto. No sé si eso hubiera sido posible, en caso de haber tenido que soportar a varios espectros demacrados evolucionando silenciosos e incansables en torno a mi tutor, durante mis a veces arduas lecciones o a lo largo de las extenuantes sesiones de observación.

Me sorprendió también constatar que el Padre Jacinto seguía un riguroso plan de trabajo, con observaciones cuidadosamente planificadas a lo largo de las cuales registraba gran número de datos sobre las posiciones de la Luna, las estrellas y los planetas, la evolución de la actividad solar o el movimiento de cometas y asteroides. Todo se anotaba en gruesos volúmenes que archivaba, una vez etiquetados con esmero, en las estanterías del Observatorio. Había allí una ingente colección de tomos, rigurosamente ordenados, con datos astronómicos de los últimos veinte o treinta años, y me asombré cuando hice el cálculo del número de sesiones de observación a que correspondían. Muy pronto fue mi letra, menos menuda y uniforme que la del viejo astrónomo, la que comenzó a registrar los datos de las observaciones. La mayoría de aquellos registros correspondían a coordenadas de objetos celestes, es decir, su ascensión recta y su declinación, que debía anotar basándome en lo que señalaban los nonios indicadores situados en la montura del Telescopio. Me sorprendió constatar que el cielo estaba, en cierto modo, tan catalogado como lo estaba el contenido de la propia Biblioteca, y que podía encontrarse fácilmente un objeto cualquiera, por pequeño e insignificante que fuese, si se conocían sus precisas coordenadas, como los libros a partir de las ordenadas fichas del Hermano Aurelio.

Durante el día mi maestro dedicaba parte del tiempo a trabajar sobre aquellos datos, a partir de los cuales confeccionaba unos almanaques que denominaba efemérides. En aquellos almanaques incluía predicciones de fases de la Luna, conjunciones planetarias, eclipses de Luna o de Sol, apariciones de cometas y otras explicaciones sobre diversos fenómenos astronómicos. El Padre Jacinto aseguraba que tiempo atrás, cuando él era un novicio como yo mismo, hasta la propia Corte demandaba aquel tipo de informaciones con gran interés, aunque luego su uso principal no fuese sino la confección de horóscopos y otras patrañas. Sin embargo, desde la llegada de los Severinos al poder apenas se limitaba a enviar los datos a un puñado de personas, distribuidas por todo el Reino, que todavía se atrevían a desafiar al

Santo Oficio y conservaban vivo el interés por la peligrosa ciencia en que se había convertido la Astronomía.

El resto de su tiempo lo repartía mi maestro entre mis clases y el estudio. Pasaba horas sobre viejos volúmenes supervivientes del Castigo y del fanatismo de los Severinos, emborronando hoja tras hoja con apuntes y anotaciones, inmerso en una nube de humo que iba emanando lentamente de la pipa que le colgaba de los labios. A veces dejaba escapar una exclamación de júbilo o de sorpresa, pero las más de las ocasiones su expresión era de frustración.

—¡No soy un matemático ni la mitad de competente de lo que lo fue mi tutor, Polibio! —exclamaba enojado mientras cerraba de un golpe un grueso volumen cuyo título rezaba “*Mecánica relativista*”—. ¡Me temo que jamás seré capaz de comprender algunos de estos libros por más tiempo que les dedique, simplemente porque no estoy a la altura! —se pasaba la mano por los cabellos o se quitaba los lentes para limpiarlos, y daba una larga bocanada a su pipa que de inmediato le tranquilizaba—. En otros tiempos eso llegaba a exasperarme, pero creo que ya me empiezo a resignar. Quizás tú logres entenderlo algún día, muchacho. Aún así, Polibio, aunque las ecuaciones se te hagan incomprensibles y te bailen los números y los símbolos ante los ojos, no debes desesperar. Debemos preservar todo ese conocimiento en la medida en que nos sea posible. Sin duda otros vendrán más adelante con la capacidad para entenderlo. ¡Pero me resulta frustrante no ser capaz de entenderlo yo! —terminaba, dando un puñetazo sobre la mesa y echando por tierra todo atisbo de aquella pretendida resignación.

—Quizás si no fumarais tanto, maestro... —opté por decirle en una de esas ocasiones—. Mi amigo Beldo asegura que el tabaco tiene efectos muy perjudiciales sobre el entendimiento... -, pero después de ver la mirada furibunda que me lanzó no volví a entrometerme en uno de aquellos arrebatos de enojo.

Alguna vez he intentado enfrentarme, muchos años después, a alguno de los libros que se le resistían a mi tutor pero no he logrado ir más allá que él. De hecho, incluso se me han resistido textos, conceptos y teorías que sé que él había llegado a comprender, y lamento que no tuviésemos tiempo suficiente para discutir sobre todo ello. Ha sido en estas ocasiones en las que he tenido la sensación de hallarme frente a muros imposibles de franquear, cuando he optado por dirigir mis esfuerzos, siquiera provisionalmente y a modo de consuelo, al terreno de la Historia. Ahora veo con claridad que la

empresa de mi tutor, aunque admirable, era sobrehumana. Pretendía cargar sobre sus hombros, solo y sin otros recursos que su tiempo, su inteligencia y su voluntad férrea, con un saber vasto, casi ingente, que la Humanidad había ido construyendo en un devenir de siglos. Quizás, con tiempo suficiente, habría podido conseguirlo. Yo, por mi parte, consciente de mis propias limitaciones, jamás he pretendido tal cosa.

19. Más allá de los muros

Así como el Padre Jacinto me tomó de la mano para ayudarme a intentar comprender los enigmas del Universo remoto, hubo otros misterios, mucho más próximos a lo humano, en los que nadie tuvo a bien guiarme cuando se despertó mi interés por ellos. Uno de aquellos misterios fue, sin duda, la extraña naturaleza del cuerpo femenino.

Mi primer atisbo de un cuerpo desnudo del otro sexo correspondió, por supuesto, al de Penélope, aunque por entonces no era más que una niña aún. Ya desde nuestro primer verano en compañía adoptamos la costumbre de bañarnos juntos, los escasos días en los que el calor agobiaba y hacía apetecible refrescarse en alguno de los estanques repartidos por los Jardines. Nuestro lugar preferido para este pasatiempo no era la pequeña fuente de las carpas junto a la que nos habíamos conocido, sino una balsa mucho más amplia y relativamente profunda, formada al abrigo de una represa de la vieja acequia, a medio camino entre el túnel y la muralla, cuyo propósito nunca logré averiguar. Como casi siempre, fue Penélope quien tomó la iniciativa la primera vez, despojándose de su ropa sin pensárselo dos veces y arrojándose entre los nenúfares con un sonoro chapuzón que me empapó por completo el hábito. No me quedó más remedio que imitarla y seguirla, y aprender a disfrutar a su lado de algo que ella parecía haber practicado ya antes a menudo. Debo añadir que no me resultó difícil hacerlo. Para entonces ya me había habituado, a lo largo de los largos meses del invierno y de la primavera, a ir siempre tras de aquella muchacha impetuosa y sorprendente.

Aunque pueda extrañar, en ese primer baño no fue el cuerpo de niña de Penélope lo que acaparó mi atención, a pesar de ser tan obviamente distinto al mío. Lo que me fascinó aquel día fue la sensación, increíblemente fresca y agradable en medio del asfixiante calor, del agua envolviéndome por completo. Nunca antes me había bañado de este modo, sumergiéndome de

cuerpo entero: en realidad ya me parecían completamente innecesarias las rápidas abluciones matinales, y un exceso manifiesto los lavados más minuciosos que ocasionalmente había exigido el Padre Ovidio. Además, tampoco podría decirse que hasta aquel instante lo hubiese ignorado todo acerca de la anatomía de mi amiga, ya que algunos detalles como la ausencia de miembro o su curiosa forma de orinar en cuclillas, cuestiones ambas en las que hube de aceptar su palabra de que eran normales en todas las hembras, se me habían hecho evidentes en los meses transcurridos desde que la conocía.

A lo largo de aquel primer verano tuvimos tiempo suficiente, tanto Penélope como yo, para examinarnos con detenimiento y plantearnos mutuamente preguntas que surgieron con la misma naturalidad con que se habían descubierto nuestros cuerpos. A esas preguntas, sin embargo, sólo podíamos responder en la medida de nuestros conocimientos, que eran más bien escasos y que no aumentaron significativamente en los años inmediatos. Aún así, Penélope siempre parecía tener más información que yo al respecto, extrañas historias que en ocasiones compartía conmigo pero que otras veces guardaba para sí dejando traslucir un aura de misterio. Por lo que puedo recordar, la mayoría de estas historias eran absolutamente falsas, invenciones casi siempre de la fértil imaginación de mi amiga, pero eso no impedía que yo la escuchase con la boca abierta. Todavía durante varios años más fue aquella naturalidad, por completo inocente y confiada, la que presidió nuestros chapuzones veraniegos.

Puede parecer todo esto una digresión fuera de lugar, pero lo cierto es que, en realidad, me ha venido a la memoria porque fue precisamente el verano en el que el Padre Jacinto me tomó a su cargo el último en que Penélope y yo compartimos aquellos baños libres de pudores y de miedos. Recuerdo el día sofocante en que nos salpicábamos con los pies mientras reíamos, felizmente ajenos al resto del mundo, sentados ambos desnudos, como siempre, al borde del estanque.

—¡Mira qué pequeño! ¡Pareces una chica! —exclamó mi amiga señalando mi pene, que recién salido del agua fría se había replegado casi por completo entre mis piernas.

Bromeando, escondí del todo el retraído miembro entre ambos muslos. Penélope se echó entonces a reír.

—¡Eres mi amiga Polibia! —exclamó entre carcajadas. En verdad, nuestros cuerpos no parecían tan distintos entonces: aunque Penélope era más alta que yo, ni su pecho ni sus caderas habían empezado todavía a

desarrollarse, y yo conservaba aún la piel tersa y sin vello de la infancia. Luego me salpicó por sorpresa y di un respingo que liberó momentáneamente a mi prisionero, con lo que la ficción se quebró.

—¿Y cómo consigues que cambie de tamaño? —preguntó.

—Bueno, en realidad, no tengo nada que ver en eso —reconocí, y después de un momento de duda le conté la ocasión en la que, recién levantado, mi pene había parecido cobrar vida propia, multiplicando repentinamente su longitud y su grosor y extendiéndose como un dedo índice acusador ante mí. Incluso había ocasionado algún comentario chistoso que no había entendido del todo, por parte de mi amigo Tiberio.

—¿Sabes que cuando os hacéis mayores, los hombres lo tenéis así todo el tiempo? —aseguró muy seria, después de haberse reído de mi historia.

—¿Qué dices? —pregunté con incredulidad—. No es posible. Se notaría mucho, ¿no? —Recordaba las dificultades que había tenido aquel día para camuflar a mi incómodo intruso bajo el hábito, hasta que por fin desistió de sus intentos por llamar la atención. Nunca me había fijado en que los miembros adultos de la Comunidad tuvieran ese tipo de problema, y la idea de Penélope me pareció poco verosímil.

—Bueno, me imagino que se lo sujetarán con algo, de algún modo...

Me fijé entonces en un hilillo de sangre que le resbalaba a mi amiga por la cara interior del muslo.

—¡Te has hecho una herida! —exclamé señalándole la pierna. No se trataba en cualquier caso de algo infrecuente. Las piernas y brazos de Penélope abundaban en magulladuras, cardenales y postillas. Aunque las primeras y los segundos solían deberse a las palizas que recibía en los barracones, la mayor parte de las heridas eran fruto de su intrepidez.

Ella se limpió la sangre con la mano sin darle importancia y se puso en pie de un brinco.

—¡Vamos a ver si pescamos algo! —exclamó con su energía habitual.

Pero una vez en pie, apenas en un instante, el hilillo se convirtió en un reguero rojizo y brillante que se deslizaba por su piel morena desde la ingle y que pronto le alcanzó el tobillo. Mi amiga se examinó entonces con más cuidado y localizó en su sexo la fuente de la súbita hemorragia. Lo hizo ante mí como siempre, sin recato alguno, y me sorprendió que a mi mirada de horror su única reacción fuese un gesto de fastidio.

—¡Vaya! —exclamó—. Debo tener cuidado en adelante...

—¿Qué te pasa? —pregunté sin entender nada de lo que sucedía.

—¡Pues que ahora ya me puedes dejar preñada! —gritó. Y sin molestarse en aclararme nada más volvió a ponerse su ropa precipitadamente y echó a correr en dirección a los barracones. No pude alcanzarla antes de que abandonara los Jardines, y durante horas me quedé allí esperando, presa de una angustia que me impedía no ya regresar, sino tan siquiera moverme. Me había invadido la certeza de que Penélope estaba gravemente herida y me sentí inmensamente abrumado ante la posibilidad de que pudiera llegar a desangrarse. Y, por supuesto, estaba seguro de que había entendido mal sus últimas palabras.

Fue una semana horrible, en la que no me atreví a preguntar a nadie de mi entorno por la gravedad de una herida en tan íntimo lugar ni a acercarme hasta los barracones de la servidumbre para indagar por la suerte de mi amiga, ya que nuestra relación seguía siendo, como siempre, secreta, incluso para mis propios compañeros de celda. Por fin, al domingo siguiente, Penélope acudió a nuestra cita habitual, tranquila como si nada hubiese sucedido. Cuando le pregunté por su herida se limitó a decirme muy solemne que ya era una mujer, que aquella sangre lo demostraba y que ya no podríamos bañarnos juntos desnudos en adelante. No comprendí del todo entonces lo que quería decir, ni lo hice hasta bastante tiempo después, cuando Tiberio me facilitó un libro que me hubiese gustado haber tenido a mano mucho antes.

Afortunadamente aquello no pareció afectar a ninguna otra faceta de mi relación con Penélope y pronto, en parte gracias a un repentino cambio de tiempo que anunció la prematura llegada del otoño, olvidé por completo el incidente. Aunque cada verano en los años sucesivos, cuando mi amiga se limitaba a meterse en el agua hasta las rodillas y nos salpicábamos y empujábamos entre risas pero con una cautela que no había estado allí antes, eché de menos la limpieza y la pura alegría de aquellos días gozosos.

Fue por aquel tiempo también, quizás intentando emular, inconscientemente, mi relación con mi nuevo maestro, cuando tomé la decisión de enseñar a leer y a escribir a mi amiga. Aunque al principio ella se mostró reacia, quizás porque suponía cederme de forma incuestionable la primacía por primera vez en algo, finalmente accedió. Y se reveló una alumna mucho más despierta y capaz de lo que yo lo había sido en mis primeros meses en el Santuario, incluso con la ayuda diaria de Galerio.

Aprendió a leer en cuestión de semanas, y aunque nos veíamos obligados a hacer las prácticas de escritura marcando con un palito sobre la tierra húmeda, fue suficiente para que mi amiga adquiriera al cabo de unos meses, si no una gran destreza manual, sí al menos la suficiente como para hacerse entender por escrito.

Aún así, Penélope prefería que fuera yo quien le leyese en voz alta, algo a lo que nunca fui capaz de negarme y que empezamos a hacer con frecuencia, tumbados uno al lado del otro sobre la hierba cuajada de tréboles, junto al estanque. “*El Principito*”, el libro que me había regalado Galerio a modo de despedida, se convirtió pronto en uno de sus preferidos, aunque intenté hacer más variadas nuestras lecturas sacando a escondidas de la Biblioteca libros de cuentos y aventuras, por los que nunca antes había sentido demasiado interés pero que aprendí a disfrutar junto mi amiga. Penélope, de todos modos, me aseguraba que no le importaba tanto el contenido de esas lecturas como el propio hecho de escuchar mi voz, cuyo sonido, decía, le resultaba particularmente agradable. Los días en los que se sentía más complaciente, mi amiga llegaba a pedirme cosas que sabía que me harían especial ilusión, como, por ejemplo, que le recitara la lista completa de los emperadores romanos, de los reyes godos de Hispania o incluso de los elementos de la Tabla Periódica, a lo cual yo accedía de inmediato aún a sabiendas de que no era porque se hubiese despertado en Penélope un súbito interés por la Historia o la Ciencia. Siempre pensé que lo hacía tan sólo para darme gusto, aunque ella aseguraba que la monótona letanía de nombres la arrullaba hasta transportarla a una dulce y agradable somnolencia.

De este modo, las largas mañanas de los domingos se fueron volviendo, poco a poco, mucho más tranquilas de lo que lo habían sido antes. Cuando nos cansábamos de leer, Penélope y yo paseábamos, casi siempre cogidos de la mano, por los senderos que conocíamos de memoria. Sin duda hacíamos una insólita pareja, un crío con grandes orejas, tonsura y hábito negro y una muchacha que le sacaba más de media cabeza, cubierta apenas con unos andrajos. No solía contarle en aquellos paseos detalles de lo que hacíamos los novicios en las clases, un tema que en mi amiga nunca despertó el menor interés. Pero cierto día, sin embargo, no pude evitar hablarle de las nuevas emociones que el contacto con el Padre Jacinto estaba aportando en los últimos meses a mi rutina diaria. Sólo después de un rato de excitada perorata me cuestioné sobre la posibilidad de que estuviese aburriendo a mi amiga. Pero, para mi sorpresa, Penélope no sólo no tenía aspecto de aburrida, sino

que parecía seguir con gran interés mis explicaciones sobre cómo había empezado a acudir regularmente al Observatorio y lo que allí hacía. Esto me animó a continuar, pero cuando me lancé a hablarle con renovado entusiasmo de los planetas, cúmulos y galaxias que había podido ver a través del viejo Telescopio y de la organización del Universo que revelaban las observaciones astronómicas, me hizo callar.

—¿Qué quieres decir con “aumentado”? ¡Las cosas no cambian de tamaño sólo porque las mires por un tubo...! —me interrumpió con gesto de incompreensión. Caí en la cuenta de que para ella un aparato como el Telescopio no era siquiera imaginable, y traté de explicárselo de una forma sencilla.

—Verás, no es exactamente eso... Al mirarlas con el Telescopio es como si las vieras desde mucho, mucho más cerca. Es igual que si miras aquel tronco —le señalé un árbol próximo —desde aquí, ¿lo ves? —Penélope asintió—. Pues si ahora nos acercamos podremos ver muchos más detalles, las rugosidades de la corteza y hasta los insectos que corretean por encima... ¡Todo se ve aumentado!

Penélope asintió indicándome que ahora lo entendía, y pude ver que los ojos le brillaban de interés.

—¿Y qué más se puede ver desde allá arriba, con ese mágico artefacto? —me preguntó ansiosa.

—¡No es mágico! ¡Es un aparato científico! —exclamé un tanto ofendido—. Pues ya te lo he dicho antes... Puedes ver, por ejemplo, los cráteres de la Luna...

—¿Los qué?

—Los cráteres. Son como agujeritos en la superficie de la Luna, sólo que en realidad son muy grandes, tan grandes como las montañas. Pero no pueden verse a simple vista desde aquí, sólo cuando se aumenta la imagen con el Telescopio...

—¿La Luna tiene agujeritos? ¿Como un queso? —preguntó incrédula.

—Bueno, algo así... Como te decía, también puedes ver los demás planetas y, si conoces la posición correcta, por medio de unos números que se llaman coordenadas, puedes encontrar enormes cúmulos de estrellas llamados galaxias, que no se ven a simple vista pero que...

—¡Calla! —exclamó, impaciente—. ¡No me refería a eso! Yo me refiero a cuando miras con esa cosa... el Noséquecopio... a tu alrededor, a más allá de los muros, a la Ciudad... ¿Puedes ver todo lo que sucede en la Ciudad?

La miré completamente desconcertado, pues a lo largo de los meses en que venía subiendo regularmente hasta el Observatorio, desde mi primer encuentro con el Padre Jacinto, nunca se me había ocurrido que se pudiera emplear el Telescopio para observar de ese modo. Recordé entonces su obsesión por el exterior, por saber qué había más allá de las murallas que rodeaban el Santuario. E intenté explicarle que el objetivo del venerable aparato no era precisamente ése, esforzándome en eliminar de mi argumentación las palabras “absurdo” o “estúpido”, que fueron las primeras que me vinieron a la mente. Le expuse cómo el instrumento tenía una finalidad científica, mucho más importante que la de espiar lo que sucedía en el exterior del recinto, pero Penélope no me hizo el menor caso.

—¿Me llevarás hasta allá, Polibio? ¿Me dejarás mirar por esa cosa? —me preguntó, excitada como no la había visto en mucho tiempo.

—No sé... Es que no creo... —murmuré confuso, a sabiendas de que no podía decirle lo que en realidad pensaba. Que no me agradaba en absoluto, no ya la idea de arriesgarnos a que nos viera alguien juntos a los dos, sino, sobre todo, de hacer algo que sabía no podría contar jamás con la aprobación del Padre Jacinto.

—¡Prométeme que me llevarás algún día! —insistió con terquedad.

Intenté eludir una respuesta, seguro de que la enojaría si me mostraba sincero. Pero Penélope era obstinada y estaba ya a punto de asentir sin convicción, muy consciente de que me arrepentiría más adelante, cuando sucedió algo que cambió por completo el rumbo que había ido tomando la mañana.

En el transcurso de nuestro paseo, y de forma completamente inopinada, habíamos llegado hasta la base misma de un sólido torreón de sillería, de aspecto recio y cubierto por una deteriorada techumbre de madera que antaño habría tenido forma cónica. Se trataba de una de las varias atalayas que, incrustadas en el muro del Santuario, habían servido en otros tiempos, imagino, para vigilar su perímetro.

Penélope y yo rara vez nos acercábamos a la torre en cuestión, que se erguía al este de los Jardines, cerca del lugar por el que desaguaba la acequia. El motivo de que hubiésemos optado por ignorar aquellas macizas construcciones era que los únicos accesos a su interior estaban bloqueados por sólidas puertas, fuertemente atrancadas y con aspecto de no haber sido

abiertas en muchos siglos.

Aquella mañana Penélope, que hasta entonces había caminado a mi lado, se había plantado frente a mí con los brazos en jarras, en la pose desafiante a la que rara vez era capaz de oponerme. Sin embargo, en esta ocasión algo me distrajo e hizo que no le respondiera de inmediato. Ella estaba a punto de volver a insistir, pero se detuvo ante el gesto que le hice cuando advertí que la puerta del torreón estaba, contra toda probabilidad, entreabierta.

Olvidando por completo el anterior tema de discusión (he de decir que para inmenso alivio mío), ambos nos aproximamos llenos de curiosidad. El grueso portón macizo se deslizó en absoluto y sorprendente silencio ante el suave empujón de mi amiga, y Penélope y yo lo atravesamos con cautela.

Nos encontramos en una cámara circular que abarcaba todo el piso bajo de la torre, lo que parecía haber sido una antigua sala de guardia. La sala estaba en penumbra y tardamos unos instantes en adaptarnos y poder distinguir algún detalle de lo que nos rodeaba. A la derecha, los restos ennegrecidos de una vieja chimenea semiderruida se amontonaban sobre lo que habría sido el hogar. A la izquierda, una escalera adosada a la pared conducía hasta la planta superior, soportada por varias vigas de madera dispuestas radialmente que se apoyaban a su vez en una gruesa pilastra, en el mismo centro de la sala. La escasa luz que iluminaba la estancia, si exceptuamos la que entraba por la propia puerta que habíamos dejado entreabierta, procedía precisamente del piso de arriba, ya que la sala carecía de cualquier clase de ventana o abertura. Una gélida corriente agitó mi hábito con violencia y me hizo estremecer. Miré a Penélope un poco asustado pero los ojos de mi amiga permanecieron inmóviles, fijos en el extremo opuesto de la habitación, justo frente a nosotros. En medio de la penumbra logré atisbar otro portón, como una sombra recortada a cuchillo sobre la inhóspita pared de piedra de la torre.

Penélope se lanzó con brío contra aquella nueva puerta, la última barrera que se interponía entre ella y el exterior, pero pese a sus esfuerzos no consiguió que se abriera. Mientras la golpeaba con sus dos pequeños puños intentando desahogar su frustración, algo me impelió a subir escaleras arriba. En medio de una sucesión de crujidos alcancé el piso superior, para entonces ya con Penélope pegada a mi espalda. El espectáculo que se abrió ante nosotros nos dejó sin habla durante largo rato.

A ambos lados de una sala también circular se abrían sendas ventanas de extrañas proporciones, como troneras dispuestas en horizontal, con apenas un palmo de altura pero casi un metro de ancho cada una, que probablemente

habían permitido en su día la ubicación de algún tipo de armamento. Por encima de ellos la techumbre cónica, llena de grietas por las que se filtraba el gris del cielo nublado, se extendía como un enorme paraguas sobre toda la estancia. A través de las dos aberturas se precipitaba una luminosidad deslumbrante, a la que tardé varios segundos en adaptarme hasta que por fin logré distinguir los detalles del paisaje que cada una ofrecía.

Una de las troneras se abría sobre el propio recinto del Santuario, proporcionando una buena visión de las copas de los árboles más elevados en primer término, por detrás de las cuales destacaba con ventaja una enorme azagaya verde que reconocí como la secuoya del Laberinto. Más hacia el norte asomaban también, elevándose al fondo sobre el arbolado, los pisos superiores del edificio principal del Santuario. Con un íntimo orgullo observé, casi en lo más alto, la cúpula metálica que albergaba el Telescopio del Padre Jacinto. Sin duda la cúpula podía pasar desapercibida desde dentro del propio Santuario, casi inaccesible excepto para los que conocieran el camino adecuado a través del Observatorio. Sin embargo, por primera vez caí en la cuenta de que desde fuera del recinto las cosas debían ser muy distintas. La cúpula era la parte más llamativa del gran edificio y estaba seguro de que en un día soleado debía resplandecer como una antorcha, visible desde cada rincón de la Ciudad, el símbolo perfecto de todo lo que significaban el Santuario y la propia Orden.

Con un suspiro me volví hacia el otro lado, de donde no se había apartado Penélope desde el primer momento. Orientada hacia el sur, la abertura brindaba, a pesar de su estrechez, un increíble panorama, en su mayor parte completamente nuevo para mí. En primer término, una sucesión de terraplenes desembocaba en una amplia vega que parecía albergar numerosas huertas y terrenos de cultivo. Al otro lado de estos campos se extendía una ingente colección de chamizos, construcciones de endeble aspecto que en un primer momento pensé que albergaban animales, ya que se asemejaban bastante a nuestros establos. Sin embargo, pronto me sacaron de mi error los numerosos signos de vida humana a su alrededor, grupos de niños jugando entre montones de escombros, mujeres que tendían ropa, carretas que iban y venían entre las chabolas.

Más allá, sin embargo, el paisaje cambiaba y una gran cantidad de construcciones de mayor envergadura, muchas de ellas rematadas por cúpulas, agujas y estandartes, se iba superponiendo en una sucesión interminable. Los edificios, separados por frecuentes tramos de arbolado, la

mayoría pintados de vivos colores y muchos de ellos incluso recubiertos en parte por el moteado verde oscuro de lo que parecían inmensas plantas trepadoras, se extendían de un extremo al otro del horizonte, a lo largo de todo lo que podía alcanzar con mi vista.

Por último, recortadas contra el cielo plumizo, algunas torres de increíble altura se erguían majestuosamente sobre el resto de edificios hasta casi penetrar con sus pináculos el denso y oscuro mar de nubes que se iba desparramando rápidamente sobre la Ciudad. Entre todas estas grandes torres una se destacaba claramente por su aspecto insólito. Se trataba de una construcción alta y sorprendentemente esbelta, que no se dibujaba tan elevada sobre el horizonte como algunas de sus competidoras, aunque eso se debía a que se asentaba sobre una zona más baja de la Ciudad, junto a una extensa vaguada que, en la lejanía, apenas podía distinguir más que como una serpiente de color verde intenso. Pero lo que resultaba más llamativo de aquella torre en particular era la desproporcionada estructura que la coronaba, de unas dimensiones mucho mayores que la base que le servía de soporte. Me vino de inmediato a la mente la imagen de una enorme aceituna ensartada en un gigantesco palillo.

—Es el Junco, ¿verdad? —murmuró Penélope a mi lado, de quien me había olvidado por unos segundos.

Aunque nunca lo había visto antes salvo en algunos toscos dibujos, sabía que mi amiga tenía razón. Los ventanales del Observatorio, el lugar más alto al que nunca había subido antes, no ofrecían una perspectiva de la Ciudad que se pudiera comparar, ni siquiera remotamente, con aquella vista espléndida: se lo impedían los cerros del límite norte del recinto, los grandes árboles de los Jardines e incluso parte del propio edificio principal. Pero se trataba sin duda del Junco, el hogar del propio Patriarca, dominador sobre toda la Ciudad y sobre el Reino entero. Mucho más adelante, cuando supe más cosas sobre aquel extraño edificio, me llamó la atención una curiosa paradoja: el que aquella extraña construcción, fruto palpable de la soberbia Tecnología anterior al Castigo, fuese sin embargo la sede del mismo poder eclesiástico que clamaba contra los presuntos vicios de esa misteriosa era.

Pero en aquellos momentos mi mente andaba muy lejos de razonar así. Por un instante lo que me invadió, por encima de la fascinación que despertaba el paisaje desplegado ante mis ojos, fue una enorme sensación de alivio: la convicción de que después de aquella espléndida visión, tan oportuna por otra parte, mi amiga no volvería a insistir en que la llevase hasta

el Observatorio, esfumándose así el riesgo de enojar a mi admirado Padre Jacinto. Pareció que Penélope me leyera en ese instante el pensamiento pues fue el que eligió para revelarme lo que le pasaba por la cabeza.

—¿No te parece increíble, Polibio? Está todo tan cerca, ahí mismo, al alcance de la mano... Casi puedo distinguir los rostros de aquella gente, sin necesidad de ningún aparato mágico como el tuyo. Y sin embargo, en realidad está tan lejos como si estuviésemos a miles de kilómetros de distancia...

No intenté protestar por el deshonroso calificativo que había aplicado nuevamente al Telescopio, a sabiendas de que no era el mejor momento para hacerlo. Preferí alegrarme pensando que mi anterior suposición había sido correcta e intenté seguir disfrutando de aquella vista insólita. Sin embargo, apenas unos instantes después me sacaron de mi contemplación los sollozos contenidos, casi imperceptibles, de Penélope a mi lado. Cuando me volví a mirarla comprobé que unos gruesos trazos húmedos le recorrían el rostro, desde unos ojos que no se apartaban por un instante de la Ciudad ante ella, que ni tan siquiera parpadeaban de hecho, hasta el mismo extremo afilado de su barbilla. Me avergoncé por haber pensado sólo en mí mismo momentos atrás y la tomé de la mano apretándosela con firmeza, con la pretensión de que percibiera todo mi afecto y mi apoyo sin condiciones.

Unos truenos resonaron en la lejanía y pronto, como si el mismo cielo se hubiera contagiado de las lágrimas de mi amiga, comenzó a llover, al principio lenta y perezosamente, luego con creciente violencia. El áspero repiqueteo de las gotas contra las tejas de pizarra de la techumbre creció en intensidad hasta volverse ensordecedor en apenas unos instantes y el agua comenzó a caer a chorros por los numerosos agujeros. Agité suavemente a Penélope, que seguía mirando al horizonte sin hacer amago de moverse.

—¡Debemos irnos! —le insistí, aunque no estuve seguro de que me oyera sobre el intenso crepitar de fondo.

Penélope sólo apartó la vista de la Ciudad, ahora semioculta tras una espesa cortina gris, después de unos segundos, como despertando de un sueño. El agua le chorreaba ya por los cabellos empapados, por la frente y la punta de la nariz hasta el extremo del mentón, aunque a ella no parecía importarle. Asintió muy despacio y tiré de ella hacia la escalera, dispuesto a descender antes de que el aguacero nos calase hasta los huesos, pero me detuve sorprendido al oír voces procedentes de la planta baja.

—¡Justo a tiempo! ¡Sí..., justo a tiempo! —exclamó alguien con voz

enojada que entendí con dificultad a causa del ruido de la lluvia sobre el tejado, pero que aún así me resultó extrañamente familiar.

Le hice seña a Penélope de que no se moviera y me agaché con sumo cuidado, aunque probablemente los crujidos de la tarima no hubieran podido distinguirse del rumor de fondo que lo anegaba todo. Cuando por fin encontré una grieta por la que poder asomarme pude atisbar en la penumbra cómo una figura en hábito negro se sacudía enérgicamente la ropa mojada, aunque mantenía la capucha negra echada sobre su cabeza.

—¡Vaya despiste el mío! —oí como refunfuñaba el monje —¡Mira que olvidarme precisamente de la lista!

Apenas unos segundos después escuché otro ruido apagado, como un traqueteo casi indistinguible del golpeteo de la lluvia, que esta vez parecía venir del exterior, al otro lado de la muralla. El ruido cesó de pronto y se oyeron varias voces más y después unos golpes. Por el gesto de Penélope apretando mi brazo noté que ella también se había dado cuenta. Alguien llamaba a la puerta exterior de la atalaya.

El misterioso monje, a quien aún no lograba identificar pese a la sensación de familiaridad, se acercó con dos rápidos pasos a la puerta y forcejeó unos segundos con el cerrojo. El portón se abrió con violencia dando paso a una figura envuelta en un manto oscuro que se precipitó al interior de la torre huyendo de la lluvia.

—¡Vaya día de perros! —exclamó el recién llegado. El manto se entreabrió mostrando los pliegues de un hábito blanco que reconocí como el de los predicadores Severinos que nos examinaban cada año de Doctrina — ¡Ni siquiera aquí estamos al abrigo del agua, así que sé breve! —y señaló con un dedo al techo, donde habían surgido varias goteras en cuestión de segundos. Apenas pude entrever una barba afilada y una nariz aguileña, pues al igual que el monje que parecía aguardarle mantenía la capucha echada sobre su cabeza y la luz en la sala era muy escasa. Pero por un momento me pareció que miraba en mi dirección y el corazón me dio un vuelco, aunque enseguida el severino se volvió de nuevo a su interlocutor sin dar signos de haber notado mi presencia —¿Ha habido alguna novedad?

—Su Eminencia puede estar tranquilo: las cosas no pueden ir mejor... —farfulló el agustino mientras se inclinaba repetidamente con un gesto servil que jamás había visto antes en alguien de nuestra Orden—. Muy pronto tendrá el pretexto que buscaba... El Superior sigue decidido a proteger a toda costa a su amigo blasfemo. De hecho, incluso le ha permitido tomar de nuevo

un aprendiz, a pesar de que... —La frase del monje se perdió en el fragor producido por un recrudecimiento de la tormenta. Sacó luego del hábito varios papeles doblados, al tiempo que parecía menguar la intensidad del aguacero -... no tengo novedades, pero sigo sospechando... —Una nueva ráfaga violenta hizo que perdiera otra vez el hilo por unos segundos, hasta que el propio monje levantó la voz para hacerse oír mejor—. ¡Estos son los libros que ha pedido a lo largo de los últimos meses, tal como me requirió Su Eminencia! Como comprobaréis, la mayoría están en el Índice...

—Nuestro Señor estará muy satisfecho, desde luego. Y no lo dudes, muy pronto cada cual tendrá que pagar por sus culpas y por su falta de fe... ¡Ahora debo irme! Nos veremos el día convenido. Si hay algún asunto urgente antes utiliza las palomas. De momento, aquí tienes el anticipo acordado...

Y le entregó al agustino una bolsita que éste se apresuró a guardar en medio de nuevas reverencias. Por fin, dando por terminada la entrevista, el extraño bendijo con un rápido gesto al monje, que volvió a inclinarse.

—¡Persevera en tu vigilancia! ¡Llegará el día en que tu celo y tu sacrificio se verán recompensados, Hermano! ¡Que San Severino y Dios Todopoderoso te guarden! —Y salió de la sala tan precipitadamente como había entrado.

Después de una última reverencia el monje atrancó el portón exterior y se dirigió ágilmente a la otra puerta, la que daba a los Jardines. Salió y la cerró tras de sí con un golpe seco.

Decidí entonces arriesgarme a echar un último vistazo, rogando por que los viejos tablones no crujieran demasiado. Me arrastré todo lo rápido que pude hasta el mirador y llegué a tiempo de ver alejarse un carruaje de aspecto lujoso, parecido a los que traían hasta el Santuario a los altos dignatarios de la Corte, tirado por varios caballos negros. El carruaje hizo un brusco giro a la derecha y pude distinguir un recargado escudo que campeaba en el costado del vehículo. Ya había visto con anterioridad aquella enseña, minuciosamente reproducida en la esquina inferior derecha de uno de los retratos que el Hermano Lucas había pintado para la Corte. Era el escudo del Santo Oficio.

Me sentí invadido entonces por una profunda agitación, y esta vez no ya por el temor a que nos descubrieran, sino por la convicción de que el encuentro al que había asistido de forma tan casual era sin duda algo serio, algo de la mayor importancia. Había sido, sin duda, una sorpresa el descubrir que un miembro de la Orden parecía tener tratos con los Severinos o incluso con la propia Inquisición. Pero lo que más me alteraba era la clara evidencia, por la forma en que se había llevado a cabo el encuentro, de que aquellos

tratos eran secretos, realizados a espaldas del Superior del Santuario, para quien por lo que yo sabía los Severinos no eran objeto de aprecio sino más bien de aprensión. Parecía indudable, por tanto, que los Severinos tenían un espía infiltrado en el Santuario.

Intenté no darle muchas explicaciones a Penélope a pesar de que, una vez recobrada de su insólita pasividad, pareció reaccionar con enojo, como avergonzada de sí misma. Afortunadamente para nosotros el portón que daba a los Jardines se abría desde dentro con una simple manija de hierro. Se había hecho tarde y me apresuré a excusarme, en parte para disimular mi propia ofuscación. Para entonces el nivel del agua de la acequia había subido casi hasta la cintura, pero empapado como ya estaba no me importó demasiado. Tenía la mente absorta aún en el extraño suceso y aunque enseguida volví a mis quehaceres, tras ponerme un hábito seco que Beldo guardaba bajo su litera y colgar el mío frente al brasero, durante el resto del día me sentí profundamente perturbado.

Por la noche, acostado ya en mi catre y después de que mis amigos se hubieron dormido, me devané los sesos intentando adivinar cuál podría ser la identidad del monje que estaba traicionando a la Orden. El severino le había llamado “Hermano” y el siniestro Portero fue el primero que se me vino a la cabeza, pero el espía se movía con una agilidad de la que carecía el Hermano Lázaro, impedido por su cojera. Fui examinando uno por uno a los demás Hermanos de la Comunidad, desde el tosco Hermano Lactancio al fornido Hermano Orosio, pasando por el desagradable Hermano Ulpiano o el alegre Hermano Aurelio, sin llegar a ninguna conclusión. Aunque pueda parecer increíble, no fue sino hasta bien entrada la noche, recordando en la oscuridad de la celda las palabras del misterioso monje, cuando caí en la cuenta de a quién se referían. Sólo entonces me percaté de que el blasfemo de quien le había hablado el espía al enviado de los Severinos y al que parecía mantener bajo estrecha vigilancia, no podía ser sino el Padre Jacinto, y su nuevo aprendiz tenía por fuerza que ser yo mismo.

Aquella revelación me llenó de un súbito temor y de una angustia que no había vuelto a experimentar desde los días del Padre Ovidio. Me revolví en mi litera durante horas, incapaz de conciliar el sueño hasta bien entrada la noche. Para colmo, con el nuevo día todo se tornó más confuso. Las mismas palabras del monje traidor se habían ido enmarañando en mis sueños, distorsionadas por el rugido insistente de la lluvia, hasta el punto de que ya no estaba seguro de qué era lo que había oído en realidad. Finalmente,

después de darle muchas vueltas durante aquel día y durante varios de los que siguieron, resolví no hablarle a mi mentor del extraño episodio. Y no sólo por mis dudas sobre todo lo ocurrido realmente, sino también porque me hubiera visto obligado a explicarle qué hacía en aquel lugar y en aquel momento concretos, y quizás incluso a hablarle de Penélope, algo que me parecía del todo imposible. Sin embargo, me hice el propósito de estar más atento y vigilante, en especial frente a los miembros de la Comunidad que pudieran mostrar un interés excesivo por las actividades del viejo astrónomo. Lamentablemente, aquel exceso de confianza en mis capacidades se reveló una decisión desgraciada por la que intento no culparme en exceso. Aún trato de justificarla, después de todos estos años, recordando que era la opción más cómoda para quien yo era entonces realmente, en el fondo: un muchacho más pequeño y acobardado de lo que estaba dispuesto a admitir.

Tampoco discutí con mi amiga acerca de lo sucedido, sobre todo porque ella, disgustada por su propia reacción, eludió todas mis tentativas de hacerlo. Apenas me escuchó cuando a la semana siguiente le hablé de los que había convertido por el momento en mis principales sospechosos (a saber, el Dientes y el Boticario), de cómo había interpretado las palabras del espía sobre el Padre Jacinto, de la situación en que aquello podía colocarme a mí y de la decisión que finalmente había resuelto adoptar.

—Seguro que haces bien, Polibio —sancionó, y enseguida cambió de tema.

Eso sí, tener constancia de que un habitante del Santuario accedía de cuando en cuando a los Jardines nos hizo ser más precavidos a ambos, al menos por algún tiempo. Pero jamás volvimos a encontrarnos con ningún otro monje en ninguna de nuestras citas semanales, ni tampoco en ninguna de las ocasiones en que, a lo largo de los meses siguientes, me mantuve al acecho, escondido durante horas próximo a la muralla para intentar desenmascarar al traidor. Tampoco pudimos, por último, hallar forma alguna de subir de nuevo al torreón: siempre que nos acercamos a comprobarlo, y Penélope insistió en que lo hiciésemos casi cada semana durante los dos o tres meses siguientes, la gruesa puerta estaba firme e irremisiblemente cerrada.

20. De los secretos de la Óptica y del Gran Telescopio

Si tengo que elegir una sola cosa de la que me sienta orgulloso, de entre todas a las que he dedicado mi esfuerzo a lo largo de una vida entera, posiblemente sea el haber hecho posible que perdure, al menos en parte, esa obra asombrosa de tiempos remotos que fue en su día el Gran Telescopio del Santuario. No creo que peque de arrogante, si admito que fue mi intervención la que evitó en su día que cayera en manos de los Severinos y fuera destruido en nombre de su fanática fe. Con ello, sin embargo, no pretendo arrogarme ningún mérito extraordinario: tan sólo me he considerado siempre un eslabón más en una larguísima cadena de miembros de la Orden que se afanaron durante siglos en la misma tarea. De hecho, a menudo he pensado que ya desde un primer momento estaba en la mente de mi maestro el que yo asumiera ese papel cuando él faltase, es decir, que ya me reclutó pensando en que me convirtiera en el siguiente eslabón de la citada serie, después de él mismo. Pero debo decir que no creo, verdaderamente, que esa elección se debiera a lo descollante de mis méritos sino a que en esos días no había nadie más disponible y yo aparecí, casi milagrosamente, cuando mi mentor estaba a punto de perder la esperanza. En cualquier caso yo he asumido plenamente mi responsabilidad como parte de la cadena, y gracias a mi esfuerzo no faltan hoy quienes puedan ocupar el siguiente lugar, cuando yo me vaya para siempre. De hecho debo reconocer que lo hacen ya, aunque luego finjan, por respeto a este viejo cascarrabias, que sigue siendo Polibio quien lleva las riendas de todo.

Sin duda fue por este motivo que acabo de mencionar por lo que desde un primer momento el Padre Jacinto se esforzó en enseñarme, además de las leyes que regían el funcionamiento del Universo, los fundamentos básicos de la rama de las Ciencias Físicas denominada Óptica.

—Debes esforzarte en aprender todos sus secretos, Polibio —insistía—. Nunca se sabe, podría sucederme algo y entonces... ¿quién mantendría este vetusto aparato en buen estado, si no queda nadie que sepa cómo y por qué funciona? —exclamaba señalando al Telescopio a sus espaldas, mientras yo me encogía incapaz de imaginar siquiera tamaña responsabilidad.

Debo decir que el Padre Jacinto supo estimular notablemente mi interés por aquella ciencia por medio de un sorprendente experimento, el primero de los muchos que realizó para mí a lo largo de los años. Todo comenzó a raíz de una simple pregunta, de apariencia inocente, que me formuló mi maestro un día todavía soleado a principios del otoño. Había subido al Observatorio nada más terminar mis quehaceres en la Biblioteca y lo encontré asomado al ventanal junto a su escritorio. Sin volverse a saludarme, me interrogó:

—¿Cuál es la luz de color más puro, Polibio? ¿Cuál crees tú que es la clase de luz más pura que existe, la que no tiene impureza de ninguna clase en absoluto?

La respuesta me pareció obvia y respondí, todavía jadeante después de haber subido casi a la carrera, con una seguridad fruto de lo poco familiarizado que estaba aún por entonces con el método de enseñanza favorito del Padre Jacinto.

—Pues... ¡la luz blanca, por supuesto, Padre! —exclamé resoplando.

Mi tutor se volvió en ese momento hacia mí con el rostro rezumando satisfacción, pues era esa la respuesta que él había esperado.

—¿Estás seguro? ¿Te refieres a la luz blanca, como por ejemplo, la que nos llega del Sol? ¿A ésa concretamente?

Aquella segunda pregunta me hizo dudar un instante e intuí que algo no iba como debía, pero no hallé ningún motivo por el que debiera modificar mi respuesta. Me acordé de las vidrieras de la Capilla y de cómo los cristales coloreados teñían la luz blanca del Sol transformándola, haciéndole perder su pureza y sencillez originales en aras, eso sí, de una indescriptible belleza... También recordé las precauciones con las que el Hermano Lucas utilizaba el blanco de su paleta, argumentando que la más mínima impureza de otro color daría al traste con su tono brillante y luminoso. La respuesta me seguía pareciendo evidente.

—Sí, claro, a la luz del Sol, Padre...

—Y, por supuesto, estarás de acuerdo conmigo en que, si se trata de la luz más pura que existe, no puede estar formada a su vez por otras, sino que debe ser una e indivisible...

—Pues... imagino que sí, Padre —asentí nuevamente, con la sensación de que había allí algo que no encajaba del todo.

—Bien, pues dejemos que sea la propia luz la que nos aclare si tu respuesta es o no correcta. ¡Ayúdame con esto! —y en un repentino arranque de actividad comenzó a apartar cosas de encima de su mesa. Una vez que logramos hacer un hueco, justo frente a la ventana, sacó de unos cajones varios objetos. Uno de ellos era un grueso trozo de vidrio transparente, de forma aproximadamente triangular, que colocó sobre un soporte metálico delante de un pequeño panel vertical de color blanco.

—Esto es un prisma óptico, Polibio. Observa lo que sucede cuando hago incidir sobre él un haz de luz blanca, esa luz pura e indivisible de la que hablamos, por medio de este espejo.

El Padre Jacinto se acercó a la ventana, y con su mano orientó un pequeño espejo de modo que desviase los rayos del sol hacia el prisma. De repente, el panel blanco se llenó de colorido. Mi mentor sonrió ante mi exclamación de asombro. Como por arte de magia, el haz de luz se había descompuesto en un pequeño arco iris cuyos colores se desparramaban, desde el rojo hasta el violeta, sobre el panel. Además de sorprendido, no pude evitar sentirme un tanto avergonzado. Como si estuviera leyendo en mi mente, el Padre Jacinto me dio una palmada afectuosa en el hombro.

—No te preocupes, muchacho. Grandes hombres creyeron en el pasado lo mismo que tú. Y tuvo que ser el propio Newton, de quien ya te he hablado antes, quien les sacara de un error de siglos y siglos por medio de un experimento muy similar a éste que acabamos de hacer... Efectivamente, la luz blanca no es la más pura, sino una mezcla de todos esos otros colores que puedes ver ahí. Aunque parezca contrario a lo que nos dicta la lógica, ellos sí que son puros e indivisibles y es el prisma el que nos lo revela. ¡Siempre hay que anteponer el resultado del experimento a lo que nos dice la razón, muchacho! Nos está demostrando que estábamos equivocados, por muy lógico que nos pareciese nuestro razonamiento...

Aquel sorprendente experimento me ha venido a menudo a la memoria porque de él pueden extraerse conclusiones no sólo científicas sino referidas a la propia vida, mucho más sutiles y enriquecedoras. La lección que podía haber extraído entonces, pero que lamentablemente no aprendí sino hasta mucho tiempo después, es que no debemos conformarnos jamás con la respuesta más evidente. Las preguntas importantes de la vida casi nunca tienen respuestas sencillas ni inmediatas. Y quien asegure lo contrario

probablemente intente engañar a alguien o, en el mejor de los casos, se esté engañando a sí mismo. Hay que estar dispuesto a insistir una y otra vez hasta encontrar el prisma adecuado que permita llegar a discernir, incluso contra toda lógica, lo que verdaderamente hay bajo la superficie accesible al primer golpe de vista.

De todos modos, lo que sin duda logró el experimento fue cumplir con el objetivo que el Padre Jacinto se había propuesto, a saber, espolear aún más el interés que ya sentía por desentrañar los secretos de aquella extraña ciencia, responsable no sólo de aquel curioso fenómeno, sino también de las características casi mágicas (pues a pesar de que nunca se lo hubiera reconocido a Penélope, también a mí me lo parecían a veces) del antiguo y prodigioso Telescopio. De modo que me apliqué en los meses sucesivos y poco a poco, no sin esfuerzo, fui comprendiendo las leyes de la reflexión y la refracción de la luz. Comprendí, por ejemplo, por qué los rayos de luz se desvían cuando atraviesan la frontera entre dos cuerpos transparentes de características diversas: era exactamente lo que sucedía cuando introducía mis manos en el agua del estanque de los Jardines y mis dedos parecían quebrarse. Entendí después por qué las lentes y los espejos tendían a concentrar los rayos luminosos en un único punto, y cómo dos lentes de las características apropiadas y situadas a la distancia precisa pueden permitir aumentar las imágenes lejanas. Con el tiempo aprendí a predecir el funcionamiento de los sistemas ópticos más complejos e incluso llegué a dominar las técnicas necesarias para la fabricación de lentes y espejos, aunque eso no fue sino hasta muchos años después, cuando tuve que asumir en solitario, tal como mi tutor había predicho, la enorme responsabilidad de mantener en buen estado el venerable instrumento.

El Padre Jacinto hablaba con frecuencia del antiguo Telescopio del Santuario, la joya del Observatorio y su principal herramienta de trabajo, y a veces lo hacía con una emoción que, me parecía, rayaba en lo dramático.

—Nuestro telescopio, Polibio, es una maravilla única, una reliquia de tiempos más propicios a la Ciencia que debemos proteger con todo el esmero posible. Y se nos ha encomendado precisamente a nosotros su custodia... ¡Qué inmensa responsabilidad! —exclamaba a menudo.

—¿Quién construyó el Telescopio, Padre? —le pregunté un día al hilo de una de estas exhortaciones.

—Eso, Polibio, resulta hoy imposible de averiguar: han pasado más de cuatro siglos... Pero me proporcionas el pretexto idóneo para hablarte de un gran hombre, alguien a quien admiro sobremanera y de quien aún no te he contado nada... por sorprendente que me resulte... -, y, reconociendo el tono que adoptaba mi maestro me dispuse a oír una larga y apasionante explicación, de las que sabía eran sus favoritas y que ya se habían convertido también en las mías.

—No puedo decirte, Polibio, quién construyó el Telescopio que usamos, pero sí puedo hablarte del primero en construir un telescopio que pudiera calificarse verdaderamente como tal. Fue Galileo Galilei, uno de los más grandes genios de su siglo y tal vez de toda la historia de la Ciencia. Y no se limitó a fabricar un telescopio, sino que sentó las bases de la instrumentación astronómica—. Me hizo un gesto de que le siguiera y, sin dejar de hablar, se dirigió a la escalerilla y ascendió hasta la cúpula—. Su telescopio tenía apenas treinta aumentos pero para su época se trataba de algo increíble. El telescopio de Galileo era del tipo denominado refractor, es decir, un sistema formado por una gran lente convexa, el objetivo, que concentra los rayos luminosos procedentes del objeto lejano, y otra, que en el caso de Galileo era cóncava y que denominó ocular, que es la que reconstruye la imagen que vemos con nuestros ojos. Ya sé lo que estás pensando, Polibio. Sí —asintió con la cabeza al tiempo que palmeaba el grueso tubo metálico con afecto -, nuestro Telescopio es de diseño muy similar, aunque mucho más potente: con el ocular adecuado podemos conseguir más de dos mil aumentos, y con una nitidez en la imagen mucho mayor de la que jamás pudo soñar Galileo. ¡Ah! ¡La lente que constituye el objetivo de este aparato es insustituible, muchacho! Quizás se trate, aunque pocos sean realmente conscientes de ello, del objeto más valioso que existe en el Reino, más que el libro más inestimable que pueda esconder la Biblioteca... ¡Una lente perfecta, de treinta centímetros de diámetro y cinco metros de focal! ¡Y con cuatrocientos años de antigüedad! —volvió a poner la mano sobre la vieja estructura, esta vez casi como una caricia, y miró al recio aparato con orgullo—. Desde luego, no podría fabricarse hoy nada ni siquiera remotamente parecido y probablemente pasen muchos siglos antes de que se consiga de nuevo...

Efectivamente, mi maestro tenía motivos para sentirse orgulloso, tal como los tengo hoy yo, cuando alzo la vista y vislumbro esta construcción que garantizará la permanencia del aparato que alberga, o al menos eso es lo que espero, durante las próximas generaciones. El objetivo del gran Telescopio

del Santuario era una enorme lente plano-convexa de curvatura perfecta y, tal como había dicho mi maestro, treinta centímetros de diámetro. Su distancia focal, que era la que determinaba la longitud aproximada del tubo y el aumento potencial para un ocular dado, era justamente de cinco metros. En el otro extremo del tubo, junto al que se situaba el observador subido en la escalerilla deslizante, el gran Telescopio admitía oculares de muy diversos tipos, que el Padre Jacinto guardaba en una caja de madera con el interior forrado de seda. Mi maestro elegía cada día uno u otro, dependiendo de las características de la observación que pretendiera realizar: el estudio de los brillantes cráteres lunares, de las posiciones de los asteroides de mayor tamaño o de los cúmulos estelares más tenues, requería de muy diferentes ópticas.

Aunque todas las lentes se encontraban en perfecto estado, el complejo mecanismo en que se asentaba el pesado tubo metálico había sufrido mucho con el paso del tiempo. Siglos atrás, me aseguraba el Padre Jacinto, el preciso juego de ejes, engranajes, contrapesos y rodamientos había llegado a poder moverse completamente solo, impulsado por la misteriosa fuerza denominada electricidad. Una fuerza que nuestros antepasados dominaban en aquellos días a su antojo y de la que ya había oído hablar al científico, pero cuyos fundamentos todavía no había juzgado oportuno comenzar a explicarme. De esta forma, y aunque resulte difícil de creer hoy día, el Telescopio habría sido capaz de seguir por sí mismo, de forma automática (aunque esto a los Severinos les hubiera sonado a blasfemia), el movimiento aparente de los cuerpos celestes a lo largo de una noche completa de observación. Sin embargo hacía ya mucho que aquellos antiguos dispositivos habían sido eliminados y el soporte convenientemente modificado por hábiles artesanos mediante la adaptación de varios ejes y manivelas adicionales que, cuidadosamente manipulados por un observador minucioso desde su puesto junto al ocular, permitían realizar manualmente dicho seguimiento con notable precisión. Incluso podía activarse un ingenioso mecanismo de relojería que, por simple acción de la gravedad sobre un juego de pesas, permitía que el Telescopio girase lentamente sobre su eje azimutal, el orientado a la Estrella Polar, manteniéndose sincronizado con la rotación terrestre durante más de media hora de observación. Por supuesto, aquellos cambios no se habían realizado para dar satisfacción a los Severinos, como me explicaba mi maestro rezongando, sino porque sin electricidad los mecanismos originales resultaban completamente inútiles.

Desde el mismo momento en que comenzaron mis lecciones, el Padre Jacinto me asignó como trabajo adicional las tareas de mantenimiento que hasta ese día había realizado él mismo. Con la ayuda de varios pinceles y brochas de pelo de camello limpiaba cada semana cuidadosamente el polvo de las lentes, tanto de los oculares como del gran objetivo. Para alcanzar este último tenía que subirme, en lo que sin duda era la tarea que menos me agradaba, a lo más alto de una larguísima y temblorosa escalera que me traía recuerdos de los árboles a los que había trepado con Penélope. También me correspondía limpiar y engrasar con frecuencia los mecanismos del soporte del Telescopio, así como los que permitían girar la enorme cúpula para orientar la abertura en la dirección deseada. Pero, sobre todo, era el dispositivo de seguimiento accionado por el motor de pesas lo que exigía de un mantenimiento más concienzudo, de una revisión y un engrasado constantes para que un fallo imprevisto, un atasco en el movimiento de la enorme estructura o una súbita vibración, no dieran al traste con una observación importante. Sin embargo, no me tomaba todo aquello como una carga sino como una oportunidad de aprender más aún y de devolverle al Padre Jacinto, de alguna manera, siquiera una parte del enorme favor que me concedía al aceptar hacerme partícipe de sus secretos.

—El propio Newton —continuó mi mentor su interesante perorata mientras daba la vuelta con parsimonia alrededor de la vetusta estructura -, casi un siglo después de Galileo, inventó una clase de telescopio distinta, la de los llamados reflectores. En estos telescopios el objetivo no era una lente sino un espejo cóncavo, y dado que éste refleja la imagen nuevamente hacia la dirección de procedencia, era necesario un segundo espejito que la desviase nuevamente hacia el ocular. Pero te hablo en pasado, Polibio, porque, que yo sepa, no existe ya ningún telescopio reflector, al menos en el Reino. Mi propio tutor me contó en alguna ocasión que, antes del Des..., del Castigo, quiero decir, llegaron a construirse telescopios reflectores de varios metros de diámetro, y que uno de ellos incluso fue lanzado al espacio, por extraño que pueda parecerte. La utilidad que podría tener un telescopio en el espacio, hijo mío, se me escapa, a menos que envasen junto con él a un astrónomo debidamente preparado... —me sonrió.

Asentí mecánicamente, pensando para mis adentros en otro episodio, también del pasado, que sólo había logrado entender por completo al comenzar a estudiar las propiedades ópticas de los espejos cóncavos a los que se refería mi maestro. Sólo unos meses atrás había sido capaz por fin de

comprender y admirar la estratagema del gran Arquímedes, cuyos detalles había leído con incredulidad hacía años en alguno de los textos históricos de la Biblioteca. El anciano sabio griego había logrado incendiar las naves de los romanos de Marcelo cuando éstos sitiaban por mar su ciudad natal de Siracusa, por medio de un invento similar que le permitía concentrar una gran cantidad de rayos solares sobre las velas de los navíos.

—En cualquier caso —continuó el astrónomo —, Galileo fue el primero de todos nosotros y por eso siempre le he envidiado inmensamente. Fue el primero en observar los cráteres de la Luna, las manchas solares, los anillos de Saturno o los satélites de Júpiter. Muchas de las maravillas que has visto en estos meses, Polibio, él fue el primer ser humano en poder verlas con sus propios ojos. ¿No te preguntas qué sentiría en esos instantes, qué inmensa emoción le embargaría? Cada vez que acerco mi ojo al ocular, muchacho, me siento en cierto modo su émulo, aunque con un ligero matiz... —sonrió con amargura—. Si Galileo sentía que era el primer hombre en observar aquellas maravillas, yo, Polibio, he sentido en más de una ocasión que podría ser el último...

Lanzó un suspiro e hizo un gesto con la mano, con el que pareció que intentaba ahuyentar algún remoto fantasma antes de proseguir la explicación.

—¡Pero no sigamos por esos derroteros! Al fin y al cabo, estás tú aquí, ¿no? —exclamó volviendo a recuperar su sonrisa de siempre, e inició un nuevo recorrido en torno al Telescopio—. Galileo no sólo se limitó a observar. Las conclusiones que sacó de sus observaciones le convirtieron en un acérrimo defensor del sistema copernicano. Por ejemplo, estudiando las órbitas de los cuatro satélites mayores de Júpiter demostró que se comportaban de acuerdo al sistema de Copérnico y no al de Ptolomeo. También corrigió algunos errores del propio Copérnico, como cuando comprobó que Marte y Venus tenían fases como las de la Luna, y concluyó que la luz de los planetas era reflejada del Sol, y no propia como había sostenido su antecesor. Galileo realizó, además, muchas otras contribuciones valiosísimas en otros campos de la Física. ¡Ah! ¡Sin duda, muchacho, Galileo fue el hombre más extraordinario de su época, y quizás, junto con Newton, uno de los mayores genios de todos los tiempos! Sólo le faltó, posiblemente, un poco más de valor...

—¿Qué queréis decir con eso, maestro? —pregunté.

—Algo que probablemente ya te estarás imaginando, Polibio. Galileo, por respaldar con sus descubrimientos el sistema de Copérnico, fue acusado de

impostura, herejía, blasfemia y ateísmo. La carta con la que pretendió defenderse, argumentando que las Escrituras debían considerarse no como autoridad científica sino como guía exclusivamente moral, no hizo sino empeorar las cosas. Convocado ante la Inquisición bajo la acusación de haber enseñado la doctrina herética de Copérnico —arqueó las cejas de forma expresiva mientras citaba textualmente —, “abiertamente contraria a las Escrituras”, se le ordenó que renunciase a dicha herejía y se le obligó a comprometerse a no enseñar ni extender las ideas copernicanas. Y Galileo aceptó. Sin embargo, dieciséis años más tarde, creyendo que las aguas estaban más apaciguadas, Galileo osó publicar su obra “*Los dos sistemas del mundo*”, una defensa, ingeniosamente encubierta bajo la forma de diálogo, del sistema copernicano. Pero había calculado mal nuevamente. En aquella ocasión la Inquisición le obligó a abjurar de su herejía de rodillas, con la mano sobre la Biblia, y a rechazar la doctrina del movimiento de la Tierra en torno al Sol bajo amenaza de acabar en la hoguera—. Mi maestro me miró tristemente. Me dio la sensación de que sentía por aquel sabio de tiempos remotos una especial empatía, más allá de la admiración que le profesaba como científico—. Ya ves, te dije que la Astronomía era una ciencia peligrosa... ¿Sabes? Una célebre leyenda cuenta que en ese momento Galileo, que era ya un anciano, murmuró entre dientes “y sin embargo, se mueve”... Pero yo no creo que sea más que un cuento romántico. Galileo, simplemente, no tenía un temperamento de mártir. ¡Qué cruel destino para un hombre tan extraordinario! Dime, Polibio, ¿crees que Galileo debió mantenerse firme?

La pregunta me pilló desprevenido y respondí lo primero que me vino a la cabeza, sin duda lo más obvio.

—En ese caso hubiera muerto en la hoguera, ¿no es verdad, maestro?

—Sí, creo que posiblemente lo hubieran quemado. Se había granjeado enemigos poderosos, entre ellos incluso el propio Papa, el obispo de Roma, considerado líder absoluto de toda la Iglesia de entonces. Hubiera muerto abrasado vivo, como les sucedió a muchos otros, y no sólo en aquellos años oscuros, hace ya tantos siglos, sino mucho más cerca de nuestro propio tiempo... —miró pensativo al horizonte que se recortaba contra el cielo—. Como hicieron con Bruno, por ejemplo...

—¿Quién?

—Otro día hablaremos de él, Polibio, te lo prometo. Pero hoy... —dejó escapar un profundo suspiro y se apoyó en el grueso tubo metálico del Telescopio, repentinamente privado de su habitual despliegue de energía.-

Hoy no me siento con ánimos para contarte su vida. Dejémoslo como está.

El invierno aquél fue uno de los más duros que recuerdo de todos mis años en el Santuario. Los braseros apenas conseguían elevar la temperatura unos pocos y miserables grados en los grandes espacios de la Biblioteca o la Capilla, y muy poco más en el resto del edificio. En el Zoológico, el Hermano Lactancio se desesperaba porque pese a sus precauciones varios de sus animales más exóticos habían muerto de frío. El Hermano Ulpiano vivía pendiente del Invernadero, a donde acudía casi cada hora, presumiblemente a comprobar el estado de las plantas de Cruciflor. A todos nos acabaron apareciendo enormes sabañones que a veces nos dificultaban realizar las tareas más habituales: escribir a mí, tocar el oboe a Tiberio, manipular sus hierbas a Beldo...

En el Observatorio reinaba un frío intenso e inmisericorde, sólo apenas mitigado en un rincón de la sala por la pobre estufa del Padre Jacinto. Y aunque a veces la tiritera me impedía concentrarme debidamente en el estudio, lo prefería con mucho a la otra parte de mi trabajo, las tareas de mantenimiento del antiguo Telescopio. Salvo por la ausencia de viento, lluvia o nieve, en la cúpula la temperatura no difería prácticamente de la del exterior. Los engranajes que permitían el giro de la estructura y la adecuada orientación del Telescopio amanecían invariablemente congelados y buena parte del tiempo lo invertía en calentar la grasa solidificada aplicando paños empapados en agua hirviendo sobre las zonas más atascadas. Era una tarea tediosa y durante la cual a menudo me quemaba la piel de las manos, no ya por la temperatura del agua sino por el contacto con el metal helado. Y además, también era en muchos casos inútil, pues a menudo la espesa cubierta de nubes se mantenía inalterable durante la noche haciendo imposible cualquier observación. Las propias condiciones en que tenían lugar las escasísimas observaciones que conseguíamos llevar a buen término eran sumamente difíciles y aunque nos abrigábamos todo lo que podíamos, después de varios minutos inmóviles corríamos el riesgo de congelarnos también nosotros. El ocular se empañaba apenas se le aproximaba el ojo y los dedos, enguantados en gruesas manoplas de piel, casi no eran capaces de sujetar la pluma para realizar las anotaciones pertinentes. En una ocasión, empeñado, más que absorto, en la contemplación de alguna de las maravillas que encierra el hermoso cielo invernal, llegué a dejar de sentir por completo

los dedos de pies y manos. Fue entonces mi propio maestro quien tuvo que ayudarme a bajar de la escalera de observación y dedicarse luego durante largos minutos a frotármelos enérgicamente, junto al brasero del estudio, para conseguir que volviera a circular la sangre.

Finalmente a mediados de diciembre el Padre Jacinto se dio por vencido y decidió interrumpir las observaciones e incluso el propio mantenimiento del Telescopio, hasta que mejorasen las condiciones climatológicas. Desmontamos el gran objetivo con cuidado y el Padre Jacinto me lo mostró con gesto reverente, un pesado disco de vidrio rodeado de un fino aro metálico que tuvimos que bajar al suelo entre ambos.

—Siempre he necesitado la ayuda de un novicio para esta tarea... ¡Afortunadamente, ahora te tengo a tí! —exclamó el astrónomo mientras depositaba el objetivo con mimo en una gran caja de madera especialmente diseñada y acondicionada para albergarlo. Guardamos luego la caja en la propia sala de observación para evitar que el vidrio pudiera sufrir a causa de un brusco cambio de temperaturas.

La suspensión de las observaciones no impidió que continuasen mis lecciones con el Padre Jacinto. Pero dado que disponíamos de más tiempo mi maestro se las tomaba con más calma y se permitía divagar con cierta frecuencia, para hablarme de temas que se le venían a la cabeza u ocuparse en otro tipo de asuntos para los que no hubiera hallado hueco en circunstancias normales.

—¿Has visto trabajar alguna vez al Hermano Lucas, Polibio? —me preguntó uno de aquellos días, en uno de los súbitos cambios de tema a los que ya empezaba a acostumbrarme. Al ver que yo asentía continuó: —Dime, ¿qué opinas de su talento?

Le aseguré que pensaba que era un gran artista. Justifiqué con entusiasmo mi afirmación argumentando que aunque no había podido ver en persona a la mayoría de sus modelos, altos dignatarios y damas de la Corte, todos sus retratos destilaban, sin excepción, un hálito de vida, de inmensa naturalidad, que llamaba de inmediato la atención incluso de un muchacho inexperto como yo.

—Bien, pues me gustaría que hiciésemos un pequeño experimento para que veas una muestra más de lo que es capaz de hacer la Óptica aplicada a un campo tan aparentemente distinto como es el del arte de la Pintura.

Sin darme más explicaciones me hizo sentarme junto a la ventana, donde la luz me daba todavía en abundancia. Luego apartó de su mesa con un

manotazo los restos del almuerzo e instaló sobre ella una gran caja de madera de casi un metro de lado, en cuyo frente únicamente podía verse un pequeño orificio. La parte trasera de la caja estaba cubierta por una gruesa tela oscura. El Padre Jacinto se metió bajo la tela con un lápiz y un trozo de papel y me pidió que no me moviera. Así lo hice y me mantuve inmóvil durante varios minutos a pesar de lo intrigante de la situación y del frío que con el caer de la tarde comenzaba a inundar la sala, hasta que oí una exclamación de triunfo.

—¡Ya está!

Mi maestro asomó de nuevo de detrás de la caja y me alargó la hoja de papel con un gesto expectante. Cuando lo giré para poder verlo mejor no pude evitar lanzar una exclamación.

—¡Pero si soy realmente yo! ¡Es... es increíble! —efectivamente, el Padre Jacinto me había hecho un retrato a lápiz verdaderamente extraordinario. No es que pudiera reconocerme sin dificultad, es que ése era yo, sin duda ninguna. Eran mis mismos ojos oscuros, con ese matiz preciso de tristeza que me ha caracterizado siempre, era el gesto inseguro de mis labios, era el propio Polibio en definitiva—. ¡Maestro! ¡Vos sois también un gran artista! —exclamé llevado por el entusiasmo.

El Padre Jacinto sonreía satisfecho. Me dejó que alabara su trabajo un rato más hasta que decidió que ya era el momento apropiado para la lección.

—No hay nada de eso, Polibio. Lo que tanto alabas no tiene en realidad ningún mérito, muchacho. Si acaso un poco de pulso, pero nada más.

—¿Cómo es posible? ¿Qué queréis decir? —pregunté desconcertado—. ¡El parecido es asombroso! ¡Si me parece estar viéndome en un espejo!

—Tan sólo has visto una aplicación de un sencillísimo principio científico que, por otra parte, ya has estudiado. Ven aquí un momento, por favor.

Me hizo acercarme al cajón por detrás y me explicó lo que contenía. Me enseñó primero el espejo inclinado que había situado en su parte superior. Me mostró también el orificio en el lado de la caja que había puesto frente a mí, en el que había encajado una pequeña lente. La imagen mía formada por la lente, reflejada en el espejo, se proyectaba sobre la hoja de papel en la parte inferior. Sólo había tenido que repasar los contornos de la imagen que tenía ante sí.

El Padre Jacinto me animó a que yo le hiciera un retrato a él y posó durante unos minutos hasta que finalmente di por terminada mi obra, aunque debo decir que mi maestro se mostró más crítico con respecto al resultado de lo que yo lo había hecho antes con su propio boceto.

—Esto se llama “cámara oscura”, Polibio —continuó explicandome -, y es un invento muy antiguo. Antes del Castigo se había ideado incluso una forma de grabar directamente en una placa la imagen que nosotros hemos tenido que copiar a mano, y siempre he pensado que ésa es la técnica que empleaban para conseguir los grabados tan realistas de los libros de esa época. Incluso aventuraría que esas placas contenían un compuesto químico que se oscurecía más o menos, según la cantidad de luz que recibiera. Algún día, cuando tenga tiempo, le pediré al Padre Felicísimo que me asesore sobre eso. Sería interesante fabricar algo parecido, ¿no te parece? Quizás incluso podríamos usarlo para registrar directamente las imágenes que vemos por el Telescopio...

Asentí sin prestar mucha atención, aún impresionado por aquella cámara oscura. Todavía conservo estos retratos con cariño y, aunque mi maestro no estuviese entonces muy de acuerdo, pienso que el suyo no está del todo mal. Yo, al menos, le reconozco en él cada vez que lo miro, aunque han pasado tantos años que es posible que la imagen del retrato haya suplantado a la del verdadero Padre Jacinto en mi memoria. En cualquier caso creo que le hubiera gustado saber dónde está: dignamente enmarcado y colgado en la misma sala que alberga a su amado Telescopio, junto a una pequeña inscripción en su recuerdo que yo mismo grabé hace ya muchos años. No es, sin duda, el magnífico retrato de la Pinacoteca, pero tampoco yo soy el Hermano Lucas y al menos, gracias a él, entre mis alumnos mi antiguo maestro no es ningún desconocido. El Padre Jacinto, sin embargo, todavía no había terminado.

—Y volviendo a mi primera pregunta de esta tarde, Polibio —prosiguió -, ¿sabes que el Hermano Lucas no es el primer miembro de nuestra Orden en triunfar en Palacio como pintor? En realidad, hace ya varios siglos que los mejores retratistas de la Corte han sido siempre miembros de nuestra Orden... ¿No te parece eso un poco extraño? —no sabía adónde pretendía conducirme mi maestro con aquella nueva revelación, y así se lo dije.

—En realidad, Polibio, el Hermano Lucas tiene un truco. Un truco parecido al que acabo de enseñarte y que ya usaron varios de sus antecesores... —el Padre Jacinto se sonrió al percatarse de mi gesto de incredulidad.

—Pero maestro, no es posible que el Hermano Lucas vaya a la corte con una cámara oscura como ésta, ¿no?

—No, claro que no, su truco es mucho más discreto. ¿Sabes? No creo que

ni a nuestro pequeño Hermano ni tampoco al Padre Crisógono les hiciera mucha gracia saber que un simple novicio está al tanto de uno de los secretos de la Orden, en realidad el único que nos proporciona algún beneficio económico, así que debes prometerme que nunca se lo mencionarás a nadie. Se trata de un pequeño invento que yo mismo he tenido que reparar en un par de ocasiones y cuyos espléndidos resultados puedes comprobar con sólo echar un vistazo a los retratos de la Pinacoteca. El Hermano Lucas se coloca este pequeño aparato sobre sus gafas. En realidad se trata tan sólo de un sencillo prisma, parecido al que utilizamos en el experimento de Newton, con un par de lentes adicionales. Ese invento le permite ver a la vez, superpuestos ante sus ojos, la punta de su lápiz o pincel y la imagen frente a él. Cuando tiene a su modelo enfrente, sólo tiene que deslizar el lápiz sobre los contornos de cada uno de sus rasgos. ¡Y ahí está, un retrato perfecto!

Había entendido perfectamente la explicación del Padre Jacinto y me sentí maravillado por lo ingenioso del artilugio.

—¿Lo habéis inventado vos, maestro?

—¿Quién, yo? ¡Oh, no! ¡Claro que no! —exclamó sonriendo—. El que usa el Hermano Lucas tiene ya al menos un siglo, y lo construyó un habilidoso miembro de nuestra Orden. Pero es una invención muy anterior cuyo recuerdo, como el de tantas otras cosas, se ha perdido por completo ahí afuera. Lo llamaban “cámara clara”, en contraposición a la cámara oscura que te he mostrado yo aquí. De hecho, hay quien dice que la usaron algunos de los más grandes pintores de la Historia. Te aseguro que no es un aparato fácil de utilizar, yo lo he intentado y requiere un gran esfuerzo visual y mucha práctica. De hecho sospecho que, en buena medida, es el responsable de la continua pérdida de vista del Hermano.

—Pero, Padre, ¿no se dan cuenta sus modelos de que está utilizando ese aparato?

—¡Oh, no, en absoluto! ¡Incluso sin llevar la capucha del hábito echada, cualquiera lo tomaría por un par de gafas algo peculiares, quizás más gruesas de lo habitual! Y normalmente sólo se utiliza durante unos minutos, para tomar los apuntes en los que se va a basar el trabajo definitivo, que completa ya en su estudio. Los poderosos son gente ocupada y siempre agradecen que se les moleste lo menos posible. Y, sobre todo, cuando el resultado es tan espléndido como suelen serlo los retratos del Hermano Lucas... —, y terminó la lección sin poder evitar esbozar una sonrisa de triunfo.

Por fin, poco a poco, los días más duros del Invierno fueron quedando

atrás y llegó el momento en que pudimos volver a montar las lentes y reanudar las observaciones. El viejo astrónomo se sintió palpablemente aliviado y yo también, ya que con el paso de las semanas su impaciencia para con la lentitud de mis progresos había ido creciendo a ojos vistas. Me alegré, a pesar de que supuso volver a retomar las más duras de todas mis obligaciones, ya que ardía en deseos de volver a acercar mis ojos al ocular del extraordinario Telescopio y descubrir a través suyo nuevas maravillas. En definitiva, de seguir progresando en mi descubrimiento del Universo, de avanzar por la senda que el Padre Jacinto tan sólo acababa de desplegar ante mí.

21. La Iniciación de Tiberio y Beldo

El paso de la infancia a la madurez es siempre un hito importante, señalado de forma especial, de uno u otro modo, en todos los países o culturas que he conocido personalmente a lo largo de mis viajes o de las que he tenido noticia a través de los libros. Siempre, en todas y cada una de ellas, he encontrado referencias a algún rito singular de iniciación de los jóvenes o adolescentes, un paso público y solemne a través del cual son admitidos como miembros de pleno derecho en las comunidades a las que pertenecen. Mis propios hijos y nietos han debido pasar por su propia prueba entre estos hombres y mujeres del Norte, como también yo lo hice por la mía en su momento, en el Santuario.

La prueba de madurez que exigía la Nueva Doctrina de los Severinos era la ceremonia de la Primera Ingesta, también llamada simplemente Iniciación, a la que ya me he referido anteriormente. Aunque la mayoría lo desconoce, no se trata de una ceremonia de su invención, como tampoco lo es el Sacrificio dominical. Se trata tan sólo de la adaptación de una celebración ya existente en la liturgia desde muchos siglos atrás, anterior incluso al propio Castigo, que los Severinos modificaron para adecuarla a su nueva teología basada en la Cruciflor. Sólo después de la Iniciación adquirían los novicios pleno derecho de participación en las celebraciones semanales del Sacrificio, junto al resto de la Comunidad. En el Santuario, la Iniciación de los novicios en edad se realizaba sólo una vez al año, mediada la primavera. Por ese motivo a Tiberio y a Beldo les correspondió dar juntos el solemne paso a pesar de su ligera diferencia de edad.

Por entonces yo no había cumplido aún mi tercer año como novicio. Lo que sabía al respecto era lo poco que cualquiera de nosotros conocía por las clases de Doctrina del Padre Crisógono: que el acto central de la Iniciación consistía en comer por primera vez del Sagrado Fruto. Consumir el divino

producto de la Santa Cruciflor, el verdadero Cuerpo de Cristo según el dogma denominado de la Transubstanciación, uno de los fundamentos de la Nueva Doctrina. Tardé mucho en averiguar en qué consistía realmente esta misteriosa ceremonia y contaré todos los detalles a su debido tiempo, cuando me corresponda hablar de cómo viví mi propia experiencia. Un detalle que todos conocíamos sin embargo, pues no había forma de que pudiéramos dejar de observarlo, era el hecho de que en preparación para este momento sublime los novicios debían guardar un estricto ayuno desde el día anterior. Sin embargo, todo lo que acontecía una vez daba comienzo la Celebración era un completo misterio. Las puertas de la Capilla se cerraban a cal y canto durante las horas siguientes. Y respecto a todo lo que sucedía en su interior, el hermetismo de todos los Iniciados era absoluto. A pesar de la insistencia de los novicios más jóvenes (y algunos, como Beldo, eran verdaderamente insistentes), ninguno accedía a dar detalles sobre el propio Sacrificio o sobre las supuestas sensaciones místicas que se experimentaban tras la Ingesta.

Después de varios intentos frustrados por averiguar más acerca de las propiedades milagrosas de la Sagrada Planta o de las extraordinarias experiencias místicas que suponíamos se tendrían durante el Sacrificio, Beldo se había resignado a esperar la llegada del día elegido. Entretanto seguíamos realizando, aunque fuera ocasionalmente y sólo por complacerle, las pomposas escenificaciones que tanto le gustaban y que, aunque basadas en fragmentos de la liturgia que había obtenido de algún texto de la Biblioteca, incorporaban sobre todo elementos producidos por la prolífica imaginación de mi amigo. Pero aquello no impedía que viviese la a sus ojos lentísima aproximación de tan trascendental fecha, no sólo con un nerviosismo creciente, sino devorado por una auténtica angustia.

El día elegido por el Superior, un hermoso domingo de mayo, Beldo había revisado ya mil veces el estado de su hábito cuando sonó la campanilla convocando a la ceremonia. Con ojos suplicantes me insistió en que hiciese una última comprobación. A sabiendas de que era completamente inútil, le obligué a girarse dos o tres veces ante mí.

—Está perfecto, Beldo —le aseguré—. El Padre Crisógono estará muy satisfecho.

Y acompañé a mi amigo, que olvidada su habitual serenidad transpiraba abundantemente y temblaba como una hoja sacudida por el viento (recuerdo que él aseguraba que era de debilidad), hasta la puerta de la celda. Allí le esperaba un impaciente Tiberio, ya listo desde hacía rato. Ambos me dieron

un fuerte abrazo al despedirse y Tiberio se permitió un coscorrón amistoso.

—A partir de hoy tendrás que encargarte tú solo de la limpieza de la celda, ¿eh, canijo? —me guiñó un ojo cómplice—. Nosotros vamos a pasar a formar ya parte de la gente verdaderamente importante del Santuario... —Y cogiendo del brazo a un Beldo que empezaba a examinar con mirada crítica la indumentaria de su compañero, lo arrastró hacia la Capilla.

Aquella mañana me encontré, como cada domingo, con Penélope en los Jardines. Pero contrariamente a lo que solía sucederme cada vez que me reunía con ella, todo el tiempo que estuvimos juntos me noté presa de una gran impaciencia, incapaz de apartar la mente de lo que estaba sucediendo en esos instantes en la Capilla del Santuario. En realidad no le hacía mucho caso a mi amiga: sólo pensaba en regresar cuanto antes para comprobar qué tenían que contarme mis compañeros de celda sobre la misteriosa ceremonia.

Aunque ya por entonces me sentía plenamente imbuido de la visión racional del Universo de que me iba haciendo partícipe el Padre Jacinto (una visión que de algún modo había conseguido hacer compatible con el extraño talento que me permitía ver a los muertos), el Sacrificio tenía a mis ojos una clase distinta de atractivo. Representaba el misterio de lo secreto, de lo sobrenatural, de lo que se encontraba más allá de la Ciencia. Y la Cruciflor, un milagro en sí misma al alcance casi de la mano, nada menos que cultivado por el propio e inaccesible Hermano Ulpiano en el igualmente misterioso Invernadero.

Aunque parezca contradictorio con el hecho de haber crecido bajo la tutela de una orden religiosa, jamás he llegado a sentir una verdadera pasión por lo sagrado, no, por ejemplo, como mi amigo Beldo. Mi presencia en el Santuario nunca se debió en realidad a una vocación mía sino, como ya he referido, a una medida que la Orden adoptó (no sin algunas reticencias, tal como mucho más adelante me reveló el Padre Jacinto) en unos tiempos de crisis para asegurar su propia supervivencia. Con esto no quiero decir que no haya tenido experiencias que hubieran podido calificarse de verdaderamente espirituales, o incluso de místicas. Sin embargo, éstas nunca han estado relacionadas con la Liturgia ni con el Sacrificio, más bien han correspondido a momentos puntuales en mitad de una observación o, simplemente, de contemplación del cielo estrellado. Instantes de intensa comunión con el Universo en los que me he sentido parte de algo extraordinario, algo de

dimensiones cósmicas a lo que siempre he denominado con una misma palabra: Dios. Sin embargo en aquel tiempo, aunque ya había pasado el breve arrebatado de fervor con que reaccioné al milagro al que había atribuido la desaparición del Padre Ovidio, y a pesar de la nueva forma de entender el mundo que me iba descubriendo mi mentor y de algunas críticas por su parte, todavía entonces precavidamente veladas, hacia algunos de los estamentos de la Iglesia; a pesar incluso de los extraños y probablemente ilícitos tratos de uno de los monjes con los Severinos, de que había sido testigo en el torreón de la muralla; a pesar de todo eso, debo reconocerlo, ni siquiera imaginaba aún que fuese posible cuestionar la solidez de los principios teológicos de la Nueva Doctrina en los que nos aleccionaba el Padre Crisógono. Por eso me sorprendió la acritud de la reacción de Penélope cuando le mencioné la circunstancia por la que estaban pasando mis amigos en ese mismo instante.

—¿Tú te crees eso de verdad, Polibio? ¿Te crees que esa planta a la que todo el mundo reverencia es realmente Dios? —me preguntó con expresión incrédula. Me di cuenta que era la primera vez que hablábamos de algo relacionado directamente con los fundamentos de la Doctrina, en todo el tiempo desde que nos conocíamos.

—Bueno, no es exactamente así... Se trata de su Cuerpo —intenté rebuscar en los argumentos que recordaba de las clases del Padre Crisógono - , es el misterio de la Transubstanciación... —Penélope respondió con un gesto que indicaba claramente que era la primera vez que oía aquella palabra. Me esforcé para intentar que me entendiera—. El propio Cristo que se encarna en el fruto de la Cruciflor, para poder llegar hasta nosotros los Hombres... ¡Todavía no me ha llegado el momento de participar en el Sacrificio, pero claro que lo creo...! ¿Acaso no lo cree todo el mundo? —proseguí sorprendido al verla sacar la lengua en una mueca despectiva—. ¿No lo crees tú?

—¿Me lo estás preguntando en serio? ¿Cómo puede ser Dios una planta? ¡Siempre me ha parecido una tontería de los curas! —sentenció. Yo me revolví incómodo por el giro que adoptaba la conversación.

—Ya te digo que es un misterio, Penélope... No puedo decirte nada más por el momento... —intenté dar a mis palabras el tono enigmático con que tantas veces había oído hablar de la Cruciflor a los Iniciados, pero Penélope lo ignoró por completo y acentuó aún más su sarcasmo.

—¡Por supuesto que es un misterio! Desde luego, al menos para mí lo es que alguien pueda creerse algo así de ridículo...

Me asaltó repentinamente una gran angustia ante la posibilidad, que nunca se me había pasado antes por la cabeza, de que mi amiga pudiera no tener la fe suficiente como para salvarse, esa fe en la que tanto nos habían insistido el Padre Ovidio y los predicadores Severinos. No pude evitar un gesto de lástima hacia la muchacha, que sólo sirvió para que ella se enojase cuando se cercioró de que mi expresión compungida era auténtica.

—¡No pongas esa cara de idiota, Polibio! ¡Como me mires otra vez así, te garantizo que te sacudiré!

Enrojecí ligeramente pero intenté todavía mantener mi terreno, recurriendo a frases hechas que había oído mil veces, aunque sin entender realmente lo que significaban. Con el tiempo, más de una vez he llegado a preguntarme cómo era posible que no me diera cuenta, ya entonces, de que en realidad la mayoría carecían de sentido alguno. Por lo que he podido saber, todas las religiones han recurrido alguna vez a esta clase de fraseología, que a base de sentencias de significado pretendidamente profundo pero, sobre todo, inmensamente oscuro, pretenden dejar zanjadas cuestiones sobre las que se pontifica aunque en realidad nada se sabe.

—Pero Penélope, la Cruciflor es la presencia viva de Dios entre nosotros, la verdadera carne y la verdadera sangre del Cristo... ¡Y también el símbolo del pacto de Dios con los hombres, la garantía de que algún día regresará por tercera vez para salvarnos a todos!

Sin embargo, Penélope aún no había terminado conmigo. Como la chica lista que era se había dado perfecta cuenta de que, pese a todos mis argumentos y toda mi retórica, en realidad yo apenas sabía nada de la Cruciflor. Y hacía ya tiempo que había comprobado que también lo ignoraba casi todo acerca de lo que sucedía más allá de los muros del Santuario, algo con respecto a lo cual ella parecía tener mejores fuentes de información.

—Te diré algo que me parece que desconoces: ¿sabes que las mujeres de la servidumbre no podemos probar esa Cruciflor, Polibio? En realidad, nadie que sea siervo o esclavo puede aspirar siquiera a verla... Y, por lo que he oído en las cocinas, eso incluye a la mayoría de habitantes de la Ciudad y del mismo Reino... ¿No sabías eso? —pude notar su satisfacción ante mi expresión de asombro —¡Pues es cierto! ¡A la gente común, además, sólo se les permite verla desde lejos, desde más allá de las verjas que los confinan al fondo de los templos, y éso sólo por unos segundos hasta que se cierran las puertas y comienza la Celebración! ¡Lo sé de muy buena fuente...! ¡Sólo los ricos y los poderosos pueden participar con todo derecho en los Sacrificios de

tu Iglesia! ¿No significa eso que tu Dios no quiere saber nada de nosotros? ¿Pues entonces, cómo te extrañas de que yo piense lo mismo de él? ¿Quédate con tu planta y con tu Dios de curas y de ricos! ¡Tampoco a mí me interesa saber nada de sus asuntos!

Aquella insólita revelación, que aún conociendo a mi amiga no cuestioné ni por un momento, me sorprendió enormemente, ya que jamás me había pasado por la cabeza que la Cruciflor no fuese accesible a todo el mundo fuera del Santuario. De hecho, nada había en la Doctrina que me habían enseñado que indujese a pensar algo así, y siempre me había parecido que el mensaje de las Escrituras iba dirigido a todos los hombres. Sin embargo, me resistí a claudicar y todavía intenté encontrar excusas con las que hacer frente a sus reticencias.

—¡Tiene que haber un motivo importante! A lo mejor no hay bastante Cruciflor para todos... Son unas plantas muy delicadas y difíciles de cultivar: el Hermano Ulpiano dedica muchas horas a cuidar las del Santuario... Quizás sea imposible cultivar Cruciflor suficiente para todo el mundo, y tienen que ser necesariamente sólo unos pocos...

Pero la mirada desdeñosa de Penélope me hizo sospechar que mis patéticos intentos de justificación no la convencían.

—¡Bah! ¿Crees que soy idiota? ¡Quédate con tu Cruciflor, Polibio! De hecho, prefiero que no vuelvas a hablarme de ella nunca más...

Volví a mi celda antes de lo habitual, inquieto por el giro que había tomado la conversación. No sentía que se hubiera debilitado mi fe de forma apreciable, algo que en aquellos días nos mantenía a todos los novicios muy preocupados por la inminente visita de los predicadores Severinos y la insistencia del Padre Crisógono en que debíamos permanecer en constante alerta ante esa eventualidad. Sin embargo, la revelación de que no todo el mundo tenía derecho a la Cruciflor, de que no podía acceder al Sagrado Cuerpo del Señor ni participar del propio don del Cristo a toda la Humanidad con motivo de su Segunda Venida, me llenó de desasosiego. Era algo que nunca había sospechado siquiera anteriormente y que no parecía corresponderse con lo que me habían enseñado sobre su mensaje de amor y hermandad entre los hombres. Finalmente me tranquilicé cuando decidí que le preguntaría sobre todo ello al Padre Jacinto cuando tuviera ocasión. Sin duda, él sabría explicármelo de la mejor manera posible.

Tiberio y Beldo tardaron aún un buen rato en regresar. Cuando lo hicieron, ambos entraron en la celda en completo silencio, con los ojos todavía brillantes de la emoción.

—¿Qué tal? ¡Contádmelo todo! ¿Qué ha pasado? —pregunté brincando ante ellos de impaciencia.

Mis amigos se miraron un instante el uno al otro y luego se volvieron a mí nuevamente, pero sin despegar todavía los labios. Me asaltó una punzada de envidia porque resultaba evidente que habían compartido una experiencia importante para ambos, y me sentí fastidiado por haber tenido que permanecer al margen, así que insistí en que me contasen algún detalle concreto de la ceremonia. Tiberio se decidió por fin a hablar, aunque pareció que le costaba un cierto esfuerzo arrancar y las primeras palabras se le trabaron en los labios.

—Sa-sabes que no podemos decirte na-nada, Polibio —y anticipándose a mi protesta continuó, alzando las cejas en un gesto expresivo, cada vez más tranquilo -, pero, desde luego, ha sido algo increíble. No me esperaba algo así... —me puso una mano afectuosa en el hombro—. Ya lo comprobarás por ti mismo cuando te llegue el momento...

Beldo también se decidió a intervenir, aunque no podía ocultar que se encontraba mucho más excitado que Tiberio.

—¡Un verdadero mm-milagro! ¡Po-polibio! ¡Ha sido un mm-maravilloso m-milagro! —Miró a Tiberio y calló de repente, todavía sofocado por la emoción.

Tiberio continuó hablándome aún un rato en términos imprecisos, hasta que me di cuenta de que tan sólo intentaba ahorrarme la decepción de una negativa directa y me convencí de que no iba a obtener nada mucho más concreto de él. Aquella reserva me enojó considerablemente, porque había estado seguro de que mis amigos iban a convertirse en mi mejor fuente de información sobre todo lo referente al Sacrificio. Ni por un momento se me había ocurrido que la norma sobre el secreto tuviera que aplicarse entre mis amigos y yo. Me sentí tan frustrado que no les dirigí la palabra más en toda aquella tarde, ni tampoco durante la cena.

Por la noche, de nuevo en la celda, nada pareció haber cambiado. Yo seguía sintiéndome en la obligación de hacerme el ofendido y ninguno de mis compañeros parecía dispuesto a entablar una conversación que me permitiera cambiar de actitud. Los dos parecían empeñados en ignorar mis ostentosas demostraciones de disgusto, cada uno sumido en sus propios asuntos. Aunque

el fulgor de sus ojos había desaparecido hacía ya rato la agitación de Beldo persistía aún, y una y otra vez lo veía lanzar miradas nerviosas a Tiberio, que se esforzaba en aparentar que leía a la temblorosa luz de una bujía. Intentaba acercarse a él con cualquier pretexto, posaba su mano sobre su hombro o sobre su cabeza, pero Tiberio lo rechazaba una y otra vez, con un lenguaje aún más hiriente del que ya estaba acostumbrado a oírle. Cuando nos acostamos noté cómo Beldo se revolvía reiteradamente en su litera, presa todavía de esa extraña inquietud, y sólo después de dar yo también muchas vueltas logré sumergirme en un sueño cargado de horribles pesadillas.

Aún conservo en mi mente muchas de las imágenes que me acucieron aquella noche. Recuerdo al Hermano Ulpiano, desfilando por los pasillos del Santuario con una gran cruz, una Cruciflor gigantesca de la que colgaba el propio Cristo de la Capilla. Recuerdo haber visto cómo Penélope se abrasaba en el centro de un inmenso círculo de llamas sin que yo, que la observaba desde lo alto, pudiera hacer nada para impedirlo. Recuerdo que seguía a Tiberio y a Beldo por los corredores abandonados del edificio, intentando alcanzarlos. Pero siempre que iba a hacerlo doblaban un recodo o tomaban un desvío, y debía apresurarme nuevamente para no perderles de vista. De pronto, una sombra negra semejante a un cuervo gigantesco se movió sigilosamente al fondo y me distrajo lo suficiente como para que no viese el camino que tomaban mis amigos. Cuando, frustrado, intenté volver sobre mis pasos, encontré detrás de mí a un risueño Hermano Lázaro, que se inclinó sobre mí abriendo sus enormes fauces metálicas como si tratase de devorarme, aunque lo único que hizo fue musitarme al oído: “¿Te han dicho algo tus compañeros sobre la Iniciación, Polibio? Puedes confiar en mí...”.

Me desperté en medio de la oscuridad, empapado en sudor. Sin embargo, el alivio inicial que experimenté se trastocó en angustia al comprobar que aún escuchaba los extraños susurros del Hermano Lázaro. Con la conciencia a caballo entre la vigilia y el sueño, mantuve un acongojado silencio durante largo rato, hasta convencerme de que los murmullos procedían en realidad de la litera de Beldo.

—¡Tiberio! ¡Tiberio! —creí distinguir por fin entre un crescendo de gemidos y jadeos, que terminaron con un suspiro apenas contenido. Aunque después se hizo el silencio y lo que tomé por un mal sueño de Beldo pareció haber dado paso a otro más benigno, no conseguí volver a dormirme hasta mucho más tarde.

Al día siguiente, mientras nos preparábamos para ir a lavarnos, Tiberio me

lanzó una mirada maliciosa.

—Anoche tu amigo Beldo tuvo una pesadilla, y parecía que yo era quien le asustaba. ¿No lo escuchaste, Polibio?

Miré a Beldo sin saber qué responder y éste se sonrojó de tal modo que pensé que estaba conteniendo la respiración. Luego, de repente, abandonó la celda casi a la carrera. Tiberio me retuvo cuando intenté ir tras él.

—No te preocupes. Se le pasará.

—¿Sabes tú qué le sucede? —pregunté sacudiéndome la mano de Tiberio —. Es por la Iniciación, ¿verdad? ¿No le gustó?

—Le gustó demasiado, me temo —replicó Tiberio enigmáticamente, y ya no quiso hacer más comentarios.

Beldo no acudió al oficio de Vigilias esa mañana. Regresó a la celda alegando que le dolía el vientre, de modo que no pudo disfrutar junto a Tiberio de su recién ganado asiento en la tercera fila del Coro, junto al resto de miembros de la Comunidad. Mi jefe de celda me hizo un guiño cómplice desde su nueva ubicación cuando estuvo seguro de que le miraba. Beldo, sin embargo, no asistió tampoco a ninguna de las clases comunes de esa mañana y, al terminar la jornada, en vez de subir al Observatorio como ya me había acostumbrado a hacer, fui expresamente a buscarle a la Botica. Estaba allí, con la cabeza entre las manos, flanqueado por los dos espectros habituales y tan inmóvil como ellos. Cerré la puerta suavemente tras de mí.

—¿Te pasa algo, Beldo?

—¿Me preguntas que si me pasa algo? —levantó la cabeza y me miró con el rostro desencajado y los ojos enrojecidos —¿Alguna vez has deseado con toda tu alma alcanzar algo que tenías muy cerca, casi al alcance de tus dedos? ¿Y has soñado que lo alcanzabas, y que lo tenías, que ya era tuyo? ¿Y te has despertado después con las manos vacías, como al principio? ¿Alguna vez te ha pasado algo así?

No conseguí entenderle bien, aunque me pareció que se refería a que la Iniciación, de alguna manera y a pesar de todo, le había defraudado.

—Ya has participado del Sacrificio y probado por fin la Cruciflor, ¿no? ¿No era eso lo que querías? ¿O acaso no ha sido lo que tú esperabas? ¿Qué es lo que pasó allí?

Beldo hizo un esfuerzo para recobrar el control.

—No puedo decirte nada sobre eso, Polibio, ya lo sabes... —sentí que me

hablaba como si fuese un niño pequeño, pero veía a mi amigo tan trastornado que no tuve ánimos para enojarme con él —Pero aunque pudiera, creo no sabría como responderte. Ahora déjame solo, por favor.

Y a pesar de que me abrumaba lo obvio del sufrimiento de Beldo, y también el recuerdo de cómo otro amigo me había apartado asimismo de su lado, muchos años atrás, con palabras muy semejantes, no me quedó otra alternativa que dejarle allí, entregado a su congoja.

Durante los días siguientes Beldo no sólo no se encontró mejor sino que empeoró visiblemente. No parecía disfrutar de su nuevo estatus junto a Tiberio y en el Coro le veía pálido y abstraído, y a cada poco dirigía furtivas miradas a nuestro compañero. Tampoco dormía apenas por las noches y cuando lo conseguía era en medio de gritos y gemidos. Alguna vez tuve que levantarme y sacudirle violentamente para que no despertase a todo el mundo en el Santuario. Tiberio, por su parte, aparentaba no querer saber nada de lo que le sucedía a nuestro compañero. Y aunque alguna vez, mientras intentaba espabilar a nuestro amigo que se retorció presa, imaginaba yo, de terribles pesadillas, le vi asomado al borde de su litera con gesto preocupado, en cuanto advertía que le observaba se daba media vuelta y se fingía dormido.

Durante varias semanas las cosas continuaron así. Sólo los domingos, al regresar del Sacrificio, tenía a ratos la impresión de que era el Beldo de siempre. Pero a las pocas horas todo volvía a ser lo mismo. El Hermano Ulpiano se enojó con él muy severamente y llegó a amenazarle con quitarle su puesto, pues había sido negligente en la manipulación de las plantas y buena parte de las recolectadas esa primavera se habían echado a perder. Sin embargo aquello no pareció hacer reaccionar a mi amigo, que lo mencionó un día como de pasada, sin darle apenas importancia. Y eso daba una idea de hasta qué punto el bueno y afable Beldo, que adoraba su trabajo en la Botica, no era sino una sombra de sí mismo.

Aquella insostenible situación terminó de enmarañarse un día de principios de junio, apenas un mes después de la Iniciación de mis compañeros. Ese día tuve que regresar precipitadamente a la celda, entre dos de las clases de la mañana, a recoger algo que había olvidado. Para mi sorpresa Beldo estaba allí, y se sobresaltó cuando entré sin llamar. Por algún motivo había entornado las contraventanas pero, aún a pesar de la escasa luz que penetraba en la celda, pude ver que tenía el rostro enormemente pálido, casi blanco, con las ojeras que habían empezado a hacerse habituales tan marcadas que me asusté. Le iba a recomendar que se acostase cuando me di

cuenta de que trataba de ocultar de mi vista algo que había puesto sobre la mesa. Pero cuando le empujé a un lado para ver en qué consistía no hizo un verdadero esfuerzo por impedírmelo.

Se trataba de una planta alojada en un hermoso tiesto cuadrado de cerámica blanca, decorado con cenefas de color azul. La planta se alzaba recta hasta una altura de unos treinta centímetros, con dos ramas simétricas que, como los dos brazos de una cruz, emergían a dos tercios de su altura y se extendían a cada lado, unos diez centímetros cada una. Los extremos de las ramas y del tronco central estaban rematados por pequeños brotes de hojas diminutas. Del punto en donde las ramas se unían al tronco principal pendía un extraño fruto de color rosado, con vago aspecto de figura humana, que me recordó a las mandrágoras de las leyendas. El fruto, de forma irregular, se extendía en tres largos apéndices, dos de ellos superpuestos a cada una de las ramas y el otro al tronco principal, en dirección a la raíz. En la suave penumbra que reinaba en la celda me pareció que desprendía una tenue fosforescencia.

Al primer vistazo, había pensado que me hallaba ante un crucifijo rudimentario. Miré a mi amigo con el asombro dibujado en el rostro.

—Sí, Polibio —admitió Beldo respondiendo a la pregunta que no había empezado siquiera a formularle —, es una Cruciflor —. Y se dejó caer, exhausto, sobre su litera.

22. El poder de la Cruciflor

—Pero ¿qué has hecho? ¿De dónde la has sacado? ¿Cómo has podido...?

Me detuve en mi aluvión de preguntas porque Beldo se había echado a llorar.

—¡Tú no puedes comprenderlo! —exclamó entre gemidos—. ¡Ya te lo intenté explicar el otro día, pero no puedes comprenderlo!

De pronto se levantó de un salto, repentinamente sereno pero con la mirada extraviada, como la de un loco.

—¡Tienes que ayudarme a esconderla! Si la dejo aquí Tiberio la encontrará... —al considerar esta posibilidad, una súbita sensación de pánico pareció apoderarse de mi amigo, el pacífico Beldo, transformándole por completo—. ¡Tiberio no debe saber nada de esto! ¡Tienes que prometerme que guardarás el secreto! ¡Prométemelo, Polibio! —exclamó agarrándome fuertemente por los hombros y mirándome con una intensidad desmesurada, aunque me pareció que sus ojos me taladraban y se enfocaban sobre algo lejano, mucho más allá de mí mismo. Más sorprendido que asustado hice lo que me pedía y pareció tranquilizarse como por ensalmo. De hecho, a partir de ese instante me pareció que se relajaba, como alegrándose de poder compartir con alguien lo que acababa de hacer.

—La he robado, Polibio... ¡Aún no sé cómo me he atrevido, pero la he robado! Le quité las llaves del Invernadero al Hermano Ulpiano, cogí la Cruciflor, y se las devolví sin que se diese cuenta. ¡Así de fácil!

—Pero, ¿cómo has podido hacerlo? ¿Te has vuelto loco? —le grité, sintiéndome cada vez más enojado con mi amigo, que estaba a punto de echar a perder su prometedor futuro en el Santuario—. ¿No te das cuenta? ¡Te expulsarán del Santuario y de la Orden para siempre!

—¡Sigues sin entenderlo! —se lamentó Beldo.

—¡Pues explícamelo entonces! —le desafié casi ciego de furia. Sentía

cómo por momentos me iba invadiendo un intenso odio hacia aquel amigo que estaba a punto de perder para siempre, que me parecía en aquellos momentos, por encima de todo, increíblemente gordo y estúpido. Para mi sorpresa, Beldo no respondió con un nuevo lamento. Asintió con la cabeza, como recogiendo el desafío y sentándose en su litera respiró profundamente. Pude notar que estaba haciendo un verdadero esfuerzo para dominarse. Luego, fijando la vista en el suelo, comenzó a hablar pausadamente y escogiendo con precaución las palabras.

—Siempre te he querido mucho, Polibio, ya lo sabes. Has sido para mí como un hermano pequeño. También quiero a Tiberio, desde que le conozco... Eso lo sabes ya... Pero lo que siento por él es diferente a lo que siento por tí... —me miró para comprobar si le atendía. Para entonces me había dado cuenta de que Beldo estaba a punto de confesarme su más íntimo secreto y mi ira había quedado en suspenso, o mejor, se había desvanecido al soplo de las palabras repentinamente sosegadas de mi amigo—. En cierto modo, a él le quiero... más. Sí, le quiero más que a tí, Polibio, y más que a mí mismo, en realidad más que a nada en el mundo... —Beldo había enrojecido ligeramente, pero ya no se detuvo—. Y nunca me ha importado que él no me correspondiera, Polibio, ni siquiera que me agujoneara una y otra vez aun a sabiendas de lo que yo sentía, porque él lo ha sabido siempre. Me bastaba con tenerle cerca...

Se detuvo brevemente para tomar aliento porque había hablado de un tirón, sin respirar apenas. Me estremeció de pronto la sensación de fragilidad que transmitía el muchacho, a pesar de casi doblarme en volumen. Aproveché la pausa para sentarme a su lado, inseguro de si comprendía del todo lo que me confesaba pero intentando que percibiera que ya no estaba enfadado y que estaba dispuesto a seguir escuchándole. Beldo continuó, sin apartar la vista de las desgastadas baldosas de barro cocido del solado.

—Pero después de la Iniciación... Desde lo de la Iniciación ya no me basta, Polibio. No debiera contártelo, pero ahora, ¿qué más da ya? Después de un sacrilegio como éste... ¿qué puede importar que revele el secreto?

Noté cómo se le quebraba la voz y aguardé expectante a que continuase. Deseaba con toda mi alma que lo hiciera y amortiguase así el golpeteo rítmico que atronaba en mis oídos, el único sonido en medio del silencio que se había hecho en la celda.

—Ya sabes que en la Iniciación se consume la Sagrada Forma, que no es sino el fruto de la Cruciflor, eso que ves ahí. Lo que no sabes es lo que viene

después, ¿verdad?.

Asentí intentando controlarme, mientras Beldo tomaba aire antes de proseguir.

—Después de probar un pequeño pedazo del Sagrado Fruto, Polibio, cada uno de los que participan del Cuerpo de Cristo tiene una experiencia distinta... —continuó mi amigo retorciéndose las manos mientras volvía a levantarse, otra vez presa de un nerviosismo creciente—. Cada cual tiene sus propias visiones. No sé cuál fue la de Tiberio, pero en la mía... —hizo una pausa y me miró con los ojos repentinamente brillantes—. En la mía no había nada de místico, Polibio. En mi visión sólo había lugar para él. Para él y para mí, para los dos juntos, exactamente tal como yo lo había soñado siempre... ¡Y las visiones son tan reales, Polibio! No soy estúpido, sé que no lo son... ¡Incluso el propio Padre Crisógono asegura que muy contadas veces se puede considerar que son verdaderos mensajes que envía el Señor! Pero lo que yo experimento no tiene nada que ver con ningún mensaje, y no puedo evitar sentir como si lo hubiera vivido todo realmente ¡De hecho, ya no sé lo que es real y lo que no! Creo que acabaré por volverme loco... ¿Puedes imaginar una tortura mayor? Cada vez que consumo la Sagrada Planta durante el Sacrificio, Tiberio me ama. Luego vuelvo a la realidad y me rechaza y me desprecia... ¿Cómo puedo vivir así? —Y se dejó caer de nuevo en su litera, sollozando.

No supe qué contestarle. Había creído conocer bastante bien a mi compañero, pero aquellas insólitas revelaciones me habían dejado atónito. Algunas de las cosas que me acababa de contar Beldo no las entendía en absoluto pero otras empezaba a ser capaz de imaginarlas, aunque lo que me sugerían me llenaba de un cierto desasosiego. Sin embargo, de lo que sí era completamente consciente era del intenso dolor que experimentaba mi amigo a causa de todo aquello, dolor que destilaba por cada uno de sus poros como si le sudara el mismo alma y que no se me ocurría cómo podía calmar. Me sentí impotente ante ese dolor, pero a la vez experimenté una súbita iluminación. Porque la sensación inicial de sorpresa se disipó en cuanto volví la vista atrás en el tiempo y repasé en una fracción de segundo tantas situaciones de las que había sido testigo sin llegar a comprenderlas correctamente y cuyas consecuencias lógicas no había podido extraer en su momento. No es que de pronto me sintiese capaz de entender la naturaleza exacta del amor que Beldo aseguraba sentir por Tiberio, pero sí que comprendí que, fuera lo que fuese, había estado ahí desde el principio. También pude ver inmediatamente y de forma clara con sólo recurrir a mi

memoria que, tal como Beldo había dicho, Tiberio era consciente de todo desde un primer momento y que sólo yo, ciego a la evidencia, había vivido al margen de aquel asunto durante los tres largos años en los que habíamos compartido todos aquella pequeña habitación.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —le pregunté, esforzándome para que mi voz recuperase parte de su anterior irritación —¿Qué pasa con la Cruciflor? ¿No podrías volver a dejarla en su sitio antes de que el Cabezahuevo se dé cuenta? —aún intentaba aferrarme a la esperanza de que las cosas pudieran volver a su cauce del modo más simple.

—¿Estás loco? ¿Y tener que volver a cogerle las llaves del Invernadero? ¡En realidad, aún no me explico cómo he podido hacerlo la primera vez! — exclamó Beldo todavía gimoteando.

—Bueno... —intenté pensar en algo —¿Había muchas más plantas de Cruciflor? Es posible que el Hermano no se dé cuenta de que le falta una...

—¡Claro que se dará cuenta! Tiene las plantas de Cruciflor dispuestas en una especie de altar escalonado, en la capilla del Invernadero. Y sólo había diez plantas... ¡Enseguida, seguramente hoy mismo, se dará cuenta de que sólo quedan ya nueve! Además, creo que ésta es la que estaba más madura de todas. Probablemente era la que pensaba utilizar para el Sacrificio del próximo domingo... Verás —continuó al ver mi gesto de incompreensión -, parece que ahora el Hermano está menos reacio a contestar a algunas de mis preguntas. Al menos —reconsideró su comentario -, lo estaba hasta que me cargué la recolección de esta primavera la semana pasada... He podido enterarme de que cada planta tarda entre ocho y nueve semanas en dar un nuevo fruto, y en cada Sacrificio la Comunidad viene a consumir un fruto completo. Sí, no me mires así, basta con un pequeño trozo para cada uno, como una lenteja o un grano de arroz... De manera que es necesario tener al menos nueve plantas para el suministro del Santuario. ¡Y yo me he llevado la única que sobraba! ¿Cómo no va a darse cuenta de que le falta una? ¡Ayúdame a esconderla, Polibio, si es que de verdad eres mi amigo! —me urgió con ojos húmedos y suplicantes.

Por un instante no supe cómo responderle. Tenía la impresión de que debía sentirme horrorizado por el sacrilegio que mi amigo acababa de cometer. Según la Nueva Doctrina aquella planta que Beldo había robado del Invernadero era el propio Cuerpo del Señor, y desde algún lugar (quizás desde la propia planta) Él debía estar observándonos, sin duda lleno de ira y dispuesto a tomar cumplida venganza. Sin embargo, lo único que era capaz

de sentir en ese momento era una pena enorme por el intenso sufrimiento de mi compañero; una lástima inmensa al ver a mi querido Beldo, al bueno y pacífico de Beldo, tan trastornado, metido en aquel enorme lío, arrastrándose ante mí e implorando mi ayuda. Me parecía que habían pasado siglos desde que las revelaciones de Penélope sobre la Cruciflor habían puesto a prueba por primera vez, hacía sólo unos meses, los débiles fundamentos de lo que pensaba eran unas sólidas creencias. A pesar de todo, ni siquiera entonces había osado cuestionar los principios de la Nueva Doctrina incluso a pesar de comprender, y aún de compartir, muchas de las severas críticas que mi maestro dejaba caer de cuando en cuando sobre algunas actuaciones pasadas de la Iglesia. Sin embargo, lo que no pudieron conseguir las palabras de Penélope o del Padre Jacinto, lo pudo en aquel instante la súplica angustiada de mi amigo. Me di cuenta de que quería verdaderamente a aquel muchacho rechoncho, de que no soportaba seguir viéndole sufrir y de que le ayudaría sin importar lo que costase. Algo se quebró en ese instante en mi interior, de forma casi imperceptible pero definitiva, y sin pararme a pensar en las consecuencias de aquella decisión le ayudé a levantarse, mientras empezaba a pensar en si habría alguna posible solución para aquel inmenso embrollo.

—¿Has pensado tú ya en algún sitio? —pregunté, confiando en lo productiva que era la imaginación de mi amigo.

—Sí, pero soy incapaz de ver con claridad, no se me ocurre nada en absoluto... No podría hacerlo en la Botica, no, allí es completamente imposible. ¿Crees tú que en la Biblioteca...? -, preguntó esperanzado y me apresuré a negar enérgicamente con la cabeza ya que a pesar de sus enormes dimensiones era uno de los lugares más concurridos del Santuario. Había empezado a pensar en la posibilidad de esconder la Planta en los Jardines, pero tampoco quería revelar mi secreto a Beldo, y no creía que él estuviese dispuesto a dejar que me llevase la Cruciflor para esconderla por mi cuenta. Luego pensé en ocultarla en el Observatorio: conocía rincones en los que el Padre Jacinto jamás pensaría en mirar siquiera. Pero luego, en un momento de lucidez, recordé al espía de los Severinos. Sin duda el Observatorio sería uno de los primeros lugares en los que, él al menos, sugeriría que se buscara en cuanto se detectara el robo, implicando así al viejo astrónomo. Y, si a alguien no quería causarle problemas, era al Padre Jacinto.

No acababa de ocurrírseme ninguna solución y estaba a punto de desahogarme increpando nuevamente al pobre Beldo quien, finalizado el breve intervalo de lucidez en el que había decidido confiarse a mí, no dejaba

de mirarme con gesto lastimoso y expectante, cuando de pronto el fantasma de Galerio se materializó detrás de mi compañero. En su excitación, Beldo ni siquiera se apercibió de mi respingo de sorpresa, pues hacía meses que no había logrado mantener contacto alguno con el espectro aun a pesar de haberlo intentado en más de una ocasión.

Galerio me hizo gesto de que le siguiera y se dirigió a la puerta de la celda, esfumándose antes de alcanzarla. En un instante comprendí lo que pretendía y obligué a Beldo a levantarse.

—¡Escucha! -, exclamé sacudiéndolo por los hombros —¡Se me acaba de ocurrir un sitio estupendo! ¡Coge la Cruciflor y sígueme!

Abrí la puerta y me asomé con precaución. No había nadie por los pasillos salvo el espectro de Galerio, que se deslizaba, en silencio y sin volverse a mí, hacia la escalinata al fondo del corredor. Beldo no precisó de más insistencia por mi parte para coger la maceta con un gesto de veneración y salir de la celda tras de mí, risueño como si acabara de resolver de pronto todos sus problemas.

Seguimos por tanto a Galerio, o quizás debiera decir más bien que yo le seguía, completamente ignorante de adónde nos conducía, mientras Beldo me seguía a mí confiado en que conocía mi camino. Le seguimos por los pasillos y escaleras del Santuario, atravesando recovecos e intersecciones que en ocasiones me resultaban familiares pero en las que a menudo me sentí perdido. Intenté que Beldo no percibiera mi confusión aunque mi amigo iba más pendiente de su Cruciflor, a la que de cuando en cuando dirigía algunas palabras cariñosas, que de la ruta que llevábamos.

Finalmente llegamos al final de un largo y polvoriento pasillo a la altura de la quinta planta, y al abrir la puerta frente a la que se había esfumado el espectro de Galerio me encontré ante una pequeña sala llena de luz y colorido que me recordó de inmediato a la Capilla, de la que parecía una versión en miniatura.

La sala tenía cuatro pequeñas ventanas, alargadas y rematadas por afiladas ojivas que, cubiertas por vidrios de coloridos y geometrías variados, creaban una atmósfera muy similar a la del propio recinto sagrado. No había mobiliario alguno a excepción de un gran bloque de piedra a modo de altar en un extremo. Tampoco había rastro del espectro de mi amigo. Pensé que Galerio había elegido correctamente el sitio, ya que aquel lugar parecía sin duda apropiado, de algún modo, para albergar la Cruciflor.

Lo mismo pareció pensar Beldo, que asintió complacido cuando me siguió

al interior de la sala. Sin ningún titubeo se dirigió al bloque de piedra y, después de sacudir lo que parecía una gruesa capa de polvo, depositó la Cruciflor sobre él. Luego se volvió a mí con una sonrisa tan beatífica que tuve que apartar la vista para superar la tentación de abofetearle.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté —¿Tienes idea de qué cuidados necesita la planta?

—¡Voy a compartirla contigo, Polibio! —exclamó mi amigo presa de un arrobado e irracional alborozo.

—¿Qué dices? —grité, nuevamente horrorizado por aquella absurda propuesta —¡Creo que ya estoy cometiendo un sacrilegio yo también sólo con ayudarte, a pesar de que seas mi amigo! ¿Quieres que me acabe condenando para siempre, probando del propio Cuerpo de Cristo sin haber sido Iniciado antes?

—¿El Cuerpo de Cristo? —aquella mención pareció hacerle reaccionar y su mirada se hizo más lúcida, e incluso atisbé un destello de ironía cuya razón no alcancé a comprender—. Es verdad, se trata del Cuerpo del Señor, ¿no es cierto? De Su mayor regalo a nosotros los Hombres, insignificantes y pecadores...

Beldo arrancó un pequeño pedazo de uno de los brazos del fruto, no mayor que una lenteja, y me lo ofreció solemnemente.

—Debes probarlo, Polibio. Yo, tu amigo, tu hermano Beldo, te lo ofrezco de corazón, de parte del Señor Jesús y de su apóstol San Severino... —me miró de nuevo con ojos suplicantes pero lo que me pedía ahora no era ayuda, sino que no lo abandonara, que no lo dejase solo y que lo acompañase también en el siguiente paso de su loca y desesperada carrera hacia ninguna parte—. De veras, créeme, ¡es algo extraordinario! Un verdadero regalo de Dios, tal como dice el Padre Crisógono.

Por un instante retuve la mano que instintivamente trató de extenderse hacia la suya, temeroso de aceptar lo que mi amigo me ofrecía. Sabía que aquello tenía que ser, ya sin asomo de duda, la más terrible de las profanaciones. Sin embargo, algo dentro de mí comenzó a vacilar. Beldo me estaba brindando la posibilidad única de compartir la experiencia que él y Tiberio habían vivido sólo unas semanas antes. De probar del propio Cuerpo de Cristo, aunque fuese de este modo, a escondidas. De no tener que esperar todavía casi dos años más hasta saber cuál era el verdadero secreto que escondía la Sagrada Planta. Y, aunque me asustaba el extraño efecto que parecía haber tenido sobre mi compañero, me horrorizaba aún más la idea de

quedarme atrás de nuevo, otra vez más en el papel del pequeño e insignificante Polibio.

Finalmente cogí el fragmento de fruto. Era relativamente blando, casi esponjoso al tacto, de un blanco intenso bajo la fina piel rosada. Mi amigo escogió otro pedazo para él varias veces mayor que el mío, tan grande, de hecho, como un garbanzo. Me sonrió con aire culpable, una mueca triste que acentuó las patentes ojeras que arrastraba desde hacía semanas.

—Tú eres aún muy pequeño, Polibio. Eso debería ser suficiente la primera vez... Y si sucede lo mismo que con mis medicamentos, la dosis debería ser proporcional al peso, y yo peso casi el doble que tú... —se justificó. Y sin esperar más se introdujo su pedazo en la boca y lo tragó en un instante. Casi enseguida se dejó resbalar hasta el suelo y, apoyado contra la pared, pareció entrar de inmediato en un extraño letargo.

Yo fui a imitarle, pero en el último momento dividí el pequeño pedazo por la mitad, guardé uno de los trocitos en mi faltriquera y me metí el otro en la boca. Todavía resistiéndome lo mantuve sobre la lengua un largo rato, tan diminuto que casi no podía sentirlo más que como un tenue escozor, intentando vencer el último obstáculo que una parte de mí trataba de oponer ante el terrible pecado que estaba a punto de consumir.

De repente, Galerio se materializó de nuevo frente a mí, justo al lado de Beldo y, sobresaltado, me tragué el trocito de Cruciflor casi sin querer. Tuve la sensación de que el espectro esbozaba una sonrisa mientras todo a mi alrededor se iba difuminando hasta perderse en unas tinieblas que cayeron lentamente, como un anochecer. El techo de la sala acabó por esfumarse del todo y las estrellas fueron apareciendo una tras otra sobre mí. Primero unas pocas, luego algunas más que reconocí como planetas y después muchos más astros: cometas y nebulosas, cúmulos y galaxias, hasta que el firmamento completo refulgía como nunca lo había visto antes, en un espectáculo que me dejó boquiabierto.

Las galaxias, brillantes como jamás me las había mostrado el Telescopio, giraban sobre sí mismas en una insólita danza, sus largos brazos espirales dejando tras de sí regueros de polvo centelleante. Se superponían unas a otras, decenas de ellas, cientos, incluso miles.

Y no se encontraban aisladas entre sí. Lazos de luz las interconectaban de mil distintas maneras, en una compleja red que abarcaba todo lo que podía ver a mi alrededor. Esa red se extendía también a los planetas y a los demás astros e incluso a la propia Tierra.

Me sentí de pronto trasladado a un monte elevado, más alto que todo lo que me circundaba, desde el cual podía ver a la totalidad de seres vivos de nuestro mundo: hombres, animales, y plantas. La compleja malla de luz que unía entre sí las galaxias se extendía también hasta tocar a todos y cada uno de esos seres.

Una frase resonó en mi cerebro proveniente de todas partes y la vez sin ningún origen concreto: “El Universo es Espíritu”, enunció una voz tronante. Y, de pronto, de todos los nudos de aquella gigantesca red surgieron lazos luminosos que se extendieron hacia mí y que me asieron incluyéndome, integrándome en el todo inmenso que formaban, y la sensación de absoluto me desbordó de tal modo que perdí toda noción de mí mismo.

Recobré la conciencia casi sin darme cuenta, sin una transición apreciable. De hecho, sólo lo noté en un principio por la voluminosa forma de Beldo tendido en el suelo a mi lado. La Cruciflor seguía algo más allá, pero pude ver que faltaba un trozo mucho mayor del que recordaba haber visto arrancar a mi amigo, casi todo un brazo del fruto. Me acerqué a él y le sacudí ligeramente, pero no reaccionó. Al volverle la cabeza vi que bajo los párpados entreabiertos sólo asomaba el blanco de los ojos, y que un hilillo de baba espumosa le corría por toda la mejilla, desde la comisura de los labios.

Sin poder evitarlo, me eché a llorar. Me sentía mareado y débil, inmensamente conmocionado tras la visión, pero a la vez vacío y, sobre todo, culpable. Culpa, vacío, tristeza. Si era eso lo que realmente había tras el Cuerpo de Cristo o era sólo lo que yo había encontrado como fruto de mi pecado no podía saberlo y tardé mucho tiempo aún en averiguarlo. Pero podía ver lo que había encontrado Beldo. Una salida para su desesperación a través de un mundo de delirios.

El Santuario tardó todavía algunas horas en revolucionarse. Para entonces, afortunadamente, me había dado tiempo a despertar a Beldo, al menos lo suficiente como para no tener que llevarle a rastras hasta la celda. Aún así, sin mi apoyo mi amigo no hubiera podido sostenerse en pie. Por suerte, sólo me equivoqué una vez en el camino de vuelta y apenas tuvimos que desandar unos pocos metros.

Cuando nos vio entrar, Tiberio no pareció extrañarse del lamentable estado de Beldo. Lanzando una maldición me ayudó a subirle a su litera y me obligó a que le contase lo que había pasado. Entonces sí que pareció

sorprendido y lanzó a su amigo, semiinconsciente sobre el catre, una extraña mirada en la que me pareció distinguir un destello de admiración. Me obligó a contarle todos los detalles del robo tal como Beldo me los había referido, y también a intentar calcular la ración del Sagrado Fruto que había consumido nuestro compañero. Pero yo decidí, por prudencia, omitir casi todo lo demás, incluidas la confesión de mi amigo y mi propia experiencia con la Sagrada Planta. Tiberio me examinó unos instantes, dubitativo. Luego, después de recorrer la celda arriba y abajo durante varios minutos más sin dejar de mascullar a cada poco maldiciones, se detuvo en seco.

—¡Lávale la cara a este idiota y espábilalo todo lo que puedas! —exclamó sin ocultar su enfado —¡Intenta que eche todo lo que le quede en el estómago y ponle un hábito limpio! ¡Yo tengo que arreglar algo de lo que éste ha dejado por ahí, porque si no, seguro que mañana será el último día que lo veamos en el Santuario! —y salió al vuelo.

Para cuando regresó, casi una hora después, yo había conseguido que Beldo vomitara tres o cuatro veces y parecía que empezaba a ser capaz nuevamente de razonar.

—¡Ya está! Ahora lo más importante es que os tranquilicéis los dos... Hay que comportarse como si nada hubiera sucedido... ¡Aunque os pregunten, fingid que no sabéis nada en absoluto! —ordenó Tiberio después de cerrar la puerta con cuidado. No nos dio ninguna otra explicación, aunque cuando más tarde comprendí lo que había hecho la admiración y el aprecio que sentía por mi jefe de celda se multiplicó.

La campanilla, con todo, no sonó sino hasta bastante más tarde, casi a la hora de las Vísperas, y cuando los tres salimos de la celda a su llamada nadie habría sospechado por nuestros gestos que sabíamos que no se nos convocaba precisamente a los Oficios de rutina.

El Padre Crisógono y el Hermano Lázaro nos interrogaron uno por uno a todos los novicios aquella misma noche, pero para entonces era ya demasiado tarde. Beldo se había recobrado del todo, al menos aparentemente, y no consiguieron averiguar nada de ninguno de nosotros. El Padre Crisógono parecía pálido y demudado, a la luz tenue de las bujías casi enfermo. En cambio, me pareció que el Portero apenas lograba disimular un mohín de satisfacción, que no estoy seguro de si fui el único en apreciar. Recuerdo que fue él quien se dirigió a mí en mi turno, sondeándome sobre si había oído o visto algo fuera de lo normal aquel día en el Santuario, sin dar nunca ningún otro tipo de explicaciones sobre el motivo del interrogatorio. Aún hoy me

pregunto cómo pude resistir impávido el escrutinio del Hermano Lázaro, poniendo mi cara más estúpida e inocente, o cómo logró hacerlo mi amigo, cuando a mis ojos aún resaltaban manifiestas las huellas de la sobredosis de Cruciflor que había ingerido hacía sólo unas horas. Me pregunto si de hecho logramos, tal como creímos entonces, engañarlo realmente, o si por el contrario fue el Hermano Lázaro quien nos engañó a todos. Quizás leyó en nuestros rostros la verdad desde el primer momento y lo ocultó deliberadamente al Superior, decidido a utilizarlo sólo cuando conviniese a sus propios intereses, por ejemplo, cuando pudiese hacer un mayor daño, a través mío, a mi maestro, a quien para entonces ya tenía claro que odiaba.

Poco a poco, en los corrillos de novicios se fue difundiendo la noticia del terrible sacrilegio, aunque yo preferí ponerme de parte de los que no creían que el rumor fuese cierto. El hercúleo Hermano Orosio vigilaba con gesto fiero, pendiente de si algún novicio revelaba siquiera intención de eludir el interrogatorio. Por su parte el Hermano Ulpiano, prodigiosamente pálido y con una mueca en el rostro aún más desagradable que de costumbre, iba y venía siguiendo las indicaciones del Superior mientras nos dirigía a todos ásperas miradas cargadas de odio y suspicacia.

Finalmente, y tras permanecer la Comunidad entera toda la noche en vela, el Superior decidió que la desaparición de la Cruciflor no tenía que ver con los novicios, ni tampoco con el resto de habitantes del Santuario. Casi de madrugada nos informó de que un ladrón parecía haber accedido desde el exterior del recinto y de que había profanado el Invernadero irrumpiendo por un boquete que había abierto rompiendo varios de los cristales de la parte de atrás. Cuando oí esto último comprendí qué era lo que había corrido Tiberio a hacer cuando le resultó evidente sobre quién iban a recaer de inmediato las sospechas en caso de que el único acceso posible estuviese cerrado con llave.

El Superior pidió además la mayor discreción a todos, por el bien de la Orden. A su lado, el Dientes parecía haber perdido parte de la satisfacción que había exhibido sólo unas horas antes, como si hubiera sido privado de algún placer que había creído a su alcance. Pero aunque el suceso no tuvo repercusiones disciplinarias entre los novicios, aún recuerdo la extraña forma en que me pareció que me miraba el Hermano Lázaro justo en el momento en que, inmediatamente después de la declaración del Padre Crisógono, dejaba escapar un suspiro de alivio.

En cuanto a la Cruciflor, acudí con Tiberio varios días después en su busca, aunque sin una idea clara de lo que podríamos hacer con ella. Optamos

por ir casi de noche, después de Vísperas, y en la oscuridad y sin la guía de Galerio me despisté varias veces, hasta casi agotar la exigua paciencia de mi jefe de celda. Pero cuando encontramos la pequeña réplica de la Capilla, la planta situada sobre el altar tenía un aspecto muy diferente de la que había visto yo por última vez. El fruto estaba ennegrecido y arrugado, y los brotes en los extremos se habían secado. Aún así, en la penumbra y desde la puerta no me dio una impresión tan distinta a la que me produjo la primera vez, la de un tosco crucifijo.

Tiberio abrió un saco que había traído consigo y yo cogí la Cruciflor por el tronco, dispuesto a arrojarla en su interior. Pero la maceta se escurrió de la tierra apelmazada en torno a las raíces y cayó al suelo, rompiéndose en pedazos con gran estrépito. El fragmento reseco de fruto también se desprendió y rodó por entre los fragmentos de loza. Tiberio farfulló una imprecación y me quitó la planta de las manos.

—¡Anda! ¡Recoge eso y terminemos de una vez! —exclamó irritado mientras la introducía en el saco. Durante un rato anduve gateando por el suelo de la sala, recogiendo a tientas los restos desparramados, con el corazón latiéndome todavía apresurado del sobresalto.

Por fin, cuando tuvimos todo a buen recaudo, desandamos parte de nuestro camino y Tiberio se dirigió a uno de los más grandes montones de escombros del ala este. Allí enterró cuidadosamente el saco, no sin antes haberlo atado fuertemente y golpeado hasta dejarlo convertido en un fragmento más de deshecho, imposible de relacionar en modo alguno con la Cruciflor desaparecida. No pude evitar estremecerme con cada uno de aquellos golpes pensando en que quizás, pese a todo, estábamos apaleando el propio Cuerpo del Señor, tal como lo habían hecho sus torturadores romanos hacía ya tantos siglos. Afortunadamente me quité aquella absurda idea de la cabeza enseguida. Hoy comprendo mucho mejor todo lo sucedido y también veo con claridad que el verdadero Cuerpo de Cristo no somos sino nosotros, todos y cada uno de los hombres, y que aquellas torturas se reproducen en realidad en el sufrimiento infligido a cada uno de los desvalidos de este mundo. Pero eso es ya otro asunto, y lo único que corresponde reseñar en este lugar es el modo extraño en que se esfumó toda huella física de aquel acto sacrílego.

Más tiempo tardaron, sin embargo, en desvanecerse algunas otras consecuencias de aquel episodio. En primer lugar, la desconfianza que me produjo el extraño papel que había jugado el espectro de Galerio en todo

aquel asunto. Intenté ponerme en contacto con él para que pudiera aclararme el significado de lo sucedido, si es que tenía alguno. Su intervención parecía haberse dirigido a asegurarse precisamente de que yo acabase probando la Sagrada Planta y no podía entender qué motivos podían haberle impulsado. De hecho, tenía la sensación de que Galerio me había manipulado de algún modo, de que había actuado como lo hizo, facilitándonos a Beldo y a mí un sitio seguro en el que esconder la Cruciflor y empujándome luego a probarla, con algún propósito. Pero, por alguna razón, el fantasma de mi pequeño amigo se esfumó de nuevo durante meses sin dejar rastro y, por más que lo intenté recorriendo los lugares en los que le había hallado otras veces, me fue imposible localizarlo. Finalmente acabé desistiendo de mi empeño, resignado pero convencido de que sin duda Galerio volvería a aparecer cuando lo estimase oportuno, es decir, cuando conviniera a sus misteriosos intereses, que de alguna forma parecían estar ligados a los míos.

También perduró durante meses en mi conciencia el intenso escozor que me producía el saberme culpable de lo que una parte de mí todavía consideraba un terrible pecado. Una vez que el paso de los días fue atenuando el miedo más inmediato, el de llegar a ser descubierto, la sensación de culpa comenzó a crecer en mi interior hasta llegar pronto a hacerse insoportable. Empecé a acudir a la Capilla a ratos sueltos, primero ocasionalmente y luego con más frecuencia y durante más tiempo. Allí me arrodillaba y rezaba con más intensidad que verdadero fervor, como no lo había hecho desde hacía mucho, esperando así mitigar mis remordimientos. Sin embargo, no lograba demasiado consuelo de ese modo. La gran imagen suspendida parecía responder a mis plegarias con un gesto severo, un rictus de decepción y de amargura al saberse traicionada por uno de los suyos. “¿Cómo has podido hacerlo, Polibio? ¡Arrepiéntete de tu horrible acción, hijo mío!”, parecía querer decirme, o al menos, esas eran las palabras que resonaban en mi mente una y otra vez. Ni Tiberio ni Beldo, partícipes conmigo del terrible sacrilegio, reaccionaron de modo parecido aunque tampoco se mofaron de mi súbito ataque de contrición. De hecho, ambos optaron por fingir que nada había sucedido y en lo sucesivo jamás volvimos a hablar entre nosotros de todo el asunto.

Por las noches, retazos de mi fabulosa visión volvían a acuciarme y en ocasiones me sentía de nuevo partícipe de esa extraña malla cósmica que lo abarcaba todo. Pero luego aparecía el Hermano Lázaro, que cortaba con sus dientes de acero las finas hebras de luz que me unían al resto del Universo

hasta dejarme completamente aislado e indefenso, presa fácil de las grandes garras que, como tantas otras veces, se cernían amenazadoras sobre mí, justo antes de un despertar sobresaltado y rebosante de culpa.

En cuanto a Beldo, durante uno o dos días pareció mejorar. Sin embargo, al tercero comenzó a experimentar violentos temblores y fuertes dolores que le hacían quejarse casi de continuo, y que él mismo atribuyó al efecto de una dosis excesiva del Sagrado Fruto. No podíamos hacer nada por él, salvo prepararle alguna infusión analgésica siguiendo las indicaciones que nos daba cuando conseguía concentrarse lo suficiente. Sin embargo, aquellos sencillos remedios no parecían aliviar en demasía su sufrimiento, y ya antes de la medianoche tenía los labios ensangrentados a fuerza de mordérselos para no gritar. Pero la alternativa, consistente en avisar al propio Hermano Ulpiano para que le tratara, ni siquiera se nos pasó por la cabeza, sabiendo que equivalía a una confesión de culpabilidad después de haber conseguido superar el momento más crítico de todo aquel trance. Beldo se retorció de dolor durante toda la noche y Tiberio y yo nos turnamos para acompañarle, aunque ninguno de los dos logramos conciliar el sueño más que a ratos.

Lo último que quedó grabado en mi recuerdo de aquella larga vigilia (y, en definitiva, de todo aquel extraño episodio), cuando cerré al fin los ojos y asomaba ya la luz del alba por la ventana, fue la mirada desolada de Tiberio mientras acunaba a su amigo contra su pecho, sintiéndose en parte responsable de su sufrimiento e incapaz de prestarle el alivio que él hubiera necesitado.

23. Un espíritu indomable

Durante varias semanas más, la tensión producida por el sacrílego episodio pudo respirarse casi en cada murmullo, en cada rincón de cada claustro y de cada pasillo. A pesar de la explicación oficial, los miembros de la Comunidad más suspicaces no dejaban de mirarnos a los novicios con recelo, y en muchos momentos tuve la impresión de que nos vigilaban, e incluso la seguridad de que, de algún modo, el Portero o el Hermano Osorio acabarían averiguando lo sucedido. Sin embargo, un suceso por completo inesperado vino a causar una nueva conmoción, de una naturaleza completamente distinta, que en cierto modo ayudó a relegar definitivamente al olvido el asunto de la Cruciflor desaparecida. Me refiero al desastroso final del Zoológico del Santuario.

Recuerdo perfectamente cuál fue el desencadenante de la tragedia, la ocasión en que, en el transcurso de una de nuestras visitas con el Padre Oberto, alguien mencionó que Sara, la mona favorita del estúpido Hermano Lactancio, parecía haber engordado desde la última lección. A este comentario siguieron otros más chuscos y ocurrentes que fueron subiendo de volumen hasta llegar a los oídos del propio Hermano, que limpiaba una jaula cercana. Este fingió no haber escuchado nada, aunque pareció turbarse y comenzó a pasarse la mano por el pelo repetidamente, de forma parecida a como solían hacer los propios monos cuando algo les inquietaba. Sin embargo, semanas más tarde la preñez de Sara se hizo evidente y los nervios del Hermano Lactancio se exacerbaron hasta el punto de que resultaba aún más imposible que de costumbre mantener con él una conversación sencilla. En la última visita que hicimos al Zoológico bajo la supervisión del Padre Oberto las piernas del Hermano se le enredaban entre sí casi de continuo y en una ocasión tropezó con el propio Padre, derribándole. El engreído monje la emprendió con él a bastonazos pero, lejos de responderle tal como Tiberio

había predicho que ocurriría algún día, el Hermano se encogió en actitud fetal y aguantó la paliza mientras gritaba entre sollozos:

—¡Lo merezco! ¡Pegadme más fuerte, Padre! ¡Lo merezco!

El Hermano Lactancio se ahorcó días después de una de las vigas metálicas de la estructura. Cuando le encontré, el Hermano Orosio tuvo que espantar a los buitres, que atraídos inexorablemente por el hedor del cadáver, habían roto la malla con sus garras y picos y se habían cebado sobre el cuerpo, que colgaba hecho jirones en el vacío. Sin embargo, aún hoy no he logrado decidir si el desgraciado Hermano se mató a causa de los celos y por lo que consideró una traición de su amada, o si fue por la insoportable culpa que le produjo el creerse responsable, en su idiotez, de haber engendrado un ser monstruoso. Alguna vez intenté preguntárselo en los años siguientes, cuando le veía deambular por los Jardines, pero jamás conseguí nada aparte de una mueca atormentada, una torva mirada similar a las que le dirigía de vivo al Padre Oberto, tan irracional que me hacía estremecer.

Lo único seguro, en cualquier caso, es que Sara abortó muy poco tiempo después y murió desangrada al no haber quien pudiera atenderla. Si, como dijo el gran Darwin (cuyas atrevidas pero concluyentes teorías parecía desconocer el presuntuoso Padre Oberto), el hombre desciende realmente del mono a través de millones de años de evolución, en algún momento debió producirse el gran salto, la chispa divina que marcó en adelante la diferencia, el inicio de la existencia del Ser Humano y de su alma inmortal, más allá del simple animal que había sido hasta entonces nuestro antepasado. Digo esto porque nunca volví a ver a la joven gorila después de aquello, aunque por un tiempo casi pensé que podría encontrármela entre los fantasmas del Santuario, quizás paseando de la mano de su protector. Tal vez una de sus expresivas miradas me habría sacado de la duda que nunca conseguí que me resolviera el Hermano Lactancio.

En las semanas posteriores y en ausencia de los cuidados del Hermano, varios otros de los animales la sucedieron en su triste destino, aunque para muchos de ellos debió suponer más bien una liberación. A causa sobre todo de la insistencia del Padre Oberto, el Padre Crisógono hizo aún un tímido intento por seguir manteniendo, siquiera de forma precaria, aquella anémica fauna. Pero todo se acabó cuando uno de los novicios tutelados por el pomposo naturalista, un muchacho apocado llamado Tasio a quien había encargado de alimentar a las fieras, se tomó su trabajo más al pie de la letra de lo debido. En un momento de descuido fue atacado por un par de

desesperadas leonas que lo devoraron sin la menor compasión. Advertidos por los gritos horrorizados de sus compañeros, todos los novicios fuimos testigos impotentes de cómo las fieras se disputaban su cuerpo despedazado y lo engullían con evidente glotonería.

Este último episodio colmó la paciencia del Superior, que en los últimos meses había tocado techo reiteradamente, y lo decidió a cerrar definitiva e irrevocablemente el Zoológico del Santuario. En el transcurso de apenas unas semanas, las pocas fieras que no lograron escapar fueron vendidas en la Corte o sirvieron de alimento unas a otras. Los buitres fueron los últimos en abandonar el viejo pabellón, cuando ya no quedó nada más, en busca de un mejor hogar. Y de este modo, el antiguo Zoológico se convirtió pronto en una más de las muchas construcciones ruinosas que rodeaban, como un hálito material de decadencia y podredumbre, al edificio principal (todavía, pese a todo, con una chispa de vida en su interior) del Santuario.

Aunque el trágico episodio del Zoológico contribuyó, por paradójico que pueda parecer, a relajar la tensión y la desconfianza en que había vivido la Comunidad durante todo el mes precedente, yo no me sentía mucho mejor. Más bien al contrario, seguía viviendo angustiado, presa de una horrible sensación de culpa de la que intenté zafarme concentrándome en mi trabajo en la Biblioteca y en el Observatorio. Sin embargo, mis esfuerzos por tratar de apartar de mí aquella agobiante carga no se vieron recompensados por el éxito. Poco a poco fue forjándose en mi mente el convencimiento de que me hallaba irremisiblemente condenado, hasta llegar a convertirse en una certeza absoluta. Dejé finalmente de rezar, ya que cuando trataba de enfrentarme a la mirada del Cristo de la Capilla una angustia insoportable me invadía el pecho hasta hacerme casi imposible la respiración. En los Oficios me limitaba a desgranar las letanías y los salmos de forma automática, evitando en lo posible alzar la vista para así eludir los reproches de la inmensa figura suspendida frente a mí. Me volví más serio y taciturno, aunque delante de Penélope, a quien no revelé nada de lo sucedido, me esforzaba por disimular mi verdadero estado de ánimo, en parte por no preocuparla y en parte también porque sabía que mi desazón le parecería de todo punto absurda. Durante un tiempo incluso anduve deambulando sombrío por los corredores, como uno de mis espectros y sintiéndome tan carente de propósito como me los imaginaba a la mayoría de ellos. Me vino a la mente en aquellos días la

idea de que quizás los espectros del Santuario eran antiguos miembros de la Orden que, como yo, se habían condenado en vida. Yo, por tanto, me uniría inevitablemente a ellos cuando me llegase la hora. En realidad, no me hubiera importado entonces que mi incorporación a las huestes espectrales se hubiese producido en aquel preciso instante.

Mi tutor debió intuir que algo me sucedía, pero nunca me preguntó nada al respecto, al menos no directamente. Tampoco supe con seguridad si estableció por su cuenta alguna relación entre el robo de la Cruciflor y mi súbito decaimiento, aunque no hubiera sido extraño que lo hiciera: sin duda era el hombre más perspicaz que he conocido. Lo cierto es que, ya fuese por ese motivo o fruto simplemente de su preocupación por mí, unas semanas después me sorprendió con un regalo.

—Tengo algo para ti —me dijo.

Rebuscó en una de las estanterías y sacó un grueso tomo que colocó delante de mí. Era un volumen de hoja grande, parecido a los almanaques en los que recopilaba los datos astronómicos, pero aún más grueso y con robustas tapas de cuero. Al abrirlo a un gesto suyo comprobé con sorpresa que las páginas estaban en blanco. Hojeé el volumen con más detenimiento, hasta estar seguro de que ninguna de las numerosas páginas de fino papel (debían de ser cerca de un millar) contenía ni una sola letra o anotación. Por fin miré al astrónomo con un gesto de incompreensión.

—Es un cuaderno de notas. Los preparan especialmente para mí. Bueno, éste en realidad no... Este lo he encargado para tí, Polibio.

No supe qué decir. Aunque estaba habituado a manejar los libros de la Biblioteca, aparte del libro de Galerio nunca había tenido ningún otro libro que pudiera calificar de propio. Pero el que resultase ser un libro totalmente en blanco me había desconcertado por completo.

—Gracias, Padre...

—No me las des todavía, hijo. En realidad, te estoy encargando más trabajo... Y responderé también a la pregunta que no me has formulado. Quiero que uses este cuaderno para tomar notas de los libros que te vaya haciendo estudiar en lo sucesivo. Lo que a ti te parezca más importante: enunciados, leyes, figuras, demostraciones, ejemplos... De este modo podrás localizar siempre los conceptos clave que hayas olvidado, sin tener que volver a sacar los libros correspondientes de la Biblioteca.

Me sentí emocionado y abrí el libro por la primera página, dispuesto a comenzar allí mismo con mis notas, pero el astrónomo me hizo un gesto

disuasorio y esbozando una sonrisa comprensiva apartó mis manos y cerró el cuaderno.

—Hoy no, Polibio. Ya tendrás tiempo de empezar mañana. Hoy quiero que charlemos un rato... —el corazón me dio un vuelco, pues pensé de pronto que mi tutor había averiguado de algún modo todo lo ocurrido e iba a reconvenirme por ello. Pero enseguida me di cuenta de que no podía tratarse de eso—. Quiero hablarte de alguien, de un personaje del pasado. Un hombre que quizás no fue un científico tan brillante como Galileo, pero que tuvo el valor de afrontar la muerte en defensa de aquello en lo que creía. No, no sólo eso... podríamos decir, con más propiedad, de aquello que sabía que era cierto.

Dejando la frase suspendida en el aire empuñó su pipa y se tomó unos instantes para encenderla con parsimonia. Sólo continuó después de varias bocanadas que esparcieron a su alrededor una espesa humareda blanquecina.

—Giordano Bruno nació unos años después de morir Copérnico, en la Italia de cuatro o cinco siglos antes del Castigo... Se hizo dominico, de la orden que hoy conocemos como Dominicos, pero poco a poco sus meditaciones le condujeron a albergar importantes dudas... Aquellas dudas se centraban en algunas cuestiones consideradas entonces dogmas oficiales, como la Transubstanciación tal cual se enunciaba antes de San Severino, o incluso la concepción virginal de la Madre, algo a lo que la Iglesia daba una gran importancia en esa época. Además, Bruno se atrevió a publicar sus ideas en apoyo del sistema de Copérnico y también sobre el Universo en varios libros con títulos tan sugerentes como *“Infinitud del Universo”*, o *“La causa única de todas las cosas”*. Todo ello le puso en el punto de mira del Santo Oficio, que le persiguió por media Europa hasta apresarle en la ciudad de Venecia, en donde fue encarcelado en el más absoluto aislamiento durante seis años. Luego, acusado de herejía, fue conducido a Roma y excomulgado tras dos años más de prisión. Finalmente, y ante su negativa a retractarse, fue quemado vivo en la hoguera según una fórmula habitual en aquellos días y que, aunque abolida durante varios siglos menos crueles, los Severinos rescataron no hace tanto, para vergüenza de una Iglesia a la que llamamos Santa... Una fórmula, Polibio, que llamaba a una muerte así con este horrible eufemismo: ser castigado “tan misericordiosamente como fuera posible y sin derramamiento de sangre”...

El astrónomo hizo una pequeña pausa para recuperar el aliento y el tono de voz, que había ido subiendo y volviéndose cada vez más crispado.

—Bruno escribió en contra de la Transubstanciación, tal como la entendían los teólogos oficiales de la Iglesia en aquellos días. Me pregunto que escribiría hoy en día sobre la Cruciflor... Sin duda, sería nuevamente tachado de hereje...

Se detuvo con aire meditabundo y aproveché la pausa para preguntarle sobre algo que había leído recientemente.

—¿Es cierto que, antiguamente, en vez de la Cruciflor se comía un simple trozo de pan, maestro?

—Así es, Polibio. En aquel tiempo, la sencilla conmemoración que los primeros cristianos celebraban de la última cena de Jesús con sus Discípulos había llegado a transformarse en una reunión denominada “misa”, bastante diferente de nuestros actuales Sacrificios, en la cual al Sacerdote se le suponía revestido de un poder casi mágico, capaz de transformar un simple trozo de pan y un poco de vino en los verdaderos cuerpo y sangre de Jesucristo. De hecho, aquella “facultad” era una de las diferencias fundamentales entre Padres y Hermanos, distinción que en nuestros tiempos ha pasado a ser una cuestión formal, de mera jerarquía interna. Esa transformación era a lo que denominaban “transubstanciación” en aquellos tiempos. Como te habrás dado cuenta, tomaban al pie de la letra las palabras de las Escrituras: “Esto es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”, que Jesús pronuncia referidas aparentemente al pan y al vino, y también: “En verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros...”. Durante siglos hubo multitud de discusiones de lo más peregrino a este respecto, sobre si se trataba de una transformación metafórica, o física y real. Al final, pese a toda evidencia física, fue esta última la que prevaleció y la que en realidad siguió más o menos vigente hasta que San Severino tuvo su propia revelación y nos trajo la Cruciflor, y con ella todo lo demás...

El Padre Jacinto, que había hablado todo el tiempo con su elocuencia y soltura habituales, se detuvo por un instante y continuó luego con más cautela, como si no estuviera seguro del terreno que pisaba o le costase mucho esfuerzo adentrarse en él. Y prosiguió sin dejar de mirarme, como estudiando atentamente mis reacciones ante cada una de sus palabras. Empecé a pensar que quizás no había escogido aquel tema por casualidad.

—Como ya te habrá enseñado el Padre Crisógono, Polibio, gracias a San Severino la Iglesia defiende hoy que, contrariamente a lo que creyeron durante siglos nuestros antepasados, el pan y el vino no son susceptibles de

adquirir esa milagrosa sustancia, ni aún a través del Sacerdote. Sólo del fruto de la Sagrada Cruciflor, la Sagrada Forma, esa excrecencia rosada que crece sobre el tallo cruciforme y que, como sabrás —y me pareció que me miraba intensamente, haciendo hincapié en esa última palabra -, se asemeja vagamente al cuerpo de un hombre con los brazos extendidos colgado sobre la cruz... sólo de ese fruto capaz de producir arrebatadas visiones en quienes lo prueban, Polibio, la Iglesia asegura hoy, con la certeza del dogma, que participa de la esencia del Verdadero Cuerpo de Cristo... Eso equivale, claro, a afirmar que es la propia Planta y no el Sacerdote la artífice de la Transubstanciación y por eso se la considera Sagrada, y su conservación y reproducción se mantienen en el más absoluto de los secretos... En fin, me gustaría saber que diría Bruno con respecto a todo esto...

No supe cómo reaccionar ante las palabras de mi maestro. Después del episodio del robo de Beldo y de mi propia experiencia con la Cruciflor, nada de lo que decía el Padre Jacinto me sonaba ya extraño. Sin embargo, se suponía que algunos de aquellos detalles se encontraban más allá del límite de lo que yo, como novicio aún no iniciado, podía llegar a conocer incluso a través de los rumores... Me sonrojé ligeramente al empezar a considerar en serio la posibilidad de que mi tutor tuviese alguna sospecha sobre la verdadera autoría del robo y sobre mi propia complicidad en el asunto. Aunque por un momento pensé en que lo más sensato sería protestar, fingiéndome escandalizado, finalmente opté por no aparentar una falsa ignorancia. Sin embargo, lo que más me sorprendió no fue que mi tutor quebrantara la norma sobre el secreto: me agitó más profundamente la falta de convencimiento, la ironía incluso, que había podido detectar en su forma de referirse a varios de los preceptos básicos de la Nueva Doctrina. Por primera vez me hizo sospechar que sus verdaderas convicciones al respecto no eran tan ortodoxas como había tenido la precaución de aparentar hasta ese instante. Y aquella sospecha suscitó en mí una enorme curiosidad por conocer cuál era su auténtica opinión. Como ya he dicho, aún seguía sintiendo a menudo el peso de una horrible culpa de la que no lograba liberarme. Y si el astrónomo, la persona a quien más había llegado a respetar sobre la Tierra, podía ofrecerme una alternativa que ayudase a mitigar esa sensación, estaba dispuesto a aferrarme a ella sin dudar.

—¿Y vos que decís, maestro? —le pregunté sin pensarlo dos veces, confiado en poder obtener de sus palabras una chispa de consuelo. Él me miró sobresaltado por la brusquedad de mi pregunta y tardó unos instantes en

responder. Me dio la impresión de que detectaba una sombra de alarma tras sus ojos claros y, arrepintiéndome de mi súbito arranque, me esforcé en sostener su mirada escrutadora fingiendo una inocencia que estaba muy lejos de sentir.

—Yo ya dije lo que tenía que decir al respecto hace muchos años, muchacho... —sentenció, repentinamente decidido a zanzar el tema. Luego continuó, retomando el hilo de su disertación anterior, aunque por una hebra diferente y sin darse cuenta aparentemente de mi gesto de frustración—. Ya tendremos ocasión de hablar de eso. Por ahora, será mejor que sigamos con lo que más nos interesa como científicos... La herejía más terrible de Bruno, Polibio, la que lo hizo especialmente odioso a los ojos del Santo Oficio, no fue precisamente su opinión sobre la Transubstanciación, sino el haber difundido su creencia en una idea completamente revolucionaria: la pluralidad de los mundos.

—¿Qué queréis decir con eso, maestro?

—Me explicaré enseguida. Al igual que Galileo en la carta de la que hablamos hace ya tiempo, Bruno afirmaba en su libro titulado “*Conversaciones de la tarde sobre el miércoles de ceniza*”, por cierto, curioso título para un libro sobre cosmología, ¿no es verdad?, que las Escrituras nunca habían pretendido enseñar ciencia sino moral, y que no debían aceptarse como autoridad sobre asuntos físicos o astronómicos. Si te das cuenta, son casi las mismas palabras de Galileo... Bruno insistía en que debía desecharse especialmente la visión que proporcionaban sobre la constitución física del mundo y que la Iglesia aún defendía pese a todo, como ya hemos visto; a saber, que la Tierra era una superficie plana sostenida por columnas, y que el cielo no era sino un firmamento, una bóveda sobre ella que sustentaba el suelo del paraíso. Pero Bruno, en su libro, no sólo reproducía las ideas de Copérnico. Iba mucho más allá: exponía su visión de un Universo infinito, lleno de mundos. Unos, las estrellas, calientes y luminosos, otros, los planetas y satélites, fríos y opacos, girando a su alrededor y muchos de ellos posiblemente habitados por seres inteligentes como nosotros mismos, que sufren y mueren como nosotros y se plantean los mismos interrogantes... En esto, en considerar una pluralidad de soles y de planetas habitados, sin duda fue el precursor. ¡Un hombre extraordinario, para una idea extraordinaria!

Las ideas que mi maestro atribuía a Bruno habían acabado por interesarme, e incluso logrado apartar mi mente de otros problemas más

acuciantes.

—Parece fascinante, pero... puedo hacerme una idea de por qué lo persiguieron... —titubeé, pero una seña de mi maestro me animó a proseguir —. Parece como si en ese Universo lleno de mundos y de seres no quedase mucho lugar para el Dios de las Escrituras...

—Oh, no, Polibio. Bruno nunca negó la existencia de Dios. ¡Al contrario! Para él Dios era la Inteligencia misma que animaba todo el Universo, que lo llena todo y vive en todas las cosas, aún en las inanimadas. ¡Dios como causa única de todas las cosas, el Todo en el Todo! ¡Ah, qué sublime visión, cuánto más lúcida y excelsa que la de quienes le condenaron a muerte! Pero esta doctrina era contraria por completo a lo que el Santo Oficio consideraba la única religión verdadera, especialmente en lo que se refiere al plan de la salvación. De hecho, suscitaba numerosas cuestiones nuevas y peligrosas. ¿Es misión de la Humanidad llevar el mensaje de Cristo Jesús a esos otros mundos? O, por el contrario, ¿tenía cada uno de ellos su propio Cristo, también Hijo de Dios encarnado como nuestro Jesús, encargado de anunciarles la Buena Nueva?

Recordé que, hacía ya mucho, en una de sus primeras lecciones, mi maestro había mencionado esa inquietante cuestión aunque entonces había bromeado al respecto asegurando que se trataba de un desvarío suyo. El astrónomo continuó, aunque no parecía verme a mí mientras hablaba. Tenía la mirada perdida, como si estuviese evocando una escena de la que hubiese sido testigo mucho tiempo atrás.

—Cuando sus jueces, todos ellos hombres de religión, le preguntaron si estaba dispuesto a abjurar de su error, Bruno, negándolo con tranquilidad, les dijo: “Quizás teméis más vosotros dictar mi sentencia, que yo escucharla”. Ahí creo que se equivocaba, no pienso que aquel atajo de bárbaros titubeara mucho a la hora de condenarle, orgullosos en su fanatismo. Pero... ¡qué extraordinario valor, Polibio, demostró Bruno ante esos jueces ignorantes, qué increíble honestidad como científico y como ser humano! A veces me pregunto cómo me es posible soportar el contraste entre esta escena admirable de honor y firmeza inquebrantables de un hombre condenado por la Iglesia y aquella otra que tuvo lugar hace más de dos mil años, en el atrio de Caifás, cuando cantó el gallo y Jesús avergonzó a Pedro con una mirada después de que éste le hubiera negado hasta tres veces. Y sin embargo, fue sobre este Pedro sobre quien el Papa cabeza de aquella Iglesia consideró fundado su derecho a obrar así con Bruno ¡Cuánta estupidez y cuánta

perfidia! Y yo, después de todo, no soy mucho mejor, pues soy miembro de lo que aún subsiste de esa misma Iglesia... ¡Cuán necio e incoherente!

Me sentí amedrentado por un momento ante el insólito y enérgico exabrupto de mi tutor, que dio paso luego a un igualmente furioso silencio. De modo que esperé unos minutos antes de atreverme a plantear de nuevo, de la forma más suave que pude, la pregunta que me formulaba desde hacía ya rato.

—Y maestro, ¿por qué no se retractó Bruno como lo hizo Galileo?

Me dio la impresión de que se trataba precisamente de la pregunta que mi maestro estaba esperando que hiciera, una vez que ya parecía haber recuperado el control de sí mismo. Y aunque me resultó evidente que no resultaba de su agrado, aún así hizo un esfuerzo por responderme.

—No lo sé, Polibio. Pudo haberlo hecho, pero eligió mantenerse firme. Bruno era, sencillamente, hombre de un temple distinto al de Galileo. Y a él, al contrario de lo que pasó con el viejo sabio, la Iglesia nunca le dio una segunda oportunidad. Las ideas de Bruno eran aún más peligrosas, bajo su punto de vista. Sin embargo, me gustaría citarte las reflexiones que sobre los mismos temas hizo uno de los hombres más sabios de su tiempo, tan sólo un par de siglos después... Me refiero a un eminente científico, además de religioso como nosotros. Se trataba de un monje benedictino, el Padre Benito Jerónimo Feijoo...

El Padre Jacinto hizo una pausa para inspirar profundamente. A base de un gran esfuerzo parecía ir consiguiendo, poco a poco, concentrarse de nuevo y retomar el hilo de su exposición. A mí, el nombre de Feijoo me resultó familiar, probablemente de los archivos de la Biblioteca.

—El Padre Feijoo hace en uno de sus escritos, las Cartas Eruditas, un lúcido análisis de las posibilidades de que exista vida en otros mundos. Tengo un ejemplar en el Observatorio y te dejaré consultarlo. Curiosamente, no se trata de un libro prohibido por el Índice, de modo que puedes hacerlo sin reparos, aunque mucho me temo que esa ausencia se deba a la ignorancia de los Severinos más que a su indulgencia. Por más que parezca increíble en un religioso, el Padre Feijoo llegó a sostener públicamente que en mundos con diferentes características deberían surgir especies equivalentes a las vegetales y animales de la Tierra pero adaptadas a dichas peculiaridades y, por tanto, muy diferentes de las de nuestro propio mundo. Y hacía extensiva a los seres inteligentes dicha diferencia, insistiendo en que no serían seres como los hombres.

—¿Este Padre Feijoo fue quemado también en la hoguera? —pregunté.

—¿Quién? ¡Oh, no, Polibio! Las cosas habían cambiado un tanto para entonces y aunque todavía había quien renegaba del propio sistema copernicano como de algo demoníaco, el Padre Feijoo nunca tuvo problemas reales en ese sentido. Por lo que sé, siempre fue admirado y respetado por la mayoría de sus coetáneos. Afortunadamente para él, el poderío de la Inquisición había menguado mucho en su tiempo. Sin embargo, resulta curioso observar que una de las matizaciones en que más insistió, para evitar contradecir directamente a las Escrituras, era la que te he comentado antes: el que la posible vida extraterrestre inteligente tenía que ser de aspecto no humano. Como hombre brillante que era sabía que eso podía acarrearle, si no la hoguera, quizás algún que otro problema. Y sólo luego justificaba, casi como un elegante ejercicio teórico, el por qué la posibilidad contraria, además de ir contra las Escrituras, hubiera sido científicamente imposible.

—¿Y alguien más ha pensado en esta posibilidad? Quiero decir, la de que exista vida en otros mundos...

—Bueno, ya que lo preguntas te diré que sí. Recuerdo, por cierto, el libro que me trajiste la primera vez que subiste a verme... Su autor, un reputado astrónomo del siglo siguiente al del Padre Feijoo, el siglo veinte, llegó incluso a explorar el cielo con un aparato que, según él, hubiera podido detectar rastros de esa presencia. Pero no tuvo ningún éxito, al menos en vida...

—¿Y usted qué cree realmente sobre todo eso, Padre?

Por un momento yo mismo me sorprendí de mi osadía. Era la segunda vez que interpelaba directamente a mi maestro sobre sus opiniones en aquellas delicadas cuestiones en tan sólo unos minutos. Pero esta vez el Padre Jacinto no puso reparos a ofrecerme una respuesta. Levantó la vista a las estrellas sobre nuestras cabezas y me respondió casi en un susurro.

—¿Yo? Sin duda el Universo es demasiado grande, demasiado maravilloso para que seamos los únicos en contemplarlo. No, Polibio, no creo que estemos solos en medio de tanta belleza... —musitó, lacónico—. Y ahora, ¿por qué no bajas a por algo de cenar?

Ya he mencionado cómo la muerte del Hermano Lactancio y el final del Zoológico influyeron en la vida cotidiana del Santuario, relegando el robo de la Cruciflor a un discreto olvido. Sin embargo, no hablé antes del episodio

relacionado con dicho final que me afectó de manera más directa y que tuvo lugar casi a finales del otoño, varias semanas después de la muerte de Tasio a manos de las leonas hambrientas.

Las citas con Penélope tenían lugar ahora, cada vez con más frecuencia, en alguno de nuestros refugios protegidos entre la espesura. En concreto, había un rincón que usábamos en invierno con preferencia a los demás, del que posiblemente ya haya hablado: se trataba de un gran hueco escondido bajo las inmensas raíces de un tejo venerable. A lo largo de los años habíamos moldeado y entretejido los arbustos y setos que crecían junto a ellas, de modo que formaban una robusta pared natural que protegía por completo el acceso a la oquedad, excepto por una pequeña abertura. También habíamos colocado varias losas sustraídas de alguno de los senderos empedrados, a modo de suelo. Todo el conjunto se encontraba además protegido por las frondosas copas de los árboles de hoja perenne de alrededor, de manera que incluso en lo más crudo del invierno aquel rincón permanecía relativamente seco y resguardado. Allí guardábamos de forma permanente algunos de nuestros tesoros, algo de comida, fruta sobre todo, además de una provisión de yesca y leña y un mechero de pedernal que nos permitía encender un pequeño fuego cuando resultaba imprescindible.

Una de aquellas frías tardes, cuando acudí al refugio como de costumbre, encontré que buena parte de los matorrales que lo tapaban habían sido arrancados de cuajo. En el interior nuestras cosas estaban desparramadas por doquier, algunas de ellas destrozadas. Faltaba casi toda la comida, y nuestra pequeña reserva de leña también yacía esparcida por el suelo. Cuando llegó Penélope aún no había conseguido empezar a poner un poco de orden en todo aquel desastre.

Pasamos la tarde discutiendo sobre quién podría ser el autor del destrozo y concluimos que con toda probabilidad se trataba del espía de los Severinos, el único monje de quien teníamos constancia de que se adentraba en los Jardines. Eso, claro está, suponiendo que el espía no fuese el recientemente fallecido Hermano Lactancio, hipótesis que me parecía poco probable. Quizás el monje había descubierto el escondite casualmente cuando se dirigía a una de sus citas secretas e, imaginando que se trataba de la obra de alguno de los novicios, pretendía darle así una lección. Pero, aunque le aseguré varias veces a Penélope que era imposible que el traidor supiera exactamente quién era el dueño de aquel escondrijo, lo cierto es que para mis adentros no estaba tan convencido como quería aparentar. A lo largo de toda aquella

semana anduve con el alma en vilo, en un estado de tensión casi continuo. Decidí concentrarme en estudiar cada uno de los gestos de mi principal sospechoso, el Hermano Lázaro, intentando averiguar si acertaba en mis suposiciones, pero al mismo tiempo tratando de extremar la prudencia para no darle ninguna pista que le permitiera relacionarme precisamente a mí con el escondrijo de los Jardines. En realidad, no creo que consiguiera más que confundirle con mi extraña y absurda conducta, y a punto estuvo aquello de costarme un disgusto.

—¿Te sucede algo, Polibio? He visto que me mirabas repetidamente... ¿Hay algo que quieras contarme? —me preguntó un día en que me comporté de modo especialmente torpe.

—No-no, Hermano... —murmuré sintiéndome descubierto —Yo no...

—¿Algo relacionado con tu amigo Beldo, quizás, o con nuestro querido Padre Jacinto?

Aunque creo que conseguí farfullar algo incomprensible, tuve la fortuna de que alguien atrajo en ese momento sobre sí la atención del Portero, que apenas me dirigió una última mirada de desprecio. Durante el resto de aquel día ni siquiera me atreví a volver a levantar la vista de mi pupitre.

A la semana siguiente, sin embargo, fue Penélope la primera en encontrarse con nuevos estragos. Esta vez, no sólo nuestro refugio, sino también una buena parte de la maleza circundante parecía haber sido maltratada. El destrozo parecía totalmente gratuito, sin motivación concreta, al menos que nosotros pudiéramos reconocer. Además, el autor del desaguisado había dejado un reguero de destrucción que se adentraba sin disimulo en la maleza y los setos próximos, dejando un rastro inconfundible del camino seguido tras su ataque.

—No creo que esto sea obra del Portero... -, le murmuré a Penélope con el ánimo encogido—. ¿Has visto esas ramas? Son gruesas como puños, y alguien las ha partido sin contemplaciones... Ha debido ser alguien muy, muy fuerte, mucho más que el Hermano Lázaro... —Y me vinieron a la mente los poderosos bíceps del Hermano Orosio. Esta vez, a lo largo de la semana, intenté vigilar al fornido encargado de la disciplina, pensando en que tal vez pudiera ser él también el espía de los Severinos. Pero tampoco obtuve ninguna pista concluyente. A lo largo de varios días, la Cruciflor y las llamas del infierno dieron paso en mis pesadillas a catastróficas visiones en las que los potentes brazos del Hermano Orosio destrozaban toda clase de objetos y arrancaban de cuajo uno por uno todos los árboles del Santuario, secuoya

incluida.

Por fin, el enigma se resolvió en mi siguiente visita a los Jardines. Acudí temprano, deseoso de comprobar si había vuelto a pasar lo mismo que las semanas precedentes. Esta vez también había claras huellas por todas partes aunque los destrozos eran mucho menores, tal vez porque no quedaba ya mucho que destrozar. Decidí seguir un rastro de trozos de fruta y de ramas rotas que se adentraba en el sendero. Apenas había avanzado unos pasos cuando escuché ruido de ramas que crujían, y pensando que era Penélope grité, llamándola por su nombre. Tan sólo un segundo después me di cuenta de mi error. En respuesta a mi grito, de entre la maleza, a unos cincuenta metros de mí en el otro extremo del sendero, surgió un ser gigantesco que nada más verme se alzó sobre sus patas traseras y emitió un profundo rugido, tras lo cual aporreó su pecho repetidamente con ambos puños. Era el viejo y enorme gorila de lomo gris del Zoológico.

Durante unos segundos ambos nos miramos. Había oído los rumores sobre las pretensiones del Padre Crisógono de deshacerse de los animales y sobre la fuga de algunos de ellos. Pero jamás se me había ocurrido siquiera que aquella bestia, que me amenazaba desafiante exhibiendo sus poderosos colmillos, pudiera haber ido a refugiarse precisamente en los Jardines.

El enorme animal cargó entonces contra mí a la carrera. Como me había sucedido en otras ocasiones similares, y contra todo lo que les exigía mi voluntad casi a gritos, mis piernas no se movieron ni un centímetro. Tuve la impresión de que la tierra temblaba mientras el gigantesco gorila plateado cubría los últimos metros que nos separaban, arrancando en su galopada plantas y hierbas y arrojándolas con furia hacia ambos lados. Sin embargo, milagrosamente, cuando ya me había convencido de que eran mis últimos instantes de vida, el gran macho frenó en seco su embestida y se detuvo justo enfrente de mí, completamente erguido y con el pelo erizado, a poco más de un metro de distancia.

Sentí al animal resoplar repetidamente sobre mi cabeza pero no me atreví a mirarle directamente a los ojos. Sus inmensos pectorales subían y bajaban, y pensé que en ese momento estaba decidiendo cuál sería mi futuro: si me aplastaría allí mismo con sus grandes manazas negras, aquellas manos velludas que me recordaban a otras, no tan enormes pero no por ello menos amenazadoras, o si por el contrario me dejaría vivir.

Mientras el gorila permanecía inmóvil ante mí me fijé, mirándole de reojo, en que parecía aún más delgado de lo que recordaba del Zoológico. De

hecho, había perdido mucho pelo y su piel estaba en gran parte recubierta de costras y manchas descoloridas. Seguramente había deambulado a lo largo de las últimas semanas por los Jardines, intentando buscar algún alimento. Y resultaba patente el escaso éxito que había tenido dicha búsqueda.

Ambos permanecimos inmóviles, uno frente al otro, durante varios minutos. A pesar del intenso frío de aquella tarde, el sudor me resbalaba copiosamente por la frente. Podía sentir cómo se iba acumulando sobre mis cejas y resbalaba luego hasta el extremo de mi nariz, pero no me atreví a hacer ningún movimiento para enjugármelo. Luego, por momentos, me pareció que su jadeo se iba tornando de amenazador en cansino, el agotado respirar de quien ya había consumido sus últimas reservas de agresividad y de energía. Finalmente, y de improviso, el viejo gorila se dejó caer con aire agotado sobre los nudillos de sus manos, dio media vuelta y se alejó lentamente.

Sólo entonces me di cuenta de que bajo mi hábito tenía la ropa empapada, y no únicamente por culpa de la intensa sudoración. No conozco lo suficiente sobre el comportamiento animal como para poder entender los motivos de la actitud del gran gorila en aquel extraño encuentro. Pero pienso que es posible que, al igual que la pequeña mona a la que amaba el Hermano Lactancio, esta criatura de aspecto casi humano albergase una mente primitiva, capaz también, a su modo, de sentir y hasta de razonar aunque de forma elemental. Se me ocurre que quizás el gorila, desde lejos y a causa de vestir idéntico hábito negro, me confundiera con su memoria del desaparecido Hermano Lactancio, a quien sin duda había odiado (suponiendo que los gorilas sean capaces de experimentar ese sentimiento tan humano) intensamente. Pero que una vez más cerca, comprobado su error, había decidido que no debía desperdiciar sus escasas fuerzas castigándome por una culpa ajena. En cualquier caso, mi vida estuvo en sus manos gigantescas durante aquellos largos minutos.

No volví a ver al viejo gorila. Durante varias semanas, Penélope y yo nos condujimos con suma prudencia en nuestros paseos por los Jardines, aunque mi amiga no estaba segura de si debía creer todo lo que le contaba acerca de mi encuentro con el extraordinario animal. Yo estaba muy inquieto, más alerta que nunca al menor de los ruidos, inseguro de si vería a la inmensa fiera saltar sobre nosotros en cualquier momento, arrepentida de la clemencia de que había hecho gala días atrás. Penélope sólo me creyó cuando, alrededor de un mes después, llegaron rumores a los barracones de la servidumbre de

que un hombre peludo y de aspecto monstruoso había sembrado el terror en el barrio de la Ciudad contiguo al recinto, hacia el Este. Según lo que mi amiga había oído, el monstruo había sido abatido finalmente por la Guardia del Patriarca después de una persecución por las calles y los tejados que fue tema de conversación por toda la Ciudad durante semanas. Supuse entonces que el gran macho, empujado por el hambre y el frío crecientes, había saltado la muralla y se había acercado a las casas más próximas. O quizás había escogido deliberadamente una muerte rápida, consciente, de algún modo, del lento languidecer que le aguardaba en los Jardines.

24. La máquina de música

Han sido varias las ocasiones en que he hecho mención a la melodía favorita de mi amigo Tiberio y a cómo cada nota de ésta ha permanecido perenne en mi memoria a través de los años. Sin embargo, en el fondo no tiene este recuerdo mérito alguno, y enseguida explicaré el motivo. Para ello debo remontarme a cierta ocasión, que no podría ubicar con exactitud en el tiempo, en la que mi tutor me recibió con la amplia sonrisa que desplegaba siempre que tenía algo nuevo que mostrarme.

—Acércate un momento, Polibio, te tengo preparada una sorpresa... —dijo sin dejar de sonreír—. ¿Has visto alguna vez discos como éstos? —Y me mostró un gran disco negro, de un material flexible y rayado con un gran número de surcos circulares concéntricos por ambas caras, que extrajo de un estuche cuadrado de cartón.

—Claro que sí, Padre —respondí de inmediato. En la Biblioteca había toda una sección en donde se amontonaban sin orden ni concierto miles de discos perfectamente redondos como aquél, muchos de ellos rotos en pedazos. Había discos de varias clases, muchos de ellos grandes y negros como el que me mostraba ahora mi tutor aunque la gran mayoría eran más pequeños y de color gris, y todos ellos tenían un agujero en su centro. Unos pocos conservaban aún estuches con textos y grabados que sugerían que estaban relacionados con músicas de diverso tipo, aunque la mayoría estaban escritos en idiomas desconocidos para mí. El Hermano Aurelio me aseguró haber leído que los discos contenían la propia música en su interior, aunque si era realmente así, algo de lo que él personalmente dudaba, hacía mucho que nadie sabía cómo extraerla.

El Padre Jacinto me hizo sujetar el disco un momento mientras rebuscaba entre sus cosas.

—Verás, hace poco encontré en un libro que nunca había visto antes

algunas referencias que me dieron la idea de cómo podrían haber sido usados antes del Castigo... Lo cierto es que no entiendo cómo es que no se me ocurrió antes...

Con aire de triunfo colocó sobre la mesa un extraño artilugio. Estaba compuesto de un pequeño brazo metálico, que a uno de sus extremos tenía adosada una fina aguja mientras que por el otro estaba rematado por un gran embudo de cartón. Me recordó a alguno de los viejos instrumentos que nos había enseñado el Hermano Anselmo. El Padre Jacinto montó el extraño aparato sobre un pequeño mecanismo giratorio al que a veces acoplaba los modelos planetarios. Al eje de aquel aparato, que podía hacerse girar mediante una manivela, había añadido una plataforma redonda de tamaño similar al de los propios discos negros. Por fin me pidió el disco y lo situó sobre la plataforma. Luego comenzó a accionar la manivela y con cuidado se dispuso a apoyar la aguja sobre el surco más exterior de la superficie del disco, que había comenzado a girar lentamente.

—Prepárate. ¡Ésta es la sorpresa! —exclamó con deleite casi infantil, y dejó caer finalmente la aguja sobre el disco.

El desconcierto que me embargó cuando el embudo de cartón empezó a emitir sonidos se transformó en estupor en cuanto mi tutor modificó el ritmo que imprimía a la manivela y los sonidos se tradujeron en voces humanas, débiles pero perfectamente reconocibles. Sólo después de algunos segundos pude darme cuenta con asombro de que las voces estaban cantando, y de que yo conocía aquella melodía. Se trataba sin duda de canto gregoriano, en concreto de uno de los Salmos preferidos del difunto Hermano Anselmo. Y cuando me tranquilicé pude comprobar que, efectivamente, a eso era a lo que hacía referencia el texto escrito sobre el estuche del que había extraído el disco.

El Padre Jacinto se detuvo y la música cesó al instante. Sonreía aún más ampliamente si cabe que antes.

—¡Tenías que haberte visto la cara! Aunque no creo que nadie en el Santuario, o incluso en toda la Ciudad, hubiera puesto una distinta a la tuya, muchacho... En fin, lamentablemente sólo funciona con los discos negros, que son los que tienen estos pequeños surcos. Para los otros no he conseguido averiguar aún cómo almacenan la música...

Cuando por fin pude articular palabra me sentí inundado por una avalancha de felicidad, de admiración sin límites por aquel hombre extraordinario.

—¡Es increíble! ¡Lo habéis conseguido! —exclamé presa del más exaltado alborozo —¡Habéis averiguado cómo extraer la música! ¡Tienen que saberlo todos! ¡El Padre Crisógono tiene que enterarse! ¡Sois el sabio más grande que ha existido nunca, y el Patriarca os llenará de honores!

El rostro del Padre Jacinto se fue ensombreciendo por momentos a medida que yo hablaba hasta que no pude hacer sino callarme, al darme cuenta de que su intención no era aquella en absoluto.

—No pensáis decírselo a nadie, ¿no es cierto? —pregunté al entender lo que su gesto significaba.

—No podemos decírselo a nadie, Polibio. ¿Crees acaso que los Severinos aprobarían esto? ¿No te das cuenta de que en su ignorancia lo considerarían como otra obra más del demonio? ¿Crees que valdría de algo que les explicara que cada disco almacena en un surco espiral una sucesión de pequeñas oscilaciones, que transmitidas por la aguja hasta el cartón se transforman en vibraciones del aire, es decir, en sonido? No, Polibio, no es posible. A lo sumo, despertaríamos en ellos un interés por algo que hasta ahora consideran tan sólo reliquias inútiles e inofensivas.

—Entonces, ¿qué vais a hacer con vuestro invento?

—Debo estar loco —meneó la cabeza con un gesto de desánimo—. O es eso, o es la edad que empieza a hacerme chochear, porque había pensado en diseñar algún dispositivo que permitiera amplificar el sonido para poder oírlo mejor. Pero creo que no lo haré. Sería demasiado peligroso. Incluso pienso que debería destruirlo...

Pero, fascinado por el aparato, finalmente logré convencer a mi maestro de que no lo hiciera, aunque me hizo jurar que jamás hablaría del invento ni se lo mostraría a nadie. Así pues, el extraordinario descubrimiento de mi tutor tuvo que permanecer en el más absoluto de los secretos. Pero eso no impidió que, de cuando en cuando, dedicase algún rato a rebuscar entre los discos de la Biblioteca y subiese al Observatorio, ocultos bajo el hábito para evitar despertar la curiosidad del Hermano Aurelio, los que estaban en mejor estado. El Padre Jacinto me permitió utilizar su invento pero sólo en el propio Observatorio, donde consideraba que era relativamente seguro dado que él y yo éramos los únicos que poníamos el pie en él durante meses. Incluso accedió a realizar una pequeña mejora, aplicando un mecanismo de cuerda extraído de un viejo reloj que permitía al aparato funcionar durante largo rato por sí solo.

De este modo pude escuchar con relativa comodidad, en ocasiones

claramente, a veces con más dificultad entre un ruido de fondo semejante a un chisporroteo, muchas clases distintas de música, o lo que en aquellos tiempos remotos se consideró como tal.

Aquellos días no podía evitar considerarme un privilegiado, seguro como estaba de que nadie sino yo, entre todos los que habitaban no ya el Santuario sino la propia Ciudad o incluso todo el Reino, había oído sonidos semejantes en muchísimo tiempo. Y me maravillaba de lo asombroso, casi diría que mágico, que resultaba el que pudieran llegar hasta mí melodías que otros seres humanos, hacía tantos años, habían interpretado ante algún aparato similar al de mi maestro, pero capaz de grabar en vez de reproducir, y poniendo todo su espíritu, todo su arte en dicho empeño. Quizás no debiera añadir que, una vez que me aseguré de que nadie había catalogado nunca aquel montón de objetos presuntamente inservibles, comencé a quedarme con algunos de los discos, los que más me agradaban, que guardaba en mi escondite particular: ocultos entre los bártulos amontonados en un rincón del Observatorio.

Y antes de dejar del todo de lado este asunto, quiero referir el episodio concreto cuyo recuerdo ha motivado toda esta larga digresión, un episodio que guarda una especial significación para mí. Un día, muchos meses, quizás incluso años, después del descubrimiento de mi maestro, estaba escuchando tranquilamente un grupo de discos que acababa de subir de la Biblioteca mientras resolvía unos problemas que mi tutor me había encargado. Al terminar un disco particularmente ruidoso lo cambié por otro que parecía en buen estado y me dispuse a seguir trabajando. Después de un par de melodías corales de bella polifonía, me quedé de pronto sin respiración al escuchar a mi amigo Tiberio tocando su música favorita, la que tanto Beldo como yo nos deteníamos siempre a escuchar. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no era en realidad Tiberio sino el disco. Y lo hice más bien por las sutiles pero apreciables diferencias entre la música que salía del aparato y la forma de interpretar de mi amigo, que por la lógica que me habría llevado a razonar que no había ningún motivo por el que Tiberio tuviera que subir hasta el Observatorio a tocar con su oboe.

Aquel sorprendente hallazgo me llenó de alegría, y fue a partir del examen del estuche que correspondía a aquel disco como averigüé, no inmediatamente pero sí algún tiempo después, el nombre del instrumento de mi amigo: el oboe. Aunque yo lo he denominado de este modo desde el principio de estas memorias, lo cierto es que nadie en el Santuario, ni aún el

propio Tiberio, lo conocía por este nombre. Se lo llamaba habitualmente “la extraña flauta de Tiberio”. En el estuche, la melodía tenía asignado un título que rezaba: “*Gabriel’s Oboe*”. De inmediato no me sugirió nada, se trataba tan sólo de un título incomprensible, como tantos otros. Pero más adelante pude comprobar que el sonido quejumbroso del instrumento de mi amigo aparecía en algunos otros discos en los que figuraba también la palabra “oboe”, y aquella feliz casualidad me permitió establecer la correlación.

Desde entonces, aquel disco me ha acompañado siempre. Durante un tiempo me sentí culpable por no revelar a Tiberio lo que sabía, no sólo el nombre de su maravilloso instrumento sino el de la propia melodía que mi amigo había hecho suya. Fueron muchas las ocasiones en que resolví hacerlo, pese a la prohibición de mi maestro, pero finalmente nunca me decidí a compartir con él mi secreto ni tampoco mis ratos de deleite con la música contenida en aquellos discos misteriosos, que sé que le habría gustado. Pero casi es mejor así. Para mí, esa melodía será siempre la música no de ese desconocido Gabriel, sino de mi amigo Tiberio, la que me permite recordarle ahora tal como era cuando daba lo mejor de sí mismo. La misma música que tanto me gusta escuchar y que hoy, gracias a un pequeño invento mío, una insignificante mejora a la idea genial de mi maestro, puedo oír a un volumen razonable incluso desde el otro extremo de la habitación en que descanso. Aunque debo reconocer que el estado del disco negro no es ni la sombra del que era entonces y el sonido del oboe (¿es, o no es el de Tiberio?) me llega cada vez más perdido entre un fondo de ruidos y chasquidos. Intento creer que se trata realmente del rugido del mar y de los graznidos de las gaviotas, e imagino a mi amigo sobre el acantilado, tocando para mí, para sí mismo, para el mundo entero.

25. En el Observatorio

A finales de aquel invierno, cuando la mejoría del tiempo comenzó a hacerse evidente y apenas empezaban a abrirse las carreteras que comunicaban con las Provincias, mi maestro me comunicó que iba a ausentarse por espacio de al menos dos semanas. Quería ver de nuevo a un antiguo amigo que vivía a dos o tres jornadas de la Ciudad hacia el Sur, cerca de la vieja capital de La Mancha, y consultar unos libros de su biblioteca particular.

—De hecho, mi idea es copiarlos casi página a página. Aunque te sorprenda, mi amigo tiene al menos media docena de volúmenes únicos —me explicó al ver mi expresión de sorpresa, incapaz de creer que existiesen títulos de los que la Biblioteca del Santuario no contuviese ejemplar alguno—. Mientras tanto, no hay nada que impida que continúes tú mismo con el programa de observaciones. De hecho, me gustaría que adelantases todo el trabajo posible, incluso pienso que podrías trasladarte y dormir aquí mismo... Hay mucho por hacer, y te resultaría más cómodo que volver a tu celda en mitad de la noche... —efectivamente, acabábamos de montar de nuevo el Telescopio, casi con una semana de retraso sobre la fecha que habíamos previsto inicialmente.

—¿Y por qué no me lleváis con vos, Padre? —pregunté sin verdadera esperanza. El astrónomo se sonrió, y comprendí que ésa era precisamente la pregunta que había estado esperando.

—Ya habrá tiempo para que salgas del Santuario, Polibio. Quizás el próximo verano, después de tu Iniciación, puedas acompañarme a alguna parte de la Ciudad. Aunque, naturalmente, debemos contar antes con la aprobación del Padre Crisógono. Pero por el momento, te necesito aquí... Y es importante que no te olvides de cerrar la puerta del Observatorio con llave cuando tengas que salir. En realidad, creo que será mejor que cierres también

cuando estés dentro, nunca se sabe... —dijo mientras me entregaba solemnemente un viejo juego de llaves oxidadas, mucho menos imponente que el del Hermano Lázaro.

Tuve que resignarme por tanto a permanecer en el Santuario, aunque la novedad de quedarme yo solo a cargo del Observatorio compensó en parte esa decepción. Cuando el Padre Jacinto partió por fin un viernes por la mañana, lo primero que hice fue bajar a ver a Beldo y enseñarle, orgulloso, el juego de llaves que me había confiado el astrónomo.

—¡Tienes ante ti al nuevo dueño y señor del Observatorio! —exclamé, alborozado como un crío pequeño.

—Muy bien, Polibio —rezongó Beldo sin levantar la vista de sus notas. A lo largo de los últimos meses, poco a poco, mi amigo parecía haber encontrado la paz y, aunque solía mostrarse algo más taciturno y reservado que antes, a veces me daba la impresión de que había vuelto a ser el mismo —. Ahora déjame tranquilo, ¿quieres? Estoy concentrado intentando entender esta reacción química...

Ante la falta de interés de Beldo me dirigí a la Capilla, en donde Tiberio ensayaba con su oboe. Pero mi jefe de celda no pareció más impresionado. Apenas se tomó unos instantes para dejar constancia de la desconfianza que sentía hacia todo lo que rodeaba a mi maestro.

—¡Estupendo, Polibio! Seguro que dentro de veinte o treinta años correrán toda clase de rumores extraños también sobre ti, igual que lo hacen hoy sobre ese sabio loco... —exclamó irónico, y retomó sus ensayos.

Fastidiado por la falta de interés de mis compañeros de celda, apenas si pude esperar hasta el domingo para contarle mis noticias a Penélope, mi última esperanza de reconocimiento. Ella, por el contrario y para satisfacción mía, sí que las aplaudió, aunque no exactamente de la forma que yo hubiera querido.

—¡Es estupendo, Polibio! —exclamó, levantándose del rincón en que nos habíamos acurrucado y poniéndose a brincar de alborozo —¡Ahora sí que podrás llevarme para que pueda mirar por fin por tu Telescopio!

Aquella frase tuvo la virtud de echar un jarro de agua fría sobre mi ánimo, y por un momento pensé que hubiera sido mucho mejor que mi amiga hubiese mostrado el mismo desinterés que mis compañeros de celda. Penélope advirtió de inmediato mi gesto reticente y reaccionó con irritación.

—¿Acaso no te das cuenta de lo importante que es para mí, Polibio? ¡Tenemos que aprovechar esta ocasión! ¡Puede que jamás vuelva a

presentarse otra!

Aquél fue sólo el primero de una larga serie de argumentos. De hecho, estuvimos toda la tarde discutiendo el asunto. Sin embargo, y a pesar de mis esfuerzos, Penélope parecía completamente incapaz de entender mis reticencias.

—¡Para empezar, el Telescopio no es mío! Y además, ¿cómo crees que vas a poder atravesar el Santuario? ¿Por enmedio de todo el mundo? ¡Es evidente que eres una chica! ¡Es imposible llevarte hasta allá arriba sin que nadie te vea! ¡Créeme! ¡No hay forma de conseguirlo! Si la hubiera, te aseguro que te llevaría...

—¡Claro que la hay! —exclamó Penélope repentinamente radiante, al darse cuenta, casi a la vez que lo hacía yo mismo, de que había cometido un error—. ¡Es muy sencillo! Seguro que puedes conseguirme un hábito como el tuyo. O, casi mejor, que sea un poco más grande para que no se me vean los pies descalzos... Y siempre me has dicho que todos los monjes mayores que tú asisten al Sacrificio ése cuando nos vemos los domingos, ¿no es verdad?

Asentí con cautela, adivinando que Penélope estaba a punto de dejarme sin argumentos.

—¡Pues ya está! No creo que ninguno de tus compañeros se atreva a molestar al ayudante del misterioso Padre Jacinto ni al novicio que le acompaña, mientras se dirigen decididos al Observatorio con las capuchas echadas, ¿no?

No me quedó más remedio que coincidir con ella. Después de todo, la idea no parecía completamente descabellada. Sabía que de no estar fuera el Padre Jacinto jamás me hubiera atrevido a algo así, por miedo a que a consecuencia de cualquier imprevisto pudiera abandonar el Sacrificio (aunque nunca había oído que algo así hubiese sucedido antes) y presentarse en el Observatorio por sorpresa. Sin embargo, tal como estaban las cosas, todas las probabilidades iban a favor de que sucediera tal como Penélope había predicho. Aún así, intenté una última excusa.

—De todos modos, no creas que va a poder verse nada extraordinario... En realidad, estoy seguro de que se alcanza a ver menos que desde la torre de la muralla... Están los demás edificios de alrededor, las colinas, todos estos árboles... Y además, no sé si te lo había dicho antes, pero el Telescopio invierte las imágenes: todo se vería cabeza abajo... —murmuré, enrojeciendo ligeramente porque en realidad ya sabía cómo solucionar aquel problema.

Penélope se echó a reír. Parecía de muy buen humor.

—¡Pues hacemos el pino mientras miramos! ¡Así! —exclamó al tiempo que me hacía una demostración, apoyando las manos en el suelo y elevando su cuerpo en un gesto enérgico y lleno de gracia. Se mantuvo así unos instantes, mientras sus ropas resbalaban poniendo al descubierto sus largas piernas morenas. Incluso llegué a atisbar una mata de vello oscuro y unas nalgas redondeadas e insólitamente claras, de un tono muy distinto a la tez del resto de su cuerpo. Por algún motivo aquella súbita visión me aturdió y me encontré de pronto desarmado, sin más obstáculos que oponer a la obstinación de mi amiga. Asentí finalmente con un gesto de derrota.

—¡Estas diciendo que sí! —exclamó Penélope recuperando la verticalidad, todavía incrédula. Y me abrazó con fuerza, cubriéndome la cara de besos. No me atreví a decirle que, si hubiera empezado por ahí, probablemente no hubiésemos tenido que discutir durante tanto rato.

A lo largo de la semana me esforcé en seguir lo más fielmente que pude el programa de observaciones que había planificado mi maestro. Y sin saber muy bien por qué, me sentí también en la obligación de poner un poco de orden en los destartalados dominios de mi mentor. Recogí sus papeles desperdigados sobre la mesa y ordené un poco, o al menos me convencí de que lo hacía, los mil y un cachivaches que se amontonaban unos sobre otros a cada lado de la sala. Incluso traté de sacudir el polvo con un viejo trapo, hasta que una densa nube de color ocre, curiosamente parecida a las fumaradas que el propio astrónomo producía sin cesar con su pipa, invadió por completo la estancia obligándome a abrir las ventanas a pesar del frío de exterior, para que entrase un poco de aire limpio. Aún así, tardé casi una hora en dejar de toser.

También localicé en la Biblioteca un plano de la Ciudad, y en las horas de luz me dediqué a comprobar que, pese a lo que le había dicho a Penélope, sobre muchos de los edificios importantes el Telescopio podía enfocarse sin problemas. Y aunque la panorámica no resultaba tan despejada como la que recordaba desde el ventanal del torreón, sólo la parte norte de la Ciudad quedaba en realidad completamente oculta tras las colinas. Finalmente busqué, hasta lograr dar con ellos (pues nunca antes había tenido que usarlos), los prismas correctores que permitían enderezar la imagen en el ocular del instrumento y hacer así más cómoda la visión terrestre. Aunque debo reconocer que por un momento pensé en lo sugestivo que resultaría no

hacer uso de ellos, si así lograba que Penélope permaneciera haciendo el pino ante mí mientras durase la observación.

Por último, el domingo por la mañana, nada más abandonar mis compañeros la celda en dirección a la Capilla, tomé prestado el hábito de repuesto de Beldo y corrí hacia la acequia. Casi me dio un vuelco el corazón cuando Penélope apareció por sorpresa en la misma boca del túnel, justo tras la reja rota, rebosando impaciencia.

—¡Sólo soy yo, tonto! —exclamó divertida al comprobar que verdaderamente me había asustado.

—¿Estás loca? ¿Quieres que te vean todos?

La conminé a que se pusiera cuanto antes el hábito sobre su viejo vestido y ella lo hizo sin rechistar. Luego se recogió el pelo hacia atrás, sujetádoselo con una larga tira de tela, y finalmente se echó la capucha por encima. Tuve que reconocer que parecía un novicio como cualquier otro. Lo poco que se adivinaba de su rostro de muchacha no difería en exceso del de muchos de mis compañeros, la mayoría todavía imberbes como yo mismo, aunque le faltaba el volumen de Beldo para rellenar todo lo que podía llegar a caber bajo aquel amplísimo hábito.

—Bien, ahora junta las manos y mételas dentro de las mangas. Camina como yo, y sígueme sin decir nada a nadie, ¿de acuerdo? Sobre todo, no digas nada...

El extraño novicio asintió frente a mí. No podía verle los ojos y por un momento me asaltó la extraña sensación de que no se trataba de Penélope en realidad, sino de un auténtico monje recién llegado al Santuario, como los que a veces venían a pasar un tiempo con nosotros procedentes de otras casas de la Orden.

Atravesamos el patio desierto, barrido por un viento frío que azotaba con fiereza los pliegues de los hábitos. Se me ocurrió que en cualquier momento podía venir una ráfaga particularmente violenta y levantar por los aires el amplio hábito de Penélope, revelando ante todos el sexo de mi amiga y descubriendo (y haciendo fracasar por tanto) nuestro plan. Pero nadie aparte de mí hubiera sido testigo de aquel espectáculo, ya que a aquellas horas la mayoría de novicios no iniciados estaban en sus celdas, al abrigo de sus braseros. Aún así, agradecí el momento en el que traspasamos la puerta que daba acceso al edificio principal.

Todo parecía ir bien cuando, al pasar frente a la Biblioteca, justo cuando comenzábamos a ascender por la escalinata, se abrió la gran puerta

súbitamente. Me volví sin pensar, a tiempo de ver cómo aparecía Eutimio por la puerta. Penélope, la cabeza completamente cubierta, no se dio cuenta en el momento y sólo se detuvo varios escalones más arriba. En ese instante fue cuando me di cuenta de que yo no me había puesto la capucha.

—¡Eh, Polibio! —exclamó el antiguo lugarteniente del Ofidio al reconocermelo —¿Ya te vas a tu guarida en las alturas? ¿Qué te traes entre manos con ese viejo chiflado? —Se calló de repente, al ver de pronto a la otra figura con hábito negro, inmóvil sobre la escalera.

—¡Disculpe, Padre...! —murmuró Eutimio, palideciendo de forma ostensible. Antes de que pudiera responderle volvió apresuradamente sobre sus pasos farfullando algunas palabras más y cerró tras de sí nuevamente la puerta de la Biblioteca.

Por un momento me quedé paralizado, sin lograr comprender lo que había sucedido, mientras tenía la sensación de que la estatua del Santo de Hipona frente a la puerta me observaba con aire burlón desde su pedestal. Tardé unos instantes en darme cuenta de que la confusión de Eutimio y su súbita retirada se debían a que había confundido a mi amiga con la menuda figura del astrónomo. Eutimio probablemente ignoraba que el Padre Jacinto no se encontraba en esos momentos en el Santuario, y en su azoramiento no había caído en lo poco probable que era que el anciano astrónomo se hubiese ausentado del Sacrificio. En cierto modo, había sido la propia fama de excéntrico e incluso de peligroso del director del Observatorio la que nos había salvado a Penélope y a mí de ser descubiertos por el antiguo asistente del Ofidio.

Subimos el resto de los tramos de escalera en silencio, aunque al tocar levemente el brazo de mi amiga para indicarle que se apresurase tuve la sensación, incluso a través del grueso tejido del hábito, de que temblaba ligeramente. Pero también es posible que quien temblase fuera yo.

Pasamos toda la mañana en el Observatorio. En cuanto se echó la capucha hacia atrás y pude observar la cara de fascinación con que miraba todo lo que había a su alrededor, supe que había merecido la pena arriesgarse. Pero cuando intenté explicarle cómo funcionaba uno de los modelos me interrumpió impaciente.

—¿Dónde está el Telescopio mágico? ¡Enséñamelo!

—Bien, pero... ¡cierra los ojos! ¡Yo te avisaré cuando tengas que abrirlos!

Accedió sin rechistar, y la conduje de la mano y con paso solemne, por la escalera de caracol metálica y hasta la cúpula. Cuando, a mi señal, mi amiga abrió de nuevo los ojos, su gesto fue más de asombro y respeto que de complacencia.

—Es... ¡Es enorme! —exclamó.

Coloqué la plataforma con la escalera en su sitio y le pedí a Penélope que aguardase mientras subía los peldaños y manipulaba los controles del Telescopio. Instalé los prismas y el ocular apropiados y enfoqué el pequeño telescopio auxiliar, el denominado buscador, sobre mi objetivo previsto: uno de los edificios más lejanos y elevados casi en la misma línea del horizonte. Luego le hice una seña a mi amiga para que subiese también ella y le cedí mi sitio. Cuando Penélope acercó el ojo al ocular casi dio un respingo. Se apartó, comprobó que el edificio seguía igual de lejano que antes y volvió a mirar con el asombro dibujado en el rostro.

—¿Y dices que esto no es magia?

—No, Penélope. Es Ciencia. No hay nada mágico ni misterioso aquí. De hecho, podría explicarte cómo funciona con unos simples dibujos...

Pero mi amiga no me hizo caso y siguió mirando durante un buen rato sin hacer más comentarios.

A lo largo de la mañana, con la ayuda del mapa de la Ciudad que había conseguido en la Biblioteca, fuimos haciendo girar la cúpula y enfocando, uno tras otro, los edificios principales de la Ciudad: las bellas tejas doradas de las cúpulas de la Basílica y hasta casi el gesto de cada uno de los santos de piedra que las coronaban; la esbelta silueta del Junco, en el extremo de la Ciudadela; los refulgentes palacios de los aristócratas a su alrededor, repletos de guardias armados con ballestas que vigilaban desde las almenas; y los restos de las otrora orgullosas torres de la Ciudad más a lo lejos, edificios absurdos de veinte y treinta plantas, los vestigios, abandonados en su mayoría (aunque no del todo, porque de algunos balcones colgaban telas a modo de estandartes), de tiempos tan remotos como ajenos. En cierto momento pudimos ver con claridad una figura con vestimenta dorada, asomada a los ventanales del piso más elevado del Junco.

—¿Crees que será el propio Patriarca? —me preguntó Penélope con un deleite casi infantil, sin apartar el ojo del ocular.

—Es muy posible —contesté sólo por complacerla.

Penélope no parecía cansarse nunca y fue finalmente una ligera lluvia la que nos obligó a cerrar la abertura de la cúpula y a dar por terminada la observación. Mi amiga estaba radiante y yo me sentía feliz de verla así. Decidí que no podía perder la ocasión de impresionarla nuevamente y, después de colocar la cámara oscura de mi maestro en un sitio apropiado, le rogué que se situara frente a ella. Aunque me costó convencerla de que permaneciera inmóvil, por fin pude trazar sus rasgos sobre el papel y me sorprendió mientras los dibujaba, como una revelación, la increíble perfección de cada uno de ellos. Era algo en lo que no tenía la sensación de haberme fijado nunca antes pero en aquel momento, a medida que trazaba la curva de su mentón, la línea de la nariz o el reborde de sus labios, me parecía absolutamente evidente.

Finalmente, cuando Penélope estaba a punto de perder la paciencia, le alargué el resultado de mi trabajo. Un gesto de asombro se desplegó en su rostro casi al instante.

—¡No puedes seguir negándolo, Polibio! ¡Eres un mago! —exclamó con los ojos muy abiertos. Entonces caí en la cuenta de que probablemente Penélope no sabía siquiera lo que era un retrato y le hablé de la Pinacoteca y de cómo mi humilde dibujo no tenía parangón posible con las habilidades artísticas del Hermano Lucas. Pero Penélope me miró durante toda esa explicación con un extraño y nuevo respeto que no me resultó en absoluto desagradable.

—Si algún día tuvieras que abandonar el Santuario podrías ganarte la vida haciendo estos dibujos... Estoy segura de que la gente pagaría por tener dibujos así de sus mujeres o amantes, de sus hijos, de sus seres queridos... ¡Ganaríamos mucho dinero! —comentó todavía con un tono de admiración.

—¡Qué tontería! —exclamé algo azorado—. Y, además, ¿para qué voy a querer dejar el Santuario? —pregunté encogiéndome de hombros y sin prestar excesiva atención a la peculiar expresión que por un momento me pareció vislumbrar en el rostro de mi amiga. Por el contrario, presa ya por completo de la satisfacción que siempre produce el deslumbrar a alguien cuya aprobación nos parece importante, me decidí a mostrarle también el invento del Padre Jacinto que permitía extraer la música contenida en los discos negros. En realidad, en aquel instante feliz le hubiera revelado uno a uno todos mis secretos, le hubiera abierto sin reservas hasta el más pequeño rincón de mi alma.

Aunque por entonces no había hallado todavía el disco con la música

favorita de Tiberio, sí que había tenido ocasión de subir varios de aquellos viejos objetos al Observatorio y de probarlos uno a uno. Escogí el que más me había gustado y lo coloqué sobre la máquina giratoria mientras Penélope me observaba con extrañeza.

Esta vez su gesto no fue ya de sorpresa, sino de auténtico terror al escuchar las voces humanas perfectamente reconocibles que salían de aquel raro aparato, como si estuviera poseído por alguna clase de espíritu maligno. Me tomó cierto tiempo tranquilizarla pero al final su curiosidad innata pudo más que su prevención y no se resignó a dejar de oír ni uno solo de los discos. Uno de ellos en concreto parecía contener una extraña clase de música, más rítmica y animada que la de los demás.

—¡Ven conmigo! —exclamó Penélope en cuanto comenzó a sonar—. ¡Haremos como cuando celebramos la fiesta de San Juan en los barracones! Entonces las mujeres mayores cantan y dan palmas y todas las demás bailamos como locas alrededor de una enorme hoguera... —y tiró de mi mano sacándome al centro del hueco libre de en medio de la sala.

Sin soltarme la mano con que me tenía cogido, me hizo apoyar la otra en su cadera mientras ella colocaba la suya libre sobre mi hombro. Pude notar una suave forma curva bajo el hábito de Beldo, cálida incluso a través de la tela, y sin saber por qué comencé a ruborizarme. Pero Penélope no pareció darse cuenta y comenzó a moverse al ritmo de la música, arrastrándome consigo. Durante unos segundos me esforcé en seguirla sin conseguir apartar la vista de su rostro radiante desbordante de alegría, de sus mejillas encendidas, ni de sus ojos refulgentes como estrellas fugaces. Estábamos tan próximos que por un momento me sentí envuelto por el halo mágico de sus alborotados rizos morenos. Sin embargo, en aquel exiguo espacio no había apenas sitio para nuestras evoluciones y pronto tropezamos con el catre del astrónomo. Caímos sobre él, uno junto al otro, ambos envueltos en nuestros hábitos de novicio, entre carcajadas de la más genuina alegría y durante unos momentos me sentí invadido por una extraordinaria sensación de plenitud, convencido de que aquél era sin duda el momento más dichoso de toda mi vida.

—¡Tengo una idea! —exclamé incorporándome cuando ambos recuperamos el aliento—. ¿Por qué no te quedas aquí unos días, en el Observatorio? Nadie viene nunca por aquí arriba, aparte de mí. Y del Padre

Jacinto, claro... Pero él no va a regresar hasta la semana que viene. Yo podría subirte algo de comida después de Vísperas, cuando vuelva para hacer las observaciones en cuanto cese la lluvia, y me quedaría contigo toda la noche... ¡Así podría enseñarte cómo hago mi trabajo! ¡Te mostraría los planetas y las nebulosas principales...! ¡Podrías ver la superficie de la Luna como si estuvieras allí mismo!

Penélope sonrió afectuosamente ante mi despliegue de entusiasmo.

—Mi pequeño sabio... ¿Cómo puede atraerte tanto algo que está tan lejos? —murmuró mientras se sentaba a mi lado y me rozaba ligeramente la mejilla con su mano tibia, haciéndome estremecer por un instante—. Nada me gustaría más, de veras... Pero no puedo, Polibio. Yo tengo que estar de vuelta esta misma noche en los barracones...

Ante la súbita transformación de mi entusiasmo en decepción mi amiga me palmeó el rostro con cariño.

—¡Eh, no te preocupes, ya encontraremos otra ocasión! Este Observatorio es un sitio verdaderamente maravilloso: aparatos que permiten que te acerques a las cosas más lejanas, cajas que hacen aparecer tu cara sobre un papel o que pueden producir voces y música a partir de un simple disco negro... ¡No me extraña que te resulte fascinante, Polibio, y que no desees abandonarlo nunca...! —Una sombra pareció que le nublaba los ojos y apartó de mí sus ojos negros—. En realidad, no sé cómo encuentras tiempo o ganas siquiera para bajar a verme a los Jardines... Al lado de todo esto yo no puedo ofrecerte nada: tan sólo soy una simple sirvienta, y eso es lo único que seré...

—Me encanta tu compañía, Penélope... —la tomé de la mano intentando animarla—. ¡Siempre me ha encantado! Eres... la amiga más maravillosa que nadie podría desear, y siempre podrás contar conmigo...

Penélope siguió eludiendo mi mirada, pero después de unos instantes se decidió a insistir.

—Pero... ¿y la Ciudad, Polibio? Los edificios, las calles, las gentes... todo eso que hemos visto antes con tu Telescopio... ¿No te gustaría conocer todo eso? ¡Hay tantas cosas que descubrir ahí afuera, al otro lado del muro...!

La miré incapaz de comprenderla del todo, de entender su permanente insatisfacción. Sabía que siempre había demostrado una gran curiosidad por el exterior. Pero ya había podido contemplar el exterior desde lo alto del torreón de la muralla, y yo mismo le había brindado la posibilidad, con un gran riesgo por mi parte, de ver de cerca algunas de las maravillas de la Ciudad, de un modo en el que jamás nadie lo había hecho antes. ¿Qué más

pretendía mi amiga? ¿Por qué no le bastaba con aquello?

—No sé... —repliqué, confuso—. ¿Qué crees que hago yo aquí? También yo deseo descubrir muchas cosas... ¡Hay mucho que descubrir aquí adentro...! Está la Biblioteca, que contiene todos los libros que se han escrito nunca, y luego, ¡la posibilidad de descubrir el propio Universo! Y eso, de la mano del hombre más sabio de la Tierra... ¿No te parece un privilegio extraordinario?

Penélope me miró de un modo extraño.

—¿Y yo, Polibio? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Qué crees tú que hago yo aquí, en el Santuario? -, pero se detuvo al ver mi gesto de absoluta incompreensión y rompió a llorar.

Y a pesar de que no lograba entenderla, no me sentí capaz sino de abrazarla y acariciarle suavemente los rizos morenos durante lo que me pareció el resto de la tarde, hasta que los sollozos se fueron apagando y ambos nos quedamos medio dormidos, acurrucados uno contra el otro.

Nada más tendría que añadir a todo esto si no fuese por el extraño episodio que sucedió precisamente esa misma noche, después de que acompañé a Penélope de regreso a los Jardines. Me encontraba en la cúpula, con la gruesa pelliza que solía ponerme sobre el hábito en las noches más frías. Tenía además las manos enguantadas y la capucha echada sobre la cabeza. Intentaba observar un interesante cúmulo en el que, aparentemente, había surgido una nueva estrella varios meses atrás, poco antes de que hubiéramos tenido que interrumpir las sesiones a causa del frío. Sin embargo, con frecuencia me distraía y me descubría pensando en mi amiga, recordando su risa diáfana y su mirada radiante. En cierto momento me encontré sonriendo yo mismo como un idiota y me reocriminé severamente, consciente de que, de seguir así, no terminaría la observación hasta bien entrada la madrugada. Era ya más de medianoche y hacía varias horas que el resto del Santuario dormía.

De pronto, me pareció oír un ruido sordo procedente de la sala. No estaba muy seguro de lo que había escuchado, ni tan siquiera de si había oído algo realmente, así que me eché hacia atrás la capucha y durante unos segundos contuve la respiración. Cuando empezaba a creer que todo había sido fruto de mi imaginación, el ruido se repitió. Esta vez lo reconocí: era el estrépito producido por un grupo de libros al caer al suelo. Por un momento no supe cómo reaccionar.

—¿Maestro? ¿Sois vos? —me decidí por fin a preguntar en voz alta, mientras tomaba la lámpara que había dejado cubierta sobre la mesita y me aproximaba a la escalera.

Oí entonces un repentino rumor de pasos apresurados y yo mismo bajé lo más deprisa que pude, con el pulso acelerado aunque resuelto a averiguar quién era el intruso. Pero al llegar al piso de abajo apenas si pude distinguir, medio perdida en las tinieblas del otro extremo de la sala a las que no alcanzaba mi pequeña lámpara, una figura oscura que atravesaba la puerta y desaparecía velozmente. Estuve a punto de tropezar con un montón de libros desparramados por el suelo, que alguien había arrojado desde una de las estanterías. Quienquiera que fuese parecía haberlo hecho con verdadero enojo, pues habían ido a parar a más de dos metros de su emplazamiento original. Los recogí como pude, comprobando que ninguno había sufrido daños apreciables mientras me increpaba una y otra vez, seguro de haber olvidado la recomendación de mi tutor de cerrar el Observatorio con llave, y me preguntaba cómo había podido ser tan estúpido y confiado. Luego me acerqué hasta el pasillo con más miedo que cautela, pero para entonces allí ya no había nadie. Cerré pues la puerta, esta vez con llave, y me alegré inmensamente de que no se hubiera quedado Penélope a pasar la noche, tal como yo le había propuesto. Finalmente, después de asegurar la abertura de la cúpula y de recoger todo el material, me dispuse a dormir. Antes, sin embargo, apilé varios bultos contra la puerta, los más pesados que pude acarrear, por si acaso. Pero a pesar de la cerradura y de la pequeña barricada no conseguí pegar ojo en toda la noche.

Cuando el Padre Jacinto regresó, cuatro o cinco días después, no me atreví a contarle lo sucedido. Al fin y al cabo, nada había desaparecido ni sufrido daños visibles, y lo único que podía ganarme era una reprimenda severa por no haber atendido a sus recomendaciones. En cuanto a la extraña figura, apenas si pude conjeturar sobre a quién pertenecía. Sin duda se trataba de un miembro de la Orden y, en principio, tenía motivos para sospechar que podría tratarse del mismo monje traidor al que había visto entrevistarse con el severino en el torreón de la muralla, hacía ya más de un año. Después de todo, aquel espía parecía haber tenido como misión seguir los pasos de mi maestro y eso era lo que parecía haber estado haciendo el escurridizo intruso del Observatorio. Sin embargo, había algo que no concordaba. Después de rememorar todos los detalles de la fugaz visión concluí que no me había parecido demasiado alto ni fornido. Eso me permitía descartar como mucho a

media docena de integrantes de la Comunidad, incluyendo al Hermano Ulpiano o al Hermano Orosio. Pensé enseguida en el Dientes, mi sospechoso favorito, pero el intruso se había movido con rapidez felina, incluso mayor que la que había exhibido el monje del torreón, y estaba seguro de que la cojera del Portero le hubiera impedido algo semejante. De hecho, pronto me convencí de que debía tratarse de alguien mucho más joven, lo suficientemente ágil como para huir a la carrera. Y eso, por extraño que fuese, parecía apuntar a alguno de los novicios, posiblemente de la edad de Tiberio o de Beldo.

Finalmente, incapaz de llegar a ninguna otra conclusión, opté por dejar de preocuparme de momento por el asunto. Quienquiera que fuese el intruso, sin duda no se atrevería a volver a intentar subir al Observatorio ahora que el Padre Jacinto estaba de regreso.

26. El descubrimiento de Tiberio

A pesar de la promesa del Padre Jacinto de que me llevaría consigo en algunas de sus salidas al exterior del Santuario, fue sin embargo Tiberio, mi jefe de celda, quien me proporcionó por primera vez una idea concreta y real, basada en información de primera mano, de lo que había más allá de la muralla. En cuanto a él mismo, aquella primera experiencia en el mundo exterior supuso el descubrimiento más trascendente de su vida, si dejamos a un lado el de la propia música. Y, junto con todo lo que trajo después, probablemente fue lo que más le afectó en todo el tiempo transcurrido desde que le conocí.

Sucedió a raíz de la visita de Su Santidad el Megaobispo al Santuario con motivo del Capítulo General de la Orden. Se trataba de un acontecimiento verdaderamente excepcional, del que sólo fui testigo dos veces mientras permanecí allí como novicio y que convocaba durante varios días a las casi dos decenas de superiores y priores Agustinos de las distintas partes del Reino. Después de la larga reunión que clausuró el Capítulo, el Padre Crisógono invitó al Megaobispo a asistir, junto al resto de la Comunidad y debidamente escoltado por su séquito, a la celebración de las Vísperas al caer el sol. Y, como de costumbre, Tiberio interpretó, desde el estrado junto al Coro al que solía subirse durante los Oficios a fin de lograr una mejor acústica, alguna de las bellas y sugerentes melodías con que solía deleitarnos a diario. Además, y a sugerencia del propio Superior, el novicio que le acompañaba torpemente al órgano desde el fallecimiento del Padre Anselmo se abstuvo de hacerlo aquella tarde, con lo que el talento de mi amigo pudo desplegarse en toda su magnitud.

Sin duda Tiberio estuvo en aquella ocasión especialmente inspirado. Recuerdo cómo se me erizó el cabello mientras el Padre Crisógono recitaba la última antífona entre los sonidos casi etéreos del instrumento de mi amigo. Al

finalizar la liturgia Su Santidad, con los ojos aún llorosos por la emoción, cruzó unas breves palabras con el Superior mientras ambos lanzaban repetidas miradas hacia el joven novicio que recogía su instrumento en el estuche, cerca del altar. El Padre Crisógono parecía rebosar satisfacción por todos sus poros mientras se inclinaba a besar el anillo de oro y esmeraldas del primer jerarca de la Iglesia, que poco después desaparecía seguido de su comitiva.

Unos días después Ambrosio, uno de los novicios mayores que desde hacía casi un año ejercía como secretario personal del Padre Crisógono, vino a nuestra celda en busca de mi compañero.

—¡Vamos, Tiberio! ¡El Superior quiere verte! —exclamó jovialmente por todo saludo. Ambrosio mantenía una buena relación con mi amigo, consciente del papel de excepción que su talento le otorgaba en la Comunidad, pero solía ignorarnos a casi todos los demás novicios. —¡Venga, apresúrate! ¡Ya verás qué sorpresa te espera!

Después de unos minutos que a Beldo y mí se nos hicieron eternos Tiberio regresó a la celda. Los ojos le brillaban y apenas se hizo de rogar para darnos detalle.

—¡No os lo podéis imaginar! ¡El Megaobispo quiere que vaya a tocar para él mañana en su palacio! Bueno, la verdad es que no sé si será en el Megapalacio o en la misma Basílica... ¡Pero es increíble! ¡Voy a codearme con la aristocracia, muchachos!

Beldo miraba a su amigo con orgullo, pero a mí me asaltó una punzada de envidia ante la buena estrella de mi jefe de celda. A pesar de las promesas del Padre Jacinto, lo cierto era que no había vuelto a presentármese ocasión alguna para salir del Santuario. De hecho, ninguno de los tres habíamos traspasado nunca los muros del que era nuestro hogar, después de nuestro ingreso en él como oblatos. Nuestro conocimiento de la propia ciudad en la que habitábamos, aparte de algunos vagos recuerdos de su primera infancia en el caso de mis amigos, se reducía a los datos que hallábamos en los libros y a la línea irregular que trazaba el horizonte todo a nuestro alrededor, cuando nos asomábamos a las ventanas de las plantas más altas. Aquel contorno salpicado de estructuras cúbicas, de edificios y de árboles que, tal como me había hecho ver Penélope hacía ya mucho tiempo sobre el torreón de la muralla, no representaba para nosotros más que eso, un perfil tan lejano como si se hallase a cientos de kilómetros de distancia.

—¡Eh! ¡Tendrás que contarnos todo con detalle! ¡Por fin vamos a saber de

primera mano cómo es la Ciudad! —le exigimos ambos, y durante el resto del día Tiberio y yo nos dedicamos a burlarnos del esmero con que Beldo estiraba el hábito nuevo que le había prestado el Padre Crisógono a nuestro jefe de celda para la ocasión.

—“¡No querrás que piensen en la corte que no podemos vestir a nuestros novicios...!”- declamaba Tiberio con suficiencia, imitando a la perfección la pomposa voz del Superior cuando le había entregado el hábito impoluto—. “Eso sí, devuélveselo a Ambrosio en cuanto regreses, ¿de acuerdo, hijo mío?”

Tiberio marchó al día siguiente por la mañana. Beldo estaba a punto de echarse a llorar, y yo tampoco pude evitar sentirme orgulloso al ver a mi amigo, el alto y hermoso Tiberio, junto a la puerta de la celda. Estaba realmente impresionante con su hábito recién estrenado ceñido por una refulgente correa también nueva, y sujetaba con decisión el estuche en el que guardaba aquel extraño instrumento que era capaz de convertir en una prolongación de su propio ser y que podía convertirse en el árbitro de su suerte.

Un diácono del Megaobispo acudió a recogerlo en un lujoso carruaje, al que varios de los novicios acompañamos a la carrera en su partida hasta la misma verja. Y un carruaje idéntico lo devolvió al Santuario un día más tarde.

Apenas hubo acabado de dar cuenta al General e hizo su aparición en la celda, Beldo y yo le acribillamos a preguntas. Tiberio tardó en contestar. Tenía la mirada perdida, como fija todavía en algo de lo que había dejado allá afuera, algo ajeno por completo al entorno del Santuario, de la celda, de sus compañeros. Luego pareció fijarse por primera vez en nosotros y, con cierta desgana en un primer momento, comenzó a darnos detalles de su aventura.

El carruaje le había conducido por calles y avenidas bulliciosas, que describió como un inmenso alboroto de transeúntes de todas clases que deambulaban sin aparente rumbo fijo, de mercaderes y de clientes, de cortesanos arropados de sus lacayos, de soldados, religiosos, mujeres y animales, cada vez más y más concurridas a medida que se acercaban a la Ciudadela. Lo cierto es que me costó trabajo imaginarme la escena abigarrada y multicolor que me describía Tiberio, tan ajena a todas las experiencias que el reducido mundo que habitaba me había proporcionado hasta entonces. Y uno de los mayores obstáculos era, precisamente, lo acostumbrado que estaba a considerar que la única clase posible de vestimenta era un hábito negro

como el que usábamos todos en la Comunidad. Me parecía inmensamente turbadora una muchedumbre en la que cada individuo fuese ataviado con ropas diferentes y de colores diversos. No me pareció, sin embargo, que a Tiberio le hubiera sorprendido aquel gentío tumultuoso, a pesar de estar tan acostumbrado como yo mismo al sosiego monocromo del Santuario. Luego recordé que era bastante probable que mi amigo recordase cómo había sido su vida en el exterior antes de ingresar en la Orden, aunque jamás hablase de ello. La ingente y variopinta muchedumbre, contó Tiberio, no parecía obstaculizar sin embargo el paso del carruaje, apartándose de inmediato al identificar las armas que campeaban sobre los orgullosos escudos a cada lado del vehículo.

Nos habló después de la majestuosidad de la fachada principal del Palacio del Megaobispo, no tan grande como la del Santuario pero mucho más suntuosa y recargada. También evocó el aspecto imponente de la residencia del Patriarca, el asombroso Junco en el centro de la Ciudadela, aunque sólo había podido verlo de lejos, elevándose como una inmensa y esbelta flecha sobre las casas y palacetes circundantes, unos cientos de metros hacia el Sur.

—Pero no pierdo la esperanza, quizás acabe actuando también para él algún día... —musitó con gesto soñador.

El diácono le había conducido a través de dependencias de un lujo inimaginable, hasta una sala en la que le aguardaban varios criados. Ignorando sus protestas, le despojaron del hábito negro de la Orden y le vistieron con ropajes de seda profusamente adornados. Luego esperó allí mismo durante varias horas, que ayudaron a que se disipara un tanto la sensación de ridículo que le producían las extrañas vestiduras, hasta que fue llamado a las propias habitaciones del Megaobispo. Y en una pequeña sala y ante un auditorio reducido, de no más de doce o catorce personas de la más alta aristocracia, familiares del propio Megaobispo en su mayoría, Tiberio empuñó su oboe y se dejó llevar por su música. Nos contó cómo se olvidó de los grandes señores y damas que le observaban desde sus trajes y sus pelucas, algunos con gesto inconfundiblemente aburrido; se olvidó también de las tapicerías de seda que decoraban los muros, de los muebles dorados, de los grandes espejos con marcos de plata y de las lámparas centelleantes. Tocó sin interrupción encadenando una pieza tras otra durante más de una hora y por fin, cuando comenzaba a agotar su repertorio, Su Santidad se levantó sin previo aviso. Después de felicitarle, el cabeza de la Iglesia le entregó una pequeña bolsa junto con una nota para el Superior y le despidió. Había

dormido luego toda la noche, terminó de contar, en una pequeña sala próxima hasta el día siguiente.

El gesto fascinado (aunque habría sido más preciso decir “embobado”) de Beldo no varió ni un ápice a pesar de que parecía que Tiberio había terminado su narración. Yo tampoco sabía qué decir. El relato de Tiberio había sido vívido y apasionante y me había capturado por completo. En cierto modo, todavía estaba en el Megapalacio, rodeado de lujos cortesanos. Fue mi propio jefe de celda, algo incómodo, el que rompió nuevamente el silencio.

—Bueno, ¿qué? ¿No tenéis ninguna pregunta que hacerme?

Aquello nos hizo reaccionar, aunque probablemente Tiberio acabó por lamentarlo. Ante la insistencia de Beldo, nuestro amigo no tuvo otro remedio que describirle el aspecto de la vestimenta de su distinguida audiencia. Pero también se vio obligado a detallarle, mientras yo me retorecía por el suelo de la risa con sólo imaginármelo, el aspecto de la ropa que le habían obligado a llevar a él.

Aquella noche, al poco de quedarse dormido Beldo, Tiberio me susurró desde arriba.

—Polibio, ¿estás dormido? —me asomé al borde de la litera y pude atisbar la silueta de mi amigo, expectante.

—No, todavía no —murmuré, inseguro de si podría oírme entre los ronquidos de Beldo.

—Hoy ha pasado algo más de lo que os he contado antes. Pero, verás... no quería que Beldo lo supiera...

Bajó ágilmente sin hacer apenas ruido y se sentó en el borde de mi jergón. Aún en la penumbra, pude ver cómo le resplandecía la mirada.

—No debería decírtelo a ti tampoco, pero... ¡no puedo evitarlo! ¡Si no se lo cuento a alguien acabaré por reventar!

Con un hilo de voz y comprobando a cada poco que Beldo seguía dormido, Tiberio me contó aquella noche lo que había sucedido después de la actuación ante el Megaobispo. Una sobrina del jerarca, denominada Dama Blanca, se encontraba entre los asistentes a la actuación de mi amigo. Después de la actuación la Dama, que parecía residir en el propio Palacio, le había hecho llamar a sus aposentos. Y allí había sucedido algo cuyo mero recuerdo hacía que a Tiberio le refulgiesen los ojos con un brillo inusitado.

—¡No puedes imaginártelo, Polibio! —exclamó mi compañero.

Como le mirase con gesto de, efectivamente, no imaginar siquiera de qué me estaba hablando, Tiberio se explicó mejor.

—¡Lo hemos estado haciendo toda la noche!

—¿El qué?

—¡Entregarnos a los placeres de la carne, Polibio!

—¿Habéis estado comiendo carne toda la noche? —pregunté pensando que mi amigo se había vuelto loco.

—¡No, idiota! ¡Hemos estado follando! ¡Haciendo el amor!

Asentí entonces, porque tenía una idea de a lo que se refería aquello aunque no fuese demasiado clara.

—¿Y te ha gustado? —pregunté, aunque la respuesta resultaba obvia.

—¿Que si me ha gustado? ¡No he sentido nunca nada igual! ¡Qué piel tan suave y tan blanca! Tampoco podía imaginarme que los pechos de una mujer pudieran ser de ese modo... Tan grandes, tan compactos, y a la vez capaces de moldearse bajo mis manos como la manteca caliente... ¡Y esos pezones, gordos como aceitunas! ¡Y sus muslos, Polibio, nunca he acariciado un terciopelo igual! ¡Y sus manos! ¡Ni con la mejor oratoria podría describirte lo que me hicieron sus manos! Además, eres demasiado joven...

Aún a pesar de mi juventud, Tiberio siguió describiéndome con detalle algunas de las cosas que le habían hecho aquellas manos y cuya utilidad no logré comprender del todo entonces. Intenté prestarle atención porque mi amigo parecía genuinamente entusiasmado, pero finalmente debió darse cuenta de que lo que yo deseaba era seguir durmiendo porque no insistió más, y después de hacerme prometer que no le diría nada a Beldo me despidió con una sonrisa y una palmada en la espalda.

Y aunque aquella noche no le había prestado mayor atención a ese detalle, con posterioridad sí que medité sobre la razón por la que Tiberio no había querido confesar ante Beldo sus nuevas experiencias. Pese a que aún no conseguía comprender con claridad cómo era aquello posible, de algún modo los sentimientos de Beldo, que ya conocía desde hacía tiempo, parecían tener algo que ver con lo que Tiberio había descubierto esa noche. Pero no supe o no quise ir más allá, pues me sentía de inmediato presa de un enorme desasosiego, el mismo que me había invadido cuando Beldo se había confesado ante mí. En cualquier caso, me parecía que Tiberio había obrado con prudencia. Estaba seguro de que a Beldo le afectaría enormemente la revelación de que Tiberio había hecho un tal descubrimiento a sus espaldas, y de que el precario equilibrio emocional que había logrado después del

episodio de la Cruciflor podría venirse abajo en un instante, como un castillo de naipes.

Reflexionando sobre todo esto, me viene a la mente el recuerdo de que por aquel entonces yo encontraba sumamente confuso todo lo que trataba del amor y del sexo. Y aún sin tener experiencias personales todavía en ninguno de los dos sentidos (incluso a pesar de la extraña y novedosa calidez que había estado presente en mis últimos encuentros con Penélope), ambos temas suscitaban en mí una gran curiosidad, además de una excitación sorprendentemente agradable. De un lado, Beldo había sido el primero en hablarme abiertamente del amor, y por otro fue Tiberio quien por primera vez me dio detalles explícitos sobre en qué consistía el sexo. Sin embargo, todavía no tenía yo conciencia clara de cómo iban ligados el uno con el otro, aunque de la existencia de esa ligazón era de lo único de lo que estaba seguro. Además, las peculiares circunstancias en que se habían producido ambos tipos de confianzas no ayudaban precisamente a resolver mis dudas. Durante un tiempo aquello me perturbó profundamente y estuve tentado de preguntarle sobre el asunto al Padre Jacinto. Pero, de algún modo, la naturalidad con que podía tratar casi cualquier cuestión con mi tutor no se hacía extensiva a aquel espinoso tema, de manera que jamás me decidí a hacerlo.

En mi siguiente encuentro con Penélope no quise revelarle a mi amiga nada de lo que Tiberio nos había contado. Por supuesto, no me refiero al relato del descubrimiento del placer del sexo por mi amigo, algo que ni siquiera se me pasó por la cabeza mencionar, sino a su primer contacto con el mundo que había más allá de los muros. Sabía intuitivamente que si le hablaba de ello sólo conseguiría ahondar más en la herida que arrastraba desde que la conocía, desde siempre, una herida que, tal como había podido comprobar hacía muy poco, aún seguía abierta. Sin embargo, sí que tuve la impresión desde ese momento de conocerla un poco más, de comprender mejor la inquietud que le bullía por dentro, el deseo apasionado de conocer cómo era todo allá afuera. Y también pensé entonces, al recordar la visita de mi amiga al Observatorio, en si, enfocando el Telescopio sobre el Megapalacio, podría ver a través de alguno de sus ventanales a la sobrina del Megaobispo en sus aposentos haciendo el amor con alguno de sus jóvenes amantes, con mi propio amigo incluso. Pero nunca hice nada por

comprobarlo.

Durante varios meses más el carruaje del Megaobispo siguió acudiendo a recoger a Tiberio una o dos veces por semana. Según me confesó mi amigo, sólo en un par de ocasiones volvió a actuar ante Su Santidad a lo largo de aquel tiempo aunque jamás se lo reveló al Padre Crisógono, que disfrutaba imaginando cómo la Orden y él mismo ascendían en la estima del Megaobispo gracias al talento de su novicio. Las demás veces el diácono le conducía directamente hasta las dependencias de la Dama Blanca y allí se solazaban ambos dándose a los placeres del lecho, algo en lo que la cortesana parecía ser una consumada experta.

Una mañana Tiberio vino a buscarme a la Biblioteca con una amplia sonrisa en el rostro y los ojos brillantes.

—Quiero enseñarte algo, Polibio —y me hizo un gesto para que le siguiera.

Dado lo inusual de una visita así, imaginé que mi jefe de celda tendría un buen motivo para interrumpirme. De modo que inventé una apresurada excusa para el Hermano Aurelio y seguí a mi amigo mientras ascendía por las escalinatas. Tiberio no hizo ningún otro comentario hasta ver mi gesto de sorpresa cuando se detuvo frente a la puerta de la Pinacoteca.

—No te preocupes, el Hermano Lucas no está hoy aquí. Ha salido a tomar apuntes para un retrato... En realidad, hacía tiempo ya que quería mostrarte esto, pero hasta hoy no he tenido la oportunidad de hacerlo...

Me condujo a lo largo de la estrecha galería con la colección de retratos de Agustinos ilustres, hasta el taller del Hermano situado al fondo de la misma. Allí, dispuesto sobre uno de los caballetes, había un gran lienzo con un cuadro todavía inacabado.

—Bien, aquí la tienes...

El cuadro mostraba la figura de una bella aristócrata. Pero al contrario de la mayoría de los retratos del Hermano Lucas, en éste el lienzo, dispuesto horizontalmente, recogía a la retratada en una pose inusual, cómodamente tumbada todo a lo largo de lo que parecía un suntuoso lecho. La figura de la mujer estaba casi terminada por completo pero todavía faltaba por pintar la mayor parte del fondo.

—¿Qué quieres decir con “aquí la tienes”? —pregunté sin acabar de comprender.

—¡No seas idiota! ¡Esta es la Dama Blanca de la que te he hablado tanto, la sobrina del Megaobispo! Dime, ¿qué te parece?

—Pues... me parece muy hermosa... —acerté a decir incluso antes de haberme fijado bien, desconcertado por lo inesperado de aquella revelación.

La Dama del cuadro parecía relajada, como si reposara plácidamente. Recostada sobre un almohadón de raso, apoyaba ligeramente su cuerpo sobre su brazo izquierdo, el más próximo al pintor. Era de largos cabellos claros y rostro hermoso, aunque un tanto frío. El color verdoso de los ojos quedaba realzado por lo que parecía una abundante capa de pintura gris bajo las cejas, y las comisuras de los labios encarnados se arqueaban en una ligerísima pero inconfundible sonrisa, como si pensase en un divertido secreto del que nadie era partícipe sino ella. La presión de un ceñido corpiño, que Tiberio me aseguró era de uso habitual entre las cortesanas, le resaltaba el busto más de lo que parecía posible, mientras que la espléndida tela de su vestido se desparramaba sin trabas sobre la cama, sugiriendo apenas unas piernas levemente dobladas y dejando asomar tan sólo unos menudos dedos de los pies. Si mi amigo hubiera podido esperar unos cuantos años para oír mi opinión, le hubiera respondido que la imagen de la Dama, que todavía tengo grabada con detalle en mi memoria, destilaba un aura indefinible pero cargada de hedonismo y sensualidad, a pesar de no desvelar nada que no pudiera exhibirse de acuerdo a las convenciones sociales más escrupulosas. Pero yo era todavía muy joven y sólo recuerdo haber experimentado una vaga sensación placentera ante aquella presencia de incuestionable belleza. Aún así, pude darme cuenta de que el cuadro era espléndido, una adecuada muestra sin duda de hasta dónde podía llegar el talento del Hermano Lucas, combinado con la técnica secreta de la cámara clara. Le dije mi opinión sobre el cuadro a Tiberio, además de precisarle que me parecía que había sido muy afortunado de que aquella bella mujer se hubiese fijado en él.

—Bien... —se limitó a decir, sonriendo—. Pues ahora, fíjate mejor aún...

Y se acercó a uno de los cuadros apoyados contra la pared. Este cuadro también estaba dispuesto en horizontal y era de dimensiones parecidas al anterior, pero permanecía totalmente cubierto por una enorme tela blanca. Tiberio retiró la tela con decisión y se apartó para que yo pudiese admirar mejor, supuse, la pintura. Durante unos segundos no pude dar crédito a lo que veía. El otro cuadro mostraba nuevamente a la Dama Blanca, en una postura y con un gesto idénticos a los del primero, sobre el mismo lecho incluso. Pero había una diferencia crucial: la Dama estaba, en este retrato, total y absolutamente desnuda. Comprendí entonces, de inmediato, a qué obedecía aquella suave y burlona sonrisa.

Era la primera vez que veía la imagen de una mujer madura, completa y espléndidamente desarrollada, tal como era a juzgar por el retrato (y nunca tuve motivos para dudar del absoluto realismo de las obras del diminuto retratista) la amante de mi amigo. Lo que más me sorprendió, aparte del tamaño y del aspecto de aquellos pechos lustrosos que ahora se revelaban grandes como calabazas, fue la blancura de su piel, tan distinta, por ejemplo, a la de mi amiga Penélope, cuyas piernas morenas hacía relativamente poco que había tenido a la vista. Se me ocurrió que quizás debía precisamente su nombre al color de su piel. De hecho, se trataba de una blancura casi transparente que permitía adivinar tenues venas azuladas bajo la piel de sus muslos, de sus brazos, de su vientre e incluso de sus enormes senos. Me pareció que aquella transparencia le daba un aspecto poco saludable, casi enfermizo. Pero cuando se lo dije a Tiberio me aseguró que entre la alta sociedad se consideraba un signo de extrema belleza y que la Dama buscaba incluso acentuar su blancura dándose a diario un baño de leche. Hubiera sido incapaz de creer semejante extravagancia si no hubiese leído, mucho tiempo atrás, algo parecido acerca de una excéntrica reina de la época de la Antigua Roma. También me sorprendió constatar que, al contrario de lo que me había parecido atisbar en mi amiga, el pubis de la Dama carecía de vello en torno al sexo. Cuando le hice esa observación a Tiberio, rompió a reír a carcajadas. Afortunadamente no pareció interesado en preguntarme cómo sabía yo cuál era el aspecto habitual de aquella parte de la anatomía femenina.

—¡No tiene vello porque se lo depila cada día, idiota! —exclamó ante mi gesto de incredulidad...—. De hecho, yo mismo la he ayudado en esa tarea en alguna ocasión, e incluso a mí... —se detuvo súbitamente, presa de un azoramiento insólito en él.

—¿Qué? —pregunté intrigado. Pero tuve que insistir varias veces hasta lograr hacerle confesar que él mismo se había dejado depilar su propio vello púbico por la cortesana. Fue la única vez que vi sonrojarse a Tiberio y no desaproveché la ocasión para romper a reír yo a mi vez.

—¿Y con qué objeto se hace eso? —pregunté intrigado, cuando logré recuperar la compostura.

—Bueno... dicen que así se obtiene un mayor placer al hacer el amor... aunque la verdad, no sabría decirte si eso es cierto... Por cierto, por si deseas saberlo, también se depila las piernas y las axilas... La sobrina del Megaobispo tiene muchos vicios inconfesables, Polibio, y todos ellos tienen como único objeto aumentar su belleza y, sobre todo, su goce. Ya te hablaré

de algunos otros más adelante... Bien, dime, ¿qué te parece ahora?

Volví a mirar el cuadro antes de responder. La Dama me parecía incuestionablemente bella. Aunque no sabía yo mucho entonces sobre la hermosura femenina, algo en aquella figura desnuda atraía mi mirada como un imán y podía notar cómo la contemplación de aquellos grandes pechos o de la línea insinuante de su sexo me producía un extraño cosquilleo que no tardé en reconocer. Se parecía, en parte, a la calidez que me había sugerido recientemente el contacto con Penélope, la proximidad de su rostro y el olor de su pelo. Pero también era distinto, más tosco e instintivo, mucho menos íntimo y emocionante. Y, en cierto modo, no pude sustraerme a la sensación de que, aunque no podía por menos que reconocer su belleza, había mucho de artificio y de afectación tras el sofisticado atractivo de la cortesana. Y aquella sensación se encargó, no sabría decir cómo, de ir mitigando poco a poco ese cosquilleo incipiente. Desapareció por completo, en cualquier caso, en cuanto me vino a la mente la imagen de las grandes ubres de las vacas del establo.

—¿Tienen todas las mujeres eso... así de grande? ¿Y cómo puede andar con esas cosas ahí colgando? ¿No se cae hacia adelante en cuanto se levanta? —pregunté, examinando el asunto desde una nueva óptica.

Tiberio me dio un empujón aunque no pudo evitar una sonrisa.

—¡No sabes lo que dices! ¡Claro que no son todas así, esa mujer es única! ¿Acaso no te acuerdas de lo que te conté sobre esos pechos? ¡Ni te imaginas siquiera para lo que pueden llegar a servir! Algún día lo entenderás, ahora no eres más que un mocoso...

—¿Y el Padre Crisógono? —cambié de tema, algo aliviado—. ¿Sabe algo acerca de estos retratos? —mi amigo frunció el ceño al oírme nombrar al Superior.

—Mucho me temo que lo mismo que sabe acerca de mis visitas al Megapalacio, Polibio. Ya sabes, en su trabajo el pequeño tiene carta blanca. Y, por lo que sé, esto es un encargo absolutamente personal... —enseguida volvió a exhibir su mejor sonrisa y me hizo uno de aquellos guiños tan frecuentes en él—. ¿Sabes que mientras ella posaba para el Hermano Lucas yo me encontraba en la cámara contigua observándolo todo? —se volvió luego hacia el cuadro con expresión risueña y, en cierto modo, orgullosa—. En realidad, esa sonrisa me la estaba dirigiendo a mí, Polibio...

A lo largo de las semanas siguientes Beldo comenzó a sospechar y

finalmente logró que Tiberio le confesara la verdadera causa de sus frecuentes salidas. A partir de entonces el ambiente de la celda, que durante bastante tiempo se había mantenido tranquilo y sosegado, se enrareció de nuevo hasta el punto de hacerse pronto insoportable. Beldo, corroído por los celos, llegó incluso a amenazar con revelar lo que sabía al Superior si las escapadas de Tiberio continuaban, a lo cual Tiberio replicó que en tal caso lo contaría todo sobre el robo de la Cruciflor. Se hablaban sólo a gritos o, lo que era mucho peor, a través de mí.

—¡Polibio, dile a ese imbécil que deje de darnos la paliza con su monserga de siempre! —exclamaba Beldo fuera de sí, mientras Tiberio ensayaba con su oboe.

—¡Haz que deje de roncar esa bola de sebo, Polibio! —exclamaba Tiberio desde su litera al caer la noche, antes de que ninguno hubiésemos tenido ocasión de cerrar siquiera los ojos.

La situación se mantuvo así hasta que tras varios meses de ardorosa pasión las demandas de la aristócrata se fueron espaciando y finalmente, casi a principios del verano, cesaron por completo para satisfacción de Beldo y desconsuelo del Padre Crisógono y, por qué no decirlo, del propio Tiberio. Las aguas volvieron lentamente a su cauce desde entonces. Pero, aunque mucho más esporádicamente, el Megaobispo siguió llamando a mi amigo aún durante varios años para oírle tocar, y Tiberio supo sacar partido de ello cuando llegó el momento de elegir su destino.

Sin embargo, como todo lo que nos sucede en la vida, la experiencia no dejó a Tiberio indemne. Para empezar, y como puede suponerse, mi amigo no llevó demasiado bien el fin de sus citas con la Dama Blanca. Pero, al contrario de lo que yo había imaginado en un principio, Tiberio no se había enamorado de la hermosa cortesana. Tal como ya me había insinuado en la Pinacoteca, la sobrina del Megaobispo no se había limitado a gozar con él de los placeres más habituales. Según él mismo me confesó más adelante, la Dama le había iniciado en una amplia variedad de prácticas orgiásticas en las que había hecho intervenir a otras mujeres e incluso a otros hombres, amigas y sirvientes casi siempre, además de usar objetos de todo tipo que me resultaron casi imposibles de imaginar pese a las detalladas descripciones que de alguno de ellos me hizo mi jefe de celda. En definitiva, Tiberio reconoció que en aquellos meses se había aficionado a los juegos amatorios con los miembros del otro sexo más de lo que nunca hubiera imaginado posible, y que no estaba dispuesto a pasarse en adelante sin ellos. Por ese motivo, en

cuanto estuvo seguro de que la aristócrata no volvería a llamarle a su lado, en lugar de lamentarse comenzó a darle vueltas a la forma de seguir disfrutando de los deleites de la carne. Finalmente parece que encontró como vía más segura de materializar sus anhelos el acudir a las mujeres de la propia servidumbre del Santuario. Tiberio era joven y guapo, un bocado más que apetecible para la mayoría de aquellas mujeres maduras, solas y desencantadas. Y los juegos y habilidades que había aprendido de la noble Dama parecían ser también del gusto de sus nuevas compañeras sexuales: a decir de él mismo, eran más de una y más de dos las que porfiaban por encontrarse con él de cuando en cuando en los barracones. A mi amigo no parecía importarle la abismal diferencia entre la aristócrata de inmaculada y lechosa piel que lo había iniciado en el sexo y aquellas hembras recias y sucias. Incluso llegó a decirme que acostarse con aquellas rudas mujeres tenía su propio atractivo y me habló entusiasmado de cómo una de ellas jadeaba como un animal enfurecido y murmuraba toda clase de obscenidades mientras lo cabalgaba con violencia.

Tal como ya habrá quedado patente a lo largo de las páginas anteriores, Tiberio comenzó a hablarme abiertamente de todas estas cosas cuando aún el sexo era para mí, al menos en el terreno de la práctica, un absoluto misterio. Lo cual parece no sucederle, debo añadir, a mi nieto, el que transcribe (espero que fielmente) mis palabras, que ha comenzado sonriéndose y que ha acabado por enrojecer hasta alcanzar un tono púrpura que hubiera jurado era imposible de conseguir en un rostro humano. Pero no será la última vez, me temo, porque son muchas las cosas que aún me quedan por decir y no pienso ocultar los detalles, por escabrosos que sean.

Cuando Tiberio se dio cuenta del verdadero alcance de mi ignorancia en lo referente al sexo, decía, se sintió en la obligación de hacérmelo entender mejor, primero mediante detalladas explicaciones por medio de las cuales logré hacerme una idea, vívida aunque, como afortunadamente averigüé tiempo después, notablemente distorsionada. Más adelante me consiguió un librito lleno de ilustraciones, más explícitas incluso que el cuadro del Hermano Lucas, que no parecía provenir de la Biblioteca y gracias al cual se me aclararon algunas dudas, sobre todo de carácter fisiológico. Aunque algunas otras, como por ejemplo, la naturaleza de la relación entre sexo y amor, o lo que aquellos grabados, casi todos de parejas copulando en decenas de diferentes e inverosímiles posturas, tenían que ver con el fervor que Beldo sentía por mi amigo, no hicieron sino aumentar. Finalmente Tiberio decidió,

con el mismo menosprecio por mi voto de castidad que el que ya había mostrado por el suyo propio, que era el momento de poner punto final a mi virginidad para lo cual se empeñó en concertarme una cita con la mujer que acabo de mencionar, la de los gritos y los jadeos. Me costó un enorme trabajo hacerle ver que lo único que me producía la perspectiva de acercarme a aquella hembra, tras lo que él me había contado, era auténtico terror y después de unas risas ya no volvió a insistir.

—Ya me lo pedirás tú mismo algún día, Polibio... -, terminó afirmando con un guiño enigmático.

Y, para acabar con este asunto, he de insistir en que aunque Tiberio me hablaba de todas estas cosas con gran libertad, siempre lo hacía cuando Beldo estaba ausente. Jamás se me ocurrió a mí tampoco mencionarlas en su presencia, pues ninguno de los dos queríamos arriesgarnos a precipitar de nuevo a Beldo en la desesperación.

27. La confesión del Padre Jacinto

—Me parece que no falta mucho ya para tu Iniciación, ¿no, Polibio?

El comentario me pilló por sorpresa y el libro que sostenía casi se me escurrió de las manos. El Padre Jacinto rara vez hacía referencia a nada de lo que sucedía oficialmente en el Santuario, y aquel tema en concreto me hacía sentirme particularmente incómodo.

—Apenas dos semanas, Padre...

—¿Y estás nervioso?

—Un poco... —reconocí.

—Al fin y al cabo, es la primera vez que vas a probar la Sagrada Forma, ¿no es cierto?

Me revolví inquieto en mi pupitre y respondí con un gesto afirmativo aunque sin mirarle a los ojos. No me había llegado a quedar claro del todo si mi tutor sospechaba o no algo relacionado con el robo de la Cruciflor. El astrónomo continuó hablando sin dar muestras de apreciar mi turbación.

—Verás... Tengo que comentarte algo importante y aunque lo he estado posponiendo creo que ya no puedo dejarlo más... —El estómago se me contrajo súbitamente y esperé expectante a que continuase, convencido de que me iba a revelar, definitivamente, que lo sabía todo acerca del mencionado episodio—. En cierta ocasión leí que alguien, hace muchos siglos, proclamó que la religión era “el opio del pueblo”... Desde luego, yo no estoy de acuerdo con esto exactamente. El mensaje original de Jesús, tal como lo he entendido siempre en las Escrituras, es un mensaje de amor y de liberación, no algo destinado a adormecer a las masas para poder manejarlas mejor, que es lo que sugiere la cita... —lo miré desconcertado sin entender el sentido de aquel comentario. Parecía inusualmente tenso y precavido, como si intentase sopesar cada palabra. Aquello, desde luego, no era lo que yo había esperado...—. Sin embargo, creo que esa frase, muchacho, puede muy

bien aplicarse a la clase de Cristianismo que predica hoy la Iglesia, incluso de un modo tan literal que posiblemente hubiese sorprendido a su autor... ¡Bien! ¡Ya va siendo hora! —exclamó como decidiéndose después de un inicio vacilante—. ¡Te diré de una vez lo que pienso al respecto, Polibio! Lo que he pensado siempre, en realidad, y que incluso me atreví a decir en público cuando era más joven, más valiente e impulsivo. Aunque te suene extraño, aunque te parezca que lo que te digo es una herejía, estoy absolutamente convencido, hijo mío, de que la Cruciflor no tiene nada que ver con el mensaje que contienen las Escrituras. El Sagrado Fruto nada tiene que ver con el Cuerpo de Cristo como asegura la Nueva Doctrina. La Cruciflor es sólo una droga, Polibio, una planta alucinógena con la que los Severinos controlan a la Iglesia, y con la que la Iglesia controla al Reino. El Dios en que yo creo, muchacho, no se encuentra, ni mucho menos, en esa planta... ¡Ya está! —exclamó con un suspiro. Luego me miró, entre divertido por mi sorpresa y asombrado por su propio atrevimiento—. Acabas de oírme decir una verdadera herejía, muchacho, y una de las gordas... Me había prometido que no te hablaría de esto pero así son las cosas... ¡O lo hacía ahora, antes de tu Iniciación, o no lo hubiera hecho ya nunca!

El Padre Jacinto no podía saber que su afirmación coincidía casi exactamente con uno de los exabruptos de Penélope cuyo recuerdo aún me perseguía, y que además confirmaba lo que ya había intuido yo al respecto hacía tiempo, en nuestra abortada conversación sobre la Transubstanciación, que tampoco había olvidado. Y seguramente era menos consciente todavía de que con ella abría una puerta de esperanza en lo más profundo de mi alma: me brindaba la posibilidad de liberarme del sentimiento de culpabilidad que me atormentaba desde hacía más de un año, desde mi sacrílega (o eso había creído yo hasta entonces) aventura con Beldo. Porque si bien durante un tiempo había conseguido mantener esa desagradable sensación a raya, ahora, a medida que se aproximaba la fecha crucial de la solemne ceremonia, la culpa amenazaba con asfixiarme de nuevo.

Debo decir que una vez que escuché de labios del Padre Jacinto su verdadera opinión, me aferré a ella con toda la convicción de que fui capaz y, a la vez que una enorme gratitud, experimenté en ese mismo instante un inmenso alivio. Quizás por ese motivo pude recibir todo lo que vino después con la mejor predisposición posible, plenamente entregado tanto de mente como de espíritu a los argumentos de mi tutor. A pesar de desconocer sus causas concretas y de no poder imaginarse siquiera hasta qué punto me

importaban sus palabras, el Padre Jacinto percibió claramente esta actitud mía y creo que eso le animó a proseguir sin más titubeos por la senda que acababa de iniciar. Se aclaró la garganta como solía hacer cuando comenzaba una larga explicación teórica sobre una cuestión especialmente compleja.

—Creo que ya es hora de que vayas sabiendo algunas cosas. Lo que voy a contarte, Polibio, muy poca gente lo conoce hoy en día y, cuando termine de revelártelo, comprobarás hasta qué punto confío en ti. Empezaré por recordarte algo que ya sabes: que nuestra Orden tiene muchos siglos de antigüedad. Esto no es sólo una suposición, ni algo legendario que nos guste reiterar: a lo largo de toda nuestra historia, tanto antes como después de ese punto de inflexión fatídico que la Iglesia actual conoce oficialmente como el Castigo, hemos mantenido la continuidad de nuestros registros a través de incontables generaciones de Agustinos que han documentado fielmente los sucesos y circunstancias de cada momento. En los archivos oficiales, sin embargo, no consta toda la información que posee la Orden. Ya te explicaré por qué.

Hizo una breve pausa sólo para comprobar que mi atención no había menguado un ápice, y continuó.

—Quizás no ignoras, por tu trabajo en la Biblioteca, que no existen prácticamente libros ni documentos de las décadas, y casi te diría que de los siglos, inmediatamente anteriores y posteriores al Castigo —asentí en silencio, recordando mis propios e infructuosos intentos de encontrar ese tipo de textos—. Sin embargo, eso no se debe a la casualidad ni a que aquellos tiempos fuesen tan conflictivos que impidiesen continuar con esa tarea que la Humanidad en general, y nuestra propia Orden en particular, se ha impuesto desde siempre: la de dejar constancia escrita de sus avatares y sus progresos. Esa enorme laguna, muchacho, debemos agradecerla a los desvelos de nuestros amigos los Severinos... —ya en otras ocasiones había percibido en las palabras de mi mentor un cierto rechazo hacia la influyente Congregación de la Tercera Venida, pero en esta ocasión la antipatía se hizo evidente en toda su crudeza—. Hace casi un siglo, cuando el Concilio de Toledo respaldó definitivamente la Nueva Doctrina de la Segunda Venida, la Iglesia, liderada por los recién constituidos Severinos, se lanzó a una persecución furibunda de todo lo que podía estar en contra de la nueva interpretación oficial de aquellos funestos acontecimientos. Porque eso fue lo que auspició aquel Concilio, muchacho: un verdadero intento de reescribir nuestro pasado. De manera especial se intentó erradicar todo vestigio de escritos y de restos

materiales que pudieran sugerir, siquiera de forma remota, que la explicación que brindó San Severino, revelada según él por la misma aparición divina que le ofreció la Cruciflor y que fue suscrita al pie de la letra por el propio Concilio, no era la correcta.

Por un momento el Padre Jacinto abandonó su papel de narrador para reflexionar en voz alta.

—Siempre me he preguntado por qué la Iglesia respaldó de modo tan contundente una revolución drástica en las bases mismas de su mensaje... Dicen algunos rumores que el Patriarca Sergio tuvo una extraordinaria visión, al probar por primera vez la Cruciflor de las manos del propio Severino, y que fue él quien más presionó luego para que se ratificase en el Concilio la veracidad de su Nueva Doctrina. Por ese decidido apoyo, también él es hoy venerado por la Iglesia como Santo. Pero, si tengo que serte sincero, lo que yo creo es que Severino le ofreció a un viejo y descreído Patriarca una última esperanza a la que aferrarse, una forma de materializar sus deseos de entrar en contacto con lo sobrenatural y lo trascendente de un modo cómodo, a través de una simple droga alucinógena. Sugerir siquiera esto fue lo que casi me costó la hoguera hace ya más de treinta años, muchacho.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, capturado por la historia.

—Durante algún tiempo se examinaron de forma concienzuda los más diversos textos y se fueron expurgando todos los pasajes comprometedores. Pero el volumen de obra a consultar era tan ingente que, para acelerar su sagrada tarea, finalmente los Severinos optaron por un método más simple y expeditivo: destruir todo libro que pudiera encontrarse impreso fechado en los siglos comprometidos, aquellos siglos cuya historia se estaba rescribiendo a golpe de hoguera. Se eliminó cualquier vestigio o referencia que pudiera sugerir que la vida inmediatamente anterior al Castigo podía haber sido mejor que la actual. Y esa orden de destrucción afectó también a nuestros propios archivos privados, por supuesto. Y eso no fue todo. A la vez, se introdujo una férrea censura en todo texto de nueva publicación. La Nueva Doctrina condenó desde un principio a la Tecnología, una palabra que ha llegado a ser casi sinónimo de Satán, como causa principal del Castigo. Pero también vio con malos ojos cualquier clase de Ciencia aplicada. De hecho, para San Severino todas las Ciencias contenían el germen del mal en su interior y debían ser condenadas por la Iglesia e incluso llegar a ser definitivamente proscritas. Fue él mismo el que acuñó el término de “cientista” que para los Severinos ha acabado siendo sinónimo del más horrendo de los crímenes,

merecedor de la hoguera sin ninguna clase de paliativo.

—Maestro, y ¿cómo sabéis vos todo esto? ¿Acaso no sucedió mucho antes de que naciérais?

—Bueno, Polibio, tengo más años de los que te imaginas, aunque hasta ahora me hayan tratado con benevolencia... Pero es cierto, todo esto pasó antes de que yo naciera, aunque por fortuna he podido informarme a través de muchas fuentes distintas. Cuando yo era joven, un novicio como tú, aún vivían en el Santuario algunos de los Padres que contestaron con más energía al propio Severino, en especial en lo que se refiere a su actitud contra la Ciencia. Los Agustinos fuimos, dentro de la Iglesia que comenzaba a resurgir de las cenizas del desastre que había supuesto el Castigo, el núcleo más fuerte de oposición a la sangrienta implantación de la Nueva Doctrina. Y es sin duda una de las páginas de nuestra historia de la que podemos sentirnos más orgullosos. Pero los vencedores son los que deciden el signo del futuro y sin duda esa toma de posiciones ha tenido sus consecuencias en el continuo declive de la Orden desde aquellos días. El precio que tuvimos que pagar, y que aún seguimos pagando hoy, fue muy alto. Muchos de los nuestros, algunos de ellos hombres excepcionales, fueron acusados de cientistas y murieron en la hoguera junto a los libros repletos de secretos, descubrimientos y maravillas que defendieron con arrojo. De hecho, estuvimos a punto de desaparecer como institución...

Mi mentor hizo una pausa, como considerando las consecuencias de lo que iba a decir. Finalmente, decidido a apostar todo en una jugada, me miró con intensidad y continuó, aunque no me hubiera parecido posible, aún con más gravedad que antes.

—Mi propio tutor, Polibio, fue un gran sabio, mucho más capaz de lo que yo lo he sido nunca, un matemático tan brillante que en otros tiempos hubiera sido la admiración del Reino e incluso del Orbe entero. Se dice que en otros tiempos se honraba con un premio excepcional, el llamado Nobel, a aquellos que destacaban por encima de todos los demás en su campo. Mi tutor sin duda hubiera obtenido este galardón en los días antiguos. Sin embargo, tuvo que dedicar la mejor parte de sus energías a una lucha sin cuartel, a la lucha contra el fanatismo que quería conducirnos de nuevo a la ignorancia, contra el eterno enemigo de todos los que amamos el Conocimiento y que lo consideramos uno de los fundamentos en que se sustenta la libertad del Hombre. Se llamaba Ignacio...

El Padre Jacinto no se dio cuenta del gesto de asentimiento que hice al

reconocer el nombre. Sabía que aquel monje había sido Superior del Santuario e incluso conocía su aspecto por su retrato de la Pinacoteca, un rostro rectangular, enérgico y decidido sobre un cuerpo largo y delgado, casi ascético. Formaba parte del grupo de muertos que frecuentaba la Biblioteca aunque, al contrario que los demás, rara vez se sumaba a mis ofrecimientos de lectura. Se limitaba a deambular por el pasillo central de la sala, esquivando a los novicios vivos mientras miraba a un lado y a otro con un aire que, de no ser inhabitual en mis fantasmas, hubiera jurado que era de complacencia. Aquel hombre le cuadraba sin duda a mi maestro.

—Mi tutor había entregado su vida a la Orden y a la Ciencia. Con el tiempo se convirtió en un hombre permanentemente angustiado por la necesidad de dividirse entre la fidelidad a sus principios y su empeño en garantizar el futuro de los Agustinos. Durante años defendió la integridad de la Biblioteca del Santuario contra todos los intentos de los Severinos por acabar con ella a sangre y fuego. Pero cuando vio que la batalla estaba perdida, él fue quien se encargó personalmente de seleccionar los innumerables textos que fueron a la hoguera y de presidir las quemaduras masivas, inmensas fogatas con cientos de miles de volúmenes que se alzaron durante días en la explanada frente a la fachada, siempre bajo la fanática y recelosa vigilancia de los Severinos, que no acababan de fiarse de su súbita conversión. Porque, aunque pueda parecerle contradictorio, fue ese penoso sacrificio el que, a modo de diezmo, permitió que se salvase todo lo que hoy puedes ver aún, los millones de libros acumulados en esos mismos estantes centenarios. Sin embargo, cuando estaba próximo a morir, mi maestro me reveló su último secreto: me hizo entrega de los registros manuscritos de la Orden desde los propios días del Castigo, que había escamoteado a la quema, y también de varios cientos, casi te diría que más de un millar de libros condenados que había conseguido ocultar, referidos a algunos de los más importantes descubrimientos logrados por los mejores científicos de aquellos siglos expoliados. Tratados de Física, Química y Matemáticas en su mayor parte y también de Medicina, Biología o Filosofía, e incluso algunas materias de nombres tan oscuros y completamente carentes de significado hoy día como Genética o Informática. Tienes que comprender, Polibio, que aquello le supuso un inmenso riesgo. Había entonces espías por doquier, incluso infiltrados en la propia Orden, que esperaban medrar complaciendo a los triunfantes Severinos con información que, cierta o no, les permitiera desplegar todo su furor mesiánico... Fue, sin duda, el hombre más

extraordinario que he conocido...

La mirada se le tornó vidriosa y por un momento tuvo que detenerse, embargado por un aluvión de recuerdos y emociones. Pensé que le entendía a la perfección, ya que el propio astrónomo había suscitado sentimientos muy semejantes en mí. Luego me miró fijamente.

—Algún día, Polibio, te haré entrega a ti de todos esos papeles. Empezaba a pensar que no hallaría a quien dejar ese legado pero ahora veo claro que tú serás el depositario, algún día... —sonrió al ver que yo empezaba a palidecer—. Eso, por supuesto, será sólo dentro de mucho tiempo y únicamente si estas dispuesto a aceptar la gran responsabilidad que supone. Y el riesgo, Polibio. Porque supone también un gran riesgo...

—¿Alguien más sabe algo sobre esos papeles, Padre? —pregunté, todavía atemorizado.

—Creo que el Padre Felicísimo lo ha sospechado siempre. Conoció bastante bien a mi tutor, y pienso que debió sospechar algo. Pero nunca hemos hablado de ello. Tú tampoco debes hablar jamás con nadie, Polibio. Ni siquiera con tus mejores amigos, con tus compañeros. El propio Padre Crisógono cree que los registros desaparecieron en las expurgaciones. No es un mal hombre y le aprecio sinceramente, pero no tengo dudas de cuál sería su prioridad a la hora de enfrentar la necesidad de salvaguardar la verdad, con el riesgo ante lo que podría suponer un golpe de gracia definitivo para la Orden. En cuanto al Santo Oficio, no creo que haya sospechado nunca nada. Estoy seguro de que, de haberlo hecho, hubiera actuado hace mucho tiempo.

Por un momento pensé en hablarle del anónimo monje traidor y de cómo creía que le espiaba a instancias del Santo Oficio. Incluso estuve tentado de contarle mis sospechas de que se tratase del Portero. Pero temí que pudiera cambiar el signo de la conversación y estaba especialmente interesado en seguir por el mismo camino y regresar en cuanto fuera posible al terreno que más me importaba en esos momentos, el de la Cruciflor.

—En esos documentos se detalla todo lo sucedido en los últimos siglos, tanto en el Reino como en muchas otras partes del mundo que corrieron mucha peor suerte que Iberia en los días terribles del Desastre. Pues así fue como se lo denominó realmente por sus contemporáneos y al menos, que yo sepa, durante uno o dos siglos después, hasta que los Severinos impusieron el término punitivo por el que se conoce hoy, el Castigo, la muestra desatada según ellos de la ira divina... ¡Es preciso que esas crónicas perduren! —exclamó súbitamente, recalcando con un enérgico movimiento de cejas su

afirmación—. Ignoro si habrá otros vestigios de información veraz sobre ese asunto desperdigados por el Reino, aunque lo dudo mucho. Pero con éstos, si algún día nuestra Iglesia recupera la cordura, bastará para arrojar una nueva luz sobre todo nuestro pasado, para reconstruir una historia que realmente haga justicia a muchos grandes hombres...

—¿Y los libros que mencionasteis antes, Padre? ¿Son los que yo estoy estudiando?

—¡Así es, muchacho! ¡Aunque, claro está, sólo algunos de ellos! El resto se encuentran a buen recaudo, ocultos en la propia Biblioteca e imposibles de localizar incluso para el propio Hermano Aurelio, aunque no para quien sepa cómo debe hacerlo... ¡Ah! Desgraciadamente, Polibio, el Santuario es hoy, aunque quizás te suene cruel, una triste caricatura de lo que llegó a ser en otros tiempos. Y yo me temo no haber estado a la altura... Sinceramente, me llena de frustración comprobar que hay tanto que soy incapaz de entender, a pesar de que llevo casi treinta años estudiando muchos de esos libros... Apenas si soy capaz de lograr atisbar las ingentes dimensiones de lo que se ha perdido, muchacho. Mis cansadas neuronas no dan ya para mucho más.

—¿Neu... qué?

—¡Neuronas! ¡Tenemos que profundizar en Biología...! —sonrió con su calidez sin límites—. Fueron el descubrimiento más importante de un ilustre sabio llamado Cajal, de casi dos siglos antes del Desastre, el Castigo, o como quieras llamarlo. Descubrió que son las diminutas piezas que constituyen nuestro cerebro, y que interconectadas entre sí nos permiten pensar, ver, hablar, movernos... ¡ser nosotros mismos, en definitiva!

—¿No es el alma la que nos permite todo eso, Padre?

—Sin duda, hijo, sin duda. Pero “alma” no deja de ser sino una palabra para describir a todo ese conjunto de cosas que nos hace humanos, que nos hace ser quienes somos. Y, de alguna manera que no logramos entender, todo eso está soportado, al menos mientras nuestro cuerpo aún nos mantenga vivos, sobre el complejísimo sistema formado por los millones de neuronas de nuestros cerebros.

—Y, ¿cuando morimos, Padre?

—Cuando morimos, quedamos en manos de Dios, Polibio... —respondió enigmáticamente el astrónomo.

Sin embargo, su explicación anterior no había hecho sino suscitar en mí

nuevas dudas.

—Pero, maestro, ¿qué fue lo que los Severinos se esforzaron tanto en ocultar? ¿Qué fue lo que realmente sucedió en los días del Castigo... quiero decir, del Desastre, si no tuvo lugar en realidad la Segunda Venida que proclaman los Severinos? Recuerdo haber buscado en la Biblioteca para intentar ampliar la información que nos daba el Padre Crisógono sobre esos tiempos, pero con muy poco éxito... ¡Ni un solo libro, ni un solo documento daban detalle histórico alguno, ni hablaban de hechos concretos! ¿No podéis darme una pista de lo que dicen esos papeles?

—¡Ah! ¡Bien, Polibio! ¡No sabes cómo me siento de aliviado cada vez que compruebo que no me he equivocado contigo! Tienes el don de hacer siempre, pese a quien pese, las preguntas más adecuadas para aproximarte a la verdad... Y ése es un don sin duda interesante para un científico, desde luego. La pregunta que me has formulado es la misma que se repitieron a menudo nuestros antepasados durante casi dos siglos hasta que San Severino les impuso su propia respuesta a sangre y, muy especialmente, a fuego. Algún día te contaré lo poco que ha quedado recogido sobre esos días difíciles en la crónica del Santuario, que es, sin duda, terriblemente escueta. Pero no hoy. Todavía no es el momento... Hay otro asunto igual de importante y, sobre todo, más urgente... Estábamos hablando de la Cruciflor, ¿no es cierto?

—¡Sí, maestro! —asentí con energía ante la oportunidad de volver al tema que más me interesaba también a mí en esos momentos—. ¿De dónde salió esa planta si no es en realidad un regalo de Dios? ¿Por qué no se tuvo noticia de ella jamás, hasta San Severino?

—Lo ignoro, Polibio. Efectivamente, no hay registro en ninguna parte, ni en los mejores tratados de Botánica, de una planta semejante antes de que San Severino la mostrara por primera vez al Patriarca Sergio. Quizás fue el resultado de algún experimento botánico en los tiempos de caos posteriores al Desastre, y me permitirás que en adelante use exclusivamente este término... O de una nueva especie, lo que se llama una mutación, puramente casual. No creo que el propio Severino lo supiera. Creo que, simplemente, de una forma u otra, la encontró. Debió sorprenderle su extraordinario aspecto y sin duda la probó él mismo y averiguó sus propiedades alucinógenas, o las intuyó de algún modo. Y decidió utilizarla para manipular un mensaje ya para entonces milenario, justo cuando éste había vuelto a plantar una semilla de esperanza en el corazón de los hombres después de la catástrofe. Por lo que pude averiguar más adelante no fue ni siquiera una idea nueva. Otras religiones ya

utilizaron mucho tiempo atrás drogas de diverso tipo para atraer a sus fieles, en otros tiempos y en otras partes del mundo. Pero es sorprendente y contradictorio, ¿verdad? Que las palabras de un mismo mensaje puedan interpretarse de formas tan distintas. Que sirvan a la vez para liberar y para esclavizar... Es cierto que Jesús se definió a sí mismo como “la Luz del Mundo”. Pero, desde luego, la Tercera Venida de Cristo que preconizan los Severinos no se anuncia precisamente luminosa. Lo cierto, Polibio, es que el anticipo que nos han brindado de esa Venida, de propia su mano y en nombre de ese mismo Jesús, es una oscuridad como no conocíamos desde hacía siglos. ¡Y precisamente cuando parecía que todo empezaba a renacer, superadas las peores secuelas del Desastre...! —suspiró antes de continuar—. Pero, si por el contrario, estás convencido como lo estoy yo de que el mensaje de Jesús es sinónimo de libertad, de amor, de tolerancia y de esperanza en la Humanidad; si ese mensaje se basa en potenciar todo lo luminoso y bueno que existe en el alma del Hombre y en seguir evolucionando hacia arriba, cada vez más cerca del Dios del Universo del que te hablé una vez, tal como yo creo... entonces, sí que suspiro por que llegue ese día en que la Luz se haga de nuevo y disipe las tinieblas que nos envuelven y amenazan con engullirnos a todos...

El astrónomo parecía cansado e hizo una pausa durante la cual descubrió que su pipa se había apagado. Procedió a encenderla de nuevo antes de seguir.

—En fin, Polibio, ésta es toda la historia... Y aunque no hubiera tenido acceso a esos papeles de los que te he hablado, me gusta pensar que habría visto igualmente las contradicciones entre el mensaje original de nuestra religión, aquel en que se basa mi fe, y lo que la Iglesia predica hoy oficialmente como ortodoxo. Y que habría escogido pese a todo el mismo bando...

La larga confesión de mi mentor no había agotado, pese a todo, mi curiosidad.

—Pero me habéis dicho antes que estuvisteis a punto de ser quemado en la hoguera. ¿Cómo pudo suceder eso?

Se rascó la cabeza en un gesto que le había visto hacer en alguna otra ocasión en la que se había sentido particularmente incómodo. Pero no eludió la respuesta.

—Hace ya muchos años se me ocurrió exponer mis ideas sobre la Cruciflor en un breve tratado. En él intentaba exponer mi punto de vista, el

que ya te he mencionado. Fue un error de juventud, un exceso de fatuo orgullo. Me sentía orgulloso de mi capacidad y lucidez, del poder de mis argumentos, ante los que estaba convencido que nadie podía oponer serios obstáculos. Me equivoqué. El fuego es sin duda un obstáculo poderoso. Los Severinos me acusaron de cientista, quemaron hasta el último de los ejemplares impresos de mi obra y me encarcelaron durante varios meses. Eso sí, aunque resulte paradójico, olvidaron destruir el manuscrito original, que todavía anda por ahí, entre mis papeles... —señaló con desgana a las carpetas amontonadas entre los estantes.

—¿Y que os sucedió?

—Bueno... Sin duda yo entonces tenía muchas cualidades notables. Era inteligente, orgulloso e incluso algo engreído. Pero nunca fui valiente. El miedo pudo más que el orgullo y acabé haciendo lo mismo que Galileo. Al menos en eso estoy a la altura del genio italiano... —me sonrió, aunque con un rictus de amargura muy distinto de su habitual sonrisa cálida y abierta—. Aunque me hubiera gustado haber podido hacerlo con el heroico Bruno, en vez de con el anciano perjuró. O con cualquiera de los hermanos de mi Orden que habían muerto a manos de los Severinos pocos años antes. Claro que, en ese caso, tú y yo no estaríamos hoy aquí, hablando tranquilamente.

—¿Y qué pasó entonces, Padre? —insistí.

Mi maestro se volvió a mirar por el ventanal como gustaba hacer, y antes de responder aspiró dos o tres bocanadas de su pipa.

—Nada, Polibio. No sucedió nada en absoluto... —musitó sin volverse—. Hice una rectificación pública abjurando de un gran número de cosas, la mayoría de las cuales sabía con seguridad que eran ciertas. Y se me permitió volver al Santuario, aunque no he podido dar clases nunca más en todos estos años. Hasta ahora, claro... En cuanto a la Cruciflor... Ya te dije antes que creo... No, te diría más bien, como científico, que tengo pruebas irrefutables de que el fruto de la Cruciflor no es más que una droga, como ya te he dicho. Es lo que en los textos antiguos se llama una sustancia psicoactiva, un alucinógeno o estupefaciente. Estudié en mi juventud casi todos los libros que hablaban de este tipo de sustancias, en parte con ayuda del Padre Felicísimo, aunque él se reveló más prudente al decidir quedarse al margen de mis conclusiones. Y tengo que lamentar que fuera precisamente la bibliografía que incluí en mi pequeño tratado la que llevó a los Severinos a descubrir la existencia de muchas de aquellas obras y a proceder a su eliminación sistemática; a hacer desaparecer cualquier cosa que pudiera

llevar a poner en cuestión las divinas propiedades de la Sagrada Forma. Y esas propiedades no son sino química, Polibio, una combinación de sustancias tóxicas, capaces de alterar el normal funcionamiento de nuestra mente racional, lo que nos hace personas, y conducirlo por los derroteros de la fantasía y el delirio. De hecho, estoy seguro de que el ayuno pretendidamente piadoso que precede a la Iniciación no tiene otro propósito que el de potenciar esas visiones, dejar más expuesta a la mente ante el ataque de las toxinas que encierra la Sagrada Forma.

—¿Vos habéis experimentado alguna vez esas visiones?

—Sí, Polibio. Y si te contara alguna de ellas... En cierta ocasión llegué a ver el Universo entero fluyendo a mis pies, con toda la vida que contiene desplegada ante mí y pulsando, llena de luz y de energía... —suspiró profundamente y no pude evitar asentir en un gesto inconsciente, al recordar la intensidad de mi propia experiencia—. No te niego que aún me acuerdo de cada detalle de esa visión, Polibio. Es fácil abandonarse a ellas. Pero son sólo engaños, mentiras que construye tu mente a partir del material que le brindan tus propias experiencias, tus sueños, tus anhelos o tus miedos más profundos. Tenlo siempre presente... Y toda esa mentira es además a costa de un altísimo precio. Porque una de las propiedades de ese tipo de sustancias, Polibio, es la adicción que crean en los que las ingieren, obligándoles a seguir consumiéndolas de continuo so pena de sufrir malestares físicos que pueden llegar incluso a convertirse en terribles dolores... —asentí inconscientemente, recordando el sufrimiento de Beldo en los días que siguieron al robo de la Cruciflor y el gesto de Tiberio mientras lo acunaba—. En un principio parece que ponen a tu alcance posibilidades sin límite. Pero todo es falso, muchacho. Acabas convirtiéndote en su esclavo de por vida, tan sólo pendiente de cuándo podrás tomar la siguiente dosis. Y créeme, así es como viven, por y para la Cruciflor, muchos de los más respetados jerarcas de nuestra Iglesia...

—Entonces, ¿dónde está Dios realmente? ¿Y cómo podemos discernir el Bien y el Mal? ¿En qué creéis vos, en definitiva?

—Muy bien. Te diré en lo que creo, muchacho... —me miró intensamente antes de continuar —Creo en un Dios, Polibio, pero no el Dios de los Severinos, ni en el del Hermano Ulpiano, ni siquiera en el del Padre Crisógono. Me gusta pensar que el Dios en el que creo no es muy distinto del Dios de nuestro Santo Fundador, Agustín de Hipona. Creo en el Dios de Bruno, en el Dios del Universo. En el que lo impregna todo a nuestro alrededor. También creo en el Dios de otro gran hombre: Pierre Teilhard,

que, como yo, era a la vez científico y religioso, de una orden que se extinguió poco después del Desastre. Teilhard veía en un Dios más allá del tiempo y del espacio la culminación del proceso evolutivo de todo el Universo. Claro, que eso era en una época en la que la Iglesia, como creo que ya te he dicho, aún negaba la teoría de la Evolución de Darwin. A Teilhard le sucedió algo parecido a lo que ya te conté hace tiempo sobre Copérnico: no se atrevió a publicar en vida, y cuando sus obras salieron a la luz, fueron también condenadas...

Se detuvo un momento para reflexionar antes de proseguir.

—Creo en Jesús, un hombre sin duda extraordinario, que vivió hace más de dos mil años y cambió la Historia. Creo que fue enviado a los Hombres por el Dios del Universo de Bruno, a quien llamaba “Su Padre”. Y creo también, como Teilhard, que regresará algún día en toda su gloria como el Cristo Cósmico, como parte del destino futuro del Hombre. Ya ves, en eso al menos coincido con los Severinos... —sonrió—. Creo que el verdadero Cuerpo de ese Cristo, Polibio, no es el pan como decían los antiguos, ni tampoco la Cruciflor, sino la Humanidad entera, el conjunto de todos los seres humanos de este mundo unidos algún día por medio de un verdadero amor fraterno. “Que todos sean Uno...”, escribía San Juan. Eso mismo es lo que decía San Pablo, y lo que creía también Teilhard... No sé si he sabido explicarme bien pero eso es, en definitiva, lo que yo creo...

—Pero participáis en el Sacrificio, como todos los demás miembros de la Comunidad...

-Tengo que desilusionarte nuevamente, mi joven Polibio —, susurró sin poder reprimir una traviesa sonrisa—. Sólo lo simulo. Con una práctica ya de más de tres décadas, me limito a coger un diminuto fragmento y a dejarlo caer discretamente en la manga de mi hábito. De hecho, tengo una considerable cantidad de polvo del fruto de la Cruciflor a buen recaudo y he llegado a hacer bastantes experimentos, experimentos absolutamente sacrílegos para los Severinos o incluso para el Padre Crisógono, por supuesto, con esas muestras—. Me hizo un guiño —¡Otro más de los muchos pretextos que podrían usar para enviarme a la hoguera! En fin, he intentado analizar la sustancia que contiene con la esperanza de comprender mejor sus efectos, pero la Química no es mi fuerte. Como ya te dije antes, el Padre Felicísimo llegó a echarme una mano hace años... Aunque, claro, ahora no está en condiciones de hacerlo, literalmente... —se detuvo y me miró, avergonzado de lo cruel de aquella burda broma. Luego se apresuró a continuar.

—Y, volviendo a la Cruciflor, ése es el motivo por el que he querido hablar contigo precisamente hoy. Aquí es a donde quería llegar... He intentado explicarte lo que sé para que pudieras elegir conociendo a fondo tus verdaderas opciones. En realidad, me he puesto por completo en tus manos, ya ves hasta qué punto confío en ti... Pero ahora la decisión es solamente tuya.

—¿Qué debo hacer entonces, maestro? ¿Queréis que haga como vos? —pregunté, cada vez más desconcertado.

—No puedo obligarte a tomar una decisión. Decidas lo que decidas, entre nosotros todo continuará igual, al menos mientras tú lo desees. Si optas por seguir mi ejemplo, correrás el riesgo de que alguien pueda descubrirte. Pero debes ser muy consciente de una cosa: de que entregarte a la Cruciflor tiene también su precio. Pasarás a depender, en mayor o menor medida, de ella, como sucede con el que toma cualquier otra droga; y, por tanto, dependerás de quienes la distribuyen... —pensé nuevamente en los escalofríos de Beldo mientras se recuperaba de la sobredosis y yo mismo me estremecí—. Una vez que empieces a consumirla en cada Sacrificio llegarás muy pronto a no poder pasarte sin ella. Habrás perdido una parte, y no precisamente pequeña, de tu libertad. Pero en mi opinión eso no es lo peor. Tampoco podrás prever con exactitud el efecto que tendrá sobre tu mente y tu intelecto su consumo continuado a lo largo de los años. Sólo puedo asegurarte que no será inocuo. Quizás al principio te lo parezca, porque pueden más las otras sensaciones, las visiones... Pero con el tiempo, te costará más trabajo concentrarte en ideas abstractas. Incluso lo que ahora te resulta más fácil de entender acabará enmarañándose y tornándose confuso. Te lo aseguro porque ya lo he observado en muchos otros, aquí en el propio Santuario. Hombres de gran capacidad que han quedado convertidos con los años en caricaturas de sí mismos. El propio Padre Felicísimo, aunque se esfuerza en tomar raciones de Cruciflor casi insignificantes desde que le conozco, hace mucho que no es ni una sombra del que era de joven. En parte, pienso que éste es uno de los motivos por los que los Severinos se oponen a las Ciencias: sus mentes, como las de la mayoría de quienes les siguen, están tan deterioradas que no son capaces de comprender ni siquiera los conceptos más sencillos. Y aquello que no comprendemos nos da miedo. Los Severinos ven en la Ciencia a su mortal enemiga, además de por todos los argumentos que defienden en público en sus sermones, lo de la Tercera Venida y todo eso, porque la temen debido a su incapacidad para entenderla... De manera que debes comprender eso

claramente, Polibio: que la Cruciflor y la Ciencia son realmente, tal como aseguran los Severinos aunque por razones distintas a las que ellos proclaman, incompatibles. Es entre una y otra entre lo que debes elegir...

Mi maestro se había levantado mientras hablaba y se había acercado nuevamente hasta la ventana, desde donde miraba en dirección a la Ciudad. No pude evitar levantarme yo también y aproximarme a él.

—¿Y entonces? —insistí—. ¿Qué debo hacer, Padre?

Mi maestro se volvió hacia mí y me sonrió triste y enigmáticamente, pero esta vez no me respondió. Tuve un súbito atisbo de lo que para él suponía el resultado de mi elección, de las consecuencias que tenía para sus sueños y sus esperanzas (que hasta tal punto había depositado en mí) lo que yo pudiera decidir el día de mi Iniciación. Y le agradecí inmensamente que pese a todo ello no me presionase, que respetase mi libertad de forma tan exquisita. Con el tiempo, he pensado a menudo si alguna vez me dio una lección tan extraordinaria como aquella. Me fijé entonces, de pronto y por primera vez desde que lo conocía, en lo pequeño y frágil que parecía a pesar de la talla gigantesca de su intelecto. Y sólo en ese momento me di cuenta, también por primera vez, de que le miraba de arriba a abajo, y de que estaba a punto de dejar de ser definitivamente un niño o de dejar atrás lo que todavía quedase en mí del niño que había sido, de una vez y para siempre.

28. La encrucijada de Polibio

Afortunadamente, el día de mi Iniciación llegó casi de inmediato, antes de que tuviera ocasión de obsesionarme con la crucial cuestión que me había planteado mi mentor, y que él se esforzó en no volver a mencionar a lo largo de aquellos días. No quise hablar de ello con Penélope la única vez que me encontré con mi amiga, de sobra sabedor de cuál podía ser su opinión al respecto, y tampoco me decidí a hacerlo con Beldo o Tiberio, pues desde el episodio de la Cruciflor el tema tenía carácter de tabú entre nosotros. Pero que no lo consultara con nadie no significa que aquella espinosa cuestión no me acuciara casi de continuo y que no saludara con un cierto alivio la llegada de aquel día que iba a suponer, sin duda, una encrucijada en mi vida.

De modo que, a primera hora de la mañana, con el estómago lastimosamente vacío tras haber ayunado desde la noche anterior y vestido con un hábito remendado y recién teñido, susceptible de pasar por nuevo sólo desde lejos, y un cinturón y unas sandalias, ésas sí, relucientes, me reuní con los cuatro novicios que iban a compartir conmigo la ceremonia en la Sala Capitular. Entre mis compañeros de Iniciación se encontraban Eutimio y Floro, pero por una vez los antiguos lugartenientes del Ofidio no parecían pendientes de mí, y se dedicaban a rumiar, en silencio como los demás, sus propios pensamientos. Mis cavilaciones, sin embargo, seguían con seguridad un rumbo muy diferente al de las suyas. El Hermano Orosio irrumpió en la Sala casi media hora más tarde y puso fin a nuestro ensimismamiento con un bramido estentóreo que nos hizo dar un respingo a los cinco. Nos miramos unos a otros, desconcertados.

—¡Vamos! ¡Haced ya la fila de una vez! —exclamó de nuevo el Hermano al comprobar con cierta sorpresa que no habíamos reaccionado a su primer aviso, que habitualmente solía ser también el último. Pero el hercúleo monje pareció optar finalmente por mostrarse condescendiente ante la trascendencia

del momento y suavizó un tanto su tono. —¡Venga, he dicho! Todo está ya listo y no hay por qué hacer esperar a la Comunidad por más tiempo...

Esta vez sí, los cinco novicios formamos una hilera compacta y seguimos al Hermano Orosio en dirección a la Capilla, a la que accedimos directamente por una discreta puerta lateral que se abría justo junto al Coro.

Lo primero que llamó mi atención fue la fantasmagórica luminosidad que inundaba la amplia nave principal. La luz lechosa de aquella mañana de domingo, tamizada por los vidrios multicolores de las esbeltas vidrieras, parecía querer contribuir a la solemnidad de la atmósfera que reinaba en el sagrado recinto. Toda la Comunidad se encontraba ya presente, cada miembro ocupando su asiento en el gran hemicycleo del Coro. Tan sólo faltaban los ocho o diez novicios de menor edad que yo mismo, que habían compartido asiento con nosotros hasta entonces en los bancos de la nave principal, y que todavía deberían aguardar uno o dos años más antes de poder participar con los demás en el Sacrificio comunitario. Un nutrido grupo de fantasmas, mayor que el que asistía de ordinario a los Oficios, había optado también por unirse a la ceremonia, y bromeé mentalmente imaginando que tal vez era yo la causa de su súbito interés. Los espectros solían ocupar discretamente alguno de los asientos vacíos y se sentaban y levantaban junto a los propios monjes, respetando las reglas y ritmos de la liturgia. Por este motivo había tardado mucho tiempo en identificar como tales a los más fervorosos (permítaseme como lícito utilizar este término, de significado incierto tratándose de fantasmas) de entre ellos.

De frente al Coro, a unos pocos pasos del Altar Mayor que se erguía en su mismo centro, se había dispuesto una gran alfombra roja, y sobre ésta varias robustas sillas de elevado respaldo. Las sillas eran muy semejantes a los propios asientos del Coro, de aspecto sólido y cada una con un grueso cinturón de cuero sujeto al respaldo. Los cinturones, tan anchos como fajas, se abrochaban por medio de un sencillo anclaje metálico e impedían no sólo levantarse sino casi cualquier otro movimiento brusco, una vez trabados. Los cinco novicios que íbamos a ser iniciados nos situamos cada uno de pie ante uno de los asientos y el Hermano Orosio pasó a ocupar su propio sitio.

Ante nosotros se alzaba el imponente Altar Mayor y sobre él, elevándose desde su pequeño macetero de cerámica blanca, se erguía una pequeña planta de Cruciflor. Me pareció difícil de creer que aquella especie de matojo de aspecto insignificante fuera el motivo central, el eje mismo de toda la ceremonia de Iniciación, o incluso de la propia Nueva Doctrina. Su aspecto

no era muy distinto al de la planta que había sustraído mi amigo Beldo. El fruto me pareció de menor tamaño que el que recordaba pero había pasado mucho tiempo, casi dos años ya, y yo apenas era un niño entonces. Pero sí que me vinieron a la memoria, frescas como el primer día, las imágenes de la extraordinaria visión que me brindó mi primera dosis del Sagrado fruto, mi verdadera Iniciación. Y, también, la mirada desesperada de Beldo a la noche siguiente, derrumbado en brazos de Tiberio. Me sentí repentinamente muy ajeno a toda aquella parafernalia: al gesto devoto y expectante de mis compañeros, de la mayoría de miembros de la Comunidad e incluso de los propios fantasmas, y a la hueca y pomposa solemnidad de la ceremonia.

Me atravesó entonces una repentina punzada de culpabilidad y volví sin proponérmelo la mirada hacia lo alto, a la figura que, suspendida a media docena de metros sobre nuestras cabezas, parecía mantener la vista fija precisamente en mí. Sin embargo, esta vez no me pareció que su gesto fuese de reprobación, sino comprensivo y hasta afectuoso. No lo encontré muy distinto del que recordaba de mi primera visión del Padre Jacinto, en los Jardines del Santuario, y por un momento ambos rostros incluso se superpusieron en mi mente, tal como lo habían hecho años atrás, cuando aún era un niño pequeño.

“¿Estoy a punto de ganarme la condenación eterna, Señor? ¿Es posible que tenga razón el Padre Crisógono? ¿Acaso es todo esto algo más que una mera invención de los Severinos? ¿No puedes decírmelo Tú?” —recuerdo que le supliqué al Cristo, pero El no se decidió a responderme. Sin embargo, me di cuenta con alivio de que, en realidad, no era necesario que lo hiciera. Porque si algo pude ver con claridad en aquel preciso instante fue el que la menuda Planta dispuesta sobre el Altar no era, desde luego, mi Dios. Aquello, en realidad, lo sabía ya desde hacía mucho y descubrí que no era lo que de verdad me preocupaba. Por primera vez en varios meses fui consciente de que, en el fondo, sabía a la perfección, sin atisbo de dudas, lo que deseaba hacer. Lo que realmente ignoraba era si tendría valor para hacerlo allí, en medio de toda la Comunidad, sabiendo que todos estarían pendientes de cada uno de mis movimientos.

Sólo entonces me fijé, invadido por el desasosiego, en el abigarrado grupo de Padres, Hermanos, novicios y espectros que nos miraban en silencio desde el solemne anfiteatro del Coro. Fui consciente de cómo me observaban mis amigos, uno junto al otro, a mi izquierda, en la tercera fila. Tiberio incluso me hizo un rápido guiño, algo que, por otra parte, se permitía a menudo

durante los Oficios. También tuve la sensación de que muchas otras miradas se posaban sobre mí, escrutándome minuciosamente: la del Padre Jacinto, desde un discreto lugar en el extremo de la segunda fila; o la del Hermano Lázaro, en primera fila y casi en el centro, junto al asiento más grande y suntuoso que correspondía al Superior.

El Padre Crisógono, puesto en pie tras el Altar y revestido de todos los ornamentos de su cargo como en los días de fiesta grande, dio inicio entonces a la celebración del Sacrificio, recitando una larga letanía en lengua latina que a cada poco era respondida por la Comunidad con un suave murmullo. A esta primera salmodia siguieron varios cánticos que resonaron respaldados por un órgano menos inseguro que de costumbre y entre los que se intercalaron fragmentos interpretados con su maestría habitual por Tiberio, que se había desplazado hasta su pequeño estrado junto al Coro.

Por fin, el Superior hizo un gesto elevando los brazos al cielo y entonces, súbitamente, la Capilla se sumió en la oscuridad. Me sobresalté al igual que mis compañeros de Iniciación, ignorante de lo que habría podido suceder. Después de unos segundos de desconcierto mis ojos se fueron adaptando y comprendí que, seguramente por la acción de algún tipo de mecanismo, unas largas y gruesas cortinas habían caído súbitamente desde el techo cubriendo totalmente las vidrieras. Todavía entraba algo de luz indirecta por algunas pequeñas ventanas laterales, con lo que, a medida que transcurrieron los minutos, lo que me había parecido en principio una oscuridad absoluta se fue transformando en una suave penumbra. Entendí además el motivo de aquel efecto teatral, al fijarme en el resplandor fosforescente que desprendía el fruto de la Cruciflor, el único foco luminoso visible, en el mismo centro de la Capilla. Me pareció que aquella planta brillaba mucho más de lo que lo había hecho la de Beldo en la intimidad de nuestra celda.

Tras un largo rato en el que todos permanecemos absortos en la contemplación de la Sagrada Planta, el Padre Crisógono se acercó al Altar. Con la ayuda de uno de los novicios mayores, también vestido para la ocasión, tomó entre sus manos la vasija de la Cruciflor y la alzó enfáticamente a la vista de todos. En ese preciso momento el oboe de Tiberio, a dúo con el órgano, inició una melodía que resonó potente a lo largo y ancho de la nave mientras el Superior iba exponiendo la Sagrada Planta a todos los asistentes, con movimientos pausados y solemnes. No pude evitar un estremecimiento mientras la cruz resplandeciente se movía de arriba a abajo y de izquierda a derecha en la penumbra, al ritmo mágico de aquella música.

En medio de aquel místico clímax era difícil no creer en la esperanza que suponía el regalo que, según San Severino, nos había hecho Nuestro Señor: el don de su Verdadero Cuerpo, como signo y testimonio de su inmensa magnanimidad al conceder al hombre una segunda oportunidad a pesar de sus muchos y terribles pecados.

Por fin, después de la exposición de la Sagrada Planta, llegó el momento de la Iniciación propiamente dicha. El Padre Crisógono se acercó hasta nosotros y, uno tras otro, nos fue ofreciendo a cada uno un pequeño trozo del fruto, que iba arrancando de cada vez. El fragmento que me correspondió era bastante mayor que el que yo había ingerido junto a Beldo, casi como el que había arrancado mi amigo para sí, del tamaño aproximado de un garbanzo. Con él en la mano derecha, y tal como se me había indicado, me senté y me abroché el cinturón de cuero con la mano libre. Cuando todos tuvimos nuestra ración el Padre Crisógono nos bendijo y, a un gesto suyo, cogiendo el fragmento con solemnidad nos lo llevamos simultáneamente a la boca.

Por un momento estuve tentado de imitar a los demás y depositar el pequeño trozo de fruto sobre mi lengua. El recuerdo de mi visión, aquella malla luminosa que englobaba a todo el Universo y de la que me había sentido parte integrante, volvió a desplegarse ante mí, al alcance de la mano, y el deseo de entregarme a él me asaltó con tanta intensidad que sentí que me mareaba. Pero resistí como pude, repitiéndome que aquello no era real, que no era el verdadero Universo, el que yo quería llegar a comprender algún día, sino tan sólo una ilusión, un engaño. Algo que la maldita Cruciflor extraía de mi propia mente (de mis ilusiones más secretas, de mis sueños más recónditos) para luego devolvérmelo revestido de toda clase de aderezos, bello más allá de lo imaginable, maravilloso e irresistible.

Y fue sólo en ese momento cuando todas mis dudas me abandonaron y supe, con una certeza absoluta, qué era lo que iba a hacer. Al contrario que mis compañeros de ceremonia, no dejé el fragmento encima de la lengua sino que lo deslicé con el pulgar entre dos de mis dedos y lo sujeté firmemente. Noté cómo la esponjosa sustancia se deformaba bajo la presión. Y recé, aunque no hubiera sabido decir a quién lo hacía exactamente, para que mi acto sacrílego hubiera pasado desapercibido a los ojos de quienquiera que pudiese estar vigilándome.

Mientras sentía la presencia de aquel trozo de Cruciflor entre mis dedos creí comprender también el motivo por el que el fantasma de Galerio me había empujado de aquel modo meses atrás. Si no hubiese probado el

Sagrado Fruto con anterioridad por mí mismo y no hubiese sido testigo de su terrible efecto sobre mi amigo Beldo, dudo de que hubiese sido capaz de vencer mi curiosidad, incluso a pesar de las advertencias del Padre Jacinto, y probablemente mi elección hubiese sido otra. Y en ese caso, quizás el efecto de la mayor dosis de Cruciflor hubiese sido muy distinto y también el grado de adicción que habría suscitado en mí. Pero gracias a Beldo y al empujón de Galerio, toda mi curiosidad ya había quedado satisfecha hacía más de un año.

Me centré entonces en observar discretamente lo que sucedía a mi alrededor y en imitar, en lo posible, la conducta de los otros cuatro novicios. No me resultó difícil. Algunos permanecieron en sus asientos, con rostros que poco a poco fueron cambiando de expresión a medida que comenzaban las visiones y empezaban a cerrar los ojos o a ponerlos en blanco, a salivar de forma incontrolada, a extender los brazos intentando alcanzar o apartar de sí lo que veían en su mente... Uno de ellos, sin embargo, resbaló pronto en su silla todo lo que le permitía el grueso cinturón de cuero y comenzó a retorcerse entre violentos estertores. Comprendí entonces la necesidad de aquella sujeción, ya que de no haber existido hubieran acabado rodando o gateando por el suelo, tropezando unos con otros en una caótica y grotesca coreografía. Yo me limité a repetir lo que veía en mis otros compañeros, intentando no llamar la atención ni por exceso ni por defecto de ademanes externos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que el Padre Crisógono, tras entonar unas cuantas letanías más y echar otra bendición, pasase frente a cada uno de los miembros de la Comunidad, alargándoles ceremoniosamente su parte del Sagrado Fruto. Me fijé en cómo un inexpresivo Padre Jacinto tomaba la suya entre sus dedos como un monje más. Finalmente el Superior se instaló en su propio asiento y, tras una última jaculatoria y después de hacer la señal de la Cruciflor sobre la frente, todos se apresuraron a consumir su fragmento al unísono.

Pronto el Coro al completo se vio inundado por un extraño y descoordinado baile de gestos, muecas y aspavientos, del que, con mis ojos plenamente adaptados ya a la penumbra, intenté no perderme detalle. Los monjes, Padres, Hermanos y novicios por igual, reproducían fielmente el comportamiento de mis compañeros de Iniciación: la mayoría mantenían los ojos cerrados y balbuceaban o se movían sólo ocasionalmente. Otros, sin embargo, atrapados en visiones de cariz más oscuro, abrían los ojos de forma desmesurada, braceaban con violencia desde sus asientos, lanzaban gritos o

exclamaciones y arrojaban incluso espumarajos por la boca. Los espectros, sin embargo, contemplaban todo este espectáculo inmóviles, desde lo que interpreté como un silencioso respeto. Me permití entonces rebajar la intensidad de mi propia representación y mis ojos se cruzaron con los del Padre Jacinto, que gesticulaba vagamente en su asiento. Mi mentor se permitió un ligero cabeceo de asentimiento en mi dirección y me pareció notar incluso un gesto de alivio. Supe entonces que no me había quitado ojo de encima en los últimos minutos, y que hasta ese momento no había estado seguro de cuál había sido mi elección definitiva.

Por un momento me sentí tentado de suspender mi actuación siquiera un instante, pues empezaba a invadirme el cansancio. Pensé que nada sucedería pues, a excepción del Padre Jacinto y de yo mismo, todos los demás participantes en la celebración parecían sumidos en el trance inducido por la Cruciflor. Sin embargo, en ese preciso momento pude ver al Hermano Lázaro, que se contorsionaba con la boca abierta y la mirada aparentemente perdida y, por un instante, no estuve tan seguro. ¿Quién me garantizaba que él no fingía también a su vez, para poder comprobar que todos habían participado del Sacrificio como estaba previsto? De manera que, por precaución, me dejé resbalar cuanto pude en mi asiento y continué fingiendo.

Casi de reojo pude ver a mis amigos e intuí la clase de visiones que cada uno de ellos experimentaba. Tiberio, sentado y con los ojos cerrados, extendía los brazos hacia alguien que imaginé podría ser su antigua amante cortesana. Beldo, que se retorció en su asiento, su voluminoso cuerpo a duras penas sujeto por el cinturón, gemía débilmente. Aparté la vista entonces, incapaz de soportar la visión de mis amigos subyugados por el poder de la Cruciflor, y fue en ese preciso momento, al girarme hacia el frente, cuando distinguí la figura erguida e inmóvil de un novicio menudo que parecía haberse materializado tras el Altar Mayor. No podía verle el rostro porque estaba vuelto hacia el Coro, hacia los monjes que se agitaban en sus asientos, cada uno sumergido en sus propias visiones, pero me resultaba extrañamente familiar. También me dio la impresión de que era demasiado pequeño como para participar del Sacrificio y conjeturé que se trataba del Hermano Lucas, que se había soltado de su asiento de algún modo. Sin embargo, enseguida comenzó a volverse lentamente y pronto pude constatar, con inmensa sorpresa, que el novicio no era sino Galerio, o mejor dicho, su fantasma.

Nunca antes había detectado la presencia de Galerio entre los devotos fantasmas de la Capilla, y me estaba preguntando aún qué podría buscar allí

el espectro de mi amigo cuando oí un grito por encima del alboroto reinante, procedente de la fila de asientos de los Iniciados, hacia mi derecha. Me volví con cautela y pude ver de reojo cómo Eutimio, en quien no me había fijado hasta ese instante, se había soltado el cinturón, y abandonando su asiento se dirigía con paso vacilante pero inequívoco hacia el Altar, justo hacia donde se encontraba Galerio. Pude notar que balbuceaba y me pareció, entre el murmullo generalizado, que sus labios pronunciaban el nombre de mi amigo. Pero aquello era del todo imposible: estaba del todo seguro de que nadie más que yo era consciente en el Santuario de la presencia de los espectros entre nosotros.

Eutimio, sin embargo, siguió avanzando inexorablemente, aunque con el rostro cada vez más pálido y desencajado. Finalmente, esbozando una mueca horrible y al tiempo que lanzaba un grito salvaje, se lanzó con violencia y ya sin titubeo alguno contra el espectro de Galerio, exactamente como si fuera capaz de verlo. Pero Galerio, contra lo que yo esperaba y contra lo que había visto hacer tantas veces a los espectros ante la posibilidad de un contacto, no se esfumó. Eutimio lo atravesó en una fracción de segundo y mientras lo hacía profirió un alarido espantoso, casi sobrehumano, que se elevó sobre la algarabía general helando hasta la última gota de sangre de mis venas. Sólo en ese preciso instante, un segundo después de cuando debía haberlo hecho, el fantasma de mi amigo se desvaneció por fin, y me pareció por un momento, aunque no tuve tiempo de asegurarme, que mientras se esfumaba iniciaba el esbozo de una acerba sonrisa.

Algunos de los novicios, sacudidos por el grito, parecieron empezar a despertar del trance. Pero fue precisamente el Hermano Lázaro el primero que acudió con dos veloces zancadas al lado de su novicio, que había caído de bruces al suelo, junto al altar. El Portero miró a su alrededor desconcertado y casualmente posó su mirada sobre mí. Pero no pareció extrañarse de que se la devolviera, ya que varios de los otros novicios a mi alrededor le miraban igualmente con gesto sorprendido.

—¡Este chico está muerto! —exclamó el Dientes sin rastro de tartamudeo en la voz.

Y sólo fue entonces, en medio del caos generalizado que siguió a la proclamación del Hermano Lázaro, cuando me atreví a deslizar la mano en mi faltriquera y a dejar caer el fragmento de Cruciflor, que aún tenía sujeto por un par de ya más que doloridos dedos.

Pensé después mucho sobre aquel extraño episodio, y una posibilidad que se me ocurrió fue que la droga contenida en la Sagrada Forma tuviese, entre otras facultades, la de facilitar el traspaso de la barrera invisible que separa el mundo de los vivos del de los muertos. De este modo, Eutimio pudo ser capaz de ver al espectro de Galerio en medio de su delirio. Aunque para el porqué yo soy capaz de hacerlo sin ninguna clase de ayuda no tengo, como ya he dicho anteriormente, explicación alguna. Tampoco Galerio quiso explicarme los motivos por los que juzgó y condenó a muerte al antiguo asistente del Ofidio. Posiblemente Galerio, el desgraciado niño oblato, había tenido motivos de sobra para odiarle con todas sus fuerzas. Pero si hubiese querido vengarse, ya como espectro, había tenido varios largos años para hacerlo desde entonces. No dejé de ocurrírseme, de todos modos, que el fantasma de mi amigo parecía decidido a protegerme tal como me había dicho en una ocasión, aunque yo no supiese de qué o de quién lo hacía, y que Eutimio había sido la única persona que me había visto subir al Observatorio con Penélope. Quizás, con el tiempo, había acabado por extraer conclusiones que, por acertadas, podrían ser peligrosas para mí. Y si ése era el motivo de la intervención de Galerio, el responsable de la muerte de Eutimio no era, en cierto modo, sino yo mismo. Pero sólo se trataba de especulaciones y nunca llegué a sentir realmente esa muerte sobre mi conciencia, incluso a pesar de que mi vida en el Santuario resultó en adelante algo más agradable.

Me di cuenta, además, de varias otras cosas aquel extraño día. Una de ellas fue la convicción de que el acatamiento incontestado de la prohibición de revelar detalles sobre el Sacrificio tenía más que ver con la incomodidad que suponía para muchos poner al descubierto aspectos oscuros e inconfesables de sus propias experiencias íntimas, que con las amenazas de anatema del Padre Crisógono. Otra de las cosas de las que me percaté, aunque de ésta sólo lo hice más tarde, en la celda, cuando revisé mentalmente todo lo ocurrido, fue de que, al acudir en auxilio de Eutimio, el Hermano Lázaro había sido tan veloz como lo hubiera podido ser cualquier novicio, sin asomo de cojera alguna.

En cuanto a mí, al tomar la decisión de seguir los pasos del Padre Jacinto rompiendo definitivamente con la Cruciflor y todo lo que significaba, me sentí en cierto modo liberado. No volví a experimentar sensación alguna de culpa en lo que se refiere a la Sagrada Planta o a la Doctrina, y me adherí con entusiasmo a la mayoría de las convicciones de mi tutor. De hecho, a partir

de aquel día tuve plena conciencia de que mi verdadera Iniciación estaba teniendo lugar en la destartalada sala del Observatorio, y de que no había comenzado siquiera cuando Beldo me incitó a probar de la Cruciflor robada sino mucho tiempo antes, quizás aquella tarde en la que ascendí por vez primera a los dominios del viejo científico. También me pareció que el astrónomo se sentía libre a su vez de una pesada carga. Durante días sus explicaciones estuvieron salpicadas de bromas y detalles afectuosos, y en alguna ocasión casi creí que le vería saltar de alegría y tuve que reprimir, yo mismo, una sonrisa.

Como colofón de todo lo anterior debo reseñar que la última conversación que mantuve con el Padre Jacinto sobre la Cruciflor, previa a mi Iniciación oficial, no tuvo sólo como consecuencia determinar mi elección en esa encrucijada decisiva. Unos días después de la ceremonia, en un momento en el que me pareció que el ánimo de Beldo, siempre inestable desde el incidente de la Sagrada Planta y sacudido más recientemente por las aventuras sexuales de Tiberio, atravesaba por un momento especialmente crítico, le hablé para animarle del libro de mi maestro sobre la química de la Cruciflor. Le mencioné también su posible relación con otras sustancias conocidas ya desde mucho antes del Castigo. Sabiendo del interés de Beldo por la Química y la Botánica, pensé que el tema podría resultarle interesante. Sin embargo, su reacción sobrepasó todas mis expectativas. Mi amigo se entusiasmó con las ideas de mi maestro y, pese a que le advertí de los perjuicios que le habían ocasionado en su juventud, insistió en que le consiguiera, de un modo u otro, el original que todavía obraba en poder del científico. Insistió tanto, de hecho, que no vi más salida que tomar prestado el manuscrito, por supuesto a escondidas del astrónomo, y permitir que durante unos días pudiera echarle al menos un vistazo, después de haberme prometido que jamás divulgaría nada de lo que allí averiguase.

En realidad, lo que hizo Beldo fue dedicarse durante ese tiempo a copiarlo casi por entero en la seguridad de nuestra celda. A cada poco hacía un comentario o lanzaba una exclamación entusiastas.

—¡Es increíble! ¡Nunca hubiera imaginado algo así! ¡Tu amigo el sabio loco es un genio, Polibio! ¿Sabes que descubrió que la Cruciflor tiene una composición química muy parecida a varios de los hongos más comunes? Según dice, la más similar es la variedad denominada “*psilocybe*”, que crece

libremente, sobre todo en excrementos de animales... ¡Estoy seguro de que el Hermano Ulpiano no tiene ni idea de todo esto...!

Me alegró mucho ver cómo Beldo parecía recobrar buena parte de su antiguo ánimo, del que le embargaba cuando me hablaba en la intimidad de la Botica de sus hierbas, de sus ilusiones y de su admiración por el Padre Felicísimo. Incluso llegué a convencerme de que volvería a ser el mismo de antes. Pero también viví aquellos días con una sensación permanente de agobio, pendiente a cada momento de si el Padre Jacinto detectaba la falta del volumen en su biblioteca. Y respiré profundamente aliviado el día en que volví a dejarlo en su sitio, sin que nada hubiera sucedido en apariencia. No me habría sentido así de haber sido consciente de que, en realidad, sí que acababa de ocurrir algo de crucial importancia. Sin darme cuenta de ello acababa de poner en marcha un proceso que acabaría por cambiar a mi amigo profundamente y para siempre. Había puesto en sus manos con las mías propias (no por ignorantes menos culpables) las semillas de su destrucción.

29. La proposición de Penélope

Después de mi Iniciación me vi obligado, como ya había sucedido otras veces antes, a cambiar el horario y la frecuencia de mis citas con Penélope. Si hasta entonces habían tenido lugar precisamente durante la celebración del Sacrificio comunitario, ahora no podían seguir así, ya que una vez iniciado mi asistencia a dicha ceremonia era absolutamente inexcusable. Después de algunas semanas de desencuentros y de citas fugaces, que sólo pudimos concretar mediante breves notas y gracias a la feliz idea que había tenido de enseñar a mi amiga a leer, por fin ambos encontramos un hueco estable los viernes por la tarde, después del almuerzo. Mis amigos estaban tan acostumbrados a verme subir al Observatorio a todas horas que no se extrañaron por mis nuevas ausencias, y lo mismo sucedió con el Hermano Aurelio. De modo que cada tarde de viernes, aprovechando que todos creían que estaba con el anciano astrónomo (excepto, naturalmente, el propio Padre Jacinto, que me hacía en la Biblioteca), me dirigía, de la forma más discreta posible, a los Jardines.

En aquellos días, sin embargo, era Penélope quien andaba más sujeta ya que, a pesar de no haber alcanzado aún la mayoría de edad, en los barracones se le exigía tanto como a cualquier otro miembro adulto de la servidumbre. Por eso, aunque muchas veces lograba escabullirse sin importarle las consecuencias que tuviera que arrostrar más tarde, en otras ocasiones, también numerosas, le resultaba imposible hacerlo. En esos casos yo no podía hacer sino esperar y pasar la tarde leyendo o paseando, intentado que no me enervara la incertidumbre. Por esta causa nuestros encuentros se espaciaron aún un poco más, si cabe, y en ocasiones llegamos a estar más de un mes sin tener noticia uno del otro salvo por medio de breves mensajes que nos dejábamos en nuestro refugio.

El primer día de verdadero calor de ese verano llegó precisamente un

viernes de mediados de junio. Llegó más pronto de lo habitual y casi por sorpresa, pues sólo una semana antes mi tutor y yo aún habíamos tenido que subir a la cúpula bien abrigados. Salí ese día del Refectorio prácticamente a la carrera, impaciente por pasear de la mano de Penélope bajo el agradable sol de mediodía.

En nuestra cita anterior, varias semanas atrás, me había decidido por fin a hablarle de las visitas a la Ciudad protagonizadas por Tiberio a lo largo del otoño y el invierno pasados. Finalmente, la tentación que suponía poder fascinar a mi amiga con los detalles de aquella historia se había impuesto a una cautela de meses, motivada por el temor a reavivar lo que sabía era su mayor frustración.

En realidad, había sacado el asunto de manera imprevista, sólo para desviar la insistente curiosidad de mi amiga por mi propia Iniciación. A lo largo de las semanas siguientes a la ceremonia Penélope me había acosado con preguntas comprometedoras que, de una u otra forma, había conseguido ir eludiendo. Aunque ella pensaba que mi actitud esquiva se debía a la prohibición oficial de revelar detalles sobre el Sacrificio, lo cierto es que no me encontraba cómodo hablando con mi amiga de aquel tema, aun a pesar de que intuía que en ningún caso ella iba a reprobar mi decisión. Quizás tenía todavía frescas en mi memoria conversaciones pasadas, en el transcurso de las cuales me había atrincherado en posturas enormemente ingenuas, y no quería avenirme a reconocerlo ante ella.

Cuando le mencioné por primera vez las salidas de Tiberio logré sin duda mi objetivo de distraer su atención. Tal como había previsto, Penélope mostró de inmediato un gran interés por mi historia, olvidándose por completo de todo lo relacionado con la Iniciación y la Cruciflor. También pude leer en sus ojos una expresión de franca envidia que no se esforzó en disimular. Me escuchó absorta, con los ojos entrecerrados mientras evocaba para ella, cada vez más satisfecho con mi idea, las imágenes que pensé le agradarían más de todas las descritas por Tiberio. Luego me preguntó por detalles que a menudo mi amigo había omitido en su relato y que le prometí que intentaría averiguar. Sin embargo, con el transcurso de la tarde Penélope se fue poniendo más y más seria y aunque me dejó seguir hablando, a partir de cierto momento pude darme cuenta de que su mente se hallaba en otra parte, aunque ella no lo reconoció cuando se lo dije. Sólo entonces empecé a cuestionarme sobre lo acertado de mi precipitada decisión. Recordé la forma en que había reaccionado años antes al ver por primera vez la Ciudad desde el torreón de la

muralla y la manera en que había llorado sobre mi hombro en el Observatorio hacía aún menos tiempo, y me lamenté por mi torpeza.

Aquel caluroso viernes, mientras me dirigía a nuestra cita de costumbre, temí por un momento que se repitiera lo que ya había sucedido durante varias semanas seguidas: que Penélope tampoco pudiera venir esta vez. Pero esa tarde, en contra de lo habitual, mi amiga me esperaba ya junto a nuestro refugio. Estaba realmente hermosa, absolutamente radiante con un sencillo vestido de algodón que nunca le había visto anteriormente. El vestido, con un jubón fruncido y sin mangas y una falda larga y suelta, parecía especialmente diseñado para dar ajustado cobijo a cada una de las partes de su cuerpo. Escondiéndolas de la vista, sí, pero proporcionando a la vez, de algún modo, considerable información sobre todo lo que ocultaban. Supuse que se trataba del vestido casi nuevo que había conseguido, de algún modo que no me había aclarado, hacía tan sólo unos meses, y que me aseguraba iba a guardar para las ocasiones especiales. Me alegré de que considerase la tarde del viernes en mi compañía como una de aquellas ocasiones. Vestida de aquel modo y con los rizos morenos cayendo sobre sus hombros, Penélope no me parecía menos elegante que las grandes damas de los cuadros del Hermano Lucas.

Cuando me recibió con un fuerte abrazo pude constatar, una vez más, lo que ya había empezado a notar a lo largo de los últimos meses. Si bien desde que la conocía, por lo que podía recordar, siempre que la había mirado a los ojos lo había hecho desde abajo, en los últimos tiempos las cosas habían cambiado. Y si en nuestro anterior encuentro habíamos estado casi a la par, ahora era ella quien debía alzar ligeramente la vista para que nuestros ojos se encontraran. Este hecho me proporcionó una extraña sensación, difícil de precisar pero, sin la menor duda, satisfactoria.

Tal como solía hacer habitualmente, yo había traído lectura por si Penélope deseaba sentarse a escucharme. Pero el Sol golpeaba con saña en aquel día radiante, de modo que mi amiga insistió en que fuéramos a la represa a refrescarnos y, una vez allí, en que nos metiéramos en el agua. Eso hicimos, y pronto estuvimos chapoteando, por primera vez desde el verano anterior, con el agua hasta las rodillas y nuestros respectivos atuendos remangados, salpicándonos mutuamente como cuando éramos críos y aquel pequeño remanso nos cubría hasta más arriba de la cintura. El agua estaba extraordinariamente fresca, un verdadero placer que ayudaba a que aquella

cálida tarde fuera casi perfecta. Después de unos minutos me dirigí de nuevo a la orilla para que pudiera secármeme el hábito, que pese a mis precauciones se había empapado de cintura para abajo, y entonces Penélope me increpó.

—¿Adónde crees que vas? ¡Quédate conmigo en el agua, tonto! —gritó sin dejar de salpicarme. Su falda también chorreaba, y el algodón empapado se pegaba a sus muslos morenos, permitiendo entreverlos tras la tela.

—Si no salgo ahora, no se me secará el hábito a tiempo para Vísperas... —me expliqué.

—¡Espera! —exclamó alzando las cejas, como si se le acabase de ocurrir repentinamente la idea —¡Ya sé lo que podemos hacer! ¡Nos bañaremos desnudos, como cuando éramos niños!

Y antes de que pudiera decir nada, con una sucesión de rápidos movimientos se había despojado ya de su vestido, sacándoselo por encima de la cabeza y arrojándolo a la orilla. Apenas tuve tiempo más que para abrir la boca ante aquella inesperada y fugaz visión de su desnudo cuerpo moreno ya que Penélope se sumergió enseguida hasta el cuello en el agua. Desde allí me hizo señas de que la acompañara. Por un momento no supe cómo reaccionar, pero mi amiga insistió.

—¡Venga, Polibio! ¡No seas idiota! ¡Hemos hecho esto un montón de veces! —por supuesto, Penélope tenía razón. Aunque parecía no recordar, en ese preciso instante, que había sido precisamente ella quien había puesto fin a esta clase de baños conjuntos, hacía ya mucho tiempo. Pero mi amiga no me dio tregua.

—¿Qué te pasa? ¿Te da vergüenza desnudarte delante de mí?

Asentí con un gesto.

—¡No me has visto en cueros desde que tenía diez años! —me justifiqué, intuyendo que había algo en todo aquello que se me escapaba de algún modo. Sin embargo, no me pareció que tuviera alternativa si no era a costa de hacer enfadar a Penélope, quien me aguardaba en el agua expectante. De modo que me quité el hábito ya mojado, lo extendí sobre la hierba para que se secase mejor y me apresuré a meterme en el agua a una distancia prudente de mi amiga. Para sentirme razonablemente seguro de mí mismo tuve que sentarme en el fondo, de modo que el agua me cubriese hasta el pecho, y debo reconocer que apenas me causó impresión alguna, estando como estaba mi mente en otra parte.

—Has cambiado mucho, Polibio... —murmuró Penélope con un cierto gesto de sorpresa —Pareces... no sé, un hombre, diría yo.

Efectivamente, yo no me parecía entonces demasiado al Polibio que había compartido con ella los inocentes baños veraniegos. No sólo había crecido. Mi cuerpo se había hecho más fuerte, y aunque aún no me había asomado el bigote tenía ya un vello abundante en las piernas, las axilas y, por supuesto, también en las ingles. Y también mi rostro había cambiado. Ya no lucía aquellas hermosas orejas de soplillo y mi mentón, en palabras de Beldo, parecía haber dado todo un paso al frente, decidido a no pasar inadvertido.

—Por lo poco que he visto, tú tampoco eres exactamente la misma... — repliqué muy serio. En el breve instante en que había permanecido desnuda fuera del agua su cuerpo me había parecido muy distinto al de la Dama del retrato pero también, a la vez, del de la niña que yo recordaba. Igual de moreno y grácil pero más redondeado, las caderas considerablemente más marcadas y el trasero más prominente. También había distinguido con claridad la espesa mata de vello oscuro que apenas había logrado atisbar fugazmente unos meses atrás (y que, ahora estoy seguro, Penélope había usado deliberadamente como argumento incontestable en nuestra discusión de entonces). Y había aún más, cosas que ni por asomo habían estado antes allí. Bultos que, al contrario de las grandes e inertes mamas de la mujer del cuadro, oscilaban con vida y movimiento propios, como ya había intuido en algún abrazo particularmente efusivo, en algún salto entusiasta de mi amiga o incluso durante el baile furtivo de finales del invierno en la cúpula del Observatorio, a pesar incluso del hábito que llevaba sobre su propia ropa en esa ocasión. Volúmenes que el ajustado corpiño del vestido había perfilado con precisión geométrica, momentos antes de acabar hecho un rebujo sobre la hierba.

—¡Eso es lo que tú te crees! —gritó ella y se abalanzó sin recato alguno sobre mí, pillándome desprevenido y metiéndome la cabeza bajo el agua de un empujón antes de que hubiera tenido tiempo de coger aire. Cuando por fin pude asomarme y respirar tenía la sensación de haberme tragado la mitad del agua del remanso. Durante largo rato sólo pude toser mientras escuchaba indignado las carcajadas cristalinas de la muchacha. Luego hice un poco de comedia, lo suficiente como para coger yo también por sorpresa a mi amiga entre dos risas y propinarle una ahogadilla en nada inferior a la que ella me había hecho poco antes.

Durante un rato ambos nos aferramos intentando derribarnos el uno al otro, cogiéndonos por los muslos, por los codos o por el pelo, hasta que las risas pudieron con nuestras ansias de venganza y nos dejamos caer hasta el

fondo del estanque, permitiendo que el agua nos cubriera de nuevo los cuerpos desnudos. En un gesto imprevisto Penélope se apretó contra mí y después de besarme en la mejilla apoyó su cabeza contra mi hombro. Su melena morena y mojada se desparramó entonces sobre mi pecho, provocándome un cosquilleo extraordinariamente agradable. Para entonces era ya mucho más consciente de aquellas nuevas partes que habían aparecido, como por arte de magia, en el cuerpo de mi amiga; partes que, como ya afirmé antes, no recordaba que hubiesen estado allí la última vez que retozamos juntos. Después de la visión de las intimidadoras calabazas de la amante de Tiberio me había preparado para encontrarme con cualquier cosa, pero afortunadamente los pechos de Penélope no se asemejaban en nada a aquellas grandes masas de carne. Me parecieron, en cambio, dos milagrosos frutos colgados de su pecho como de la rama de un joven manzano, muy distintos también a las diminutas protuberancias de niña que aún guardaba en mi memoria. Para lo que no había estado en absoluto prevenido, sin embargo, fue para la desconcertante sensación que me produjo su increíble textura, inesperadamente flexible y elástica. Había podido intuirlo al rozar contra mis brazos y piernas, al apretarse contra mi vientre o incluso contra mi rostro mientras jugábamos. Y ahora la disfrutaba con deleite mientras mi amiga me abrazaba y aquellos dos bultos de deliciosa y cálida blandura se apoyaban cómodamente contra mi brazo, gozosamente próximos.

—Creo que te he querido desde siempre, mi pequeño Polibio... —musitó Penélope con un tierno hilo de voz, casi a mi oído, mientras movía su mano perezosamente, describiendo lentos círculos, uno tras otro, sobre mi pecho.

Aquella mezcla de dulces palabras y de suaves caricias calaba como un bálsamo en mi entendimiento. Me sentía tan a gusto en esa postura, junto a ella, que hubiera podido permanecer así, sin moverme, disfrutando en silencio de aquella paz intensa, de aquella intimidad novedosa y extraordinariamente agradable, durante horas. Pero tras unos largos minutos Penélope pareció pensar otra cosa.

—¿Me quieres tú también a mí? —me preguntó si dejar de acariciarme.

Yo aún no me atrevía a abrir los ojos temiendo romper el hechizo en que me sentía suspendido, al que me habían transportado las manos morenas de Penélope. Las mismas manos de niña que había estrechado entre las mías tantas veces, las manos que habían conjurado al fantasma de las manos velludas, las manos a cuya complicidad me entregaba por entero. Y aunque estaba seguro de no saber nada sobre el amor, no tuve dudas sobre lo que

debía contestar.

—Claro que te quiero... —respondí con los ojos todavía cerrados—. Desde el primer día en que te vi, cuando liberaste a aquel pez naranja. Desde ese día, te hubiera seguido a cualquier parte sin dudarlo.

Ella pareció darse por satisfecha con mis palabras, como si fuera eso precisamente lo que esperaba oír. No dijo nada más, pero sus manos empezaron a entrar y salir del agua a medida que sus caricias se deslizaban, cada vez con más decisión, hacia mi vientre bajo la superficie. Luego se inclinó sobre mí y, sin dejar de acariciarme, fue derramando un lento goteo de besos sobre mi pecho, uno a uno, con deliberada parsimonia. Si el tacto de su mano sobre mi piel no había supuesto una completa novedad después de todo, aquella nueva forma de caricia sí que lo era sin duda, y la sensación de bienestar que me inundaba se acentuó todavía más.

—Estarías dispuesto a seguirme a cualquier parte, ¿verdad, amor mío? —susurró mi amiga. Respondí con un gemido afirmativo cuando noté que mi miembro, como en uno de sus esporádicos escarceos nocturnos, parecía haber despertado y comenzaba a cobrar vida propia bajo el agua. Sólo que esta vez no se debía a ninguna causa desconocida, sino al calor del cuerpo de Penélope a mi lado, a la suavidad y avidez de sus piernas que se entrelazaban decididamente con las mías, a la blandura de sus senos, que mis dedos palpaban casi de forma involuntaria, al suave jadeo en que se iba transformando su respiración. Las resueltas manos de Penélope se deslizaban cada vez más ágiles sobre mi vientre, sobre mis caderas y mis muslos, plenamente conscientes de las fuerzas que desencadenaban a unos pocos centímetros tan sólo, pero decididas a ignorarlas de momento.

La sangre que se agolpaba con violencia en mis oídos casi no me permitió oír las últimas palabras de mi amiga de siempre, de mi recién descubierta amante, de mi asombrosa Penélope, que murmuraba entregada y sin dejar de acariciarme:

—Nos iremos juntos, ¿verdad, Polibio? Nos iremos tan lejos de aquí como podamos, los dos juntos, y seré tu mujer y te haré muy feliz, todo lo feliz que puedas desear... Ya lo verás...

Y, decidida a demostrármelo, sumergió la cabeza justo sobre mi miembro, introduciéndoselo en la boca con delicadeza pero firmemente mientras yo me abría paso con dificultad entre los posibles significados de lo que acababa de escuchar, y me daba cuenta gradualmente del pacto que estaba apunto de sellar con Penélope. Un pacto que ella había redactado por su cuenta, sin

contar para nada conmigo (como había hecho tantas otras veces desde que nos conocíamos), pero al que yo estaba a punto de dar mi aquiescencia firmando con algo más que con mi propia sangre. Intenté pensar en algo que hacer, en algo que decir, pero la lengua de Penélope parecía haber puesto freno a la mía propia y el placer comenzó a acumularse sin control en la base de mis genitales, listo para explotar y para comprometer mi destino. Y entonces el miedo, que había ido creciendo en paralelo al placer a medida que la comprensión se hacía más y más completa, alcanzó el primero su clímax y me incorporé tropezando, liberándome del abrazo bucal de Penélope mientras ella me miraba entre sorprendida y alarmada.

—¿Qué te sucede? ¿Te he hecho daño?

Pero ya era demasiado tarde, porque casi al mismo tiempo el placer explotaba envarando mis muslos y haciéndome caer de nuevo al agua. Contemplé asombrado cómo un surtidor blanquecino salía disparado desde mi miembro hacia lo alto, igual que el chorro del estanque de las carpas, hasta caer sobre la superficie alborotada del agua, sobre la cabellera morena de mi amiga, sobre sus pechos mojados, sobre los propios cimientos de nuestra amistad. Todavía me costaba respirar pero saqué fuerzas para hablar aun en medio de aquellas convulsiones que me desgarraban las entrañas en oleadas, esperando en que todavía quedase tiempo de arreglarlo todo.

—¡No puedes! ¡Sa-sabes que no puedes pedirme eso, Penélope! — balbuceé, y el esfuerzo me dejó exhausto—. ¡No puedes pedirme eso! ¡Yo no quiero marcharme del Santuario!

—¿Qué quieres decir? —exclamó ella, aún aturrida, mirándome sin comprender—. ¿Por qué no? Dímelo, ¿por qué no? ¿Acaso no me quieres, Polibio?—. Volví a apartarme ante su tímido intento de tocarme la mejilla y su gesto de incompreensión se acentuó.

No sabía qué responderle. Por supuesto que la quería, pero no podía dejar que extrajera ninguna otra conclusión de aquello a pesar de lo que acababa de suceder.

—¿No has dicho antes que me querías y que me seguirías a cualquier parte? —insistió ella reteniendo a duras penas las lágrimas—. ¡Yo podría ser tu mujer y hacerte muy feliz! ¡Tendríamos muchos hijos y envejeceríamos juntos! Tú podrías seguir estudiando tus libros en cualquier otra parte... ¡Lo único que tendríamos que hacer, Polibio, es marcharnos de aquí, tú y yo! ¡Salir a la Ciudad, o marcharnos incluso más lejos aún...!

No pude evitar un nuevo gesto de rechazo, más convencido con cada frase

que escuchaba de que Penélope estaba por completo fuera de sus cabales. Ella percibió mi reacción y no pudo evitar estallar:

—¡A mí me da igual a dónde vayamos! ¡Sólo quiero salir de aquí, marcharme contigo de una puta vez! ¡Ya llevo esperando demasiado! ¡Estoy harta de estar aquí encerrada! ¿Sabes la clase de vida que me espera en el Santuario? ¿No te la imaginas?

—¿Qué tonterías estás diciendo? —pregunté a mi vez, ya completamente exasperado por el cariz que había tomado todo—. ¡Pertenece a la Orden, no puedes marcharte...! ¡Te cogería la Guardia y luego te cortarían una mano o un pie, ya lo sabes!

—¡Para eso tendrían que cogermelo primero! ¡Que cogernos a los dos! Porque tú vendrías conmigo, Polibio... —insistió Penélope, esta vez casi a gritos, sin un ápice de dulzura en su voz—. ¡Siempre he creído que algún día estarías dispuesto a hacerlo por mí! ¿No lo harías? ¿No vendrías conmigo? —suplicó entre sollozos—. ¡Sé que jamás me atreveré a escaparme yo sola! ¿Y acaso no has dicho antes que me querías, que darías tu vida por mí?

—¿Cómo puedes imaginar siquiera que yo quiera dejar el Santuario? —repliqué a mi vez—. ¡Todo lo que yo tengo está aquí, en este sitio! ¡Y todo lo que deseo también! ¡Tú lo sabes de sobra! ¡Mis estudios, mi tutor, el Telescopio...! —me parecía absurdo que Penélope se atreviese siquiera a pedirme aquello—. ¡No me puedes pedir que lo deje todo!

Volvió a faltarme el aire y todo pareció girar a mi alrededor. Escapé tambaleante hasta la orilla, hasta donde había dejado mi hábito, que apenas pude atisbar como una gran mancha negra sobre la hierba y que intenté ponerme torpemente. Penélope me siguió fuera del agua y se plantó en jarras frente a mí con las piernas abiertas, en su gesto de siempre. Me abrumó desde el esplendor desatado de su cuerpo de mujer, que por primera vez desplegó sin reparos ante mis ojos.

—¡Atrévete a decir la verdad entonces, por una vez! —exclamó con furia, y su voz lo que derrochaba ahora era una intensa amargura—. ¡Me has mentado, Polibio, no me has querido nunca! ¿Acaso no soy lo suficientemente importante para ti? —De pronto su gesto acabó de torcerse y la amargura dio paso a una mirada con ribetes de odio—. ¡Sí que soy lo bastante buena como para chupártela! ¿Verdad? ¡Pero no como para que quieras que sea tu mujer, para que te decidas a dejar el Santuario y a tu amo por mí!

—¿Qu-qué dices? ¿Por qué te pones así ahora? —pregunté sorprendido por su brusco cambio de estrategia y de lenguaje, intentado escapar a la

tormenta que sentía se me venía encima, intuyendo que había algo que había hecho definitivamente mal pero sin saber en realidad qué era, ni por qué se había tenido que estropear todo. Y sin poder apartar la vista de sus muslos de bronce, de la curvatura perfecta de su abdomen, del tamiz de denso y oscuro vello que le escondía el sexo casi por completo, ni de los rotundos pechos coronados por desafiantes endrinas, manchados de mi semen y zarandeados al ritmo cada vez más enérgico de sus gestos. De todo aquello que estaba, en definitiva, rechazando, tal vez para siempre, mientras luchaba por volver a refugiarme bajo la lana de mi hábito.

—¿Qué clase de vida crees que me espera a mí en el Santuario? ¡Tú ya viste al menos parte de lo que me espera aquí! ¿Te extraña que quiera escapar a esa vida de mierda? —insistió en un tono que, si hubiera estado más atento, me hubiese sonado a desesperación, y luego atacó con todo el veneno de que fue capaz, ofendida más allá de lo que yo hubiera podido imaginar—. ¡Sólo eres un hombre de apariencia! ¿Sabes cuántos tíos babean por estar conmigo desde hace tiempo? ¿Y sabes quiénes son? ¡Porque seguro que ni siquiera te lo imaginas! ¡Pero todavía no me ha follado nadie, idiota! ¡Alguno se ha tenido que conformar ya con una mamada, porque nadie tiene derecho a tocarme si yo no quiero hasta que cumpla los dieciocho! ¡Y tú tenías que ser el primero! ¡Yo quería que fueras tú el único, Polibio! ¿No lo entiendes? ¿No lo has entendido en todos estos años? ¡No te creas que ha sido fácil pero me había guardado para ser tu mujer, para que nos fuésemos juntos los dos muy lejos de aquí y compartirlo todo contigo! ¡Pero al final tú te has conformado con lo mismo que ellos, con una miserable paja!

Pero yo no quería ya escuchar ni atender a nada de lo que Penélope me gritaba. Todo lo que sentía en ese instante era que ya no era capaz de soportarlo más, ni siquiera por un momento. Algo más poderoso que yo me empujó definitivamente sobre el borde del abismo y eché a correr como un poseso con el hábito a medio poner, mientras una parte de mí, desde una extraña y dolorosa lucidez, recordaba aquella otra carrera tan similar, por aquellos mismos Jardines, de hacía ya tantos años y se preguntaba en dónde radicaba la similitud entre ambas.

Aún tuve tiempo de oírla gritar a lo lejos, mientras corría, frases que me llegaron como en jirones, que intenté borrar de mi mente tan pronto como penetraron mis oídos y que enseguida quedaron, como todas las anteriores, enterradas en el fondo de mi memoria, casi como si no las hubiese escuchado nunca.

—¡Polibio, pronto voy a cumplir dieciocho años! ¡No puedes dejarme aquí ahora! ¡Vuelve de una vez, hijoputa!

Hubiera debido estar más atento, y no sólo a este último y exasperado grito. Hubiera debido escuchar mejor el dolor que en ese instante desgarraba las entrañas de mi amiga, al sentir que tantas cosas se le escurrían, en ese preciso momento, de las manos: sus sueños de escapada del Santuario, cuyos riesgos no se atrevía a afrontar en solitario, e incluso sus expectativas para conmigo, que quizás había madurado durante años sin que yo me hubiera dado cuenta nunca de nada. Todas sus esperanzas debieron saltar en pedazos ante sus propios ojos en aquel instante en el que yo me lancé a la carrera, medio desnudo, sin atender a sus lamentos ni a su desesperación.

Fue de este modo tan desgraciado como irrumpieron en mi vida, en una súbita y desastrosa confluencia, esas dos caras de lo que constituye, en definitiva, una única moneda: amor y sexo. Ambas se asocian con frecuencia a sentimientos de dicha y felicidad, y sin embargo lo que dejaron tras de sí fue un poso intensamente amargo. Fue sin duda un descubrimiento adquirir plena consciencia en un instante de que, en realidad, había amado a Penélope desde siempre. Pero tenerla al alcance de la mano para luego perderla por culpa de un sueño imposible, por una exigencia que me parecía del todo disparatada, me hizo sentirme intensa y dolorosamente frustrado. También me permitió comprender mejor el sufrimiento de Beldo. En cuanto al sexo, me costó mucho más trabajo relacionar las sensaciones que había experimentado aquella tarde, aún en pleno instante de placer, con el juego divertido y desenfadado de que hablaba mi amigo Tiberio. Y también toda la angustia y la desesperación que vinieron después, a lo largo de los días y, sobre todo, las noches de las semanas que siguieron.

En todo aquel tiempo apenas tuve un momento de respiro. Durante el día intentaba concentrarme, con todas mis fuerzas, en mis numerosas obligaciones. Pensaba con frecuencia en las satisfacciones que me habían brindado hasta ese momento los avances en mis estudios de la mano del Padre Jacinto y me convencía de que sin duda, cuando le había intentado hacer ver a Penélope lo absurdo de su propuesta, había hecho lo mejor para ambos a pesar de las circunstancias y de las consecuencias de mi decisión. Pero eso no impedía que me sintiera inmensamente infeliz cada vez que recordaba la expresión de odio de mi amiga al sentirse rechazada por mí, su

mejor amigo hasta entonces, la persona a la que había vinculado sus sueños, a quien incluso había asegurado amar. La misma que le había dicho, sólo un momento antes, que la seguiría a cualquier parte.

Y aunque el ajetreo de una jornada dedicada por entero al trabajo lograba su objetivo de embotar, al menos hasta cierto punto, el agitado volcán de mis emociones, al recostarme en mi litera nada impedía que me acuciase el recuerdo de su cuerpo moreno junto al mío, el tacto dulce de sus senos contra mi piel, de sus manos sobre mi vientre. En mis fantasías nocturnas no había lugar para nada que interrumpiese sus caricias y yo se las devolvía, tal como habría deseado hacer en esa tarde aciaga. Y, cada noche, el encuentro entre nuestros cuerpos tomaba un rumbo distinto. Las más de las veces despertaba empapado en sudor, el miembro envarado, tan dolorido que sólo con mis manos, imaginando que eran, una vez más, las de mi amiga, las de mi amante, conseguía liberarme en una amarga mezcla de placer, frustración y culpa.

El único efecto positivo de todo aquello fue que, por fin, acerté a comprender plenamente a qué obedecían los jadeos de Beldo en su litera, aunque podía imaginarme que sus fantasías no coincidían en todos sus detalles con las mías. También había entendido a qué se refería Tiberio cuando me había hablado de las manos prodigiosas de su Dama Blanca, y aunque me sentí tentado de decírselo finalmente opté por guardarme los pormenores de mi propia pasión tan sólo para mí mismo, y eso he hecho hasta el mismo día de hoy, cuando a nadie puede ya importarle...

A la semana siguiente, después de mucho recapacitar y convencido de que las cosas no podían quedar entre nosotros del modo en que lo habían hecho, regresé a los Jardines. Estaba decidido a ofrecerle a Penélope todo mi cariño pero también a explicarle, con la paciencia necesaria para que llegara a entenderlos sin equívocos, los motivos de mi inamovible postura. Acudí imbuido de una estúpida jactancia, convencido de lo razonable de mi actitud, de la solidez de mis argumentos, de la infalibilidad de mi lógica. Y resuelto a ayudarla, en la medida de mis posibilidades, a resignarse a las circunstancias y a aceptar el papel que le correspondía dentro del Santuario. Pero Penélope no apareció. Tampoco lo hizo a la semana siguiente, ni a la otra. Y después de casi dos meses de ausencia en los que poco a poco me fue ganando la desesperación, y durante los que fui haciéndome gradualmente a la idea de que lo que había habido entre nosotros, aquella amistad que juramos eterna, se había roto para siempre, yo también dejé de acudir a los Jardines, y esta

vez fue decidido a no volver jamás.

30. La marcha de Tiberio y el regreso del Maestro de Oblatos

Aquel verano se me hizo insoportablemente largo. De hecho, viví aquellos meses con la permanente sensación de hacerlo en una pesadilla a la que no veía el sentido y, sobre todo, el final. Pese a todo, no dejé de progresar en mis estudios, sino más bien al contrario. Quizás tuvo que ver la decisión, incluso me atrevería a decir que la rabia, con la que me entregué a mis tareas en el Observatorio. Estaba decidido a hacer valer al máximo aquello por lo que parecía haber sacrificado definitivamente mi relación con Penélope. Resultaba evidente la satisfacción que mi entrega al trabajo proporcionaba al Padre Jacinto, que cada día creía ver más confirmadas las esperanzas que había depositado en mis capacidades. Sin embargo, aquello no me hacía sentirme más feliz, y las cosas no fueron precisamente a mejor en los meses siguientes.

Apenas acababa de entrar el otoño cuando una tarde, después del almuerzo, Tiberio nos pidió a Beldo y a mí que nos reuniésemos con él en la celda en cuanto pudiésemos. Cuando llegué después de pasar por la Biblioteca para recoger un encargo del Padre Jacinto, Tiberio tocaba el oboe como tantas otras veces, desde lo alto de su litera. Beldo le escuchaba tendido en la suya, con los ojos cerrados, también como muchos otros días. La música que inundaba la celda era, precisamente, la canción preferida de mi amigo, la misma que yo reproducía en ocasiones en el Observatorio mediante el aparato inventado por mi tutor. Pero aquella vez, la dulzura y serenidad que me transmitían siempre aquellos sonidos parecían haberse esfumado. Las notas resultaban tensas, secas, desprovistas de la fluidez y el calor a que estaba acostumbrado. La voz del oboe resonaba a veces tan áspera como si golpease con violencia contra las paredes. Finalmente Tiberio se detuvo.

—El Hermano Crisógono me ha propuesto que profese como Hermano

antes de Navidad —dijo sin previo aviso desde lo alto de la litera, asomándose con gesto serio. Luego continuó sin atender a nuestras exclamaciones, que se debían tanto a la alegría por la noticia como a lo extraordinario de la propuesta. Tanto Beldo como yo sabíamos que aquello no quebrantaba la Regla, pues Tiberio cumpliría la edad mínima de dieciocho años exigida para poder formular los votos en unas pocas semanas, pero sí contradecía la costumbre de que los novicios mayores profesasen todos juntos una vez al año, en primavera.—. Quiere que me haga cargo de las clases de Música lo antes posible y no podría hacerlo si no soy un miembro de pleno derecho de la Orden...

Beldo le miró entusiasmado, sabedor de que aquello era lo que Tiberio siempre había esperado que llegase algún día desde la muerte de su querido tutor.

—¡Tenemos que celebrarlo! —exclamó, y yo me uní a sus gritos de alborozo. Pero antes de que tuviéramos ocasión de abalanzarnos sobre nuestro amigo éste nos detuvo con un gesto enérgico, y su rostro moreno se puso más serio.

—¡Parad ya! ¿No veis que no puedo aceptarlo? —exclamó, sorprendiéndonos una vez más.

—¿Por qué no puedes? —atiné a preguntar, anticipándome a un Beldo que parecía haberse quedado sin habla.

—¡Porque no quiero quedarme en el Santuario! —reaccionó airadamente, como si nuestra propia estupefacción le enojase—. ¿Queréis que malgaste aquí toda mi vida y mi talento, como hizo el Hermano Anselmo? ¿Eh? ¿Y que dentro de cincuenta años o sesenta años, cuando no sea más que un viejo miserable, con los huesos deformes y un hilo de voz cascada, y no logre sacar de este instrumento poco más de lo que sacaría, por ejemplo, el mismo Polibio —y me señaló con un gesto -, los novicios se rían de mí a mis espaldas? No, lo he pensado mucho y no pienso dejar que me suceda eso...

—Pe-pero eso era lo que querías precisamente, ¿no? —preguntó Beldo con voz temblorosa. Su rostro había palidecido más allá de lo imaginable, y pude ver en sus ojos destellos de pavor—. Desde que mu-murió el Hermano Anselmo todos sabíamos que tú acabarías siendo algún día el nuevo Maestro de Canto del Santuario... ¿No es la música tu mayor pasión?

—Sí que lo es, Beldo. Lo sabes mejor que nadie... —replicó mirándolo gravemente—. Pero creo que también sabéis ambos, ya a estas alturas, que no es la única. La vida tiene muchas cosas agradables y algunas de ellas no

casan demasiado bien con la vida religiosa...

Beldo se ruborizó mientras su amigo proseguía, esta vez muy lentamente, como si le costase trabajo decir las palabras que sabía habrían de cambiarlo todo irremisiblemente.

—La última vez que estuve actuando en la Corte, hace un par de semanas, un alto dignatario me hizo una proposición. El Patriarca le enviará como nuevo Gobernador a Salamanca muy pronto y está dispuesto a incluirme en su séquito y llevarme con él... ¡Y yo he decidido aceptar! —reveló por fin con una exclamación en la que creí detectar un rastro de alivio.

Beldo se sentó en su litera con aspecto aturdido, como buscando sentido a aquellas palabras. Pero Tiberio continuó, mirándome con una intensidad que pocas veces se permitía revelar, evitando deliberadamente volver la vista a Beldo aunque pude darme perfecta cuenta de que sus palabras iban realmente dirigidas, sobre todo, a nuestro sensible compañero, y de que era consciente de que con cada una de ellas le hería profundamente.

—Sé que puedo triunfar en la Corte, Polibio. Tengo talento para lograrlo, y no sólo me refiero a talento musical... El dignatario tiene varias hijas de gran belleza, y también una mujer bastante más joven que él que no paró de lanzarme miradas lánguidas durante toda la entrevista. Ella también es hermosa, aunque a su modo. Creo que ya te lo he dicho alguna vez, Polibio... —me sonrió, aunque sin una pizca de su alegría y desenfado habituales—. Me refiero a que todas las mujeres me parecen hermosas, cada una a su manera. Te aseguro que todas tienen una belleza propia, exclusiva, que las hace únicas...

Hizo una pequeña pausa, como arrepentido de la digresión, pero ni Beldo ni yo fuimos capaces de interrumpirle, de modo que continuó, casi forzado a hablar por el silencio en que nos habíamos refugiado los demás.

—Y cuando triunfe en Salamanca, volveré a la Ciudad. Pero no al Santuario. Creo que jamás regresaré aquí si puedo evitarlo... —lancé una mirada de soslayo para ver cómo reaccionaba Beldo, que seguía con la vista extraviada y el rostro del color de la cera. Tiberio hizo como si no se hubiera dado cuenta—. Ya he conocido la vida de la Corte y sé que es eso lo que quiero... ¡Eso sí que es vivir, Polibio! Esto... —miró a su alrededor, a la celda que había compartido con nosotros, sus amigos, durante años, con un gesto de desprecio que no dejó de dolerme—. Esto no son más que ruinas y polvo. Y decadencia; y muerte. Es decir, nada. La vida está ahí fuera.

Cuando dijo estas últimas palabras no pude evitar acordarme de Penélope,

de la Penélope que hacía sólo unas semanas me había propuesto materializar lo mismo que Tiberio perseguía ahora. Pero las diferencias eran significativas: aunque todos fuimos adquiridos en su día por la Orden como esclavos, los novicios habíamos abandonado dicha condición en el preciso momento de profesar como tales, por lo que la pretensión de Tiberio de dejar el Santuario, aunque no agradaría al Padre Crisógono, era perfectamente legítima. Penélope, sin embargo, estaba condenada a mantener su condición de esclava de por vida. En caso de escapar, la Guardia la hubiera perseguido sin piedad por todo el Reino hasta darle caza, y hubiera debido soportar el castigo para su delito que, en general, consistía en alguna clase de amputación. Yo mismo, de haberla ayudado a fugarse, me hubiera visto en un serio aprieto. Eso era lo que creía ver con claridad y lo que me repetí de todos modos varias veces, para estar seguro de no olvidarlo.

—¿Y nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros sin tí? —preguntó de pronto Beldo con voz lastimera, aunque los tres sabíamos muy bien que en realidad quería decir: “¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo sin tí?”.

Tiberio se encogió de hombros aunque sus ojos dejaron entrever toda la tristeza que pretendía camuflar con su gesto de indiferencia.

—No lo sé, Beldo. Pero te prometo que no voy a olvidaros: sois la única familia que tengo. Os escribiré con frecuencia. Y volveré pronto a la Ciudad. Calculo que no serán más de dos o tres años... Entonces podremos vernos de nuevo...

Pero Beldo ya se había tendido sobre su lecho y sollozaba amargamente. Tiberio me miró con la expresión desolada que le había visto ya otras veces y extendió ambas manos en un gesto de impotencia.

—¡No puedo hacer otra cosa, Polibio! ¡No puedo quedarme aquí! Tampoco para mí resulta fácil, pero tenéis que entenderlo...

E incapaz de aguantar más los sollozos de su amigo, salió de la celda apresuradamente cerrando la puerta de golpe.

A pesar de la última súplica de Tiberio, debo admitir que no logré entender entonces los motivos que impulsaban a mi amigo a abandonar el Santuario. Quizás si lo hubiera hecho, si le hubiera escuchado con más atención, si me hubiera esforzado un poco más..., quizás entonces hubiese logrado comprender mejor también a Penélope. Pero, al igual que hice con mi amiga, no le permití a mi compañero y antiguo jefe de celda ninguna oportunidad para explicarse mejor.

Aunque había recibido la noticia sin reaccionar apenas, lo que sentí casi

de inmediato, en cuanto Tiberio salió de la celda, fue una enorme rabia. Me sentí abandonado, traicionado por segunda vez en tan poco tiempo, esta vez por aquel a quien consideraba como mi hermano mayor. Pensaba además que Tiberio se revelaba inmensamente desagradecido actuando de este modo ya que, al igual que yo mismo, le debía al Santuario todo lo que era. Sólo tiempo después, tras reflexionar mucho sobre todo ello, me di cuenta de que no era así en absoluto. Porque, en realidad, y al contrario de lo que había sucedido en mi propio caso, mi amigo se había encontrado con las dos grandes pasiones de su vida, la música y las mujeres, fuera de los muros de la vetusta sede de la Orden. Tiberio sabía lo que deseaba (al igual que yo lo había sabido, sin duda alguna, ante la proposición desesperada de Penélope) y sólo trataba de ser fiel a sí mismo, como cada uno de nosotros. Debí darme cuenta de esto entonces y no juzgarle tan severamente. Sin embargo, lo único que me permití sentir en aquellos momentos fue una profunda irritación ante el desamparo en que creía nos dejaba sumidos a Beldo y a mí. Aunque, imagino que para sentirme menos egoísta, el motivo por el que me decidí a condenarle fue el que se mostrase capaz de dejar al pobre y frágil Beldo abandonado a su suerte.

Sólo una semana después de aquella conversación Tiberio dejó el Santuario. Beldo estuvo ilocalizable durante todo el día, por lo que no pudo despedirse de él. En cuanto a mí, había decidido que tampoco le pondría las cosas fáciles, pero en el último momento me di cuenta de que no podía hacerle aquello después de tantos años, de que le quería demasiado como para no decirle adiós. Cuando le abracé, antes de que abandonara la celda, me di cuenta, al igual que me había sucedido con Penélope en nuestro último encuentro, de que le miraba de otra manera, casi desde su misma altura. Fue un extraño abrazo, entre otras cosas porque no sólo fue el último que nos dimos, sino porque se trató al mismo tiempo del primero, creo recordar, desde el incidente de la Cruciflor. Tiberio había evitado a partir de entonces, de forma casi escrupulosa, las muestras de afecto físico que antes solía prodigarme sin reparos. Con el tiempo comprendí también que no lo hacía por mí sino por deferencia hacia Beldo, para no torturarlo innecesariamente.

—Estás casi tan alto como yo, pequeñajo —murmuró dándome una palmada afectuosa en la mejilla—. Nunca hubiera imaginado que aquel renacuajo que nos metieron en la celda a la fuerza y que casi no alcanzaba a

la mesa llegaría a crecer tanto... Oye, cuídate mucho, Polibio. No dejes que el sabio loco ese te derrita el cerebro, ni tampoco que te meta en líos, ¿de acuerdo? —asentí, sabedor de que a Tiberio nunca le había gustado mi relación con el Padre Jacinto—. Y ya verás cómo, persigas lo que persigas, acabarás por encontrarlo. No pierdas nunca el ánimo, ¿eh? Por si te sirve de algo, siempre he creído que eras el más listo de los tres...

No pude evitar que en ese momento mis ojos se anegaran en lágrimas, aunque Tiberio no quiso darse por enterado.

—Y, por favor, cuida mucho de Beldo, ¿eh?

Asentí nuevamente, pero fui incapaz de decirle nada más.

Por fin, cogiendo el estuche de su oboe con una mano y sujetando con la otra un pequeño saco que contenía el resto de sus posesiones, Tiberio abandonó la celda para siempre.

Durante un rato me quedé de pie allí en medio, incapaz de moverme. Luego, no sé cuánto tiempo después, reaccioné y acudí a la carrera al patio de acceso. Un carruaje de aspecto destartado, muy diferente a los lujosos vehículos que habían venido a recoger a mi amigo desde el Palacio del Megaobispo, avanzaba ya traqueteando por el camino polvoriento que, tras flanquear establos, gallineros y barracones, conducía hasta las puertas enrejadas del recinto.

Aunque traté de darle alcance antes de que abandonase definitivamente el Santuario, el carruaje fue ganando velocidad y atravesó el portón que sujetaba un impaciente Hermano Lázaro mucho antes de que pudiese siquiera acercarme.

—¡Tiberio! ¡Sé cómo se llama tu instrumento! —grité desesperado mientras un intenso pinchazo en el costado izquierdo me obligaba a menguar aún más el ritmo de mi lastimosa carrera.

Mientras el coche se alejaba en medio de un torbellino de hojas secas, mi amigo asomó por la ventanilla sus rizos castaños y agitó la mano en señal de despedida. El Portero me lanzó entonces una mueca burlona y centelleante y procedió a cerrar de nuevo las puertas. Aunque no era lo que nos habíamos prometido, de algún modo intuí, en aquel preciso instante, que aquella visión fugaz de Tiberio, asomado a la ventana del coche y con la mano en alto, había sido la última que jamás tendría de mi buen amigo.

Para terminar de relatar lo sucedido en aquellos tristes días tengo que

precisar que la marcha de Tiberio coincidió en el tiempo con el retorno de otro viejo conocido. Sin embargo, ese regreso no ayudó precisamente a aliviar la sensación de vacío que había dejado la partida de mi amigo. Por el contrario, la vuelta de aquel personaje infausto supuso más bien el regreso de una pesadilla que creía ya apartada de mí para siempre.

Fue muy poco después de marcharse mi amigo, un día nublado y ventoso, cuando me encontré al Padre Ovidio esperándome a las puertas de la Biblioteca, con la capucha echada hacia atrás y la lengua asomando por entre los labios.

No adiviné lo que sucedía de inmediato. Al ver al antiguo Maestro de Oblatos por primera vez me sobresalté como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. El corazón me flaqueó por un momento y durante varios y larguísimos segundos me quedé paralizado, tal como me sucedía a menudo de pequeño cuando era incapaz de enfrentarme a algo o a alguien. Pensé que había regresado al Santuario después de su largo exilio y por un momento me sentí de nuevo el niño al que había invitado a su celda con oscuros propósitos. Sabía que se vengaría y miré a mi alrededor con un único objetivo en mente: hallar una puerta cercana por la que poder escapar de aquellas garras velludas.

Me sacó de mi estupor otro novicio con una palmada en el rostro, al ver que no respondía a su pregunta ni aun después de repetírmela varias veces.

—Oye, Polibio, no sólo estás medio sordo... ¡También estás más pálido que un muerto! —exclamó el muchacho.

Me disculpé como pude, inmensamente aliviado no tanto por haber salido de aquella pesadilla extraída por sorpresa de mi memoria, sino por la inspiración que me brindaron las palabras del novicio. Comprobé más sereno que el muchacho, que se alejó tranquilamente hacia la Biblioteca, pasaba de largo ante la figura del antiguo Maestro de Oblatos, claramente erguido junto a las imponentes puertas. Me fijé mejor entonces y pude distinguir que su rostro, adornado por pronunciadas ojeras, no tenía el color de antaño y que los labios por los que paseaba la lengua negruzca eran grises y macilentos.

Y de este modo fue como supe que el espectro del Padre Ovidio, culpándome quizás de su desgracia, había venido a visitarme finalmente, después de muerto. No era algo que nunca hubiese imaginado que podría suceder. Alguna vez había considerado la posibilidad de que, una vez fallecido y finalizado así su obligado ostracismo en la remota casa de la Orden a la que había sido exiliado por el Superior, el fantasma del viejo

pederasta optase por regresar al Santuario. Pero la última vez que le había prestado atención a aquella absurda idea había sido ya varios años atrás.

Los ojos del espectro, sin embargo, no me parecieron totalmente desprovistos de voluntad como los de los demás fantasmas que deambulaban por el Santuario. Aunque no estaba seguro de si se trataba sólo de una impresión subjetiva, me pareció que aquellos ojillos me miraban fijamente, destilando un odio espeso e intenso como si deseasen, por encima de todo, capturarme para hacerme pagar un precio muy caro por haber tenido parte en su destierro. El espectro se pasó entonces la lengua por los labios y comenzó a aproximarse con lentitud, sin dejar de mirarme. Recordé en ese instante la inesperada muerte de Eutimio durante mi Iniciación a manos, por así decirlo, del espectro de Galerio, y me estremecí. Acostumbrado al deambular en apariencia inofensivo de los fantasmas del Santuario, aquella nueva posibilidad me resultó difícil de asumir. Sin embargo, a juzgar por la mirada del Ofidio, parecía perfectamente verosímil.

De improviso, una figura diminuta se materializó justo delante de mí. Me costó trabajo reconocerla ya que apenas me llegaba al pecho, pero enseguida comprendí que no podía tratarse sino de Galerio, a quien en la Capilla sólo había visto de lejos y entre la penumbra. Mi antiguo amigo no se volvió hacia mí, sino que pareció fijar su mirada imperturbable sobre el fantasma del que antaño había sido su atormentador. El antiguo Maestro de Oblatos pareció incomodarse con la llegada de Galerio y, después de unos segundos en los que tuve la impresión de que nos miraba alternativamente a uno y a otro desde sus siniestros ojillos, se esfumó.

Aunque después de la muerte de Eutimio mis sensaciones con respecto al fantasma de Galerio habían cambiado, me alegré inmensamente de que hubiera decidido acudir en mi ayuda en aquellas circunstancias, y se lo dije.

—¿Por qué crees que sigo aquí, Polibio, si no es para protegerte? —fue lo único que respondió lacónicamente antes de esfumarse y dejándome sin ocasión de preguntarle por el macabro suceso de la Capilla.

En los meses siguientes aquella escena se repitió, con muy escasas diferencias, en numerosas ocasiones. Ignoro qué extraño juego se estaba librando a mi costa, más allá de mi entendimiento. Pero cada vez que el fantasma del Padre Ovidio se hacía visible próximo a mí, casi de inmediato aparecía el espectro de mi amigo Galerio y nuestro antiguo mentor desaparecía con rapidez. En alguna ocasión incluso me pareció notar en su rostro macilento un violento rictus de frustración.

Aunque las primeras veces no podía evitar un respingo, con el tiempo llegué a acostumbrarme a aquel extraño juego y decidí ignorar su presencia hasta que, por fin, pareció que el espectro se cansaba de lo inútil de sus repetidos intentos. Sin embargo, nunca dejé de tener la incómoda sensación de que el siniestro Maestro de Oblatos rondaba a mi alrededor buscando el momento apropiado, el instante en que no pudiera contar con la defensa de mi amigo y me tuviese a su merced.

Dado que no hablaré más de mi amigo Tiberio en adelante, no quiero dejar de mencionar lo último que llegué jamás a saber de él, pese a que suponga tener que adelantarme unos meses en el tiempo. Tuvo que transcurrir todo aquel invierno y avanzar de forma ostensible la primavera, hasta el momento en que las rutas hacia el Norte quedaron despejadas de nieve y hielo, para que llegase al Santuario una carta de nuestro jefe de celda, la primera de la larga serie que había prometido. Nos la trajo a la celda el propio Padre Crisógono y nos la entregó con expresión compungida.

—¡Que estupendo Maestro de Canto hubiera sido vuestro amigo! ¡Y cómo echo de menos su música en los Oficios! —exclamó con un suspiro, y yo no pude dejar de estar de acuerdo. Para mí, las celebraciones en la Capilla se habían convertido en una monótona y aburrida rutina desde que faltaba la atmósfera mágica que Tiberio sabía crear con su oboe, incluso a pesar de lo novedoso de mi nuevo emplazamiento en el Coro, precisamente en el asiento que había ocupado antes mi amigo.

Beldo se precipitó sobre la misiva, que ya había abierto (y con seguridad también leído) el propio Superior y, conteniendo mi propia impaciencia, le dejé que se recreara en su lectura, convencido de que él necesitaba de aquellas líneas más que yo. Pero apenas unos segundos después me la entregó con un gesto de desprecio y salió de la celda sin decir nada.

No sé que había esperado encontrar mi amigo en aquella carta, aunque es posible que soñase con alguna señal de que Tiberio se arrepentía de su decisión, quizás incluso con el anuncio de un inminente regreso al Santuario. Pero la carta no decía nada parecido. En realidad, decía más bien poca cosa. Como puede suponerse, no refería detalles sobre las expectativas de nuestro amigo con respecto a su arte o con respecto a las hijas del gobernador. Sin duda Tiberio había previsto la posibilidad de que el Superior leyera su mensaje. Se limitaba pues a contar que había llegado bien y que se trataba de

un lugar tranquilo y provinciano, muy diferente de la Ciudad. Las incursiones galaicas de años atrás parecían haber cesado, y él se limitaba a ejercer como un miembro más del séquito que el dignatario exhibía para deslumbrar a la nobleza local.

La misiva me pareció fría y lacónica, casi impersonal, pero tampoco había recibido nunca ninguna otra carta de nadie de modo que no tenía en realidad con qué comparar. Quizás Tiberio no podía permitirse desde su actual posición otro tono, el que probablemente hubiese preferido, más parecido al talante desenfadado con que solía dirigirse a nosotros. Pero me hubiese gustado saber que nos echaba de menos a Beldo y a mí, los que nos habíamos considerado sus hermanos durante tantos años. Confié en que quizás algún mensaje posterior de mi amigo revelase algo más sobre sus sensaciones, sobre la forma en que se materializaban o no sus expectativas, sobre cuánto añoraba nuestra compañía.

Sin embargo, nunca llegó una segunda carta. En los meses siguientes Beldo acabó persuadiéndose de que Tiberio nos había olvidado definitivamente y optó por no volver a mencionar su nombre siquiera. Pero yo siempre me negué a creer en esa posibilidad. Estaba convencido de que Tiberio me profesaba un genuino afecto y también de que, pese a no poder corresponderle como él hubiera deseado, quería sinceramente a Beldo. Y aunque los años siguientes transcurrieron sin más noticias de nuestro amigo, siempre estuve convencido de que había un motivo para aquel silencio. No perdí nunca la esperanza porque estaba seguro de que, de haberle sucedido a Tiberio alguna desgracia, es decir, en caso de haber muerto, habría regresado al Santuario como espectro, tal como lo hizo el propio Padre Ovidio al poco de la partida de mi amigo. Y, que yo sepa, nunca sucedió tal cosa.

Esa esperanza, sin embargo, no llegó jamás a verse recompensada. Si finalmente llegaron noticias de Tiberio al Santuario, no nos encontraron allí a ninguno de sus dos posibles destinatarios. Pero si así ha sido, no tengo forma alguna de saberlo, aunque debo reconocer que hubiese dado mucho a cambio de poder verle de nuevo, de abrazarle y de sentarme a su lado a oírle tocar. A menudo imagino que lo hago, cerrando los ojos mientras me deleito con la música escondida en los surcos del viejo disco negro, y entonces la vida parece detenerse y los sueños desvanecidos y las ilusiones perdidas dejan de pesarme, y todo parece fresco y posible todavía.

31. El hundimiento de Beldo

Parecía como si la ruptura con Penélope, tan sólo unos meses atrás, hubiera desencadenado una avalancha de conmociones en lo que había sido la rutina de mi vida en los últimos años, una rutina que había llegado a amar y en la que todo parecía haber tenido su sitio y su momento adecuados. Toda aquella sensación de segura estabilidad había saltado hecha pedazos. Y, de alguna forma, parecía que mi destino era ahora el de ir perdiendo, uno tras otro, a mis seres más queridos. Había perdido primero a mi amiga de toda una vida y luego a quien consideraba como mi hermano mayor. Si retrocedía aún más en el tiempo, de hecho, también podía incluir a Galerio en este amargo recuento. ¿Qué era lo que me quedaba por perder todavía? Me hacía con frecuencia estas trágicas reflexiones, ignorante de que siempre que se siga con vida, incluso cuando todo parece más lúgubre y desesperado, puede perderse aún un poco más. Y el siguiente paso, por supuesto, tuvo que ver con Beldo.

Ya desde hacía meses, incluso antes de la partida de Tiberio, Beldo había dedicado buena parte de su tiempo a misteriosas actividades secretas, sobre las que nos había dado escasas y poco creíbles explicaciones. Pero después de que ambos nos quedamos solos apenas si había tenido ocasión de hablar con él, e incluso llegué a pensar que me esquivaba deliberadamente. Cuando me lo encontraba de día en la celda, casi por azar; en el Refectorio, a donde iba por necesidad; o en los propios Oficios, a los que no podía dejar de asistir y en los que ahora podía observarle de cerca, me parecía invariablemente serio y taciturno. También por las noches se acostaba sin decir palabra y luego se revolvía con insistencia en su litera. Pese a todas mis congojas era yo quien solía conciliar el sueño el primero. Pero durante el día no dejaba de verle correr de un lado para otro, desplegando una actividad frenética. Tan pronto acudía al huerto para recoger muestras como regresaba a la Biblioteca para

consultar antiguos tratados o se refugiaba en su Botica. Incluso me llegaron noticias de que le habían visto por los establos rebuscando entre el estiércol, cosa que me hizo dudar por un momento de su cordura.

—Tengo mucho trabajo en la Botica, Polibio... El Hermano Ulpiano lo deja todo en mis manos así que no doy abasto... —respondió incómodo cuando le pregunté por sus continuas idas y venidas—. Y ahora, si me disculpas...

—Pero Beldo, no hemos hablado apenas desde que Tiberio se fue...

—No sé de quién me hablas, Polibio... —me espetó con un gesto despectivo, y dejándome con la boca abierta se escapó prácticamente a la carrera.

Pese a todo, y aunque me sentía hondamente apenado por mi amigo, no di a aquel comentario demasiada importancia pensando que era lógico, incluso previsible, que la marcha de Tiberio, a quien sabía que Beldo amaba, le afectase profundamente. Y creí entender que había optado por volcarse, aun de forma obsesiva, en su trabajo como yo mismo había tendido a hacer en los últimos meses tras mi desengaño con Penélope. Por tanto, no resulta extraño que no me alarmase sino hasta el preciso día en que, casi dos meses después de la partida de nuestro jefe de celda, encontré a mi compañero tendido en la litera de Tiberio, que poco antes había hecho suya. Yacía por completo inerte, con los ojos en blanco y asomándole espuma a los labios entreabiertos, en un estado no muy diferente al que recordaba del día de la Cruciflor.

Después de aquel funesto episodio de hacía ya más de dos años, había llegado a creer que Beldo podría conformarse con la ingesta semanal de la Sagrada Planta, por exigua que le pudiese parecer la ración que le correspondía durante el Sacrificio (y estaba seguro de que, a la vista de lo que le había visto consumir en aquel día aciago, así la consideraba mi amigo). Llegué a pensar incluso, alguna vez en que me había parecido a punto de desmoronarse, en la conveniencia de pasarle alguno de los fragmentos que yo mismo había escamoteado a lo largo de los meses, aunque finalmente las severas advertencias del Padre Jacinto sobre las consecuencias del consumo excesivo de Cruciflor me habían quitado la idea de la cabeza.

Pero aquel día comprendí que, de algún modo, Beldo había encontrado la forma de procurarse más cantidad del Sagrado Fruto a pesar de que no tenía noticias de que nada extraño hubiese ocurrido en el Invernadero. No le dije nada en aquella ocasión aunque me quedé profundamente preocupado. Pero

cuando dos o tres días después volvió a suceder lo mismo, no pude evitar fustigarle en cuanto pareció recobrar la lucidez.

—¡Has vuelto a robar una Cruciflor! ¡Estás completamente loco, Beldo! ¡Esta vez te echarán a la calle! ¡Eso, si no te denuncian al Santo Oficio! — exclamé, cada vez más enojado—. ¡No quiero saber nada de ti, ni quiero que me echen a mí también cuando el Cabezahuevo lo averigüe todo! ¡Tengo muchas cosas importantes que hacer en el Santuario para echarlas a perder por culpa de un imbécil!

—¡Espera! —a pesar de que yo era ya entonces más alto que él, Beldo me tomó del brazo con una fuerza sorprendente y me obligó a escucharle —¡No he robado nada, Polibio! ¡Y nadie va a echarnos de aquí porque nadie sabrá nunca nada! ¡Sólo estoy haciendo un experimento!

—¡Me estás mintiendo! He visto el estado en que te encuentras estos días: estás tomando el fruto de la Cruciflor a escondidas...

—Te equivocas, de veras...

—¡Lo he visto con mis propios ojos, Beldo! ¿Crees que no sé distinguir lo que tengo delante de mí? ¡Ya te he visto antes así, acuérdate!

—Me parece que la única manera de que me creas es que vengas conmigo... —se puso la gruesa cogulla sobre el hábito y me tomó del brazo—. ¡Acompáñame!

Beldo me condujo casi a rastras a través del huerto, de la primera capa de nieve del invierno y de la acequia helada, hasta las ruinas de uno de los edificios abandonados. Allí, en la esquina de una pequeña sala todavía con el techo en buen estado, con las paredes de piedra ennegrecidas por el humo de algún antiguo incendio y parcialmente invadida por las zarzas y las ortigas que se habían abierto paso a través de las ventanas desnudas, mi amigo había despejado un espacio de varios metros cuadrados sobre el que había extendido un lecho de estiércol. Entre los excrementos medraba una abigarrada colonia de pequeñas y extrañas plantas que me resultaron vagamente familiares. Se trataba de algún tipo de hongos, con troncos largos y finos que sustentaban una capucha semiesférica, rematada a su vez por una destacada protuberancia. Sentí un estremecimiento cuando lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de una inmensa colección de pechos, cada uno coronado por un airoso pezón, pechos que me parecieron réplicas casi exactas de los de Penélope.

—¿Recuerdas el libro del Padre Jacinto que me prestaste? —asentí sin poder apartar la vista de aquel insólito y lascivo vivero—. Pues he estado

haciendo algunos experimentos... Varias de las plantas y hongos a las que se refería tu sabio en aquel tratado crecen libremente por ahí fuera entre las ruinas, y sobre todo entre las boñigas y el estiércol que se amontonan detrás del huerto. Sólo he tenido que plantarlas aquí dentro, al abrigo del frío, cuidarlas un poco, recolectarlas a su debido tiempo y procesarlas después para concentrar los principios activos... En eso el Padre Felicísimo me ha ayudado algo, aunque sin proponérselo. Luego, claro está, no he tenido más alternativa que experimentar conmigo mismo... Y parece que no ha dado mal resultado, después de todo.

Furioso no sólo por la actitud de Beldo, sino también por mi propia y estúpida reacción, le repliqué por fin a mi amigo.

—¿Qué quieres decir con que no ha dado mal resultado? ¡Ha dado el peor resultado posible!

—¡No, Polibio, no es así! ¡Tú sabes lo que Tiberio significaba para mí! Lamento que no te guste pero necesito superar todo esto de algún modo, Polibio, y ésta es la única forma que he encontrado... Yo... ¡necesito esto! No es como con la Cruciflor, todo es mucho más... confuso e irreal, pero aún así, me merece la pena...

—¿Pero acaso no te ves? ¡Estás cada vez más delgado, Beldo! Ese hongo no te está sentando nada bien... ¡Estás pálido y ojeroso, como un muerto viviente!

Pareció titubear, pero fue sólo por un instante.

—Es verdad que tiene algunas toxinas que no he conseguido eliminar aún... Pero pronto lo lograré, te lo aseguro. Y no te preocupes, mientras lo consigo mantendré el control...

Me resultaba tan evidente que aquella actitud era de una necedad inmensa y que no era ni mucho menos la forma adecuada de seguir adelante, que por un instante deseé abofetearle con todas mis fuerzas, pero al fin conseguí contenerme. En cierto modo, Beldo había hecho una elección radicalmente opuesta a la mía: había optado por entregarse de lleno a la droga, por dejar que ésta pasase a controlar su vida en lugar de tomar él mismo con decisión su destino entre sus manos. Y aunque no podía revelarles lo que yo mismo había decidido ni los motivos por los que lo había hecho, intenté con todas mis fuerzas que me escuchara. Pero Beldo no quiso atenderme, y cada vez que intenté sacar el tema en nuestros escasos encuentros de las semanas siguientes forzó un cambio de conversación o se marchó dejándome con la palabra en la boca.

Amargado por mi impotencia acabé maldiciendo también al ausente Tiberio, pues estaba seguro de que, de haber estado allí, nuestro antiguo jefe de celda habría encontrado las palabras adecuadas y el modo de apartar a Beldo del abismo al que se aproximaba de forma, me parecía a mí, inexorable. Pronto pude averiguar hasta qué punto tenía razón.

A principios del invierno las noches adecuadas para la observación se empezaron a hacer más y más escasas. Por este motivo, las pocas veces que se presentaba una ocasión propicia solíamos prolongar la sesión hasta que no podíamos tenernos casi en pie, y después me quedaba a dormir en el propio Observatorio, en un pequeño catre próximo al de mi tutor. Uno de aquellos días, sin embargo, al dejarme caer completamente exhausto cedió la estructura de madera y no me quedó otro remedio que volver a calzarme las sandalias, tomar una de las lámparas y bajar a la celda intentando no darme de trompicones con las paredes.

Descendí las escaleras con todo el sigilo posible, tratando de no tropezar y tapando la llama con el hueco de la mano para evitar llamar la atención. Al llegar a la puerta de la celda apagué la lámpara y levanté la manija con mucho cuidado para no despertar a Beldo, aunque pensé que lo más probable era que estuviese profundamente aletargado, en brazos de una buena dosis de su polvo de hongos.

Para mi sorpresa, había una vela encendida en el interior de la celda. La luz que proyectaba me permitió ver a las figuras que se agitaban desnudas sobre el catre de Beldo, antes incluso de oír los leves jadeos de mi amigo. El golpe seco de la puerta al cerrarse fue lo que hizo que se detuviera todo movimiento, como si la vida misma se hubiera suspendido por espacio de unos segundos, durante los cuales pude ver con claridad la posición que ocupaban ambas figuras, una tendida sobre la otra, ambas boca abajo.

—¡Polibio! ¿Qué haces aquí? ¡Pensé que hoy ya no vendrías! —oí que exclamaba la voz de Beldo procedente de la figura más voluminosa, situada encima de la otra. Aún así, me costó trabajo relacionar el fornido cuerpo desnudo que parecía a punto casi de aplastar a la menuda figura bajo él, con mi amigo y compañero de celda. El otro ocupante de la litera sólo adquirió un rostro después de unos instantes, cuando me miró con ojos asustados. Era uno de los novicios más jóvenes, uno o dos años menor que yo.

Beldo se apresuró a levantarse y se tapó como pudo con el hábito que,

contra su costumbre, estaba tirado en el suelo junto a la litera, mientras me miraba esperando una reacción por mi parte. El otro novicio, sin embargo, no dio muestras de tener tanta prisa y se limitó a darse la vuelta lentamente. Tenía un cuerpo esbelto y completamente lampiño aún, con apenas una brizna de vello púbico en torno a su sexo. Su cabello rubio y ensortijado me recordó al de Galerio, aunque no era tan claro y además estaba tonsurado según la Regla.

—Prometiste que me lo darías esta misma noche, Beldo... —se dirigió a mi amigo ignorando mi presencia—. ¡Yo no tengo la culpa de que haya aparecido éste! ¿Me lo darás ahora?

—Cógelo tu mismo —susurró Beldo sin dejar de mirarme -, lo tienes ahí, sobre la mesa.

El chico se levantó y sin molestarse en ocultar su desnudez cogió un sobre de papel y echó un vistazo a su interior, conteniendo apenas una mueca de satisfacción. Sólo entonces se puso el hábito y se despidió de Beldo. Me pareció que al pasar a mi lado me lanzaba una mirada inquieta, pero yo no pude siquiera devolvérsela, pendiente como estaba de mi amigo, incapaz de creer todavía lo que acababa de ver.

—No te preocupes —intervino Beldo tranquilizándole -, Polibio no le dirá nada a nadie... —y me miró fijamente mientras insistía, recalcando sus palabras—. Es mi amigo y no dirá nada... Vamos, ¡márchate! Ya hablaremos mañana...

El muchacho asintió y salió de la celda. Yo no pude aguardar más.

—¿Qué te ha sucedido, Beldo? ¿En qué te estás convirtiendo? —le espeté—. ¡Podía entender lo que sentías por Tiberio! Pero ese muchacho aún no ha pasado siquiera por la Iniciación. ¡Es todavía un niño! —exclamé desde lo más hondo de mi alma, sintiendo cómo me hervía la sangre al acudirme de pronto a la memoria las manos velludas del Maestro de Oblatos sobre mi pierna, sobre los rizos del pobre Galerio. Y sin parar de preguntarme cómo era posible que mi amigo, el sensible y plácido Beldo, pudiera haber llegado a convertirse en un triste remedo del odioso pederasta.

—¡Shhh! ¡Baja un poco la voz! ¿Un niño? ¡Eso te crees tú! ¡Eres un ingenuo, Polibio! ¿No te lo había dicho nunca? ¡Y no menciones a Tiberio! Tiberio ya no está aquí, y no tiene nada que ver con todo esto... —pero me pareció que se había sonrojado por un instante, aunque enseguida contraatacó, manteniendo siempre la voz en un controlado susurro —¿Acaso crees que le he obligado a hacerlo? ¡Ese chico me gusta pero no soy un

violador de niños, Polibio! Él quiere lo que yo tengo, y tiene lo que yo deseo... sólo es un intercambio de favores... De hecho, aunque no lo creas, fue él mismo el que me lo ofreció. A cambio de un rato conmigo él y sus amigos podrán colocarse lo que queda de esta noche. Bueno, en realidad, gracias a ti les ha salido gratis...

—¡Eso es miserable, Beldo! ¡Además, ese hongo no puede hacerles ningún bien! Les destruirá como te está destruyendo a tí...

—¿Y tú qué sabes, niño? ¿Además, qué quieres que haga? ¡Ahora, gracias a ese polvo, soy alguien en el Santuario! Los que quieren conseguir una alternativa a la Cruciflor me buscan a mí. ¡Y si tengo forma de conseguir lo que me apetece, no dudes de que lo haré! ¡Y ya que me has fastidiado la noche, déjame al menos en paz ahora! —Y acto seguido se acostó en su litera y se cubrió con la manta dándome la espalda.

Si ya me había sentido en cierto modo traicionado por la pérdida de Penélope y la marcha de Tiberio, el descubrimiento de las nuevas actividades de Beldo, mucho más turbias de lo que jamás hubiera podido imaginar, lo viví como una verdadera tragedia, como una alevosa traición del que creía era aún mi mejor amigo, el único que me restaba. Y nada consiguió quitarme de la cabeza en las semanas que siguieron la convicción de que una a una había perdido, de un modo u otro, a tres de las personas a las que más había querido, ni la sensación de profunda soledad que me fue invadiendo poco a poco.

Lo que no volví a hacer, al menos durante varios meses, fue dormir fuera de la celda. Siempre que me marchaba le dejaba bien claro a Beldo que pensaba volver, aunque no precisaba la hora en que lo haría. No estoy muy seguro de que procediera así, aunque recuerdo que me gustaba creerlo entonces, para salvaguardar el resto de decencia que pensaba podría quedar en el alma de mi amigo. Pero no me explico en ese caso cómo no podía imaginar lo obvio: que si Beldo deseaba los favores sexuales de algún novicio, encontraría sin duda el modo de conseguirlos aunque tuviese que buscar otro lugar para ello. Más bien pienso que en mi fuero interno, aunque no me atreviera a reconocerlo, tenía una certeza: la de que si volvía a ser testigo de algo como lo de aquella noche no respondería de mis acciones y muy bien podría acabar matando a mi amigo con mis propias manos, liberando contra él todo el odio y las ganas de venganza que nunca había podido volcar sobre el Maestro de Oblatos.

32. Una excursión nocturna desgraciada

Hacía ya muchos meses que mis sueños tenían a Penélope como tema central, incluso diría que exclusivo, pues el episodio con Beldo, pese a afectarme, no me alteró lo bastante como para incorporarse a mis pesadillas. Mi antigua amiga continuaba siendo, pues, mi principal obsesión: ni siquiera el intenso frío, que había imperado a sus anchas en aquellas largas noches invernales, había sido capaz de aplacar el fuego que me abrasaba por dentro y amenazaba con consumirme. Y con la llegada de la primavera las cosas no hicieron sino empeorar. Me despertaba una y otra vez, sudoroso y jadeante, en ocasiones en plena oleada de placer involuntario pero las más de las veces con el miembro aún rígido y dolorido. En esos momentos no tenía otro pensamiento que el de liberarme lo más rápidamente posible de aquella angustia, y mientras trataba de hacerlo con mis propias manos imaginaba que me hundía en el vientre de Penélope, besaba su cuello y exprimía sus senos con rabia hasta lograr la consumación definitiva de mi deseo.

Incluso Beldo, a pesar del hielo que rodeaba ahora nuestra forzada convivencia, se permitió hacerme algún comentario sarcástico sobre las cosas que murmuraba en voz alta durante la noche. No tenía sentido ya responderle que durante años había soportado sus propios gemidos nocturnos, cuando era un adolescente que suspiraba por Tiberio.

Sin embargo, a pesar de que el deseo de hacerlo se me hacía a veces insufrible, no me sentía capaz de ir en busca de Penélope a los barracones, entre otras cosas porque no tenía la menor idea de qué podría decirle. Sabía que la había decepcionado con mi cobarde huída y, sobre todo, con mi más total y absoluta incapacidad para comprenderla, y estaba convencido de que ella jamás aceptaría volver a dirigirme la palabra. El sufrimiento que me producía tener que enfrentarme cada minuto a aquella simple realidad me laceraba a veces el pecho con un dolor que no habría sido más intenso si me

hubiese desgarrado la carne verdaderamente un afilado cuchillo; con una angustia que ni siquiera el ardor de las más apasionantes discusiones científicas con el Padre Jacinto lograba aliviar un ápice, y que a menudo me hacía cuestionarme sobre si mi elección había sido la correcta.

Para mi sorpresa, en algunos momentos especialmente dolorosos empecé a descubrirme coqueteando con la idea de pedirle ayuda a mi compañero de celda, ayuda de la clase que sin duda él sabría ofrecerme. En esas ocasiones mis propios pensamientos me parecían inauditos: yo, que tanto le había recriminado por el abandono y la depravación a que se había entregado desde la marcha de Tiberio, especulaba con la idea de pedirle un poco de su droga para lograr evadirme siquiera por un momento, para anestesiarse mi alma al menos durante unas pocas horas... Sin embargo, cuando sentía que el sufrimiento amenazaba con ahogarme no se me ocurría otra manera de alcanzar a mitigar mi dolor. Y eso a pesar de que resultaba evidente que todas aquellas sustancias con las que Beldo jugaba le estaban matando poco a poco. Eso podía verlo perfectamente en su rostro pálido, en sus ojos hundidos, incluso en una delgadez inédita en mi compañero pero cada vez más pronunciada que llegó a traerme a la memoria la propia imagen demacrada de Galerio.

Quizás fue la consciencia de esa desesperación, el ver con sorpresa hasta qué punto me sentía tentado por la posibilidad de seguir los pasos de Beldo, lo que me indujo a aceptar la proposición que me hizo Floro a principios del verano.

Desde la muerte de Eutimio Floro había dejado de incordiarle como lo hacía antes. Aunque le gustaba burlarse de mí si podía, la agresividad que siempre había detectado con anterioridad en su tono, incorporada sobre todo a imitación de Eutimio, había desaparecido en su mayor parte.

Uno de los primeros días templados del verano, el antiguo asistente del Ofidio se me acercó después del almuerzo, socarrón como siempre pero solo y sin aparente hostilidad.

—¡Eh, Polibio! Me han dicho últimamente que te pasas las noches en vela... —No hizo comentario alguno sobre el modo en que me sonrojaba, lo cual en Floro era sin duda una sorpresa. Se limitó a sonreír y continuó hablándome en voz baja, pasándome incluso el brazo por los hombros en un gesto cómplice—. Hemos organizado una pequeña diversión para esta noche. Parece que hay carne fresca en las cocinas, ya me entiendes, ¿no?

Asentí, sabiendo a lo que se refería con esa expresión por las detalladas

explicaciones de Tiberio. Me sentía furioso con Beldo, el único que podía haberse ido de la lengua en lo que se refería a la frecuencia y motivos de mis desvelos nocturnos.

—Vamos a ir esta noche unos cuantos compañeros a los barracones, a pasar un buen rato. ¿Por qué no te apuntas tú también?

Murmuré una excusa con lo primero que me vino a la cabeza y me dispuse a apartarme de Floro para ir a decirle un par de cosas a mi compañero de celda. Pero, para mi sorpresa, mi antiguo enemigo insistió, confirmando sin recato alguno mis sospechas.

—Oye, olvida lo que pasó entre nosotros, ¿eh? Yo sólo quería ayudarte. Ha sido tu amigo Beldo el que me ha dicho que no te vendría nada mal acompañarnos...

Más adelante supe que Beldo no sólo se había limitado a sugerírselo, sino que le había ofrecido una buena ración de su hongo a cambio de que me llevara con él aquella misma noche. La naturaleza de mis problemas le había resultado mucho más evidente de lo que yo había podido suponer, quizás porque él los había sufrido igualmente. En realidad, podía haber interpretado aquel gesto de Beldo de modo más favorable para mi amigo: a pesar de mi abierta hostilidad de los últimos meses Beldo había estado pendiente de mí, y aquella era la mejor forma que había encontrado de ayudarme. Sin embargo, no fui entonces capaz de valorar debidamente la preocupación de mi amigo y, en vez de apreciar su gesto, lo maldije repetidamente para mis adentros. Tampoco supe muy bien qué responderle a Floro y finalmente farfullé unas palabras aceptando su ofrecimiento, aunque sin estar muy seguro, en un principio, del motivo por el que lo hacía, o quizás todavía incapaz de reconocérmelo a mí mismo.

A lo largo de la tarde, sin embargo, descubrí que la perspectiva de lo que imaginaba que podía aguardarme aquella noche tenía sobre mí un efecto mucho mayor de lo que había creído posible. La cabeza se me iba invariablemente hacia pensamientos que el Padre Crisógono hubiera calificado de radicalmente impuros: me descubrí reiteradas veces perdido en ensoñaciones de tema recurrente, imaginando que acariciaría pechos desnudos como los de Penélope, muslos y brazos morenos como los suyos, nalgas redondas como las de ella. Porque, pese a todo, podía recordar aún, como si hubiese sucedido sólo unos momentos atrás, su suave piel deslizándose sobre la mía o su cálida boca despertándome a la vida bajo el agua. Las imágenes y las sensaciones volvían a mí tan vívidamente que a

duras penas conseguía concentrarme en mi tarea en la Biblioteca.

—¡Polibio! —exclamó el Hermano Aurelio en un momento dado —¡Te he dicho que me busques este libro! —y me puso una ficha justo delante de la nariz —¿Estás realmente aquí?

—Perdón, Hermano —me excusé, y me apresuré a cumplir con su encargo, aún antes de haberme dado cuenta exactamente de lo que se trataba y todavía rondando por mi cabeza las imágenes que acababa de conjurar. De lo que sí me percaté de inmediato fue de la precisión con que se habían materializado mis elucubraciones infantiles de años atrás, cuando me imaginaba el aspecto que tendría un adulto completamente formado con el miembro rígido extendido ante él, el bulto delator claramente marcado en la escandalosa caída del hábito.

Aquella noche encontré a Floro esperándome, tal como me había prometido, ante la puerta de acceso al patio. Junto a él aguardaban ya otros dos novicios. Uno de ellos era un antiguo compinche suyo de manos y pies grandes, cabeza pequeña y cerebro casi inapreciable. Al otro, un muchacho menudo y con el rostro cubierto de granos, algo más joven que yo, apenas le conocía. Parecía muy nervioso y se frotaba las manos sudorosas continuamente contra el hábito. Imaginé que también era la primera vez que participaba en una correría nocturna de aquel tipo. Yo, sin embargo, me sentía extrañamente tranquilo, decidido a disfrutar de la ocasión como lo hubiera hecho Tiberio o, mejor dicho, como sin duda lo habría hecho mi amigo en su día.

—¿Qué sucederá si nos pilla el Dientes? —preguntó con un susurro el novicio nervioso.

El compañero de Floro le respondió con una risotada hueca que resonó como un tañido en la oscuridad del vestíbulo.

—¡Nada, idiota! ¿No sabes que lo primero que hemos hecho es pedirle permiso a él? ¡Las noches en las que el Dientes va a los barracones no permite que vayamos ninguno más! Sin ir más lejos, ayer mismo...

El novicio se calló súbitamente al sentir sobre sí la mirada irritada de Floro.

—Antemio —gruñó Floro sin levantar apenas la voz -, si vuelves a abrir la boca, esta noche te quedas sin mojar... ¿Queda claro?

La noche era fresca y al salir al exterior los cuatro nos cubrimos las

cabezas con las capuchas de las cogullas. La luz pálida e intensa de una luna casi llena me permitía ver con claridad dónde ponía los pies, siguiendo las huellas del antiguo lugarteniente del Ofidio. A la zaga de la larga y desgarbada figura de Floro todos rodeamos el edificio principal del Santuario, pasamos por detrás de los corrales, sorteamos setos descuidados y atravesamos un par de verjas de hierro herrumbroso que crujieron perezosamente al ser empujadas, hasta alcanzar uno de los barracones de la zona ocupada por la servidumbre. Era muy parecido al que Penélope me había mostrado desde lejos hacía ya tanto tiempo, aunque no hubiera podido jurar si se trataba del mismo. Por un momento me vinieron de nuevo a la mente las imágenes que me habían acosado a lo largo de toda la tarde y empecé a sentirme culpable, como si al embarcarme en aquella excursión nocturna estuviese traicionando a mi amiga de algún modo. Me esforcé entonces en conjurar tanto las imágenes de Penélope como la incipiente sensación de culpa, repitiéndome que al saciar mi deseo reduciría también mi sufrimiento, tal como parecía haber logrado el propio Beldo, y concentré toda mi atención en seguir a las figuras que caminaban silenciosas delante de mí.

Junto a la puerta del barracón nos aguardaba una figura achaparrada vestida con ropas oscuras, que de lejos me recordó al Padre Crisógono pero que en cuanto nos acercamos más se concretó en una mujer de rostro maduro y ojos vivaces.

—¡Ya era hora! ¡Pensaba que no ibais a venir...! —masculló con voz cascada mientras nos abría la puerta—. Sois sólo cuatro... Bien, así terminamos antes...

No logré entender lo que hablaba con Floro mientras accedíamos al interior del barracón y atravesábamos un corto pasillo, hasta alcanzar una habitación grande y alargada, sumida en una oscuridad casi absoluta. La única luz la proporcionaba una bujía sobre la repisa de una vieja chimenea, en uno de los extremos. En el lado opuesto se vislumbraban con dificultad dos grandes bultos que tardé en identificar como enormes catres.

Floro cruzó varias palabras en voz baja con la mujer, mirando repetidamente en mi dirección. Su antiguo camarada, que había seguido la conversación desde más cerca, pareció disgustado por lo que escuchaba.

—Pero Floro, ¿no es suficiente ya con que dejemos que venga este tío? Yo había creído...

—¡Cállate! —exclamó bruscamente Floro, y le hizo a la mujer un nuevo gesto en mi dirección. La mujer se me acercó entonces sonriente.

—¡Eh, muchacho! ¡Me dicen tus amigos que tú vas a ser el primero! Quieres estrenarte con ella, ¿eh? ¡Pues nada, adelante!

Sólo en ese momento me di cuenta de que en una de las camas, tapada por una manta, aguardaba otra mujer, y de que era con ella con quien veníamos a acostarnos esa noche, la “carne fresca” a la que se había referido Floro por la mañana. Aunque entonces no era consciente de ello, después he pensado en que Beldo debió haber sido extraordinariamente generoso para que incluso Floro estuviese dispuesto a cederme a mí el primer puesto. Pero entonces no pensaba en aquello, y es posible que en realidad no lo hiciera en ninguna otra cosa. El corazón me latía apresuradamente cuando me dejé guiar hasta la cama que ocupaba la otra mujer.

—¿A qué esperas? ¡Se nota que estás impaciente! ¡Descúbrete y quítate eso de una vez! Todos tenemos cosas que hacer mañana...

Enrojeciéndome intensamente me apresuré a bajarme la capucha y a quitarme las ropas que habían tratado inútilmente de ocultar mi evidente estado de excitación. Me sentí avergonzado de mi súbita y escandalosa desnudez, pero algo en mi interior me dijo que no tenía importancia, que daba igual, que sólo debía pensar en lo que iba a suceder a continuación, en que iba a disfrutar follando con una de aquellas mujeres como tan a menudo había hecho Tiberio, y a lograr un poco de paz por fin. Pensé furiosamente en Penélope y me concentré en aquellos pechos cuyo recuerdo me acuciaba día y noche, los pechos que había regado con mi semen en aquel turbio instante mezcla de placer y de decepción. Mis pensamientos tuvieron de inmediato un efecto palpable.

—¡Caramba, muchachito, qué callado te lo tenías! —exclamó la alcahueta mientras sopesaba mi miembro con un rápido gesto, y lanzó una risotada que resonó amortiguada por el intenso golpeteo de la sangre en mis sienes —¡Eso es! ¡Venga! ¡Ponte a lo tuyo y no tardes demasiado! Aunque no creo que puedas... ¡Los que han pasado ya por ella, por lo menos, no han podido evitar despacharse en un momento! ¡Esta chica es oro puro, ya lo verás! Y vosotros... —la mujer se volvió a mis amigos con un gesto de complicidad que sólo pude intuir en las sombras—. A ver, ¿por qué no me hacéis un poco de caso mientras tanto? —y después de dejar al descubierto dos inmensos senos y de aplastar los rostros de dos de mis compañeros de correría literalmente contra ellos, los arrastró a la otra cama.

Yo me volví a la mujer que me aguardaba en la oscuridad, sintiéndome extrañamente calmo. Esperaba hallar una sudorosa sirvienta recién llegada de

sus tareas y me sorprendió un olor agradable y novedoso para mí, el aroma a piel de mujer limpia y recién perfumada. Probablemente la alcahueta la había ayudado a asearse para aquel preciso momento. La intensa fragancia dulzona del perfume se abrió paso sin contemplaciones hasta la parte más elemental de mi cerebro y casi logró hacerme enloquecer de deseo, dejándome el miembro tan envarado como si lo hubieran cincelado en piedra. Pensé que era el momento, que no podía aguantar ya más, que estaba por fin preparado para estar de verdad con una mujer, con cualquier mujer, como lo hubiera estado Tiberio. Que no había ninguna otra cosa que desease en el mundo más que sentir cómo se hundía mi miembro hasta el fondo en un vientre que anticipaba cálido como el mismo Sol de las tardes de verano. Y sentí un intenso júbilo, seguro de que así pondría punto final de una vez por todas a mis torturas nocturnas.

Sin embargo, para lo que no estaba preparado fue para lo que hallé a continuación, cuando aparté la vieja manta por completo y me tumbé, desnudo, junto a la mujer, cuyo cuerpo se removió en las sombras preparándose a recibirme. Al principio pensé que sólo se trataba de un cierto parecido, y que en medio de la oscuridad mis reiteradas obsesiones se burlaban de mi sentido de la vista. Tuvo que ser finalmente el tacto huidizo de sus cabellos rizados, el de su mano que se adelantó a tocarme y la forma en que sus pechos y muslos se apretaron contra los míos, los que me permitieron reconocerla en las tinieblas.

Porque, sin el menor atisbo de duda, la muchacha que se abría de piernas junto mí, que tomaba mi sexo con decisión como dispuesta a apropiarse de él y que lo introducía en sus entrañas, mientras yo lo observaba todo como si se tratase de algo ajeno por completo a mí mismo, era Penélope.

—Sé que eres tú —murmuró ella con un hilo de voz—. No digas nada, Polibio. No digas nada, por favor...

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es todo esto? —respondí también con un susurro, invadido por un repentino pavor.

—No preguntes nada, Polibio. Te lo ruego... Y no te vayas, por favor... Sobre todo, no te vayas ahora...

Recordé cómo había huido, medio desnudo y a la carrera, en nuestro último encuentro. Pero no hubiera podido hacerlo esta vez. No hubiera podido marcharme en ese preciso momento. No estaba dispuesto a hacerlo,

justo cuando mis reiterados deseos nocturnos parecían haberse materializado, pese a todo. Cuando podía palpar su piel con mis dedos ávidos, cuando mis muslos bailaban por fin entre los suyos, cuando sus pechos se apretaban hasta casi reventar contra el mío propio.

Penélope comenzó a moverse, agitando su cuerpo contra el mío, de forma casi imperceptible al principio y luego cada vez más decidida. Su movimiento era sinuoso, como un vaivén al que empecé a responder sin darme cuenta y a cuyo ritmo acabé adaptándome por completo. Una parte de mí parecía haber encontrado su perfecta ubicación, su lugar natural en el Universo, aquel cobijo estrecho y caliente en el que Penélope me había acogido y dentro del cual me deslizaba, fruto del movimiento de ambos, cada vez con menos esfuerzo.

Noté que le resbalaban lágrimas por la mejilla, y que sus lágrimas se fundían con las mías propias, tal como había sucedido en nuestro reencuentro tras la muerte de Galerio, y ambos sorbimos del mismo líquido con avidez, intentando saciar la sed que cada uno tenía del otro también de este modo.

Sorprendido por un súbito grito, aparté mi rostro del de Penélope y eché un rápido vistazo a la cama de al lado, en el que apenas pude distinguir un bulto informe compuesto por figuras entrelazadas que se agitaban y retorcían. Me recordó a una de las extrañas criaturas del Zoológico, resoplando y gimiendo como cuando querían llamar la atención del Hermano Lactancio. Fue entonces cuando reconocí en los gritos de la alcahueta a la escandalosa amante de que me había hablado Tiberio. Por un instante sentí náuseas y pensé que vomitaría, a pesar de que no había probado bocado durante la cena. Una de las figuras, posiblemente el amigo de Floro, se apartó entonces del grupo y se aproximó para observarnos más de cerca. Entre las sombras me pareció que la extraña criatura se disgregaba en varias formas individuales y que todas se acercaban. Pero Penélope me sujetó la cabeza con ambas manos y me forzó a apartar la vista.

—No les mires. No les escuches. Si no les miras ni les oyes, no estarán ahí... Sé que es así, Polibio... Es lo que yo hago, lo que he hecho todos estos días: cierro los ojos y sólo estás tú... —susurró a mi oído, y selló luego sus labios fuertemente contra los míos. Durante unos instantes nos perdimos de nuevo en un cálido y húmedo ejercicio, en el que nuestras lenguas se afanaron en redescubrirse una y otra vez, navegando entre salivas sazonadas del regusto salado de las lágrimas secas, hasta ceder sólo ante la falta absoluta de aliento. Casi imbuidos de voluntad propia, durante ese tiempo nuestros

cuerpos entrelazados, en una extraña pero perfecta sintonía, fueron girándose lentamente hasta alcanzar la postura que realmente deseaban.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué me haces esto? —le pregunté al oído una vez más, sintiendo cómo me invadía la rabia pese a todo. Pero Penélope me tapó la boca enérgicamente con una mano, mientras posaba la otra sobre mis nalgas para apretarme aún con más fuerza contra ella, al tiempo que emitía un profundo gemido que tuvo la virtud de irritarme casi tanto como me excitaba.

Oí varias voces y risas que llegaban desde distintos puntos de alrededor de la cama, pero no quise prestarles atención. Me sentía profundamente enojado y sólo fui capaz de descargar la cólera que amenazaba con embargarme gritando y embistiendo una y otra vez contra Penélope, cada vez con más ímpetu, cada vez con mayor pasión, como si usando aquel ariete fuera a conseguir echar abajo los propios muros de aquella realidad absurda. Pero Penélope resistió todos y cada uno de mis embates. Lejos de rendirse, incluso me rodeó con sus piernas y comenzó a apoyarme con su propio empuje, ella también resuelta a derribar todo lo que fuera preciso, a escapar de algún modo de aquella pesadilla.

Y, poco a poco, mis gruñidos de rabia se confundieron con los suspiros de placer de Penélope, y mis propios gemidos apasionados con sus gritos de desesperación, y todos ellos con las risas y voces soeces a nuestro alrededor en un coro disonante y morboso. Y mientras el sudor nos envolvía a ambos como una mortaja, el mundo se disolvió, y todo acabó por perecer.

Tan sólo fue un instante de paz antes del infierno.

Porque apenas me derrumbé exhausto sobre Penélope, varios brazos me retiraron sin contemplaciones y me arrastraron hasta dejarme caer en la otra cama. Floro estaba preparado, y cuando pude reaccionar y volverme cabalgaba ya sobre Penélope rugiendo de satisfacción. La mujer y los otros dos novicios rodeaban la cama y jaleaban al antiguo lugarteniente del Ofidio. En las sombras me resultó imposible distinguir el gesto de Penélope y sólo pude ver cómo su cuerpo moreno se retorcía para encajar mejor las violentas sacudidas del novicio.

Trastabillando me acerqué a ellos y empujé a Floro intentando apartarlo de la muchacha. Escuché una imprecación, pero me fallaron las fuerzas y su amigo no tuvo dificultad para arrojarme de un empujón al suelo.

—¿Qué haces, idiota? —bramó el gigantón—. ¡Nadie te ha molestado a ti mientras te la follabas!

Intenté taparme los oídos para no escuchar los jadeos de Floro, cada vez

más intensos, ni las exclamaciones de su público, a cada momento más obscenas. Me puse el hábito como pude y salí del barracón a trompicones. El aire fresco de la noche me golpeó como una bofetada, y a duras penas encontré el camino de regreso hasta el edificio principal, con la vista medio nublada por las lágrimas. Pero no me sentía capaz de regresar a mi celda de modo que durante un largo rato deambulé a la luz de la Luna por los patios, el huerto y los establos, seguro de que algo, el corazón quizás, se me había partido por dentro y preguntándome cómo era posible que siguiese con vida. No recuerdo cómo lo hice pero debí dirigir mis pasos, tan ausente como uno cualquiera de mis espectros, a través de los patios, de la acequia y el túnel hasta los Jardines y allí, en un rincón del mismo refugio en el que había compartido con Penélope tantos buenos momentos, me dejé caer definitivamente vencido y me rendí a un sueño lleno de horribles pesadillas.

33. El regreso del Gran Cometa

Desde aquel día en adelante eludí las cocinas, la lavandería, la zona de los servidores y, por supuesto, los barracones. Aunque la probabilidad de cruzarnos con alguien de la servidumbre era remota, con sólo pensar en que podía tropezarme siquiera accidentalmente con Penélope me desarmaba sin remedio. En cierto modo llegué a temer más la posibilidad de aquel encuentro que las repentinas apariciones del espectro del Maestro de Oblatos. Tuvo que pasar todo un año antes de que volviera a intentar siquiera mirarla a los ojos, y para entonces habían cambiado ya muchas cosas.

La llegada prematura del frío a principios del otoño no logró que menguase mi desesperación. Eso sí, los sueños apasionados de los meses anteriores a la desgraciada excursión nocturna fueron sustituidos por un continuo aluvión de pesadillas. Se trataba de sueños obscenos, extraña mezcla de sexo y de terror, en las que Penélope se entregaba a casi todas las personas a las que yo conocía. A veces sucedía en mi propia celda, pero otras el escenario era alguno de nuestros rincones preferidos, de los que sólo ella y yo habíamos compartido en la vida real. A veces Penélope sufría, y yo me desesperaba intentando aproximarme a ella para librarla de sus atormentadores sin conseguirlo. Pero casi siempre la veía disfrutar, entregada de lleno al placer mientras me lanzaba de reojo miradas burlonas. En mis sueños solía ser testigo, morboso y la vez impotente, de cómo mi amiga gozaba apasionadamente una y otra vez con mis compañeros de celda (cabalgando a gritos sobre Tiberio y ofreciéndose de espaldas a un improbable Beldo), con cada uno de los novicios y Hermanos de la Comunidad, sobre todo con el Portero, e incluso con algún muerto que se inclinaba una y otra vez sobre sus pechos con un rictus macabro. La peor de todas aquellas horrendas pesadillas, sin embargo, fue una que se repitió en incontables ocasiones y en la que casi todo quedaba a mi imaginación.

Recuerdo aún la extraordinaria angustia que me embargaba cada vez que me veía obligado a ser testigo impotente, en la misma celda que había conocido fugazmente de oblato, de cómo el retornado Padre Ovidio arrastraba a Penélope hasta el lujoso lecho y corría tras de ellos las cortinas rojas que pendían del dosel. En aquella visión angustiosa mi única reacción consistía en dar vueltas continuamente en torno a la cama, incapaz, por la acción de alguna extraña e imponderable fuerza, de decidirme a descender las colgaduras tras las que podía escuchar la voz susurrante del Ofidio y los propios gemidos de Penélope, que en ningún caso me parecían de dolor.

Unas semanas después del episodio, probablemente incitado de nuevo por Beldo, Floro intentó aproximarse a mí para proponerme una nueva excursión. Me abordó en el patio con una sonrisa burlona y un guiño que pretendía ser cómplice:

—Parece que a aquella putita le gustaste tú más que ninguno de nosotros... Tienes que decirnos qué le diste, ¿eh? Por lo que parece, sólo se corrió contigo...

Ante la violencia de mi reacción, que fue contenida a duras penas por los novicios que le acompañaban, Floro se encogió de hombros y desistió de su empeño. Acabé rodando por el suelo, pero el antiguo lugarteniente del Ofidio contuvo a sus compañeros antes de que comenzaran a patearme. Se limitó a hacer a sus amigos un gesto llevándose el índice a la sien y a dejarme tirado en mitad del patio, mientras algunos otros novicios miraban con curiosidad. Sólo se acercaron uno o dos, pensando que me había hecho verdadero daño, cuando no pude evitar romper en sollozos.

Si ya antes había intentado conjurar mi obsesión por Penélope concentrándome en mi trabajo en el Observatorio, en los meses que siguieron, atrapado por la desesperación, me sumergí en el estudio con una intensidad que nunca, ni siquiera en los momentos de mayor entusiasmo, había desplegado antes. Mi tutor pareció darse cuenta de inmediato de aquel súbito aumento de mi capacidad de trabajo, y decidido a aprovechar las circunstancias (incluida la habitual suspensión de las observaciones debida a los fríos extremos del invierno más duro, que también parecía haberse anticipado) me facilitaba volumen tras volumen, no ya sólo sobre física o matemáticas, sino sobre otros muchos y variados aspectos de la Ciencia.

—Es importante que ensanches tus horizontes, Polibio —me aseguraba—.

Empápate de todo el conocimiento que tengas a tu alcance, porque todo ello te enriquecerá, a veces de maneras que jamás hubieras sospechado antes. ¡Aquí tienes! —exclamaba dejando caer un par de gruesos tomos sobre mi pupitre.

Sin embargo, aunque aquella fue probablemente la época de mi vida en que aprendí mayor número de cosas nuevas, no lograba obtener pese a todo la enorme satisfacción, la pura y transparente alegría que había encontrado en otros tiempos en el estudio. Tan sólo lograba aplacar por unas horas los recuerdos, mitigar un ápice la amargura que me anegaba el alma en cuanto permitía a mi mente unos minutos de relajación. El mundo y el propio Santuario me parecían carentes de todo sentido, y sólo mientras me concentraba en aquellos párrafos y pasaba página tras página de los viejos volúmenes tomando mis notas y el tiempo parecía detenerse, lograba hallar algo vagamente parecido al sosiego.

Afortunadamente, con el transcurso de los meses, no sé si debido al intenso ritmo de trabajo o al igualmente intenso frío del invierno, poco a poco mi capacidad de sufrimiento pareció ir embotándose, tal como lo hizo también la de disfrutar de una actividad que, tenía que esforzarme en recordarlo, había llegado a apasionarme. Pese a todo, no me quedaba otra cosa, de manera que seguí dedicándole todas mis energías. Comía y dormía en el Observatorio, con el Padre Jacinto. Llegué incluso a pedirle al Hermano Aurelio que me dispensara por una temporada de mis obligaciones en la Biblioteca para poder pasar todo mi tiempo trabajando allí. Y debí hacerlo con tal intensidad que el Hermano no fue capaz de negarse.

—¿Te encuentras bien, Polibio? —me preguntó primero por toda respuesta, y no tuve dudas ni por un momento de que su preocupación era genuina. Asentí con intención de tranquilizarle.

—Sí, Hermano. Es sólo que tengo tanto trabajo en el Observatorio que realmente no doy abasto con todo...

—Esos estudios con el Padre Jacinto sin duda deben ser fascinantes... ¡Algún día deberías contarme qué es lo que haces todo ese tiempo ahí arriba! —El joven Bibliotecario me palmeó el hombro con afecto—. ¡Ya me gustaría que alguno de los otros novicios que me ayudan aquí mostrasen el mismo interés que veo que tienes tú por el Arte de ese anciano...! —exclamó, pero sonrió aún más ampliamente, intentando dejar claro que no sentía la menor envidia por el hecho de que yo mostrara siempre una clara preferencia por el viejo astrónomo. Cuando me aseguró que estaba dispuesto a arreglárselas sin

mí por unas semanas se lo agradecí efusivamente, aunque insistió en que no me vendría mal descansar por una temporada también de mis estudios.

De modo que me dediqué a lo largo de aquellos meses, de forma exclusiva y, diría, casi compulsivamente, a ampliar y profundizar en mis conocimientos sobre una amplia variedad de materias hasta incluir nociones nada desdeñables, asombrosas podría decirse para aquellos tiempos, de antiguas ciencias que había desechado anteriormente como la Biología, la Anatomía, la Química e incluso la Medicina. Hacía resúmenes de todos aquellos libros en mi grueso cuaderno, al menos de lo que me parecía más importante o, en algunos casos, de lo poco que lograba comprender, siempre de media docena de páginas cuando menos, con la escritura apretada y minuciosa que había acabado por desarrollar. Poco a poco la posibilidad de llegar a llenar el cuaderno por completo, algo que en un principio me había parecido fuera de mi alcance, se convirtió en una obsesión. Cuando finalmente logré acabar con la última página en blanco, todavía a mediados del invierno y después de casi dos años de trabajo, me sentí extrañamente satisfecho de mí mismo, colmado en cierto modo. Había llegado a resumir más de cincuenta volúmenes de muy diversos temas. En cierto modo, aquel cuaderno era el resumen de todos mis conocimientos científicos, de lo mucho o poco que había aprendido de la mano de mi maestro hasta ese momento, el compendio, casi podría decirse, de mi vida hasta entonces. Aquel éxito no me detuvo y de inmediato empecé a rellenar un nuevo cuaderno que me facilitó el propio Padre Jacinto (según me dijo, lo tenía preparado desde hacía meses), con mayor ímpetu si cabe que antes.

Conforme el invierno fue acercándose a su fin, el Padre Jacinto comenzó a mostrar crecientes signos de impaciencia. Aunque no me decía nada concreto, incluso en mi estado de casi continua alteración (pues apenas dedicaba tiempo a dormir) me resultaba obvio que mi tutor esperaba poder observar algún acontecimiento importante, y que el frío que había obligado a suspender como cada año las observaciones estaba poniendo en peligro sus expectativas. Por fin, cuando las temperaturas comenzaron a subir a finales de febrero, el astrónomo se mostró visiblemente aliviado. Sin embargo todavía no soltó prenda, decidido a no revelarme el motivo de sus desvelos hasta cuando él lo estimase oportuno. Pero un día, finalmente, acabó por rendirse.

—¡Es el primer gran cometa que nos visitará desde hace casi treinta años!
—exclamó al ver ya que no podía contener mis preguntas por más tiempo—.

¡Quería darte una sorpresa, Polibio!

Y me enseñó algunos de los cálculos que había revisado durante el invierno, según los cuales a lo largo de la ya inminente primavera debería reaparecer en el cielo un antiguo cometa que había visitado las inmediaciones de nuestro planeta en numerosas ocasiones.

—Este cometa se denominaba antiguamente Halley, en honor del astrónomo que lo estudió y que fue el primero en predecir su regreso. Describe una órbita gigantesca y extraordinariamente excéntrica en torno al Sol, que tarda setenta y seis años en recorrer. Y sólo despliega su cola cuando se aproxima más a él, en lo que se denomina el perihelio... Bueno, tú ya sabes todo eso... Según señalan nuestros archivos, desde que Halley registró por primera vez el paso del Cometa éste ha regresado ya otras nueve veces. La próxima será la décima, Polibio. ¡Hay que estar atentos!

De modo que iniciamos una minuciosa exploración de varias zonas del cielo, buscando el rastro de aquel anhelado visitante. Por fin, cuando ya comenzaba a apuntar la primavera, en una de las observaciones rutinarias de la constelación de Hércules, vi algo. Se trataba de un detalle insignificante, apenas una pequeña nube en forma de coma que desaparecía en cuanto intentaba fijarla con la vista. Pero cuando avisé a mi maestro, inseguro de si lo que veía existía realmente o no, éste lanzó una exclamación de alegría.

—¡Muy bien, Polibio! Ahí está, una vez más fiel a su cita, indiferente a todo lo que sucede aquí abajo a lo largo de los siglos... —musitó el astrónomo.

—No es muy espectacular que digamos... —señalé.

—¡Tendrás que tragarte tus palabras, muchacho! —exclamó mi maestro con el ceño fruncido —Ahora mismo parece insignificante, sólo es porque está a miles de millones de kilómetros. Pero de acuerdo con mis cálculos, es posible que esta aparición sea una de las más espectaculares de los últimos siglos. Va a pasarnos muy, muy cerca...

—¿Lo habéis visto ya antes, Padre? ¿Qué aspecto tiene a simple vista? —pregunté algo distraído.

—¿No te dije que regresa cada setenta y seis años? ¿Cuántos años crees tú que tengo? —respondió visiblemente molesto, más por mi falta de atención que por ninguna otra cosa. —¡No, claro que no lo he visto! Pero sí que lo vio mi tutor cuando era joven... Aunque, según me decía, en aquella ocasión no resultó un espectáculo tan vistoso como lo fueron otros de sus pasos registrados siglos atrás. De hecho parece que, salvo para los pocos que

estuvieron pendientes, pasó completamente desapercibido. Pero no creo que me haya equivocado: en los próximos meses se hará más y más brillante, y pronto todo el Reino hablará de él. Pienso que incluso es posible que su cola llegue a ocupar hasta una cuarta parte del firmamento, y algo así no puede ignorarse... Por supuesto, pasará lo que ha sucedido ya muchas otras veces antes. Se vaticinarán sin duda grandes desastres y acontecimientos dramáticos, y es posible que se interprete como la señal para justificar mil y una tropelías... ¡Como si hubiéramos necesitado a ningún cometa como pretexto para ser capaces de eso en tantas otras ocasiones!

Recuerdo que pensé entonces en que yo tampoco creía posible que la llegada del Cometa fuera a acarrear más desgracias de las que ya anegaban mi vida en aquel momento. Me sentí extrañamente reconfortado, imbuido de una mágica inmunidad ante cualquier otro mal que aquel egregio visitante pudiera traer consigo. ¿Acaso cabe mayor ingenuidad?

Sin embargo, no pude evitar preguntarme, a pesar de que sabía que no se trataba más que de una bola de roca y hielo que regresaba por un breve tiempo después de largos años perdida en los límites más lejanos del Sistema Solar, no pude evitar, repito, preguntarme qué podría depararnos el retorno de aquel misterioso heraldo que algunos habían llegado a relacionar con el propio anuncio del nacimiento del Señor.

—¿Vais a informar de esto a la Corte, Padre? —le pregunté.

—¿Para qué? No, no, Polibio. En otros tiempos probablemente hubiéramos recibido honores por haber sido los primeros en encontrarlo. Pero con los vientos que corren, creo que es preferible no hacerlo. Primero me ayudarás a revisar mis cálculos, nunca está de más una comprobación ahora que ya podemos verlo, y aunque dudo de que necesiten alguna corrección probablemente podremos ser más precisos... Y luego escribiré a las pocas personas que podrían estar realmente interesadas. Después nos limitaremos a ver qué sucede y a estudiar la evolución del Cometa, como ya hicieron los que nos precedieron en sus anteriores visitas. Y lo dejaremos todo anotado para quienes nos sigan, en siglos venideros.

Conforme fue avanzando la primavera y el Cometa se fue aproximando, la observación se hizo cada vez más fácil. Pronto pudo verse a simple vista, aunque aún había que saber hacia dónde mirar. El Padre Jacinto habló entonces con el Superior, con el fin de avisarle de lo que se avecinaba. Sin

embargo, nada pareció suceder aún durante varias semanas. Entretanto, el Cometa aumentó de tamaño y de brillo casi cada día, y pronto se convirtió en el objeto más luminoso del cielo nocturno, con excepción de la Luna. Sin embargo, mientras mi tutor y yo seguíamos enfrascados en nuestras observaciones, intentando analizar en sus menores detalles la cola y el núcleo del hermoso astro, a nuestro alrededor el Santuario comenzaba a agitarse.

Los primeros comentarios entre los novicios habían empezado seguramente semanas atrás, pero Beldo fue el primero en hablarme de ello abiertamente. Lo hizo justo el día en que la cola del Cometa acababa de alcanzar el diámetro de la Luna llena.

—¿Sabe tu astrónomo qué es lo que está pasando con esa estrella, Polibio?

—No está pasando nada -, le respondí con acritud, pues era la primera vez que me dirigía la palabra en varios meses—. Sólo es un cometa, y ya ha sido avistado antes muchas otras veces...

—No es eso lo que dicen por ahí...

—¿Y qué dicen exactamente, Beldo? —le pregunté, todavía irritado.

—Dicen que tu Cometa es una señal, la Estrella de Belén que regresa para anunciar la Tercera Venida. Que el fin del mundo está a la vuelta de la esquina...

—¿Quién dice esas tonterías? Dentro de un par de semanas más ese cometa empezará a menguar de tamaño y se marchará, y ya está. Todos lo veréis, con vuestros propios ojos...

Pero los rumores a los que se refería Beldo, que pronto empezaron a circular de forma generalizada, no fueron el único aviso de que la situación estaba empezando a complicarse. Esa semana, durante la celebración del Sacrificio, el Hermano Ulpiano pareció caer en trance después de ingerir su dosis de Cruciflor. Con los ojos desorbitados alzó las manos al cielo y comenzó a gritar.

—¡Arrepentíos! ¡Todos vais a ser juzgados muy pronto! ¡Veo al Señor, que se aproxima sobre su carro de fuego para juzgarnos a todos! ¡Arrepentíos!

Varios de los novicios, la mayoría ya bajo los efectos de la Cruciflor alucinógena, se le unieron en un extraño coro de alaridos y gemidos. Yo, que ya había fingido que tomaba mi fragmento y estaba ocupado en mi propia representación, tardé en entender lo que decía a pesar de que lo repitió varias veces.

—¡La señal en el cielo indica que la hora está próxima! —continuó —

¡Arrepentíos antes de que sea tarde!

Pude ver de reojo cómo algunos de los asistentes se miraban desconcertados. Aún no habían consumido su dosis de la Sagrada Forma y parecían dudar sobre si deberían hacerlo. Entre los que demostraban un mayor nerviosismo me pareció distinguir al Hermano Lázaro, que miraba alternativamente al Hermano Ulpiano y a mi mentor, como esperando una reacción por su parte. Pero el astrónomo, que al igual que yo había fingido que ingería su propio pedazo de Cruciflor poco antes, no se inmutó y continuó mirando al suelo, mientras gesticulaba con ambas manos.

En pocos días más, sin embargo, el espectáculo llegó a hacerse extraordinario. Para apreciarlo debidamente, el Padre Jacinto y yo solíamos salir a una pequeña terraza anexa a la cúpula, ya que desde el interior de ésta apenas si podíamos entrever más que una pequeña parte del Cometa. No pude evitar un escalofrío al pensar en la inmensidad de aquella portentosa visión. En los pocos días transcurridos desde la última observación, lejos de empezar a menguar, la luminosa cabellera del Cometa había crecido aún más. Y, superando con creces las previsiones más optimistas del astrónomo, se extendía ya de un lado a otro del firmamento, ocupando más cielo del que podía abarcarse con un solo vistazo. Me sentí diminuto e insignificante frente a aquella grandiosa exhibición, que seguramente no se desplegaba de aquel modo ante nosotros sin un propósito. Recordé las palabras de Beldo y los gritos del Hermano Ulpiano y me estremecí.

—¿No puede ser esto realmente una señal del fin del Mundo, maestro?

El astrónomo se giró hacia mí con un súbito destello de enojo, logrando que en un instante me arrepintiese de mis palabras.

—¡No hagas que me avergüence de tí, muchacho! —exclamó iracundo—. ¿Acaso eres tú un ignorante como esos memos que tienes por compañeros, o como el idiota de Ulpiano? ¿O como los propios Severinos? ¿De qué te sirve todo lo que te he enseñado en estos años?

Me disgustó que me tomara por un necio y repliqué ásperamente.

—¡Claro que lo sé, maestro! Pero ¿no podría ser una señal pese a todo? —insistí—. Ya sé que se trata de un fenómeno astronómico que obedece a las leyes de la Gravitación de Newton. Pero, ¿no es posible que Dios se valga precisamente de esas mismas leyes físicas para hacernos llegar sus señales?

—Todo puede ser una señal, Polibio. Pero lo que significa la señal sólo lo

podremos saber después, cuando cada cual tome sus decisiones libremente y actúe en consecuencia. ¡Y la señal no lo habrá sido, muchacho estúpido, sino de las consecuencias de esos actos voluntarios! ¡Y ahora, aplícate en anotar esos datos! —Y volvió al Observatorio sin ocultar su malhumor.

34. La amenaza del Inquisidor

Apenas un par de días después me hallaba en la cúpula atareado en mis quehaceres de mantenimiento de los mecanismos cuando oí voces en la sala principal del Observatorio. Había dejado allá abajo al Padre Jacinto enfrascado en sus libros, pero la voz que resonaba enojada no era la suya sino la del Padre Crisógono, el Superior. Me acerqué hasta el borde mismo de la escalera y apliqué el oído con cautela. Puede servir como pretexto para mi curiosidad el hecho de que aquella visita era insólita en sí misma: el Padre Crisógono jamás había pisado el Observatorio ni una sola vez desde que yo lo frecuentaba. Si había estado dispuesto a subir él mismo los seis pisos para hablar con mi tutor en vez de enviar a un novicio para convocarlo, sin duda lo impulsaba un poderoso motivo.

—Pero ¿qué es lo que pretende ese severino? —oí que replicaba el astrónomo a una exhortación previa que no logré entender bien —Es cierto que le conozco, pero fue hace ya demasiado tiempo... Y no he publicado ni una línea, ortodoxa o no, desde hace treinta años, tú lo sabes bien... Dime, ¿qué crees que quiere de mí?

—No lo sé, Jacinto, pero te recomiendo que te tomes la visita como un honor... ¡Y, sobre todo, no debes comprometer a la Orden con tus manías ni tus excentricidades! Son días muy difíciles...

—¿Hay algo que no te parezca secundario al lado del futuro de la Orden, Crisógono? —exclamó mi tutor dejando escapar una breve y amarga carcajada.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál crees que es mi función, sino ésa precisamente? ¡Sólo me debo a la Orden de San Agustín, Jacinto! —replicó el Superior, no enojado sino más bien ofendido.

—Tienes razón, no me hagas caso, sólo era una broma estúpida... Pero no me lo digas, déjame que adivine... —noté un punto de ironía en su voz —Está

relacionado con el Cometa, ¿verdad?

—¡No lo sé, Jacinto! ¡Te digo que no me lo ha dicho! —se quejó el Superior —Pero, siendo sincero, ¿cómo quieres que imagine ningún otro motivo...? Al fin y al cabo, seguramente seas el único que cultiva el arte de la Astronomía en toda la Ciudad... Quizás quiera alguna aclaración tuya, no sé, tal vez saber cuánto tiempo crees que va a durar todo esto, o si hay algún motivo para sospechar que es algo más de lo que parece... —alzó la voz ante lo que debió ser un gesto de protesta de mi tutor —¡Ya lo sé, ya me lo has dicho! ¡Pero no te imaginas lo que ese Cometa tuyo está causando! Todo el mundo está muy nervioso, incluso aquí, ya has podido verlo tú mismo... Y fuera, en la Ciudad e incluso por todo el Reino según dicen, la situación se complica cada día, Jacinto. Ayer mismo fui al Palacio a consultar al Megaobispo. La plaza frente a la Basílica de San Sergio está literalmente cubierta de cenizas... ¡Los autos de fe se suceden casi a diario! Su Santidad me dijo que el Patriarca y sus aliados los Severinos parecen haberse vuelto locos: están fuera de todo control, y él percibe que cada día que pasa tiene menos apoyos y menos fuerza para plantarles cara. De hecho ni siquiera se siente seguro y me confesó que, aunque no es lo que desea, puede verse obligado a claudicar y a acceder a todas sus pretensiones... ¡Su Santidad tiene miedo, Jacinto! No podemos contar con que siga protegiéndonos como ha hecho hasta ahora, de modo que no podemos comprometernos... No sé que quiere de ti el Inquisidor General, pero debes tener mucho cuidado... ¡Prométeme que no pondrás en peligro a la Orden con tu insolencia, Jacinto! Quizás a algunos les parezca que has cambiado, pero yo te conozco desde hace mucho, amigo mío... ¡Siempre serás el mismo monje que recuerdo, terco y orgulloso, desafiante cueste lo que cueste!

—No te preocupes, Crisógono. Intentaré mantenerme bajo control...

El Superior pareció darse por satisfecho y la conversación finalizó de ese modo. Al menos, la que habían mantenido ambos monjes, porque el Padre Jacinto, por su parte, todavía no había terminado.

—¡Ya puedes bajar, Polibio! —exclamó el astrónomo cuando estuvo seguro de que el Padre Crisógono no podía ya oírle. Descendí por la escalera intentando disimular mi azoramiento.

—Yo no pretendía escuchar, maestro...

—¡Ya! Y por eso no he oído el más mínimo ruido ahí arriba en los últimos diez minutos, ¿verdad?

Enrojecí, pero no me atreví a decir nada más.

—No te preocupes. En realidad, pensaba hablarte de ello... Como ya parece saber, el nuevo Inquisidor General quiere verme, Polibio. Le conozco bien. Es un antiguo compañero de estudios de juventud. Asistió conmigo a las clases en el propio Santuario, en los tiempos en los que todavía acudían de otras órdenes religiosas a aprender de nuestros profesores. Antes de que los Severinos lo prohibieran, por supuesto.

—¿Y ahora vuestro amigo es Inquisidor?

—Bueno, eso parece... Estuvo a punto de ser uno de nosotros, de unirse a los Agustinos. Pero demostró ser más inteligente, profesando al final en una orden religiosa cuyo poder crecía casi a cada minuto en vez de optar por otra que se desmoronaba lenta pero irremediabilmente... Pocos habría, desde luego, que no calificasen de clarividente una elección como ésa... Bien, te dije que pensaba hablarte de todo ello, y lo he hecho por un motivo muy concreto: deseo que estés presente en esa entrevista.

—¿Os voy a acompañar por fin a la Ciudad? —pregunté repentinamente ilusionado.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! —el astrónomo ignoró mi gesto de decepción —Aunque parezca increíble, el Inquisidor viene a verme a mí, expresamente, al propio Santuario. ¡Es curioso! —rezongó jocosamente—. ¡Parece que ahora todos están dispuestos a molestarse para conseguir hablar conmigo!

—¿Y qué es lo que quiere de vos? —pregunté, olvidando que había oído la respuesta a esa pregunta.

—No tengo la menor idea, Polibio, pero mañana mismo lo averiguaremos. Te presentaré como mi asistente, y procura no sorprenderte por nada de lo que veas u oigas. ¡A lo mejor improviso sobre la marcha...! Y ahora, ¡sigue engrasando esa montura! ¡Esta noche tenemos mucho trabajo que hacer y todo debe estar a punto!

La entrevista tuvo lugar a la mañana del día siguiente en el despacho del Superior, una sala del segundo piso a la que nunca había tenido acceso antes.

Haciendo caso omiso de mi gesto de extrañeza el astrónomo me cogió del brazo justo antes de abrir la puerta, y ambos entramos en el despacho de esta guisa. Era una habitación amplia y ricamente amueblada aunque en nada comparable, por ejemplo, a la ostentosa celda del Maestro de Oblatos. Tapices descoloridos colgaban de dos de sus muros representando lo que me parecieron escenas de la vida de San Agustín, nuestro Fundador. Frente a la

puerta, un gran ventanal se asomaba a las colinas y permitía ver algunos de los edificios próximos, sobresaliendo por encima del frondoso arbolado.

El Inquisidor escribía afanosamente, sentado ante una mesa que supuse pertenecería al Padre Crisógono. Exageradamente inclinado sobre los papeles, ofrecía una espléndida visión de la perfecta y reluciente calva característica de sus hermanos de Orden. Pensé que no le hubieran venido mal unos lentes como los de mi tutor, aunque sabía que los Severinos rechazaban la ayuda de aquella clase de instrumento. El monje vestía el hábito immaculado de los Severinos, con una Cruciflor roja primorosamente bordada en el pecho, atravesada por el rayo dorado que ya conocía y que representaba el poder desatado del Señor en el día del Castigo. Cuando alzó la vista, su rostro anguloso, con la nariz y el mentón afilados sobresaliendo con decisión de su rapada cabeza, me resultó extrañamente familiar. Luego caí en la cuenta de que guardaba un notable parecido con el de mi tutor, si exceptuábamos la barba, aunque con un tinte severamente ascético del que carecía el del astrónomo. Pero los rasgos básicos eran tan similares que por un momento me pareció que bien hubieran podido ser hermanos. La elevada estatura que reveló el severino al levantarse súbitamente rompió, sin embargo, aquella fugaz ilusión. Sólo en ese preciso momento mi maestro me soltó del brazo. El Inquisidor se acercó a él con una sonrisa e inclinándose ligeramente para ponerse a su altura lo estrechó en un abrazo largo y cordial que no llegó a pecar en ningún momento de efusivo.

—¡Jacinto! ¡Amigo mío! ¡Cuánto tiempo ha pasado! —exclamó.

—Mucho, Eminencia —respondió el astrónomo devolviendo el abrazo con cierta cautela. —Casi... treinta años desde la última vez, me parece recordar...

—Treinta años son muchos sin duda, pero no para dos viejos amigos, ¿no es verdad? ¡Ya ves! —exclamó señalando los papeles sobre la mesa —¡Ni siquiera aquí puedo dejar de trabajar por un momento! ¡Ah, hacía mucho que no estaba entre estas viejas paredes! Por cierto, ¿por qué has hecho pasar al novicio?

—El muchacho es mi asistente, Eminencia...

—¿No querrás decir, tu aprendiz?

—Seguro que ya sabréis, Eminencia, que no puedo tener aprendices a mi cargo. Además, éste es un muchacho un poco lerdo... —me dirigió una mirada compasiva que me hizo sonrojar—. Sólo me ayuda a moverme por el Santuario sin tropezar y carga con lo que yo le pido, con autorización de mi

Superior, por supuesto. A veces me fallan las fuerzas súbitamente y mi vista ya no es ni una sombra de la que era antes... ¿Me autorizáis a sentarme, Eminencia? —El Padre Jacinto redondeó su representación con un gesto de impotencia que contemplé admirado, a la vez que con cierto enojo por el papel que me había adjudicado.

El Inquisidor asintió con un gesto comprensivo en el que creí advertir una chispa de complacencia, y rodeando la mesa volvió a sentarse en el sillón. A una indicación de mi maestro le acerqué una silla próxima en la que se dejó caer con expresión de alivio.

—Ya no somos aquellos críos que corríamos a escondernos del viejo y cascarrabias Maestro de Oblatos, ¿eh, Jacinto? Pero, por favor, antes de seguir, ¿desde cuándo me hablas de ese modo? ¡Ha pasado mucho tiempo, pero no somos precisamente dos desconocidos...! De modo que necesitas la ayuda de un asistente... —me echó una mirada crítica y por un momento pensé que me iba a ordenar que abandonara la sala, ahora que ya no era necesario. Pero apartó de mí la vista sin más interés —¡El bueno de Crisógono, siempre velando por los suyos! Y eso que, a pesar de todos sus esfuerzos y sus contactos, tu Orden no atraviesa por su mejor momento, ¿verdad, amigo mío?

—No puedo negar que tienes razón en eso... Humberto... Y ya que lo mencionas, a ti te ha ido mejor con los Severinos, desde luego... Recibe mis felicitaciones...

—Gracias. No me quejo, Jacinto. Es una gran responsabilidad que el Señor ha puesto recientemente sobre mis hombros y de la que a duras penas me siento digno. Y muy especialmente en estos tiempos... —lanzó a mi tutor una mirada significativa—. En fin, yo sólo me limito a servir a Dios, amigo mío.

—Desde luego, Humberto, como todos... —mi maestro pareció cansado de andarse por las ramas y decidió abordar directamente la cuestión—. ¿Por qué has venido a verme precisamente ahora? ¿En qué he podido llamar la atención del Santo Oficio, después de todos estos años?

—¿Acaso no te lo imaginas?

—Bueno, creo que podría conjeturar sobre algún posible motivo... Pero preferiría que me hablaras claramente.

—Desde luego, amigo mío... Tú siempre has ido con la claridad por delante... —, sonrió el Inquisidor. Desde el otro lado de escritorio pareció estudiar al astrónomo unos instantes antes de comenzar a hablar. —¿Qué

opinas del Gran Cometa, Jacinto? Conociéndote, imagino que tendrás toda una teoría al respecto...

El astrónomo no mostró ningún signo de que la pregunta le hubiese sorprendido. De hecho, me dio la sensación de que era aquello, exactamente, lo que había estado esperando.

—¿Deseas oír la verdad, o sólo lo que cualquier otro religioso o incluso cualquier otro monje del Santuario podría decirte?

—Me gustaría oír tu propia opinión. Tu opinión como... —le costó decidirse a pronunciar la palabra —científico. De hecho, ése es uno de los motivos por los que estoy aquí. Es cierto que hace muchos años que no nos hemos hablado. Pero te aseguro que en todo este tiempo no me he olvidado de ti ni de tu talento. Sinceramente, creo que no hay nadie en el Reino que pueda dar una opinión tan acreditada como la tuya en un tema como éste...

En seguida me di cuenta de que el halago, por otra parte completamente justificado, lograba vencer la reticencia inicial de mi maestro. La expresión del astrónomo pareció relajarse un tanto y, tras un ligero titubeo, carraspeó y comenzó a explicarse.

—Se trata del Cometa denominado Halley por los antiguos, Humberto... Como la mayoría de estos cuerpos, sólo es una gran bola formada por rocas y hielo, que describe una órbita increíblemente excéntrica. Ha regresado a las inmediaciones de la Tierra, como hace más o menos cada setenta y seis años... —con cada palabra el astrónomo parecía ir ganando confianza. Me pareció que el Inquisidor, que le dejaba hablar mientras le observaba en silencio, reprimía una sonrisa de satisfacción. Y de pronto tuve la completa seguridad de que era un hombre increíblemente hábil y astuto, que sabía cómo manejar a las personas a su antojo activando los resortes más apropiados a sus intereses, y no dudé de que, a pesar de todas las precauciones de mi maestro, la reunión comenzaba a desarrollarse exactamente por los derroteros que el Inquisidor había previsto. Me asaltó una punzada de inquietud pero el astrónomo continuó hablando como en una cualquiera de sus lecciones—. Tengo constancia de varios de esos regresos, aunque no de todos, porque por supuesto escasean los documentos... De hecho, Humberto, he estado pendiente de su retorno desde hace casi un año. Por lo que sé, ésta es la décima vez que se registra su vuelta...

—¿Qué piensas que va a suceder en los próximos días? —preguntó el Inquisidor desde su sillón con voz neutra.

—¿Suceder? —mi maestro se encogió de hombros —No creo que suceda

nada, Humberto... Dentro de unas semanas se marchará de nuevo, y su órbita le llevará tan lejos del Sol que no volveremos a saber nada de él hasta el siglo próximo... Ni tú ni yo estaremos por aquí entonces, y lo más probable es que este infeliz tampoco... —indicó señalándome con un gesto.

—¿Y qué opinas tú de todo esto, muchacho? —La pregunta, dirigida obviamente a mí, me había pillado totalmente desprevenido, y aunque entendí sus palabras no pude deducir a qué se refería.

—¿E-Eminencia? —fue lo único que atiné a responder.

—Te pregunto qué opinas tú sobre el Cometa... —repitió pacientemente el Inquisidor.

—Pues... —Miré al Padre Jacinto pero en su rostro, repentinamente serio, no pude leer nada que me sirviera de inspiración sobre lo que esperaba de mí. Aunque en un primer momento de vanidad me sentí tentado de demostrarle a aquel severino todo lo que sabía acerca de aquellos cuerpos celestes, tuve un atisbo de lucidez y recordé que, después de todo, no era el aprendiz del Padre Jacinto sino su lerdo asistente. También recordé la sensación que me había producido el Inquisidor sólo unos momentos antes y opté por la cautela. —No lo sé, Eminencia... Yo no entiendo de esas cosas. Yo sólo ayudo al Padre Jacinto cuando me necesita. El Cometa es... ¡es impresionante! —exclamé, intentado poner la expresión de asombro y estupidez más creíble que pude.

El Inquisidor me miró con un gesto extraño pero pareció darse por satisfecho.

—Sí, desde luego. Sin duda es impresionante. De hecho, se trata del acontecimiento más impresionante que se recuerda, desde el Castigo, por supuesto... Y no es extraño que sea así, sabiendo lo que significa este signo extraordinario...

—¿A qué te refieres? —intervino el Padre Jacinto arqueando una ceja en señal de sorpresa. El gesto del Inquisidor había cambiado. Miró con expresión grave, casi solemne, al astrónomo antes de continuar.

—Te lo diré sin más rodeos, Jacinto: nuestros teólogos más eminentes aseguran que el regreso del Cometa es el anuncio inconfundible de la inminente Tercera Venida de Nuestro Señor. El Megaobispo y su Consejo lo han ratificado ayer mismo, y el Patriarca ha puesto la Guardia a disposición de la Iglesia, como ayuda para los días extraordinarios que se avecinan. ¡No hay lugar para la duda, pues...! —puso ambas manos enérgicamente sobre el escritorio antes de continuar —Jacinto, ¡la hora que hemos esperado durante tanto tiempo ha llegado por fin! ¡Y como ya hiciera tantos siglos atrás con

motivo de Su Primera Venida, la Estrella de Belén retorna de nuevo para anunciar la Buena Noticia, el regreso del propio Señor! ¡La llegada definitiva de su Reino!

Por primera vez a lo largo de la mañana, el tono del Inquisidor me recordó al que habían empleado los predicadores Severinos que acudían cada año al Santuario. Me di cuenta enseguida de que algo había cambiado en la expresión del Inquisidor, de que el hábil manipulador había dejado vía libre al fanático. La propia atmósfera de la sala parecía haberse enrarecido repentinamente. La reacción de mi maestro, sin embargo, me demostró que incluso los hombres más inteligentes no saben reconocer a veces cuándo deben guardar silencio.

—Pero tú eres un hombre culto, Humberto... Estoy seguro de que tú sabes, sin duda, que se trata tan sólo de un cometa... —intervino mi maestro en una involuntaria exhibición de la suficiencia académica de la que a menudo hacía gala durante sus lecciones —Tan sólo un cuerpo celeste, formado por rocas y hielo como ya te dije, que ya ha sido observado muchas otras veces a lo largo de los siglos... No creerás en serio...

—¡Sé todo lo que debo saber sobre los cometas! —le interrumpió el Inquisidor poniéndose súbitamente en pie. Sus ojos despidieron un súbito destello de cólera, que no me alarmó tanto como la falta de reacción que advertí en mi tutor —¿Acaso me crees un ignorante, Jacinto? ¡Recuerda que he estudiado a tu lado! ¡Pero que tu ciencia tenga una explicación no significa que no pueda ser un signo! ¡Dios se vale de los fenómenos de la naturaleza para hablarnos, para enviarnos sus mensajes! —me resultó extraño oír en la boca del propio Inquisidor General, en aquellos precisos momentos, el argumento que yo mismo había usado ante mi maestro pocos días antes—. Y, de hecho, nadie había visto algo como esto jamás, antes de ahora... ¡Nadie recuerda una señal así en toda la Historia! ¿Cuándo leíste nada de un cometa cuya cola atravesara el firmamento de una parte a otra?

Sin embargo, el Padre Jacinto no parecía haberse dado cuenta aún del peligroso cambio de tono del Inquisidor, ni tampoco, a pesar de que a mí me resultó evidente, de que su pregunta era meramente retórica. Atrapado por la dialéctica, intentó refutar el argumento de su adversario.

—Bueno, no siempre que el Cometa regresa se aproxima tanto a la Tierra... Y, de hecho, hay crónicas anteriores a... bueno, al Castigo, que aseguran que a principios del siglo veinte su visita fue también espectacular, casi tanto como ésta... —se detuvo cuando vio que el Inquisidor había

levantado la vista y las manos hacia el techo, en un gesto de exasperación.

—¡Está visto que nunca cambiarás! La verdad, no sé qué es lo que me había empujado a albergar alguna esperanza... ¿A qué se debe tu falta de fe, Jacinto? ¿No eres capaz de aceptar que estás siendo testigo de la llegada del Señor, en toda su gloria? ¡Siempre fuiste fatuo y vanidoso! ¡Debíais tener razón siempre y en todo, tú y tu maldita Orden! ¡Pero no habéis hecho más que poner obstáculo tras obstáculo a los designios del Señor! Pues bien, eso está a punto de acabarse... ¿Me entiendes? ¡Los días en los que podíamos contemporizar con las almas débiles se han acabado! La hora está próxima ya, y el Señor debe hallarnos preparados como es debido... ¡Y eso me lleva a lo que realmente quería decirte hoy!

El Inquisidor se había ido exaltando progresivamente, mientras una creciente palidez se extendía por el rostro de mi maestro, creo que por primera vez consciente de que lo que había en juego era mucho más importante de lo que había supuesto en un principio.

—¡Debemos hallarnos preparados! —repitió el severino—. Y según me han revelado fuentes de toda confianza, vuestra Orden no lo está en absoluto...

—¿Qué quieres decir? —preguntó el astrónomo, y pude notar cómo le temblaba la voz ligeramente al hacerlo.

—Sé positivamente que en la Biblioteca de tu Santuario se guardan toda clase de lecturas heréticas, camufladas entre otras muchas inofensivas, y que pese a nuestros esfuerzos y a nuestra paciencia, la cooperación que obtenemos de vuestra Orden para localizar y destruir esos libros malignos es casi nula... Pero de eso ya trataré en su momento con tu Superior. Lo que quiero comentarte hoy te atañe más directamente a tí...

Mi maestro hizo ademán de ir a protestar pero el Inquisidor le acalló con un gesto enérgico. Luego hizo una pausa teatral antes de seguir.

—Tengo entendido que albergáis en el Santuario un instrumento diabólico... Se trata, afortunadamente, del último artefacto de esa naturaleza que queda en el Reino. Nuestro amado San Severino llamó a esa clase de artilugios Ojos de Satanás, y aunque muchos se rieron de él entonces y le tildaron de ignorante, el tiempo ha venido a darle la razón... Y según he oído, Jacinto, tú eres el responsable último de ese instrumento...

El Padre Jacinto permaneció esta vez en absoluto silencio. Su rostro parecía una máscara de yeso, tan pálido y contraído que por un momento dudé de si se había convertido en un espectro. Ahora que había desvelado sus

cartas, el Inquisidor continuó sin darle tregua.

—No podemos permitirnos que esta nueva Venida del Señor se vea frustrada una vez más, que no nos encuentre dignos de El nuevamente, por culpa de la falta de fe de unos pocos. ¡Y todavía menos podemos permitir que esos pocos se escondan en el seno de nuestra propia Iglesia...! —Hizo un esfuerzo por controlarse, y cuando volvió a dirigirse a mi maestro intentó que su voz recuperase algo de la complicidad que había estado presente al inicio de la conversación —No sé si estarás al tanto, pero me han llegado algunas denuncias en las que se te acusa de cientista, y de haber quebrantado la prohibición de enseñar esas ideas tuyas... que calificaré, con caridad cristiana, de heterodoxas... —Esperó por si mi mentor pretendía defenderse pero el Padre Jacinto no hizo ni siquiera un intento. El Inquisidor interpretó su silencio como de aquiescencia e hizo un gesto de satisfacción —Pero, a pesar de todo, quiero darte un margen de confianza, Jacinto. Por nuestra vieja amistad y por el afecto que aún le guardo al Santuario. Sé que has cuidado de ese objeto con mimo durante años, como hicieron muchos otros antes que tú. Pero no merece la pena poner en riesgo tu vida eterna, tu salvación... ni tampoco, como tu amigo debo advertirte de ello, tu integridad personal, por un engendro diabólico como ése. Reflexiona, amigo mío, y únete a la legión de los verdaderos cristianos en la dicha de una entrega absoluta a los designios de la Revelación. No te obceques en tu loca arrogancia, como te sucedió cuando éramos jóvenes... ¡Y dile también a ese idiota de Superior que tenéis que esta vez no se le permitirá margen alguno para sus estúpidas maniobras de cortesano! ¡El Megaobispo, que os había protegido hasta ahora, no se atreverá a enfrentarse a nosotros cuando sabe que el tiempo se acerca! —exclamó en un último exabrupto.

Jacinto había bajado la mirada y durante unos segundos la mantuvo fija en el suelo.

—¿Qué debemos hacer, Eminencia? —preguntó finalmente, casi en un susurro. El Inquisidor nuevamente asintió para sí, satisfecho, dando por sentado que la pregunta del astrónomo suponía una claudicación.

—Es muy sencillo: queremos que se destruya ese aparato maligno, de una vez y para siempre. Preferimos que lo hagáis vosotros mismos, sin violencia. Es importante que mantengamos la unidad de la Iglesia en estos momentos decisivos. Pero si tu Orden no está dispuesta a encargarse de ello, el Patriarca enviará a la Guardia, incluso aunque el Megaobispo se oponga. Y nosotros mismos lo supervisaremos. Y el asunto de ese instrumento diabólico no es el

único. Aunque ya lo hablaré con tu Superior en los próximos días, puedo anticiparte que también tomaremos otras medidas con respecto al Santuario. La Biblioteca, por ejemplo... Ya se adoptaron algunas decisiones en su día, pero por las informaciones que me han llegado parece que no fueron lo suficientemente enérgicas. Hay libros y documentos perversos que debían haber perecido en las llamas hace ya mucho, pero aún no es demasiado tarde... Y no permitiremos que los Agustinos creáis que podéis quedaros al margen de lo que va a suceder. Lo dijo el mismo Cristo: “¡El que no está conmigo, está contra mí!”. Y ahora tendrás que disculparme, Jacinto. Son muchas las obligaciones que pesan sobre mí... —Con un gesto seco, en un tono muy alejado del que había usado en la bienvenida, nos despidió a ambos, y sentándose nuevamente comenzó a leer uno de los papeles que tenía sobre la mesa. Yo ayudé al astrónomo, que no había vuelto a despegar los labios, a levantarse, y esta vez sí que tuve la sensación de que debía soportar todo su peso. Lo conduje hasta la puerta sin mirar a atrás y el Padre Jacinto se dejó guiar en silencio y con aspecto derrotado. Por fin, justo antes de que la abriésemos para abandonar la sala, escuché la voz del Inquisidor a mis espaldas.

—¡Ayuda a tu maestro a distinguir la verdadera luz, novicio...! —exclamó el severino desde su sillón. Ambos nos volvimos, y pudimos atisbar aún un gesto triste que enseguida se tornó en mueca de sacrificada resignación. — ¡Hay tantas decisiones que tomar, Jacinto! Y es una responsabilidad que, aunque no dudo ni un instante en asumirla, pesa sobre mis hombros como una losa... Vivimos tiempos difíciles, amigo mío. Apasionantes, pero muy difíciles. Recuerda de qué lado te conviene estar. Espero noticias tuyas antes de dos..., no, una semana a lo sumo. Realmente no puedo darte más de una semana. De aquí a una semana espero tener noticias tuyas. ¡Hasta entonces, pues! Y recuerda que, si tengo que regresar, no lo haré solo... —recalcó antes de volver la vista a sus papeles.

Jacinto se inclinó sin decir nada y yo le imité, y ambos salimos de la estancia del Superior y nos dirigimos en silencio al Observatorio. Había contado con que el Padre Crisógono nos estaría aguardando afuera, pero no encontramos a nadie en todo el trayecto. Durante parte del mismo seguí sujetando el brazo de mi maestro pero luego, repentinamente incómodo, acabe por soltarlo, aunque él no pareció darse por enterado. De hecho siguió ausente, ignorándome por completo durante largo rato, y finalmente opté por dejarle solo en el Observatorio y dedicarme a alguna de mis otras

obligaciones.

Fue sólo a lo largo de la tarde, después de varias horas, cuando por fin tuve la tranquilidad suficiente como para reflexionar, cuando fui consciente de que mi sensación era, sobre todo, de indignación. Y finalmente concluí que el motivo de esa indignación era doble. Por una parte, me había dado cuenta de que el Inquisidor se había referido varias veces a algún informador misterioso, que yo identifiqué de inmediato y ya sin dudarlo con el Hermano Lázaro. Me sentí furioso conmigo mismo por no haber hecho partícipe antes a mi mentor de mis evidencias. Y en segundo lugar me sentí avergonzado, por primera vez, de mi maestro, por la forma degradante en que se había humillado ante el severino, por la manera en que había claudicado en cuanto el Inquisidor le había amenazado directamente. Estaba seguro de que el Padre Jacinto había salido del despacho del Padre Crisógono con el miedo incrustado en cada uno de los huesos de su cuerpo, exactamente tal como había debido suceder veinte o treinta años atrás, cuando se retractó ante la presión del Santo Oficio. Exactamente como lo habría podido hacer Galileo, hacía ya tantos siglos. Y al tiempo que confirmaba esta sospecha creí haber aprendido una lección: que es difícil, por no decir imposible, que los hombres cambien, no importa el tiempo que transcurra. No hice ningún intento por entablar conversación con el Padre Jacinto a lo largo de toda aquella tarde. Tampoco creo que hubiera sido capaz, aún habiéndolo intentado, de extraer ni una sola mueca del rostro sombrío, casi cadavérico, de mi viejo maestro.

35. El Ojo de Satanás

Tardé un par de días en volver a subir al Observatorio. Sólo logré decidirme a hacerlo después de repetirme una y mil veces que el viejo astrónomo tenía derecho a sentir miedo. Que fuese un gran sabio, me repetía, no impedía que pudiera ser un cobarde. En cierto modo, él mismo lo había reconocido años atrás cuando me confesó cómo en su juventud y acusado por el Santo Oficio, aun habiendo deseado mantenerse firme como Bruno, finalmente se había retractado como Galileo.

Encontré a mi maestro examinando atentamente los volúmenes apilados en las estanterías. Una espesa nube de humo blanco, que el astrónomo contribuía a acrecentar aún más con cada espiración, inundaba el extremo de la sala hasta el punto de que se me hacía difícil respirar. Tosí un par de veces antes de conseguir saludarle.

—Abre la ventana, si quieres —murmuró sin volverse. Luego seleccionó un libro de la estantería que consultaba y lo colocó junto a varios más, que ya había apartado en un montón sobre su mesa.

—¿Qué estáis haciendo, maestro? -, pregunté. Eran las primeras palabras que le dirigía tras la entrevista con el Inquisidor, y me costó mucho que parecieran naturales.

—Estoy seleccionando los libros que me parecen absolutamente imprescindibles, muchacho —respondió, y siguió con lo que tenía entre manos.

—¿Son para que los estudie? —pregunté algo agobiado, pensando en los meses que tardaría en hacerme con toda aquella lectura, y en la dificultad que tenía últimamente para concentrarme debido a la forma en que parecían acumularse los desastres uno tras otro.

—No, Polibio—. Se volvió por fin hacia mí e interrumpió su tarea. Dio una larga chupada a la pipa antes de proseguir, y cuando lo hizo me miró

directamente a los ojos—. Son los que pienso llevarme conmigo.

—¿Qué queréis decir? —pregunté sin estar seguro de comprender—. ¿Adónde os vais? —Un pensamiento me cruzó la mente como un rayo—.

¿Os va a encarcelar la Inquisición?

—No, hijo. No, al menos si puedo evitarlo.

—¿Entonces? ¿Qué sucede?

Respondió a mi pregunta con otra.

—¿Cómo es que no viniste ayer en todo el día? Te estuve esperando...

—Anduve muy ocupado... -, mentí. Había pasado el día vagando por los Jardines, pensando en lo sucedido en el despacho del Superior, y en cómo podría volver a mirar a mi maestro a los ojos sin que notase que me avergonzaba de él. Luego me sentí en la obligación de elaborar mejor mi pretexto recurriendo a mis obligaciones en la Biblioteca, que había retomado a comienzos de la Primavera—. El Hermano Aurelio necesitaba más ayuda de la habitual para clasificar toda una sección de la Biblioteca y...

—Bajé a la Biblioteca a buscarte, Polibio... —me interrumpió suavemente, y no pude evitar enrojecer al verme descubierto—. El Hermano Aurelio pareció muy sorprendido, aunque no sé si el motivo de su sorpresa fue tu ausencia, o el hecho de que yo me presentara personalmente a buscarte...

—¡No quise subir! —reaccioné con enojo, repentinamente consciente de que en el fondo me importaba un bledo haber sido descubierto—. ¡No me apetecía subir! ¡En realidad, no quería veros! ¿Por qué tuvisteis que ser tan... tan...?

—¿Rastrero? —el astrónomo terminó la frase por mí. No tuve otro remedio más que asentir—. Ya veo...

El Padre Jacinto dio unas rápidas bocanadas de su pipa mientras reflexionaba sobre algo. Luego dio una fuerte palmada sobre la pila de libros, que me pilló desprevenido y me hizo dar un paso a atrás.

—No me extraña que tengas tan poca confianza en mí. Lo que te he contado sobre mi pasado te da pie para ello, sin duda... Pero escúchame, si es que todavía quieres hacerlo: quizás te lleses una sorpresa. Hace algún tiempo, cuando llegó el momento en que tenías que tomar una decisión importante sobre la Cruciflor, hablamos, largo y tendido si no recuerdo mal, y decidiste seguirme, hacer lo que yo había hecho antes, aunque recuerdo que me esforcé en no presionarte, ¿no es cierto? —asentí—. Pues bien, lo de entonces se trataba de algo irrelevante, comparado con lo que te voy a pedir hoy. Ayer

mismo había decidido que no te diría nada, pero he cambiado de idea, ahora creo que me equivocaba, que aún te seguía considerando poco más que un niño pese a todo. Pero veo que ya tienes edad suficiente como para cuestionarme, y también para tomar una decisión personal sobre esto...

—¿A qué os referís, maestro?

—Me voy para siempre del Santuario, Polibio.

La contundencia de las palabras del anciano astrónomo me golpeó como si se tratase de un mazo gigantesco. Me sentí incapaz de comprender, de reaccionar.

—Pero, ¿y el Observatorio?

—El Observatorio se quedará donde está, muchacho. Pero si me estás preguntando por el Telescopio, eso es diferente. Voy a llevarme el Telescopio conmigo, Polibio. Me lo llevo a algún lugar en el que tenga posibilidades de sobrevivir, hasta que lleguen tiempos mejores. Sí. Ya oíste al Inquisidor. El Telescopio, el “Ojo de Satanás”, como él lo llama, será destruido si no lo impido de algún modo. Y sólo se me ocurre éste: marcharme con él. Lo decidí durante la entrevista del otro día, pero no pretendía darle pistas al Santo Oficio sobre mis verdaderas intenciones...

—Pero ¿Y el Santuario? ¡Aquí es donde lo han conservado siempre vuestros predecesores! Este es el lugar del Telescopio, y el vuestro propio, ¿no? ¿No podéis luchar porque permanezca en su sitio?

—Todo tiene un final, Polibio. Lo lamento, porque tienes mucha razón. El Santuario es mi hogar, el único que he conocido. Hubiera preferido seguir envejeciendo y morir aquí mismo, rodeado de todo lo que me ha acompañado durante casi una vida entera. Pero no puedo permitir que suceda lo que acontecerá, con toda seguridad, si no me voy lejos de aquí. Tú mismo oíste al Inquisidor, y te aseguro que no exageraba. El Padre Crisógono, a pesar de su buena voluntad, no podrá hacer nada para evitarlo. Gracias a nuestro oportuno Cometa, los Severinos tienen ya el control completo de la Ciudad. Si no me voy pronto, entrarán aquí y lo reducirán todo a polvo... —la resolución proporcionaba un brillo singular a los ojos del sabio —¡Y tú sabes que no puedo permitirlo! Este Telescopio es único en el Reino, el verdadero símbolo de la Ciencia a la que he entregado mi vida. Ya hablamos un día de todo esto, ¿no? Por si no te has dado cuenta, la conservación del Telescopio es mi misión, una misión mucho más exigente de lo que creía, que hoy me requiere que abandone el Santuario.

—¿Y qué voy a hacer yo? —pregunté, sintiéndome de pronto

absolutamente miserable, abandonado también por mi mentor, avergonzado de haber dudado de él.

—Esa, Polibio, es la cuestión. ¿Qué vas a hacer tú? —y me miró intensamente. Pero no como a un discípulo, ni como a un muchacho. Me miró como a un hombre. Como se mira a un hijo cuando uno adquiere conciencia (y esa conciencia, lo sé por propia experiencia, se adquiere siempre de repente) de que ya es un adulto, de que, esté o no debidamente preparado para decidir por sí mismo, le ha llegado el momento de hacerlo.

Sólo entonces me di cuenta de lo que había obviado hasta ese momento: que la decisión de mi maestro me afectaba, sin duda, también a mí, decidiese lo que decidiese. Y me apercibí asimismo, por la tensión que detectaba en esa mirada que tan bien conocía, de que él esperaba, e incluso deseaba intensamente, que yo le acompañase. Aunque, como ya había sucedido con anterioridad, tampoco ahora estaba dispuesto a hacer ningún movimiento que me hiciera sentirme presionado.

Por un momento me sentí atravesado por el vértigo. El Padre Jacinto pretendía abandonar el Santuario y deseaba que yo lo hiciese junto a él. Sin embargo, toda mi vida anterior se había desarrollado dentro del venerable recinto, protegido en el seno de la Orden que había velado por mí como una madre. Y me daba perfecta cuenta de que Jacinto no se refería sólo a abandonar el Santuario. Para conseguir su objetivo, mi tutor tendría sin duda que abandonar el propio Reino, y encontrar un lugar fuera del alcance del Santo Oficio.

—¿A-adónde pensáis ir, maestro?

—Si te lo revelo ahora y te quedas aquí, los Severinos acabarán por averiguarlo. No conoces sus métodos de tortura. Yo sí, y te aseguro que son efectivos... —respondió lentamente.

—Pero no podrán sonsacarme nada, maestro, si voy con vos —repliqué yo, también muy despacio, no muy consciente de todo lo que implicaba aquella respuesta hasta que lo dije. Curiosamente, nada más pronunciar aquellas palabras me invadió una extraordinaria sensación de paz.

También el gesto de mi mentor cambió casi de inmediato. No modificó su expresión severa y resuelta, pero percibí un aumento del ya considerable brillo que animaba sus ojos, como si se hubieran humedecido de repente, y las arrugas se acentuaron en torno a las comisuras de los párpados. Carraspeó un par de veces y desvió la mirada.

—En ese caso, deberías estar ayudándome, en vez de quedarte ahí

pasmado. ¡Pon este libro en un montón nuevo, al lado del otro! —y me colocó un grueso volumen en las manos—. Estoy seleccionando los libros que me parecen imprescindibles... Quiero tener una buena biblioteca científica, allá adonde vaya. Sea donde sea, tendremos que seguir trabajando, ¿no te parece?

—Pero, ¿y vuestras observaciones? —exclamé recordando la ingente cantidad de datos, fruto de décadas de minucioso trabajo.

—Bueno... son sólo números... Es imposible llevarlo todo de modo que habrá que empezar de nuevo... ¡Ahora ayúdame, anda!

Asentí y le obedecí sin replicar. Sin embargo, aquella insólita paz que había experimentado al comprometerme con mi tutor me abandonó poco después, cuando, en un descanso en el proceso de selección de libros me detuve a meditar seriamente sobre las consecuencias de una decisión como aquella.

Al decidirme a abandonar el Santuario junto a mi tutor estaba echando por tierra el único futuro que nunca había imaginado: un porvenir al amparo de la Orden centenaria de San Agustín, la misma que me había protegido desde niño. Toda una vida que iba a desenvolverse tal como lo había hecho hasta entonces, por entre los corredores y salas del inmenso edificio, entre las estanterías de la Biblioteca y las escaleras que conducían a la cúpula del Observatorio. Me sentí desvalido y al mismo tiempo avergonzado de mi egoísmo: el Padre Jacinto sí que estaba renunciando a todo lo que había sido su vida hasta ese instante, a sabiendas de que no iba a resultarle sencillo empezar de nuevo en alguna otra parte.

Pero eso no hizo que me sintiera menos desamparado. El Santuario no sólo era mi hogar: era mi mundo, el único que había conocido y cuyas fronteras jamás había llegado a traspasar. Era el sitio en donde se encontraban todos los que habían compartido de algún modo mi vida conmigo. Y entre ellos, las dos únicas personas a las que, pese a todo lo sucedido en los últimos tiempos, podía seguir considerando como mi familia: Beldo y Penélope, e incluso el propio fantasma de Galerio. Un intenso frío se fue apoderando de mí y me fui sintiendo, poco a poco, cada vez más solo. La sangre latía con fuerza en mis sienes, resonando en mis oídos con un murmullo sordo que me hacía difícil distinguir la voz de mi maestro. Y la luz que entraba por la ventana se fue oscureciendo poco a poco, hasta que las tinieblas se cerraron sobre mí sin que casi pudiera advertirlo. Lo primero que vi al volver en mí fue el rostro barbudo del Padre Jacinto, que se inclinaba sobre mí con

expresión afectuosa pero a la vez inconfundiblemente socarrona.

—¿No se suponía que yo era el miedoso, muchacho? —me dijo mientras me ayudaba a levantarme.

A lo largo de los dos o tres días siguientes mi maestro y yo preparamos apresuradamente los detalles de nuestra marcha. Seguí dedicando las mañanas a mi trabajo habitual en la Biblioteca, aunque recorté mi horario todo lo que me pareció prudente. El Padre Jacinto había insistido en la importancia de que nadie estuviese al tanto de nuestras intenciones, seguro de que sólo si nuestra partida tenía lugar en el más absoluto secreto tenía posibilidades de éxito. De modo que me esforcé en que no se notara mi nerviosismo. Pero, aún así, cada vez que recorría alguno de los pasillos repletos de estantes tenía la sensación de estar despidiéndome de todos y cada uno de aquellos libros, de aquel increíble tesoro del que había supuesto, desde una inocencia juvenil que en aquel momento me parecía completamente absurda, que estaría siempre a mi entera disposición.

También intenté aquellos días demostrarle mi aprecio al Hermano Aurelio de algún modo. Y aunque traté de que no resultase demasiado obvio que había algo más tras aquel súbito despliegue de afecto, no lo conseguí por completo, pues el joven Bibliotecario me miró en más de una ocasión con suspicacia.

—¿Te sucede algo, Polibio? Te noto un poco extraño... —llegó a decirme en alguna ocasión, aunque al ver que yo me atragantaba, quedándome sin palabras, no insistió y volvió a sus quehaceres.

Con tanto ir y venir en esos días, estoy seguro de que también Beldo notó que me sucedía algo raro. Pero no se atrevió a decirme nada o quizás, simplemente, prefirió no hacerlo ya que, de hecho, apenas habíamos hablado más de dos o tres palabras seguidas a lo largo de todo el invierno. Por mi parte, las pocas veces en que me crucé con él sentí la tentación casi irresistible de confiar en mi amigo, de estrecharle fuertemente y de decirle lo mucho que iba a echarle de menos, a pesar de todo lo sucedido en los últimos meses. De explicarle que me sabía mal despedirme de él así, posiblemente para siempre. De abandonarle como ya le había abandonado Tiberio mucho antes. De decirle, en definitiva, lo mucho que le quería, a pesar del muro que parecía haberse levantado últimamente entre nosotros. Pero sabía que no podía hacerlo, y cada una de las veces me contuve.

Por su parte, el Padre Jacinto escribió una larga carta al Superior en la que le daba cuenta, sin revelar ningún detalle que nos comprometiera, de los motivos que le habían empujado a tomar una decisión así.

El momento clave, el día en el que realmente fui consciente de que no había posibilidad de una vuelta atrás, fue el que nos dedicamos a dismantelar el Telescopio.

Primero desmontamos el gran objetivo, como hacíamos cada año cuando recrudecía el invierno. El Ojo de Satanás, lo había llamado el Inquisidor. Pasé la gamuza empapada en alcohol con reverencia por su superficie pulida, que nunca me había parecido tan frágil como ahora. Se trataba sin duda de un ojo, que había visto muchas cosas a lo largo de los siglos, algunas de ellas maravillosas. Pero, desde luego, no era el Ojo de Satanás en ningún caso, sino más bien el Gran Ojo del Hombre, la última ventana al Universo de que disponía la Humanidad. Me sentí, junto con mi maestro y más que en ningún otro momento anterior, depositario de una inmensa responsabilidad. Lo guardamos en su estuche de madera tras haberlo acolchado envolviéndolo con varios grandes trozos de lienzo. El Padre Jacinto tardó en darse por satisfecho, pero por fin quedó convencido de que los inevitables traqueteos y zarandeos de un largo viaje no perjudicarían a la extraordinaria lente. Se suponía, por otra parte, que la sólida caja lo protegería de los golpes más violentos.

—Esta lente no ha salido de este edificio en los últimos trescientos años, por los menos, Polibio. ¿Quién sabe cómo puede afectarle un viaje? —suspiró—. ¡Pero no podemos hacer más! Que sea la voluntad de Dios...

Luego empaquetamos los oculares y algunos otros dispositivos auxiliares: espejos y prismas, lentes correctoras, e incluso un pequeño antejo buscador de poco más de medio metro de longitud, que el astrónomo intentó camuflar rodeándolo de mapas y láminas de cartón enrolladas, para que tuviera un aspecto más discreto.

Por supuesto, estaba fuera de lugar intentar llevarnos el largo tubo metálico y la compleja y pesada montura, con sus contrapesos y sus precisos mecanismos, aunque el Padre Jacinto suspiró cuando le echó una última ojeada. Para un observador poco avezado (y, salvo a nosotros dos, a cualquiera en el Reino se le hubiera podido calificar de ese modo), la presencia del largo tubo sobre su sujeción le haría creer que nada había

cambiado bajo la cúpula.

—¡En fin! Seguro que allá donde vayamos podremos construir una montura que nos permita salir del paso, aunque sea algo rudimentaria. ¡No será tan sólida como ésta, pero haremos lo que podamos!

—¿Adónde vamos a ir, maestro? ¿A alguna otra casa de la Orden? —todavía no me había dicho nada de sus intenciones, aparte de la de marcharse y llevarme con él.

—¿Qué? ¡Claro que no! En ninguna de sus casas estaríamos a salvo, y además la pondríamos en peligro. ¡La Orden de San Agustín tendrá que sobrevivir sin nosotros, al menos de momento! Iremos al Norte, Polibio. No lo tenía del todo claro hasta hoy mismo, pero creo que es la mejor idea.

—¿Pasaremos por Salamanca? —pregunté con la lejana esperanza de volver a ver a Tiberio, cuya primera y última carta había llegado de aquella ciudad, más de un año antes.

—No, Polibio. No nos queda ni siquiera de camino... En cualquier caso, intentaremos no acercarnos a ninguna de las grandes ciudades. Tenemos que salir del Reino lo más rápida y discretamente posible. Si no, la Inquisición nos localizará, tarde o temprano. Tenemos que encontrar un lugar lejos de su influencia. Para serte sincero, te reconoceré que durante un tiempo estuve acariciando la idea de viajar hacia el Sur. Allí el clima es más suave, y probablemente dispondríamos de muchas más noches de observación al cabo del año. Pero no creo que los musulimes nos recibieran con los brazos abiertos precisamente, siendo como somos religiosos. En cambio, en el Norte tengo amigos que me aseguran que los galaicos no son gente tan bárbara como nos cuentan... —se explicó al ver mi gesto de alarma, pues los piratas galaicos eran uno de los enemigos seculares del Reino y las historias sobre su brutalidad corrían de boca en boca—. No debes preocuparte, Polibio: sé todo esto de muy buena fuente. Incluso me han dicho que no son nada intransigentes en asuntos de religión sino más bien al contrario. Para serte sincero, hace décadas que mantengo correspondencia (por supuesto, con el debido secreto) con un antiguo colega que se gana la vida dignamente como astrónomo de la corte de Oviedo. He estado releendo esta noche su última carta y he terminado de decidirme. Sí, creo que en el Norte nos irá bien...

También preparó mi maestro un grueso fajo de carpetas y documentos, con los papeles que en su día había salvado su propio mentor de los Archivos de la Orden.

—Aquí está la memoria de toda una época, Polibio —me indicó mientras

los introducía en una vieja cartera de piel—. Quizás estos papeles sean tan importantes como el propio Telescopio...

Caí en la cuenta entonces de que mi maestro nunca me había contado lo que explicaban aquellos misteriosos papeles sobre las verdaderas causas del Desastre. Me había prometido hacía ya casi dos años que algún día hablaríamos de ello más despacio, pero habían transcurrido los meses, se habían desencadenado uno tras otro los acontecimientos y el asunto había quedado relegado al olvido, al menos por mi parte... Me hice propósito entonces de sacar el tema en cuanto tuviéramos un momento de tranquilidad, en las semanas sucesivas, en el transcurso de nuestro viaje.

Por fin, después de tres días de intenso trabajo, todo estuvo dispuesto. Apilamos los bultos junto al resto de bártulos dispersos por la destartada sala, por si acaso había alguna visita inesperada. Además de los paquetes con las lentes del Telescopio, preparamos varios fardos más con al menos tres o cuatro docenas de libros. El Padre Jacinto sufrió mucho con el proceso de selección, consciente como era de que no podía llevarse consigo más que un número reducido de volúmenes; de modo que intentó escoger sólo los textos más representativos del variado rango de disciplinas que le interesaban. Aún así, en más de una ocasión en que le resultaba imposible decidirse entre dos o más textos sobre la misma materia, dejó finalmente a mi buen o mal juicio escoger en su lugar.

Yo había preparado mientras tanto mi propio equipaje, con algunos de mis libros favoritos de historia, e incluso algunos cuentos de los que le había leído años atrás a Penélope. También cogí varios de mis discos predilectos, incluyendo el que contenía la melodía favorita de Tiberio. Pero no me atreví a pedirle al Padre Jacinto que incluyera en nuestro ya excesivo bagaje su máquina reproductora de música, y confié en que allá adonde fuéramos consiguiéramos construir un ingenio similar.

Y fue sólo entonces, cuando ya todo lo demás estuvo listo, cuando no me quedó otro remedio que pensar en Penélope.

36. La despedida de Penélope

Mis esfuerzos por apartar a Penélope de mis pensamientos habían tenido un cierto éxito a lo largo de los últimos meses, al menos durante las horas de vigilia, aunque al conciliar el sueño, como ya he contado repetidamente, las cosas eran muy distintas. Sin embargo, ahora que mi partida era inminente me debatía indeciso, agobiado a cada momento por un nuevo dilema. Aún no me sentía con ánimos de volver a verla. De hecho, la simple idea de enfrentarme a ella me aterrorizaba. Pero tampoco me veía capaz de marcharme para siempre sin una despedida, por breve y escueta que fuese y aunque supusiera asumir un cierto riesgo.

También era consciente de que revelándole mi intención de partir podía hacerle mucho daño. Tiempo atrás (me parecía que hacía ya una eternidad de aquel encuentro), Penélope me había propuesto que nos marcháramos juntos del Santuario, ofreciéndose a compartir el resto de su vida conmigo. Yo había rechazado su propuesta con toda la rotundidad de que había sido capaz. En realidad, la había despreciado sin contemplaciones, desde lo que ahora reconocía como una ufana y estúpida superioridad, sin preocuparme siquiera sobre los motivos que ella podía tener para intentar escapar, para eludir el previsible destino que le aguardaba en el Santuario. Un destino degradante e injusto del que, además, no sólo había sido testigo directo sino activo cómplice. Y, sin embargo, ahora sí que estaba dispuesto a hacerlo, a abandonarlo todo tras de mí, a una mera señal de mi tutor. Me sentí profundamente avergonzado porque me daba cuenta de lo que eso significaba: quizás, que no la había amado lo suficiente. Sin embargo, Penélope era sin duda la persona a la que más había querido y a quien más seguía queriendo en el mundo, con lo poco o mucho que eso pudiera suponer dado lo limitado de sus fronteras. Ella había despertado en mí los sentimientos más cálidos y deliciosos, y también por ella había

experimentado el más intenso de los sufrimientos. ¡Hubiera deseado tanto que las cosas hubiesen podido ser de otra forma entre nosotros! Pero ¿significaba eso que, por amor, tenía que haber renunciado a todos mis sueños? Aún no lo creía así, pero de todas formas ante la perspectiva de un próximo encuentro con ella me sentí, como tantas otras veces, inmensamente culpable.

Dediqué aquella tarde las Vísperas por entero a hacer acopio de valor. Finalmente, cuando todos se fueron recluyendo en sus celdas y el Santuario se fue quedando más tranquilo, acabé de decidirme. Los días eran ahora increíblemente largos, y todavía quedaba al menos una hora de luz. Cogí el libro de Galerio, el que había leído junto a mi amiga en la ribera del estanque en aquellos días felices que tan remotos me parecían ahora, y me dirigí a las Cocinas. Procuré que nadie me viera, pero en realidad tampoco sentía que tuviera ya tanta importancia. Al fin y al cabo, al día siguiente ya no estaría allí para rendir cuentas.

Seguí una senda no muy distinta de la que había recorrido tras los pasos de Floro en aquella noche aciaga. Noche de la que, pese a todo, no tenía tan claro ahora que me arrepintiese. Cuando alcancé la zona de los barracones me acerqué hasta un grupo de casuchas, frente a las cuales una mujer mayor desenredaba con desgana el pelo de una niña de no más de ocho o nueve años, la edad que podría haber tenido Penélope cuando la conocí. A su lado otra mujer, a la que al principio no pude ver el rostro, removía con un palo el contenido de un enorme barreño, un líquido negro y humeante. Una vaharada pestilente me llegó con un golpe de aire y estuve a punto de vomitar. A la mujer, sin embargo, no parecía afectarle el olor. Tenía los brazos embadurnados de negro casi hasta los codos, y sólo después de unos segundos me di cuenta de que lo que la mujer removía debían ser tres o cuatro hábitos agustinos, sumergidos en alguna clase de tinte. Por un momento enrojecí pensando que pudiera tratarse de la alcahueta. Luego, al comprobar que no era ella, reuní valor para acercarme.

—¿Conocéis a Penélope? —les pregunté.

La mujer mayor me miró inexpresiva, desde un rostro rugoso y ennegrecido. Asintió lentamente con la cabeza. La otra sirvienta, la que removía los hábitos, ni siquiera se volvió. Observé a la niña, me miraba muy seria con sus grandes ojos oscuros, y apenas pude sostenerle la mirada durante un par de segundos sabiendo como sabía cuál iba a ser su inexorable destino.

—¿Puedes darle esto?

La mujer cogió el libro sin responder y le echó una breve y reverente ojeada no exenta de cierta curiosidad. Comprendí que, al igual que Penélope antes de que yo le enseñase, probablemente no sabía leer. Hizo por fin un gesto afirmativo y se disponía a guardar el libro bajo el faldón, cuando se oyó la voz de alguien que salía de la chabola más próxima.

—¿Qué sucede, Teresa?

Una tercera sirvienta, sucia y vestida con ropas andrajosas que me resultaron familiares, se acercó con paso torpe. Sujetaba con dificultad un barreño colmado de trapos mojados, entre los cuales destacaban varios de color negro. Me enojó que nos interrumpiera y la despedí con un gesto airado.

—¡Lo que estamos hablando no te incumbe, mujer! Yo...

—Este novicio te está buscando, Penélope... —musitó lacónicamente la mujer que había atendido al nombre de Teresa, y se marchó tirando de la niña y dejando en mis manos el libro de Galerio.

Me quedé con la boca abierta. Casi no podía creer que era Penélope la que estaba realmente ante mis ojos. Tenía el pelo recogido detrás de la cabeza, en una amalgama enmarañada y sin brillo. Además de sucio, se le veía el rostro avejentado, con los ojos hundidos tras unas pronunciadas ojeras. La mirada clara de cascabel era ahora un pozo oscuro y sin fondo, y la sonrisa cristalina de otrora un rictus amargo. Sólo entonces me fijé en que el vestido andrajoso era el mismo que había llevado el día en que la rechacé.

—¿Sabes que esa mujer, la que se ocupa de los tintes, tiene las manos completamente grises? —inquirió como todo saludo, mientras señalaba con un gesto de la cabeza a la sirvienta que seguía removiendo el hábito, indiferente a nuestra misma presencia—. El tinte nunca se va, por mucho que te laves luego... Es una marca de por vida, el sello de su destino. Creo que eso es lo que más odio de todo... ¿Qué es lo que quieres, Polibio? —preguntó al fin con voz cansada. No detecté en su pose ni en sus palabras ni un ápice de la energía que siempre había podido hallar antes.

—Quería darte esto... —sin saber qué otra cosa decirle, me acerqué y deposité el libro sobre el montón de ropa. Penélope lo miró y tardó en reconocerlo, como si fuese un objeto perteneciente a otro mundo. Aunque cuando lo hizo pareció que se le iluminasen los ojos por un breve instante.

—¿Así que por fin te marchas? Siempre supe que lo harías, más tarde o más temprano. Por eso me enojó tanto que no lo hicieras conmigo cuando te

lo pedí...

—¿Cómo sabes que me voy? —pregunté, avergonzado. Finalmente iba a hacer lo que ella me había propuesto. Pero no junto a Penélope, no tal como ella había soñado durante mucho tiempo.

—¿Y por qué vendrías hasta aquí para darme el libro de tu amigo, si no fuese así?

Bajé la vista y permanecí callado un momento.

—¿Por qué ha tenido que sucedernos todo esto...? —me lamenté.

—¿Piensas que yo tengo la respuesta a esa pregunta, Polibio? —soltó una risa hueca que sonó como un graznido—. ¿Qué otra cosa crees que me esperaba en el Santuario? ¿Por qué piensas que intenté convencerte desde mucho antes para que nos marchásemos juntos? Ya había visto pasar por esto a otras chicas mayores que yo. Sabía bien lo que me aguardaba. Pero tú ni siquiera quisiste escucharme... Aunque no quiero amargarte ahora con eso... Tenías razón en una cosa: no tenía derecho a exigirte nada... - me miró directamente a los ojos y supe que lo decía de verdad. Se lo agradecí de corazón—. ¿Cuándo vas a marcharte?

—Dentro de uno o dos días. Me voy con el Padre Jacinto. Es decir, nos vamos los dos...

—Eso ya me lo había imaginado.

Me sonrojé al pensar en lo que significaba que estuviese dispuesto a marcharme ahora junto a mi mentor, cuando había rechazado su ofrecimiento hacía poco más de un año. Intenté exponerle la justificación que había preparado.

—Tal vez no lo entiendas, Penélope, pero no nos vamos por gusto... La Inquisición pretende destruir el Telescopio. Sin duda ya has visto el Cometa... —esperé a que asintiera, aunque era obvio que no hubiera podido dejar de verlo. De hecho, a medida que el crepúsculo iba avanzando, su cola esplendorosa se hacía más y más presente sobre nuestras cabezas—. Los Severinos dicen que es una señal divina... ¡qué absurdo! ¡Mi maestro ya predijo que aparecería meses antes de que pudiera verse siquiera! Pero, según ellos, el Telescopio es un instrumento diabólico y deben destruirlo para ganarse el favor de Dios... Tú lo has visto de cerca y sabes que es un simple aparato, aunque único e increíblemente valioso. ¡Es nuestro deber salvarlo a toda costa...!

Ella sonrió tristemente sin decir nada. El discurso me había sonado ya poco convincente, pero su falta de reacción me hizo sentir aún peor.

—¿No te molesta que ahora decida irme? —pregunté, incómodo. No sabía muy bien lo que esperaba, quizás un gesto de ira o de enojo que me permitiera a mí enojarme a mi vez, y así sentir algo menos de culpa.

—No... en realidad, lo que me molesta es tener que cargar con esto... —y se agachó con dificultad para dejar el barreño en el suelo. El libro se deslizó hasta el suelo, y yo me agaché para recogerlo. Cuando me levanté nuevamente para dárselo me la encontré erguida en toda su estatura, y me pareció grave y digna como una gran dama a pesar de que su rostro ojeroso estaba tan sucio como el delantal que cubría parte de su viejo vestido. Sólo entonces, al verla de cuerpo entero sin impedimentos, me di cuenta de lo abultado de su vientre y de sus pechos. Aunque me sorprendió aquel insólito cambio físico, por un momento no supe qué pensar. No fue sino hasta unos segundos después, durante los cuales Penélope mantuvo desafiante mi mirada en un gesto que jamás he olvidado, cuando finalmente comprendí. Puede parecer extraño, pero debe tenerse en cuenta que aquella era la primera vez que veía a una mujer embarazada en toda mi vida.

—Sí, Polibio. Voy a tener un hijo... —enunció retadora.

—¿Cómo? Quiero decir... —farfullé lo primero que me vino a la mente—. ¿Cuándo? ¿Y quién es...?

—Llevo cuatro faltas, de modo que nacerá a principios del invierno, más o menos. Y, ya que lo preguntas, no sé quién será el padre. Podrías ser tú. Aunque no creo, fue demasiado pronto... Pero podrías haber sido tú. En realidad, yo habría querido que hubieses sido tú. Aunque no tienes por qué creerme, aquél fue el mejor momento que he tenido en todo este año. Aunque también fue el peor, en cierto modo...

—¿Puedo... tocarlo?

—Sí, acércate... ¿Sabes? A veces le noto moverse por dentro...

Me costó trabajo reconocer la mano encallecida con que Penélope tomó la mía y la posó despacio sobre su vientre.

—¿Qué futuro le espera? —pregunté. Penélope me miró como si se sorprendiera de que aquello pudiese importarme.

—El mismo que a nosotros, Polibio. Si es niña se quedará con la servidumbre. Y si es niño, correteará por aquí, entre los barracones, hasta que tenga seis o siete años. Si es lo bastante listo, quizás pueda ingresar en el Santuario como novicio algún día, y de adulto llegaría a ser libre, igual que tú. Ruega con todas tus fuerzas a ese Dios tuyo, Polibio, para que sea un niño.

En ese preciso momento noté un movimiento brusco bajo la piel y un

pequeño bulto que no había estado allí antes cobró forma bajo mis dedos, sobresaltándome. No pude evitar entonces que las lágrimas empezaran a manar abundantes de mis ojos, cegándome casi por completo en un instante. Me sentí abrumado al tiempo por un intenso dolor, inmensamente afligido por el destino de Penélope, por el de aquel niño y también por el mío propio, tan triste y abatido que no me sentía capaz de aguantar por más tiempo a su lado. Hubiera querido escapar en ese mismo instante a la carrera, como siempre, pero me sentí atrapado sin posibilidad de escape en el abrazo del gigantesco Cometa, que campeaba dominando un firmamento ya casi completamente negro y sobre el que empezaban a despuntar algunas tímidas estrellas. Tuve la impresión de que el mismo cielo, contagiado de nuestra tristeza, estaba a punto de dejar caer una gigantesca y lechosa lágrima sobre los pedazos de nuestros sueños rotos. Por fin conseguí tomarme unos segundos para murmurar una despedida inconexa, pero Penélope sólo asintió levemente a la vez que me miraba con amargura desde unos ojos que se me antojaron insoportablemente parecidos a los de Galerio, a los de cualquiera de mis fantasmas, aunque Penélope todavía estaba, pese a todo, viva.

Y no dejé de llorar hasta bien entrada la noche.

37. La ira de Dios

Por fin, al día siguiente, con todo prácticamente listo, mi maestro solicitó, a través del Padre Crisógono, un carruaje para esa misma tarde con el pretexto de devolverle la visita al Inquisidor General.

—¿Qué vamos a hacer cuando estemos fuera del Santuario, Padre? — hasta ese momento ni se me había ocurrido preguntarme por detalles como aquél.

—Bueno, tengo algo de dinero y varios objetos de valor que se venderán sin problemas... He pensado que lo mejor será comprar nosotros mismos algún tipo de vehículo, un carromato o algo así. Si no, no sé adónde vamos a ir con todo esto... —efectivamente, el número de bultos, paquetes y mochilas había ido creciendo de tal modo que íbamos a necesitar al menos tres o cuatro viajes, o una docena de manos, para desplazarlos—. Afortunadamente se me ocurrió la idea de decirle al Superior que el propio Inquisidor me había pedido que le llevase un gran número de libros y documentos, y no le extrañará vernos cargar el carruaje que vendrá a recogerlos. Pero, la verdad, no sé si nos hemos excedido... —musitó rascándose la barba, pensativo.

La única persona de quien mi maestro quiso despedirse en persona esa última mañana en el Santuario fue del anciano Padre Felicísimo. Me pidió, además, que fuera con él. Aunque no había pensado en despedirme del viejo químico, lo cierto es que siempre había apreciado sinceramente al anciano. De modo que seguí al astrónomo, en una de las contadas ocasiones en que me aventuraba con él fuera del Observatorio, por los pasillos y escaleras hasta la celda del mutilado sabio en el primer piso.

No era la primera vez que acudía a verle después del accidente, pero sí en los dos o tres últimos años.

—¡Felicísimo! ¿Podemos pasar? —preguntó el astrónomo después de

golpear la puerta levemente.

Al no recibir respuesta, el Padre Jacinto abrió despacio la agrietada puerta de roble. El viejo monje estaba sentado en un vetusto sillón, junto a la cama, con una manta cubriéndole el regazo. Al fondo de la pieza se amontonaban varios matraces, retortas y frascos, además de unos cuantos libros, todo ello con aspecto de no haber sido tocado en mucho tiempo. Una gruesa y sucia cortina cubría casi por completo la ventana, dejando la habitación sumida en una suave penumbra. El Padre Felicísimo parecía profundamente dormido, con la cabeza echada hacia atrás y las manos de madera apoyadas descuidadamente sobre la manta, pero cuando mi mentor le tocó ligeramente el hombro dio un respingo y abrió los ojos de golpe.

—No te asustes, Felicísimo. Soy yo, Jacinto... —susurró.

—¿Me traes ya la cena? —preguntó el anciano después de un ligero carraspeo.

—No, sólo he venido a saludarte... ¿Cómo te encuentras, viejo amigo?

—Bien, bien, no puedo estar mejor... Ejemm... ¿Por qué no corres la cortina para que pueda verte más claramente? —a un gesto de asentimiento de mi maestro me acerqué e hice lo que decía el anciano.

—Verás, acércate, Jacinto... —murmuró el anciano con tono misterioso—. Tengo que decirte algo...

Mi maestro se aproximó, pero cuando el anciano siguió hablando lo hizo dirigiéndose a mí, en vez de a mi mentor.

—Tengo una nueva fórmula, que mejorará en mucho la eficiencia de los cañones del Patriarca... —me dijo, sonriendo ampliamente con una boca mucho más desdentada de lo que recordaba.

—Me parece estupendo, Padre... —respondí, aun sin estar seguro de si debía hacerlo o no. Pero sin duda era lo que Padre Felicísimo esperaba, porque asintió luego varias veces con aparente satisfacción. Después, de improviso, el viejo químico se puso repentinamente serio.

—¿Quién es este viejo, Jacinto? —Y me sorprendió el comprobar que nuevamente se dirigía a mí, mientras agitaba la mano de madera pintada en dirección a mi maestro. Este me indicó con un gesto que siguiera hablando con él.

—Es... un amigo, Padre... —aquello pareció tranquilizarle un tanto, pero continuó negándose a dirigirle la palabra al astrónomo. Y, a instancias de mi mentor, seguí conversando con él durante un rato, en un diálogo incomprensible para mí, casi absurdo a veces, pero que de alguna forma

pareció agradar mucho al anciano químico. Por lo cual me alegré de corazón.

Cuando le pareció que el anciano comenzaba a dar signos de fatiga, el Padre Jacinto me ordenó con un gesto que pusiera fin a la conversación, y después de despedirnos del viejo monje y de entornar de nuevo la cortina abandonamos la celda. Por un instante creí ver el rastro de una lágrima en la mejilla de mi tutor.

—¿Por qué me confundía con vos, Padre? —me atreví por fin a preguntarle—. ¿Es esto obra de la Cruciflor, como me dijisteis?

—¿Qué? Oh, no, Polibio. No creo que esto tenga nada que ver... Por alguna razón, la mente de los ancianos se va deteriorando, en unos más aprisa que en otros, aunque en ninguna parte he encontrado una clara explicación de los motivos. No sé, quizás sea que cada vez les resulte más difícil hallar hueco en su mente para acumular las nuevas situaciones, ideas o experiencias... El caso es que con frecuencia ese deterioro comienza con la pérdida de los recuerdos más recientes, de la memoria de los últimos tiempos de su existencia. Poco a poco, sólo los recuerdos de niñez y juventud van quedando, perdidos entre las ruinas de lo que ha sido pocos años atrás una mente lúcida. En el último año, el Padre Felicísimo ha ido empeorando casi cada día... —vi que lo decía con verdadero dolor—. En sus recuerdos, a lo que parece, yo no soy más que un joven novicio. En cierto modo, todo lo que hemos vivido juntos después de eso se ha borrado ya de su memoria para siempre...

Ascendimos por las escaleras en silencio, mi maestro con la mirada perdida, sumido en sus pensamientos. Me vino a la mente la idea de que, en cierto modo, cuando partiésemos esa misma tarde, mi mentor no estaría dejando atrás a su amigo. Porque si lo que me había dicho era cierto, entonces todo lo que quedaba de la relación que ambos habían tenido se lo llevaba consigo el Padre Jacinto en su propia memoria. Pero no quise decirle nada, pues estaba convencido de que aquello le consolaría bien poco.

Llegamos al pasillo que daba acceso al Observatorio sin haber intercambiado todavía palabra alguna, pero cuando mi maestro sacó de su faltriquera la llave de la puerta metálica comprobó con sorpresa que no la necesitaba, pues la puerta estaba entreabierta. Sin hacer más comentario que una breve maldición, se limitó a empujar y a mirar al interior de la sala. Allá al fondo, sentado en el sillón de mi maestro con los pies sobre el escritorio y luciendo una amplia y resplandeciente sonrisa, estaba el Hermano Lázaro.

—Tenía que haber subido por aquí mucho antes, Jacinto... Guardas cosas muy interesantes. Pero claro, siempre estabas tú montando guardia, ¿eh? O si no, te asegurabas de dejar a tu fiel cachorrillo a cargo de todo...

—¿Qué haces aquí, Lázaro? ¿Y cómo has entrado? —exclamó el astrónomo sin dar un solo paso adelante. El Hermano Lázaro tampoco se movió del sillón que ocupaba.

—¿Olvidas quién es el Portero del Santuario? —dijo, y extrayendo su inmenso juego de llaves, con hierros de todas las formas y tamaños, lo agitó ante él provocativamente. Aunque apenas podía verle el rostro, no dejó de advertir un centelleo que por un momento me pareció que iluminaba la sala entera—. ¿Creías que ibas a poder escapar sin cumplir con las órdenes de Su Eminencia? ¡Ja, ja! Ya sabía yo que intentarías eludir tus responsabilidades, sin importarte las consecuencias que eso tuviera para la Orden... ¡Llevo tantos años vigilándote, Jacinto, que te conozco como a un hermano!

En ese momento, un par de pasos por detrás del astrónomo, me sentí un miserable, responsable de lo que parecía ser el fracaso de todas nuestras esperanzas por no haber hecho partícipe antes a mi mentor de las traicioneras intenciones del Hermano Lázaro, de las que había sospechado en realidad desde hacía años. Y no sólo eso, de repente también reconocí, como en un súbito fogonazo, al propietario de la voz y de los pocos rasgos que había entrevisto del misterioso severino que, ya estaba del todo convencido, se había encontrado con el Portero en secreto en el torreón. ¡Era por ese motivo, y no por su ligero parecido con mi tutor, por lo que me había resultado familiar el astuto Inquisidor General, entonces un simple agente del Santo Oficio! Me sentí absolutamente desolado.

—Maestro... Yo tengo la culpa... —comencé a lamentarme.

—¡Calla, muchacho! —me interrumpió el astrónomo sin prestarme atención—. ¿Qué pretendes, Lázaro? Si no te importa, me gustaría que nos dejases tranquilos...

El Portero no dio muestras de haber oído a mi tutor.

—He visto que habéis preparado un voluminoso equipaje... —dijo, señalando a las bolsas y mochilas de lona apiladas junto a la mesa y sobre ella—. ¿Tienes intención de ir a alguna parte, Jacinto?

—Sólo estamos poniendo un poco de orden aquí arriba... Y ahora, te repito, me gustaría que nos dejaras en paz...

—¡En paz! ¡Como si fuera tan fácil! ¿Crees que éstos son tiempos de paz?

¿No has visto los signos de la ira de Dios, idiota? ¿Acaso estás tan ciego que no eres capaz siquiera de alzar la vista con un poco de humildad hacia ese mismo cielo que tanto dices admirar?

—Sólo se trata de un cometa, Lázaro... ¡Se trata de una muestra de la grandeza de Dios, sí, pero no de su ira! No tiene nada que ver con...

—¡No intentes camelarme con tu boca inmunda! ¿Crees que soy un niño incrédulo, como este muchacho al que has corrompido poco a poco con tus heréticas ideas de cientista? —siseó furioso. Luego alzó las cejas y sonrió, exhibiendo su dentadura metálica en todo su amenazante esplendor, como un depredador a punto de atacar—. ¡Este es el día que tanto he esperado, Jacinto! ¡El día en que voy a vengarme de lo que me hiciste, a la vez que me gano mi salvación contribuyendo a eliminar todo lo maligno que albergas en este refugio del Demonio!

—¡Yo sólo traté de ayudarte, Lázaro!

—¿Llamas ayuda a esto? ¿Eh? —y lanzó un grito de rabia mientras se ponía en pie y señalaba a su boca deforme. Luego se dirigió a mí—. ¿Nunca te ha hablado de esto, Polibio? ¡Tu admirado maestro se ofreció a reparar los destrozos que aquel accidente produjo en mi boca, cuando todavía era apenas un novicio como tú...! ¡Y esto fue lo que hizo! ¡Convertirme en un monstruo para siempre!

Miré sorprendido al Padre Jacinto. Nunca había hecho mención a que la horrible dentadura metálica del Portero, que tanto temor me había ocasionado desde niño, fuese en realidad obra suya...

—¡Gracias a esa prótesis has podido comer y hablar con normalidad durante todos estos años, Lázaro! —intentó protestar el astrónomo, aunque pude ver que se sentía genuinamente apenado.

—Sí, pero ¿a costa de qué? El precio ha sido muy alto, Jacinto... ¡Y todo lo tuvo que pagar el pobre Lázaro! ¡Ja! El hábil Jacinto sólo recibió las felicitaciones de todos por su ingenio, ¿recuerdas?

—¡Lo hice lo mejor que supe! —insistió mi maestro—. En otros tiempos se hubieran podido fabricar piezas más parecidas a las reales, pero aquí...

Tampoco habría imaginado nunca, ni por asomo, que el mismo Hermano Lázaro sintiese vergüenza y horror ante su propio aspecto, tan convencido había estado siempre de que disfrutaba amedrentando con su sonrisa deforme a los novicios. Parecía ahora que aquello no hubiese sido sino un modo de dar salida a la frustración de aquel pobre desgraciado.

—¡Debiste haber pensado más en mí, Jacinto! ¡Debiste haber pensado en

lo que ibas a convertirme, en lugar de verme como a otro más de tus experimentos! ¡Pero basta ya! ¡Hace ya mucho que dejé de lamentarme y empecé a pensar en mi venganza! ¡Ahora ha llegado tu turno!

—¡Maestro! —intervine, incapaz de soportar la angustia por más tiempo—. ¡Os digo que ha sido todo culpa mía! ¡Debí haberos avisado hace mucho de que había un espía de los Severinos en el Santuario...!

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Padre Jacinto, esta vez sorprendido. Me pareció que también el Hermano Lázaro me miraba con curiosidad.

—¡Que yo ya sospechaba que el Hermano Lázaro traicionaba a la Orden desde hacía mucho, pero nunca me atreví a decíroslo!

El Portero dio un súbito golpe con el puño sobre la mesa, al tiempo que soltaba un rugido de indignación.

—¿Traidor a la Orden yo, cuando lo que hago es preocuparme por su futuro? ¿Cómo te atreves, novicio? —bramó una y otra vez—. ¿Cómo te atreves, cuando es este viejo arrogante el que nos pone a todos en peligro? ¡Oí perfectamente lo que te ordenaba el Inquisidor, Jacinto, y no me preguntes cómo: no te revelaré todos mis secretos...! Pero tú no tenías la menor intención de obedecerle, ¿verdad? ¡Y en cuanto a ti —y me apuntó con un dedo amenazante—, ten cuidado, porque sé muchas más cosas sobre ti de las que te imaginas...! —de algún modo logró transformar su mueca amenazante en una sonrisa burlona—. ¡Ja, ja! Por ejemplo, lo de la putita con la que solías verte en los Jardines, creyendo que nadie podía observaros... ¡Casi no podía creer, cuando la gocé la primera vez, que todavía fuese virgen...! —soltó una risotada al comprobar en mi rostro que su andanada había dado de lleno en el blanco y se recreó hurgando en la herida—. ¿Qué te sucedió, muchachito? ¿No se te empinaba, o es que tú también prefieres a los chicos, como tu amigo el de las hierbas?

El Padre Jacinto apenas acertó a sujetarme por el hábito, al darse cuenta con sorpresa de que iba a lanzarme sobre el Portero. Me revolví con fiereza intentando soltarme, pero el astrónomo demostró tener una fuerza muy superior a la que sugerían su aspecto menudo y su avanzada edad.

—¡Soltadme de una vez! —grité, temblando de rabia.

—¡Polibio! —y me giró para que pudiera concentrarme en él —¿Qué quiere decir este loco? ¿De qué está hablando?

Le miré furioso y finalmente logré zafarme de su presa.

—¡Todos tenemos nuestros secretos! ¿No es verdad, maestro?

El astrónomo parecía verdaderamente intrigado por mi violenta reacción,

pero después de un instante de duda se limitó a asentir levemente.

—Sea lo que sea, no debes escuchar más a ese desgraciado... ¡Tenemos cosas más importantes que hacer!

El Portero soltó una carcajada, exhibiendo sin recato sus incisivos de acero.

—¿Más importantes? Lo dudo mucho... ¡Me parece que tendréis que hacer otros planes para los próximos días! Dicen que las mazmorras de la Inquisición están a rebosar, pero no debéis preocuparos, también aseguran que las van vaciando a buen ritmo... ¡Ja, ja! Veréis, hace ya rato que he enviado una paloma mensajera al Santo Oficio denunciando vuestras intenciones... Cuando mi nota llegue al Inquisidor General enviaré a la Guardia del Patriarca a por vosotros... Y en cuanto al Telescopio... ¡Ah, para eso he venido preparado! Dentro de unos minutos, Jacinto, no quedará ni rastro de ese maldito artefacto tuyo...

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo imaginas? ¡De algo me tenía que haber servido aguantar durante tantos años a ese viejo engreído amigo tuyo! Me refiero a Felicísimo, claro... Siempre pensé que esa pólvora suya era de origen también diabólico, pero ahora, al menos, va a tener la ocasión de servir para ayudar a realizar el plan divino...

Vi cómo el astrónomo palidecía. Yo mismo me sentí invadido por un sudor frío al intuir con qué estaba a punto de amenazarnos aquel demente.

—Veo que lo entiendes, Jacinto... Ahí arriba, rodeando a tu preciado Telescopio, tengo amontonada una buena cantidad de pólvora, toda la que he podido ir fabricando en secreto durante el último año. Eso sí, aconsejado por el propio e inocente Felicísimo... ¡Ese viejo chocho no razona muy bien sobre otras cosas, pero podría estar hablando de su amada pólvora durante horas...!

—Maestro... —intervine— ¡seguramente que entre los dos podríamos con ese loco...!

—¡Ah, el valiente Polibio! ¿No es emocionante? ¡Pero ahí te equivocas...! Porque, por si acaso, me he molestado en traer ayuda... ¡Novicios! —exclamó con voz enérgica.

Por la escalinata de la cúpula bajaron de inmediato dos jóvenes monjes, uno alto y desgarbado y el otro más bajo pero de aspecto corpulento. Cuando salieron de las sombras para situarse junto al Portero mis peores temores se vieron confirmados. Los conocía bien a los dos. El novicio alto era Floro, mi compañero de excursión nocturna, de cuya relación con el Hermano Lázaro

ya sospechaba desde hacía tiempo. Pero el otro no era sino Beldo.

El que había considerado mi mejor amigo hasta poco antes mantuvo la mirada rígidamente fija en el suelo mientras el Hermano Lázaro proseguía. Tenía el semblante pálido, contraído en una rígida mueca, y si ya en los últimos meses parecía tan sólo una sombra de sí mismo, del Beldo que había sido mi compañero y casi mi hermano, por un instante estuve seguro de que, de no haberse referido a él directamente el Portero, habría jurado que se trataba en realidad de un espectro. Se me encogió el corazón a ver a Beldo reducido a esto, a una marioneta sin voluntad en manos del taimado Hermano Lázaro.

—¡Ya lo ves, Polibio! —exclamó con regocijo el Portero—. ¡Tu desviado amigo ha accedido a ayudarme en este asunto, decidido así a purgar sus horrendos pecados!

—Polibio... —murmuró mi tutor sin volverse a mirarme—. ¡Creo que debes irte! ¡Ahora mismo!

Seguí la mirada del astrónomo mientras sus ojos se volvían alternativamente y con disimulo a un lado y a otro de la sala, buscando los objetos más preciados de nuestro equipaje. La mochila con los documentos de los archivos estaba amontonada junto a varios bultos más sobre el propio escritorio, al lado mismo del Portero, aunque éste no parecía demostrar por aquel paquete anónimo el menor interés. La que contenía las cajas con las lentes y el objetivo, más grande y llamativa, se encontraba, por puro azar, camuflada tras varios paquetes de libros, muy próxima a la puerta de la sala y por tanto a nuestro alcance. Me di cuenta de que mi maestro sopesaba sus alternativas sin lograr decidirse. Pero el Hermano Lázaro estaba demasiado complacido consigo mismo como para darse cuenta de lo que pasaba por la mente del viejo sabio.

—¡Ya es hora de que recibas tu castigo, Jacinto! —continuó el Portero, y su voz destilaba tanto odio que me estremecí—. ¿Crees que no he visto cómo despreciabas sacrílegamente, una y otra vez, la Sagrada Forma? ¡Ah, cuántas veces me he sentido tentado de gritarte, de arrojarme sobre ti y golpearte en castigo por tu terrible pecado! ¡Pero quería aguardar a que te descubrieras y sacar a la luz toda tu malicia...! —hizo una pausa, en la que ninguno nos atrevimos a interrumpirle —¡Todos tenemos nuestras debilidades, Jacinto, y no negaré que el Enemigo me tienta a menudo en la carne! Pero tu sacrilegio premeditado y reiterado, semana tras semana y año tras año, es mil veces peor que cualquier de mis pequeñas debilidades e incluso, me atrevería a

decir, que el vicio depravado y miserable de este pobre joven... —señaló a Beldo con un gesto de desdén—. ¡Porque tú pecas en cada Sacrificio con pleno conocimiento de causa, Jacinto, y lo haces nada menos que menospreciando el propio Cuerpo del Señor! ¿Acaso cabe mayor ignominia que ésta?

Lanzó la pregunta al cielo con un grito estentóreo, dejando patente su convicción de que sólo había una respuesta posible.

—Por eso mismo, y aunque estaba decidido a entregarte al Santo Oficio, empiezo a pensar que no te mereces la oportunidad que posiblemente te darían los Severinos de retractarte... ¡Y a la que ya te aferraste un día para salvar la piel, según se cuenta...! —Los ojos le brillaron de repente y su sonrisa metálica pareció adquirir un brillo más intenso—. En realidad, se me está ocurriendo una idea, una gran idea... Me gustaría que subieras tú mismo a la cúpula... ¿No te gustaría inmolarle con tu diabólico aparato?

Beldo pareció reaccionar por primera vez, sorprendido por la brutalidad de la pregunta. Se agitó nerviosamente y finalmente se atrevió a interrumpir al Portero.

—Hermano, no era eso lo que...

—¡Cállate, perverso! ¡No vuelvas a interrumpirme o me arrepentiré de la oportunidad que te he ofrecido! —bramó irritado el Hermano Lázaro. Me pareció que Floro miraba a mi compañero de celda con cierta suspicacia. Pero el Portero se volvió de nuevo a nosotros y continuó, regodeándose en aquella nueva idea que parecía agradaarle en extremo—. ¿Y qué me dices de tu aprendiz? ¿No consideraría eso como un gran honor? ¿No os gustaría en lo que os convertiría eso, en mártires de vuestra herejía cientista? ¡Ja, ja! ¡Creo que hacía tiempo que no tenía una idea como ésta!

Me di cuenta de que por primera vez Beldo, de quien no había apartado la vista, me miraba directamente a los ojos. Parecía como si quisiera decirme algo pero no pude interpretar su mensaje, suponiendo que no fuese producto de mi imaginación. El Padre Jacinto me distrajo sacudiéndome el brazo.

—¡Polibio! —exclamó esta vez en voz alta y con tono apremiante—. ¡Polibio, debes marcharte enseguida...! ¡Y coge esas mochilas con las provisiones! - señaló a las que contenían las lentes.

—Pero, maestro... ¿Qué decís? —farfullé sin comprender del todo.

—¡Yo no puedo acompañarte ahora! ¡Debo tratar de impedir como sea que este imbécil destruya el Telescopio! ¡Vamos! ¡Coge las provisiones y márchate ya! —insistió—. ¡Yo te veré más tarde en donde habíamos

convenido!

En un primer momento no entendí qué pretendía mi maestro. Las preciosas lentes estaban a nuestro alcance, justo junto a nosotros, al lado mismo de la puerta, y me parecía que todavía teníamos posibilidades de escapar ambos. ¿Qué podía importarnos lo que hiciera aquel loco con el Observatorio? Luego caí en la cuenta de que al Padre Jacinto no le importaba en realidad que el Dientes destruyera la cúpula con todo su contenido. De hecho, comprendí que era de eso precisamente de lo que quería asegurarse: si conseguimos salvar las lentes nada podría interesarnos más que el que los Severinos se convenciesen de que el Telescopio había desaparecido para siempre... Pero comprendí también que para que aquello fuera creíble él tenía que intentar impedirlo, plantando cara con decisión al siniestro Portero y a sus cómplices. Y también me di cuenta de que mi mentor no quería renunciar a una última oportunidad de recuperar los preciados documentos, los papeles secretos por los que había velado durante tantos años y que estaban precisamente sobre el escritorio, junto al Hermano.

—¿A qué esperas? ¡Vete de una vez! —sus ojos me urgieron con más energía aún que sus palabras y comprendí que necesitaba asegurarse de que las lentes se ponían a salvo cuanto antes.

Cogí la mochila y me dispuse a marcharme, pero por un momento titubeé de nuevo, inseguro de si obraba bien al dejar solo a mi maestro con sus enemigos.

—¡No dejéis que se marche! ¡Ambos deben pagar por lo que han hecho! —aulló el Dientes.

—¿Qué daño puede haceros él, Hermano? ¡Sólo es un crío! —oí que exclamaba de pronto Beldo. Floro dudó por un momento, pero ante el gesto rabioso del Portero comenzó a atravesar la sala, dispuesto a detenerme. Pero entonces mi compañero de celda, como despertando súbitamente de un letargo, se arrojó sobre el antiguo asistente del Ofidio y ambos cayeron al suelo y rodaron derribando algunos de los bultos amontonados a ambos lados de la sala.

—¡Márchate de una vez! —exclamó mi maestro, y esta vez no me detuve a discutir con él, aunque mientras atravesaba la puerta vi cómo se acercaba con decisión hacia el Portero mientras gritaba—. ¡No permitiré que destruyas el Telescopio, Lázaro!

Con la mochila de las lentes al hombro corrí por el pasillo y comencé a descender las escaleras. Escuché aún un grito de rabia detrás de mí y un gran

estrépito de objetos que caían al suelo.

—¡Tú lo has querido, idiota!

Pero no les presté más atención, concentrado en no tropezar mientras descendía de dos en dos los peldaños de la escalera secundaria, alcanzaba el rellano y continuaba el descenso por la escalinata principal, con mi preciada carga a la espalda. Apenas si había alcanzado la planta inmediatamente inferior cuando un gigantesco estruendo resonó en las escaleras como un trueno y el edificio entero pareció tambalearse bajo mis pies. Creí que acabaría cayendo al suelo pero me así con fuerza a la barandilla y finalmente logré permanecer de rodillas. Así fue como me encontró la segunda explosión, que me arrojó de bruces sobre la escalera. Sólo pensé en esos momentos en intentar proteger la mochila con mi cuerpo, mientras seguían cayendo gran cantidad de fragmentos de piedra y yeso, desprendidos del techo por la violenta sacudida. Y entonces, cuando empezaba a creer que lo peor había pasado, algo me golpeó en la cabeza y todo se desvaneció.

38. El espía de los Severinos

Ignoro durante cuánto tiempo permanecí así, inmóvil, tendido sobre la escalera. Hasta que oí su voz no me di cuenta de que el Hermano Aurelio estaba a mi lado, intentando incorporarme.

—¿Qué ha sucedido, Polibio? ¿Te encuentras bien? —su voz me sonó extrañamente apagada y desprovista de brillo, como si me hablase desde muy lejos a pesar de hallarse junto a mí. Comprendí que la explosión me había afectado a los oídos de algún modo, pero al menos podía entenderle —¡He oído el estruendo desde la propia Biblioteca!

—Sí, Hermano, estoy bien... —acerté a balbucir mientras me sentaba, todavía aturdido. En lo primero en lo que pude pensar fue en el objetivo del Telescopio, que todavía aferraba fuertemente contra mi pecho. Aunque estaba casi seguro de que la mochila no había sufrido daño alguno, sin pensarlo dos veces saqué con manos todavía temblorosas la gran caja cuadrada y comprobé que el valioso objetivo seguía intacto. El Hermano Aurelio observó con curiosidad la lente y luego me miró a mí con una extraña expresión, pero no dijo nada. En un momento de lucidez comprendí que no estaba siendo demasiado precavido, pero luego pensé en que, de todos los monjes de la Comunidad, si en alguien podía confiar era precisamente en el joven Bibliotecario. Me fijé entonces en que todo mi hábito estaba cubierto de un fino polvo grisáceo, parte del cual todavía flotaba en el ambiente, como una espesa vaharada de humo. Sólo entonces me acordé del Padre Jacinto y traté de ponerme en pie. El Hermano Aurelio intentó impedírmelo.

—¡Espera un momento, muchacho! ¡Todavía estás conmocionado!

Me zafé de la mano con la que pretendía sujetarme con un gesto brusco.

—¡El Hermano Lázaro tenía pólvora preparada para destruir el Telescopio, Hermano! —exclamé, incapaz de impedir que se me escapase un sollozo—. ¡Tenemos que ayudar al Padre Jacinto! —pero también pensé en

Beldo, y una enorme angustia empezó a invadirme.

El Hermano Aurelio pareció sorprendido pero se limitó a asentir y, esta vez sí, me ayudó a incorporarme y a echarme la pesada mochila con las lentes a la espalda. Comenzamos a subir por las escaleras llenas de cascotes y de polvo de yeso, al principio con paso inseguro. El Hermano no dejó de sostenerme, dándose cuenta de que mi equilibrio era más precario de lo que quería reconocer. Cuando por fin llegamos al piso superior, el espectáculo era dantesco. La barandilla de la escalinata en esa zona había sido arrancada de cuajo y varias de las puertas, y en concreto las que daban al Observatorio, se habían desprendido de sus goznes. El pasillo de acceso al Observatorio no presentaba mejor aspecto. Por fin, seguido del Bibliotecario, alcancé lo que había sido la puerta de la sala, la misma junto a la que me había encontrado apenas unos minutos antes en pie junto a mi maestro, y miré con estupefacción lo que había ante mí.

Sólo entonces, al ver la magnitud de la destrucción, me di cuenta con claridad de que el idiota del Hermano Lázaro no había sabido calcular, ni por asomo, la cantidad de pólvora adecuada a sus fines. No sólo había volado la cúpula del Telescopio, sino que había barrido literalmente todo el Observatorio. La sala entera en la que había transcurrido la mayor parte de mis últimos años parecía haber desaparecido de la faz de la tierra, arrasada por el más brutal de los cataclismos. Al lado de la única otra explosión de pólvora de la que había sido testigo, en el accidente que le costó ambas manos al Padre Felicísimo, aquello era, sin duda, el Apocalipsis.

La luz del Sol entraba a raudales por un inmenso e irregular boquete que se abría al fondo de la sala, de un lado al otro de la misma, justo donde antes había estado el acceso a la cúpula. Me pareció como si unas inmensas fauces se hubieran abalanzado sobre el Observatorio y lo hubieran arrancado de cuajo en un bocado feroz. No quedaba rastro alguno de la escalera de caracol, ni tampoco de la sala de observación, de la cúpula sobre ella o de todo su contenido. Ni siquiera, y eso fue lo que me pareció más asombroso, de la pesada montura ni del voluminoso tubo metálico del Telescopio. Pero aquel enorme hueco en el edificio no era el único destrozo que había ocasionado la explosión. El techo del Observatorio se había venido abajo en muchos otros puntos, por los que asomaba el intenso azul del cielo a través de un entramado retorcido de maderas, hierros, tejas, cascotes y yeso.

Casi todas las ventanas habían desaparecido, arrancadas por la violenta explosión, y una buena parte de los bártulos de toda clase que antes había

albergado el Observatorio había salido despedida a través suyo, con lo que la sala o lo que quedaba de ella, curiosamente, no parecía ahora mucho más atestada que antes. Algunas llamas habían prendido incluso en lo que parecían montones de libros destrozados, que se consumían en pequeñas hogueras desperdigadas entre los escombros. Con el corazón encogido intenté reconocer alguna forma humana en medio de las pilas de cascotes y vigas, pero después de unos segundos de búsqueda infructuosa me percaté de que estaba buscando hábitos negros, cuando todo parecía haberse teñido de un extraño y uniforme color gris semejante al que cubría mi propia ropa. El Hermano Aurelio se me adelantó y con dos ágiles saltos se acercó hasta uno de los montones grisáceos más próximos.

—¡Ayúdame, Polibio! ¡Vamos! ¡Debemos darnos prisa! —y se puso a apartar cascotes de lo que en principio me pareció un trozo de cortina, y que enseguida se reveló como un hábito medio deshecho.

—¿Reconoces esto? —y me alargó un extraño objeto que acababa de recoger de entre los restos destrozados. Era un trozo de metal de forma semicircular, que no reconocí hasta que me fijé en un diente amarillento que tenía pegado a uno de sus extremos. Lo arrojé entonces al suelo con asco—. La explosión debió cogerle de lleno. ¿Qué creía que estaba haciendo este imbécil? —exclamó furibundo el Hermano, y dejó caer con un gesto de desprecio los restos desmadejados del que había sido el Portero del Santuario, allá donde estaban.

Yo, mientras tanto, seguí rebuscando entre los escombros intentando hallar algún rastro de mi maestro o de Beldo. Pero apenas era capaz de distinguir lo que veía entre las lágrimas que pugnaban por asomar a mis ojos. Tuvo que ser de nuevo el Bibliotecario quien me llamó con una voz, pues había localizado por fin otro cuerpo unos metros más allá. Tuvimos que emplearnos ambos al límite de nuestras fuerzas para lograr apartar la gran viga que parecía haber aplastado al monje, y entre ambos retiramos también varios grandes trozos de yeso y de ladrillo que se amontonaban a su alrededor. Pese a todo, el cuerpo menudo parecía relativamente intacto, como si por algún misterioso motivo no le hubiera afectado de lleno la explosión sino más bien el derrumbamiento del techo y la caída de la pesada viga sobre él. Por un momento me pareció que dormía, allí tumbado boca abajo, sobre los escombros. Antes de darle la vuelta, por supuesto, ya sabía que se trataba del Padre Jacinto.

El Hermano Aurelio me ayudó a girarlo sobre sí mismo. El rostro del viejo científico estaba cubierto de una pátina gris, al igual que su ropa, pero los párpados cerrados y la mandíbula relajada configuraban una expresión serena, exenta de cualquier rastro de agonía.

Al mover el cuerpo quedó al descubierto la mochila que había intentado proteger en el momento del desastre. Aunque cubierta también de polvo, parecía relativamente intacta. Mientras yo intentaba limpiar la suciedad del rostro de mi maestro, el Hermano Aurelio cogió la mochila con un gesto de triunfo que me resultó extraño en él. Antes de que pudiera hacer o decirle nada la abrió ávidamente y extrajo su contenido, un abigarrado grupo de carpetas y cuadernos de vetusto aspecto. Me devolvió la mirada cuando comprobó que yo le observaba, sorprendido por su falta de interés en el Padre Jacinto, y pude ver que no hacía ningún esfuerzo por ocultar en sus ojos un fulgor insólito, como de alguien que acaba de encontrar algo de un inmenso valor o que acaba de conseguir ver cumplidos sus sueños más secretos.

Y en ese preciso momento, mientras sujetaba con una mano la nuca inerte de mi querido maestro al tiempo que apretaba con la otra fuertemente una de las suyas, igualmente exánime, comprendí que había cometido un inmenso error. Que el Hermano Lázaro no era en realidad el espía del Santo Oficio, tal como yo había sospechado siempre. Entendí lo que sin duda mi maestro había adivinado desde el principio: que aquel desgraciado tan sólo se había limitado, llevado por su celo por la Orden y, sobre todo, por su odio al propio Padre Jacinto, a intentar hacer cumplir a rajatabla (aunque en realidad, su rabia y su incompetencia le hubiesen llevado finalmente mucho más allá) el mandato expreso del Inquisidor, tras descubrir que mi tutor no tenía intención alguna de acatarlo...

Y para mi sorpresa, el verdadero traidor no era otro que el amable y risueño Hermano Aurelio. Lo comprendí todo de golpe, aunque sin tiempo para procesar a fondo las numerosas piezas que parecían encajar todas a la vez, cada una en su preciso hueco, en el complejo rompecabezas en que se había convertido toda aquella trama. Porque, después de todo, ¿qué mejor puesto que el de Bibliotecario del Santuario para que el Santo Oficio pudiera controlar a través suyo las lecturas de los monjes sin levantar sospechas? ¿Qué mejor sitio para localizar, denunciar o hacer desaparecer incluso, los libros que considerase de contenido herético? ¿Qué mejor escondite para un espía que, desde allí y con total impunidad, pudiera proceder a la búsqueda

entre el variopinto contenido de la Biblioteca de los documentos secretos que, según los Severinos, contradecían la única verdadera interpretación de nuestro pasado, es decir, la revelada por el mismo Dios a su Fundador?

Ahora me resultaba evidente que el Hermano Aurelio había tenido que ser el monje que se había entrevistado con el Inquisidor en el torreón (¿cómo no había sido capaz de ver antes que el Hermano Lázaro, que como Portero salía a la Ciudad con frecuencia, podía haberse reunido con el severino fácilmente en un lugar mucho más apartado y discreto?). Y también había sido él, sin duda, el que había escapado a la carrera del Observatorio la noche en que yo me había quedado a cargo de todo, muy a sabiendas de que el astrónomo se encontraba ausente.

Mientras me hacía estas reflexiones, sin estar seguro yo mismo de si debía creerlas, el Hermano Aurelio no apartó la mirada de mí ni por un solo momento, y creo que leyó en mis ojos todos y cada uno de los pensamientos que me cruzaron por la mente. Finalmente fue él quien habló.

—Veo que me has descubierto, Polibio...

—¿Cómo habéis podido...? —Y me arrojé contra él intentando golpearle con mis puños, deseando matarle, pero me agarró hábilmente y me sujetó con una facilidad que tuvo la virtud de apaciguar mi escaso ánimo en cuestión de segundos.

—¡No intentes volcar toda tu rabia y tu dolor sobre mí, Polibio! ¡Yo no he tenido nada que ver con todo esto! ¡Nunca hubiera querido algo así! —e hizo un gesto hacia el cuerpo de mi maestro, hacia la desolación que parecía rodearnos por todas partes—. Sabes que siempre te he apreciado, ¿verdad?

Pero me sentía invadido por la rabia e incapaz de distinguir ahora si el afecto que el hombre que tenía ante mí me había demostrado en tantas ocasiones había sido real o fingido... Aquel monje, al que yo había apreciado sinceramente y en quien había decidido confiar hacía tan sólo unos minutos, representaba justamente lo opuesto a aquello en lo que mi maestro había creído siempre y en lo que me había enseñado a creer a mí también.

—¡Quizás no hayáis sido vos! ¡Pero ha sido uno como vos, uno de los vuestros! ¡El Hermano Lázaro era un fanático loco! ¡Merecía haber sido un severino!

—Tienes razón en una cosa, Polibio... Aunque no lleve la cabeza rapada ni la mirada permanentemente perdida en lo alto... sí, soy un severino. Aunque, en realidad, me considero más bien una especie de... agente secreto del Santo Oficio, que un religioso. Me gustaría que llegases a entenderme,

muchacho, porque te aprecio de veras... Por eso deseo explicarme, aunque no tendría por qué hacerlo... —me miró intensamente y me pareció que, de algún modo, le importaba lo que yo pudiera pensar de él, aunque no conseguía comprender el porqué—. ¡Llevo años buscando estos documentos, Polibio, y hacía ya tiempo que estaba seguro de que no se encontraban en la Biblioteca, sino en poder de tu admirado Padre Jacinto! En realidad, lo supuse en cuanto averigüé que había sido el aprendiz favorito del Superior, en su época de novicio...

Recordé al valeroso Padre Ignacio, el tutor de mi querido maestro, y me estremecí al percatarme de que todos sus esfuerzos se habían frustrado para siempre. Y me daba perfecta cuenta, además, de que mi responsabilidad era doble: en primer lugar, por mi incapacidad para descubrir a tiempo la verdadera identidad del espía, pero también debido a mi falta de precaución, sólo unos minutos atrás, al abrir la caja del objetivo delante del propio Bibliotecario. ¡Cuánto me había equivocado al confiar en aquel hombre, a quien había llegado a entregar mi afecto y a quien había creído incluso que echaría de menos al marcharme de allí! El Hermano Aurelio, o como quiera que se llamase, continuó, confirmando mis sospechas.

—En realidad, ya sospechaba que tramabais algo desde la visita del Inquisidor. Además, debes reconocer que te has comportado de forma muy rara en los últimos días, igual que tu astrónomo... Y cuando tú mismo me has descubierto, en las escaleras, que habías puesto a salvo las lentes del viejo Telescopio, supe que sólo podía significar una cosa... ¡Que ibais a marcharos ambos del Santuario! Y estuve también seguro de que si el Padre Jacinto se había quedado arriba para enfrentarse al loco de Lázaro, con las lentes ya seguras, sólo habría podido ser por proteger o recuperar estos papeles... ¡Sé que nunca se hubiera ido sin ellos! —esbozó entonces un gesto compungido—. Te aseguro que siento que haya sucedido todo esto, y que no he tenido nada que ver con los estúpidos planes del Hermano Lázaro... Pero no puedo negártelo, gracias a ese idiota he conseguido los documentos que vine a buscar aquí desde un principio, hace ya... —entrecerró los ojos por un momento —casi nueve largos años, Polibio. Aunque no lo creas, me considero medio agustino...

—¡Pero si los destruí o los entregáis a los Severinos se perderá la única forma que tenemos de saber lo que sucedió realmente en los días del Castigo...! ¡Y mi maestro habrá muerto en vano! —Y yo, pensé, no llegaré a saber jamás que fue lo que sucedió realmente.

—No puedo saber si serán destruidos o no, Polibio. Esa ya no es mi responsabilidad... —intentó cogerme amistosamente del brazo pero le rechacé con un gesto brusco—. Mi misión consistía solamente en encontrarlos. Pero te diré lo que pienso... ¿Qué más da cuál sea la verdad, muchacho? ¿Y cómo puedes estar tan seguro de que lo que está aquí escrito lo es realmente? ¿Y, por encima de todo, crees que eso le importa algo a cualquiera de los habitantes de esta Ciudad, o incluso del Reino entero? ¿Crees que para toda esa gente que malvive en los arrabales, entre las casas en ruinas, apenas sobreviviendo día tras día con lo poco que sacan de sus miserables huertos, saber qué fue lo que sucedió hace tres o cuatro siglos supondría alguna diferencia? ¿Crees, en definitiva, que estos papeles valían realmente la vida de tu maestro? Porque yo no lo creo así... De haberlo creído, hace años que podría haberle obligado a revelarme su paradero, por la fuerza...

Le miré inseguro, porque aunque en principio me asaltó la tentación de refutarle esa última afirmación en el fondo sabía, por sus propias palabras, que el Padre Jacinto no había sido un hombre animoso frente a la amenaza del dolor, y que probablemente hubiese confesado enfrentado al horror de la tortura.

—Tu maestro tomó su decisión... —continuó el severino—. Quizás pudo haber escapado contigo, pero decidió quedarse aquí; eligió pelear por estos papeles y eso fue lo que le ha costado la vida...

Bajé al fin la cabeza y sentí que por momentos el abatimiento y el dolor por la pérdida de mi maestro y amigo me dominaban. Recordé que Beldo había caído también y me sentí inmensamente solo y desamparado, tan solo como no había vuelto a sentirme desde la muerte de Galerio. Empecé a temblar de forma incontrolada y las lágrimas comenzaron a afluir a mis ojos y a deslizarse por mi rostro cubierto de polvo, tan abundantes que cuando traté de limpiármelas con el dorso de la mano éste se cubrió de un capa de barro pardusco. Me pareció que el Hermano Aurelio hacía un gesto como si intentase abrazarme y lanzando un grito de dolor y de rabia me aparté de él. Lo hice tan torpemente que tropecé y estuve a punto de caer sobre los escombros y también sobre la preciada carga que había olvidado llevaba a mis espaldas. Pero el Bibliotecario me sujetó con firmeza e impidió que me cayera, igual que había hecho tan sólo unos minutos antes, cuando tantas cosas eran aún diferentes. Durante unos minutos no dijo nada, hasta que logré contener mi llanto y pude mirarle nuevamente a los ojos.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me preguntó entonces.

Me costó trabajo volver a pronunciar una palabra.

—Beldo y Floro estaban también aquí... —me forcé a murmurar.

—¿Los novicios? —meneó la cabeza y miró a su alrededor con gesto apesadumbrado—. No parece que haya nadie más aquí. La explosión ha debido cogerles de lleno y los habrá arrojado al vacío... Lo siento de veras... Entiendo que te lamente por tus amigos. Pero ahora, Polibio, lo más importante es que decidas lo que vas a hacer tú... —y me miró esperando una respuesta a la pregunta que había formulado antes.

Aún no me sentía con fuerzas para responderle y acababa de percatarme de que tampoco tenía idea de lo que iba a decirle, de que no sabía qué iba a hacer realmente, cuando el Hermano pareció mirar con gesto sorprendido más allá de mí, hacia el cuerpo central del edificio. Me di la vuelta y pude ver entonces varias finas volutas de humo que salían de algunas ventanas cuyos cristales parecían hechos añicos.

—¡Algo está ardiendo allá abajo! ¡Parece la Biblioteca! —exclamó con horror. Me di perfecta cuenta de que su preocupación parecía genuina. Y también de que probablemente ese fuego, producido por el impacto de algún producto de la explosión, era el motivo por el que nadie había subido aún hasta el Observatorio. Toda la Comunidad debía estar tratando de impedir que el conato de incendio, todavía de pequeñas dimensiones, amenazase a la valiosísima Biblioteca del Santuario. Me fijé entonces en que el pequeño fuego no parecía venir exactamente de la Biblioteca sino del piso de encima, de la Pinacoteca, y se lo dije. También sentí un repentino alivio al constatarlo: aunque no le deseaba ningún mal a aquel peculiar testimonio artístico del pasado de la Orden, su posible pérdida no me parecía en nada comparable a la del insustituible contenido de la Biblioteca, el otro gran tesoro del Santuario, el único que aún parecía en condiciones de perdurar y al que también había acabado por coger afecto con los años.

—¡Debo ir a ayudar a contener ese fuego antes de que alcance la Biblioteca! —exclamó entonces el espía, y cogiéndome una mano me puso en ella el juego de llaves del Hermano Lázaro —¡Toma! ¡Márchate de aquí cuanto antes, Polibio! ¡Todavía tienes tiempo! Y no temas que nadie te persiga: con el Telescopio destruido y el Padre Jacinto muerto, nadie va a preocuparse por lo que haya sido de un simple novicio... Lo más probable, de hecho, es que piensen que tú has muerto también en la explosión. Eso, claro, si evitas que alguien te vea mientras huyes...

—¿Y las lentes? ¿Me dejaréis que me las lleve? —acerté a preguntar,

sorprendido.

El severino pareció pensarlo por un momento. Aunque no había dicho nada al respecto no imaginé que no estuviese al tanto de las instrucciones del Inquisidor General. Pero cuando respondió apresuradamente su voz no tenía atisbo de duda.

—¡Llévatelas contigo! ¡Que algo de aquello por lo que luchó tu maestro, al menos, perdure! No todos los Severinos somos unos ignorantes fanáticos y, puedes creerme, siento mucho la muerte del Padre Jacinto... He aprendido muchas cosas en estos años entre vosotros. Si te soy sincero, no sé si se acerca realmente la Tercera Venida o no: pronto saldremos de dudas con respecto a eso... Pero nunca he creído que ese aparato fuese verdaderamente algo diabólico, ni que lo fuera tu amigo Jacinto...

Por un momento casi olvidé con quién estaba hablando realmente. Y cuando vi cómo se alejaba con ágiles zancadas hacia las escaleras me descubrí pensando en que, si hubiese más Severinos como él, quizás tuviésemos, después de todo, alguna oportunidad de entendernos...

—¡Y ten cuidado! —señaló hacia lo alto antes de perderse escaleras abajo—. ¡Hay trozos de viga sueltos que podrían caerse en cualquier momento...!

Renuncié a encontrar rastro alguno de Beldo después de dar un par de vueltas más entre los escombros. Me convencí de lo que el Hermano Aurelio había sugerido; de que, como probablemente había sucedido también con Floro, la explosión debía haber proyectado a mi amigo con violencia fuera del edificio. Pero me sentí incapaz de derramar más lágrimas, aunque una insoportable opresión parecía haberseme incrustado de forma permanente bajo el pecho. Volví por fin junto a mi maestro, que yacía tal como lo habíamos dejado sólo unos minutos antes. Me despedí entonces de él acariciándole la frente y las mejillas, algo que nunca me habría atrevido a hacer mientras vivía. Aunque me pesase, no tenía otra alternativa sino dejarlo allí mismo. El Padre Crisógono y los demás ya se ocuparían debidamente de su cuerpo, más adelante. Por un instante pensé en que me hubiera gustado quedarme algo suyo de recuerdo, sus anteojos o quizás su pipa, pero entre aquel desastre nada quedaba que pudiera llevar conmigo. Luego caí en la cuenta de que las valiosas lentes eran, en realidad, su mejor legado, el único que necesitaba, y ponerlas a salvo y hacer realidad sus sueños, es decir, reconstruir el Telescopio en algún otro lugar, mi verdadera misión para el

futuro. Por fin me dispuse a marcharme, con el macuto conteniendo las pesadas cajas de madera colgado del hombro, cuando un ruido próximo llamó mi atención.

Entre el montón de escombros más cercano a lo que había sido la esquina de la sala algo parecía revolverse. Me aproximé despacio, con el corazón laténdome apresuradamente, y pude ver con sorpresa cómo una figura asomaba vacilante bajo un grueso tablón que creí reconocer como parte del escritorio de mi maestro, que le había servido de protección ante la avalancha de escombros y le había ocultado hasta ese instante a mi vista. La figura se incorporó tambaleante, miró a su alrededor con un gesto sorprendido y se volvió finalmente a mí con un rictus de dolor. Y vi como el dolor, aún sin desaparecer del todo, daba paso a una genuina expresión de alegría al reconocermme.

—¡Polibio! —exclamó Beldo.

Me lancé sobre él y le estreché fuertemente mientras comenzaba nuevamente a llorar, perdido esta vez ya todo rastro del exiguo control que había logrado mantener durante los últimos minutos. Lloré contra su pecho durante largo rato hasta que le oí lanzar un profundo gemido. Al apartarme, mientras me secaba las lágrimas con la manga polvorienta, comprobé que de su boca manaba un reguerillo de sangre y que le costaba respirar.

También me di cuenta de que mi amigo evitaba nuevamente mirarme a los ojos. Le forcé a hacerlo, y él también comenzó a llorar aunque enseguida rompió a toser y con cada estertor arrojó un puñado de esputos sanguinolentos.

—¡Lo siento mucho, Polibio! De veras, no sabía que era esto lo que quería ese loco... —acertó al fin a decir mirando a su alrededor con expresión desolada. Tenía el rostro muy pálido, casi blanco debido al polvo que se lo cubría por entero. Sobre esa palidez, el rojo de la sangre relucía nítido e impoluto.

—¡No te preocupes ahora por eso, Beldo!

—No podía hacer otra cosa... ¡Lo había descubierto todo! ¡Me amenazó con denunciarme al Superior si no le ayudaba...!

—No te preocupes, amigo... Te llevaré a la celda y luego ya veremos qué podemos hacer... —le ayudé a levantarse, olvidando por un momento mi resolución de partir de inmediato. Y aunque me pareció mucho más ligero de lo que recordaba, con el peso añadido de la mochila a mis espaldas estuve a punto de perder el equilibrio.

—¿Has... has visto cómo tengo el hábito? —preguntó Beldo mientras echábamos a andar por entre los escombros. Y no pude evitar una sonrisa mientras intentaba concentrarme para dar el siguiente paso sin tropezar.

Tardamos una eternidad en descender hasta la primera planta del edificio, dando un lento y penoso rodeo a través de escaleras secundarias para no pasar frente a la Pinacoteca. Aquel recorrido a escondidas me trajo a la memoria otro muy similar, en el que también había servido de sostén a mi amigo, aunque entonces casi me doblaba en peso. A lo lejos se oían algunas voces y el ruido de carreras de pasos que iban y venían pero no llegamos a cruzarnos con nadie. Aunque Beldo inició el descenso con aspecto resuelto, poco a poco se le fue haciendo más y más difícil avanzar. Tosía sangre casi constantemente y a menudo debíamos detenernos para que pudiera coger aire. Cuando llegamos por fin al primer piso apenas podía sostenerse, y los últimos metros tuve que cargar con todo su peso además de con el de la mochila.

Cuando le dejé caer por fin sobre su litera tuve que abofetearle varias veces las mejillas para que volviese a abrir los ojos. No pude evitar sentirme culpable al recordar las ganas que había tenido, pocos meses atrás, de hacer aquel mismo gesto, aunque en unas circunstancias muy distintas.

—¡Polibio! ¡Hermano! —exclamó en cuanto hubo recuperado el aliento—. ¡Creo que esto no tiene buena pinta! ¡Apenas puedo respirar!

—¡Vamos, Beldo! —intenté animarle, pero me angustió el ver que hilillo de sangre que le asomaba antes a los labios se había convertido ya en un pequeño reguero, y que casi con cada espiración aparecían nuevas salpicaduras de sangre sobre su hábito.

—¡No quiero morir solo! —exclamó.

—No te preocupes, amigo mío. No te dejaré solo... —le aseguré, aunque sabía que al decidir permanecer a su lado en su agonía estaba renunciando a la única esperanza que tenía de escapar de los Severinos, la oportunidad que me había ofrecido el Padre Jacinto a cambio de su vida y que el propio Hermano Aurelio me había brindado. Beldo tosió de nuevo antes de continuar.

—Te quiero mucho, Polibio... pero debes hacerme un último favor. Como quiero morir es... a su lado...

Y entonces comprendí claramente a lo que se refería Beldo. Le rogué que me aguardase unos instantes y, cubriéndome la cabeza con la capucha, corrí al Invernadero tan deprisa como pude. Toda la Comunidad parecía seguir concentrada en la Biblioteca, de modo que nadie me vio atravesar el huerto a

la carrera o, si alguien lo hizo, no me reconoció. Forcé la puerta (que me pareció mucho menos sólida de lo que siempre había supuesto que era) de un simple empujón y entré, por primera vez en mi vida, en el misterioso tabernáculo de la Cruciflor. Apenas tuve tiempo de recrearme en los detalles de la peculiar arquitectura del Invernadero, un verdadero bosque de piedra y vidrio, pues lo que pude ver entonces me llenó de asombro. El enorme tubo metálico del Telescopio, arrojado violentamente por los aires como consecuencia de la explosión, había ido a parar, en una sola pieza, precisamente sobre el Invernadero, aplastando la bóveda y el pequeño altar del que me había hablado Beldo. Varias plantas cruciformes yacían desparramadas por el suelo, los maceteros hechos añicos y numerosos restos del Sagrado Fruto repartidos por doquier. Me maravilló aquella insólita forma de venganza, que probablemente el Hermano Lázaro no había previsto. Parecía como si el vetusto aparato hubiese volado por los aires impelido por su propia voluntad, para alcanzar y derribar sin compasión a su enemigo más acérrimo. Sentí una súbita alegría interior que me empujó incluso a lanzar una carcajada pero entonces me acordé de Beldo y de que no disponía de mucho tiempo. Arranqué de cuajo el fruto casi entero de la Cruciflor que me pareció más madura. E iba ya a regresar junto a mi amigo cuando me asaltó una súbita inspiración. Encendí entonces una rama seca en los restos de las brasas humeantes de lo que antes había sido una pequeña estufa y fui prendiendo una por una las escasas plantas que habían logrado salvarse.

—¡Esto no es más que un anticipo de lo que me debes! —recuerdo que exclamé en un arranque teatral, dirigido no sé exactamente a quién—. ¡Todavía tienes mucho por lo que compensarme, y te juro que me lo cobraré de algún modo, algún día, planta de mierda!

Cuando regresé junto a Beldo mi amigo seguía aún con vida, aunque tosía de forma convulsiva y parecía a punto de ahogarse con cada inspiración. Pero al ver lo que le ofrecía sonrió y pareció tranquilizarse por un momento.

—No sé si creer lo que estoy viendo, Polibio... ¿Tú... tentándome con esto? —bromeó.

Intenté devolverle la sonrisa mientras desmenuzaba el trozo de fruto en mi mano.

—¿Sabes algo, hermano? No sabía que tuvieras una amante... vamos, una mujer... —le miré sorprendido, hasta caer de pronto en la cuenta de que había escuchado la provocación del Hermano Lázaro desde la cúpula, e imaginado todo lo demás.

—¡No tenía ninguna amante! —intenté protestar, aunque sabía que no tenía sentido enojarme con Beldo—. Yo... sólo la quería... —murmuré en voz baja, casi para mí mismo. Mi amigo se incorporó ligeramente con un gran esfuerzo y me sujetó el brazo con una energía de la que no le creía ya capaz.

—Sólo el verdadero amor vale la pena, Polibio... Lo demás sólo es... una mierda... eso es, una mierda... —tosió varias veces más y respiró afanosamente, intentando llenar los pulmones con un aire que parecía no acababa de hallar—. No lo dejes escapar, Polibio... si lo encuentras alguna vez, no lo dejes...

Me senté junto a mi amigo y le ayudé a permanecer incorporado mientras le daba a tragar varios pequeños pedazos del Sagrado Fruto. Algunos de ellos sólo consiguió pasarlos mezclados con su propia sangre, aunque aquello no pareció importarle. Luego le di un último y largo abrazo. De hecho, me di cuenta de pronto de que lo acunaba exactamente como había visto hacerlo a Tiberio, hacía ya tanto tiempo.

—Saluda a Tiberio de mi parte, hermano... —le susurré al oído.

Pero Beldo ya no podía oírme. Había entrecerrado los ojos y su respiración parecía haberse vuelto más sosegada. Lo volví a recostar y le crucé las manos sobre el pecho.

Me pareció oír entonces voces que venían del huerto. Me asomé a la ventana de la celda y pude ver cómo desde el Invernadero se elevaba una gruesa columna de humo y llamas, de aspecto mucho más voraz que la que había visto ascender desde las ventanas de la Pinacoteca. El fuego, siempre presto a obrar según su propio capricho, había sobrepasado de largo mis primitivas intenciones. Varias figuras negras, entre las que creí reconocer la calva ahuevada y reluciente del Hermano Ulpiano, corrían a su alrededor, de un lado para otro. Desde la distancia casi no podía diferenciarlos de los numerosos fragmentos de ceniza que el viento agitaba con violencia y a su antojo. No fui capaz de lamentarlo.

Luego pensé en lo que había dicho mi amigo unos momentos antes. No sé en realidad si la proximidad de la muerte nos vuelve más sabios, pero en ese momento las últimas palabras de Beldo me parecieron de una inmensa lucidez. Él, desde luego, había sentido que su vida toda se le había escapado de entre las manos, malgastada en la persecución de un amor que nunca había sido posible. ¿Acaso deseaba yo vivir el resto de mi existencia, fuese larga o breve, con una sensación semejante? Pensé en Penélope, no en la Penélope que conservaba en mis recuerdos de niño sino en la real, en la amargada

mujer de carne y hueso, doblegada por los reveses de la vida a pesar de su juventud y que había aparcado ya todos sus sueños, con la que había hablado hacía sólo unos días. ¿Quién era aquella mujer? ¿Significaba algo todavía para mí? ¿Qué es lo que podía ofrecerme, desde su desencanto y su resignación? ¿Y qué podía ofrecerle yo a ella, después de todo lo sucedido?

Pensé en ella una y otra vez y, de pronto, caí en la cuenta de que me estaba equivocando de parte a parte. Vi con claridad (con tanta, que no podía comprender cómo no lo había visto antes) que esa mujer derrotada era, en realidad, también la niña indómita de mis recuerdos y también la muchacha que había compartido conmigo aquella extraña cópula. Dolorosa, sí, pero en la que, pese a todo, nos habíamos entregado el uno al otro sin reservas. Y estuve seguro en ese instante de que todo lo que Penélope había sido, todo lo que me había fascinado desde siempre, tenía sin duda que estar aún ahí dentro, en alguna parte. Y resolví acometer una nueva misión. No sólo cumpliría con el deseo de mi maestro acerca del Telescopio: devolvería también el brillo y la vida a aquellos ojos, y la energía y la ilusión a aquel rostro moreno al que tanto había amado y al que, descubrí por fin, seguía amando aún.

Tuve que decidirme rápidamente. Intenté concentrarme y no dejarme invadir por el dolor de la pérdida de dos de mis seres más queridos ni por el desasosiego que me asaltaba al pensar en todo lo que había desaparecido para siempre, aquellos valiosos volúmenes, en su mayoría únicos, que mi tutor y yo habíamos empaquetado con tanto esmero a lo largo de la semana. Ni siquiera podía cargar con todo el equipaje que había preparado por mi cuenta y que había dejado en la seguridad de mi celda: sólo me sentía capaz de llevar una mochila conmigo, y las cajas con el objetivo y los oculares ocupaba ya la mayor parte del espacio. Escogí sólo un par de libros y también mis cuadernos, que en cierto modo constituían el compendio de todo lo que había podido aprender de mi maestro. Añadí, finalmente, algunos discos, incluyendo el contenía la melodía de Tiberio, y también los dos únicos retratos que jamás había llegado a hacer con la cámara oscura: el de Penélope y el de mi querido maestro. También me cambié de ropa en un momento, pensando que a mi amigo le gustaría que fuese yo quien utilizase su hábito de reserva.

Me despedí por fin de Beldo con un beso fugaz en la frente, sin querer

saber si todavía soñaba con Tiberio o si había dejado ya definitivamente de respirar. Luego me eché la capucha sobre la cabeza para evitar que si alguien me veía, pudiera reconocerme.

Y salí decidido a ir en busca de Penélope.

Sin embargo, si creía que había superado ya todos los obstáculos que podían surgir ante mí en aquel día funesto, me equivocaba. Porque en cuanto abrí la puerta de la celda me topé, casi de bruces, con la figura macilenta del Maestro de Oblatos. El fantasma del Ofidio me esperaba en el corredor, y su sonrisa perversa, con la lengua tumefacta asomando por entre los labios, me estremeció como siempre lo había hecho...

Por un instante pensé que enseguida acudiría mi espectro protector, el de mi amigo Galerio, tal como había hecho en los últimos tiempos cada vez que lo había necesitado. Pero luego algo dentro de mí, un resorte que parecía haberse activado en aquel día aciago, saltó en ese preciso instante y decidí que no le necesitaba.

Aunque la figura del Padre Ovidio, ya fuese en persona o en fantasma, me había amedrentado siempre, esta vez le miré directamente a los ojos. Por un momento tuve la sensación de que aquellos ojillos malignos, llenos de odio y de maldad, me atrapaban con intención de arrastrarme consigo. Pero luché con todas mis fuerzas, me negué a dejarme llevar por la corriente de miedo. Y sostuve la mirada del espectro, dejando que mi propia ira y mi propio desprecio fluyeran hacia él, con toda la fuerza acumulada en tantos años.

—¡Ya no me das ningún miedo, miserable...! —susurré.

Y pude notar cómo era él entonces el que empezaba a vacilar, y cómo poco a poco mi fuerza y mi resolución iban consiguiendo imponerse, aunque la forma o el motivo por el que lo hacían se me escapaba por completo.

Pude notar que el Ofidio hacía un último esfuerzo por resistirse y doblegar mi voluntad, pero entonces recordé a mi amado maestro y a mi buen amigo Beldo y, sobre todo, recordé al pequeño y hermoso Galerio. Y sentí cómo, de algún modo, mi espíritu se henchía, nutriéndose de la energía de su memoria y se fortalecía hasta hacerse inquebrantable...

Y, finalmente, en un instante, el Ofidio desapareció.

Sólo al volverme para asegurarme de que cerraba la puerta de la celda vi cómo el fantasma de Galerio estaba a mi lado, cómo había estado allí durante toda aquella silenciosa confrontación. Pero sabía que él no había tenido nada que ver con el resultado, que había sido sólo yo quien había conjurado, definitivamente, al espectro del Maestro de Oblatos. Y aún así, se trató de

una visión fugaz, tan sólo un instante antes de desaparecer él también y, esta vez, para siempre.

No añadiré aquí todo lo que le dije a Penélope aquella tarde, frente a los barracones. No explicaré cómo intenté transmitirle todo mi reciente dolor, todo mi desamparo. No daré detalles de cómo le pedí perdón por mi incompreensión de tantos años ni acerca de las nuevas promesas que le hice. Tampoco hablaré sobre lo que le conté acerca de mis propios sueños y del lugar que ella ocupaba en ellos, y de lo que creía que podría llegar a aguardarnos a ambos.

Sólo mencionaré que, poco a poco, después de haber estado escuchándome durante largo rato, en algún momento vi cómo una chispa de esperanza parecía prender, al fin, en lo más recóndito de sus ojos oscuros. Avivé esa chispa con un suave soplo, con todo el mimo y la solicitud de que fui capaz, y para mi alivio fue creciendo hasta convertirse en un fuego estable, débil pero firme. Por un momento reconocí en esos ojos a la Penélope que recordaba. Y por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que las cosas podían salir bien; de que, realmente, podía haber un futuro para ambos.

39. Esperando a que vuelva la Luz

Penélope y yo escapamos casi al anochecer por la propia puerta del Santuario, mientras la Comunidad andaba todavía revuelta por los extraños sucesos de aquel trágico día. Las llaves del Hermano Lázaro nos franquearon la reja y nunca más volví a pisar el suelo del que había sido mi único hogar hasta entonces. El propio Cometa Halley bendijo nuestra precipitada partida, casi desde el mismo horizonte.

Antes de salir cambié el hábito agustino de Beldo por varias ropas viejas que me dio Penélope, con las que me sentí extraño e incómodo durante días, pues jamás desde que ingresé en la Orden había vestido otra clase de atuendo. Pero cuando hice ademán de ir a guardar el hábito de mi amigo en mi mochila Penélope me hizo un gesto con la cabeza y, después de pensarlo, estuve de acuerdo con ella y deseché la idea.

También tuve una última mirada, antes de traspasar definitivamente la que había sido la frontera de mi mundo hasta entonces, para el inmenso edificio que se erguía como una gran mole tras los barracones. La humareda de la Pinacoteca no era ya sino un hilillo que ascendía perezoso hacia lo alto, y me alegré de que la Comunidad hubiera podido apagar aquel fuego y la Biblioteca se hubiera salvado de momento, aunque todavía le quedaba por pasar una prueba mucho más dura: la de los Severinos. La hoguera que había prendido en el Invernadero, sin embargo, ardía aún con furor, iluminando con violentos fogonazos amarillos las copas de los árboles más próximos al huerto. Por un momento me pareció que de la densa humareda surgían dos negras figuras, una gruesa y la otra más menuda, y pensé que se trataban de los espectros de Beldo y del Padre Jacinto que acudían a despedirse. Pero Penélope me tomó de la mano en ese instante, y el viento barrió las figuras deshaciéndolas en jirones de humo que se desvanecieron lentamente.

El viaje al Norte fue duro, muy duro. Sobre todo, teniendo en cuenta lo

que éramos nosotros: un joven inexperto y una muchacha embarazada, que jamás habíamos salido al mundo más allá de los muros del Santuario. Intentaré ser breve, pues tengo la sensación de que esta historia se ha extendido ya en demasía.

Tardamos casi una semana en poder abandonar la Ciudad. Durante varios días, que a Penélope se le hicieron considerablemente penosos, caminamos a través de las avenidas, calles y plazas de diferentes barrios, la mayoría semidesiertas y jalonadas aquí y allá de huertas y bosquecillos. Fuimos siempre hacia el Norte, sin otra idea por mi parte que la de seguir adelante con lo poco que conocía de los planes del Padre Jacinto. Aunque recordaba algunos detalles del mapa que en una ocasión me había servido para localizar los edificios principales desde el Observatorio, más de una vez nos extraviamos y tuvimos que volver sobre nuestros pasos. Aquellos días nos alimentamos de las escasas provisiones que Penélope había tenido la precaución de traer y dormimos entre ruinas, intentando escondernos tanto de la Guardia del Patriarca como de los Severinos, pues la tonsura podía aún delatarme como religioso. También debimos ocultarnos de las turbas desatadas que, anticipándose al desastre que creían se avecinaba de forma inminente, se desplazaban de barrio en barrio, resueltas a arrasar todo a su paso. Finalmente, viendo que difícilmente podría llegar Penélope mucho más lejos de ese modo, opté por la única solución que se me ocurrió. Robé un carruaje y en él conseguimos esa misma noche atravesar la Gran Muralla por la Puerta de Castilla. Los guardias, más pendientes de los disturbios que de los viajeros que entraban o salían, no nos prestaron la menor atención. Para entonces resultaba ya evidente que el tamaño de la gigantesca cola del Cometa había empezado a mermar y la profetizada Tercera Venida, aparentemente, no se había producido aún. Me pregunté como explicarían los Severinos aquella decepción, aunque no dudaba de que, de una forma u otra, lograrían encajarla dentro de su Nueva Doctrina. Pero estaba seguro de que su prestigio y, sobre todo, su poder e influencia, se verían afectados por el episodio, y no pude por menos que experimentar un íntimo regocijo al considerarlo de este modo.

Si cada paso que dimos en nuestra travesía de la Ciudad me llenó de asombro, el exterior simplemente me abrumó. Aquellas inmensas extensiones, vacías hasta donde alcanzaba la vista, eran algo que jamás había podido siquiera imaginar y con frecuencia me perdía en la contemplación de unos horizontes sin límites. Atravesamos fácilmente las montañas, todavía

despejadas de nieve, y después de unos pocos días de viaje en los que pasamos cerca de varios pueblos y villas, la mayoría en estado ruinoso y completamente abandonados. Pero logramos llegar con aquel carruaje hasta una pequeña ciudad junto a un caudaloso río, la principal población de una comarca tan llana y extensa como desolada. Lo cierto es que ni Penélope ni yo teníamos experiencia alguna en el trato con caballos y uno de ellos cayó fulminado nada más alcanzar aquella población. La Guardia, apostada junto al único puente practicable, sospechó de nosotros y sólo logramos escapar gracias a un comerciante conocido de los soldados que se compadeció de Penélope y habló en nuestro favor, ofreciéndose a llevarnos hasta el Burgo, la capital de la Frontera Norte.

La alcanzamos después de otros dos días de viaje bajo la mirada vigilante del todavía deslumbrador Cometa. Aquella vieja ciudad, sobre cuyo perfil destacaban las dos esbeltas torres de una antigua basílica, me recordó a la gran urbe de la que procedíamos, aunque las calles y edificios parecían de dimensiones mucho más reducidas, y en conjunto se me hacía menos inmensa e inabarcable. Una vez allí accedí a trabajar para el comerciante durante varias semanas revisando sus cuentas, a fin de devolverle el favor y lograr algo de dinero. Para cuando cumplí con mi compromiso habían pasado ya más de dos meses y Penélope comenzaba a encontrarse bastante torpe, incluso para las tareas más sencillas. A pesar de que ella aseguraba estar bien y de que rara vez se quejaba, lo cierto es que empezaba a ver en su rostro, que nunca había recuperado la frescura de antaño, signos palpables de agotamiento. Pero no nos atrevimos a quedarnos en aquel lugar por más tiempo. Aunque el número de Severinos que se veía en aquellos días por las calles era tan exiguo como el tamaño de la ya muy menguada cola del Cometa, casi no podía darse un paso sin tropezar con algún grupo de soldados del Patriarca: la diezmada hueste del ejército del Norte, recién replegado y dispuesto a invernar, acampaba junto a las murallas. Las milicias controlaban la ciudad férreamente, bajo un severo toque de queda, y se decía que las mazmorras estaban repletas de cientos de sospechosos de ser espías de los galaicos. Tuve miedo a perder por cualquier contratiempo las preciosas lentes, de las que no me separaba ni de día ni de noche, y, finalmente, con alguna ayuda, conseguimos salir también de esta ciudad a principios de octubre.

Sobre un carromato destartalado enfilamos nuevamente los caminos del Norte. Muy pronto abandonamos las últimas tierras bajo dominio del

Patricarca y nos dispusimos a atravesar la amplia región que desde la caída de la Marca de Cantabria se había convertido en tierra de nadie. Después de recorrer durante varios días interminables sucesiones de páramos y eriales desolados, a un ritmo lento pero apenas soportable para Penélope, llegamos al borde mismo de la Meseta y descendimos por un camino sinuoso hasta un largo y precioso valle atravesado por el Gran Río Ibero, el más grande y caudaloso de toda la tierra de Iberia y que recibe de ella su propio nombre.

Y en aquella comarca, que los antiguos llamaban Merindades y que a pesar de quedar fuera de los actuales límites del Reino, o quizás precisamente por eso, parecía relativamente tranquila, fue en donde nos vimos obligados a detenernos por fin porque Penélope se puso de parto. Fue en una pequeña aldea a orillas de un afluente del Gran Río, un día lluvioso a mediados del otoño. Después de las malas experiencias anteriores había optado por eludir los pueblos y villas principales y sólo nos deteníamos en aldeas o en granjas, en donde las gentes sencillas se ofrecían generosamente a compartir lo poco que tenían, trataban invariablemente a Penélope con cariño y afecto y bromeaban conmigo, pensando que yo era el padre del hijo que aguardaba.

Me hubiera gustado que las cosas hubieran ido de otro modo, que Penélope se hubiera sentido más fuerte, o que hubiera tenido un médico o siquiera un curandero a su lado en aquel momento crucial. Y, sobre todo, me hubiese gustado que hubiéramos tenido más tiempo para nosotros. Pero las cosas no salen siempre como uno desearía. Penélope murió esa misma noche, poco después de dar a luz un niño moreno y menudo. La comadrona de la aldea lo puso en mis brazos sin darme siquiera un instante de respiro, justo cuando su madre exhalaba su último aliento tras horas de dura batalla. Y por un momento, pese a tener aquel niño apretado contra mi pecho, he de reconocer que me sentí más solo de lo que me he sentido jamás, en toda mi vida. Pero sólo fue un momento, porque enseguida el pequeño se esforzó en llamar mi atención con toda la potencia de su diminuta garganta. Un niño a quien juré cuidar como a mi propio hijo desde ese mismo instante. Eso fue lo que hice y el hijo de Penélope, mi hijo, y sus hijos e hijas, y los hijos de sus hijos e hijas, han sido uno de los grandes milagros de mi larga vida, quizás el más grande de todos.

A veces me pregunto si para Penélope valió la pena aquella breve escapada que le acabó costando tan cara. Pero recuerdo claramente que en esos días de libertad, en cada jornada de nuestro azaroso viaje, los ojos le brillaban casi de continuo, exactamente igual que a la niña intrépida de cuya

mano exploraba los Jardines del Santuario. Y comprendo entonces que ella no hubiera preferido otra cosa.

Hace frío hoy aquí, en esta tierra al borde del océano que he hecho mi patria, en la que ha crecido y dado fruto abundante el árbol de mi sangre (pues, reitero, siempre lo he considerado como tal), y a la que invariablemente he vuelto después de todos y cada uno de mis viajes. Sí, hoy hace frío, pero me consuelo pensando en que probablemente en la Ciudad, en la Capital, como muchos la siguen llamando a pesar del tiempo transcurrido, haga aún más frío todavía. Aunque el clima ha empeorado, las noches de observación nunca han sido tan duras aquí, en la torre del viejo Palacio que alberga hoy el Telescopio de mi maestro, como las que compartía junto al Padre Jacinto en el antiguo Observatorio del Santuario.

Muchas cosas han cambiado, además del clima, desde aquellos días de mi juventud. Para empezar, el Reino o, quizás debería decir, lo que queda hoy de él, apenas un pequeño territorio esquilado en torno a la gran urbe en la que crecí, agoniza desde hace décadas debatiéndose presa del yugo de terror y de fanatismo al que lo han sometido los más radicales de entre los Severinos. Rodeada por todas partes de territorio muslim, las noticias del interior de la Ciudad son prácticamente inexistentes. Ignoro, por tanto, si mi antigua Orden sobrevive o si el Santuario sigue en pie siquiera. Pero quizás suceda algo muy pronto que desencadene, de una vez por todas, una revuelta capaz de poner fin a esa terrible opresión. Y no dudo hoy de que un tranquilo dominio sarraceno sea preferible para el pueblo llano a tanto odio y tanta justicia de origen presuntamente divinos.

Fueron muchas las cosas, sin duda, que tuve que dejar allí con motivo de mi precipitada huida. Sin embargo, creo que puedo afirmar que lo que más lamento haber perdido son los documentos de mi Orden que quedaron en poder del Hermano Aurelio, que nunca llegué a leer y que, imagino, habrán sido destruidos hace mucho por los Severinos. En ese sentido, al menos, su éxito parece haber sido completo: mi búsqueda de años, a la caza de cualquier otro vestigio de información sobre ese tiempo, ha sido rotundamente infructuosa. Muchas veces he soñado con que tenía por fin entre mis manos las crónicas agustinas y lo averiguaba todo acerca de la verdadera naturaleza del Desastre. También he soñado que era el propio Padre Jacinto quien disponía de tiempo suficiente para contármelas a su modo claro, ameno y

riguroso, mientras aspiraba de su vieja pipa con deleite y se paseaba de un lado para otro. Pero sé que nada de eso será ya posible jamás, y desde hace décadas he tratado de mirar hacia adelante y de ocuparme más bien en construir un futuro.

Una de las cosas que no puedo olvidar mencionar es que nunca he vuelto a ver a ningún muerto más después de abandonar el Santuario. He intentado comprender el motivo, tanto de la propia existencia de lo que siempre consideré mi particular don como de su súbita marcha, pero tan sólo me ha sido posible hacer conjeturas. Quizás algo definitivo, un punto de inocencia indispensable para acceder a él, se quebró en mí para siempre aquel día. O tal vez el mérito no era sólo mío, sino debido a alguna propiedad telúrica o mística del Santuario en sí, que por azar o por designio del destino halló en mí un vehículo en el que manifestarse. Si es así, puede que haya sido entonces tan sólo la distancia la responsable de esa pérdida, y es posible también que haya ahora otro pequeño Polibio que vaya de sobresalto en sobresalto por los pasillos y claustros del Santuario, ante la súbita aparición de misteriosos y sombríos encapuchados.

De todos modos tampoco lo he echado de menos, y hasta he llegado a ver esa pérdida como una liberación. No creo que hubiera soportado pasar toda mi vida rodeado de más y más muertos, ni anónimos ni conocidos. Y, muy especialmente, no sé cómo hubiera sabido vivir con la presencia constante de los fantasmas de aquellos a quienes más he querido: mis buenos amigos Tiberio y Beldo y, sobre todo, mi viejo y apreciado maestro o mi amada Penélope, por siempre grises y taciturnos a mi lado. A cambio, mi memoria los ha mantenido incólumes en mi recuerdo. Y no sólo he debido recurrir a la memoria para sentirlos presentes a mi lado, en primer lugar porque he llevado siempre conmigo sus retratos. Pero también, y esto es mucho más importante, porque he sentido que conversaba con mi maestro cada vez que he hojeado los textos de los grandes genios cuyas ideas discutimos en nuestras clases en el Observatorio. Y he podido ver de nuevo el rostro de mi amada en el de mi hijo y en los de sus hijos e hijas, e incluso en los de los hijos e hijas de sus hijos. Una de las cuales, por cierto, corretea a veces alrededor de mi lecho con la misma energía indómita e idénticos rizos morenos a los que recuerdo en su tatarabuela.

Sólo me queda, en realidad, hacer ya una última confesión para dar por finalizadas estas páginas, estas memorias (aparentemente interminables pese a cubrir sólo una pequeña parte de lo que ha sido mi dilatada vida) que mi

nieto más joven, un muchacho callado y reflexivo que tanto se parece al novicio que un día fui y que ahora me mira de soslayo y se sonríe, registra pacientemente desde hace casi tres meses. Sé que a veces me ha observado con sorpresa, otras con incredulidad, y en algunas ocasiones incluso he visto cómo se escandalizaba ante algunos detalles de lo que le he instado a redactar. Pero todo lo he ido contando tal como recuerdo haberlo vivido, pues mi mente y mi memoria, al contrario que las del pobre Padre Felicísimo, siguen intactas todavía pese a mis muchos años, o eso quiero creer. Y por lo que he ido revisando día tras día, son mis recuerdos lo que ha quedado registrado fielmente en estas páginas, puedo dar fe de ello.

Sin embargo, aunque, como acabo de decir, no albergo dudas con respecto a lo preciso de mis recuerdos, desde hace un tiempo no estoy tan seguro de que todo lo que he vivido, incluso lo que he podido experimentar de una forma más intensa, haya sido completamente real. Aunque parezca extraño, a veces me resulta enormemente verosímil la posibilidad de que nunca estuviese cuerdo del todo y de que el don que siempre he creído que me acompañó a lo largo de toda mi vida en el Santuario fuese en realidad una rara y disparatada clase de locura de la que me curé, por algún extraño motivo, el día en que lo abandoné para siempre.

Intento razonar entonces a partir de la siguiente hipótesis: que cada uno de los muertos que he creído ver u oír haya sido tan sólo una creación de mi propia mente. Y trato de imaginar el motivo por el que, sin ser yo consciente de ello, una parte de mi intelecto tuviese que recurrir a semejante argucia. Para algunas de esas figuras me siento capaz de brindar una explicación plausible: veo en el fantasma de Galerio, por ejemplo, a una figura próxima y protectora y en el del siniestro Maestro de Oblatos a la encarnación de mis temores más recónditos. Con respecto a los demás, los justifico en ocasiones como meros alivios para mi sensación de soledad, en otras como pretextos para hallar la resolución necesaria para elegir un camino difícil. En definitiva, creaciones motivadas por las circunstancias de cada momento y siempre, pienso, construidas a partir de detalles reales pero de los que quizás no fuese completamente consciente. De acuerdo con esta hipótesis, serían precisamente los acontecimientos trágicos de aquel último día los que me sacudieron por dentro de tal modo que dejé de necesitar en adelante todos aquellos subterfugios... Pero no pretendo ser capaz de explicarlo todo y así, hay aún muchas cosas que no entiendo y que me hacen dudar de que esta explicación sea verdaderamente acertada.

Sin embargo, paradójicamente, es ésta la perspectiva que más me reconforta porque, para empezar, concuerda mucho mejor con mi visión racional del mundo. Y, sobre todo, la prefiero porque me resulta más alentador imaginar que aquellos a quienes he amado descansan, o descansarán cuando llegue su hora, en paz en alguna parte, en vez de deambular como espíritus extraviados por los mismos lugares que conocieron en vida. De hecho, y aunque a veces tenga mis vacilaciones, desde hace tiempo suelo optar por creerlo así, aunque eso me deje sin ninguna expectativa sobre cuál es el futuro que me aguarda realmente, ya casi ahí mismo, a la vuelta de esa esquina incierta que veo aproximarse con rapidez y que, como a todos, tanto trabajo me cuesta decidirme a doblar.

Porque, a pesar de todo, espero no hacerlo aún, al menos no antes de que llegue el invierno. El Gran Cometa, el que mi maestro denominó Halley, el que me acompañó en mi despedida del Santuario junto a Penélope, allá en mi juventud, está a punto de regresar. Aún tengo la esperanza de asistir a ese retorno y de mirar al cielo de nuevo con ojos de niño, tan embelesados como seguramente se abrirán los de mis biznietos y biznietas aunque los míos deberán estar adecuadamente provistos de anteojos.

Según mis cálculos, sólo faltan unos meses para que despliegue de nuevo su exuberante cabellera sobre el mundo, en este Año del Señor de dos mil quinientos dieciocho, que aquí en este Norte de espíritu más joven es tan sólo el trescientos noventa y siete. Mis hijos y nietos ya están prevenidos y pronto empezarán a rastrear el cielo en su busca, aunque sé que ninguno de ellos cree verdaderamente todo lo que les cuento sobre lo portentosa que resultó su anterior visita. Los Jefes y el resto del pueblo esperan el acontecimiento con entusiasmo y todos saben ya que, a pesar de tratarse de un evento extraordinario, lo que va a suceder no es el preludio de ninguna desgracia ni ninguna señal apocalíptica. De hecho, se están preparando grandes fiestas a lo largo y ancho de las ciudades y pueblos cantábricos. Gracias, en parte, a mi esfuerzo y al de los míos, el regreso del Gran Cometa no se vivirá, al menos aquí en el Norte, como un signo de grandes desastres sino de esperanza en el futuro. Y ése es precisamente el fruto que más valoro de la obstinada batalla personal que he librado contra la Cruciflor y todo lo que para mí representa durante la casi totalidad de mi vida, desde el instante mismo en que abandoné el Santuario. Además, claro está, del pequeño ejército de hombres de Ciencia (matemáticos, físicos, químicos, biólogos, médicos e incluso ingenieros) cuyas bases me he empeñado en crear a lo largo de estos años y cuya

avanzadilla está constituida por mi propia progenie.

La luz cuyo regreso añoro verdaderamente, sin embargo, no es la del Cometa. Se trata de una luz distinta, de una Luz (y le ruego a mi nieto que lo escriba así, con mayúscula) que sin duda logrará algún día iluminar de nuevo el espíritu del Hombre como llegó a hacerlo, a pesar de todos sus defectos, en un día ya muy lejano. Pero sé que aún falta mucho para que vuelva esa Luz y que no seré testigo de su retorno, aunque es lo que más intensamente anhelo desde el fondo mismo de mi ser. En cualquier caso mi obra ya está hecha y sobradamente cumplido lo poco o mucho que yo haya podido aportar para facilitar ese regreso. He entregado el testigo y confío en que mi esfuerzo, tan sólo un eslabón más de una larga cadena, valga para allanar en alguna medida el camino a los que vengan detrás. En que sea útil de algún modo; en que sirva, en definitiva, de algo.

Para cuando el mundo esté nuevamente dispuesto.

Para cuando vuelva la Luz.

FIN